

DAD  
CIÓN

MISTERIOS

DE LONDRES



ONOMIA

PQ2244

.E2

M5

RADE

1856

v.2

c.1

U  
P63



1080097427



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MISTERIOS <sup>86-3</sup>

**DE LONDRES,** <sup>L.C. novel</sup>

POR PABLO FEVAL.

(Sir Francis Crolopp.)

*B. García - 3-16-97*

TOMO SEGUNDO.

Andrés Alberdi  
Doctor en Medicina

Edición del Siglo XIX.

MEXICO. ®

IMPRENTA DE IGNACIO CUMPLIDO.  
Calle de los Rebeldes núm. 2.

1856.

33369

PQ2244

MS

1856



BIBLIOTECA

Dr. José Rangel Flores  
UANL  
FONDO  
AL PÚBLICA DEL ESTADO

## SEPTIMA PARTE.

### LA GRAN FAMILIA.

#### I.

#### EL SUBTERRANEO.

HABIA sido tan rápido y tan imposible de preveer el movimiento de Bishop el *burqueador*, que Estevan se pudo poner sobre la defensiva; aunque por otra parte de nada le hubiera servido, porque el *burqueador* era hombre de un vigor atlético, y Estevan estaba lejos de poder esperar socorro.

La sola arma que podía vencer en este inopinado combate era la serenidad, y Estevan poseía esta circunstancia en sumo grado.

—Yo no soy un agente de policía, respondió con calma; ni vos el solo traficante que hay en Londres, Mr. Bishop, y vuestras maneras no son las mas propias para atraer parroquianos.

Bishop soltó a medias su presa.

PQ 2244

M5

1856



BIBLIOTECA

Dr. José Rangel Flores  
UANL  
FONDO  
AL PÚBLICA DEL ESTADO

## SEPTIMA PARTE.

### LA GRAN FAMILIA.

#### I.

#### EL SUBTERRANEO.

HABIA sido tan rápido y tan imposible de preveer el movimiento de Bishop el *burqueador*, que Estevan se pudo poner sobre la defensiva; aunque por otra parte de nada le hubiera servido, porque el *burqueador* era hombre de un vigor atlético, y Estevan estaba lejos de poder esperar socorro.

La sola arma que podía vencer en este inopinado combate era la serenidad, y Estevan poseía esta circunstancia en sumo grado.

—Yo no soy un agente de policía, respondió con calma; ni vos el solo traficante que hay en Londres, Mr. Bishop, y vuestras maneras no son las mas propias para atraer parroquianos.

Bishop soltó a medias su presa.

—Un agente de policía hubiera temblado bajo mis garras, murmuró este; pero no conozco a este hombre.... No sois medroso, mi joven amigo, añadió en alta voz.... así me gustan los hombres.... pero ¿por qué diablos venís a hablarme de súbditos y de simplezas de esta especie?.... Yo soy un honrado tratante en cerveza, ginebra, whiskey, usquebaugh, en fin, en todo lo que se puede beber.... pero cosa de súbditos, ¿qué rayo! no entiendo una palabra.... os lo repito: ¿qué es lo que queréis?

Estevan, que tenía ya la libertad de sus movimientos, sacó la cartera y entregó su tarjeta al burqueador.

Para ser un hombre del arte, exclamó este, os veo demasiado aturdido, mi joven gentleman. Como soy que habeis arriesgado vuestros huesos.... Acabais por donde debisteis comenzar.... ¡Ah!.... ¡ah del muerto turco, hijo del diablo!.... No es este el modo de venir a mi oficina, de punta en blanco, como si yo vendiera guantes de Francia ó caramelos para los niños.... Cierro que me disimularéis, porque un agente de policía se parece mucho a un hombre, y yo debo estar en guardia.... Queréis tomar alguna cosa?.... ¿un vaso de whiskey, ó de porto.... un grog?....

—Bien podeis perdonar, pero no puedo tomar nada. Frunció Bishop sus cejas y se tendió a lo largo sobre el sofá.

—¿Nada, ni un dedo de sherry, señor Mac-Nab? replicó aquel con tono de mal humor; pues bien, podeis hacer lo que os parezca; yo no soy hombre que me formalizo porque no admitan lo que ofrezco.... pero no querria que me guardarais rencor, señor Mac-Nab.... Acaso seréis un buen parroquiano prescindiendo de todo.... A fé mia que habeis salido bien librado.... ya me ha sucedi-

do mas de una vez el trasformar un espia en un súbdito de cinco ó seis buenas guineas.

En seguida tomó Bishop una botella de ginebra de una mesa que estaba al lado del sofá y llenó un gran vaso.

—A vuestra salud, señor Mac-Nab, dijo, teneis el aire de una persona distinguida.... Veamos.... ¿en qué puedo servirlos?

Estevan, a quien no habia podido conmover el estru-  
jon del atlético carnicero de carne humana, se cubrió de un sudor frio a esta pregunta, tan fácil no obstante de preveer.

Se le iban a abrir las puertas del museo de la muerte, donde acaso Ana y Clara....

Estevan vaciló y tuvo que apoyarse en el respaldo de un sillón.

—¡Oh! exclamó Bishop, ¡parece que teneis el corazón muy tierno, mi joven gentleman!.... Por cierto que es cosa sensible; pero si estais ya trastornado, ¿qué será cuando entreis en mi salón de aparato?.... ¡Oh, tranquilizaos, señor Mac-Nab, con ginebra ó sin ella, como querais, mas reponeos!.... ¡Qué diablo! ¿a qué habeis venido si no?

—He venido para elegir y comprar, caballero, dijo Estevan: haciendo un esfuerzo, conociendo que seria espues-  
to el prolongar su silencio.

—Está muy bien, señor Mac-Nab, ¿y qué género necesitais?

—La esplicacion seria larga y minuciosa, contestó Estevan. Me gusta hacer la eleccion por mí mismo.

—Eso es hablar como un gua po mozo.... ¿cómo va el ánimo!

Estoy pronto a seguiros.

Bishop guiñó con un aire de desdenosa superioridad. La emoción del médico, cuya causa ignoraba, no podía ménos que incitarle a desprecio.

—Verdaderamente, señor Mac Nab, continuó Bishop, me recordais el tiempo en que sudaba a mares cada vez que debía pasar una noche en el cementerio.... porque es preciso ser criado ántes de llegar a ser amo; vos lo sabéis, vos que habeis estudiado el latín y el griego en mas libros que los que yo he visto en toda mi vida, a Dios gracias.... Yo he manejado largo tiempo el azadon y la pala.... Cada vez que pienso en ello, necesito un vaso de ginebra.... Es un oficio pesado, como hay Dios, y en las noches de invierno se ven cosas estrañas en los cementerios.... Pero no hablemos de eso. En el día tengo mis obreros, y así es que hace mas de dos años que no he tocado una tumba.... Las noches se han hecho para dormir ó beber, y yo bebo y duermo. No puede decir mas el dean de San Pablo.

Levantóse Bishop, y metiendo un fuerte cordón de seda por el collar del turco, lo ató bien a una anilla fijada en la pared.

—Esta es una medida de precaucion, señor Mac Nab, murmuró, porque este demonio de turco, cuando se le deja suelto deteriora una persona en un abrir y cerrar de ojos.... Un brazo se lo zampa en un santi amen.

Estevan hizo un gesto de disgusto.

—¡Bien, bien, caballero! murmuró Bishop, ya sé que teneis el corazón sensible; pero prescindiendo de todo, un perro no es un hombre, y mi turco hace eso con tan poca malicia como podeis vos comeros una chuleta.

—Despachémos, caballero, os lo ruego, dijo Estevan.

—Como gustéis, mi jóven gentleman.

Bishop, este mastín salvaje con cuerpo de hombre, de quien seguramente deben acordarse los concurrentes al Tribunal de Sesiones; Bishop, decimos, era la personificación mas completa posible de la brutalidad. El viejo Noll-Brye, llavero de Newgate, que estuvo encargado especialmente de la custodia del terrible burqueador antes de su condena, nos ha dicho que no era mas malo que cualquiera otro; pero que tenia cierto ramo de locura. "M. Bishop, añade, (Noll-Brye no habla nunca de sus clientes sino con las fórmulas de la mas esquisita cortesanía) derribaba puertas de una patada cuando podria abrirlas rodando la llave. En vez de trinchar un ave cómodamente y con aseo, como lo hace un gentleman, él la despedazaba con sus manos y dientes; en lugar de destapar una botella, le rompía el cuello"....

Muchas cosas conserva en su mente el viejo Noll-Brye, y podemos afirmar que sabe mas sobre ciertos sugetos que todos los miembros reunidos de la sociedad frenológica.

Bien es verdad que estos últimos nada saben.

Esta vez, no derribó Bishop ninguna puerta; pero tiró con violencia de un botón de cristal fijo en el terciopelo que cubria la pared, y a su esfuerzo se deslizó un tablero súbitamente a lo largo de unas muescas, dejando descubierto un agujero oscuro por donde se sintió salir un aire húmedo.

—Servios entrar dijo en tono de grosera humorada.

Estevan no estaba ya en el caso de dudar, pues su inquietud que habia pasado por todas las fases del temor y el deseo, era en este momento una fiebre ardiente; así es que se lanzó con resolución hácia el agujero.

—¡Esperad un instante! exclamó Bishop empujándole a un lado con bastante violencia; disimulad mis maneras, mi joven caballero, pero creo que vale más derribar a un hombre de costado, que dejarle que se rompa la cabeza.... Cuando os he dicho que entraseis, era un modo de hablar.... quería decir que bajáseis, porque en la parte interior de ese agujero solo hay una escala y como veinte pies de profundidad.... Permitidme que os preceda.

Cogiose Bishop de la escala y empezó a bajar seguido de Estevan.

—No tengais miedo, murmuró Bishop. La escala es buena y volveréis a subirla.... No podrían decir otro tanto todos los que han descendido por ella, señor Mac-Nab.... Es la escala de la ciencia; ¡pardiez!.... apenas conserva más que el docto polvo de las botas del Colegio Real... ¡Oh! habeis venido en buen día, mi joven gentleman. Esta misma noche se ha hecho la visita de los cementerios del Este y de Southwark.... La exhibición es completa.

Estevan acabó de bajar.

—¡Solo teneis cadáveres ecshumados? preguntó.

—¡Cómo! contestó Bishop con una horrorosa afectación de traficante; no digo sí ni no, señor Mac-Nab.... vos mismo vais a verlo.... la cosa merece la pena.... y no obstante os confesaré, que se me da más mérito del que realmente tengo.... Es lo que sucede con los grandes ingenios: se le cuelgan todas las sutilezas que se dicen en veinte leguas a la redonda.... no se asesina un gato por la noche en las calles de Londres sin que se me atribuya a mí el honor del hecho.... "ha sido Bishop, se dice, Bishop el burqueador..." A fé mia que Grey, Melbourne, Holland el sobrino de Fox, Stanley, Peel, Graham el necio conformista, ni el mismo viejo Wellington, son tan

conocidos como yo.... Esto es un hecho, señor Mac-Nab.... y no veo por otra parte la diferencia que pueda hacerse entre la fama de un hombre con la de otro.... ¡ah! es costoso y largo el formarse una reputación, caballero; vos lo experimentaréis; mas cuando esta se consigue es por completo, y no se sabe ya que hacer.... Bishop por aquí, Bishop por allá.... ¡Oh, Bishop! ¡solo el nombre de Croquemitaine se iguala con el suyo!

El *burqueador* reía con toda su fuerza en su siniestra alegría.

—Y bien, señor Mac-Nab, continuó con más serenidad, todo esto son necedades. Se mata cuando hay precisión de matar, seguramente.... sin esto, no sería en conciencia más que un pobre tratante.... pero no se asesina en la calle de la noche a la mañana como lo creen los cokneys.... ¡Rayo! Si se tratara de obrar así, al fin tendría la policía que dar señales de vida.... sin embargo, así como así cuesta bastante caro su silencio.... se me van la mitad de las ganancias.... y no os digo sino la pura verdad.... ¡Oh! no creais que ella se calla, como dice ese miserable bobo de comisario adjunto de Lambert Street, M. Roberto Plound, en "el interés de la ciencia combinado con el de la humanidad." Podrá ser posible eso, pero yo me burlo....

Estevan sufría horriblemente, y su sangre pasaba por las alternativas de un frío glacial y de un ardiente calor. A cada instante abría la boca para decir a Bishop que se apresurara, pero no hablaba, porque un terror irresistible paralizaba su lengua.

M. Bishop abrió una puerta y entraron en una sala abovedada de forma oblonga, alumbrada por lámparas: al rededor de esta pieza, que era una cueva y tenía, a



corta diferencia, el lugar que ocupan las cocinas en las casas ordinarias, habia mesas de marmol.

Las paredes, blanqueadas con cal, despedian mas descolorida la amarillenta luz de las lámparas sobre las formas humanas yertas é inmobiles, estendidas en el negro marmol de las mesas que las hacia resaltar con una estremada energía.

En medio de la sala se veia un brasero, donde se quemaban inciensos, que eshalaban su perfumado vapor por los mil agujeros de una cobertura de plata.

Era por cierto horrible esta vista de la muerte en toda su desnudez, adornada de comerciales atractivos.

Una esencia sacrílega habia pasado por aquellos miembros helados, limpiándolos del santo polvo de las tumbas. Se habian estirado aquellos yertos músculos, peinado los enredados cabellos, y entreabierto los labios de donde habia huido para siempre el postrer aliento.

La jóven, arrancada de la tierra bendita, habia tomado una postura lasciva sobre su lecho de piedra: habiase desgarrado su último velo, y sus virginales formas se prostituian a la vista, privadas de la tutelar y casta oscuridad en que su madre la creía dormida.

El anciano enseñaba en toda su fealdad el estrago de los años: no se habia dejado a esta ruina humana un pedazo de sudario para cubrir su horror.

Habia al ménos diez mesas, y ni una estaba vacia.

Apénas se abrió la puerta del subterráneo, cuando espiró en sus labios la voz de Bishop: no era ya el mismo hombre. Sea por efecto del cambio súbito de luz, sea porque realmente se conmoviese, no obstante la volubilidad de su reciente discurso, sus facciones se cubrieron por momento de una palidez mortal.

Asió a Estevan del brazo y su mano estaba fria.

—Todo es blanco aquí, murmuró, arriba todo rojo.... Esto es para olvidar.... porque cuando no veo rojo a mi alrededor, señor Mac-Nab, todos ios hombres me parecen cadáveres.

Trató de sonreirse, y empezando por una blasfemia:

—He olvidado la botella de ginebra, continuó, y sin ella no valgo nada entre este pícaro ganado de muertos.... Es sensible, he venido así.... daos prisa a elegir.

Estevan no se lo hizo repetir: dió tan precipitadamente la vuelta al subterráneo, que ántes de que Bishop llegase a la mitad, ya lo habia él recorrido todo.

En seguida dejándose caer fatigado sobre las rodillas:

—¡Gracias! ¡Gracias! murmuró.

Dirigíase a Dios.

—¡Y bien! ¡y bien! señor Mac-Nab, exclamó pe léjo : Bishop, cuya voz parecia singularmente turbada; ¿no me esperais?.... Decid.... este viejo tacaño de barba blanca se ha movido, ¡como hay Dios!.... aun se mueve.... ¡A fé mia prescindiendo de tedo, este es un oficio del diablo, señor Mac-Nab!

Estevan no se cuidaba de responder; se hallaba enteramente absorbido en la dicha de no haber visto lo que tanto temia encontrar.

Acercósele Bishop con paso incierto, haciendo por no mirar a derecha ni a izquierda, y cuando llegó a la entrada, empujó sin cumplimiento a Estevan, y se apresuró a cerrar la puerta.

Hecho esto, dió un ruidoso suspiro:

—¡Ah! señor Mac-Nab, exclamó, sin conservar la menor señal de turbacion, ¡en vano han querido los pícaros

hacerme gestos, porque son míos y los venderé!.... Subid, caballero, subid.... un muro de seis pies de espesor separa toda esta canalla de la calle, y sería menester un milagro para quitármelos. Yo me valgo de mis medios; no creais que os lo he enseñado todo.... Un espía pueda bajar mi escala y no ver mas que fuego.... Os digo la verdad, caballero.... me ha costado mas de mil libras el establecer todo esto; pero está perfectamente hecho, y solo tirando del boton.... Creo que me entendéis.... Las mesas que son de resorte, dan vuelta y dejan ver.... ¡Pardiez! acertadlo, M. Mac-Nab.... ¿no quereis adivinarlo? ¿o no podeis acaso?.... pues bien, dejan ver toneles de cerveza y otras bebidas, que habiendo pagado los derechos, no hay que decir la ¡menor palabra.... subid, subid de prisa, que tengo sed.

Tomó aliento Bishop y continuó:

—Eu definitiva, señor Mac-Nab, tened la bondad de decirme cómo encontráis todo esto.... ¡No decís una palabra!.... ¡Ah! ¡ah! ¡ah! habeis tenido miedo a lo que veo: sed franco.

—No, señor, respondió Estevan.

—Ni yo tampoco ¡pardiez! pero me había olvidado de la botella de ginebra.

Luego que entraron en el salon rojo se apresuró Bishop a reparar su olvido, bebiéndose sucesivamente dos grandes vasos.

Es la esacta verdad, señor Mac-Nab, dijo en seguida: no cambiaria yo mi oficio por el del papa.... Veamos.... ¿habeis hecho vuestra eleccion?

Estevan contestó con brevedad que nada de lo que había visto podia servirle a sus estudios del momento.

—¡Oh! dijo Bishop sin incomodarse mucho, ¡tanto peor,

caballero, tanto peor!.... Creo que habeis quedado contento de mi exhibicion....

Estevan hizo una señal afirmativa.

Eso me basta, señor Mac-Nab, otra vez nos arreglarémos, porque creo poder contar con vos, añadió con cierta sonrisa maliciosa: me parece que hoy habeis venido por pura curiosidad.... No se ve de ese modo, corriendo y de una ojeada, si entre diez pedazos hay uno que pueda conveniros.... pero no le hace.... estoy contento con haber hecho vuestro conocimiento, señor Mac-Nab.

Estevan saludó al *burqueador* y se dirigió hácia la puerta, y acompañándole este hasta el umbral, le dijo con una mezcla singular de turbacion y descaro:

—Me ocurre la idea, mi jóven gentleman, de que me habeis tomado por un mentecato al ver mi conducta en el subterráneo.... El hecho es que no me encuentro bien sin mi botella de ginebra.... pero cuando la tengo, el mismo caso hago de esos pálidos bribones, que del gran Mogol.... Hasta otra vista, señor Mac-Nab.

Estevan era médico, y los trabajos del anfiteatro embotaban un tanto el corazon. Incurriríamos en un error si dijésemos que la vista de aquella tienda mortuoria había hecho en él una impresion comparable a la que habría experimentado un profano al arte, dotado de la mas ordinaria sensibilidad; sin embargo, la salir de la casa de M. Bishop se dilató su pecho con el aire libre de la calle.

Pero no era la idea de la muerte la que le oprimia, sino la del crimen.

Entregóse por un instante al consolador pensamiento de que las dos jóvenes no habrían caído en manos de

un asesino; mas bien pronto moderó su alegría la reflexión.

Bishop no era el solo proveedor de los cirujanos en Londres; y los otros menos ricos, ó menos audaces, rodeaban a su horrible comercio de un misterio impene-  
rable.

## II.

## LA MUESTRA DE SHAKESPEARE.

Estevan no tenia, pues, ningun medio de adquirir una completa certidumbre.

Cuando volvió a la casa de Cornhill, le dijo Betty que le esperaba en la antesala un hombre desconocido que hablaba de las jóvenes robadas....

Betty no pudo decir mas, y Estevan se apresuró a entrar en la antesala.

Estevan habia olvidado enteramente a Donnor Arde dagh, el pobre irlandes, y la estraña compra que este le habia propuesto a la puerta del *burqueador*.

Al entrar en la antesala reconoció a Donnor, mas por su derrotado vestido que por su rostro, porque el pobre irlandes se habia dormido esperándole, y ocultaba el semblante apoyado sobre la mano tras las mechas de sus cabellos que le caian en desórden.

Estevan que se adelantaba hácia él con todo el ardor de su curiosidad, se detuvo con disgusto.

un asesino; mas bien pronto moderó su alegría la reflexión.

Bishop no era el solo proveedor de los cirujanos en Londres; y los otros menos ricos, ó menos audaces, rodeaban a su horrible comercio de un misterio impene-  
rable.

## II.

## LA MUESTRA DE SHAKESPEARE.

Estevan no tenia, pues, ningun medio de adquirir una completa certidumbre.

Cuando volvió a la casa de Cornhill, le dijo Betty que le esperaba en la antesala un hombre desconocido que hablaba de las jóvenes robadas....

Betty no pudo decir mas, y Estevan se apresuró a entrar en la antesala.

Estevan habia olvidado enteramente a Donnor Arde dagh, el pobre irlandes, y la estraña compra que este le habia propuesto a la puerta del *burqueador*.

Al entrar en la antesala reconoció a Donnor, mas por su derrotado vestido que por su rostro, porque el pobre irlandes se habia dormido esperándole, y ocultaba el semblante apoyado sobre la mano tras las mechas de sus cabellos que le caian en desórden.

Estevan que se adelantaba hácia él con todo el ardor de su curiosidad, se detuvo con disgusto.

—¿Estais solo aquí? exclamó.

Donnor, que se despertó sobresaltado, no comprendió el sentido de estas palabras, y apoyó su mano sobre el estómago.

—¡Oh! murmuró, ¡he soñado que comia pan!... ¡Cuán bueno es esto, aun en sueños, puesto que no siento ya el hambre!....

Percibió entonces a Estevan y se estremeció todo su cuerpo.

—No ha sido un sueño; he comido.... el precio de mi sangre. Héme aquí, señor, prosiguió con triste serenidad. He estado en San Gil; la niña tiene ya vestido y he comprado pan.... he hecho mal en comprarlo, porque el pan es bueno y hace amar la vida.... pero no le hace; aquí me tiene Vuestro Honor.

Habiase levantado Donnor y estaba de pié delante de Estevan, que rendido de fatiga se habia sentado en su silla.

—Bien está, murmuró este último con distraccion; ya trataré de emplearos.

—Escuchad, señor, dijo resueltamente Donnor, que sea sin tardanza.... porque ahora que ya no sufro voy sintiendo apego a la vida. No tengo mas que cuarenta años, y prescindiendo de todo.... pero concluyamos: tengo un cordel en el bolsillo, y no tendreis que dar mas que clavo.

Estevan le miró con sorpresa.

—Entregadme los veinticinco chelines que me restais, prosiguió Donnor, y enseñadme el camino de vuestro laboratorio.... esta noche quedará concluido.

Mac-Nab se acordó de pronto de cuanto habia pasado.

—Necesito amigos vivos, Donnor, contestó con una in-

voluntaria sonrisa, y procuraré haceros desistir del deseo de ahorcaros.... Pero ¿desde vuestra llegada habeis estado aquí solo?

—¡Oh, señor!.... ¡señor! exclamó Donnor en vez de responder; repetidme eso con claridad.... Yo soy un pobre hombre.... hariais mal en dejarme creer... ¿No quereis, pues, mi cuerpo en cambio de vuestro dinero?

—Por cierto que no, amigo mio, replicó Estevan con dulzura.

—¡Oh! exclamó Donnor sofocado por la sorpresa.

Despues prosiguió con una volubilidad sin igual:

—Yo deberia haberlo pensado.... ¿No me lo dijo ya Vuestro Honor a la puerta de Bishop.... mas yo queria comprenderos, porque a menudo he esperado.... ¡y es tan malo el esperar en vano!.... Pero, ¡oh! señor, cuando he visto que viviais en esta casa donde las dos jovencitas me han dado limosna bastantes veces....

—¿Sois vos quien ha hablado de ellas? interrumpió Estevan.

—Yo soy, señor.

—¿Podriais reconocerlas?

—¡Entre mil, por mi salvacion!.... He hablado de ellas, porque me dijisteis en Worship-Street que buscábais dos jóvenes robadas.... y he tenido....

—Esas son las que busco, Donnor.

—¡Son ellas! repitió el irlandés juntando las manos y elevándolas sobre su cabeza; ¡con que son esos dos pobres ángeles!.... ¿Y las habeis encontrado, señor?

Estevan meneó la cabeza con tristeza.

—¡Oh! ¡yo las encontraré! exclamó Donnor, cogiendo el brazo de Mac-Nab; ¡yo las encontraré, aunque estuviesen bajo las garras de ese demonio de mil cabezas, la Fr-

*milia!*.... Snail y Loo, mis dos hijos, han caído en el lazo de ese ejército infame que en la noche asedia de continuo las casas de Londres.... Cuando yo \*perecía de hambre he rehusado el dinero que ellos querían darme, porque la mano del hijo de mi padre está pura, señor, ¡gracias a Dios!.... Pero por vos que os habeis compadecido de un.... por esos dos ángeles que amenudo han socorrido mi miseria.... ¡Oh, yo no sé lo que haría!....

—Gracias, Donnor, gracias, dijo Estevan; pero qué esperais?

La pequeña Loo tiene buen corazón, respondió el irlandés, y Snail es un mozo discreto.... Señor, si la *Familia* ha tenido parte en el rapto de las dos señoritas, yo lo sabré.... y también donde están... Entónces volveré a recibir vuestras órdenes y a ayudaros en vuestros esfuerzos.

Estevan le estrechó la mano, y Donnor, cuya fisonomía petrificada por la miseria se iluminaba ahora por el fuego de un entusiasmo afectuoso, dijo con ese acento reconocido que la mas hábil hipocresía jamas supo imitar:

—Señor, vos habeis dado un vestido a mi niña que estaba enteramente desnuda en Church-Street; vos habeis prometido una cruz a la pobre Neil: por todo esto, os habia ofrecido yo mi cuerpo.... yo daré mi vida, si es necesario, por Vuestro Honor y por las señoritas; porque solo los tres en todo Londres os habeis compadecido del pobre irlandés....

Bajó Donnor con toda la agilidad que le permitian sus tobillos la acera de Cornhill y se dirigió hácia San Pablo. Su debilidad era aún grande y sus miserables piernas enflaquecidas por un ayuno crónico, apenas podían sostener el peso de su cuerpo: un puñetazo dado por Tom

Turnbull ó por Mich, habria bastado para dejarle ecsánime; pero su semblante habia perdido el aspecto de taciturna inmovilidad; veíase algun fuego en sus grandes y espresivos ojos; la agitacion de una marcha rápida hacia salir en sus hundidas mejillas un color fugitivo, y el conjunto de su fisonomía anunciaba el ardor de un ánimo muy superior a sus fuerzas.

Corriendo como iba, con la frente erguida, hablaba consigo mismo, siguiendo las costumbres de la gente que vive en la soledad, sin tener un oído amigo a quien confiar sus pensamientos.

—¡Oh! ¡qué buen jóven gentleman! se decia con la redundante locuacidad de sus compatriotas. ¡Oh, qué buen corazón!.... ¡pobres señoritas!.... ¡Dios, la Virgen y mi Santo las protejan!.... ¡haber caído la desgracia justamente en esa pobre casa, la única en Londres donde he hallado buenas almas que se compadezcan de mí!.... ¡ah, Donnor! es preciso trabajar, buscar, morir en el empeño.... y tú le harás, Donnor.... sí, sí, yo lo haré.

Detúvose sin aliento al extremo de Fleet-Street, ante Templo-Bar.

—Pero ¿dónde hallar ahora a Snail? pensó; ¡Dios sabe donde habita, si es que habita en alguna parte!.... Veamos: él suele estar en Public-house de la muger de Peg, en Before-Lane.... mas es por la noche a las horas de teatro.... tiene el asilo del templo.... pero no teniendo el santo y seña no me dejarán entrar.... Además, Snail estima mas, beber y divertirse, que dormir en una cueva.... ¡ah, también va al Spirit-Shop de Shakspeare! que está a dos pasos de aquí.... Mis pobres piernas tienen necesidad de descansar.

Donnor volvió a emprender su camino, pasó por la iz-

quiera de la iglesia de San Clemente, y llegó a Wych-Street donde se halla el Spirit-Shop de Shakspeare, conocido en Londres por el punto de reunion de los ladrones de toda especie.

En esta época aún se veía sobre la puerta la famosa muestra alegórica pintarrajada en que habia un pez y un pájaro en una bomba de cristal.

Nos cuesta trabajo el creer que los concurrentes de Shakspeare necesitasen esta advertencia simbólica para temer a Negate y la deportacion.

Entró Donnor en la taberna y pasó con precipitacion por delante del obeso tabernero: este bien hubiera querido rehusarle la entrada en la sala; mas como los ladrones de Londres son sugetos que se visten con singulares disfraces, se contuvo nuestro hombre, temiendo disgustar a algun bandido de importancia, oculto bajo aquellos harapos miserables.

Serian entónces como las cuatro de la tarde, y la sala estaba casi desierta. Sin embargo, habia dos ó tres sillas ocupadas, en una de las cuales estaba maese Snail vestido con un famoso traje de gentleman que habia comprado dos dias antes en Harte-Street, por órden del buen capitán Paddy O'Chrane; jugaba aquel gravemente al Whist con Tom Turnbull y otros dos hombres de la *Familia*.

Tom Turnbull tenia vendada la frente con un pañuelo; pero por lo demas no conservaba la menor señal del horrible combate que habia sostenido en *The Pipe and Pot*. El grueso Mich, ménos dichoso ó mas sensible, estaba entre las manos de un cirujano.

En otra silla, y delante de un espejo colgado en la pared se hallaba la jóven Loo, haciendo su *toilette* para el paseo de la tarde: habia dispuesto en bucles sus abundan-

tes cabellos rubios, y se pasaba por sus pálidas mejillas un trapo lleno de bermellon.

La luz del dia, que alumbraba sus enflaquecidas formas, hacia mas visibles y horrorosos los estragos del vicio sobre esta miserable víctima de una precoz disolucion. La lívida palidez de la pobre muchacha sobresalía por su facticio color, y no habia medio para ocultar el círculo verdoso, ancho y profundo que la embriaguez, el insomnio y el sufrimiento habia trazado bajo sus grandes ojos.

Cada vez que levantaba los brazos para arreglarse la cabellera, el esfuerzo que hacia arrancaba a su pecho enfermo un ronco quejido: entónces descansaba un poco y bebia ginebra.

Cuando habia bebido, se reanimaban sus pequeños miembros encorvados, mirábase al espejo y cantaba con triste voz un trozo de cancion obscena.

La infortunada presentaba por sí sola un cuadro completo, vergonzoso y funesto, de la temprana degradacion en que muere en su gérmen una parte de la juventud de Londres. Ningun corazon honrado hubiera podido ménos de afectarse a la vista de esta sacerdotisa impúber de la Venus inglesa, gastada por las repugnantes fatigas de sus noches de infamia, combatiendo la agonía con la embriaguez y cantando con negligencia, sin acordarse del estertor de sus abrasados pulmones.

Miéntas que la jóven Loo se componia cantando y bebiendo, Snail a quien su traje de gentleman inspiraba un orgullo muy natural, proseguia su partida de Whist con sus camaradas que le entrampaban jugando de mala fè.

Va triple, dijo Snail, mi amigo Tom.... ¿Qué diria el

que me viese jugar con vos, cuando acabais de matar casi a mi cuñado Mich? ...

—¡Pobre Mich! dijo de léjos Loo; ya hace tres dias que no me ha pegado.

—Bebe, hermana mia, bebe y canta, y no nos impidas jugar con tranquilidad, dijo Snail.

Conclnyóse un juego, en el que por mas que quisieron entrapar al hijo de Donnor ganó éste. En seguida exclamó:

—Esta noche pasada me ha contado mi liuda Madge una historia de todos los diablos.... ¡que me muera si entiendo una palabra!.... me ha dicho que los milores de noche han comprade a Saunders el Elefante el antiguo gigante del circo de Astley para que saque una mina bajo el palacio del rey.

—No es bajo el palacio del rey, replicó Charlic, el grueso waterman, sino bajo el depósito de las joyas de la corona, en la Torre.

—¡Escelente ideal exclamó Snail; pero el Elefante tendrá mucho que ahondar, porque el depósito está en medio de la Torre, y esta es grande.

—¡Bah! dijo Tom Turbull, todo eso son simplezas.... fijad la atencion en vuestras cartas.

—Creo que se puede hablar y jugar, camarada, Tom, contestó Snail con impaciencia: ved si los gentlemen de los clubs hacen un *rob* entero sin dejar hablar.... escuchad; mi muger Madge cuenta cosas muy curiosas sobre eso quisiera que estuviese aquí; pero se ha embarcado esta mañana para llevar legumbres y carne al brik *Kean* que ha anclado ayer mas arriba de Greenwih.... Ella dice que Launders solo hace tanto trabajo como doce hombres.... y es bastante fuerte para ello, amigos mios.

—¡Doce hombres como tú, renacuajo hablador! murmuró Tom.

—Como yo ó como vos, Turnbull.... en realidad no es grande la diferencia.... En cuanto a ese Saunders ¡pardiez! daría media guinea por verle manos a la obra... ¿os acordais del año pasado cuando levantaba un caballo en el circo de Astley?

—Levantaba lo que quería ¿qué le hace eso? replicó Tom.

El hecho es, dijo Charlic, que tiene mérito; pero si se roban las joyas de la corona ¿qué nos tocará? algunos chelines tal vez.... ¡Ah! si no hubiera venido Su Honor, tendríamos ahora los billetes de banco de M. Smith.

—¡Qué zambra! exclamó Tom.

En esto tosió Loo y escupió sangre; en seguida llevándose las manos al pecho, dijo:

—Ya no me queda ginebra.... me abraso.... ¡tengo fuego aquí dentro!

En este intante fué cuando abriéndose de pronto la puerta de la sala entró Donnor de Ardagh.

—¡Hola, hola! exclamó Snail sin desconcertarse: ¿mi padre por aquí?... Hariais bien en quitaros el sombrero, Tom Turnbull.... Hermana mia, saluda a nuestro padre.



—¡Ah! ¿ese es tu padre? dijo Tom quitándose el sombrero. ¡Diablo!....

El grueso Charlie y el otro jugador hicieron una señal amistosa con la cabeza.

—Sí, es mi padre, contestó Snail, mi excelente padre, que viene a beber con nosotros ¡pardiez!

Donnor continuó con paso precipitado hasta llegar a un banco, donde se dejó caer rendido de fatiga, y empezó a limpiarse con las manos el sudor de su frente.

—¿Queréis beber, padre? le preguntó Snail; os presento estos tres gentlemen, que son mis amigos y camaradas.

Los tres *gentlemen* saludaron cortesmente.

Al aspecto de Donnor de Ardagh con su negro y derrotado vestido, el primer movimiento de los handidos reunidos en la sala de *rookery* fué de risa; pero el honrado semblante del pobre que inspiraba interés, y las palabras de Snail, contuvieron las carcajadas prontas a romper.

—¡Ah! ¿ese es tu padre? dijo Tom quitándose el sombrero. ¡Diablo!....

El grueso Charlie y el otro jugador hicieron una señal amistosa con la cabeza.

—Sí, es mi padre, contestó Snail, mi excelente padre, que viene a beber con nosotros ¡pardiez!

Donnor continuó con paso precipitado hasta llegar a un banco, donde se dejó caer rendido de fatiga, y empezó a limpiarse con las manos el sudor de su frente.

—¿Queréis beber, padre? le preguntó Snail; os presento estos tres gentlemen, que son mis amigos y camaradas.

Los tres *gentlemen* saludaron cortesmente.

—Si mi muger Madge estuviera aquí, prosiguió con gravedad Snail, os la presentaría, daddy.

Dannor no respondió y se quedó mirando a su hijo con muda sorpresa. El tono de Snail fué respetuoso desde el principio de esta escena. El bribonzuelo había llegado a ese punto en que pueden decirse tales impertinencias con la mejor fé del mundo.

—No tengo sed, dijo al fin el irlandés haciendo un esfuerzo; teneis un trage hermoso, Snail.

—Sí, daddy.... no estoy descontento de mi sastre.... creo que mi vestido es el de las personas de rango.

—¡Pobre Nell! murmuró Donnor.

Snail no lo oyó, pero aunque hubiese oído esta exclamación, no habría comprendido el amargo dolor que encerraba el recuerdo evocado de una casta esposa ante la depravación de un hijo.

—Daddy, continuó Snail con el tono de buena amistad que tomaría un hijo honradamente enriquecido delante de su padre que hubiese permanecido pobre; no os cuidais a lo que se ve, porque estais flaco como un para rayos, daddy.... ¿No es verdad, Tom.... ¡Que diablos! vos me hareis pasar per un mal hijo!

—Dejemos eso, Snail, contestó Doonor con una gravedad llena de tristeza; no he venido aquí para ocuparme de mí.... ¿Dónde está tu hermana Loo?

—¡Loo!.... ¡pardiez! ahora me acuerdo, daddy, teneis razon.... ya le dije que viniera a saludaros como está en el órden.... Acaso estará ébria.... pero esto no le hace.... es necesario que humedezca su delicado pecho.... mas ¿dónde diablos está? añadió recorriendo la sala con la vista.

Loo había desaparecido.

—Hè aquí una cosa mal hecha, continuó Snail con seriedad; escuchad, mi amigo Tom, nunca hubiera creído esto de mi hermana Loo.... ¡Que diablo! es necesario saber un poco conducirse.... ¡Loo! ¡hermana mía!

—Bastante, Snail, dijo el irlandés, te hablaré a tí solo.

—No, daddy, de ningún modo, es preciso que Loo sepa cómo debe trataros.... Es la hermana de un gentleman y no debe obrar como una muchacha cualquiera... ¡Loo! ¡hermana mía!

En esto se oyó el ruido sofocado de una tos convulsiva que trataban de reprimir.

—¡Ah! me lo pensaba.... ha caído en algun riucon.... Si ha sucedido así, daddy, ya veis que no hay nada que decir.... cuando uno está ebrio....

—Esa tos es horrible, murmuró Donnor, que se había levantado.

—Es mala tos, daddy; pero se calma con la ginebra.... Mirad, allí se ve un pedazo de su vestido.

Dirigióse a aquella parte Snail y tiró del brazo de Loo, que estaba detras de una especie de armario.

La pobre jóven hacia resistencia porque el embrutecimiento de sus facultades intelectuales había impedido al veneno del ejemplo que obrara tan eficazmente en ella como en su hermano Snail, pues aun tenia vergüenza de presentarse ante su padre, a quien amaba.

Esta era la razon por qué se había escondido.

Snail la sacó a la fuerza de detras del armario y la llevó delante de su padre, diciendo:

—Vamos, Loo, con mil diablos, hermana mía, no hagais niñadas y saluda a nuestro padre.

La jóven, confusa, se puso las manos sobre sus húmedos ojos.

—¡Padre!.... ¡Oh, padre!.... murmuró llorando.

Donnor estaba sumamente afectado: la vista de aquella *toilette* característica, de aquellos oropeles de infamia, la vista de aquel color facticio sobre unas mejillas pàlidas, a cuyos juanetes la ginebra y la consuncion habían hecho salir una pequeña gota de sangre; la contemplacion de aquel pecho hundido y convulsivamente agitado, todo esto le quebraba el corazon.

El dedo de la muerte señalaba a esta niña adornada para la orgía: la infeliz se fatigaba entre sus lágrimas, y su contenida tos hacia asomar a sus descoloridos lábios una saliva rojiza.

—¡Y sin embargo, dijo entre sí Donnor, se parecia en otro tiempo a Nell! ¡Pobre Nell, bien hiciste en morir!

Loo continuaba inmóvil ante su padre, cubriéndose los ojos con las manos. Donnor la dió un beso en la frente, alzando al cielo su triste mirada.

—¡Dios se compadezca de tí, hija mía! dijo el pobre irlandés.

—¡Oh! murmuró Loo, yo os amo, daddy.... y lloro cuando pienso en vos.... pero necesito ginebra para apagar el fuego que me devora por dentro.

Al decir esto se oprimia el pecho con ambas manos.

—Fuego, continuó, fuego siempre.... ¡Si supiérais, daddy, cuán grato me seria morir!

Donnor hizo un gesto de muda desesperacion.

—¡Rayo! dijo el grueso Charlic, esto empieza a fastidiarme.

—Ese vestido negro da tristeza verdaderamente, replicó Tom Turabull, pero callad, pues tiene traza de ser un excelente hombre.

—¡Oh! daddy, exclamò entretanto Snail, me haceis llorar como un niño.... Un gentleman no debe llorar, ¡qué dianchel! y por otra parte, he dado mi pañuelo de batista a mi linda Madge.... Vamos, daddy, y tú, Loo, basta de lamentaciones por este estilo.... ¡Viva el placer!....

Snail terminó esta elocuente arenga con un ahullido formidable, que hizo levantarse a todos los personajes presentes. A pesar de sus pretensiones al título de gentleman, encantado del efecto que habia producido, iba a repetir; pero una mirada de su padre le contuvo.

—No se puede reir con vos, daddy, murmuró.

—Tengo que hablar contigo, Snail, dijo con dulzura Donnor, acordándose del motivo de su visita.

—¿Hablarme, daddy?.... ¿en particular quizá? Algun secreto de familia que mi padre quiere confiarme añadió volviéndose a sus camaradas. Sabed que soy el hijo mayor.... ¡el presunto heredero!

—Haced vuestros negocios, señor Snail, dijo con gravedad Tom Turnbull.

—Vuelvo en seguida a continuar el juego, continuò el hijo del irlandés, y dirigiéndose a su padre:

—Soy vuestro, daddy, le dijo.

Donnor condujo a sus hijos al otro extremo de la sala y se sentò entre ellos.

Turnbull se puso a barajar.

—Lo cierto es, dijo este, que si yo fuera el padre de semejantes hijos, y hombre honrado por casualidad, los aplastaría el uno contra el otro.

—¡Bah! murmuró Charlie, a Loo no le quedan quince días de vida, y Snail no tardará mucho en subir a la horca.... de forma que te ahorrarias ese trabajo, Turnbull.

Pasàronse tres días. El pobre Donnor de Ardagh habia ofrecido ligeramente, en su entusiasmado celo, mas de lo que podia cumplir.

Snail no sabia nada ni tenia medio de conseguirlo, a pesar de su inteligencia, que realmente era muy precoz. En efecto, la *gran Familia* no se guardaba de confiar sus secretos a sus agentes subalternos, y Snail jurò a fé de hombre, que antes de veinticuatro horas daría razon a su padre. Presuntuoso, vano, y por otra parte no careciendo de cierta voluntad, trató de hacerlo acaso, mas no pudo lograrlo.

Al cabo de estos tres días aun no tenia Estevan el menor indicio que pudiera indicarle el paradero de las jóvenes: solo sabia que no habian caído bajo los golpes de los asesinos de la Resurreccion, y esto era un consuelo negativo, un pretexto de esperanza, un estímulo para continuar sin descanso las investigaciones.

Donnor de Ardagh se multiplicaba: su ardiente celo le daba fuerzas, y en tanto que duraba el día no paraba un instante de correr para informarse y espiar por todas partes: llegada la noche daba cuenta a Estevan de los esfuerzos que habia hecho en el día, y como estos esfuerzos habian sido en balde, se quejaba amargamente de su impotencia.

Acaso en el mundo entero no hay dos pueblos tan diferentes uno de otro como lo son el inglés y el irlandés: tan graves como son los primeros, pues que llegan a hacerse ridículos, reservados hasta la frialdad, engreidos hasta ese egoismo que va unido a su nombre en ambos mundos, a manera de locucion proverbial; tanto son los otros de fácil amistad, comunicativos, solícitos, serviciales y prontos siempre a ponerse a la disposicion de otro.

Verdad es que estas cualidades apreciables van acom-

pañadas en el irlandés de una especie de loca ecesageración; él habla de meter sus manos en el fuego por un amigo de un día, y os lanza a la cara, al cuarto de hora de conocerlos, el rápido ofrecimiento de su bolsillo y corazón.

Puede aceptarse su corazón, que es bueno aunque voluble, aturdido y olvidadizo.

Pero desafiamos a cualquiera para que tome su bolsillo, y esto sea dicho sin ofenderle, porque si le tuviera, creemos sinceramente que lo abriría con la mejor voluntad.

El inglés, por el contrario, tiene siempre un bolsillo; pero no lo abre como no sea para prodigar de repente, en un día que le da la idea, su renta entera de dos años con el ruidoso fanfano de una ostentación grosera y brutal. Si el *Times* insertara en sus interminables columnas los nombres de las personas caritativas, se arruinarían los ingleses dando limosnas.

También son aficionados a las asociaciones de beneficencia en que la limosna se hace con grande ruido, y donde cada cual tiene el derecho de firmar su ofrenda.

No habrá muchos ingleses en el reino de los cielos.

El inglés es leal comerciante; su palabra vale tanto como su firma, que es buena y jamás se compromete a la ligera. El irlandés no sigue por desgracia este método. Si hace un comercio, lo que es raro, engaña al más lince, promete sin cumplir y deja protestar sus letras.

Pero el inglés, fuera del comercio, queda siempre traficante: hasta los loores son usureros.

El irlandés, por el contrario, sabe ser hombre, teniendo todos los sentimientos generosos: ama con entusiasmo, y cuando su reconocimiento llega a atravesar la atmósfera del olvido y del aturdimiento en que nada su infantil corazón, se reviste de todos los caracteres de la pasión.

Si el inglés consiguiera el fin de sus deseos, que es dominar el mundo, pronto se moriría de *spleen* el universo! Si la Irlanda llegara a ser una nación, y se pusiera a la cabeza de las demás ¡qué alegres *meetings* se verían por todas partes! Nueva York brindaría con Berlín, Canton con París, y la polka se bailaría sobre toda la superficie del globo.

Se sabe la inicua conducta de la Inglaterra con Irlanda. Esta cuenta se ajustará algún día. Daniel O'Connell tiene ya hartó trabajo en impedir que muerdan las largos dientes de la Irlanda, afilados por un ayuno de dos siglos.

Entre tanto lo que merece notarse es el odio implacable del inglés protestante contra el irlandés católico: se diría que los primeros presienten el próximo fin de su detestable y usurera tiranía; porque cuando el verdugo descende al odio, es señal del gran temor que tiene a su víctima.

En cuanto al desprecio sistemático de que ha hecho alarde mucho tiempo la metrópoli, los mismos acontecimientos han hecho justicia.

Donnor de Ardagh era un verdadero irlandés, mas los defectos particulares de su raza estaban mitigados en él por una especie de melancolía natural; no puede decirse que estuviera enteramente escento de aquellos, y acaso había mostrado en su vida, mas de una vez la olvidadiza versatilidad del carácter nacional. Pero en esta ocasión le había sacado la mano de su bien hechor de angustia tan profunda! Se le había dado la vida de limosna, y en seguida su gratitud escitada con ardor, se veía enfrente de una desgracia. Su reconocimiento no tuvo tiempo para enfriarse: débil como se encontraba Donnor, trabajó

como un hombre fuerte, y una vez comenzada la obra, la continuó sin cansarse.

Doonor pertenecía ya a Estevan mas completamente que si el joven médico hubiera aceptado la fantástica compra propuesta a la puerta de Bishop, en Worship-Street.

Por desgracia el poder del pobre irlandés estaba lejos de ser tan grande como su celo.

Estevan luchaba con su calmada energía contra la tristeza que se apoderaba de él. Enferma su madre, de resultas del horrible golpe que había sufrido de improviso, cayó en cama, y Mac-Nab dividía el tiempo que le dejaban sus activas investigaciones, entre la cabecera de la anciana señora y la de su amigo Frank Perceval.

Este último se hallaba en su convalecencia, y el viejo Jack se deleitaba en probar el afecto que tenía a su joven señor.

—El otro, decía el criado hablando solo, desmentirá la divisa del gran escudo.... hermosa divisa, sin embargo: *¡Mors ferro nostra mors!*.... pero poco agradable de poner en acción.... Nosotros hemos logrado sacar de allí a Su Honor, gracias a Dios, que no es poca fortuna.

Desde la noche de la velada que precedió a la fatal noticia, noche en que el monólogo de Estevan, atormentado por sus zelosos recuerdos, se había encontrado de un modo tan extraordinario con el sueño de Perceval, el joven médico no había tenido tiempo de hablar con su amigo. Sus visitas, en los tres días, solo habían sido cortas apariciones en que se apresuraba a ejecutar su profesión de médico, para escaparse en seguida a empezar de nuevo su penosa tarea.

No había olvidado, sin embargo, su designio de interrogar a Perceval: lejos de esto se había aumentado su de-

seo con las funestas circunstancias ocurridas, porque el raptor de las dos hermanas se ligaba para él, aunque vagamente y de un modo que no podía definir, con el motivo de sus sombrías meditaciones de la noche de vela.

Muchas veces había pensado, durante los tres días, que el desconocido de Temple-Church tenía parte en el rapto.

Esta idea no podía sostenerse, sin embargo, ante un maduro razonamiento, porque la conducta de Eduardo durante la noche que había servido de prólogo a las desgracias de Estevan, probaba claramente que no conocía a las dos hermanas. Y por otra parte, aun admitiendo que las conociese, ¿para qué robar las dos jóvenes? Los ladrones de su porte se contentan con una presa a la vez, y no son tan previsores que quieran formarse una reserva de queridas.

Pero por mas que Estevan se repitiera todas estas cosas, concluía por no convencerse de nada. Había tomado el partido de odjar al elegante desconocido de Temple-Church, y los escoceses son tan obstinados casicomo los galos....

La tarde del tercer día se separó de su madre al oscurecer y se dirigió a Dudley-House, resuelto a tratar de descubrir lo que podía haber de comun entre el sueño de Perceval y su preocupación.

La extraña conexión del sueño con sus meditaciones podía no ser mas que una casualidad.... pero....

Pero, en definitiva, podrian explicarse todas las cosas con la palabra *casualidad* sin que por eso dejasen de ser muy mal explicadas.

—Y bien, amigo mío, exclamó Perceval al entrar Estevan en su habitacion, ¿qué noticias tenemos hoy?

—¡Ningunal contestó tristemente Estevan.

—¡Pobre Mac-Nab! cuánto me alegraría estar en pié para poder ayudaros en vuestras investigaciones.... ¡Ah! ¡cada instante que pasa me parece mayor el mal que me ha hecho este marques de Rio Santo!.... Creéis que podré levantarme mañana.

Estevan le tomó el pulso y ecsaminó.

—Puede ser, dijo en seguida, os hallais mejor, Perceval: ahora no hay ya peligro de haceros hablar.... y tengo importantes preguntas que haceros.

—¿Preguntas? repitió Frank admirado; estoy pronto a contestaros... pero ¿qué teneis que preguntarme que necesite un preámbulo tan solemne?

Estevan procuró sonreirse.

—¡Dios mío! dijo, mi tristeza se deja ver en todas mis acciones y palabras, Frank.... mas lo que tengo que preguntaros nada tiene de solemne.... Al contrario, se trata de una circunstancia fútil y que toma todo su interes de un recuerdo terrible, el asesinato de mi padre, que una ocurrencia reciente ha venido a despertar en mí. He aquí el asunto, Perceval.

Estevan contó en pocas palabras sus sombrías meditaciones, miéntras velaba a la cabecera de su amigo herido: habló de sus zelos, del desconocido de Temple-Church y de la semejanza de éste con el asesino de su padre.

—Una cosa faltaba a esta semejanza, Frank, añadió el médico; una cosa en que no podia yo caer.... pero vos que soñábais, pusisteis fin a mi incertidumbre.

—¿Cómo, pues? dijo Frank.

—Yo buscaba la señal, la cosa que faltaba a ese hombre para parecerse enteramente al asesino.... y vos la habeis pronunciado....

—¡Ah! exclamó Perceval con negligencia.

—Vos dijisteis: la cicatriz.

—¡La cicatriz!.... repitió Frank, poniéndose pálido é incorporándose.

—Despues describísteis esa cicatriz....

—¡Ah! exclamó de nuevo Perceval; pero esta vez no fué con negligencia; y decidme ¿pronuncié el nombre de Rio Santo?

—No, contestó Estevan, admirándose a su turno; ¿luego sabeis lo que quiero decir?

Frank volvió la cabeza hácia el retrato de miss Harriet Perceval, que alumbraban confusamente los últimos rayos de la luz del día.

—Sí, Estevan. ¡Oh! sí, murmuró con una emocion dolorosa; sé lo que quereis decir.... ¡Pobre hermana!.... Este sueño me viene a menudo.... ¡y es un sueño bien horrible!

—¡La catedral!... repite Frank, poniéndose pálido e incorporándose.

—Después de escribirle esa carta...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

—¡Adiós exclamó de nuevo Perceval, y se fue con sus recuerdos y recuerdos...

Fué tan dolorosa la mirada que Frank Perceval dirigió al retrato de su hermana, y estaban llenas sus últimas palabras de una tristeza tan profunda, que Estevan guardó silencio, temiendo haber despertado involuntariamente algún punzante recuerdo.

No se engañaba, pues su pregunta acababa de abrir una herida mas profunda que la que hizo la espada de Rio Santo.

Frank le alargò la mano diciendo:

—Sois mi único amigo, Estevan, y merecis toda mi confianza.... pero hay ciertos dolores que deben cubrirse con un velo.... ciertas heridas que no pueden destaparse....

—Dispensadme, Frank, interrumpió Mac-Nab, os suplico, y no digais una palabra mas.

—Mucho sufro cuando me agobia ese sueño, continuó Perceval con lentitud y como si no hubiera oido la inter-

rupcion de Estevan; ¡pobre Harriet!.... ¡era bella.... jóven.... y dichosa!.... Acercaos a mí.... mas aún quiero deciros el por qué murió mi hermana Harriet.... a vos solo, ¿lo ois, Mac Nab?

Detúvose y pareció absorbido un instante en sus recuerdos. Estevan esperaba.

—Es una relacion estraña.... prosiguió Perceval, estraña, y que parecerá fabulosa.... ¡ah! todo es verdad sin embargo.... ¡harto cierta por desgracia!.... A veces dudo, porque mis recuerdos se parecen a los locos caprichos de un sueño; pero mis dudas van a estrellarse contra el mármol de una tumba, Mac Nab....

Hace dos años que Harriet fué pedida en casamiento por Enrique Dutton, lord Sherborne, a quien ella amaba: mi hermana quiso pasar el fin de la estacion cerca de nuestra madre, y partimos para Escocia en los primeros dias de Julio.

Harriet era una excelente jóven y nos amábamos mucho, vos lo sabeis, Estevan, porque en otro tiempo os hablaba siempre de ella; nos amábamos, digo, mas aún de lo que se quieren un hermano y una hermana en la vida comun; así es que el viage fué delicioso: íbamos solos en una silla de posta y hablábamos del porvenir, de nuestros amores, de lord Sherborne, de María Trevor.... ¡Oh! Estevan, el tiempo pasaba con rapidez y no reparábamos en los malos caminos de los condados del Norte.

Atravesamos la frontera con un tiempo magnifico, y cuando entramos en Annan daban las diez de la noche en el reloj de la antigua iglesia.

—Sigamos hasta Lochmaben, me dijo Harriet.

Yo hacia siempre con gusto lo que parecia complacerla, Estevan.

—Sigamos, pues, hasta Lochmaben, contesté yo; pediremos hospitalidad a Mac-Farlane, el tío de mi amigo Mac Nab.

De Annan a Lochmaben pasa el camino continuamente por un paisaje admirable; vos sabéis esto mejor que yo, puesto que es el lugar de vuestro nacimiento: mi hermana y yo contemplábamos encantados aquellas vistas nuevas, sombrías, grandiosas, a las que la blanca luz de la luna daba fantásticas seducciones.

Pero adelantábamos muy poco, porque los buenos caminos son raros en los sitios pintorescos. Cuando un reloj señaló la media noche, aun estábamos a muchas leguas de Lochmaben.

Sin embargo, no teníamos la menor inquietud; ántes al contrario, se alegraba Harriet de que se prolongaran los placeres de aquella hermosa noche.

¡Pobre hermana mía! aquella noche vió su última sonrisa.

Acababa de meterme el reloj en el bolsillo cuando la silla de posta tropezó con un objeto que estaba atravesado en el camino: superó este primer obstáculo, gracias al fuego de los caballos; pero fué para caer en un pozo que cortaba el camino veinte pasos mas allá.

Afortunadamente no recibimos Harriet ni yo el menor daño. El postillon vomitó una porcion de imprecaciones, maldijo a los agentes del gobierno, que bajo pretexto de componer los caminos, forman verdaderas trampas donde van a caer los pobres viajeros.

Este foso, Estevan, era en realidad una trampa; pero tengo motivo para creer que no habia sido preparado por los agentes del gobierno. En cuanto al otro obstáculo en que primero tropezó el coche, era el tronco de un árbol arrojado adrede al traves del camino.

Bajamos, é hice sentar a Harriet, sumamente asustada, sobre el césped, mientras reconocia yo la silla. A mi parecer aún podría haber continuado la marcha; pero el conductor escoces nos declaró, apoyando su dicho con muchos juramentos, que el proseguir el viage seria esponer gratuitamente nuestras vidas.

Como yo no tenia ninguna razon para desconfiar de este hombre, le creí.

Las noches son frescas al otro lado del Solway, así es que cuando me volví hacia Harriet empezaba a tiritar de frio.

—¿Dónde pasaremos la noche, Frank? me preguntó.

Como no podia contestar a esto, transmití la pregunta al postillon, el que respondió:

—Al otro lado de la cuesta está la casa de campo del *laird*, señor, pero no es probable que Duncan de Leed quiera incomodarse a esta hora de la noche para abrirnos....

—¿Tan cerca estábais de Crewe? interrumpió Estevan.

Estábamos a una milla lo mas, de la casa de vuestro tío, y el decir una milla es aún por conformarme a la medida del postillon, porque creo que nos hallábamos mucho mas cerca.

—Continuad, dijo Estevan, yo acertaré con facilidad por vuestra relacion, el sitio donde se detuvo vuestro coche.... conozco palmo a palmo todo el terreno que hay entre Annan y Crewe.

Perceval prosiguió:

—¿Y no hay en estos alrededores mas casa que la del *laird*? pregunté al postillon.

Ignoraba yo entonces que el que llamaban el *laird* fuese M. Mac Farlane.

—Hay tambien la quinta de Leed, al Norte de la casa



del *laird*, contestó el postillon; pero hay tanta distancia como hasta Lochmaben.... Yo no veo sino la casa de Raudal....

—¡La casa de Raudal Graham.... exclamó Estevan.

—¿Conoceis esta casa, Mac Nab? preguntó Frank.

—¡Si conozco esta casa!.... ¡Oh! sí la conozco.... Allí fué asesinado mi padre....

—¡Y allí fué deshonrada mi hermana! dijo Perceval con una voz profundamente conmovida.

Pasóse un momento de doloroso silencio. Frank se había sentado en su cama y cruzaba las manos bajo la cubierta; su noble rostro, pálido por sus padecimientos, tenía una expresión de austera tristeza. Estevan apoyaba la cabeza en su mano.

—Si que es una estraña coincidencia, dijo al fin Perceval.

En seguida añadió con prontitud, alzando los ojos sobre su amigo:

—Estevan, ¿responderéis vos de vuestro tío Mac Farlane?

—¡No os comprendo!.... murmuró el jóven médico sorprendido.

—Teneis fé en él, lo veo, continuo Frank.... os ruego que no me interrogéis sobre mi pregunta, ántes que termine mi relacion.... Espero que ambos obtendremos alguna luz de estas esplicaciones porque el asesino de vuestro padre, Estevan, debe ser el verdugo de mi hermana.

—Lo creo como voz, replicó Estevan.

—Como sabeis, prosiguió Perceval, la casa de Randal Graham está separada del camino por un bosquecillo de encinas y se eleva entre dos montecillos poblados de árbo-

les, limítrofes a las ruinas de la antigua abadía de Santa María de Crew.... Yo ignoro, no obstante, en qué posición se halla la casa de vuestro tío, con respecto a la de Randal y las ruinas...jamás he vuelto a ese sitio funesto.

—La casa de campo de Angus Mac Farlane, contestó Estevan, no es otra cosa que el antiguo convento de Santa María, que está mas allá de las ruinas de la iglesia, a una media milla de la casa de Raudal.

—¡Ah! exclamó Perceval, el escocés me mintió.... Y decidme, Estevan, ¿recordais aún todos esos lugares habiendo salido tan niño del condado de Dumfries?

—Conocia las ruinas como esta habitacion, Frank, y nada he olvidado.

—Entónces, tal vez podréis responderme.... ¿No ois-teis hablar nunca de subterráneos.... de pasadizos, que se comunican al traves de las ruinas entre la casa de Raudal y de Crew?

—Jamás, contestó Estevan.

—¿A dónde comunican entónces? murmuró Frank, como hablando consigo mismo.

En seguida añadió en voz alta:

—¿Hay en las cercanías otra casa de campo ademas de la de Crew?

—Ninguna, en mas de dos leguas de circunferencia... Pero ¿quién os ha hablado de esos subterráneos?

—Yo los he atravesado, replicó Frank; son grandísimos, y en sus vastos laberintos puede perderse un hombre con facilidad.... ya hablaremos de esto, Estevan.

Seria poco mas de media noche cuando llegamos al umbral de la casa de Raudal: mi hermana padecía y tenía miedo por aquellos desiertos y sombríos caminos que ya no alumbraba la luna, y aun yo mismo me sentia inquieto.

Llamó el postillon y casi en seguida oímos en el interior el ruido de un eslabon con que encendian lumbre al parecer, y una voz que gritó: ¿quién es?

—Un servidor vuestro, señor Smith, respondió el postillon; vengo con un jóven lord y su lady, cuya silla de posta se ha roto mas arriba del Trou da Roos: confunda el cielo a los empleados del gobierno pagados para conservar en buen estado los caminos de Escocia!

—¿Y quién eres tú? preguntó la voz.

—Oh! yo soy el postillon Saunie, Saunie de Annan, el ladrador, señor Smith.

Abrióse la puerta y nos recibió M. Smith, personaje cuyo rostro se ocultaba casi enteramente bajo unos grandes anteojos guarnecidos de seda verde, el que nos acogió saludándonos con ceremoniosa frialdad.

—Caballero. le dije yo, os doy gracias, pues sin vuestra hospitalidad....

—Creo, interrumpió M. Smith con ridícula afectacion, que vos ni esta jóven señora no estais en los lagos de la grande prostituta que se sienta sobre siete montañas (\*).

—Nosotros no somos católicos, caballero.

—Sea enhorabuena.... Debo suponer que esta jóven señora, os pertenece cristianamente y que es la carne de vuestra carne.....

—Esta jóven es mi hermana, contesté.

—¡Ah! exclamó M. Smith, que a través de sus anteojos me pareció que examinaba minuciosamente a la pobre Harriet; ¡Maudlin!

—Señor, contestó de lejos una voz.

—Preparad dos cuartos separados.

(\*) Esta absurda metáfora la han conservado los presbiterianos de Escocia en su lenguaje vulgar. Quiere decir tan solo la Iglesia romana.

—Señor, quise yo objetar, mi hermana se halla débil é indispuesta, y yo desearia no separarme de ella.

—¡Pardiez!.... la noche es la hora en que mas poder tiene el demonio tentador.... la noche....

—¿Qué, caballero! exclamé con indignacion, ¿osariais suponer?....

—El corazon humano, declamó M. Smith con voz gangosa, es un sepulcro blanqueado.... La carne es débil.... y si vos no quereis conformaros con las reglas de mi casa, id a acostaros a la claridad de la luna.

M. Smith saludó con gravedad y se retiró.

Un instante despues trajo un criado algunos refrigerios, a los que Saunie, nuestro postillon, hizo el mas grande honor. Harriet y yo apenas los tocamos.

—¿Quién es este M. Smith? pregunté a Saunie.

—¡Oh! exclamó con la boca llena, es ese gentlemen que acaba de hablarnos y que lleva los grandes anteojos.

—Ya lo sé, pero ¿quién es ese hombre?

—¿Ese hombre? repitió Saunie con aire de inocencia, ¡oh! es un hombre como vos, y como yo, milord.... me voy a acostar.... Dormid descuidado, que mañana marchará la silla tan aprisa como querais.

Harriet y yo seguimos el ejemplo de Saunie, retirándonos a nuestros cuartos, que estaban contiguos y separados tan solo por una puerta cerrada, al traves de la cual habriamos podido hablar; yo pensé al fin que aun lo hubie-ra podido hacer por M. Smith,

Oí cuando Harriet se metió en la cama y su dulce voz, que me dió la buena noche.

Como estaba cansado me eché vestido sobre la cama y me dormí casi en seguida; pero con ese sueño inquieto y ligero que deja a los sentidos la facultad de oír.

—¡Qué sueño tan péfido, Dios miol se oye y se cree soñar....

Esto fué lo que me sucedió. La ventana de mi cuarto se habia quedado abierta por casualidad, y apenas cerré los ojos cuando vino el rumor de una conversacion tenida en voz baja, a herir mis oidos. Hoy que conozco los acontecimientos, pienso que aquellas voces venian de fuera y que hablaban bajo mi ventana.

—Es bella, decia una voz en que creí reconocer la de M. Smith, por mas que se hubiese descuidado de su afectacion puritana.

—Sí, contestó otra voz; pero no lo es tanto como la jóven duquesa de\*\*\*, y por cierto que no merece la pena de tirar los troncos de encina al traves del camino por tan poca cosa.... Es coger un conejo en la trampa preparada para un lobo, ¡a fé mia!

—Es bella, repitió M. Smith, y Su Honor está en la casa.

—Lo sé.... Su Honor tendrá un rato de distraccion.... Pero en la silla de posta de Sus Gracias, el duque y la duquesa de\*\*\* debian hallarse cinco mil libras y muchas alhajas, miéntras que en la de estos nada absolutamente hemos encontrado.... No se abre una zanja para esto, mayor, ¡qué diablo!

—Amigo Pablo, el trabajo de tirar el tronco y de abrir la zanja no será perdido, no obstante que aquel es muy delgado, y está mal hecha, puesto que la silla de este jóven nécio está en buen estado: no tardarán en venir quizá Sus Gracias.

—Haré trabajar un poco mas en la zanja, murmuró Pablo.

—Yo voy a ocuparme de la jóven, dijo Smith; Su Honor tendrá en ella un postre a su gusto....

Estevan, yo oí todo eso perfectamente, sin escapárame

una palabra; pero cubria un velo mi inteligencia y creia soñar.... Tal vez ha sucedido esto alguna vez. Yo me decia que este sueño era producido por la male impresion que habia hecho sobre mí M. Smith.

La incierta luz que alumbra el entendimiento en esos instantes, Estevan, sirve a arraigar el error de tal suerte, que la accion de los objetos exteriores, los sonidos, los olores, y hasta los mismos tactos, se combinan por sí propios con ese estado de medio sonambulismo y ayudan al sueño.

Despues no oí ya nada, y me dormí realmente, murmurando:

—¡Lo que son los sueños!.... apostaria a que este vuelve aún a molestarme.

Volvió en efecto, Estevan, ó mas bien se prosiguió cerca de mí el horrible drama cuya primera escena acababa de escuchar.

Mi oido continuó recogiendo los sonidos con una claridad singular; pero el sueño de mi inteligencia hacia inútiles las percepciones de mis sentidos despiertos.

Oí un ruido sordo en el cuarto de Harriet, y en seguida algunos gritos sofocados.... quejas.... a esto sucedió un grande silencio.

Siempre el sueño.

Ningun rumor se sentia cuando me desperté sobresaltado por uno de esos choques eléctricos que vienen a veces a interrumpir el sueño. Se cree caer en un precipicio, tropezar al borde de un abismo, qué sè yo.... En seguida salté de la cama.

Todas estas cosas que habia oido en mi sueño se representaron de nuevo en mi mente, y me llenaron de un vago terror. Yo no creia aún en la realidad, pero sabido es

el camino que sigue el miedo en la confusión de la noche para introducirse en nuestra alma.

Acerquéme silenciosamente a la puerta de Harriet y apliqué el oído a la cerradura.... ¡Nadal!

¿Qué esperaba oír? nada. Harriet dormía probablemente. Y sin embargo, aquel silencio me hizo estremecer.

—¡Harriet! pronuncié en voz baja.

No contestó.

—¡Harriet! ¡Harriet! exclamé alzando la voz.

Siempre el mismo silencio.

Entonces mi mente y mi corazón se llenaron de amargos temores, entreviendo la verdad: lo que tomé por un sueño, había pasado realmente cerca de mí.

Grité y golpeé con furia en la puerta; pero nadie me respondió.

—¿La habrán asesinado? me preguntaba, mientras que un sudor helado y frío inundaba mi frente.

Tomé la barra de hierro de la ventana y con ella derribé la puerta del cuarto de Harriet. La claridad de la luna, que penetraba en la habitación por una ventana sin cortinas, la alumbraba perfectamente.

La cama de mi hermana estaba vacía.

## V.

## NOVELA.

—Habían robado ¡a Harriet, continuó Perceval; y ¡las quejas que yo había oído en un sueño eran los gritos de angustia de mi pobre hermana.

Arrojéme hácia la cama desierta y metí la mano entre la ropa, que aun hallé caliente.

Los raptos no debían estar lejos, pero ¿de qué lado dirigir mis investigaciones?

El cuarto en que se había acostado Harriet tenía tres puertas; una que daba al mío, otra, que yo había oído cerrar con llave, estaba en el mismo estado, y la tercera, que era muy estrecha y se encontraba a los pies de la cama, cerca de la ventana....

Estevan puso la mano sobre el brazo de Perceval.

—Yo conozco ese cuarto, interrumpió, que me fué tan funesto como a vos, Frank.... Por esa puertecilla de los pies de la cama es por donde ví entrar dos hombres, uno de los cuales iba enmascarado.... el otro llevaba una luz en la mano.... Mi padre dormía donde mas tarde se

el camino que sigue el miedo en la confusión de la noche para introducirse en nuestra alma.

Acerquéme silenciosamente a la puerta de Harriet y apliqué el oído a la cerradura.... ¡Nadal!

¿Qué esperaba oír? nada. Harriet dormía probablemente. Y sin embargo, aquel silencio me hizo estremecer.

—¡Harriet! pronuncié en voz baja.

No contestó.

—¡Harriet! ¡Harriet! exclamé alzando la voz.

Siempre el mismo silencio.

Entonces mi mente y mi corazón se llenaron de amargos temores, entreviendo la verdad: lo que tomé por un sueño, había pasado realmente cerca de mí.

Grité y golpeé con furia en la puerta; pero nadie me respondió.

—¿La habrán asesinado? me preguntaba, mientras que un sudor helado y frío inundaba mi frente.

Tomé la barra de hierro de la ventana y con ella derribé la puerta del cuarto de Harriet. La claridad de la luna, que penetraba en la habitación por una ventana sin cortinas, la alumbraba perfectamente.

La cama de mi hermana estaba vacía.

## V.

## NOVELA.

—Habían robado ¡a Harriet, continuó Perceval; y ¡las quejas que yo había oído en un sueño eran los gritos de angustia de mi pobre hermana.

Arrojéme hácia la cama desierta y metí la mano entre la ropa, que aun hallé caliente.

Los raptos no debían estar lejos, pero ¿de qué lado dirigir mis investigaciones?

El cuarto en que se había acostado Harriet tenía tres puertas; una que daba al mío, otra, que yo había oído cerrar con llave, estaba en el mismo estado, y la tercera, que era muy estrecha y se encontraba a los pies de la cama, cerca de la ventana....

Estevan puso la mano sobre el brazo de Perceval.

—Yo conozco ese cuarto, interrumpió, que me fué tan funesto como a vos, Frank.... Por esa puertecilla de los pies de la cama es por donde ví entrar dos hombres, uno de los cuales iba enmascarado.... el otro llevaba una luz en la mano.... Mi padre dormía donde mas tarde se

acostó vuestra infeliz hermana.... pero continuad vuestra relacion, Perceval, ya os escucho.

Estevan temblaba cuando pronunció estas palabras. Frank y él estaban pálidos y sufrían una emoción igual, punzante y profunda. Parecía que la estraña coincidencia que unía en el mismo lugar los recuerdos de sus desgracias, los acercase en este momento y estrechase aún mas los lazos de su mútuo afecto; pero tambien parecia que esta circunstancia diera un color mas lúgubre a la tristeza de cada uno, haciendo mas sombrío su pasado al considerar sobre un punto las dos catástrofes terribles.

—Me contaron en otro tiempo el asesinato de M. Mac Nab, continuó Frank; pero vagamente.... vos me diréis los detalles.... Acaso no hay mas que un culpable en estos dos crímenes cometidos en el mismo sitio.... Y os amo bastante, Mac Nab, para daros parte en mi venganza.

—Y vos, Frank, sois el solo hombre en el mundo, respondió Estevan estrechándole las manos con fuerza, con quien yo pudiera consentir en hacer comun mi odio por el asesino de mi padre.... ¿Y qué hicisteis despues de la desesperacion de vuestra hermana?

—Permanecí un instante anonadado: mis dos manos oprimieron convulsivamente mi cerebro, que rehusaba pensar; mi turbada vista recorria el cuarto en todos sentidos creyendo percibir la imágen de Harriet.... Lo que pasaba me parecia ser imposible; me decia que nuestras leyes habian purgado, hacia mucho tiempo, los Tres Reinos de aquellas guaridas de bandidos, cuya audacia horrorizaba a nuestros padres.... me decia.... ¡pero la evidencia, la incesorable evidencia, ahogaba esta duda bienhechora!....

Un instante llegué a creer que habia perdido el juicio. Me encontraba sentado al pié de la cama, y el momento de turbacion que me hacia incapaz de toda determinacion, duró como un minuto.

Pasado este tiempo, la necesidad de obrar me sacó de aquel estado, y levantándome de un brinco, me arrojé sin reflexionar en la oscuridad que habia a la otra parte de la puertecilla abierta.

En otro momento, me habria matado, porque la puerta daba a una escalera de piedra, por cuyos escalones altos, estrechos y gastados se bajaba a una grande profundidad.

—¡Ah! exclamó Estevan; como si hubiese esperado otra conclusion.

De allí a un momento añadió:

—Es estraño eso, Perceval. Detras de la puerta de que hablais nunca he visto mas que una pared de piedra.

—Os digo lo que me sucedió, Estevan.... por lo demas, no es la primera vez que oigo hablar de esa pared de piedra.... pero aún hay en mi relacion cosas mas estrañas: esperad para sorprenderos.

Me habia yo lanzado sin sospechar remotamente que hubiese allí una escalera: apenas pasé del umbral me faltó la tierra bajo los piés.... La escalera de que os hablo toca materialmente con el umbral, Estevan.

—Entre la pared que yo he visto con mis propios ojos Frank, respondió Mac Nab, pared carcomida por el tiempo y que parece tan antigua como el mundo, entre esa pared y el dintel hay el lugar de dos hombres.... y allí creo que es donde estaban escondidos los asesinos de mi padre.

—Bien sabe Dios que no he podido engañarme, continuó Perceval, y que cada una de las circunstancias de esa horrible noche se quedó grabada en mi memoria con

caracteres de sangre. Lanzado de aquel modo por aquella pendiente y tocando apenas con el pié en algunos escalones por casualidad, fui a caer en la tierra húmeda de un subterráneo, donde permanecí como herido del rayo durante algunos segundos.

Pero solo estaba aturdido; un instante despues me levanté sin el menor daño.

Una completa oscuridad me rodeaba. Sobre mi cabeza, a grande altura, aparecia una débil claridad, reflejo perdido de los rayos de la luna, que pasaba por la puertecilla que acababa de atravesar.

Por un instante, tuve la intencion de volver a subir la escalera, porque ¿cómo creer que la via en que la casualidad me habia precipitado, pudiera conducirme hácia mi pobre Harriet! Acaso esta cueva no tenia salida; yo no sabia su forma ni su estension.

Por todas partes se estendia la oscuridad a mi alrededor como un opaco velo.

En el momento en que ponía el pié sobre el primer escalon para subir, un movimiento maquinal me hizo aún volverme para ver si podia atravesar aquel muro de tinieblas en que estaba aprisionado.

Entónces ví un extraño espectáculo, cuya realidad rehúsó creer mi razon en un principio, y cerré los ojos para ocultarme la fantástica aparicion que acababa de herir mi vista, y que para que fuese rara hasta lo imposible, me aseguraba en la idea de que mi pobre cabeza se perdía.

Pero cuando abrí de nuevo los ojos ví aún y distinguí perfectamente lo que tanto me habia sorprendido, y en lugar de subir la escalera, me lancé mas adentro en la oscuridad del subterráneo.

A una distancia inmensa, Estevan, distancia de que no puedo formar idea exacta, pero que disminuía los objetos hasta el punto de dar a un hombre la talla de una muñeca, acababa de percibir una ardiente claridad, y a su alrededor, distintos y vivamente alumbrados cuatro ó cinco personajes, que marchaban agrupados, llevando en medio de ellos un objeto blanco.

—¡Hermana mia! ¡pobre hermana mia! exclamé.

Porque desde este momento, adiviné que el objeto blanco que llevaban aquellos hombres, que la grande distancia me mostraba como enanos, era mi hermana, ó acaso su cadáver.

Desde entónces cesó mi irresolucion; era preciso seguirlos a toda costa, y alcanzarlos, a pesar de todo lo que pudiera suceder.

Lo repentino de la aparicion, a una distancia semejante, probaba que el camino que debia seguir no era directo. No habia dos modos de esplicar este hecho: me hallaba en unas galerías subterráneas de una estension extraordinaria, y la casa de Raudal se elevaba sobre una de las estremidades de estas galerías, la otra, Dios sabe adonde terminaba. El grupo, compuesto de cinco hombres y mi hermana Harriet, caminaba alumbrado por antorchas. Yo no tenia nada que me guiase. El que conducía el grupo conocía el camino, yo lo ignoraba completamente. Pero ¿qué importaba todo esto?

Una sola nocion ecsistia en mí: la certidumbre que habia de peligros de que era necesario guardarse, puesto que la pequeña caravana no habia seguido la línea recta, y se habia mostrado a mi vista de repente al dar la vuelta a una galería cuya pared me habia ocultado hasta entónces la claridad de las antorchas.

Ya conoceis, Estevan, cuán vana era esta noción, pues solo me advertía de un peligro, sin enseñarme los medios de evitarlo.

El grupo y sus hachas eran mi brújula; yo percibía siempre la nocturna caravana, como se ven las personas desde lo alto de la linterna de San Pablo, cuando uno las mira con el grande anteojo.

Ciertamente, había poca esperanza.

Tomé el camino, sin embargo, alargando el brazo hacia adelante, a fin de no romperme el cráneo contra alguna pared del desconocido subterráneo.

El suelo de la galería formaba declive, y como mi marcha era rápida, al poco tiempo creí percibir que los hombres del grupo se aumentaban a la vista.

Redoblóse con esto mi ánimo; pero a medida que avanzaba oía un ruido lejano, que al principio solo había sido un sordo murmullo.

Era este como el ruido de una cascada que cae de una altura considerable....

—¡El torrente de Blackflood! murmuró Estevan.

—Pensé que no conociais estas galerías, Mac Nab, dijo Perceval, mirando fijamente a su amigo.

Estevan se sonrió con amargura.

—Frank, dijo el joven médico, vos no teneis en este mundo otro amigo como yo, así como yo no tengo otro cual vos.... no desconfiemos uno de otro.... yo creo adivinar que vos sospechais de mi tío Mac Farlane; pero no tengo ningun motivo para ser de vuestro parecer, porque respeto y amo al padre de mi pobre Clara, y debéis creer que no le defendería al precio de una mentira.

—Perdonadme, Estevan, balbució Perceval avergonzado; pero harto leal para disimular un involuntario movimiento de duda

Estevan le tendió la mano.

—No conozco los subterráneos de que hablais, prosiguió este; jamás tuve la menor noticia de su existencia, y aun creo poder asegurar que están ignorados en el país; pero admitiendo su existencia (y sin que yo dude nunca de lo que decís), si los atraviesa una corriente de agua, debe ser esta necesariamente el torrente de Blackflood, que en efecto desaparece bajo la roca de Traquair, al Sur de las ruinas de Santa María Crew.

—Perdonadme, Estevan, repitió Perceval, en cuanto a las sospechas que pueda tener sobre M. Mac Farlane: vos mismo juzgaréis....

Mucho tuve que andar para llegar al sitio de que os he hablado. El suelo del subterráneo descendía siempre, y aunque la pendiente fuese poco grande, era no obstante continua. A medida que avanzaba, advertía que el terreno era a cada instante más resbaladizo.

Un aire húmedo se hizo sentir en mi rostro, y el peligro de una caída redoblaba a cada paso.

Poco más adelante ví una cascada blanca al través de la oscuridad; allí estaba la cúspide de la vertiente.

Yo continuaba mi camino apesar de la fina lluvia que empezaba a azotarme el rostro, y temía que me detuviese el lago de que debía hallarse muy cerca, y que sin duda era causa de los rodeos que habían hecho las gentes a quienes perseguía; pero ¿qué senda era la que llevaban? ¿dónde tomarla?

Vagaba a derecha y a izquierda hasta que al fin me encontré cerca de la pared del subterráneo, que era muy estrecha en aquel sitio.

Después volví hacia la cascada y ofreciendo mi alma a Dios me arrojé en el torrente.

Al principio me arrastró la corriente con una furia irre-



sistible; pero haciendo esfuerzos desesperados, llegué a un sitio donde las aguas estaban mas tranquilas, como a una docena de brazas de donde me habia arrojado. Entonces un muro negro empezó a interponerse entre mi vista y la mitad del grupo, punto luminoso que me servia siempre de brújula.

Llegué al borde opuesto cerca del ángulo del muro negro, que no era otra cosa que la pared de la galería, y comencé de nuevo mi camino.

El suelo subia por este lado, así como descendia del otro, y yo corria cuanto me era posible, a fin de hacer entrar mis miembros en calor, pues se habian helado con el agua. El grupo se divisaba mas distinto, y por último llegué casi a alcanzarlo, cuando se detuvo de repente: encontrábame bastante próximo para poder distinguir una puerta en el muro del subterráneo: abrióse aquella puerta y desaparecieron las hachas.

¡Oh! Estevan, este golpe, que yo debía esperar, me anonadó sin embargo. Cometí la imprudencia de dar muchas vueltas para buscar a lo lejos una claridad, ó cualquiera cosa que pudiese guiarme; pero nada ví y cuando me detuve fué imposible saber qué direccion debía seguir.

Me hallaba enteramente perdido.

Dejéme caer de rodillas, sin fuerzas ya ni ánimo; me quejé como un niño, lloré como una muger, y la blasfemia, compañera de toda debilidad, asomó a mi labio.

Pero Dios habia señalado esta noche para llevar al colmo mi martirio, y me habria tenido por muy dichoso en morir, perdido en la oscuridad de aquellas inmensas galerías.

En el momento en que mi desesperacion me clavaba inerte al suelo húmedo del subterráneo, oí resonar a lo lé-

jos el paso de un hombre, y una voz que cantaba algunas coplillas campestres.

Deslicéme fuera del camino y me sostuve en pié contra el muro de la galería mientras pasó el hombre que cantaba, en el que creí reconocer a Saunie nuestro postillon, y procuré seguirle.

Sannie no llevaba luz, pero cantaba sin cesar, y por otra parte el ruido de su pesado paso habia bastado para guiarme.

Marchamos aún algunos minutos (yo calculo haber permanecido al todo en el subterráneo como una media hora), al cabo de los cuales oí como se abria una puerta, y el ruido de los pasos de Saunie cesó de pronto.

Volvíme a encontrar solo y sin guia; pero me pareció percibir una débil claridad delante de mí.

Aquí fué donde yo pude juzgar, ó mas bien conjeturar la inmensa estension del subterráneo. La claridad que habia entrevisto venia de afuera y la creia el reflejo de una luz artificial, porque los rayos de la luna no podian penetrar hasta abajo. Aquella luz daba sobre un lienzo de pared donde estaba precisamente la puerta por la cual habia desaparecido Saunie, y ántes que este, sin duda, el grupo que conducia a mi hermana.

Del sitio en que me hallaba no podia ver aún de donde salia la luz, y podria haber errado muchos dias en aquel tenebroso laberinto, si la muerte no se atravesaba en el camino....

Por fin, divisé, a una grande altura, un agujero que me dejó ver un cielo estrellado.

Desde abajo me pareció que el agujero tenia una reja de fierro: vos la conoceis sin duda, Estevan, porque debe venir al nivel del suelo.

Mac-Nab vaciló.

—Allí hay, dijo este, el agujero llamado *Greedy Hole*, donde el antiguo *laird* Crewe hizo hechar, según la crónica, mil carros de tierra, y no pudo llenarlo....

Yo mismo he dejado caer a menudo piedras gordas, y nunca he oído el ruido que hacían al llegar al fondo.

—¿Y dónde está situado ese agujero? preguntó Perceval.

—Cincuenta pasos al frente de la gradería de Crewe, contestó el joven médico.

—De modo que yo estaba bajo el patio de la casa, continuó lentamente Perceval, y el espacio que hay a la otra parte de la puerta debe estar debajo de la misma casa.

—Así lo creo, murmuró Estevan; ¿qué hay pues, mas allá de esa puerta?

—Hace mucho tiempo que os habría confiado esta lúgubre historia, amigo mío, continuó Perceval en vez de responder, si no tuviera en el fondo de mi corazón una sospecha terrible y que viene a confirmarse de una hora a esta parte, por cada una de vuestras palabras.

No me interrumpais; mi intención es de no ocultaros nada.

Empujé la puerta, que se abrió con facilidad, y se cerró por sí misma cuando entré.

Un ruido confuso de cantos vino a herir mi oído.

Palpando en la oscuridad hallé otra puerta, que cedió como la primera. Escapóse un grito de sorpresa y cerré los ojos, heridos por el brillo deslumbrador de mil luces, que reflejadas en las facetas de innumerables cristales, cegaban la vista.

## VI.

### ORGIA.

El parage en que me había introducido de improviso, continuó Frank Perceval, era una vasta sala abovedada, cuyo espléndido alumbrado me hirió tanto, a causa de la oscuridad profunda de que acababa de salir.

La pieza tenía la forma de una nave, y creo que debió haber servido en otro tiempo de capilla católica, ya en la época de las primeras persecuciones que sufrieron los cristianos en nuestras islas, ó ya en la de las mas modernas que trageron las reformas.

En el extremo de la nave y en el lugar en que ordinariamente está el altar mayor de una iglesia, se elevaba un tablado sobre el que muchos músicos, vestidos con brillantes trages teatrales, componían una orquesta completa.

En el centro había una grandísima mesa, cubierta de botellas y de exquisitos manjares, al rededor de la cual

Mac-Nab vaciló.

—Allí hay, dijo este, el agujero llamado *Greedy Hole*, donde el antiguo *laird* Crewe hizo hechar, según la crónica, mil carros de tierra, y no pudo llenarlo....

Yo mismo he dejado caer a menudo piedras gordas, y nunca he oído el ruido que hacían al llegar al fondo.

—¿Y dónde está situado ese agujero? preguntó Perceval.

—Cincuenta pasos al frente de la gradería de Crewe, contestó el joven médico.

—De modo que yo estaba bajo el patio de la casa, continuó lentamente Perceval, y el espacio que hay a la otra parte de la puerta debe estar debajo de la misma casa.

—Así lo creo, murmuró Estevan; ¿qué hay pues, mas allá de esa puerta?

—Hace mucho tiempo que os habría confiado esta lúgubre historia, amigo mío, continuó Perceval en vez de responder, si no tuviera en el fondo de mi corazón una sospecha terrible y que viene a confirmarse de una hora a esta parte, por cada una de vuestras palabras.

No me interrumpais; mi intención es de no ocultaros nada.

Empujé la puerta, que se abrió con facilidad, y se cerró por sí misma cuando entré.

Un ruido confuso de cantos vino a herir mi oído.

Palpando en la oscuridad hallé otra puerta, que cedió como la primera. Escapóse un grito de sorpresa y cerré los ojos, heridos por el brillo deslumbrador de mil luces, que reflejadas en las facetas de innumerables cristales, cegaban la vista.

## VI.

### ORGIA.

El parage en que me había introducido de improviso, continuó Frank Perceval, era una vasta sala abovedada, cuyo espléndido alumbrado me hirió tanto, a causa de la oscuridad profunda de que acababa de salir.

La pieza tenía la forma de una nave, y creo que debió haber servido en otro tiempo de capilla católica, ya en la época de las primeras persecuciones que sufrieron los cristianos en nuestras islas, ó ya en la de las mas modernas que trageron las reformas.

En el extremo de la nave y en el lugar en que ordinariamente está el altar mayor de una iglesia, se elevaba un tablado sobre el que muchos músicos, vestidos con brillantes trages teatrales, componían una orquesta completa.

En el centro había una grandísima mesa, cubierta de botellas y de exquisitos manjares, al rededor de la cual

estaban sentados cuarenta ó cincuenta frailes, vestidos con el austero hábito de los discípulos de S. Francisco. Todos tenían espesas y crecidas barbas, que ocultaban lastre s cuartas partes de sus rostros.

Al lado de cada uno de estos njios frailes, habia una muger, hermosa y magníficamente adornada, con el seno desnudo y los cabellos sueltos, y sembrados de diamantes ó de flores.

Estos hombres y mugeres bebían y reían con locura, convirtiendo la antigua capilla en una completa orgía. Las insensates carcajadas, los besos impúdicos, los obscenos cantos y las sacrílegas blasfemias, resonaba por todas partes.

Habia algo de siniestro é impío en la profanación de un hábito sagrado que, aunque para nosotros los protestantes no sea mas que un antiguo recuerdo, creemos sin embargo que debe respetarse ó cubrirse con el velo del olvido, como todo lo que ha muerto....

Era aquello un odioso insulto a las bóvedas catòlicas, y un ultrage sin pretexto ni nombre.

Las mugeres, medio desnudas, cuya blancura resaltaba al lado de los oscuros y sombríos hábitos religiosos; las sonrisas ardientes bajo aquellas bóvedas frías, aquellos cantos alegres en una tumba, todo esto me sobrecogió de un modo extraño. Creí en el diablo, en los conventículos de brujas y hechiceros en el infierno....

Aquella alegría no era alegría de los hombres; era un placer salvaje y sacrílego que se agitaba impetuosamente en un instante para convertirse de pronto en un mortal silencio. En seguida volvían a reír las mugeres, comenzaban a sonar de nuevo los instrumentos, a lo que se unía el ruido de los vasos.

Yo no ví todo esto de una vez: mi primera mirada no percibió mas que luz, luz deslumbradora y prodigada hasta lo infinito. Miéntras tenia los ojos cerrados para sus traerme al brillo de aquel fuego vivísimo, oí un grito desafortado y sentí que me asian dos brazos poderosos, reduciéndome en un instante a la mas completa impotencia.

Un momento despues me arrojaron sólidamente atado sobre una porcion de almohadones que estaban amontonados contra la pared de la capilla.

Entònces fué, Estevan, cuando pude ver los detalles de aquel festín increíble.

En el primer momento, se escitaron hasta tal punto mi sorpresa y mi curiosidad, que, por decirlo así, olvidé el sentimiento de mi desventura y mi situacion desesperada, y durante un minuto me creía que asistía a la mas estravagante de todas las representaciones teatrales.

Nadie se ocupaba de mí, pues el clamor que habia producido mi repentina aparicion, se terminó con una carcajada; el fraile que me habia atado volvió a ocupar su asiento, y no me hubiera sido fácil distinguirle entre sus compañeros.

La orgía continuaba.

Mi vista se deslizaba curiosamente del uno al otro de aquellos bandidos disfrazados de religiosos. Entre ellos, Estevan, habia fisonomías enérgicas y distinguidas hasta el mas alto grado; se veían ojos espresivos, frentes blancas, espaciosas, y finas sonrisas. Muchos de aquellos semblantes me pareció haberlos visto otras veces; pero ¿dònde? me preguntaba. Esto os aseguro que colmaba mi turbacion, porque creía que hubiera sido en los salones de la alta aristocracia, y mi memoria se obstinaba en aislar sus facciones de aquellas barbas postizas y en descubrir

al traves de los hábitos los elegantes trages de nuestras tertulianos de Lóndres.

Estas ideas eran bien frívolas en un momento tan terrible ¿no es verdad? yo lo confieso, amigo mio, y me admiro de haberlas tenido; pero me venian a mi pesar....

Desde entónces he concurrido raras veces a nuestros salones elegantes. Todo el primer año que siguió a esta noche fatal, viví retirado, porque mi corazon estaba sumamente afectado, y el año siguiente me fui a viajar lejos de Inglaterra.

Pero una vez, la sola creo, que he estado desde entónces en una tertulia [hace poco mas de un año], me encontré frente a frente, en los salones del duque de Bucelengh, con un hombre cuya mirada me estremeció. Habria jurado que este hombre era uno de los fingidos del subterráneo de Santa María de Crewe.

—¿Y bien? dijo Estevan.

—¿Y bien! este hombre era uno de los oficiales mas distinguidos de nuestro ejército, el coronel sir Jorge Montalt.

—¿Y el domingo aún, despues de un año de ausencia, en el baile de lord James Trevor, no he creído reconocer en ese marques de Rio Santo....

Pero vos no me comprenderiais todavía, Estevan, y debo continuar mi relacion.

Casi todas las mugeres que estaban en aquel banquete eran de una belleza estremada; pero por otra parte son criaturas habituadas a la orgía, a quienes no daña la embriaguez; su número era algo mayor que el de los hombres, y procuraban a porfia parecer mas hermosas: la dejadez de sus lascivas posturas, sus sonrisas incitadoras, sus bocas entreabiertas, pidiendo amor y mil voluptuosas

promesas, convidaban bajo el velado fuego de sus lánguidos ojos.

A veces cesaba el rumor general; la orquesta tocaba alguna aria melodiosa, y no se oía mas que un sordo murmullo y la bacanal cambiaba de aspecto. Cincuenta parejas hablaban en voz baja al rededor de la mesa, y se veían acá y allá los brazos blancos y torneados de aquellas mugeres sobre las capillas de sayal, y las bocas de carmin que se ocultaban con liviandad bajo las espesas y negras barbas de los frailes.

Habia recorrido mi vista como la mitad de la mesa, cuando se detuvo en un personage cuyo aire de grandeza y su evidente superioridad, ocuparon exclusivamente mi atencion: el abad de aquel sacrilego monasterio. Su silla colocada en el centro de la mesa estaba mas elevada que la de los otros convidados y tenia la forma de un trono.

Nunca he visto una belleza mas estremada que la de este hombre, Estevan. Llevaba una especie de toga de seda de un color brillante, cuyos anchos pliegues le daban una forma elegante. Su rostro, así como el de sus compañeros, estaba oculto en parte por la larga y postiza barba; la suya era negra y le caía hasta el pecho. Lo que se veía de sus facciones sentaba con este austero adorno. Sus ojos, dulces, reflexivos, imperiosos y terribles sucesivamente, tenían en realidad un poder sobrehumano. Su frente se elevaba tranquila entre aquellas frentes morenas ó rojas, y cuando él sonreía, todo parecia alumbrarse a su lado.

A pesar de la libertad que reinaba en la orgía, los convidados demostraban a aquel hombre un respeto extraordinario. Todos se inclinaban al hablarle, y la reunion entera se levantaba para brindar a su salud. Las mas

dulces sonrisas de aquellas hermosas mugeres se dirigian a él; advirtiéndose en ellas como una tímida adoracion. Así como deben hacer, Estevan las mugeres del harem, disputándose una mirada del Sultan.

Llamaban a este hombre *Su Honor*.

El respondia a los homenajes de todos con una negligencia magestuosa, patrimonio natural del poder absoluto. Su sonrisa era cortés pero altiva, así como su condescendencia.

Al lado de este hombre en su misma silla y enlazada en sus brazos, habia una muger, cuyo trage contrastaba de un modo extraño con los que la rodeaban.

En sus largos cabellos rubios y esparcidos, no habia perlas, diamantes, ni flores. A sus blancas espaldas no se abrochaba ningun vestido de raso ó de terciopelo.

Todo su trage consistia en un peinador blanco, con una guarnicion de muselina.

Parecia que habia dejado la cama apresuradamente, para ir a sentarse en el festin y presidir la orgía.

Yo no veia su rostro porque estaba de espaldas, y apoyaba su cabeza con negligencia sobre el hombro de Su Honor, que de cuando en cuando llevaba a sus labios un vaso de cristal, y la muger bebia.

A la vista de esta rubia jóven, sentí un dolor agudo en el corazon, y se me heló la sangre en las venas al indecible espanto que me sobrecogió; porque en aquella muger, que bañaba su lábio en el vaso del bandido y que se abandonaba a sus públicas caricias, habia creido reconocer a mi hermana....

—Oh! exclamó Estevan con aire de reconvenccion.

—¿No es verdad que era un pensamiento insensato, prosiguió Frank, dejando ver una indignacion estremada;

¿no es verdad que era hacer un insulto amargo, a la angelical pureza de mi pobre Harriet?... ¿un ultrage inescusable a la noble sangre de Perceval?... ¿Una locura, una debilidad, una infamia?

—Era al ménos una idea que solo podiais concebir en vuestra turbacion, Perceval, dijo Estevan.

—¡Oh! sí, mi turbacion era grande.... y mi angustia mas.... ¡la idea era loca.... loca é infame!....

Yo la rechacé con todas mis fuerzas y cerré los ojos para abrirlos de nuevo, y para fijarme mas y mirar mejor.

Pero eran sus hermosos cabellos rubios ¡Dios mio! y sus graciosas espaldas....

Y despues, ¡aquel peinador de noche!.... ¿No habia sido mi hermana arrancada en su sueño?....

—¡Ah, Frank!.... interrumpió Estevan.

—¡Gracias.... gracias, Mac-Nab! pronunció con dolor Perceval, estrechando la mano de su amigo; vos sois un hombre generoso y yo os amo.... ¡Oh! vos defenderiais a Harriet contra cualquiera que osara acusarla de haber apoyado su frente virginal sobre el hembro de un bandido, ¿no es verdad?

—Estais delirando, amigo mio, exclamó Estevan. Por mi honor que la defenderia, y sobre todo cuando la he conocido.... pero ¿qué boca seria bastante infame para acusarla?

Frank estaba sumamente agitado.

—La boca que se abriera para eso, pronunció este último con una calma espantosa, se cerraria para siempre.... porque solo yo tengo el derecho de acusar a la hija de Perceval!....

Estevan se quedó estupefacto y guardó silencio.

Frank continuó:

—Era una tortura horrible la que yo sufría; me encontraba allí clavado sin poder obrar, ni ménos cambiar en certidumbre la duda que me mortificaba. La jóven continuaba siempre dándome la espalda, y si bien mis ojos ávidos no se separaban de ella un instante, no pude lograr sin embargo ver su rostro ni una sola vez.

Todo lo demas habia desaparecido ya para mí, quedando tan solo a mi vista la jóven y el hombre a quien llamaban *Su Honor*.

Tambien ellos parecia que habian hecho lo que yo, pues se habian aislado: el hombre de la toga de seda tenia abrazada a la jóven, sonriendo con ella apasionadamente y estrechándola contra su corazon.

La jóven correspondia a sus caricias.

Y se notaba en los gestos de ambos un amor que estaba muy léjos de parecerse a la lasciva pantomima que se representaba alrededor de la mesa.

El bello monge tenia modales delicados y corteses, y la jóven conservaba el candor hasta en su mismo abandono.

—¡Oh! Estevan ¡cuánto mas hubiera querido verla voluptuosa como las otras y experimentada como ellas en el vicio!...

—Decidme, ¿creéis vos que una pobre niña arrancada violentamente de su cama y trasportada por subterráneos inmensos y desconocidos, a la roja claridad de algunas antorchas, en los brazos de hombres de horrible aspecto, puede perder su razon de repente y caer en la demencia mas completa?

A esta súbita pregunta, Estevan, que comprendia harto, pero que se obstinaba en desentenderse, interrogó a Frank con la vista.

—¿No sois bastante hábil para contestarme a eso, caballero, añadió Perceval con sequedad.

—Sin duda, contestó por fin Estevan; el susto, el horror.... se han visto ejemplos.

Frank le interrumpió con un gesto y se oprimió la frente entre sus manos.

—Dispensad, Mac Nab, dijo en seguida; este recuerdo me hace delirar.... y ademas, ¿para qué necesito el parecer de un facultativo.... Ella no conocía a aquel hombre; por bello que fuese, la fascinacion no podia operar en una media hora....

—¿Era, pues, ella? murmuró Estevan.

Frank se estremoció al oír esta pregunta.

—¡Ella! ¿quién? exclamó este, ¿pretendeis hablar de Harriet Perceval, caballero?

Sus ojos brillaron con furor y se incorporó en su cama ante Mac Nab sorprendido.

Pero su calmó se cambió con la rapidez que se habia despertado, y una lágrima se deslizó por su pálida mejilla.

—Dispensad, Mac Nab, dijo, vos sois demasiado bueno y os haréis cargo de mi situacion.... Esa horrible escena está ahí, ante mis ojos.... yo veo a ese hombre y tambien a la pobre jóven....

—¡Dios mio, tanto que la amaba!

¿Por qué ocultároslo todavía? ¡era ella, mi pobre Harriet, mi querida hermana, que estaba pura como los ángeles, Estevan!

Frank sollozaba.

—Figuraos aquella escena, continuó con voz conmovida y que su afliccion hacia casi ininteligible; ¡era horrorosa!.... ¡Tambien vos llorais!.... Harriet, la desdichada niña, entlazaba sus brazos alrededor del cuello de aquel

hombre a quien tomaba por Enrique Dutton, que en breve debía ser su esposo!... y creyéndose sin duda en las fiestas de sus bodas queria ocultar en el seno de su amante su ruboroso pudor de casada....

—¡Hubiera sido tan dichosa al lado del noble Enrique! ¡Oh! Estevan, ¡qué extraño es que haya muerto al despertar de ese sueño horrible!

Pero aun no lo sabeis todo, y basta de lágrimas, cuando todavía no está vengada.



## VII.

## LA FALSA BODA.

Frank Perceval interrumpió un instante su relacion porque el dolor evocado no habia podido ménos de efectuarse con demasiada violencia en su estado de debilidad, al recordar súbitamente unos sucesos tan terribles.

Al cabo de algunos momentos continuó:

—Parecia que habian olvidado mi presencia, pues nadie hacia reparo en mí, y el nocturno festin seguia su curso. La embriaguez se ecsaltaba mas a cada instante, y sucedia a veces que el ruido estrepitoso llegaba a cubrir los acordes de los intrumentos.

Su Honor tambien se animaba mas a cada momento, y el vaso de cristal pasaba continuamente de sus labios a los de la jóven cuyas facciones permanecian siempre invisibles para mí.

El la miraba, Estevan, y se notaba en sus ojos como se encendia la ardiente llama de un deseo, que se aumentaba de continuo y que le ecsaltaba hasta la pasion; y yo no podia ménos de temblar sobre el lecho en que me habian arrojado.



hombre a quien tomaba por Enrique Dutton, que en breve debía ser su esposo!... y creyéndose sin duda en las fiestas de sus bodas queria ocultar en el seno de su amante su ruboroso pudor de casada....

—¡Hubiera sido tan dichosa al lado del noble Enrique! ¡Oh! Estevan, ¡qué extraño es que haya muerto al despertar de ese sueño horrible!

Pero aun no lo sabeis todo, y basta de lágrimas, cuando todavía no está vengada.



## VII.

## LA FALSA BODA.

Frank Perceval interrumpió un instante su relacion porque el dolor evocado no habia podido ménos de efectuarse con demasiada violencia en su estado de debilidad, al recordar súbitamente unos sucesos tan terribles.

Al cabo de algunos momentos continuó:

—Parecia que habian olvidado mi presencia, pues nadie hacia reparo en mí, y el nocturno festin seguia su curso. La embriaguez se ecsaltaba mas a cada instante, y sucedia a veces que el ruido estrepitoso llegaba a cubrir los acordes de los intrumentos.

Su Honor tambien se animaba mas a cada momento, y el vaso de cristal pasaba continuamente de sus labios a los de la jóven cuyas facciones permanecian siempre invisibles para mí.

El la miraba, Estevan, y se notaba en sus ojos como se encendia la ardiente llama de un deseo, que se aumentaba de continuo y que le ecsaltaba hasta la pasion; y yo no podia ménos de temblar sobre el lecho en que me habian arrojado.

Siempre me acordaré de aquel instante de agonía en que cayó el velo para descubrirme la horrible realidad. Fuè aquel un sufrimiento sin igual ¡Dios mío! y yo que temo en este instante el ver desvanecerse lo que me resta de esperanza, de felicidad en este mundo, no dudo afirmar que ningun golpe podrá jamás partirme el corazón tan cruelmente.

Nosotros somos de una casa ilustre y orgullosa, Estevan; el inflexible honor de las razas caballerescas me fuè inoculado en la cuna, y la afrenta es mucho mas dura de soportar al que ha sido educado en las ideas de orgullo.

Y sobre todo ¡si supierais cuanto la amaba!

Hubo un instante de silencio en que hasta la misma orquesta calló.

Entònces ví a la jóven cuyos movimientos observaba con tanta atencion, que levantó el vaso a la altura de sus labios, y casi en seguida oí su dulce voz que decia:

—¡Enrique, mi querido lord, bebo a vuestra salud!

Era la voz de Harriet.

Di un grito terrible y me agité, haciendo esfuerzos desesperados para romper mis ligaduras. Aquella voz me lo decia todo, todo lo que acabo de decir, Estevan; su proximidad al borde de un abismo y su locura que le hacia ver en él un lecho de flores.

Mis gritos fueron apagados por el ruido de los vasos y la gritería de los bríndis. La palabra de Harriet habia sido una señal.

Sin embargo, como yo continuaba gritando para hacer llegar mi voz hasta mi hermana, se levantó uno de los convidados y me azotó el rostro con su servilleta.

Una convulsion de rabia me dió la fuerza para romper una de mis ligaduras, y rodé algunos pasos de los almohadones.

—¡Qué demonio de mozo! dijo el fraile, ¡cómo ahullal... lo mejor será ponerle una mordaza.

—No, ¡oh! no, exclamé yo suplicando; dejadme, por piedad!... Si mi hermana oye mi voz el acaso voiverá en sí.

—¡Hola!... murmuró el fraile; la cosa es posible... ¡pardiez!... ¡y eso no acomodaria mucho a Su Honor!..

Diciendo esto, enrolló la servilleta, y mis impotentes esfuerzos no pudieron impedir que me la atar asólidamente cubriéndome la boca.

Traté aún de gritar, pero aquel infame sabia bien su oficio: me encontraba lo mismo que con una mordaza.

Me arrojé de nuevo sobre los almohadones y permanecí allí como una masa inerte.

Los otros convidados no se habian dignado volver la vista.

—Milores y gentlemen, dijo en este momento uno de los fingidos frailes, en cuya voz reconocí en seguida a M. Smith, el dueño de la casa de Randal; esperábamos hacer esta noche una linda presa, puesto que nos separamos mañana; pero es probable que el jóven duque de\*\*\* y su lady pasen por la casa sin tropiezo... Mas esto no le hace toda vez que hemos hecho otra captura que parece ser del gusto de Su Honor.

Este discurso fuè acogido con un *hurrah* general.

Hacian las arengas en una especie de jerigonza cuyo significado no comprendia amenudo; pero no obstante, por algunas frases que pude entender, me convencí de que estaba entre una parte de los miembros mas notables de una asociacion organizada para el robo y el asesinato.

Su Honor era el gefe superior de aquella sociedad, cuyo centro permanente era Lóndres, teniendo ramificacion con el estrangero, y los subterráneos de Santa María de

Crewe eran a la vez el lugar de refugio en caso de peligro y la *casa de recreo*.

—¿Y no habeis tratado de instruir a la justicia de la existencia de esa terrible cuadrilla? interrumpió Estevan.

—Lo he intentado, amigo mio, respondió Perceval; pero M. Mac Farlane, que es el juez de paz del condado de Dumfries.... y que ha sido encargado de hacer las pesquisas, ha ahogado entre sus manos el asunto por dos veces.

Estevan acaso se arrepintió de su interrupcion, y guardó un silencio embarazado.

—Su Honor, segun lo que me pareció oír, estaba en el extranjero hacia muchos años, y solo hacia algunas escursiones a Inglaterra. Pero este estado de cosas iba a cesar, y el año siguiente debia volver Su Honor a Londres para poner en ejecucion un gigantesco plan de robo.

De modo que ese hombre debe estar ahora aquí, añadió Perceval frunciendo las cejas de repente.

Estevan fijó el oído con curiosidad, pero Frank no dió ninguna conclusion a su súbita salida.

—Parecióme, prosiguió, que algunos oradores aludian a planes combinados con mucho tiempo de anticipacion, y se bebió con entusiasmo a la salud de un cierto Saunders el Elefante, que debia llenar de oro por sí solo todas las cajas de la compañía.

Los nombres de Saundeurs y de Fergus fueron los únicos que se pronunciaron en mi presencia.

Aquel banquete era el último que debia tenerse en Escocia, y los socios iban a dispersarse, llevando las instrucciones que se habian discutido en aquel congreso tenebroso.

Estas cosas, Estevan, tal vez os parezcan imposibles;

mas ¡ahl! ¡qué no daria yo por poder convencerme de que solo fueron un sueño! ¡y cuánto mas feliz seria sin la terrible realidad de mis funestos recuerdos!.... Pero al que quisiera dudar, amigo mio, yo le enseñaria una tumba....

Su Honor respondió brevemente y con una singular autoridad a las arengas de los oradores. Parecia estar muy fatigado de su discurso, y se volvia de continuo hacia Harriet como si hubiera hecho un crimen a sus subordinados de que le robasen algunos momentos a su dicha.

Concluido el último discurso se levantó y saludó a la reunion con una real cortesania.

—Milores y señores, dijo sonriendo, para todo hay tiempo. Toda la semana hemos deliberado, discutido y combinado... Ahora, descansemos en el placer....

A estas palabras sucedió una tempestad de aplausos.

—¡Fergus! ¡Fergus para siempre! gritaban con frenesí.

Al mismo tiempo, a una señal de Su Honor, empezó a tocar de nuevo la orquesta. Todos los instrumentos que la componian rompieron a la vez y la nave se llenó de una brillante y viva armonía.

Levantáronse algunas parejas y comenzaron a valsar, y al cabo de cinco minutos la mitad de los convidados daban vueltas al rededor de la mesa.

Pasados otros cinco minutos, ya no quedaban en sus sillas mas que el gefe de la cuadrilla y mi pobre hermana.

El resto, arrebatado por un movimiento de vals, daba vueltas y mas vueltas en un círculo sin fin: mi vista se fatigaba de seguirlos.... Inmóvil como estaba, sentia sucesivamente, el perfume de los vestidos de terciopelo y el roce de los habitos de sayal.

Y la danza seguia con mayor rapidez cada momento;

las mugeres palidecian y los ojos de los hombres brotaban fuego.

Su Honor tenía siempre entre sus brazos a la jöven del peinador blanco; tocábanse sus bocas, hablando en voz baja, y mi pobre hermana engañada parecia muy dichosa.

En el momento en que el vals se hallaba en su mayor rapidez, se inclinó el gefe y besó la mano de mi hermana; despues atando la cintura de su toga, tomó a la pobre niña entre sus brazos vigorosos y descendió el escalon de su trono.

La orquesta calmó en seguida su movimiento para tocar uno de esos indolentes vales de Alemania, cuyas notas se balancean perezosamente y mecen el alma como las elegías de los poetas germánicos.

Entónces fuè cuando ví el rostro de mi hermana; porque era ella, Estevan... ¡Oh! mi desesperacion no me habia engañado....

Ella sonreía, la pobre insensata, dichosa de danzar en su baile de bodas; ella sonreía, y su sonrisa me desgarraba el corazon.

Llevóla Su Honor, y se mezclaron al movimiento de los demas que valsaban; poco a poco fueron deteniéndose las otras parejas fatigadas y queriendo ver, y bien pronto Harriet y su caballero quedaron solos. Aun me parece que la veo, Estevan, pasando risueña y feliz por mi lado en tanto que me encontraba atado y hasta privado de la palabra.... Aun parece que la veo el gracioso donaire de su esbelta cintura que se abandonaba confiada al brazo robusto de aquel hombre....

¡Oh! ¡aquel hombre!.... ¡cuánto le ódio, Estevan!

Un murmullo adorador les seguía, porque ambos eran hermosos.

Harriet sin embargo perdía el aliento, y apoyó con languidez su pálida frente en el hombro de Su Honor, que se detuvo en seguida y la llevó casi desmayada a un ancho divan que estaba a un extremo de la mesa.

La orquesta continuaba tocando el vals aleman.

Su Honor se dejó caer en el divan al lado de Harriet, lo que fuè una señal para que pronto se apagasen a la vez las mil luces.

Todo quedó sumido en una profunda oscuridad, y la orquesta cesó de tocar.

Mis ligaduras me entraron en la carne al desesperado esfuerzo que hice para socorrer a mi hermanana en aquel terrible momento; pero todo fuè inútil, y volví a caer vencido, mudo y anonadado.

Dios se compadeciò de mí, pues perdí el conocimiento.

—¡Pobre amigo mio! murmurò Estevan, que estrechaba la mano de Perceval entre las suyas.

Este habia caído hacia algunos segundos en una profunda insensibilidad; pero la voz de Mac-Nab le hizo estremecer.

—¿Dónde estaba? preguntó súbitamente; porque es preciso concluir esta cruel relacion, Estevan.... ¡Os he dicho que despues de aquel vals maldito se sentó el fraile al lado de mi hermana, y que se apagaron las luces por un soplo del infierno.... ¡Sí, debo haberos contado esto, pues me compadeceis mucho para que no sepais toda mi desgracia! Caballero, se trata aquí de un hijo de Perceval.... Juradme por vuestra salvacion que guardareis mi secreto....

—¡Oh! ¡Frank! exclamó Estevan, ¡necesitais acaso mi juramento?

—¡No! contestó Frank con tristeza; ¿os he pedido a vos

un juramento, Estevan?... No... compadeceos de mí... Escuchad, yo pienso que amaba a mi hermana mas aún que a María.... María, mi solo amor en adelante.... ¡Oh! ya lo creo.

—Ignoro el tiempo que duró mi desvanecimiento, añadió casi en seguida, y cuando recobré mi sentido duraba aún la oscuridad, reinando en la sala el mayor silencio.

Al cabo de una hora oí un ruido hacía las galerías en que había errado durante la noche. Abrióse la puerta por donde yo entré y aparecieron muchos hombres con hachas encendidas.

Aquellas luces alumbraron vivamente las consecuencias de la orgía: frailes y mugeres dormían revueltos.

Pero no era esto lo que buscaba mi vista; mis ojos se dirigieron en seguida con avidez hacia el diván en que el gefe se había sentado al lado de mi hermana.

Mi hermana estaba acostada sobre los almohadones y dormía. En cuanto al fraile, estaba en pié, con los brazos cruzados sobre el pecho, y parecía absorbido en profundas meditaciones.

La luz de las hachas le sacó de aquel estado, y su primera mirada fué para mi hermana, a la que contempló un instante con compasion y amor.

Inclinóse y la dió un beso en la frente; despues quitándose su toga, la cubrió con ella como con un velo.

¿Había alguna delicadeza en el fondo del corazon de este hombre, Estevan?

Hecho esto, se adelantó hasta llegar en medio de los que dormían y gritó con voz de trueno:

—¡Arriba, gentlemen! ¡arriba!

Los hombres se levantaron y las mugeres desaparecieron como por encanto.

La antigua nave habia cambiado completamente de aspecto. Alumbrada ahora, no ya por el cándido brillo de bugias, sino por la humeante claridad de las hachas, parecia vuelta a su verdadera fisonomía, vasta, sombría y misteriosa. La mesa cubierta de manjares, era todo lo que quedaba de la orgía de la víspera. Los músicos habian seguido a las mugeres, y solo quedaban en la capilla los frailes formando círculo al rededor de Su Honor.

—Milores y señores, dijo el gefe, he aquí llegado el instante de separarnos.... Estoy satisfecho de vuestras obras.... En cuanto a mí tengo aún mucho que hacer en el continente; pero creo que un año me bastará para ello.... pasado ese año, regresaré con algunos amigos fieles.... Hasta entónces, tened siempre presentes mis instrucciones; no olvideis nada, y obedeced.

Los frailes inclinaron la cabeza.

—¿Está todo pronto? preguntó Su Honor a uno de los hombres que llevaban las hachas.

—Los coches esperan cercá de la casa, contestó este.

—Vamos, señores, buena ventura, y hasta otra vista.

Todo el mundo se dirigió a la puerta; pero en este momento volvió un fraile hacia el gefe y me señaló con el dedo diciendo:

—¿Qué debe hacerse de ese?

Su Honor dejó caer una mirada sobre mí.

—¡El hermano de esta pobre niña!.... murmuró.

—¿Es preciso?... prosiguió el fraile acabando el pensamiento con un gesto espresivo.

—¡Diantel doctor.... ¡A qué viene ese asesinato inútil?

—No es inútil, milord, respondió el doctor levantando la voz, y si consultamos con nuestros hermanos....

Esto era evidentemente un llamamiento. Los frailes se aproximaron.

—Doctor, respondió el gefe con la cabeza erguida, no me gusta que discutais conmigo.... Retiraos, señores.

—¡Pero este hombre puede perdernos! exclamó el doctor.

—¡Es verdad! ¡es verdad! murmuró la cuadrilla.

Su Honor reprimió un gesto de violenta cólera.

—Milores y señores, dijo, no sabeis que nuestro retiro es imposible de hallar?.... En este momento ya no ecisiste la entrada que ha dado paso a esa jóven.... y ademas, ¿podria acordarse acaso de los mil rodeos de las galerías?

—¡Bien, ha venido una vez!.... interrumpió una voz

—Impedid que se interrumpa, os lo ruego, señores!.... os pido la vida de ese jóven.

Un murmullo sordo se dejó oír en la cuadrilla.

—Yo amo a esta niña, que es su hermana, continuó el gefe, y no quiero que esta noche la traiga otro recuerdo que el del amor....

El murmullo se aumentó.

—¡Que no quede en su memoria un pensamiento funesto al lado de una imágen!

—¡Con mil diablos, milord! exclamó una voz, ¿poneis semejantes boberías en contrapeso con nuestra seguridad.

Nunca visteis, Estevan, una trasformacion mas súbita que la que se operó en la tranquila y activa fisonomía de Su Honor. Sus ojos lanzaban rayos y sus músculos se estremecian con violencia; su frente se enrojeció de pronto dejando ver la línea blanca de una cicatriz, tan clara y tan hendida, que se hubiera creído trazada por un pincel....

—¿De la ceja izquierda al nacimiento de los cabellos? interrumpió Estevan.

—¡Precisamente! dijo Frank; ¿recordais mi sueño?....

—¡Recuerdo lo que he visto! Perceval, respondió Estevan con lentitud; me acuerdo del asesino de mi padre.... ¡Oh! ¡y es él; es él!

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

VIII.

PACTO ENTRE DOS ODIOS.

—Escuchad, Frank, escuchad a vuestra vez, prosiguió Estevan; porque de todo es necesario que resulte una certidumbre para nosotros.... Despues continuaréis vuestra relacion.... ¡Oh! no lo dudeis, es el mismo hombre que con doce años de distancia ha llevado el luto a nuestra familia.... No podemos equivocarnos; ademas de ese signo con que le ha señalado en la frente la mano de Dios para designarlo a nuestra venganza, reconozco en él la misma estraña altivez en medio de la frente, el mismo orgullo entre el crimen, el propio audaz valor en el seno de la bajeza.

Yo era niño, y mi cama estaba colocada en un ángulo de ese cuarto de la casa de Raudal en que se acostó vuestra infeliz hermana, en la misma cama en que dormía mi padre la noche de que os he hablado.

Abrióse de pronto la puerta por donde bajásteis al subterráneo, y aparecieron dos hombres enmascarados.

Uno de ellos puso sobre la mesa la luz que llevaba en

la mano, y vino a meterme un pañuelo en la boca, colocándose al mismo tiempo entre la cama de mi padre y yo, para impedirme que viese lo que el otro hacia; pero a pesar de su precaucion pude observarlo todo por entre su brazo y su costado.

El hombre que era mas alto, tenia dos puñales en la mano: se adelantó en seguida hácia la cama de mi padre y le llamó en voz alta por su nombre: mi padre se levantó sobresaltado y al verle en pié a la cabecera de su cama dió un grito.

—¡Silencio, Mac Nab! dijo el hombre enmascarado: ¡soy yo!

—¡O'Breane! murmuró mi padre estremeciéndose, me lo pensaba!.... ¡He jugado mi vida y la he perdido!....

—Todavía no, Mac Nab!.... Sabes que no soy asesino.... ¡Arriba, te digo! ¡traigo dos puñales....

Mi padre se levantó con lentitud: mi temor llegaba a su colmo; pero continuaba observando.

Cuando mi padre estuvo en pié, O'Breane, le alargó un puñal, y tomándolo mi padre se puso en guardia.

El combate fué silencioso y corto, cayendo mi padre a los pocos segundos.

—¡De aquí a una hora ya estaré vengado! murmuró.

O'Breane se habia inclinado para acabar a mi infeliz padre, y al levantarse le cayó la máscara y pude ver su rostro durante un segundo, Frank.... yo ví su frente enrojecida por el ardor de la lucha, y en medio de su frente una cicatriz blanca semejante en todo a la que habeis descrito.

—El muchacho os ha visto, milord, exclamó el hombre que estaba a mi lado.

Al mismo tiempo levantó su puñal sobre mí; pero O' Breane, que se había puesto su máscara, le arrancó el arma de las manos y se inclinó sobre mi cama.

—¡Pobre niño! murmuró con una voz dulce y compasiva. ¡Bien sabe Dios que no hubiera querido matar a tu padre.... pero se había atravesado en mi camino.... y es preciso que yo marche....

Abrió entónces la ventana y saltaron ambos al campo. A mis gritos, acudieron las gentes de la casa, y casi en seguida llegó una partida de soldados de Dumfries, que había sido llamada por mi padre.

Yo indiqué la puertecilla y la abrieron: detras solo había el muro de que os he hablado, Perceval; muro macizo sin ninguna abertura y cuya construcción se remonta sin duda á muchos siglos.

—Es estraño, murmuró Frank; y esa circunstancia de que tendré aún que hablar al fin de mi relación, no es uno de los menores misterios de ese lugar funesto, Estevan.... Pero trataríamos en vano de comprenderlo, y además, hay en todo esto alguna cosa de mas estraño aún.... Vuestra historia no se parece tan solo a la mia, Mac Nab, sino que se asemeja también a la de lady Ofelia....

—¡Cómo!.... quiso esclamar Estevan.

—El secreto de la condesa de Derby no me pertenece, interrumpió Frank, y no me es permitido hacer uso de él sino en cierto modo y con ciertas personas.... Pero al ménos tengo el derecho de servirme cuando se trata de mí mismo, y esta revelación, que concuerda con vuestras palabras y con mis recuerdos, ilumina mis dudas hasta el punto de cambiarlas casi en certidumbre.

—Estevan, yo creo saber el nombre del enmascarado que dió muerte a tu padre, y del bandido que deshonoró a mi hermana....

—¡Estraña coincidencia! Como si todo debiera ser semejante entre nosotros, él os salvó la vida en la casa de Randal, y a mí me sucedió lo propio en la capilla.

Acaso me la ha salvado una vez mas que a vos ...

Pero el beneficio es muy ténue para cubrir la ofensa.

—¡No me diréis su nombre? preguntó Estevan.

—Amigo mio, contestó Perceval, os diré su nombre.... Pero escuchad lo que aconteció con mi hermana.

La súbita cólera del gefe produjo un efecto mágico en los fingidos frailes, que retrocedieron aterrados dejando entre ellos y Su Honor un ancho espacio vacío.

Yo le miraba con una sorpresa mezclada de admiración, no pudiendo ménos de comparar aquel soberbio poder vuelto hácia el mal, al poder decaído del arcángel traidor a Dios.

Cesaron, pues, los murmullos y los reemplazó un profundo silencio en la capilla.

—Ese jóven, vivirá, dijo Su Honor conteniendo su voz de trueno: ¡yo lo quiero!

Nadie osó responder.

El hermoso semblante del gefe, sin perder su expresión altiva, inflexible y dominante, se había calmado de nuevo, sus negras cejas trazaban en su frente, pálida entónces, una línea firme y pura que demostraba su resolución.

—Milores y señores, continuó; yo no os detengo.... podéis retiraros.

La asamblea entera se inclinó respetuosamente y en silencio, y un instante despues solo quedaba en la capilla el gefe y un fraile, a quien detuvo con un gesto.

—Doctor, dijo derramando algunos gotas de ópio en los labios de esa jóven que duerme allí, bajo mi toga.... es una hermosa y dulce niña.... merece ser bien queri-



da... y yo querría.... pero es una locura sentir lo pasado, doctor.

El fraile sacó de una cajita que llevaba consigo una redomita y vertió algunas gotas del líquido que contenía en los labios de mi hermana.

—¿Y ese gentlemen? preguntó en seguida.

—Es necesario que ese joven se duerma también, doctor.

—¿Y si rehúsa beber?

—Probad.

El doctor, cuya postiza barba era una verdadera máscara, dispuesta para ocultar casi enteramente su rostro, se acercó a mí y desató el pañuelo que me cubría la boca.

Su Honor se paseaba lentamente a lo largo de la mesa.

Yo respiré con fuerza.

—¿Queréis beber? dijo el doctor.

Tomé la redomilla y bebí:

—Quien quiera que seáis, exclamé yo en seguida dirigiéndome al gefe, yo os proclamo un infame y un miserable.... Admito la vida que me dais, pero es para vengarme.... ¡Oh! no estais tan bien enmascarado que no puedo yo reconoceros....

—¿Lo ois, milord? dijo el doctor.

—Lo oigo, pero los que han querido vengarse de mí estan muertos....

Acercóse entonces a mí y me miró con atención.

—También yo os reconoceré, murmuró, y si es posible, volveré a salvaros la vida.

Si ese hombre es el que yo creo. Estevan, ha cumplido su promesa, porque el lunes último tuvo mi vida entre sus manos.

Estevan creyó comprender bien, pero quería convenirse.

—¿El lunes último? repitió.

Frank señaló su herida.

—El es quien se batió conmigo; murmuró.

—¡Rio Santo! exclamó Mac Nab, ¡casi me lo esperaba!.... pero yo no he visto jamás a ese hombre y no puedo saber.... ¡Oh! ¡es preciso que yo le encuentre! porque no sabéis, Perceval, hasta donde llega la semejanza de nuestra desgracia.... no sabéis hasta qué punto es igual el motivo de nuestro odio.... solo conocéis la identidad de nuestros agravios.... ¡Y bien! el presente también nos aproxima.... este hombre que se coloca entre vos y miss Trevor, es el mismo que me cierra el corazón de Clara....

—¿Será posible!.... interrumpió Frank.

—El es a quien ama Clara con esa inconcebible ternura, cuyo origen es un misterio, como todo lo que rodea a ese hombre!.... ¡él es acaso quien la ha robado!....

Estevan contó aquí los detalles de la escena de Temple-Church, y en la descripción que hizo del bello desconocido, no pudo desconocer Frank al marqués de Rio Santo.

—Sí, dijo Perceval, pasado un momento de silencio, teneis derechos iguales a los míos, y Dios permita que nos podamos vengar juntos....

Y la semejanza que habeis hallado entre el hombre de Temple-Church y el asesino de vuestro padre es una prueba más, que se une a tantas otras, porque sin concertarnos le hemos reconocido ambos.

Estevan se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—¿Dónde vais? le preguntó Frank.

—Voy a batirme con el marqués de Rio Santo, contestó el joven médico, a quien la cólera sacaba de su calma natural; acaso seré más dichoso que vos, Perceval....

Si no.... tendréis que vengar a un hermano, además de vuestra hermana.... ¡Adios!

—¡Esperad! exclamó Frank con tono de reconvención; ¿queréis aprovecharos de mi herida?... ¡Ah, Estevan!.... he aquí la primera vez que os hallo egoísta é injusto.

Estevan volvió a la cama y estrechó la mano de Perceval entre las suyas.

—Perdonadme, murmuró; pero como no tengo ninguna noticia de Clara, Frank.

Este tiró a un lado la ropa de la cama, y saltó al suelo con tanta rapidez, que no dió tiempo a Estevan para pensar en evitarlo.

—Ved, amigo mio, que me encuentro ya fuerte, y no os haré esperar mucho tiempo.... ¡Oh! ¡pobre Harriet mia! añadió estendiendo sus manos juntas hácia el retrato de su hermana; tú estás en el cielo donde se perdona.... pero en la tierra se vengan los ultrages.... ¡Oh! tú amabas el honor, Harriet, y eres escocesa....

Desde el lado del mismo Dios sonreirás al ver el castigo de ese hombre.

—¡Cuán bella era! ¿no es verdad, Estevan? ¿Habeis visto alguna vez tanto candor unido a aquella dulce melancolía que se notaba en su frente virginal, como un presagio de temprana muerte?... En nuestras montañas se dice, como sabéis, que estas frentes celestiales dan envidia a los ángeles y llaman la muerte....

¡Dios mio, cuánto la he llorado!

Algunas palabras darán fin a mi triste relación, Mac-Nab, continuó reprimiendo un dolor violento. El gefe y el que él llamaba el doctor se retiraron, y me quedé solo con Harriet dormida.

Como me habían quitado una parte de mis ligaduras, pude arrastrarme hasta mi hermana y levanté el velo de seda que la cubria.

La infeliz sonreía con ternura y en su sueño pronunciaba el querido nombre de Enrique Dutton.

¡Pobre hermana mia!

Sentéme a su lado y empecé a perder el conocimiento al mismo tiempo en que la di un beso en la frente.

No podré deciros esactamente las horas que permanecí dormido bajo la influencia del narcótico; pero el camino de Crewe a Dudley Castle es largo, y fué necesario al ménos un dia para atravesar esta distancia por las tortuosas sendas de la Escocia del Sur. Cuando desperté me hallaba a la vista de la quinta de mi madre, al lado de mi hermana y en nuestra silla de posta. Harriet continuaba durmiendo.

La silla estaba parada: caballos y postillon habían desaparecido.

Llegué a la reja del parque y llamé, é hice que mi hermana fuese trasportada a la casa.

Cuando despertó, su primera mirada fué para mí.

—Frank, me dijo, yo me acuerdo.... yo sè.... será preciso que muera.

Desde aquel dia, Estevan, no oí nunca a mi pobre hermana pronunciar una palabra. Consumiase lentamente entre mi madre y yo, asesinada por la idea de su afrenta. A veces, en el buen tiempo, iba a sentarse en el parque bajo una encina, y permanecía allí inmóvil horas enteras. Mi madre la seguía llorando con indecible angustia al ver morir así a la infeliz Harriet.

Cuando llegó el otoño la abandonaron sus fuerzas enteramente; ya no podia ir al parque, porque le faltaba el aliento.

Una noche nos llamó a mi madre y a mí con una señal: nos aproximamos a su silla de brazos sentándonos a su lado, y poniendo sus manos sobre las nuestras, la vimos sonreír por la primera vez después de seis meses.

En seguida levantó hacia el cielo sus grandes ojos azules.

Mi madre se hincó de rodillas y empezó a orar. Estevan, ¡Harriet estaba muerta!

Yo no había esperado a este momento para instruir a la justicia, pues la mañana siguiente de mi llegada a Dudley-Castle escribí a vuestro tío M. Mac Farlane, como magistrado que era del condado de Dumfries, detallándole toda la parte de nuestra misteriosa aventura, aunque ocultando lo que pudiera sacar a luz la afrenta que había sufrido el honor del nombre de Perceval.

Vuestro tío, Estevan, me contestó con una carta, que tengo el derecho de llamar evasiva, por no calificarla más severamente, en la cual me decía no poder abrir un sumario sobre un hecho tan extraño, romanesco, imposible.

Yo insistí de un modo apremiante y parentorio, y el sumario se comenzó y se terminó en la casa de Randal Graham y en la misma habitación donde se acostó mi hermana. La causa fué sobreseída en las primeras diligencias, porque desde luego se juzgó errónea mi declaración.

En efecto, la escalera por donde yo decía haber bajado al subterráneo, no existía, y en su lugar solo había un muro de piedra de una antigüedad incontestable.

En cuanto a los subterráneos, declararon veinte testigos que jamás habían oído hablar de ellos.

—Yo habría hecho lo que esos testigos, Frank, dijo Estevan.

—Os creo, Mac Nab; acaso soy injusto con M. Mac Farlane.... ¡Y sin embargo, esa capilla maldita se halla justamente bajo su casa de campo de Crewel.... Pero aún no es tiempo para nosotros de aclarar este asunto, pues tenemos otra cosa que hacer en lugar de adivinar enigmas... ¿Permaneéis firme en vuestro designio de batiros con el marques de Rio Santo?

—No, respondió Estevan.

Frank tuvo un momento de alegría.

—Y en cuanto a mí, preguntó este con viveza, ¿creeis que me hallaré pronto con fuerzas para empezar de nuevo?

—¿Vos, Perceval?... dijo Estevan friamente; no por cierto, vuestro acero no se cruzará en adelante con el de ese hombre.... La espada es arma, amigo mío, que solo se usa contra un enemigo leal.... Con el marques de Rio Santo es necesario emplear otros medios.... ¿No comprendéis ahora que la diabólica escena representada en vuestra cabecera para engañar a James Trevor, es una invención de Su Señoría?

—¿Creeis? comenzó Frank.

—Aun creo más que eso, exclamó Estevan. Una duda que había rechazado en otro tiempo viene a ser ahora para mí una certidumbre.... ¿Reconoceríais a ese fraile a quien llamaba Su Honor el *Doctor* en los subterráneos de Crewel?

—No sé.... ¿por qué me lo preguntais?

—Mi imaginación adelantaba mucho, murmuró Estevan en vez de responder, y no puedo creer, a pesar de todo, que el doctor Moore.... uno de nuestros primeros prácticos.... vaya a beber y danzar entre bandidos bajo las ruinas de Santa María... Pero la tentativa de asesi-

nato no queda ménos averiguada.... ¿Y por qué habría querido asesinaros el doctor Moore, Frank? añadió el médico dirigiéndose súbitamente a Perceval.

—Me habeis hablado de eso, Estevan; pero el marques de Rio Santo que acaba de salvarme la vida....

—¡Oh! todo grande actor, interrumpió Mac-Nab, tiene rasgos delicados en su modo de representar.... El marques es un grande actor, a lo que pienso.... y siempre es un enemigo terrible, porque toda arma es buena para él.

—Nosotros solo podemos oponerle nuestro odio y nuestras sospechas, dijo Frank.

—¡Mucho odio y terribles sospechas, Perceval.... Dadme vuestra mano.... Teneis buen pulso!.... ¡Esta noche misma estaréis en estado de comenzar la batalla....

—¡Explicaos, Estevan!

—Voy a llamar a Jack.... Son las siete media.... y a las ocho estaremos en Regent Street.

Jack apareció en la puerta.

—Vestid a vuestro amo, le dijo Estevan.

Frank, admirado, se dejó vestir; no padecía ya de su herida mas que una estrema debilidad.

Cuando el anciano criado le hubo puesto el fraque, dijo Estevan:

—Preparadnos un coche.

—¿Me diréis cual es vuestro proyecto, Mac-Nab? preguntó Frank.

—Amigo mio, dijo con firme tranquilidad, vamos a empuñar la lucha, y vos debeis comenzarla.... A mi vez entraré yo.... Es preciso que hableis en particular con miss Maria Trevor.

—Yo lo querria.... yo lo querria al precio de mi sangre, Estevan; pero....

—Escuchadme.... esa conversacion será la primera estocada que reciba el enemigo comun.... yo no tengo un medio seguro de conseguirlo; pero Lady Ofelia es zelosa, y en seguida nos vamos a su casa.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

IX.



LA TERTULIA.

Aquella misma noche habia una pequeña reunion en Trevor House, y lord James jugaba una partida de Whist con el flemático doctor Muller, el lord Stewart y el famoso poeta sir Arcadius Bombastic.

Lady Campbell estaba rodeada de su corte, a la que solo faltaban el marques de Rio Santo y el hermoso caballero Angelo Bembo. Encontrábase allí lady Stewart y su hija, la linda y alegre Diana, lady Margaret Wawerbempilwoodie, baronesa, la rubia Cicely Kemp. Sir Pablo Waterfield, lord Jhon Tantivy, el Sportman, el vizconde de Lentures Luces y otros muchos.

Hacia cinco días que María Trevor no salia de su cuarto; pero esta noche bajó al salon para reunirse con miss Diana Stewart, su mejor amiga.

La pobre María estaba muy débil y cambiada: su delicado talle parecia encorbarse bajo el peso de una angustia harto dolorosa, y no se podia mirar sin compasion la grande palidez de su rostro.

Entre ella y su amiga habia una diferencia notable: miss Stewart era una morena de ojos negros y de preciosa boca, con una sonrisa maligna que la hacia encantadora.

Daba pena el ver a su lado a María, cuya belleza mas distinguida y de un tipo superior, desaparecia ante el brillo deslumbrador de su alegre compañera: ¡habia tanta palidez en sus facciones y tal congoja en sus apagados ojos!

Las dos jóvenes hablaban aparte, y el resto de la reunion rodeaba la chimenea bajo la presidencia natural de lady Campbell.

La conversacion vagaba sobre mil objetos distintos, cosa que suele divertir ó llamar el sueño, segun las circunstancias.

Lady Campbell dirigia la conversacion con su destreza habitual, y como tenia su idea fija, la hacia recaer periódicamente sobre el marques de Rio Santo.

—No le he visto en el parque, dijo el lord John Tantivy, hace.... esperad.... cinco dias al ménos.

—No se le ve en ninguna parte, añadió lady Margaret.

—¡Es un eclipse total! murmuró distintamente el pequeño frances Lentures Luces; hablo con seriedad.

—Querido, vos hablais siempre con seriedad, replicó el Sportman subiéndose el lazo de su inflexible corbata.... Hace cinco dias que subia el marqués por Kitty Bell en su yegua blanca que ganó el penúltimo *handicap* en Epson.... ¿No estábais vos allí, sir Pablo?

—Allí estaba, milord.... pero ciertamente, miladies es necesario que el marques no se deje ver en ninguna parte para desterrarse así del círculo de milady (sir Pa-

blo saludó a la hermana de lord Trevor), y debe suponerse que una indisposición....

—El marques de Rio Santo no está enfermo, dijo la honorable Cicely Kemp, mordiéndose los labios; se cuentan cosas muy extrañas de su grande casa de Belgrave Square....

—¿Y qué se dice, amor mio? preguntó vivamente lady Margaret.

—¡Oh! señora, contestó Cicely Kemp mordiéndose los labios con mayor fuerza, las jóvenes que no son casadas no deben mostrarse muy instruidas en esa clase de sucesos.

El Sportman reprimió una carcajada, pensando que su yegua *Erasquita* no hubiera respondido mejor.

Lentures Luces se inclinó con aire de amabilidad y dijo:

—Miss, habeis dado una preciosa excusa: hablo....

—¡Seriamente! concluyó el vengativo Sportman.

—Miladies, dijo Tantivy, ¿alguna de vosotras ha oído hablar de Brian de Lancaster?

—No, desde la famosa comedia que nos dió en Covent Garden, respondió lady Campbell.

—Cuyos días siguientes se quedó en cama el conde de White Manor, añadió lady Margaret.

—Se dice que está enamorado, murmuró Cicely Kemp poniéndose muy encarnada.

—El amor es el solo bien verdadero sobre la tierra, miladies, declamó de lejos el poeta Bombastic.

Esta salida hizo olvidar el poco decoroso adjetivo empleado por la honorable Cicely Kemp. ¡Hablar de amor a los diez y seis años!

—El tal Brian de Lancaster, dijo Lentures Luces, podría solo llenar de anécdotas todos los salones de Londres....

—Seguramente, contestó lady Stewart.

—Contadnos alguna, exclamó lady Campbell.

—Por cierto, señoras, contestó aquel, que no es una cosa nueva.... hace mas de tres semanas que sucedió, aunque los periódicos no han hablado de ello que yo sepa.... He aquí la historia.... Brian comió cierto día con el príncipe Dimitri Tolstoy, embajador de Rusia.

—¡Oh, si yo fuera embajadora! pensó la honorable Cicely Kemp.

—Es preciso que sepais que Su Gracia bebe como un cosaco y que tiene un vino muy melancólico.

—¡El vino! exclamó desde su asiento sir Arcadius Bombastic: el vino, ese néctar precioso de los dioses, que el cielo ha rehusado a nuestros fríos países: el vino, alegría de los fuertes y vigor de los débiles; el vino, que la mitología nos demuestra bajo la forma de un hermoso jóven coronado con verdes pámpanos, con la sonrisa en la boca y con la dulce palabra en los labios.

—Su Gracia, prosiguió Lentures Luces, suspira al sexto vaso de champaña, llora al duodécimo y solloza a los diez y ocho.

Ese día justamente estaba afectado Lancaster por sus ideas tétricas, é hizo el duo con el príncipe hasta el décimooctavo inclusive. Cuando la dosis excede de este número, señoras, tiene Su Gracia la costumbre de romper los platos y cuanto se halla sobre la mesa.... Es un capricho nacional; pero por lo demas, paga a la mañana siguiente los daños que hizo la vispera.

Brian rehusó seguirle en su destruccion y se limitó a sollozar. De ahí se originó una discusion grave y se citaron para la mañana siguiente en Greenwich, donde debia tener lugar un duelo a muerte, pues el príncipe estaba furioso.

—¿Y se batieron? preguntó miss Cicely Kemp.

—¡Un poco de paciencia, amor mio! replicó lady Margaret.

—Cansado de destruir el príncipe, continuó Lentures Luces, se levantó para marcharse, pero le detuvo Brian.

—Milord, le dijo, no conozco nada mas fastidioso que batirse, con espada ó pistola.

—Nos batirémos al sable, contestó el embajador.

—¡Diantre! mejor seria lanza.... ¿quereis que sea con lanza, milord?

—¿Qué decis, caballero? exclamó el embajador, creyendo que se burlaba de él.

—Os pregunto, milord, si os gusta la lanza.... pero no.... eso se pareceria a los inocentes torneos de ciertos lores escoceses.... Tratemos de buscar un medio para poder matarnos lo ménos neciamente posible.

Sentóse de nuevo Su Gracia, trajeron mas champaña y se bebió de firme. El príncipe se embriagó como el primer marques de Irlanda en los bellos tiempos de este pais.

Lancaster era hombre que podia beberse un tonel sin que le hiciese la menor operacion.

—Milord, dijo Brian al cabo de media hora, es preciso ahorcarnos.

—¡Enhorabuena! exclamó el príncipe, ahorquémonos... ¡Waiter! vengan dos cuerdas.

—¿Para qué dos, milord? sabeis que es un duelo.... con una bastará. Los dados nos hacen falta para echar a la suerte cuál de los dos debe ahorcar al otro.

—¡Ah! ¡He ahí una idea de Lancaster! exclamó lady Margaret.

—¿Y se ahorcó alguno de ellos? preguntó la honorable Cicely Kemp.

—Esperad un poco, hermosa mia....

El príncipe gritó: ¡bravo! continuó Lentures Luces. Desde entónces eran él y Brian los mejores amigos del mundo; trajeron los dados, perdió Lancaster y fué condeñado a ser ahorcado.

La alegría del príncipe le ponía fuera de sí.

Sería como media noche cuando Su Gracia y Brian salieron del club cojidos del brazo, dirigiéndose hácia Portland-Place.

—Pero en fin, dijo la honorable Cicely Kemp, M. de Lancaster no ha sido ahorcado, puesto que....

—¡Por favor, querida, ¡escuchad! exclamó lady Campbell; pocos cuentan una historia como M. de Lentures Luces.

—¡Ah, señora! vos me lisonjeais demasiado, balbuceó el vizconde.

La honorable Cicely Kemp se acercó al oído de lady Margaret.

—Señora, murmuró *ex-abrupto*, ¿queréis llevarme en vuestra compañía la primera vez que vayais á ver ahorcar?

Esta salida terrible hizo estremecerse en su sillón á lady Margaret.

—¡Dianche! querida, replicó, ¡á vuestra salud!

—Cuando llegaron á Portland-Place, ante el palacio del conde de White-Manor, prosiguió Lentures Lucés, se quitó Brian la corbata y fraque, y dijo a Su Gracia:

—Vamos, príncipe, atádmelo el cordel al cuello, si gustais.

El embajador no se hizo de rogar: costóle algun trabajo; pero con buena voluntad, señoras, se consigue todo. Algunos minutos después colgaba Brian de Lancaster de un hierro de los que sostienen los faroles, y Su Gracia se moría de risa contemplándolo.

—¿Cómo!—esclamó el coro femenino,—¿tan adelante llegó la cosa?

—Sí, miladies.

—Pero en definitiva, objetó Cicely Kemp, M. de Lancaster no ha sido ahorcado enteramente.

—Se diría que lo sentís ¡amor mío! dijo con acrimonia lady Margaret.

—¡Oh! no, señora, contestó la honorable miss; pero es preciso que toda historia tenga un fin.

—Esa es una verdad profunda enunciada en vulgares términos, dijo de lejos sir Arcadius Bombastic: toda historia, como todo drama, debe tener esposición, trama, desenlace.... peripecia.

—¡Y bien! interrumpió lady Campbell sonriendo, apuesto cualquier cosa a que el vizconde no deja de tener una peripecia de reserva.

—Seguramente, señora, respondió Lentures Lucés, con cierto aire de modestia; mi historia tiene un fin cual vais a ver.

Brian se cogió a la cuerda con ambas manos, y antes de lanzarse a la eternidad, maldecía a su hermano con voz retumbante, lo que atrajo algunas personas a las ven-

taoas, de forma que al morir el pobre Lancaster llevaba al menos el consuelo de dejar entregado a la esecración el nombre del conde de White Manor.

—Vamos, Brian, vamos; amigo mío, decía el príncipe, que se había sentado en la acera; soltad la cuerda como un mozo de valor.... y no me hagais esperar mas.... que me resfrío....

Lancaster continuaba arengando: acusaba a su hermano de su muerte y llamaba sobre él la maldición del cielo.

En esto pasaron algunos agentes de policía y las gentes de las ventanas les gritaron que socorrieran a aquel desgraciado que se ahorcaba. Brian se apresuró a soltar la cuerda, pero fué en balde, porque lo descolgaron los agentes de policía, a pesar de los valerosos esfuerzos del príncipe Dimitri Tolstoi, que perdió dos dientes en esta memorable batalla.

Pero cuando Brian se repuso un poco, cambiaron las cosas. Vos sabeis, señoras, cuán terrible es el tal Brian cuando se incomoda.... Y bien, su cólera llegó al extremo al ver que se habían permitido descolgarle. Los agentes de policía eran cuatro; pero arremetiendo contra ellos Brian, en dos minutos los derribó a todos por tierra, como si hubieran sido soldados de plomo.

En seguida saludó respetuosamente a Su Gracia el embajador de Rusia, que también se revolcaba, mal parado, por el lodo, y se fué tranquilamente a dormir.

—¡Deliciosa locura! dijo lady Margaret.

—En verdad, miladies, añadió la hermana de lord Trevor, si no hay otro M. de Lancaster para inventar y poner en ejecución estos *escéntricos* caprichos, convenid en que tampoco se encuentra quien sepa narrarlos como el vizconde.



—¡Ah, señora! ¿os chanceais? murmuró Lentures Luces, lleno de satisfacción.

—¡Aquiles fué bien dichoso en encontrar un Homero! pronunció en tono sentencioso el poeta.

—¿Y qué se hizo el embajador de Rusia? preguntó Cicely Kemp.

—¡Eh! amor mio, ¿qué importa eso?....

Hablóse algunos minutos de esta aventura y luego se divagó sobre diferentes materias. Lady Cambell ponía en juego todos los recursos de su gran talento para impedir con destreza que recayese la conversacion en Frank Perceval.—Fatalmente era bien difícil, porque en una pequeña reunion es preciso hablar de todo....

La honorable Cicely Kemp, que representaba allí el papel que el pintor francés da a sus *Muchachos terribles* en sus magníficos cuadros de costumbres, pronunció el nombre de Frank, y lady Margaret preguntó qué era de él. Lady Campbell lanzó una mirada inquieta a su sobrina; pero el nombre de Frank habia producido ya el efecto temido. La pobre María reclinaba su pálido rostro en el hombro de Diana Stewart.

—Frank continúa enfermo, respondió Lentures Luces, y no sale de casa ni recibe a nadie.

—Permitidme, querido, replicó Tautivy, contento de poder contradecir a su dichoso rival, permitidme que os diga que acaso no os recibe, pero que sale, pues acabo de encontrarle en Regent Street, a la puerta de la condesa de Derby.

—¡Ah! exclamó lady Campbell, ¿su primera visita es para lady Ofelia?.... No creia que mediase entre ellos tan estrecha amistad.

—La condesa de Derby necesita distracciones, exclamó Cicely Kemp con aturdimiento.

En el momento en que acababa su frase, que acaso no era mas que la repetición de lo que habia oido a alguna lady en edad de razon, se abrió la puerta de par en par y anunció un criado:

—La señora condesa de Derby.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

X.

## CURIOSIDADES DEL CORAZON.

Durante la conversacion eminentemente frívola que hemos narrado en el capítulo precedente, miss María Trevor y Diana Stewart se habían aislado del círculo principal, hablando las dos aparte de un asunto bien diferente al que ocupaba a la reunion.

—María, decía Diana, que se había entristecido al ver la melancolía de su amiga; mi buena María, ¿no me abriréis vuestro corazón?.... ¿olvidais que nos hemos prometido el no tener secretos la una para la otra?.... yo por mí no tengo ninguno, porque en otro caso ya lo sabriais.... ¿No me amáis ya, María?

—Sí, Diana.... ¡Oh! os quiero tanto.... como antes.... ¡mas quizá.... despues que los que me amaban me han olvidado!.... pero no tengo ningun secreto.

—¿Y por qué, pues, estais tan pálida, María?.... ¿por qué no sabeis ya sonreiros?

—¿Sabia yo acaso sonreirme en otro tiempo? murmuró

miss Trevor. Diana, ¿habeis pensado bien lo que acabais de decir?... ¡yo sonreir!

—¡Oh! sí, sonreir y ser mas dichosa, María....

Miss Trevor inclinó la cabeza.

—¡Ser dichosa! repitió, como si esta palabra hubiera sido para ella un término de una lengua desconocida.

—En otro tiempo lo érais, María....

—Diana, no me acuerdo ya.

María dijo estas palabras con tal espresion de desaliento, que miss Stewart no pudo contener las lágrimas.

—Querida María, la dijo, no me habeis así.... Vos no podeis haber olvidado las alegres conversaciones que teniamos en la casa de campo de mi madre y nuestros largos paseos por los estensos bosques de Trevor-Castle... ¡a qué bellos sueños de porvenir nos entregábamos ambas!....

—¡Sí, sueños eran, Diana!....

—Pero sueños que pueden cambiarse en realidad, María.... ¿No es cuanto os rodea como otras veces? Sabeis que mi primo Frank ha regresado de su viaje.

—No me habeis de Frank, dijo miss Trevor, frunciendo ligeramente sus delicadas cejas.

—¿Por qué, María? ¿No lo amais ya?

—No. ¿Ignorais acaso que amo al marques de Rio Santo?

—¡Tambien vos! exclamó miss Stewart. ¡Oh! ¡guardaos, mi buena María!.... No he tenido miedo de amarle.... quizá le he amado.... y aun creo....

Diana se detuvo, poniéndose mas encarnada que la cinta que ataba su rica cabellera. En seguida se sonrió con sinceridad.

—Pero yo, prosiguió, amo a mi modo y no tomo melancolía.

colfa.... Prescindiendo de todo ¡es el rey de los hombres!.... ¡Ah! ¡conque le amais, María!.... No puedo esplicaros cuán grato me es el ver como os chanceais....

—No me chanceo, Diana, he mentido.

Mis Stewart dejó de sonreirse y contempló a su amiga, cuya voz se habia llenado súbitamente de amargura.

—¡Habeis mentido? repitió sin comprender lo que quería decir María.

—¡Cuánto sufro! murmuró miss Trevor.

Diana pasó su brazo al rededor de la delgada cintura de su amiga.

—¡Harto se conoce, pobre María! replicó suspirando; pero no os entiendo.... vuestras palabras no tienen ya sentido para mí....

—¡Tanto mejor, Diana! eso consiste en que sois dichosa.

—Lo seria, si no os viese sufrir.... ¡cuánto desearia el poder consolaros!.... ¡Dios mio!.... yo no comprendo ya vuestro corazón.... Por piedad, por vos y por mí, respondedme sin rodeos.... ¿No amais ya a Frank Percival?

—Me caso con el marques de Rio Santo, Diana.

—Me lo habian dicho.... y no queria creerlo.. ¡Pobre Frank!

María aspiró con fuerza el olor de una redomita que llevaba con un espíritu fuerte, y despues dijo con voz sumamente afectada:

—¡Creo que no tardaré en morir!

—¡Morir! exclamó tristemente miss Stewart. ¡Oh! ¡vos le amais aún, María!.... ¡Y cómo era posible que le hubieseis olvidado? Un corazón tan noble como el vuestro no cambia ni ama mas que una vez.... Pero ¡què es-

traña tiranía fuerza así vuestra voluntad? Lord Trevor es el mejor de los padres; lady Campbell....

—¡Escuchad! interrumpió María, estremeciéndose de terror.

—¿Qué? preguntó miss Stewart.

—¿No ois?

Diana escuchó con atencion y no oyó mas que la voz sonora del vizconde de Lentures Luces, narrando, del modo que hemos visto una escentricidad de Brian de Lancaster.

Los nervios de María estaban no obstante violentamente agitados.

—¡Oh! yo oigo, pues, y ese ruido me da un miedo horrible.... Es el de un coche, Diana, que corre por el empedrado de Park-Lane.... ¡si será el suyo!

La voz de miss Trevor manitestaba un horror indecible.

—¿El coche de quién? preguntó Diana.

—El suyo!.... yo lo oigo desde muy léjos.... Cualquiera cosa de él me hace temblar.... Mi tia dice que le amo.... y acaso es verdad, Diana.... ¡No ameis jamas! ¡Oh! jamas, vos que estais tan alegre y linda, vos que sonreis con tanto candor y que cantais tan dulcemente acompañándoos con vuestra harpa, vos que danzais con un placer tan inocente, y que sois tan libre y dichosa!.... ¡no ameis nunca, pues se padece mucho.... y se aprende a llorar, Diana!.... se pone una pálida y triste.... el canto nos incomoda, nos fatiga el baile.... y en la noche.... ¡Oh! en la noche, Dios, que nos mira con piedad, nos envia sueños de dicha.... ¡Sueños, cuando la felicidad es imposible y nos espera la angustia al levantarnos!

María levantó hácia el cielo sus grandes ojos, sin que apareciese en ellos una lágrima; su voz era sorda y lenta como el preludio de la desesperacion.

—Pobre María! exclamó suspirando miss Stewart que adivinaba vagamente la estension del martirio de su infeliz amiga.

—Hace seis días que no he venido, continuó María Trevor; puedo yo decir, ¡Dios mío! si deseo que vuelva? En su ausencia padezco porque no puedo desechar un instante su pensamiento.... ¡Ah! ¡creo que moriré muy pronto!

Un rayo de luz alumbró un momento la frente pálida de miss Trevor.

—En otro tiempo, murmuró, ¡en otro tiempo!.... cuando él debía venir, ¡cuán alegre estaba yo! ¡cuán lenta me parecía la marcha de los minutos en el reloj! ¡qué prisa tenía de verle, cuán dichosa era con su presencia, y qué atenta estaba a sus nobles palabras! ¡Pero eso no era amor, Diana! Mi tía me lo ha explicado estensamente.... sí, estensamente y amenudo.... tan amenudo, que una densa niebla ha cubierto mi mente.... El amor es un suplicio, y lo que yo experimentaba por Frank era un sentimiento lleno de esperanza y dicha.... ¡Oh! el marques de Rio Santo es a quien amo.

Esta palabra, que parecía un sarcasmo amargo y desesperado, la pronunció con una triste convicción.

—¡Todo eso es una locura, querida María! exclamó Diana, vos habeis comprendido mal a lady Campbell, ó ese hombre os ha fascinado hasta el punto de turbar vuestra inteligencia.... Vos amais a Frank, acaso mas que nunca.

—Sois una niña, mi buena Diana, dijo miss Trevor meneando la cabeza, y no sabeis nada en estas cosas....

y a decir verdad, ni yo tampoco.... voy a morir sin conocerlas.

A estas palabras sucedió un instante de silencio. M. Leutures Luces terminó entónces su historieta, y la conversacion habia cesado en el gran círculo. Diana contemplaba a su amiga con una dolorosa curiosidad, mientras que María parecía sumida en su habitual tristeza.

—¡Oh! exclamó esta de repente, ¡sabeis Diana, que la muger que me ha arrebatado el corazón de Frank Perceval es muy bella?

—¡Qué decís, María! replicó con viveza miss Stewart, herida por un rayo de luz; ¡Frank amar a otra muger!... ¡Oh! ¡cuánto me alegraría no engañarme al creer que son solo los zelos los que forman vuestro tormento! ¡yo os convenceré.... porque estais en un error, María!.... ¡Y quién sabe si han calumniado a Frank en lo que han podido deciros?

—Yo he visto.... respondió María ¡ella es muy hermosa!

—¡Y qué habeis podido ver? exclamó Diana, entregándose a toda su vivacidad; Frank es mi primo y no permitiré.... ¡Pobre María! continuó. ¡Perdonadme! creo comprender ahora vuestro mal.... Pero en la casa de James Trevor, ¿quién es el enemigo de Frank Perceval?

—¡Yo! respondió miss Trevor, dejando ver en sus ojos un sentimiento de fugitiva cólera.

—¡Vos, María!.... ¡cómo quereis qué os crea!.... ¡vos, tan noble y tan buena!.... ¡Oh, cuán extraño es todo esto, Dios mío! créaf comprender un un instante, pero veo que todas estas cosas tan raras, son superiores a mi pobre inteligencia.... Parece que pesa un maleficio sobre vos.

—¡Puede ser, Diana!... pero ¿qué le hace?... ¿No sé que debo morir pronto?

En este momento fué cuando, anunciada por el criado entró la condesa de Derby en el salon de Trevor.

Antes de la llegada de Rio Santo a Londres habia una amistad muy estrecha entre lady Ofelia y lady Campbell; pero sabidas por esta despues las relaciones del marques con la primera, se habian enfriado mucho las que ecsistian entre ambas. Sin embargo, no habian dejado de tratarse, pues nunca se rompe voluntariamente en la alta sociedad, porque esto da lugar siempre a que se hable y así es que hemos visto a lady Ofelia en el baile de Trevor-House.

Pero acontecia ahora muy raras veces el que lady Ofelia y lady Campbell se visitasen sin cumplimento, y por decirlo así, en los dias reservados a la amistad, pues se habia elevado entre ellas un muro de etiqueta en razon de que no se amaban.

Lady Ofelia, no obstante, habia conservado hacia Maria Trevor una especie de amistad, ó mas bien de tierna compasion. Maria era sin embargo su rival; pero el alma verdaderamente noble de la condesa de Derby no podia concebir odio contra la débil é inofensiva adversaria que le daba la casualidad.

La condesa sabia hacer distincion con su extraordinario talento entre la tia y la sobrina; la primera no podia ménos de escitar toda su cólera, así como la segunda le inspiraba compasion, aunque no sabia enteramente hasta qué punto llegaba su martirio, porque tambien ignoraba la estremada esclavitud moral en que se hallaba miss Trevor.

La entrada de la condesa de Derby causó alguna sor-

presa a los concurrentes del salon de Trevor-House, porque ninguno ignoraba el estado de las relaciones de lady Ofelia con la dueña de la casa.

En cuanto a lady Campbell, que por cierto no era la méhos sorprendida, se levantó risueña y corrió a recibir a su antigua amiga, con un verdadero trasporte de alegría, lo que dió ocasion a lord John Tantivi para que hiciese entre sí esta juiciosa reflexion:

—Dos yeguas se batirian en semejante caso; y he aquí estas mugeres como se acarician....

Pero tan alegre y afectuosa como parecia lady Campbell, tan turbada estaba la condesa de Derby, lo que era bien extraño, porque lady Ofelia tenia fama en Londres por su incomparable despejo, y así es que sus mismos rivales trataban de copiar sus menores movimientos.

La condesa estaba muy pálida y sus ojos conservaban señales de una gran fatiga ó acaso de lágrimas; su mirada era sumamente distraida.

—No veo a miss Trevor, dijo antes de sentarse; ¿está quizá enferma?

—Maria estaba en frente de ella.

—¡Ah! continuó lady Ofelia percibiéndola, ¿estais muy cambiada, querida Maria!

Besóla en la frente, y por un movimiento involuntario se metió la mano en el seno, pero la sacó en seguida vacia, se avergonzó como si hubiera estado a punto de hacer una mala accion.

Despues se alejó súbitamente de Maria para ir a sentarse en el grande círculo.

—Señora, la dijo, Lentures Luces, ¿qué noticias nos dais de Frank Perceval?

Lady Ofelia cambió de color.

—¿Qué encarnada os poneis, milady! exclamó la honorable Cicely Kemp; ¡y como os volveis ahora pálida!

—¡Callad, amor mio! ¡callad! murmuró lady Margaret.

—Frank Perceval, murmuró la condesa; no sé... en verdad...

—¡Se habrá engañado lord John! interrumpió el jóven; que prescindiendo de todo tenía buen corazón.

Advertida así lady Ofelia, continuó haciendo un esfuerzo para reponerse:

—He visto en efecto al honorable Frank Perceval, y continúa padeciendo de su herida, y sufre mucho, además... caballero.

María estrechó el brazo a miss Stewart, y se alejaron ambas: lady Ofelia las siguió con una mirada inquieta.

El resto de la visita, que no se prolongó mucho, fué violento, a pesar de los esfuerzos de lady Campbell, que dió pruebas de su grande ingenio, aunque en vano, para sostener la conversacion. La condesa sufría evidentemente, y ¡cosa singular! se habria dicho que su turbacion era efecto de vergüenza ó de remordimientos.

Levantóse por fin, y todos la imitaron, porque contra lo ordinario, parecia que su presencia pesaba a todos.

Despues de dar la mano a lady Campbell y de saludar a James, en lugar de ir hácia la puerta, se dirigió con precipitacion a María, que dió un débil grito.

Sin duda era ocasionado por la sorpresa.

Sin embargo, miss Cicely Kemp pretendió, a pesar de los gestos repetidos de lady Margaret para imponer silencio, que la condesa habia sacado del seno un papel y que lo habia dejado caer en la falda de María al tiempo de besarla.

Lady Campbell lanzó una mirada sospechosa hácia aquel lado, pero no vió nada.

Bien es verdad que Diana habia adelantado su blanca mano, retirándola en seguida, movimiento que felizmente no notó la honorable Cicely Kemp.

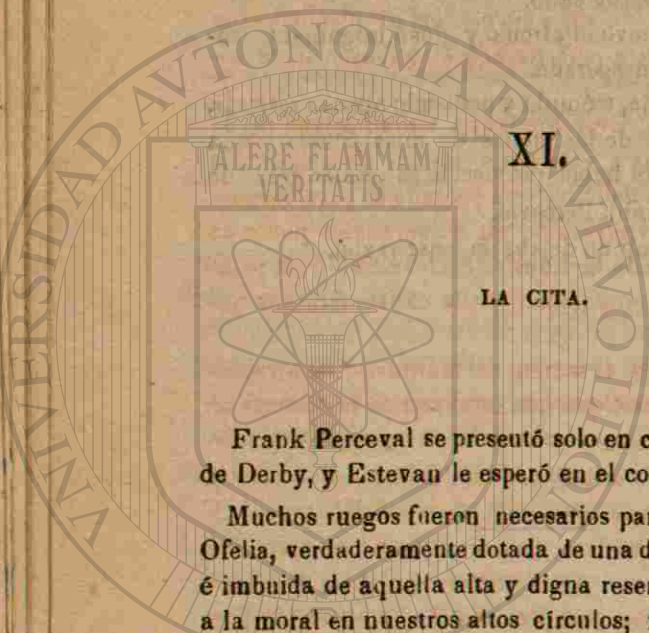
La condesa de Derby salió.

Reformóse de nuevo el círculo y glosó largamente sobre aquella visita inesperada.

Entretanto, María, trémula y pudiendo apenas respirar, recibia ocultamente de las manos de miss Stewart una carta en cuyo sobre habia reconocido al primer golpe de vista la letra de Frank Perceval.

Miss Cicely Kemp no dejaba de tener razon.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## XI.

## LA CITA.

Frank Perceval se presentó solo en casa de la condesa de Derby, y Estevan le esperó en el coche.

Muchos ruegos fueron necesarios para resolver a lady Ofelia, verdaderamente dotada de una delicadeza excesiva é imbuida de aquella alta y digna reserva que reemplaza a la moral en nuestros altos círculos; fueron necesarias, decimos, muchas súplicas para determinarla a dar el paso de que dejamos hablado en el precedente capítulo.

—¡Entregar una carta clandestinamente a una joven!.. Esto en nuestras costumbres hipócritas que se encubren para la multitud con un velo austero de gazmoñería, traspasa en realidad los límites de lo posible y debe parecer a cada cual un absurdo irritante.

De trescientas docenas de ladies, ninguna seguramente dejaría pasar este hecho sin levantar los ojos al cielo y prorumpir en esta grande exclamación o-o oh!

Pero el caso de lady Ofelia no era comun.

Pedimos por ella al lector, no la afrenta de circunstancias atenuantes, sino una franca y completa absolución.

¿No sabía ella en efecto la amenaza que pesaba sobre el porvenir de miss Trevor y no conocía al mismo tiempo los derechos de Frank para hacerse el defensor de la pobre afligida?....

Así sus principales escrúpulos no tenían origen de la natural repugnancia a toda alma elevada en una acción equívoca. Si lady Ofelia hubiera juzgado el paso vergonzoso o solamente vituperable en su verdadero punto de vista, nada del mundo la hubiera hecho cumplir su palabra. Sin duda era producida por otra causa: temía perjudicar a Rio Santo.

Habia revelado ya el secreto del marques y se arrepentía de ello; pues por cierta que estuviera de la destreza de Frank, temía no obstante una lucha para la que ella misma había facilitado armas contra el hombre que amaba. ¿Debería, pues, ir mas lejos, y dar la señal del ataque?

Presentada la cuestión bajo este punto de vista era mas fácil de resolver. A las primeras palabras de Frank se resistió la condesa; pero Perceval había estudiado bien su papel. Confiado en sí mismo había perdido el pleito a pesar de su elocuencia, porque el amor que defendía la parte contraria no podía ser vencido en el terreno de la elocuencia.

El secreto confiado por lady Ofelia, solo a ella le pertenecía; pero el honor de Frank estaba comprometido en velar por María Trevor. Guardar el silencio mientras fuese posible, era su deber; pero las circunstancias le apremiaban. Lord James, en cuyo corazón hubiera permanecido tan guardado el secreto como en una tumba, rehusó toda aclaración. Dos eran, pues, los únicos medios que podían adoptarse.

El primero consistía en ir a casa del marques y proponerle por medio de amenazas, dejase de pretender a María, si no quería sufrir los efectos del arma que su indiscreción había construido contra él.

El otro era más sencillo: consistía en ver a María.

Pero María no salía y Frank no podía presentarse en Trevor House.

Tal fué, en sustancia, el informe de Perceval.

La elección de lady Ofelia podía ser dudosa entre los dos extremos de este dilema. Por el último medio propuesto, Rio Santo lo ignoraría todo, y el secreto permanecería entre Frank y María Trevor.

Resignóse, pues, Frank: escribió una carta, y la condesa hizo poner el coche y marchó a Trevor House.

La turbación excesiva en que la hemos visto, en el momento de entregar a María el billete de Perceval, era el resultado de las dos causas de que acabamos de enterar a nuestros lectores.

Pero ante lady Campbell escedía su vergüenza al amoroso temor, y así es que la condesa estaba sonrojada y temblando, no tanto por Rio Santo, como por ella misma.

Al salir la condesa de Trevor House, su frente estaba cubierta de sudor; entróse asustada en su coche sin aliento apenas, y pensando que todo Londres leería al día siguiente en su rostro el paso que acababa de dar.

Es Londres, tan benigno para el vicio admitido, aceptado y normal, como desconsiderado y sin piedad para cualquier falta definida.

Allí todo se puede hacer, pero de cierto modo.

El coche se detuvo a la puerta de Barnwood-House.

—¡No lo habría hecho! murmuró toda trémula. ¡Oh! no me hubiera atrevido, ¡Dios mío!... pero la pobre niña estaba tan pálida y parecía sufrir tanto....

La carta de Frank no contenía más que algunas líneas: emplazaba en términos respetuosos, pero firmes y perentorios, dando una cita a miss Trevor en casa de miss Diana Stewart, prima de Frank Perceval.

María la leyó y permaneció un instante absorta.

—¿Pensais, Diana, que un hombre pueda amar a dos mugeres? preguntó al cabo de un rato.

—¡No sabeis, María, replicó Diana con aturdimiento, que el marques de Rio Santo nunca ama ménos de cuatro mugeres a la vez?

Una lágrima se deslizó por la mejilla de miss Trevor.

—Frank, es sin duda también así, murmuró esta, me ama al mismo tiempo que a esa muger.... Yo no le amo ya.

Y alargó la carta a miss Stewart.

—Escuchad, Diana, prosiguió: mañana cuando vaya a vuestra casa para verme, decidle que soy muy feliz... que canto y rio contenta, y que apenas podriais vos igualarme en mi loca alegría.

Detúvose aquí fatigada, y entretanto Diana, que nada comprendía de todo aquello, echó una ojeada sobre la carta.

—¿Y qué, María, tendreis valor para negar la entrevista que os pide el pobre Perceval, herido y doliente?...

—¡Sufré él tanto como yo? replicó miss Trevor con voz cortada: decidle... os acordais, Diana, ¿no es verdad?... decidsele todo.... ¡Y bien! ¡cuando yo haya muerto, él sabrá lo que he sufrido.... pero hasta entónces, que me crea feliz!

—¡Oh María! ¡pobre María! murmuró miss Stewart, ¡qué maligna influencia pesa sobre vos!.... ¡qué mano ha puesto sobre vuestros ojos esa cruel venda que os ciega!.... ¡por piedad, por vos-misma, no rechaceis la sú-



plica de Frank, venid mañana, aunque sea para darle un postrer adios!

—Si la hubiérais visto, Diana, respondió María, encontrando alguna fuerza en un movimiento súbito de zelos; ¡si supierais cuán bella es!... ¡no! ¡oh! ¡no, no iré!...

Como todas las naturalezas débiles, María era obstinada hasta el exceso, cuando no pesaba sobre su voluntad una influencia superior, y miss Stewart que la conocia no quiso insistir más.

El día siguiente acudió Frank Perceval a la cita a la hora señalada, y hallando sola a su prima, tuvo esta que participarle la triste noticia de la negativa de María.

Pero no tuvo tiempo Frank para manifestar su sentimiento, pues apenas acabó de hablar Diana, vieron entrar en la sala a miss Trevor, que no se habia hecho anunciar.

Estaba vestida de blanco, a pesar de ser en lo más crudo del invierno y por la mañana; uno de esos graciosos sombrerillos de paja de Italia que nuestras ladies llevan en toda estacion, ocultaba sus hermosos cabellos, de los que se escapaban algunos bucles lacos por la humedad.

Atravesó la habitacion con su paso elegante y ligero de otro tiempo y alargó la mano a Diana, y en seguida a Frank.

Después se sentó entre ellos como otras veces tenia de costumbre ántes del viage de Perceval.

—'Toda la noche he soñado con vosotros dos, dijo; soñando despierta, porque hace mucho tiempo que no duermo.... He pensado que mi querida Diana me creeria con un mal corazon, y he querido ver a Frank.... tambien diré mi querido Frank, añadió con cierta sonrisa, para asegurarle que María Trevor desea siempre verle feliz.

Estas palabras las pronunció con una voz sencilla y firme, que no parecia turbada por ninguna emoción.

—Quitadme el sombrero, Frank, pues mi pobre cabeza no puede resistir su peso.... Gracias, Frank, prosiguió con una imperceptible amargura cuando Perceval la hubo obedecido. No habeis olvidado en vuestro viage el arte de servir a las señoras.

Sus hermosos y largos cabellos cayeron entónces en ligeros bucles, libres de todo lazo, sobre sus hombros, imprimiendo sus dorados reflejos en su adelgazado rostro; aun estaba hermosa, pero su beldad no parecia ya pertenecer a la tierra; se hubiera creido una de esas blancas vírgenes que la tétrica poesía de Ossian presenta abandonando la tumba y dando la forma de su impalpable aliento al aire del Norte que se las lleva, haciendo flotar a lo léjos sus rubias trenzas los diáfanos velos que la cubren.

Miró sucesivamente a Perceval y miss Stewart, mientras que estos permanecian mudos de sorpresa, y dijo:

—Parece que estais triste, querida Diana, y vos Frank, estais muy cambiado.... lo que es yo, no sé si me muero ó me vuelvo loca.

Estas estrañas palabras fueron pronunciadas con ese tono indiferente que se toma para hablar de una cosa insignificante; pero cayeron como un plomo helado en el corazon de Perceval, é hicieron estremecer a Diana.

María no reparó en la dolorosa impresion que producía, y meneó su linda cabeza con una especie de infantil coquetería.

—Diana, continuó de repente, ¿no os acordais ya de vuestro papel?... Cuando estamos los tres así reunidos, al cabo de algunos minutos os da siempre el capricho de

tocar el piano.... y entonces, querida Diana.... nos quedamos Frank y yo solos....

Miss Stewart permanecía inmóvil, y María dió una patada de impaciencia en la alfombra.

—¡Y bien, Diana! exclamó con viveza, ¡mientras estés aquí no me dirá Frank que me ama!....

Diana se levantó, movida por impulso maquinal y se dirigió hácia el piano, el cual se abrió.

María alargó la mano a Perceval, que la contemplaba con dolor; los fugitivos colores que la reciente impaciencia que habia sufrido atrajeron a sus mejillas, desaparecieron, é inclinando la cabeza sobre el pecho, no profirió una palabra.

Diana pasó los dedos por las teclas del piano, de donde salían algunas notas sin concierto.

Este ruido inesperado produjo en María Trevor el efecto de una conmocion eléctrica, y estremeciéndose con violencia, levantó de repente la cabeza y retiró su mano de las de Perceval.

—¡Oh! exclamó dando un suspiro prolongado.

Despues mirando a Frank como si le percibiese entonces por primera vez, se alejó diciendo:

—¿Qué haceis aquí, milord?

—¡María, mi querida María! exclamó Frank, que preferia este rigor repentino al extraño abandono que miss Trevor acababa de mostrarle: ¡María, en nombre del cielo, no rehuséis oirme.... no seais tan cruel como vuestro padre.... no me rechazéis ántes de oír mi justificacion.... ¡Yo os amo siempre, María, y no he cesado un instante de amaros!

María hizo un esfuerzo para conservar la frialdad que aparentaba.

—Milord, dijo, me sorprenden vuestras palabras. ¡Para que justificaros! yo no os acuso.... eso seria dar harta importancia a un pasado que está léjos de nosotros, y que nos hallamos ambos en el caso de olvidar enteramente.

—¡Ambos, María!.... ¡Oh, no!.... ¡al ménos yo, no!.... ese pasado será siempre mi recuerdo mas grato.... ¡Dios mio! ¿será cierto que ya no me amais!....

—Es cierto, milord.

—¡Y podeis decírmelo sin conmocion, María?

—Lo puedo, milord, y lo debo, porque soy la prometida del marques de Rio Santo.

## XII.

CONFIDENCIA.

El nombre del marques de Rio Santo, pronunciado por los labios de María Trevor, traspasó el corazón de Frank como una puñalada; sus facciones fatigadas por la calentura, y pálidas por los padecimientos de su herida, demostraron evidentemente el acerbo dolor que se apoderaba de su alma, y que le dejó por largo espacio sin fuerzas para poder contestar.

El corazón de María se conmovió, y sintiendo inclinarse hacia Perceval, se reconvenía por los padecimientos que le ocasionaba. La pobre niña conocía que era amada, y libre un instante de la sofisticada influencia que ejercía sobre ella lady Campbell, se entregaba a la deliciosa idea del amor de Perceval.

Uno de los principales rasgos del carácter de Frank era un orgullo tétrico que llevaba al extremo la susceptibilidad de su delicadeza. Pasado el primer momento de su dolor, volvió a tomar su carácter altivo, encubriendo su herida con un velo.

Cambióse el curso de sus ideas, y arrebatado un instante por su amor, estuvo casi a punto de olvidar el objeto de su visita. Había ido para reconvenir, y le vemos que piensa únicamente en defenderse. Si hubiera continuado un momento más, si hubiera explicado a María los motivos de la presencia de Susana en Dudley-House, la pobre niña enternecida y arrepentida ya del mal que acababa de hacer, habría cambiado al instante de ideas; y con qué alegría!

Pero Perceval no tuvo por conveniente continuar por entónces la explicación enunciada.

—Señora, dijo con esa voz grave y firme que llama la atención; yo ignoraba que fuérais la prometida del marques de Rio Santo, pues si lo hubiese sabido no hubiera dado el paso que motiva mi visita.... Yo no hablo ya por mí, señora.... Suceda lo que quiera no pronunciarán mis labios quejas ni ruegos. Trataré de olvidar, como vos, aquellos caros recuerdos de amor que eran mi más precioso tesoro.... Señora, ya no hay juramentos entre nosotros, pues aquellos que vos me hicistes, os los dispenso.

María escuchaba, guardando la actitud altiva que desde el principio de la conversación había tomado; pero vencida ya en el fondo de su corazón, apenas podía contener las lágrimas.

Miss Stewart continuaba sentada a su piano, dejando correr sus dedos a la ventura por el teclado, y tocaba, sin saberlo, el alegre estribillo de una canción francesa.

—Pero aunque nada tenga que esperar, respondió Perceval, cuya voz se dulcificó, yo amo aún y nada he hecho, señora, que pueda hacerme perder el derecho de velar sobre vos y de evitaros, mientras que en mí penda, la horrible desgracia que os amenaza....

—No os comprendo, milord, balbuceó María.

—Me explicaré, señora.... ¡Oh! no temais hallar en mis palabras amargura ó reproches.... El movimiento de cólera escitado en mí por vuestra fria acogida está ya léjos de mi corazon.... Vos habeis sufrido, María.... ¡sufrido horriblemente! y aun continuais sufriendo.... Vos que cuando os dejé estabais tan fresca y lozana; que pareciais dar vida a los demas séres.... ¡Ah! pobre María, os perdono....

—He sufrido mucho, milord, es verdad, y debo pareceros bien desfigurada, dijo miss Trevor;—desde que ya no os amo, los dias se me pasan sin alegría y las noches en un continuo llanto.... El por qué.... no lo sé.... Amo al marques de Rio Santo, que me corresponde.... ¿Deberia ser desgraciada?

—¡Pobre María! interrumpió Frank, que la contemplaba con las manos cruzadas y con indecible compasion. ¿Decis que no me amais?.... No.... si así fuese no lo diriais.... tendriais escrúpulos de destrozarme de este modo mi corazon.

—¡Oh! no, milord, interrumpió María humedeciéndose le los ojos; ella es mas bella que yo.... las lágrimas no la han ajado su hermosura.... ¡Oh! no, no tengo escrúpulo en deciros que ya no os amo.

—¿Tambien vos la habeis visto, señora? preguntó Perceval.

—La he visto, milord.... ¿Sé yo acaso por qué me siento desfallecer al verla? ¡Ah! Frank, mi cabeza se halla débil como mi corazon.... Acaso creia amaros aún.... Si, la he visto.... subia las escaleras de Dudley House. Mi padre la ha seguido.... y esto ha ocasionado el que yo sea la prometida del marques de Rio Santo.

Entónces puso su mano en la frente y cerró los ojos.

—¿Pero perteneceis a él por fuerza ó sorpresa? exclamó Frank.

—¿Quién os ha dicho eso, milord? preguntó María levantando la cabeza.... ¿No puede envanecerse cualquiera muger del amor del marques de Rio Santo?

Frank volvió la vista sin contestar.

—Soy una loca, replicó miss Trevor: me desconuelo con desatinos, miéntras debiera alegrarme.... ¿No debia yo tenerme por dichosa al verme olvidada, cuando yo misma he dado el ejemplo?

—Señora, dijo Perceval desechando por segunda vez la dulzura que ocasionaba su preocupacion amorosa; no me es dado comprender lo que pasa en el fondo de vuestro corazon.... En cuanto a mí no he cesado jamas de amaros; una palabra será suficiente para justificarme.

—Justifícaos, pues, contestó balbuciente y con acento bajo miss Trevor.

Frank le tomó la mano y la besó.

—Los que así han ofuscado vuestro corazon leal y bueno, son muy crueles, María, dijo Frank; ¡oh! sí, os he amado siempre.... y siempre os amarè.

—Pero esa muger, milord....

—Yo no la conozco, María.... Esa muger ha representado en mi cabecera una pérfida é infame comedia.... esa muger estaba apostada....

—¿Pero por quién, Frank?... ¡Dios mio! ¿por qué no he de poder desechar mis ideas?

—Por el que sin duda ha intentado envenenar mi herida....

—¡Oh! Frank.... murmuró la pobre niña con horror.

—Por el hombre que solo en este mundo tenia interes en mi muerte ó en mi desgracia.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! dijo sollozando María. ¡Han intentado mataros, Frank, mi noble Frank! ¡y yo os rechazaba!....

Interrumpióse y su mirada se quedó fija y triste de repente.

—Y yo que ahora soy su prometida.... continuó. Esto es demasiado, milord; no os creo.

—¡Pobre niña! murmuró Frank aumentándose su emoción: ¿quién ha podido reducirla a este punto?....

Escuchadme, señora, repitió súbitamente. Yo no he venido aquí para reconvienros por vuestra conducta, ni para justificar la mía.... solo he venido a sacaros del borde de un precipicio.... Lo que voy a hacer por vos lo haría por cualquiera otro, porque haciéndolo cumplo con el deber de caballero.... Escuchadme.

María le miró con temor y subyugada por la solemnidad de sus palabras.

—Reside en Londres una noble muger que se ha compadecido de vos y de mí, señora, continuó Perceval: ella me ha confiado un secreto a fin de que os salve. ¿Queréis jurar, María, de no revelar este secreto?

—¿En qué me atañe, milord?

—Tiene relacion con la conducta pasada del hombre que se os quiere dar por esposo.

—Milord, no puedo escuchar nada en contrario al marques de Rio Santo.

—Vos me escucharéis sin embargo, María, exclamó Frank; vos me escucharéis, sí, os lo suplico.

Y pasó el brazo por la cintura de miss Trevor, cuya frente se despejó.

—Vos me escucharéis, repitió Frank con emoción, porque me amais aún, María, a pesar de ellos y vuestro.

—¡Es verdad! dijo la pobre niña. Frank, os quiero mas que antes.... Mas soy su prometida....

Y estrechó con sus brazos el cuello de Perceval con el gracioso abandono de un niño y se puso a mirarlo con dulce sonrisa.

—No debeis alegraros ni entristeceros, mi muy amado Frank, añadió; mirad, no tengo ya fuerzas. Dios que es bueno me envía la muerte con su misericordia....

—¡No, vos no moriréis, María! exclamó Frank con una angustia mortal que le dejó sin aliento: la dicha os volverá la vida.... y yo impediré, bien mio, que se verifique ese odioso matrimonio.... Jurad, María, jurad que guardaréis el secreto de lady Ofelia....

—Ella es buena y sufre tambien, dijo María. Yo lo juro.

Frank la estrechó en su seno.

—María, continuó en voz baja: ¿sabeis que la condesa ha debido casarse con el marques de Rio Santo?

—Sé que ella le ama, respondió María.

—Acaso os acordaréis de un extranjero que vino a Londres en la misma época que el marques, y que por consecuencia yo no he podido conocer, llamado el caballero de Weber.

—Me acuerdo, Frank.... Al cabo de tres meses marchó para la India.

—No, María, aquel caballero marchó mas léjos y no volverá de su viaje.... pues fué asesinado.

Frank sintió estremecerse entre sus brazos a la débil niña.

—Ese caballero era jóven, rico y elegante, continuó Perceval. En uno de los bailes de Atmack en la última estacion, se enamoró de la condesa de Ofelia, quien estando comprometida con el marques debió rehusar acto

continuo las insinuaciones del nuevo pretendiente.—Weber no se desanimó por esto, sino que escribió a la condesa una carta apasionada, en la que le juraba no se uniría su suerte a la de Rio Santo. En esta carta hablaba con palabras embozadas de peligros terribles, y se ofrecia revelar de viva voz, hechos tan graves del marques, que la condesa no podia contraer con él matrimonio sin hacer una locura.

“Si no recibo terminantemente contestacion, milady, decia él, me presentaré mañana en vuestra casa a las once en punto.”

La condesa, despreciando el aviso, no se dignó en el primer momento dar contestacion; sin embargo, llegada que fué la noche, acordándose del contenido de la última frase de la carta, resolvió contestar a fin de evitar la visita anunciada por el caballero Weber.

Para contestar era preciso saber la residencia del caballero. La condesa buscó la carta que habia dejado abierta sobre el tapete de un velador; pero esta ya no estaba allí.

El marques de Rio Santo habia penetrado solo aquel dia en el gabinete en donde se hallaba la carta.

El corazon de María latia fuertemente contra el pecho de Frank. Este, algo asustado, se separó algun tanto de María para poderla observar mejor, la cual se hallaba pálida, sin demostrar mas sufrimiento que el que tenia de costumbre.

Diana Stewart tocaba un hermoso wals, cuya discreta armonía se elevaba como una barrera entre su oído y la confidencia de Perceval.

Este continuó:

—La condesa pasó una noche inquieta y agitada.

A las diez de la mañana del siguiente dia, el marques de Rio Santo estaba ya en casa de aquella.

Lady Ofelia no me ha enterado de los detalles de aquella entrevista, señora. Todo lo que sé es que Rio Santo llevó dos espadas bajo su *carrick*, y que la condesa vencida por sus imperiosas súplicas, le dejó solo en el salon despues de haber dado orden de introducir allí a M. Weber en el momento que se presentase.

Señora, nadie puede saber a punto fijo lo que allí pasó entre el marques y el caballero, porque su entrevista no tuvo testigos. La condesa, que estaba medio muerta sobre un sofá de la sala inmediata, no comprendió nada porque hablaban muy despacio.

El marques mandaba, y el caballero parecia defenderse y suplicar.

Luego se observó un profundo silencio interrumpido por el ruido de dos espadas que se cruzaban.

Al cabo de un instante uno de los dos combatientes cayó súbitamente en el suelo, y la condesa se precipitó en el cuarto, temiendo por la vida de Rio Santo.

Pero cuando ella abrió la puerta estaba el marques en pié inmóvil delante del caballero tendido sin vida en el suelo.

—Le habeis muerto, milord? exclamó ella.

—Señora, respondió tan solo Rio Santo. ¡Quería colocarse entre nosotros!

—¿Me escuchais, María?

Frank hizo esta súbita pregunta, porque desde algunos segundos toda la persona de miss Trevor, habia tomado un aspecto extraño. Permanecia inmóvil en su silla; su pecho agitado interiormente, no latia; sus grandes ojos abiertos no miraban.

Vestida de blanco, y no teniendo en sus manos ni en

su rostro descolorido ninguna señal que indicase la circulación de la sangre por sus venas, parecía una hermosa estatua de mármol.

María no respondió a la pregunta de Frank, y asustado este cogió una de sus manos y la halló fría; mas al soltarla cayó esta a plomo.

—¡María! ¡María! exclamó Frank. ¿Qué teneis? contestadme.

El mismo silencio; la misma inmovilidad.

—¡Oh, Diana! dijo Perceval, venid, os lo suplico....

¡María está muerta!

Miss Stewart llegó de un brinco hasta su amiga, quedando inmóvil al ver el aspecto de María. ¡Muerta! dijo esta; esto es imposible.... ¡María!.... ¡en nombre de Dios! ¿qué le habeis hecho, Frank?....

—Le he dicho lo que es Rio Santo, respondió Perceval.... ¡Oh, Diana! no son mis palabras las que le han herido.... el golpe viene de otra época mas lejana.... pobre mártir! ¡cuán cruelmente han atormentado su corazón! Dios nos la volverá a la vida; así lo espero; pero ¿á quién se debe achacar la pena de su lento suplicio? ¿Qué verdugo es bastante impío?

—Escuchad, interrumpió Diana: oigo ruido.... y ahora no debe entrar nadie....

En seguida se precipitó hacia la puerta para cerrarla; mas ya era tarde, pues al llegar se encontró de manos a boca con lady Campbell.

—María y Frank! gritó esta volviéndose pálida de cólera: ¿cómo, miss Stewart! añadió dando a su voz una inflexion de amargo desden, —¿la casa de vuestra madre es la destinada para citas amorosas?

—Señora, respondió Diana sonrojándose, el momento no es oportuno....

Y señaló con un gesto a miss Trevor, que continuaba inmóvil y como petrificada.

—El momento es siempre oportuno para indignarse a la vista de una accion vil é inescusable, señorita, respondió secamente lady Campbell, que no sospechaba el estado de María.

—¡Ah, señora, señora! exclamó miss Stewart, incapaz de poder contener por mas tiempo su cólera; hace un momento que preguntaba Frank Perceval quién era el verdugo, el implacable verdugo, capaz de haber atormentado así a esta tierna y querida niña....

—¿Es ella?.... murmuró Frank lanzando una furiosa mirada a lady Campbell.

Esta, tomando un aire de dignidad altanera, pasó con la cabeza erguida por delante de Diana y Frank, y se adelantó hácia María.

—Venid, niña, la dijo: salgamos de una casa a donde no debiais haber venido.

Como María no respondió, quiso cogerla la mano; pero al contacto de sus dedos de mármol dió un grito y cayó aterrada sobre un sofá.

Frank se acercó a ella con paso lento.

—Yo os la habia dejado jóven, hermosa y feliz; dijo con voz indignada y vertiendo lágrimas. Feliz, ¿lo oís?... y sin embargo, vedla como se muere.... ¡Ah! los hombres no os juzgarán, señora.... ¡que Dios os perdone!



---

## OCTAVA PARTE.

---

### LA GRAN FAMILIA.

#### I.

#### CATALEPSIA.

Lady Campbell era una de esas mugeres cuyo retrato es menester retocar a cada página de su historia. Su carácter era mas bien bueno que malo, y el mal que hacia no era voluntario. Nuestros salones están llenos de mugeres parecidas a ella, y con justicia se las aprecia y aun muchas veces se les admira; pero es menester evitar el confiarles jóvenes, porque, como ya hemos dicho, el exceso de su bondad las arrastra a hacer muchas veces el papel de ellas. Eligen y aman como si fuera para sí, y acaso ¿quién sabe? se casarian con mucho gusto por ellas.

Tan cierto es que la amistad de las mugeres puede llegar a heróicas proporciones.

En el fondo, lady Campbell no merecia las severas pa-



labras que le había dirigido Perceval al despedirse; y sin embargo este tenía derecho a hablarle de ese modo. Esto parecerá tal vez una contradicción; pero es la exacta verdad. Lady Campbell mataba a su sobrina de buena fe, sin otro deseo que el de hacerla la más dichosa de todas las misses del West-End. Tenía limpio el corazón y tranquila la conciencia. ¿Qué había hecho sino el bien? ¡Y con trabajo, buen Dios! ¡Cuántos cuidados para llevar a cabo este enlace!....

Así pues, las últimas palabras de Frank no produjeron en ella la impresión que debía esperarse, porque no las comprendió.

Por otra parte, estaba entregada en este momento a un dolor tan profundo y a una inquietud tan verdadera, que no es extraña su falta de inteligencia. Lady Campbell amaba realmente a María más que a cuanto había en el mundo, y su infatuación por el marqués de Rio Santo, provenía de la ternura que sentía por aquella. Hacía largo tiempo que estaban casados en su mente.

Salió Frank, y tomando lady Campbell la mano de miss Stewart, la dijo:

—Yo sé, hija mía, que sois harto bondadosa y que me perdonaréis mi ligereza de hace un instante.... Yo no puedo dejar de amaros, puesto que amais a mi pobre María: mi intención ha estado lejos de querer ofenderos.... Pero, ¡por piedad, no me ocultéis nada! ¿qué ha pasado entre ellos?

—Lo ignoro, señora, respondió Diana, y a saberlo, os rogaria que guardaseis esas preguntas para otro momento.... Lo que ahora corre mayor prisa, a mi parecer, es dar socorro a la pobre María.

—Es verdad, hija mía.... es verdad, señorita, murmu-

ró lady Campbell; voy a disponer que trasporten a mi pobre sobrina a Trevor-House.

—Me temo que no sea posible, señora.... En todo caso será necesario oír a un médico.... ¿os parece que envíe a buscar el de mi madre?

—No, querida.... ya que teneis tanta bondad.... haced llamar a M. Moore, que vive en Wimpole-Street número 10.... M. de Rio Santo nos lo ha recomendado mucho.

En seguida marchó un criado a Wimpole-Street para buscar al doctor Moore, que habitaba en la casa contigua a la de Susana con el nombre, esta, de la princesa de Longueville.

En tanto que llegaba el doctor, lady Campbell y miss Stewart prodigaron a María cuantos auxilios creyeron convenientes, pero sin fruto. Este mal extraño las llenaba de sorpresa y de espanto; porque aunque creían que miss Trevor vivía, no podían estar seguras de ello, puesto que María no tenía aliento, pulso, ni calor.

Lady Campbell acusaba en su desconsuelo a Dios, a la muerte, a Frank, a todo lo que existe, exceptuándose ella sola.

Diana, arrodillada enfrente de María, tenía una mano helada de María entre las suyas y lloraba en silencio.

Por fin llegó el doctor Moore. Este práctico, que ningún miembro del Colegio Real podrá desconocer, a pesar del nombre fingido que le damos en esta historia, tenía un golpe de vista tan seguro, que casi era proverbial entre sus compañeros. Su celebridad como *physician*, era grande, y sus obras eminentes, aunque poco numerosas, son estimadas con justicia por todos los sabios de Europa.

A primera vista conoció el doctor Moore el estado de miss Trevor; mas su impasible fisonomía no dejó ver su sorpresa ni inquietud, porque la celeridad súbita de su paso, tan mesurado de ordinario, hubiera sido para el observador una prueba de la gravedad de las circunstancias.

—¡Caballero, oh, caballero! exclamó lady Campbell decidnos en seguida lo que debemos temer ó esperar.

El doctor recomendó el silencio con un gesto.

Diana, que se habia separado un poco, devoraba con la vista la muda fisonomía de Moore, tratando de adivinar su pensamiento; pero en aquellas facciones de bronce no habia nada escrito.

El doctor acercó un sillón para sentarse enfrente de María y hecho esto la consideró atentamente durante un minuto.

—Milady, tened la bondad de disponer que se preparen sinapismos en el momento; dijo, sin apartar la vista de María; que traigan ántes una palangana con agua.

Levantóse en esto y acercó su cara a la boca de María; lo que no pudieron sentir Diana y lady Campbell, lo descubrió el doctor: María respiraba, aunque su aliento era frío é imperceptible. Moore puso la mano sobre el pecho de la pobre niña y conoció que aún le latía el corazón, si bien era tan débilmente que solo pudiera percibir sus pulsaciones la ejercitada mano de un médico.

—Perfectamente, murmuró con cierta satisfacción.

Lady Campbell y Diana se abrazaron, en el arrebató de alegría que produjo en ellas esta palabra.

El doctor se frotó las manos y volvió a sentarse.

Trajeron la palangana con agua, y Moore sacó un estuche, del cual tomó una lanceta.

—Veamos, dijo.

Y alargando el brazo de María, abrió su vena y salieron algunas gotas de sangre.

—¡Muy bien! dijo el doctor.

Apénas soltó el brazo, describió este una curva poco a poco y volvió a tomar la posición que tenia ántes.

—“Afección rara, misteriosa, terrible, murmuró Moore como si hiciera una cita; que parece llevar en la vida todos los caracteres de la muerte; en la muerte las principales condiciones de la vida”.... No hay duda.... Éter, miladies, que traigan éter y opio.

Hizo tragar a María una corta dosis de éter y opio y prosiguió:

—¡Remedio de viejas!.... Si le prueba, será necesario quemar nuestros diplomas.... pero la jóven resiste.... ¡bravo!.... ¡estaba seguro de ello!

—Va a salvarla, señora, dijo miss Stewart, cruzando las manos.

—¡Oh! querida, respondió lady Campbell; nos lo ha recomendado M. de Rio Santo.

Una camarera trajo en este instante los sinapismos, y Moore los aplicó, quemando como estaban, a los piés delicados y lindos de miss Trevor; despues volvió a sentarse y comenzó de nuevo su observacion.

Tened la bondad de hacer preparar una cama, señoras, dijo al cabo de algunos minutos; una cama dura, que no sea de pluma, inclinada.... ¡Oh, mucho tiempo hace que deseaba encontrar un caso semejante!

Diana y lady Campbell se miraron sorprendidas.

—Todos los médicos son así, querida, aventuró tímidamente lady Campbell.

—¡Venid! exclamó Moore en este momento; venid y veréis: ¡es curioso, por mi honor, mas que cualquier otra

cosa del mundo!.... he aquí sinapismos que hubieran punzado la piel de un toro, [en esto acercó a sus narices el lienzo cargado de mostaza], harina escelente, agua hirviendo, mis manos conservan la señal.... ¡Y bien! ved....

—Sus pies están blancos como el alabastro, señor doctor, dijo lady Campbell; ¿es ese buen signo?

—¡Ya lo creo que sí, milady!.... En un principio he creído que era una histeria ordinaria, pero ahora veo que es una catalepsia.... ¡una catalepsia! continuó con dogmático entusiasmo, "afección rara, misteriosa, terrible, que parece presentar en la vida todos los síntomas de la muerte; en la muerte las principales condiciones de la vida".... ¡Ah, es la primera vez que veo esto en veinte y cinco años que ejerzo mi facultad.

—¡Este hombre está loco, milady! exclamó miss Stewart asustada.

Moore se estremeció y bajó los ojos.

—Señora, dijo a Diana con tono de severa reconvencción, los que se dedican a esta ciencia para darla todos los instantes de su existencia, son sujetos que no conocen las leyes transitorias y convenidas que rigen la vida del mundo.... A veces dicen, distraidos, sus pensamientos, y como estos son superiores a la inteligencia del vulgo, amenudo oyen murmurar a su alrededor: ¡este hombre está loco! pero hacen poco caso, señora, porque saben desdeñar el ultraje y perdonar la ignorancia.

La pobre Diana balbuceó algunas palabras escusándose, mientras que decía lady Campbell:

—¡Ah, querida! ¿cómo habeis podido incomodar al señor doctor?

En todo país las palabras ingeniosas son una arma so-

berana contra los niños, las mugeres y las nueve décimas partes de los hombres.

María Trevor continuaba sin embargo inmóvil y petrificada. La sangría, el ópio, el éter y los sinapismos no habian producido el menor efecto visible.

Habia algo de singularmente horrible en el aspecto de esta estatua viva. De ordinario la idea de la muerte es inseparable de la de postracion; nos representamos a una persona muerta, acostada ó cuando ménos apoyada. Un muerto en pié es un espectro espantoso y sobrenatural.

María no estaba en pié, pero tenia una postura que habria fatigado a una muger robusta y en plena salud. Uno de sus brazos pendia a lo largo del cuerpo; y el otro, levantado algunas pulgadas de su silla, permanecía tendido, a pesar de haber separado el sillón de Perceval, donde poco ántes se apoyaba. Tenia levantado el rostro, aunque no hasta el punto de estender de un modo visible los músculos del cuello; miraba en derechura a su frente, si puede decirse *mirar* el tener los ojos abiertos y las pupilas desmedidamente dilatadas, aunque sin la facultad, en apariencia, de percibir las imágenes.

La catalepsia es un mal casi desconocido en el continente. Ciertos autores franceses y alemanes han negado su existencia.

Entre nosotros, aunque no es comun, se presenta desgraciadamente bastante a menudo, y así es que nadie desconoce sus extraños y misteriosos efectos.

Tan rara como terrible, esta afección, a la que nuestro sábio colegio no ha podido aún encontrar un remedio, ha tenido us momento de estar en grande boga.

Era la enfermedad a la moda, y nuestros elegantes estaban catalépticos el día en que no tenían cosa que hacer el domingo, por ejemplo: una lady, viuda de su pichon,

caía inmediatamente en la catalepsia. En todas partes se oía esta palabra, y lord John Tantivy, el Sportman, morirá persuadido de que su caballo alazan Peppercorn murió de esta enfermedad.

Levantaron entre dos camareras a María y la llevaron a la cama, preparada según las órdenes del doctor Moore, acostéla este por sí mismo, y consiguió con mucho trabajo encoger sus miembros.

—Es una cosa muy sencilla, murmuró el doctor; esta jóven estaba hacia mucho tiempo en un estado contrario a la naturaleza.... y yo conozco bastantes mugeres mas robustas que ella, que no hubieran resistido tantos dias. Su sistema nervioso estaba irritado en extremo.... De continuo pasaba por alternativas apuradas de escitacion y atonía.... En una palabra, se empleaba con ella de otro modo un método análogo al que me sirve con esa bella niña que Bishop me ha vendido por cien guineas, y con la que hago mis experiencias en Wimpole-Street.... Hoy habrá sentido algun choque violento.... La sangre se ha coagulado en sus venas.... y el cerebro debe haber sido atacado de catalepsia.... pero esto no es aún todo.... Es necesario buscar, escudriñar, descubrir....

Trató de cerrar los párpados de María, que cedieron sin mucha resistencia; pero volvieron a abrirse lentamente.

—Señora, continuó el doctor, necesito saber de qué naturaleza ha sido el suceso que ha precedido.... y qué ha ocasionado el desvanecimiento de miss Trevor.

—¿No es mas que un desvanecimiento, doctor?

—La muerte solo es un desvanecimiento prolongado hasta el infinito, señora.... Permitidme que os repita la necesidad que tengo de saber....

—Yo lo ignoro, caballero, lo ignoro absolutamente.... y como no pueda decirlo miss Stewart....

—Lo único que sé es que ha tenido una gran conversacion con Frank Perceval.

—¡Aaah!.... exclamó el doctor, prolongando este elástico monosílabo.

—Desde que vino esta mañana, parecía estar distraida y entregada a estrañas ideas....

—Perfectamente, señora.... ¿Y sabeis el motivo que tenia para eso cuando vino?

Diana se sonrojó y guardó silencio.

—Señora, prosiguió Moore con autoridad; miss Trevor está muy mala.... es preciso que me contesteis.

—Habia recibido una carta de Frank, dijo en voz baja, Diana.

—¡Con que era un complot! exclamó lady Campbell.

—¡Ah! volvió a exclamar el doctor, ¡muy pronto se ha curado el honorable Frank Perceval!.... Algo he contribuido yo a esa cura, señoras.... Así, pues, ¿no podremos saber lo que ha pasado entre él y miss Trevor?

Moore le dirigió una mirada observadora.

—No, señor, respondió Diana.

—Señoras, os doy gracias, dijo volviéndose hácia María Trevor.

Diana lo miraba con desconfianza.

En cuanto a lady Campbell contemplaba con una especie de fascinacion el ojo reluciente y fijo de María.

Tenia el corazon oprimido, siendo en su conciencia el peso de una pena ó de un remordimiento.

Levantóse el doctor al cabo de algunos minutos y saludó en silencio como despidiéndose.

—¡Oh! no nos dejéis así, caballero, exclamó lady Campbell:—decidnos al menos que hay esperanzas....

—Miss Trevor no está muerta, respondió con frialdad el doctor.

Se puso los guantes muy despacio, y añadió: Voy a enviaros mi practicante Rowley para que aplique una ventosa en la espalda a la enferma.... y esta noche volveré.

—¡Dios mio, Dios mio! murmuró lady Campbell con desconcierto, cuando partió el doctor; ¡qué terrible desgracia!.... ¡Tan cerca de ser dichosa!.... ved, hija mia, qué aspecto tan horroroso presentan los ojos de María!... ¡Oh! ¡yo moriré si permanezco al lado de esta pobre niña.

—Señora, contestó miss Stewart, si queréis, yo sola la velaré....

El doctor Moore entró en su coche y se acercaba al galope a Wimpole-Street.

—Haced que baje Rowley a mi gabinete, dijo Moore al criado que le abrió la puerta de su casa.

—El practicante médico-farmacéutico-asesino se presentó casi en seguida.

—Y bien, Rowley, preguntó el doctor, ¿qué es de nuestro bello pájaro?

—Continúa en su jaula, señor, contestó el bellaco en tono sarcástico y con cierto aire de dignidad; que el diablo me lleve si no daría la muchacha una pierna por poder correr a la coz cojilla con otra con toda libertad....

—¿Permanece aún a dieta?

—Un lindo mendruguito de pan como de media onza es lo único que come cada dos días.

—¿Y el cuarto está bien oscuro?

—Como boca de lobo.... Yo me hubiera muerto ya cien veces, señor.

Moore alzó los hombros.

—¡Ah! continuó Rowley, no es eso lo mas estraño, aunque está muy cambiada.... se sostiene bien todavía,

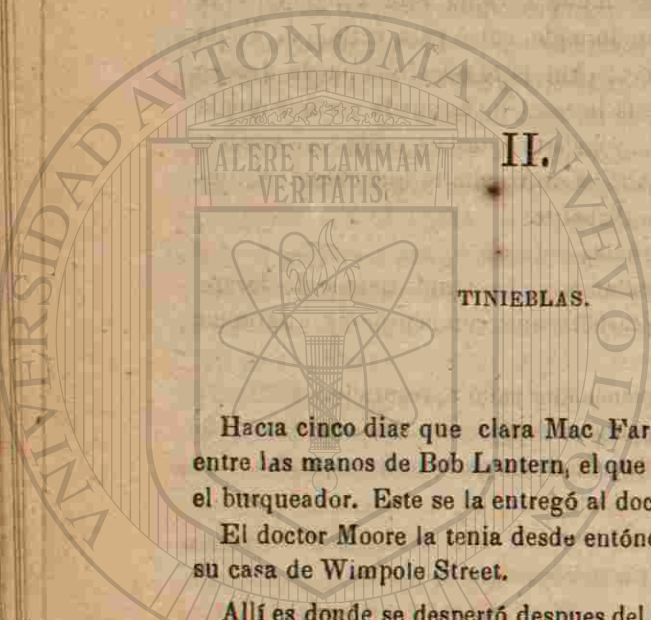
lo que me sorprende bastante.... Esta mañana la he dejado que se durmiera en lugar de despertarla al cabo de diez minutos (hora militar), como está convenido.... Cuando estaba bien dormida, entré para verla.... Tenia curiosidad, señor.... ¡Ah! ¡a fé mia, que puede decirse ha sido bien dirigida la cosa! no la queda ya mas que la piel y los huesos.... y cierta opresion, señor.... y estremecimiento.... ¡Ah! es un resultado que cuesta el conseguirlo un trabajo diabólico!

Rowley sacó su reloj.

—¡Hola, hola! exclamó, ya ha tenido tiempo de dormir trece minutos la picaruela; en recompensa voy a darle un poco bocina.

El ayudante envenenador salió apresurado.

Un instante despues se dejó tronar una voz en el piso superior, y un débil grito de muger que le respondió.



## II.

TINIEBLAS.

Hacia cinco días que Clara Mac Farlane había caído entre las manos de Bob Lantern, el que la cedió a Bishop el burqueador. Este se la entregó al doctor Moore.

El doctor Moore la tenía desde entonces encerrada en su casa de Wimpole Street.

Allí es donde se despertó después del largo sueño facticio provocado por el agua de M. Bishop, de que la ofiosa y condescendiente mistress Groff había derramado una buena dosis en el famoso *Scotch-ale* de la posada del Rey Jorge.

No pasó mucho tiempo sin despertarse; apenas hacia media hora que el practicante Rowley la dejó encerrada en el cuarto preparado de antemano para recibirla, cuando abrió los ojos la pobre niña.

Al principio no pudo hacerse cargo de su situación; creyó dormir aún con un sueño pesado, porque la rodeaba una oscuridad compacta é impetrable; mas un recuerdo acabó de despertarla.

—¡Padre mio! murmuró, yo he visto a mi padre....

Representóse en seguida a su imaginación la escena del Támesis, pero vaga y confusamente, tal en fin como Clara la había percibido en la corta tregua en que la mente de esta infortunada recobró sus facultades entre su sueño letárgico y su desvanecimiento.

Una sola cosa sobresalía en el fondo tenebroso de su memoria, y era el pálido rostro de Angus Mac Farlane, alumbrado por los rayos de la luna.

La idea de los hechos anteriores fué mas viva y completa; acordóse del vasto aposento de la posada del Rey Jorge, de su hermana dormida y de la agnía de su lucha contra el sueño.

Este pensamiento la anonadó.

—¡Mi pobre Ana! dijo inclinando el rostro sobre el pecho; la habrán muerto.... pero ¿por qué no haberme muerto a mí también?....

Interrumpióse de repente: una sombra de esperanza acababa de bajar a su corazón.

—¡Ana! pronunció en voz baja estendiendo los brazos aderecha é izquierda; ¡si estuviera aquí!.... ¡Ana!

Nada hallaron sus brazos, ni nadie respondió.

—¡Oh! exclamó, Ana es muerta.... ¿Y yo?.... esta oscuridad profunda y silenciosa.... yo también.... estoy muerta....

Al principio fué esta una idea vaga, mas bien de esperanza que de temor; pero después se apoderó de su mente y creyéndose transformada, si no muerta, no se reconoció ya.

—¡La muerte!.... ¿es acaso esto? continuó,—una noche eterna.... una oscuridad profunda, sin estrellas.... ¡Oh! ¡ya me acuerdo! ¡he blasfemado en esa casa maldita!.... ¿Qué hemos hecho a Dios, he dicho, para mere-

cer este martirio cruel?.... ¡Yo lo he dicho, y Dios se venga.

Permaneció un instante silencio-a y abatida; mas al cabo de algunos instantes añadió con una voz mas consolada:

—Ana, mi querida Ana, debe estar en el cielo....

Clara cruzó los brazos sobre el pecho y el contacto de su propia carne le hizo estremecerse.

—Pero no, ¡yo no estoy muerta! dijo; me han metido viva en la tumba. ¡La oscuridad!.... esta oscuridad me quema los ojos.... ¡Cuánto tiempo se sufre así antes de morir?....

Aquello no se semejaba a nada de cuanto se ve en la vida común; en esta no hay ninguna oscuridad tan profunda, que el ojo no puede acostumbrarse a la larga y entrever algún objeto en la sombra, algún reflejo perdido, alguna débil claridad. Nuestra oscuridad da siempre paso a algún rayo consolador.

Si falta la luna en el cielo, si la niebla ó la tempestad pone una celosa venda sobre el brillo diamantino de las estrellas, queda en una misteriosa claridad. La niebla da luz; la tormenta tiene su antorcha en el relámpago; parece que la misma natura tiene tanto horror a la oscuridad como al vacío.

Clara Mac Farlane, aunque tan niña, tenía toda la fuerza y el valor naturales a su edad y sexo; pero esto no bastaba contra la abrumadora opresion de una soledad absoluta, multiplicada por el silencio y las tinieblas.

Creía a veces estar muerta; ¡y no era en efecto un gran síntoma de la muerte la total ausencia de toda sensación? ¡Ni ver, ni oír, y al estender los brazos en la oscuridad hallar tan solo el vacío?

Pero esta creencia, que prolongada habria sido un ver-

dadero beneficio, puesto que con ella hubiera traído el reposo, ó al ménos, la apatía, solo era fugitiva. La desgraciada niña sintió la vida en su mismo dolor, y no pudo reprimir un profundo suspiro.

Esto equivalió a despertarse por segunda vez, y su angustia fué mayor que la primera. Clara hizo un movimiento y sintió vacilar su silla: un frío mortal corrió al mismo tiempo por sus venas y se apoderó de todos sus miembros fatigados.

Mas la valiera morir.

Pero aún tenía fuerzas para sostener algún tiempo la horrible lucha, debiendo durar bastantes horas su martirio.

En lugar de ceder de repente, se animó un instante impelida por su natural energía, y latiéndola el corazón, se levantó queriendo sondear su desgracia hasta el fondo, é inspeccionar su tumba en cuanto fuese posible.

A los tres ó cuatro pasos, su mano estendida encontró un obstáculo: era esto una barrera de una especie singular, que cedía al empuje de la mano, pero solo hasta cierto punto; se hubiera dicho que era un muro formado de colchones desde el suelo hasta el techo.

Dirigióse Clara hácia otro lado, pero tropezó con igual obstáculo, que obstruyó del mismo modo su paso.

A derecha é izquierda y por todas partes le sucedió otro tanto.

Encontrábase en una especie de cajon grande forrado por todos lados. ¿Con qué objeto?.... Clara no podía adivinarlo; pero cuando al fin se aumentó su terror, lanzó un agudo grito, que ahogado por decirlo así a su alrededor, no tuvo eco y murió como un murmullo.

Estas paredes de colchones eran una precaucion con-

tra el ruido de dentro y una muralla contra el del exterior; así es que en este reducto terrible era tan completo el silencio como la oscuridad, y los gritos de la cautiva debían morir aprisionados con ella.

La infortunada continuaba palpando, y siempre encontraba la blanda uniformidad de los elásticos colchones. Como no sabía donde había comenzado, proseguía su tarea esperando hallar alguna cosa diferente.

De este modo dió vueltas muchas veces a su celda, hasta que al fin se detuvo perdida, creyendo haber recorrido un dilatado espacio.

El tiempo que pasaba no tenía para ella mas medida que la estension, y las horas, tan lentas en la agonía, le parecían largos días.

Hubo un momento en que se apoderó de su alma una fogosa cólera, indignándose, contra su mortal terror, desafió aquella mortal oscuridad que la envolvía como un sudario; quiso vencer aquel silencio enemigo, y pidió socorro gritando, hasta que se puso tan ronca que apenas podía producir algunos sonidos débiles. Absorbían de tal modo su voz las paredes preparadas, que su garganta perdió despues de algunos esfuerzos la facultad de vibrar.

Por fuerza y a pesar suyo tuvo que callar, lo que aumentó su cólera: el fuego de esta fermentó en su cerebro y en un movimiento de delirio se lanzó hácia adelante con violencia.

Acaso era esta una irreflexiva y súbita tentativa de suicidio, efecto que produce a menudo la soledad, mala consejera que casi siempre presta oídos a la desesperación.

Pero la cabeza de Clara no se hizo el menor daño, dando sobre los colchones que cubrían la pared. En esta extraña prision, ni aún era posible morir de pronto; era

preciso esperar y seguir sin apresurarse, la perezosa marcha de la agonía; era necesario apagarse lentamente bebiendo gota a gota desde el borde hasta las heces en el profundo cáliz de la muerte.

Sin embargo, aturdida Clara por el choque, cayó en el suelo, en el que había una abundante cama de paja y permaneció un instante sin sentido. Cuando se despejó su imaginación poco a poco, se sintió mas tranquila y capaz de orar.

Entonces, durante algunos minutos, su ardiente devoción animó su dolorido y helado corazón. Este era el momento del Hosanna de Jab. Rogó a Dios la dulce mártir, y entregó su alma a las austeras esperanzas de la religión.

La pobre niña no quería separar de su mente las consoladoras ideas del cielo; pero pronto cayó de nuevo en sus dolorosas agonías, pasando veinte veces por las mismas alternativas de cólera, de abatimiento y de esperanza.

Rogó, maldijo, y lloró.... y así se pasaron las veinticuatro horas primeras de aquella horrenda prision.

No llegaba a oídos de la infeliz reclusa el menor ruido, ni percibía la mas débil claridad. Las tinieblas que la rodeaban no eran de aquellas a que se acostumbra la vista. ¡Siempre la misma oscuridad, opaca, lúgubre y terrible!

Acababa de orar, y su tortura hacia tregua un momento para empezar de nuevo sin duda, cuando de repente se hizo sentir en ella la punzante necesidad del hambre; hacia mas de dos días que Clara no había comido.

Llevó la mano a su seno, y si la sonrisa de un ángel hubiera alumbrado aquella oscuridad absoluta, habría visto Clara los muros de su calabozo, porque también sonrió dulcemente a este nuevo sufrimiento.



Al cabo de este sufrimiento estaba la muerte, y Clara la saludó de lejos como a una amiga generosa, cuyos brazos abiertos son un asilo supremo.

A medida que la debilidad se aumentaba en ella, cambiaban sus ideas: mil pensamientos distintos se revolviéron confusamente en su cerebro, pensamientos punzantes y alegres, girando mezclados con extraordinaria rapidez.

Al mismo tiempo se apoderó de su cuerpo desfallecido una sensibilidad exagerada. Tuvo estremecimientos sin motivo, locos deseos de correr, de revolcarse, de bailar.

Agitábase en su cama de paja, y mas de una vez una repentina carcajada turbó el silencio mortal de su tumba, formando un contraste funesto.

La pobre niña estaba encetada, según la horrible expresión del doctor Moore.

Su sistema nervioso empezaba a ceder a los sordos ataques del hambre, la oscuridad y el silencio.

A veces sentía de pronto un terror indecible que la dejaba yerta y casi sin vida; un instante después asomaba a sus labios un dulce canto, pero al punto se callaba horrorizada de su propia voz.

De allí a un momento veía fantásticos rayos de luz que corrían en todos sentidos como las espigas de fuego de un haz artificial; a lo lejos pasaban rostros extraños, lívidas formas y espectros envueltos en blancos sudarios.

Gritaba débilmente la infeliz y se cambiaba la escena en un baile; el brillo de las luces la hacía cerrar los ojos, y la danza giraba con rapidez en torno suyo; componíase de hermosos caballeros y de mugeres medio desnudas y risueñas, llenas de perfumes, de diamantes y de flores.

También ella sonreía, aspiraba los perfumes, y sentía el dulce encanto de la armonía; pero un estremecimiento redentino de sus nervios fatigados, la volvió a sumir en su

oscuridad; y dejándose sentir el dolor físico, se oprimió el estómago con ambas manos y empezó a quejarse como un niño que sufre durante su sueño....

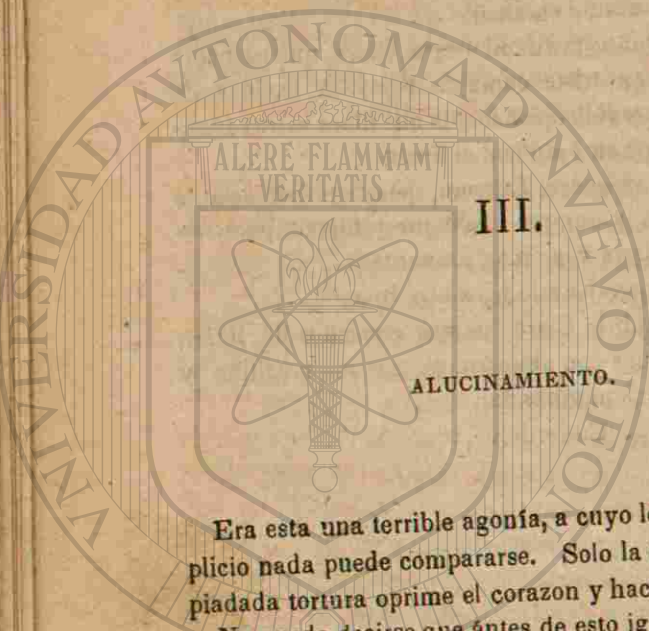
Otro día pasó aún: tan débil estaba Clara, que no podía ya moverse en su triste cama de paja. A la idea de Dios habían sucedido en su mente mil ideas extravagantes producidas por su grande debilidad.

Su hermana, su padre. Estevan, pasaban por delante de ella sin verla, y aunque hacía un esfuerzo para llamarlos, se detenía la voz en su garganta....

Después se mostraba a lo lejos otra imagen....

Entonces se cubría Clara los ojos cansados de llorar, corrían las lágrimas con abundancia por sus megillas, y murmuraba su voz moribunda:

—¡Eduardo!.... ¡Eduardo!....



Era esta una terrible agonía, a cuyo lento y mortal suplicio nada puede compararse. Solo la idea de tan desafiada tortura oprime el corazón y hace estremecerse.

No puede decirse que antes de esto ignorase Clara MacFarlane lo que era sufrir: pues hacia seis meses que padecía, desde que se apoderó de su corazón, a pesar suyo, un amor violento é irresistible con que luchaban los devotos escrúpulos de su conciencia: sufría además, porque este amor oculto a los ojos de todos, entibiaba la confianza sin límites que hasta entonces había existido entre ella y su hermana, y sufría, en fin, porque este amor tanto más ardiente cuanto que trataba de ahogarlo, la abrasaba con una llama silenciosa y solitaria, sin otro alimento que vagas esperanzas, un deseo ignorado aunque inmenso, y a largos intervalos algunas horas de muda contemplación ante el hombre amado.

Pero este sufrimiento era de aquellos que nos son gra-

tos al igual de la dicha, y que los poetas han llamado el dulce martirio. Verdad es que a menudo hace verter abundantes lágrimas a las jóvenes sensibles; pero cuando más tarde, felices ya, recuerdan esas lágrimas, se nubla su vista, se levanta su seno y pasa una brisa por sus labios, a que asoma una sonrisa melancólica. Esa brisa es una esperanza, porque entonces sienten.

En lugar del dulce mal de amor que lleva consigo su consuelo y sus placeres, se encontraba Clara sumergida de repente en la atroz realidad de una agonía inaudita y que no habría podido temer sin locura dos días antes.

Había en Londres una débil y desgraciada criatura que se moría de un mal desconocido, y se tomó a Clara robusta, lozana y radiante de hermosura, para cambiar su vigor en desfallecimiento. La oscuridad de una tumba servía de velo impenetrable a las perfecciones de su cuerpo; oprimíase su alma entre la soledad y el silencio, y minaban así su físico al mismo tiempo que su moral, aniquilando con deliberada intención su próspera naturaleza: de este modo arruinaban científicamente su temperamento y su razón.

Y todo esto era para hacer experimentos en seguida, haciendo de ella el mismo uso que de un cadáver que sirve a los estudios medicinales.

Los miembros del Colegio Real ensayan sus remedios ordinariamente en los perros; pero el doctor Moore había perdido sin duda la esperanza de poner histérica una perra. Además, le importaba poco a este práctico ilustre el matar a una mujer para hacer un experimento.

Ya le hemos oído explicar tranquilamente su sistema al marques de Rio Santo.

*Atacaba a Clara por la dieta y el secuestro absoluto en la oscuridad.*

Estos medios eran por cierto infalibles para llegar al punto que se proponía el doctor. Cualquiera muger joven y en estado de pubertad, sometida al *método* que Clara Mac Farlane, habría sufrido los terribles efectos que esta, pues el vigor no sirve en un caso semejante; acaso daña mas que favorece, y la prueba es, que los temperamentos mas robustos son los que mas fácilmente se postran.

Solo el vigor del alma puede resistir un tiempo dado, aunque llega tambien a ser vencida a su turno, acabando por seguir la aberracion de los sentidos. En los histéricos padece la mente, se debilita y se duerme en la apatía donde muere, mientras que el cuerpo le sobrevive, entregado miserablemente a la locura ó al idiotismo.

Al cabo de los dos primeros dias de *dieta y secuestro*, experimentó Clara Mac Farlane todos los síntomas de una afeccion nerviosa muy adelantada. No podía ya darse cuenta de su estado sino a raras intervalos lucidos que a cada momento se prolongaba mas. El hambre, que era ahora su mayor sufrimiento, no se limitaba ya a fatigar su estómago con angustias intolerables, sino que invadía todo su cuerpo. Tenia los miembros quebrantados y la cabeza desvanecida, y por ante sus ardientes ojos pasaban rápidos y dolorosos fantasmas.

Sentíase a veces morir; otras pensaba con amarga desesperacion que aun podría vivir así mucho tiempo. No se atrevía a orar, porque entre ella y Dios, que se lo representaban terrible é incesorable, segun las ideas de la devocion escocesa, se colocaba obstinadamente una imágen humana; habia en sus labios un nombre de continuo, que mezclado a la oracion la hubiera hecho sacrilega.

Este nombre era el de Eduardo.... Eduardo, a quien amaba y que era su todo, llenando de tal modo y domi-

nando tan enérgicamente la fugitiva claridad de su mente, que su piadosa alma perdía el recuerdo de Dios....

¿Y puede la justicia divina tener por un crimen el funesto trastorno de las horas de la agonía? ¿Puede pecar aún el alma que vacila en los límites de la vida?

La pobre Clara habia procurado apartar de su imaginacion aquella imágen para volverse hácia el cielo; pero no le fué posible. Eduardo estaba en su mente, adornado con su hermosura casi sobrehumana y con los mil prestigios de la ausencia y de las penas; estaba allí con su frente pensativa iluminada por la claridad religiosa de las lámparas de Temple-Church, ó acostado muellemente en un sofá, alumbrado por un rayo del naciente sol, y arrojando al traves de la populosa calle, aquel beso único de que Clara creía sentir en su labio ardiente el benéfico encanto. Solo se ocultaba esta imágen cuando insensible Clara, ó vencida por el dolor, perdía hasta la facultad de pensar. Pero pronto volvía el adorado recuerdo acompañado de dolorosas penas ó de inefables éstasis.

Estas enfermedades que atacan el sistema nervioso y el cerebro, presentan una série siempre nueva é inesperada de estraños fenómenos; llevan consigo sufrimientos inauditos, al mismo tiempo que deleites incomparables y ensueños como los que inspira el ópio a los visionarios del Oriente. Se está mitad en el infierno, mitad en el paraíso, y este contraste mata.

Acostada Clara en su cama de paja, vió durante su larga noche muchas visiones terribles, también las vió encantadoras, y se le presentaron otras en que se mezclaban de un modo estraño el dolor y la alegría.

Hubo un momento en que asomó la sonrisa a sus labios, una sonrisa de tranquila felicidad en medio de una convulsion espantosa.

La vez de que hablamos, se había visto Clara de repente en los brazos de Eduardo, que atravesaba al galope las calles de Lóndres en un magnífico caballo. Por todas partes se separaba la multitud espantada. Volaba el caballo, y Eduardo tranquilo y seguro sobre la silla, pasaba el brazo al rededor de la delicada cintura de Clara, sintiendo esta la dulce presión de este brazo cuya mano se detenía justamente sobre su corazón.

Inclinada hácia atrás, contemplaba a Eduardo, como se mira cuando los ojos se tocan casi y se encuentran las pupilas en un magnético contacto. Su aliento subía hasta la boca de Eduardo, y todo esto le hacía desfallecer de gozo.

Eduardo la miraba también sonriendo, y en esta sonrisa veía Clara un mundo entero de encanto: era a la vez el señor que desciende a amar a su esclava, y el caballero que adora y sirve a su dama; imperioso y real, era al mismo tiempo tierno y sumiso.

El hermoso caballo proseguía su carrera, y las pardas casas de Londres huían a la vista de Clara como llevadas por un torbellino....

De cuando en cuando alargaba Eduardo el brazo para colocar bien a Clara sobre la silla, y entonces se sentía ella más cerca y mejor. Sus ojos húmedos le daban gracias, mientras que Eduardo se inclinaba sonriendo y besaba el extremo de sus hermosos rizos.

Obraba con tal fuerza esta quimera de dicha en la trastornada mente de Clara, que se inundaron sus sienas de un sudor copioso, pudiendo apenas respirar de la fatiga que sentía su pecho.

Desaparecía Londres ya a lo lejos, y ahora veía Clara la hermosa campiña que sonreía al sol, desplegando las vastas riquezas de sus luminosos horizontes hasta per-

derse de vista. ¡Qué bello es amar en la libertad del campo! ¡Cuán deliciosamente inflama el aire de la soledad un seno oprimido de ternura! Y ¡cuánto más hermoso es el amor ante los vastos esplendores de la natura, y cuánto más bella parece esta a los ojos enamorados.

Clara se entregaba con ardor a esta dicha que la rodeaba por todas partes. Débil contra estas mortales delicias, les daba su último aliento con un corazón pródigo. Su mirada se deslizaba del noble rostro de Eduardo a las magnificencias del paisaje y volvía fascinada a perderse en la mirada de su amante.

El caballo se paró de pronto: Clara lo buscó y no lo vió ya. Entonces se sentó sobre el césped al lado de Eduardo: mudó este como ella, le hablaba únicamente con sus encantados ojos, cuando un estremecimiento doloroso vino a agitar sus miembros. Esta vez no eran sus nervios fatigados los que produjeron su agitación; todavía duraba el sueño. Acababa de ver, sentada como ella, sobre el césped y al otro lado de Eduardo, una muger.

Su corazón sintió un horror glacial.

No podía distinguir las facciones de esta muger, cuyo talle percibía vagamente como una forma indecisa en la oscuridad de la noche. Abrazóse a Eduardo, que no correspondió a su caricia, y zelosa Clara y herida en su amor sin límites, miró de nuevo a aquella muger.... aquella sombra.... ¡su rival!

Reconoció por fin a su hermana y pronunció su nombre con desesperación.

Ana se volvió risueña. Eduardo miró a la una y después a la otra, como si vacilara, y rechazando en seguida a Clara con un gesto de frialdad, se hincó de rodillas a los pies de Ana.

Clara, la pobre niña, dió un suspiro doloroso y cayó yerta sobre la paja de su prision.

Entónces fué tan completo el silencio como la oscuridad en el calabozo: ni aún se oía la respiracion de la infeliz cautiva.

No era probable que jamas pudiera realizarse su sueño con un principio tan dulce como doloroso era el fin, pues el porvenir de Clara parecia no deber dilatarse mas que algunas horas; sin embargo contenia alguna cosa de verdadero, y esa misteriosa facultad de prediccion que dicen precede a la muerte, acababa de revelar a Clara el amor de Eduardo por su hermana.

El mas profundo silencio reinó en el calabozo durante una media hora, al cabo de cuyo tiempo habria podido oirse un pequeño ruido en el techo: al mismo tiempo, un rayo de luz de forma cónica atravesó las tinieblas dando claridad a los átomos suspendidos en la atmósfera de la prision.

El rayo trazó en un principio un círculo de luz en la paja del suelo, y despues se fué estendiendo hasta alumbrar sucesivamente toda la superficie del piso. Al cabo de algunos momentos se encontró Clara alumbrada de repente.

La pobre niña estaba acostada en la paja, privada de sentido. Estos dos dias de tortura la habian puesto casi desconocida. Su noble rostro, enflaquecido por el sufrimiento y el hambre, conservaba, ademas, las señales de la convulsion que poco ántes la agitara.

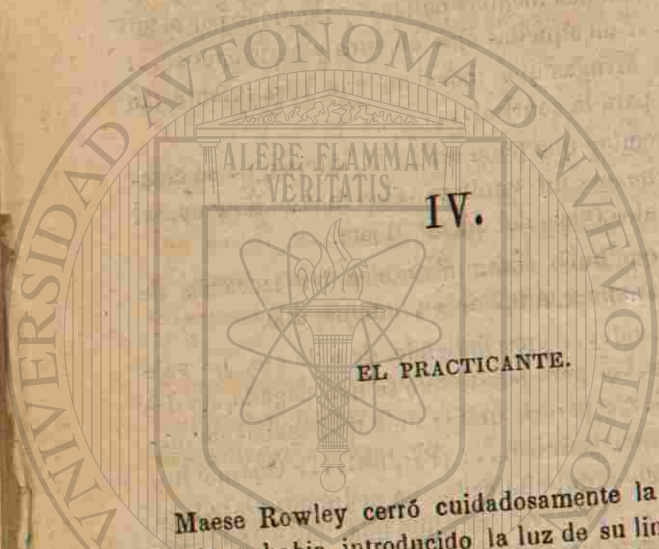
¡Un verdugo no habria podido contemplar sin compadecerse los efectos de este bárbaro suplicio, ejercido sobre una criatura tan bella y admirable, aun en aquel estado de agonía.... ¡Un verdugo se habria compadecido de aquellas manos delicadas, oprimiendo con un gesto mu-

do de desesperacion aquel seno armonioso que no ya latia.... de aquellas mejillas pàlidas y rendidas por el sufrimiento.... de aquellos ojos abiertos y empañados.... de aquellas arrugas que rodeaban una boca infantil tan bien hecha para la sonrisa!....

Pero el hombre que tenia arriba la linterna, no se compadeció, y no era un verdugo, sino maese Rowley, el practicante al servicio del doctor Moore.

Despues que hubo écsaminado bien las facciones de miss Mac Farlane a la luz de su linterna, dijo:

—¡Va, va, va!.... prescindiendo de todo eso, no vale cien guineas.... pero puesto que se han pagado, no deben perderse.... parece que la niña tiene ganas de morir sin pedirnos permiso.... ¡Pardiez!.... Cuando hemos resucitado a un ahorcado, ya podremos alargar la vida de esta.... ¡Va, va, va, hija mia, nos costais cien guineas, y ya veis que este dinero merece la pena de que vivais aún un poco mas....



Maese Rowley cerró cuidadosamente la trampa por donde se había introducido la luz de su linterna, y después dejó caer sobre aquella una punta de la alfombra, que ocultó enteramente el agujero.

El practicante habitaba el segundo piso de la casa del doctor Moore, y su cuarto, como su persona, eran bien feos a la vista. Una multitud inmensa de potes de todas dimensiones, la mayor parte cubierta de polvo, daban a la habitación un aspecto más particular que seductor, eshalando además un perfume de farmacopea tan acre y fuerte que podría envenenar a un hombre por la nariz.

No puede decirse con verdad que maese Rowley engruesara en aquella atmósfera pestilente, pues estaba flaco y nudoso y como una cepa de viña en invierno; pero sin embargo lo pasaba a maravilla. Aquel olor infame de drogas y de preparaciones diabólicas, afectaban muy agradablemente sus narices apapagayadas. La vista de tantos potes empolvados regocijaba sus ojos pardos ocul-

tos tras unas antiparras. Era su arsenal y su biblioteca, al mismo tiempo que su bodega, porque Rowley ponía la ginebra en las botellas de medicina, y nunca bebía más a gusto que cuando metía en su boca descomunal el cuello de un frasco cuyo rótulo decía: *Laudano ácido hidrociánico* ó algún otro título infernal.

En su cuarto no había otro libro que el *Tosico-logical, Entretenimientos* del doctor Venom. Este volumen de que acaso han oído hablar nuestros lectores, bajo el modesto título de *Recreaciones Tosicologicas*, enseña a conocer los gatos, ratones, topes y anguilas, y si se ofrece, los hombres.

Rowley leía todas las noches un capítulo antes de acostarse, lo que le ayudaba a dormirse, como hubiera podido hacerlo una oda en honor de Wellington ó un discurso impreso de lord Stanley.

Aquel flaco y amarillo bribón era la farmacia y el veneno personificados. Encontrábase disgustado al aire libre y solo respiraba a su placer en una atmósfera viciada: si es cierto, como se dice, que hay personas incubustibles, creemos que maese Rowley estaba de prueba a veneno, y que se hubiera tragado un bistek salpicado de arsénico en vez de pimienta.

El doctor Moore le había encargado especialmente la guarda de Clara Mac Farlane, previniéndole que la tuviese dos días a rigurosa dieta, y como eran ya pasados, quiso Rowley observar a la cautiva.

La vista de Clara tendida sobre la paja de su calabozo no produjo en él la más mínima impresión. Era esto muy sencillo para que pudiese sorprenderle, puesto que en sus provisiones debía suceder así.

Eligió, pues, en su arsenal media docena de potes y bajó al gabinete del doctor, pero este había salido. Moore

no dejaba penetrar, por mil motivos, alma viviente durante su ausencia en el santuario de sus sábios y tenebrosos trabajos; pero Rowley, especie de cuerpo sin alma, era una escepcion, porque además pertenecía enteramente a Moore, al que amaba en razon de su veneno, como habria amado a una serpiente de cascabel.

—Es uná cosa bastante delicada, murmuró encaminándose al gabinete. ¡Perder cien guineas de este modo!... pero ¿por qué las ha dado? La habria podido tener por cincuenta... ¡y cuántas buenas cosas hubieran podido comprarse con las otras cincuenta!

Maese Rowley atravesó el gabinete del doctor y abrió una puerta que giró con facilidad sobre sus goznes sin hacer el menor ruido: esta puerta estaba muy cerca de la que daba entrada a la prision de Clara.

El practicante llevaba la linterna en la mano, la cual daba luz a la pequeña pieza donde entró, que estaba contigua al gabinete particular del doctor, y preparada evidentemente para el uso que se la hacia servir de tres dias a aquella parte. Como queda dicho, las paredes de aquel cuartito estaban forradas con colchones, sin tener mas muebles que un pequeño banquillo.

Añadiremos tan solo que la tela que sostenia la lana a lo largo de las paredes, era negra, con el fin sin duda de evitar todo rayo de luz interior.

Era perfectamente una tumba, y la luz de la linterna absorbida de todas partes por aquella negrura, parecia no tener la facultad de alumbrar; solo se veia el blanco rostro de Clara medio encubierto con su hermosa cabellera.

Rowley puso la linterna sobre el banquillo y se acercó a Clara.

—Buenos dias, hija mia, buenos dias, le dijo; a seis

que teneis hermosos cabellos...y preciosos dientes.... ¡Pero cien guineas!... Al fin, eso no me importa.... Lo cierto es que este diablo de calabozo tiene poc de agradable.

Y pasó la vista al rededor del cuarto.

—Por lo demas, continuó, ¡está forrado de buena tela negra, de que podria haberse hecho un fraque, un chaleco y un pantalon! De la lana que hay dentro tambien saldrian seis buenas almohadas.... Todo eso es dinero....

—Vamos, hija mia, vamos, continuó despues de estas reflexiones económicas; ¡estais desmayada?... ¡hola!... el corazoncito parece que apenas late.... vuestro resuello haria andar un molino de viento.... vamos, tambien, hija mia, respirad alguna cosa que pueda haceros volver en vos.

Y despues de oler él todos los frasquillos, con una evidente satisfaccion, concluyó por aplicar uno destapado a las narices de Clara.

Sin duda era alguna preparacion muy activa, porque la jóven dió en seguida un débil suspiro, cerrando convulsivamente las manos.

—¡Bien, bien, hija mia! murmuró Rowley, que habia tenido la precaucion de cerrarle los ojos; ¿quereis tomar un bocado?

Clara habia recaido en su inmovilidad.

—El que calla otorga, continuó el practicante, y a la verdad, hija mia, debeis tener apetito.... Esperadme un instante.

Tomó su linterna y salió del cuarto, volviendo en seguida con un pedazo de pan.

—¿Quereis morir, hija mia? dijo a Clara, que no le oyó. Y le puso el pedazo de pan en la mano.

Después volvió a aplicarle el frasquillo a las narices.

—Al despertarse va a perder su comida, es seguro, dijo entre sí; pero ella la buscará.... Vamos, hija mía.

Clara se agitó en un débil estremecimiento y en seguida abrió los ojos, lo que visto por Rowley apagó con prontitud la luz de su linterna.

—¡Oh, Dios mío! ¡he creído que veía!.... murmuró la reclusa.

En esto oyó el ruido de una puerta que cerraban, y todo quedó de nuevo en el mas profundo silencio.

Escitada por este ruido, el primero que habia oído en tres días, tuvo la fuerza de arrojarse al sitio de donde le pareció que venia; pero solo encontró el uniforme colchon que por todas partes cubria la pared.

—¡Es todavía un sueño! dijo entre sí volviendo a caer anonadada.

Rowley subió a su cuarto y abrió despacito la trampa

—Es seguro que habria perdido su comida, murmuraba, siguiendo en la idea de hacia un instante; y sin embargo, mucha falta le hace.... Confieso que me hallo muy perplejo.

El practicante se rascó la oreja durante un segundo, a imitacion de los grandes talentos cuando conciben un plan.

En seguida dijo en voz baja:

—¡Buscad, hija mía, buscad!.... Dios que da el alimento a las aves, ha puesto a vuestros pies un pedazo de pan....

Clara levantó vivamente la cabeza y vió encima de ella una claridad indecisa, que desapareció en seguida, porque en el mismo momento se cerraba la trampa.

Maese Rowley no habia calculado el efecto de este golpe teatral.

Piadosa hasta la ecsaltacion y educada en las místicas creencias de la devocion escocesa, Clara Mac Farlane tomó al pié de la letra las palabras de aquella voz desconocida que la llegaba desde arriba. Toda su ardiente devocion, dormida un instante por el desaliento, se despertó derrepente en su interior, y la pobre niña se arrepintió amargamente de haber desesperado, rogando a Dios desde el fondo de su corazon con confianza y amor.

En seguida buscó a tientas por el suelo el pan milagroso.

Encontrólo, y se arrodilló para dar gracias a la divina mano que la socorria. Reanimada su fé, mas por la plegaria, que por el insuficiente alimento, ávidamente devorado despues de tan largo ayuno, se halló mas tranquila.

Alejadas de su mente las visiones terribles ó locas, casi habia cesado su terror: la idea del cielo alumbraba el oscuro calabozo y Dios poblaba su soledad.

Si en aquel momento hubiera penetrado en la prision de Clara un rayo de luz de la linterna sorda de maese Rowley, no habria podido menos de sorprenderse el ayudante envenenador del efecto que produjo su pedazo de pan!

Clara Mac Farlane se sentó en el suelo y apoyaba su espalda en la pared forrada de su calabozo como en el respaldo de su sillon. Estaba aún muy pálida; pero su fisonomía se hallaba enteramente tranquila. Elevados sus ojos al cielo, reflejaban una esperanza pura y religiosa, y por esperanza no entendemos nosotros ese sentimiento a que las aspiraciones humanas llevan su objeto en este mundo.

Clara creia que estaba condenada a morir, y su esperanza era superior a las cosas de la vida, siendo como un presentimiento imperfecto de la quietud santa y sin lími-



tes que precede en el justo, a las agonías de la hora postrera.

Aquel reposo duró muchas horas, que Clara empleó en rogar, hasta que sintió que su corazón se agitaba con violencia, turbando con interrupciones profanas la santa voz de su oración.

Clara conoció que estaba próxima a recaer en la lucha terrible en que le había faltado tan poco para sucumbir, y levantándose con valor ante el suplicio, se aprestó al combate.

En efecto, la grande debilidad que oprimía fatalmente el alma de la infeliz reclusa, unida al silencio, las tinieblas y la soledad, trageron de nuevo a su mente la imagen de Eduardo, siempre bello é imperioso, ¡ah! ¡siempre amado! Clara volvía la cabeza; pero a cualquier lado que dirigiese sus fascinados ojos allí encontraba a Eduardo; suspendiala este con la atracción de su sonrisa, volviéndola aún loca é interponiéndose entre ella y Dios.

Fué esta una lucha terrible cuyos detalles no podrian contarse. Todas las torturas imaginables agobiaban aquel pobre corazón que debía cesar de latir muy pronto. Acordábase de su sueño y veía aún la sombra de su hermana entre ella y este hombre, que tenía esclavizada su mente de tal modo, que en vano luchaba el cielo para hacerse-lo olvidar.

—Oh! ¡Cuán bello y digno de amor era! ¡Cómo dominaba su altiva cabeza el vulgar nivel de la multitud! ¡cómo engañaba su mirada! ¡qué sonrisa tan seductora!

En vano quería resistir Clara cuando la primera mirada de Eduardo la había vencido de tal modo; pero su derrota cambia entónces de aspecto. Ahora no se lanzaba hácia su vencedor con el ardiente arrebató de antes,

ni le llamaba con todos los votos de su alma, creyéndose dichosa en pecar, teniéndole por cómplice, y feliz también perdiéndose con él.

Su pena era en este momento austera y grave.

Al mismo tiempo que cedia, experimentaba arrepentimiento, y al amarle sentía no poder obrar de otro modo. En medio de su fatal existencia, volvía a intervalos enérgicamente a Dios. Prolongábase la lucha despues de la derrota, y esta vez no se reconciliaba Clara con su debilidad.

Y así, como no tenía ya los arrebatos de delirio, tampoco sentía desesperación. Su hermana Ana le era siempre querida, siendo impotentes sus celos a falsear su ternura.

¡Ana! este nombre amado hubiera sido, como el nombre de Dios, un escudo contra el obstinado ataque del amor, si el amor no hubiese llegado en el corazón de Clara a proporciones extraordinarias. Pero la pobre niña amaba tan apasionadamente que todo se borraba ante su ternura.

Volvía el hambre... el hambre y la estenuación, y con esto reaparecían los síntomas principales de su fiebre nerviosa; pero dominando el abatimiento, hubo un momento de tregua en que Clara cerró los ojos y se durmió, cayendo en ese sueño penoso que sin dejarnos reposar prolonga el tedio del desvelo.

El doctor Moore tardaba mucho. ¿Quién sabe si Clara debía despertarse de aquel doloroso y mórbido sueño? Pero el doctor pasaba mucha parte del tiempo en Irish-House, en donde hacia cuidadosamente el inventario del gabinete secreto del marqués de Rio Santo.

Rowley había inventado una preparación nueva, absolutamente nueva, que mataba un perro de cuatro meses

en tres segundos, cinco terceros y una fracción insignificante: y el practicante infería de esto que su pocion debía matar a un hombre en un cuarto de minuto. Era un precioso resultado por el que perdía la cabeza Rowley.

Clara se despertó sin embargo, y se encontró acostada en una cama sobre la que se cruzaban unas cortinas de damasco oscuro, en un cuarto desconocido, alumbrado débilmente por un velon con pantalla, colocado sobre un velador a bastante distancia de la cama. Delante de esta había una ventana por cuyos cristales pasaba un rayo oblicuo de la luna, que dominando la luz mortecina del velon trazaba una línea blanquiza en la alfombra.

Cerca del velador estaba sentado un hombre, vuelto de espaldas a Clara y que hojeaba lentamente un libro en cuarto.

Este hombre tenía una grande calva, sobre la cual se destizaba la luna, cayendo sobre las sienes dos espesas guedejas de cabellos largos.

Desde la cama, y que solo le podía ver de perfil, se distinguía una megilla flaca, una nariz apapagayada, una parte de la ceja y un extremo de las antiparras.

Apénas pudo ver Clara todas estas cosas: la había despertado el hambre, y poniendo ambas manos sobre su pecho ardiente, exclamó:

—¡Dios mío! ¡Cuánto sufro!

El hombre, que leía, puso una señal en su libro, que era el tomo segundo de los entretenimientos del Tosi-cological, y se volvió hácia la cama, mostrando de lleno la faz de ahorcado de maese Rowley el practicante.

—¡Ah! ¡rayo! respondió; hija mía, ¿decís que sufrís?... Y bien, pichona, pronto teudréis un médico.... y un famoso médico....

—¡Pan! murmuró Clara; en nombre del cielo, ¡señor, dadme un poco de pan!....

—¡Va, va, va! exclamó Rowley; ¡pan, hija mía!.... Nosotros no damos así el pan a nuestros enfermos....

Las ideas de Clara se coordinaron un poco en este momento, y quiso preguntar en donde se encontraba, pero no pudo ya pronunciar una palabra.

Rowley se acercó a la cama con el velon en la mano y puso en la de Clara el volúmen de las *Recreaciones Toxicológicas*.

La pobre niña cerró los ojos, acostumbrados a la oscuridad y Rowley la contempló un instante.

—¡Muy fuerte es la muchacha! dijo al fin con convicción: ¡es fuerte en esceso!.... Estoy seguro de que una dosis sencilla de láudano no bastaría quizá....

Y se interrumpió para sonreirse.

—¡Va, va, va! continuó alzando los hombros; el láudano es una antigualla.... ¿Dónde voy a buscar el láudano?... ¡Ah! quisiera ensayar en alguno mi descubrimiento.... ¡tres segundos, cinco tercios y una fracción!...

Los labios de Clara se ponían blancos y temblaban sus párpados.

—¡Oh! exclamó maese Rowley volviendo a meterse en el bolsillo un frasquillo que había sacado y que acariciaba hacia algunos instantes con amor; he aquí una crisis que va a sufrir la muchacha.... Esto es asunto del doctor.



ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

DESPIERTAMIENTO.

Hay cosas que la pluma rehusa decir. Hemos dicho bastante para que comprenda ó adivine el lector cual debió ser la conducta del doctor Moore al lado de la cama de Clara Mac Farlane. No se acercó a ella para prestar a la agonía los socorros de la ciencia, sino para hacer una experiencia a riesgo de matar.

Y la espresion de que aquí nos servimos es demasiado benigna, pues no acusa bastante. En efecto, la muerte de Clara no era para el doctor un problema, sino una realidad, y esto es tan cierto, que no temió el presentarse delante de su cama con el rostro descubierto. Luego siendo el doctor un hombre de grande prevision, era preciso que para obrar así estuviese bien seguro del silencio de su víctima.

Nosotros hemos visto repesentar en Londres la traduccion de un drama famoso de la otra parte del estrecho, en que una reina de Francia,—una reina apócrifa,—se quita su máscara en presencia del hombre que acababa

de poseerla; mas detras de este hombre hay un puñal levantado.... Con una mano se descubre la reina el rostro, y con la otra hace una señal, y el puñal mata.

Aun no se habia hecho entónces este drama, por manera que al doctor Moore no se puede acusar de plagio; pero el crimen se ha valido en todos tiempos de los mismos medios, y la caída de la máscara sirve siempre de fúnebre señal.

El doctor habia condenado a Clara, y esta sentencia no admitia apelacion. La desgraciada niña debia arrastrar su vida de martirio, todo el tiempo necesario a las esperiencias de Moore: en seguida....

No entraremos en el detalle de las esperiencias. Dejando a un lado el repugnante horror de esta pintura, que nos estremece, no podriamos hacernos comprender del lector, sino con ayuda de infinitas notas, que esplicaran línea por línea el lenguaje técnico que estariamos obligados a emplear.

Nuestras lindas ladies acaso hallarán la excusa harto insulsa; pero no es menos cierto, que si escribiéramos esclusivamente para los sporting-gentlewomen y las matronas de Almock,—la flor de los Tres-Reinos, en verdad,—no creeríamos deber detenernos en tan poco.

Si retrocedemos ante un cuadro tan horrible, es porque estas líneas se leerán mas pronto a la otra parte del estrecho que en Londres.

El doctor Moore pasó toda la noche a la cabecera de la cama de Clara Mac Farlane.

En el momento en que le llamó Rowley sufría lo pobre niña un furioso ataque de nervios. El doctor desplegó todos los recursos de su consumada esperiencia: no era necesario tanto para salvarla; pero Moore estaba lejos de pensar en esto último.

En la mañana marchó a su gabinete é hizo algunas anotaciones.

Clara dormia tranquilamente.

—¿Qué debe hacerse? preguntó Rowley al doctor, pensando en su nueva preparacion.

—Es preciso preparar otros accidentes, respondió Moore despues de un momento de reflexion.—Esta noche ha sido preciosa.... estoy contento.... pero solo conozco una parte del mal de miss Trevor.

Y meditando durante algunos minutos, continuó:

—Conducid su cama al cuarto negro, Rowley.... En adelante, tendrá siempre sueño.... De tiempo en tiempo abriréis la trampa y la despertareis de repente.

Rowley salió.

Desde este momento fué votada la pobre Clara al bárbaro suplicio que los agentes de la república francesa impusieron en la prision del Templo, al hijo desgraciado de Luis de Borbon. Entregada a un pesado é irresistible sueño, se la despertó periódicamente sobresaltándola por el ruido de una voz terrible que tronaba sobre su cabeza.

Maese Rowley hacia concienzudamente las cosas y al efecto se habia provisto de una vocina.

A los tres dias llegó Clara al estado que se deseaba para practicar sobre ella nuevas esperiencias. Su robusta naturaleza, desorganizada completamente, no conservaba ya ninguna fuerza: mas en cambio, su sensibilidad nerviosa se aumentó hasta tocar en epilepsia, irritándose de continuo con las crueles sorpresas del periódico despertamiento.

Pero la enfermedad de miss Trevor varió enteramente de aspecto, segun hemos visto; el doctor Moore se detuvo indeciso ante este mal desconocido, no pudiendo hacerle

nacer en otro ni combatirlo en miss Trevor. El doctor cesó de ocuparse de Clara porque le era inútil, dejándola al cuidado del procticante, el que dividió sus momentos de ocio entre ella y el *Toxicological*.

Verémos si esta circunstancia fué alivio para la pobre niña.

Ahora sabemos lo que quiso decir el doctor Moore hablando con Rio Santo de síntomas nuevos y de la crisis terrible que habia sufrido miss Trevor. Esta conversacion y los acontecimientos que la precedieron, tuvieron lugar en la mañana siguiente del dia que Frank Perceval y Diana se encontraron en la casa de lady Stewart.

Hacia veinticuatro horas que Maria estaba atacada de la catalepsia.

Durante este tiempo agotó Moore todos los recursos que pudieron sugerirle su profundo saber y su esperiencia consumada.

Habia tratado de obrar sobre los sentidos con pruebas extra-medicales, organizando con este fin un concierto en el cuarto de la enferma, porque pretenden ciertos autores que la música es el remedio soberano para esta clase de afecciones.

El mal de María resistió a pesar de todo con obstinacion, continuando tal como la hemos visto en el salon de lady Trevor, con el rostro pálido é inmóvil, los ojos fillos y relucientes, los miembros yertos y la posicion de estatua.

El doctor fué a verla en derecha cuando se separó del marques, y halló que no se habia operado el menor cambio en el estado de miss Trevor desde su última visita. Diana Stewart y lady Campbell, que no se separaban de ella un instante, estaban desesperadas. El doctor, se-

gun su costumbre, no respondió a las preguntas que se le hicieron, y salió despues de haber ordenado algunos remedios insignificantes de que él mismo no se prometia ningun resultado.

Cuando entró en su casa de Wimpole-Street, llamó a Rowley como la víspera, y le preguntó por Clara.

—A fé mia, respondió el practicante, que es preciso batir el hierro mientras está caliente y observar la naturaleza en tanto que dura la vida.... La vida se desliza señor; si quereis batir el hierro, daos prisa, porque se enfria.

—¿Se ha presentado algun nuevo síntoma?

—Sí, sí, por cierto.... señor, hay un síntoma nuevo.... y mañana aún habrá otro.... ¡estará muerta!

—Pero, ¿vive aún? preguntó Moore.

—Sí.... un poco.... Está desvanecida.... Yo iba a hacerla volver en sí cuando me habeis llamado.... y me vuelvo a seguir mi obra.

El doctor le asió del brazo en el momento en que se retiraba,

—Dejadla, dijo en voz baja, y prepara la pila voltaica... la grande.

Rowley le miró sorprendido, y en seguida se marchó murmurando:

—¡Va, va, va, cuantos cumplimientos! ¡Ya puede decirse que hemos tratado a la muchacha con toda ceremonia.

Acababa de dar la hora en que el marques de Rio Santo habia encargado que se le despertase, y como se encargó de este cuidado el caballero Angelo Bembo, entró con este objeto en el cuarto del *laird* donde se habia dormido Rio Santo.

Este reposaba en el sillón donde le hemos dejado, y

abrió los ojos al ruido de Bembo, pero los volvió a cerrar en seguida.

—¿Tan pronto? murmuró con languidez.—Angelo, este sueño me ha estropeado.

—Tomad algunas horas de verdadero reposo, creedme, milord, dijo Bembo contemplando con una solicitud filial las fatigadas facciones del marques;—tiempo tendrèis mañana de emprender de nuevo vuestra tarea....

Rio Santo miró afectuosamente al jóven maltés y se sonrió:

—¡Mi tarea! repitió en voz baja;—teneis el golpe de vista tan penetrante como una muger zelosa.... Lo sabeis todo aunque nunca preguntais.... Mientras es inútil vuestra presencia, no se os ve; pero en la hora del peligro os hallais presente....

—Don José, os juro por mi honor que no ha entrado un átomo de curiosidad en el sentimiento que me llevaba á velar cerca de vos.

—¡Lo ¡ignoro yo acaso! repitió Rio Santo, tendiéndole la mano, que Bembo estrechó con timidez;—cuando en este mundo no se tiene mas que un amigo, se le conoce y se le hace justicia.... No es ménos cierto que en el momento que caía bajo la opresion furiosa de este hombre, he pensado en vos, pues me pasó por la mente una vaga esperanza.... y dije entre mí: acaso me vela mi buen Angelo.

—¡Oh, milord! dijo con tristeza Bembo: habia abandonado un puesto....

—Lo he oido cuando estaba allí tendido.... y sé que hacia muchas horas estabais de centinela.... ¡Cuán noble y bueno es vuestro corazón, Angelo!.... Cuando pienso en el afecto que me teneis, creedme, me figuro que Dios me protege y me reserva la victoria.

Bembo se había sonrojado de orgullo, y en su vista brillaba ese caballeresco entusiasmo que escita en el alma fiel de un soldado la alabanza de su querido soberano.

—Porque Dios os ama, Bembo, continuó el marques, cuya sonrisa se tiñó de melancolía;—entre Dios y vos no se interponen los funestos recuerdos que ocultan el cielo.... Pero yo.... ¡Oh! añadió súbitamente con arrebató, ¡yo querría, al precio de toda mi sangre, empuñar mi espada de combate con una mano pura como la vuestra, amigo mio! ¡Cuán fuerte sería entonces!....

Angelo guardaba un silencio respetuoso.

Rio Santo continuaba con voz mas tranquila:

—¡Pero aun así soy fuerte!.... y prescindiendo de todo, cuando es santa la obra, qué importa la mano que la ejecuta?... ¡Ah! yo no merezco la embriaguez del triunfo, ya lo sé: Moisés pecó, y Dios no le permitió que entrase en la tierra de promision.... mas se la enseñó de lejos el día de su muerte; Moisés murió en la tierra de Moab, pero antes de cerrarse sus ojos vieron la de Canaan.

Y cruzando las manos con un ardor apasionado, exclamó:

—¡Que yo muera, Dios mio! ¡oh! ¡que yo muera! pero como Moisés ¡con la vista en la victoria!.... ¡Que muera en la tierra enemiga, pero que mi postrera mirada vea lucir a lo lejos la aurora de los bellos días para mi patria. ¡Sí, quiero morir con tal que el peso de mi cadáver acabe de aplastar a la Inglaterra vencida, y que mi alma, al dejar este mundo, salude con embriaguez el naciente reino de Irlanda.

Bembo lanzó un grito de sorpresa.

—¡La Irlanda! dijo ¡la patria!.... ¡Signore, signore! ¡ya sabia yo que vuestra guerra contra el ingles era una guerra legítima!

Rio Santo pareció un instante absorbido en profundas meditaciones y despues continuó:

Angelo, si otro que vos supiera la mitad que vos sabeis, lo mataria.... mas entre vos y los otros hay un abismo y yo dejó abierto mi corazón en vuestra presencia sin temer que falseis a mi confianza. Si fuérais mi hijo ó mi hermano, no podria hacer mas, porque mis secretos son de aquellos que revela el écsito ó que la muerte sella bajo la piedra de una tumba.

—¡Gracias, murmuró Angelo, gracias, milord! Yo ignoro vuestro vida, pero conozco vuestro grande corazón.... Vuestros secretos os pertenecen a vos.... lo que de ellos sé.... que es muy poco.... me llena de admiracion y de respeto.... ¡Ah! ¡vos sois irlandes! ¡vos venceréis, milord! ¡Y ojalá me ameis bastante para darme una parte en el peligro!

—La teneis, señor Angelo Bembo, respondió el marques con tono grave. Hace mucho tiempo que cuento con vos.

Brillaron de placer los ojos del jóven italiano é iba a hacer una pregunta, pero le detuvo un gesto de Rio Santo.

—Tendréis el primer lugar en el fuego, continuo el marques sonriendo; pero aun no estamos tan adelante... creo que querreis hacerme compañía....

Angelo se inclinó.

—Llamad a Ereb, prosiguió Rio Santo. Estoy muy débil aún; pero es necesario reparar el tiempo perdido.

Cuando partió Angelo, trató el marques de levantarse; mas era tan estremada su debilidad, que tres veces que lo intentó, volvió a caer con pesadez en su sillón. Consiguió por fin ponerse en pié, y se adelantó temblando hácia la cama, cuyas cortinas corridas ocultaban a Mac Farlone.

El *laird* dormía profundamente.

—¡Pobre hermano! murmuró Rio Santo; también el sufrí por haberme amado!... ¡Ah! ¡cuánto deseo vencer para tener el derecho de morir!

Un ruido de pasos anunció la entrada de Ereb en el aposento inmediato, y corriendo Rio Santo las cortinas de la cama de Angus, salió del cuarto.

Ereb era el pequeño negro que hemos visto sirviendo de pupitre al bello Eduardo en el salón de la casa de Cornhill. Podría tener unos catorce años, y sus formas admirables resaltaban bajo su cutis de ébano sin otro velo que un chal de cachemira encarnado, puesto como un taparrabo al rededor de su cintura.

Rio Santo le encontró en su pie é inmóvil en medio de su gabinete.

—Dame de beber, dijo el marques, apoyándose en su escritorio.

Ereb tomó una llavecita que llevaba colgada al cuello con un cordón de seda, y abrió una cajita admirablemente incrustada en el artesonado de la pared, sacando de ella un vaso de cristal y un frasco; puso agua en el vaso y vertió dos gotas del líquido que contenía el frasco.

El agua tomó en seguida un color de oro, y Rio Santo bebió un sorbo.

—Está bien, continuó Rio Santo; ahora dile a mi ayuda de cámara que me prepare la ropa para vestirme.

Sentóse en seguida y acabó de beber lo que tenía el vaso. Cuando se levantó un minuto después, centelleaban sus ojos, tan apagados poco antes, y había reaparecido la sangre bajo el delicado cutis de sus mejillas; su esbelto talle se enderezó con toda su altivez, y marchó seguro hacia su gabinete de vestirse.

Y cuando algunos minutos más tarde salió vestido con la noble elegancia de que su nombre se había hecho sinónimo, no habríais reconocido al hombre de un momento antes, al enfermo encorvado bajo la fatiga y la fiebre de siete noches de vela.

El caballero Angelo Bembo le presentó la mano para ayudarle a subir a su coche, tirado por cuatro magníficos caballos.

Rio Santo lo miró sonriendo, y Bembo, que aún no lo había examinado, retrocedió sorprendido al ver la transformación repentina de aquel cuerpo estenuado hacia un instante.

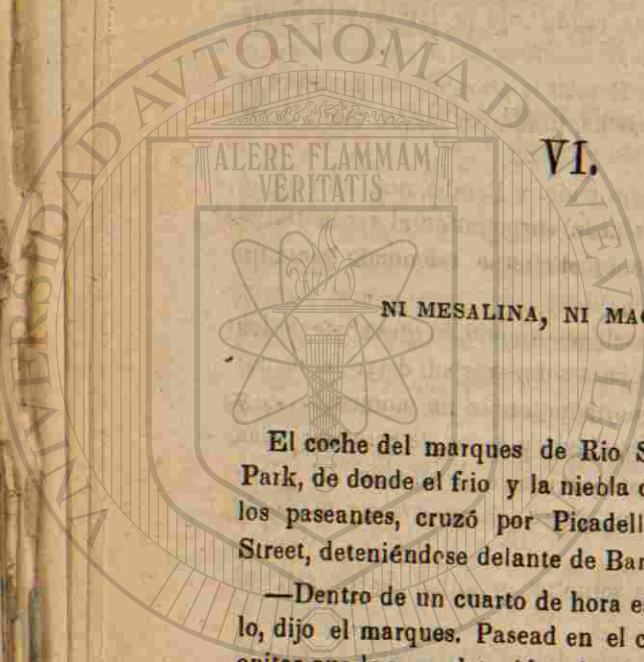
—¡Oh, Don José! exclamó Angelo, lo que abate a los hombres más robustos pasa sobre vos sin dejar la menor señal.... Estabais moribundo hace un momento.... y os veo ahora dispuesto, alegre y capaz de arrostrar otras fatigas, en que yo me aniquilaría como un niño.... ¡Consiste en que vuestra alma guarda de reserva ese tesoro de vigor sobrehumano?

Rio Santo volvió a sonreírse y subió de un salto al coche.

Bembo continuó hablando consigo mismo, y con el acento de una supersticiosa convicción:

—¡Vos venceréis, milord, vos venceréis!

El suntuoso coche partió al galope por el ancho camino de Grosvenor-Place.



El coche del marques de Rio Santo atravesó Green Park, de donde el frio y la niebla comenzaban á echar á los paseantes, cruzó por Picadelly, y llegó á Regent Street, deteniéndose delante de Barnweod-House.

—Dentro de un cuarto de hora estaré de vuelta, Angelo, dijo el marques. Pasead en el coche por la calle para evitar que lo vean detenido a la puerta de lady Ofelia.

La condesa de Derbi estaba sola y entregada a bien tristes reflexiones. Ignoraba el fatal resultado de la entrevista de Frank con miss Trevor; mas la penosa impresion que conservaba del paso que habia dado la víspera, era suficiente para imprimir en su rostro aquellas señales de amargo desaliento.

Hallábase sentada en una silla poltrona, ante un fuego moribundo, cuya vacilante claridad ecsageraba aún el aspecto de sus facciones, que espresaban una melancolía desesperada.

Ahora juzgaba su paso de la víspera, en el que se habia propuesto poner un obstáculo entre María Trevor y Rio Santo, porque éste le habia dicho que el menor desaire que recibiese de María, le llevaria dichoso á sus piés.

Habia dicho esto; ¿pero podia sufrir un desaire Rio Santo? ¿Habia obstáculos que él no fuera capaz de vencer

Pero con todas las inconsecuencias de los sueños de amor, temia ella por la seguridad de este dias, que ante sus temores tomaba de repente las proporciones de hombre. y se maldecia a sí misma de haber puesto su secreto, ¡su vida! á la merced de un enemigo.

En su loco arrebató fué á escoger por confidente de este funesto secreto al rival del marques, al hombre que tenia un interes en perderle a toda costa.

Este hombre, no obstante, era leal, y conocia ella su corazon franco y sincero, como el corazon de un caballero de los tiempos antiguos; pero estaba enamorado con todo el ardor de su alma. ¡Tambien era ella leal y sincera! y sin embargo habia faltado al juramento tantas veces repetido a Rio Santo, de callar la fúnebre aventura del caballero de Weber.

El amor es como la ambicion: hace callar la conciencia y cubra con un velo de olvido las mas santas promesas.

¡Y si se olvidase Frank Perceval!.... ¡si una indiscrecion!....

La pobre Ofelia no se atrevia a acabar la expresion mental de esta terrible hipótesis.

¡Cuán dolorosamente se arrepentia y cuán culpable se miraba!

Cuando su camarera Juana la anunció el marques de



Río Santo, desaparecieron todas estas ideas como por encanto. Levantóse radiante y consolada y dió un paso hácia la puerta; pero no pudo pasar adelante: el hombre que iba a entrar y al que amaba con tanto ardor, estaba amenazado del deshonor ó de la muerte, y todo esto por una imprudencia de ella misma.

Así es que al disipar esta idea su mente, volvió a caer sin aliento en el sillón.

Entró Río Santo, y al tomar la mano de Ofelia para besarla, advirtió que temblaba.

La emoción de la condesa fué contagiosa, pues sobrecojido Río Santo de una turbación extraordinaria, dejó caer la mano de Ofelia sin llevarla á los labios, fijando sobre esta una de esas miradas que someten á la pregunta á los corazones débiles ó subyugados.

Ofelia tenía inclinada la vista; pero al través de sus párpados cerrados sentía todo el peso de aquella mirada, pareciéndola que estaba de manifiesto su conciencia al implacable y mudo escámen del marques.

Río Santo frunció ligeramente las cejas, al ver que se deslizaba una lágrima por la mejilla de lady Ofelia: esto le indicaba lo que quería saber, y sin que embargo temía preguntar.

Volvió a tomar la mano de la condesa, imprimió en ella un beso y se dirigió hácia la puerta.

—Oh! ¡milord! ¡milord! exclamó Ofelia, cuyas lágrimas contenidas empezaron a correr en abundancia; ¡no me dejéis así!

Río Santo se detuvo: su mirada estaba llena de ternura y de piedad.

—Estais bien arrepentida, ¿no es verdad? dijo el marques; ¡oh! yo lo creo, señora; querriais rescatar á cualquier precio vuestra imprudencia...

—Al precio de mi sangre, milord! interrumpió Ofelia, juntado las manos y dirijiéndole una mirada suplicante.

—Ya lo creo, pobre Ofelia, ya lo creo, contestó Río Santo. Sois buena y me amais.... vuestra pena es sincera.... pero una palabra pronunciada no puede retirarse.

—¿Luego sabéis todo? murmuró la condesa.

—Todo lo temía, aunque nada sabía; vos misma acadais de descubrirnos.... ¡os era otras veces tan grata mi venida! ¡Era vuestra sonrisa tan franca y dichosa!... Y hoy me recibis con lágrimas.

Detúvose un instante y despues continuó con calma:

—¿Es mucha desgracia, señora!

—¿El qué? exclamó la condesa desesperada; ¿está el peligro próximo y vuestra vida?....

—¿Mi vida! interrumpió Río Santo sonriéndose tristemente, no se trata de mi vida, señora.... Pero no os basta con la de Weber?

—¡Oh! ¡milord! murmuró con espanto; temo comprenderos.

—Harto me comprendéis, milady.... vuestra indiscrecion ha condenado un hombre; pero, no está en vuestra mano ni en la de nadie el condenarme á mí.

Ofelia se levantó y cayó de rodillas a los piés del marques.

—¡Gracia D. José! ¡gracia por él! exclamó.

—Río Santo la alzó de la mano y se sentó a su lado.

—¡Pobre Ofelia! murmuró; ¡cuántas penas os ha causado mi amor! sois la mas bella y la mas noble de todas las mugeres de que guardo recuerdo.... os amo tanto como ántes; mas aún, señora, y no se dirá que habeis doblado la rodilla en vano ante mí.... Sentaos a vuestro escrito-

rio y tomad una pluma, Ofelia, para escribir al honorable Frank Perceval.

La condesa obedeció en seguida, y Rio Santo se apoyó en el respaldo de su sillón.

—Quisiera deciros simplemente: Perceval no tiene nada que temer de mi parte, continuó el marques; lo quisiera, señora, porque vuestros menores deseos tienen para mí la fuerza de las órdenes de un rey.... pero no soy dueño de mi destino.... ¿No me he visto obligado un día a dejar la dulce vida que llevaba a vuestro lado?.... Escribid, os lo ruego.

Lady Ofelia mojó la pluma en el tintero, y el marques continuó:

—Escribid al honorable Frank Perceval que mañana a las nueve de la noche le esperaréis en vuestro coche, delante del teatro de San James, en el ángulo de Duke-Street....

Ofelia escribió.

—¿Y acudiré a ese parage? preguntó ella.

—Vuestro coche, milady, pero no vos.... Debo ser yo quien reciba a Frank Perceval.

Ofelia se volvió vivamente y fijó en Rio Santo una mirada inquieta.

—Os doy mi palabra de honor, dijo el marques, contestando a aquella mirada, de que respetaré la vida de Perceval.... Poned el sobre, señora, porque urge el tiempo.

Lady Ofelia vacilaba aún, acordándose del caballero de Weber.

En esto miró Rio Santo el reloj, y tomó en seguida su sombrero, que estaba sobre una silla.

—Señora, dijo inclinándose, un deber muy imperioso me obliga a alejarme de vos tan pronto.... Parece que quereis reflexionar; enhorabuena: mañana me haréis sa-

ber vuestra voluntad.... Ya os he dicho el solo medio de salvar la vida del honorable Frank Perceval.

Salió Rio Santo, y la condesa quedó pensativa, teniendo por cierto graves motivos para meditar. Así se pasaron dos horas; ¡pensaba en el peligro de Frank Perceval!

Lady Ofelia era una mujer generosa, encerrando su corazón cuanto hay de digno, bueno y sensible; pero el amor que sufre es egoísta, y la condesa olvidó su carta, ocupada su mente de los numerosos recuerdos de un pasado harto querido.

Aquella carta, por concluir, la sacó al fin de su distracción, y firmándola, escribió el sobre y la puso en la cajita de donde debía tomarla Juana la mañana siguiente para echarla al correo.

—¡Esas dudas injustas, y que tanto le ultrajan, murmuró, son las que le alejan de mí.... Todos los hombres tienen desafíos.... y M. de Weber murió con la espada en la mano.... ¡Oh! ¡pero fué tan extraño este duelo, Dios mio!

Hacia mucho tiempo que Rio Santo había entrado en su coche y Bembo notó una nube en su frente al sentarse en los ricos almohadones de seda, creciendo su sorpresa cuando preguntando el cochero la dirección que debía tomar, respondió el marques distraído:

—No lo sé.

—¿Debemos regresar a Irish-House? dijo entonces Bembo.

—No.... no.... exclamó el marques, cuyas facultades todas parecían estar absorbidas en una profunda preocupación; cuando volvamos a Irish-House, Angelo, será ya tarde.

En seguida, dirigiéndose al cochero, añadió en tono resuelto:

—¡A Cornhill, tienda de Falkstone!

El coche partió en el acto.

—Angelo, continuó Rio Santo con voz conmovida, hablabais de peligro... y ha llegado.

—¡Tanto mejor, milord! exclamó Bembo; por los santos ángeles, mis patrones, ¡tanto mejor!

El marques meneó la cabeza con lentitud.

—¡Ah! dijo este ¡si yo no hubiera perdido estos seis días... Pero acaso han trabajado otros por mí: voy a saberlo. Mi correspondencia secreta me espera en la casa de comercio... Como quiera que sea, ha llegado el momento, Angelo. Una palabra imprudentemente pronunciada... ¡Ah, no confieis jamás vuestro secreto a una muger, Bembo!... una palabra va a precipitar el desenlace... Débil ó fuerte, preciso me será combatir.

—¡Me tendréis a vuestro lado, milord! dijo Bembo con la ardiente vivacidad de su afecto.

—Gracias... ya sé que daréis vuestra vida por mí, Angelo.

Y le tomó la mano conservándola mucho tiempo entre las suyas, como si se hubiese olvidado de sí mismo en sus profundas meditaciones.

—Está echada la suerte, murmuró al fin; ¡Dios salve la Irlanda!

—¡Dios salve la Irlanda! repitió Bembo casi con arrebatado.

El marques se estremeció al oír esta voz extraña que reproducía su pensamiento tan escondido hasta entónces en su mente, y dirigió tal mirada a Bembo, que este inclinó la vista.

—¡Gracias! repitió Rio Santo, cuya voz se llenó de una amargura melancólica; pero me habeis asustado, Bembo,

porque estas palabras pronunciadas en Lóndres, resueñan como un grito terrible de guerra... y quince años de fatiga, amigo mío, me han adquirido el derecho de dar yo mismo la señal.

El coche se detuvo en la esquina de Finch-Lane y de Cornhill.

Rio Santo continuó con acento breve y desembarazado:

—Desde luego, Angelo, sois mi ayudante de campo... Aunque nada os he dicho, os he dejado adivinar, y esto ya veis que es depositar en vos mi confianza...

—Así lo comprendo, milord, y espero que dispongais de mí.

—No esperaréis mucho tiempo, Bembo... En seguida os encargo que reunais en la sala de White-Chapel todos los lores de la noche... y dentro de dos horas estaré yo allí... Es preciso que los encuentre reunidos.

—Lo estarán, milord.

—Es preciso también que a la misma hora tenga noticias ciertas sobre el estado de la mina del Príncipe's-Street... porque necesitaremos mucho oro, Bembo.

—Tendréis noticias fijas dentro de dos horas.

—Hasta luego, pues, dijo Rio Santo, saltando del coche y volviendo el ángulo de Finch-Lane para ir a la calleja enlodada donde estaba la entrada de las tiendas de Eduardo y C.<sup>o</sup>

El coche continuó parado delante de la joyería de Falkstone.

Bembo se apeó y subió en un simon.

En las tiendas de Eduardo y C.<sup>o</sup> no había ninguna luz, hallándose todas herméticamente cerradas; pero Ereby, el pequeño negro, que había bajado de la trasera del coche al mismo tiempo que Rio Santo, sacó del bolsillo una

llave y metiéndola en la cerradura de la puerta principal, dió dos vueltas y se abrió esta sin el menor ruido.

—Ve a llamar en la puerta del salon del centro, le dijo Rio Santo al entrar.

—¿Cuántos golpes debo dar?

—Uno.

El negrito se adelantó y Rio Santo le siguió, penetrando en seguida en el salon sin ventanas, con seis puertas, donde ya le hemos visto una vez, bajo el nombre de Eduardo, en compañía de M. Smit, mistress Bertram, M. Falkstone, el cambista Walter y maese Pedro Practice, antiguo procurador y actualmente chalan y usurero.

No bien habia llamado a la puerta el negro, cuando se abrió y salió por ella Fany Bertram.

Esta debia haber sido, cinco ó seis años antes, una criatura maravillosamente bella, y aun ahora era una de esas mugeres que en la calle se siguen largo rato con la vista, y que percibida una sola vez, graban su preciosa imágen en nuestra memoria.

Era una criolla de las Antillas, que habia pasado su juventud en vida de aventuras y placeres, lo que habia dejado en toda su persona señales, que aunque incapaces de destruir su hermosura, no podian ocultarse al ojo ménos experimentado.

Fany no amaba ya, por haber amado mucho, ó acaso porque el último hombre a quien amó la hacia mirar con desprecio a todos los demas que habria podido amar todavía.

Dormíase en su apatía tropical, resignada al olvido del hombre que habia pasado en su vida como un meteoro, y despues de la dicha que gozó un momento no queria ya otra felicidad.

Y sin embargo, Fany habia pecado mucho antes de ser

querida de Rio Santo, que la obsequió algunos dias para dejarla en seguida.

Ahora le venia a la memoria, y este recuerdo de un dia llenaba su vida. Hacia mucho tiempo que no amaba ya al marques con ese amor de delirio y zelos, que hace la desventura de una muger abandonada; pero le conserva su corazón.

Mitad por apatía, mitad por sentimiento, rompía por sí misma, sin objeto moral, sin religion y sin necesidad, con todos los placeres de la juventud.

El cuerpo de esta muger, en que todo parecia voluptuosidad, habia adormecido sus sentidos, dejando el alma en lo pasado.

Cuando entró Fany Bertram "en el salon del centro" llevaba en la mano un cofrecito con embutidos en que su cifra se enlazaba por todos lados, en caprichosos arabescos, con la cifra de Rio Santo.

—¿Dadme, Fany, dadme! exclamó el marques tomando el cofrecillo con viveza; ¿tiene muchas cartas?

—Muchas, contestó la criolla sentándose al lado de Rio Santo.

—¿Y la llave?....

—Dejadme abrir, Eduardo, vuestra mano tiembla....

En efecto, temblaba la mano de Rio Santo. En el momento que Fany dió vuelta a la llave, levantó él la cubierta y miró el interior.

Contenia como unas veinte cartas, y al primer golpe de vista percibió Rio Santo entre ellas un grueso pliego que llevaba el sello del correo de Irlanda.

A la vista de este pliego lanzó un grito de alegría y se apresuró a romper el sobre.

precioso mueble.

VII.  
 ALERE FLAMMAM  
 VERITATIS  
 PRECIOSO MUEBLE.

Fany Bertram continuaba sentada al lado de Rio Santo, apesar de tener abierta y a su vista la carta que con tanto anhelo deseaba este recibir de Irlanda.

El marques, por su parte, no pensaba en alejarse: leyó la carta con avidez y sin desconfianza; y a pesar de la conducta que observaba en el asunto, prefiriendo estar privado de todo apoyo a poseer un confidente, dejaba descubierta parte de su secreto a la suspicaz mirada de una muger.

Este procedimiento era debido al profundo conocimiento que Rio Santo tenia del corazon humano. Una sola mirada le bastaba para penetrar la intencion mas solapada. La confianza que rehusaba a los obsequios especiales y a las afecciones apasionadas o caballerescas, la daba a esta muger, medio muerta y encerrada en su pasado, vegetando con el recuerdo de algunos dias felices, indiferente a lo presente, cautiva y aun amando siempre; pero tan estrañamente reconciliada con su esclavitud, que no

sentia los eslabones; se habia acostumbrado a olvidarlo todo, y no habia zelos para ella: tan vieja, en fin, bajo el voluptuoso velo de su belleza criolla, que su amor de otras veces, pasion sensual, violenta, arrebatada y llena toda ella de los placeres insensatos que encuentran de vez en cuando los corazones entorpecidos con una vida llena de goces, se habia transformado de tal modo, que igualaba en abnegacion a la santa ternura de una madre.

Y todo esto, a pesar suyo, Fany Bertram era una graciosa y bella criatura, que no se la podria mirar sin sentirse apasionado por ella; pero su natural indolente no descubria un solo átomo de heroismo.

Si habia llegado al estremo que dejamos descrito, es porque de su primera pasion, sin cesar combatida por su apatia, no conservaba mas que lo que no debia entristecerla, una ternura dulce, sobria, casi austera, en lo cual puede el hombre adormecerse y dejarse mecer con placer.

Nada de congojas zelosas,—ménos aún de aquella miserable femenil envidia que tan fácilmente se apodera de las coquetas que no tienen corazon. Nada de deseos,—algunas penas solamente, porque sin ellas no hay caros recuerdos.

Solo Rio Santo conocia a Fany Bertram, mucho mas que se conocia ella misma. Siendo la muger que le convenia tener por confidente, en razon de que podia representar maravillosamente el papel de un comedin organizado, del cual poseia la llave el marques.

Ella era el centro a donde iban a parar los rayos de su vasta correspondencia de casi todos los puntos del globo. A ella sola iban dirigidas todas estas cartas de grandes y altas intrigas, que la mas insignificante podria motivar diez sentencias capitales. ¿Lo sabia ella? Todo conduce a creer que no.

Si lo hubiera sabido, su papel habria sido desempeñado del mismo modo, porque el valor es una cualidad de que carece raras veces la muger.

¿Pero cómo lo hubiera sabido? ¿La curiosidad no es una fatiga. La encantadora criolla encerraba las cartas sin leer ni aun los sobres....

Sin embargo, Rio Santo devoraba su carta de Irlanda. A medida que leía, brillaban mas sus ojos y su frente resplandecía de placer.

—¡Diez mil! exclamó, en fin, con voz entusiasmada: diez mil bravos y honrados corazones!

Fany, que le miraba con admiracion, como se contempla un cuadro amado, una composicion favorita, se estremeció a esta salida repentina.

—¿Quereis, pues, hacer la guerra a alguno, milord? le preguntó sonriéndose de su miedo.

Muy lejos estaba de la verdad.

Rio Santo no respondió. Un nuevo pensamiento acababa de ocupar su imaginacion, y de repente se oscureció su frente.

—¡Pero esta carta hace diez dias que está escrita! murmuró—estos hombres deben haber llegado.... ¡y yo no estoy preparado!

—Esa carta la recibí el mismo dia que os conté diez mil libras, dijo la criolla.

—Debe haber allí alguna otra.

Rio Santo vació el cofre en tierra. Dos cartas se le presentaron al momento a la vista. Una de Lóndres con la fecha de aquel mismo dia, y el sobre escrito por la misma mano que la primera carta ya abierta; la otra tenia el timbre de Irlanda. La letra de esta última no le atrajo idea alguna de curiosidad, y sí la de Lóndres, que al momento abrió.

Esta carta era como un corolario de la primera que anunciaba la salida de diez mil irlandeses con direccion à Londres en pequeños pelotones y por diversos caminos: avisaba al marques la prócsima llegada de esta clase de ejército.

Rio Santo, a esta hora, tenia dentro de Londret diez mil soldados irlandeses, es decir, diez mil hombres intrépidos, fogosos y dispuestos a todo.

Recostóse en su sillón, y Fany Bertram le oyó murmurar.

—¡Oh! ¡se han perdido seis dias!....

—¡Cuán dichosa he debido ser mientras creí que me amaba! reflexionó la hermosa criolla, sin separar su vista del rostro de Rio Santo.

Este se levantó y pasó rápidamente revista a las otras cartas. Habia de todas clases, y muchas estaban escritas en idiomas que los sabios de *Royal de société* apenas hubieran podido comprender, y sin embargo, Rio Santo no era miembro de ninguna academia.

Leyó de corrido estas misivas, y encontró en cada una de ellas nuevas felices a sus planes. En este dia todo salió a medida de su deseo. De cada punto del globo se le enviaba una arma contra su poderoso enemigo.

Así que alineó delante de sí todas estas cartas, que en mudo concierto parecia prometerle sucesos y victoria, se apoderó de su corazon un orgullo inmenso. Su semblante altivo se iluminó de un reflejo soberano. Se sentia, como el ángel rebelde, con fuerzas para luchar contra él mismo.

Fany bajó los ojos dando un suspiro.

—¡Cómo no dejé de ecsistir, reflexionaba, el mismo dia que comprendí que no me amaba ya!....

Río Santo se levantó y puso todas las cartas en un paquete. Los dedos del marques temblaban á su contacto, efecto de un belicoso placer. Sentíalas entre sus manos como un manojo de rayos cuyo terrible choque bastaría a incendiar un imperio.

—¡A la obra! exclamó sin saber lo que decía.

En el momento en que se dirigía hacia la puerta con objeto de avistarse con Eduardo y C.<sup>o</sup>, la dulce voz de Fany le detuvo.

—Milord, le dijo, os habeis olvidado una carta.

Río Santo volvió precipitadamente.

—Es verdad, contestó, besando la mano de Fany, que se puso pálida.—Vos sois mi genio tutelar, Fany... Vos velaís noche y día por mis secretos, sin tratar de penetrarlos jamas.... Vos sois mi mayor amigo.

La criolla quiso sonreirse; pero sus ojos se humedecieron, pues en vano trataba de rodear de hielo su corazón cuando se hallaba en presencia de un hombre tan seductor.

Fany se creyó desgraciada desde aquel día. Había contemplado hartó a Río Santo confiada en la perezosa apatía de muchos meses.

Alargó la carta a Río Santo, y éste la tomó y abrió.

—¡Olvidar una carta de Irlanda! murmuró sonriendo.

Sin detenerse a leerla miró la firma. Apenas la descifró, se esparció en su altiva fisonomía una espresion de grave respeto, y volviéndose a sentar leyó la carta en dos intervalos desde la cruz a la fecha.

He aquí el contenido de esta carta:

“Milord.

“Aunque nuestras opiniones difieren esencialmente, y aunque tengamos ideas diametralmente opuestas sobre

los medios de elevar nuestra querida Irlanda al rango que le es debido entre las demas naciones, vuestro noble entusiasmo, vuestro ardiente amor a nuestra comun patria; no han podido dejar en la inercia al hombre de quien todos los días recibe la Irlanda sus sacrificios, al hombre cuya única pasión es la felicidad del pueblo irlandés.

“Las varias ocasiones que he tenido el honor de discutir con Vuestra Señoría, me han llenado de admiracion por la profundidad de vuestras miradas, por la penetracion extraordinaria de vuestro golpe de vista y por los poderosos recuerdos de vuestro audaz espíritu.

“Seguramente, milord, si la guerra que Vuestra Señoría pretendía entónces declarar a\*\*\* podía tener un favorable resultado, sería debido a vuestra direccion. Teneis genio para preparar y valentía para ejecutar.

“Pero la lucha es demasiado desigual, milord. Tal vez llegará un día en que las fortunas se nivelen entre los dos países. Entónces los vergonzosos agravios de la Inglaterra demostrados patentemente a la vista de los mismos ingleses, nos facilitarán auxilios hasta en las filas de nuestros enemigos; y se alzarà un grito de reprobacion por todos los ángulos de la Europa, que será el mas terrible acusador de este gobierno egoista y miserable, cuyos procónsules comisionarios estienden sus manos codiciosas sobre nuestra desgraciada patria.

“Hasta entónces, milord, es preciso aguardar; vencidos nos dejarán mas humillados; vencedores deberemos contar con los que fueron nuestros tiranos.

“Milord, no me habeis confiado vuestras intenciones; pero conociendo como yo conozeo vuestra elevada inteligencia, no puedo pensar otra cosa sino que vos pretendeis armar un ejército extranjero contra la Inglaterra. ¿Creeis vos que esto sea prestar un servicio a la Irlanda, milord?

“Me atrevo a creer que soy tan ardiente patriota como Vuestra Señoría.... la sola diferencia que hay entre los dos en esto es, que si tengo mucho amor a mi país, estoy escento de todo odio sistemático. ¡A Dios no plazca que yo desee la pérdida de la Inglaterra! ¡de este grande y robusto pueblo! Milord, no siempre es necesario destruir para triunfar.

“Anhelo porque la Irlanda sea libre, y a esto se reduce todo mi deseo.—Vos milord, queréis que la Irlanda al conquistar su libertad ponga el pié a la metrópoli y que a su vez la haga esclava. Vuestra Señoría guarda demasiado rencor.

“En la carta que me haceis el honor de dirigirme, pedís mi cooperación y mis consejos. Mi cooperación sea pederosa, cual me decís, ó débil como yo lo creo, no puede seros asequible, milord, como no sigais la vía legal, pacífica, en la cual estoy inscrito. La Irlanda ha puesto en mí su confianza: procuro por mi parte merecerla: pero desde el día que vos queráis ser de nosotros, milord, y marchar en las filas de los soldados del *Rappel*, yo ya no seré mas que vuestro ayudante de campo ó vuestro ministro, porque tengo fé en vuestra capacidad, y en que en un genio como el vuestro consiste la salvación de todo un pueblo.—Su salvación y su gloria”....

—¡*Rappel*! murmuró Rio Santo con impaciencia;—¡No es mas que una sola palabra!

—“*Rappel*! continuaba la carta, como si hubiera tomado a su cargo la contestación a esta interrupción; esperad cinco años, milord, esperad diez años a lo mas, y los ecos del mundo entero devolverán esta palabra grande, amenazadora y tan terrible que la Inglaterra temblará hasta en sus cimientos al oírla pronunciar tan solo.

“En cuanto al consejo que teneis a bien pedirme, helo

aquí: no dejéis que vuestro odio domine a vuestro patriotismo. Aguardad.

“No soy susceptible a mucha paciencia, milord. Por todas partes se me acusa de violento, de pasiones de fuego, y estas acusaciones son verdaderas. Mi sangre hierve en las venas al pensar en la eventualidad de Irlanda;—pero en nuestro siglo la ley es una arma mas punzante que la espada. Yo quiero vencer segun la ley, con la ley, y por la ley. Mi violencia, mi pasión, mi fogosidad, todo esto puede caliar. Sé esperar”....

Rio Santo cerró con ímpetu la carta y la arrojó magullada al fondo del cofre.

No es necesario que escribamos el nombre ilustre que firmaba esta carta, porque le conoce el universo entero, y escita a la vez un interés romanesco y grave, se halla en todos los labios y representa seguramente la gloria mas popular de nuestra edad.

El entusiasmo de Rio Santo se enfrió súbitamente al contacto de este helado razonamiento. Quedó algunos momentos inmóvil y absorto en sus reflexiones.

Fany se arrepintió de haber ocasionado la lectura de esta carta que cambió la alegría de milord en una suma tristeza.

—Este hombre es un abogado! dijo al fin el marques con amargura y cólera.

Mas arrepintiéndose al momento y reprochándose este movimiento.

—Es un espíritu luminoso, añadió, y un gran ciudadano;—pero no tiene conocimiento de mis recursos.... El no sabe....

Una sonrisa triunfante reapareció en sus labios mién-



tras que sopesaba el paquete de cartas que había sacado del cofrecillo.

—El no sabe, prosiguió, que mi ejército tiene dispersos sus innumerables batallones entre todos los pueblos aliados ó enemigos de la Inglaterra! Ignora que he predicado por todas partes la cruzada contra la Gran Bretaña!.... Esperar.... dice.... ¿No he esperado quince años? ¿Acaso como lo sabe!.... sin embargo, ha acertado en un punto.... Aborrezco a la Inglaterra casi tanto como amo a la Irlanda.... y esta es la razón de que sus vías legales y pacíficas no me bastan, así como de que quiero destruir para edificar; por eso he resuelto esperar más....

Algunos minutos después se hacía anunciar el marqués de Río Santo en el salón de Su Gracia el príncipe Dimitri Tolstoy, embajador de Rusia. Acababa este de vestirse para ir a la corte, y en su elegante uniforme brillaban por todos lados el oro y los diamantes, lo que hacía resaltar más la salvaje barbarie de sus facciones.

Al ver á Río Santo tomó cierto aire de afabilidad, y ordenó que entrase de nuevo su coche que le esperaba ya a la puerta.

—Señor marqués, exclamó, el honor de vuestra visita me complace en extremo. Creo que hablaremos largamente....

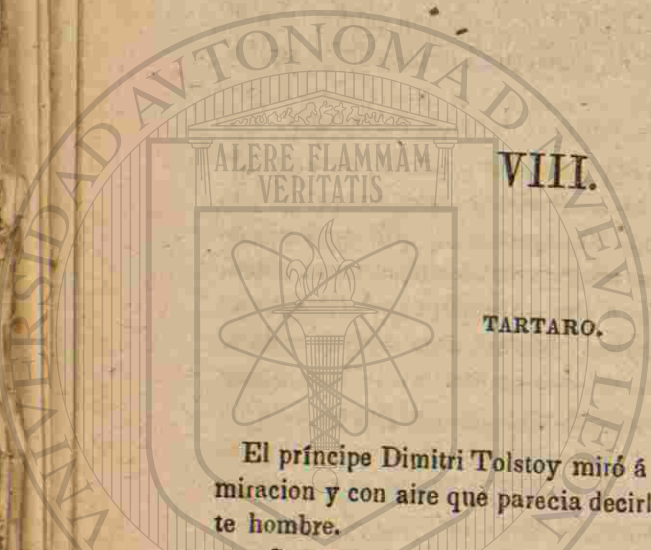
—Mucho tenemos que hablar, milord, respondió Río Santo.

El príncipe se inclinó graciosamente y condujo a su huésped a un magnífico sillón forrado de terciopelo, cerca de la chimenea.

Sentóse Río Santo, y el príncipe hizo lo propio.

—Señor marqués, continuó este último, nuestro asunto marcha.... He seguido en todo las instrucciones de V. S., y no estrañaría nada que dentro de dos ó tres meses..

—Príncipe, interrumpió Río Santo con calma, con el auxilio de V. E., ó sin él, todo estará terminado de aquí a dos ó tres días.



El príncipe Dimitri Tolstoy miró á Rio Santo con admiración y con aire que parecía decirle: ¡si estará loco este hombre.

—Seguramente, milord, dijo al cabo de un instante de silencio, V. S. puede contar conmigo en lo sucesivo; pero creo que no es posible que ignoreis las discusiones inherentes a las negociaciones diplomáticas: ya hace seis días que he empezado una serie de pasos....

—Milord, es menester continuar; yo no tengo tiempo de esperar los resultados. ¿Cree V. S. que una promesa política puede descontarse como una letra de cambio?

—Si V. S. quisiera explicarse....

—No por eso me entenderiais mejor, príncipe, porque comprendéis perfectamente.... V. G. tendrá tiempo para pensar; pensad, milord.

El ruso creyó oportuno aprovecharse del permiso, y al cabo de algunos segundos contestó con un mal humor no finjido.

—A fé mia, milord, que aunque me creyérais de un entendimiento obtuso y ciego, a decir verdad, no os entiendo.

—No permita el cielo que dude de la palabra de V. G.: voy a explicarme.... entre cómplices debe reinar la franqueza.

Tolstoy contuvo un gesto de violenta denegación.

—Cómplice ó.... coolaborador, milord, contestó el marques, la palabra no hace al caso, estoy convencido de que no tratáis de negar la aprobación que merecerá de vuestro emperador saber que sois partícipe de esta obra. Hé aquí el hecho. Yo creo haberos ya manifestado que el ataque en que debiais ayudarme no se reduce a tomar una débil parte de mi sistema de batalla.... lo principal no es conseguirlo completamente, y sí de llegar a un resultado, que real ó ficticio, se pueda combinar con otras armas, militar por su parte en la lucha que se va a empeñar. Mas tarde, cuando se haya obtenido el écsito, cuando los Estados europeos circuyan a la Inglaterra, a este gigantesco mostrador de una barrera inespugnable a sus productos, no serán inútiles nuestros esfuerzos, porque el coloso no caerá de golpe.

Pero ahora se trata solo de un fantasma, de una apariencia, de una amenaza.... ¿Esperais a comprenderme, milord?

—Comprenderé mejor, señor marques, si os explicais mas.

—Sea así: quisiera milord, que esta medida en cuyo favor se promete V. G. atraer en dos ó tres meses a los señores embajadores de las potencias, fuese el objeto de todas las conversaciones, mañana en *Royal Exchange*.

—¡Qué, señor! exclamó el príncipe frunciendo las ce-

jas; llevar a la Bolsa un proyecto de semejante naturaleza!....

—Así lo quisiera yo, milord.

—Pero, V. S. no calcula el riesgo de comprometer el nombre del emperador.

—Sí tal.... el nombre del emperador debe ser pronunciado. La cosa me parece absolutamente indispensable.

—La cosa me parece absolutamente imposible, respondió el príncipe con voz firme y con reflexión.

No puede ser esa vuestra última palabra, milord, porque la carta del emperador....

—¿Creeis que Nicolas pueda consentir en el imprudente paso que me proponéis? gritó Tolstoy.

—No, milord, no ciertamente, contestó el marques con descuidada frialdad; yo no puedo pensar eso. S. M. imperial es demasiado buen político para....

El ruso se levantó y empujó su silla con violencia.

—Entonces, dijo dando rienda suelta a su cólera contenida, señor, vuestra proposición es un ultraje manifiesto....

—No, príncipe, nada de eso, repuso gravemente Rio Santo. Vuestra acrisolada lealtad no puede suscitar la mas ligera sombra de duda.... Jamas S. M. tuvo mas seguro ni mas irreprochable servidor....

La cólera de Tolstoy se reconcentró otra vez, y una especie de terror instintivo se pintó en su cara, que él veló con presteza tras de sus pardas y espesas cejas.

—Milord, dijo volviendo á sentarse, yo habia creído.... pensé.... acepto gustoso las esplicaciones de V. S.

—¿Y V. G. está por fin de acuerdo conmigo respecto al objeto de mi visita?

Tolstoy examinó con una rápida ojeada la fisonomía del marques; la calma completa llevada hasta la indiferencia que en ella encontró, pareció cambiar de nuevo el curso de sus ideas, y respondió con tono resuelto:

—No, milord. La carta de S. M. que tenéis en vuestro poder....

—Es explícita; pensadlo bien, príncipe.

—¡No tanto que autorice una conspiración, milord!

Rio Santo pareció sonreirse involuntariamente al responder:

—Concibo que V. G. puede horrorizarse aún con la idea de una traición.

—¿Qué es lo que quereis decir? exclamó otra vez Tolstoy, volviendo á tomar su aire de espadachín; esta es la segunda vez que encuentro en vuestras palabras una especie de sátira....

De ningun modo, milord, tened la bondad de volver a entaros; en mi vida he hablado con mas formalidad. Concibo, decia, que V. G. se horrorice con la idea de una traición, porque creo estar bien informado que esta no le salió bien en otro tiempo.

La palidez de la rabia se pintó en el semblante de Tolstoy; una sonrisa amarga y convulsiva levantó sus bigotes, dejando ver dos órdenes de dientes agudos y blancos como los de una fiera. En la postura que de repente tomó habia algo de la actitud amenazadora del tigre, pronto a lanzarse sobre la presa para devorarla.

—Quién os ha dicho eso? pregunto con voz comprimida.

—Nadie.... yo lo he sabido.

—¿Y cómo lo habeis sabido?

—Es una anécdota, milord, contestó Rio Santo opo-

niendo a la brutal vivacidad de Tolstoy una cortesana ceremoniosamente escagerada: tendré mucho gusto en contarosla. Era, si no me engaño, en 182....; yo me encontraba en Petersburgo bajo el nombre de conde de Policeni...

—¡Policeni! repitió Tolstoy.

—Si; he tenido varios nombres por ese estilo. En aquella época existía un joven bien visto en la corte, el conde Dimitri Spraukow, quien por un motivo ó por otro fué acusado de traicion.

—Que fué juzgado y absuelto de esa calumniosa imputacion, interrumpió Tolstoy con agitacion. Haceis mal en recordar esa triste historia.

—El conde Dimitri fué absuelto por falta de pruebas, milord.

—Siempre careca de ellas la calumnia.... y ¡voto a S. Nicolas! el conde Spraukow, hoy príncipe de Tolstoy, no lleva ménos erguida su cabeza, ¿me comprendeis? por haber sido en otro tiempo falsamente acusado.

—Cada uno lleva la cabeza como le parece, milord: decia, pues, que V. S. fué absuelto por falta de pruebas.

—¿Y qué deducir de eso? preguntó Tolstoy con tono soberbio.

—Si V. S. se digna permitírmelo, continuaré mi anécdota. Por aquel tiempo, el conde Spraukow tenia por querida una hermosa italiana, muy linda, milord, yo convingo en ello, llamada la signora Paliani....

—Es cierto, murmuró el ruso.

—No sé como sucedió aquello: parece que Spraukow estando preso se arrepintió de haber puesto demasiada confianza en su bella querida.... que temió ciertas revelaciones.... acaso peor, la entrega de cierto depósito.... piezas importantes,.... pruebas....

—Pero, señor.... interrumpió el embajador.

—Permitidme, milord, repuso con calma Rio Santo: pruebas he dicho, y así es la verdad. Parece indudable que la señora Paliani estuviese ó no en el complot, poseia escritos.... estados.... los libros en partida doble de la conspiracion. Porque, allá en Rusia todavía se está en ese estado: el arte está aún en la infancia. ¡Milord! yo apuesto a que no sería el príncipe Dimitri Tolstoy, quien al presente cometiese una imprudencia semejante.

—¡Señor! ¡señor! ¿me diréis!....

—Permitid, milord.... El conde Spraukow queriendo reparar su aturdimiento con una torpeza, escribió a Laura....

—¿Luego vos habeis sido su amante? gritó Tolstoy espumando de cólera.

—¡Voto a bríos! respondió Rio Santo, dándose tanta importancia que la fatuidad de la interjeccion hubo de pasar desapercibida: eso es lo que ménos importa; y V. S. no puede escigir que me acuerde precisamente de todo: si yo tuve esa fortuna, así debió suceder en la época de que estamos hablando, porque la carta del conde pasó por delante de mis ojos.

—¡Infamia! repuso Tolstoy: ¡mientras yo estaba cautivo!....

—No creo haber dicho, interrumpió Rio Santo, que la señora hubiese aguardado a la prision de V. S.

Y concluyó su frase con un ligero saludo, acompañado de una sonrisa de afectada benevolencia.

El ruso, vanidoso hasta el extremo, como todos los de su pais, sintió con la mayor vehemencia este último ataque que le heria en una de sus mas caras pretensiones. Le-

vantose segunda vez temblando de rabia, y dió un paso hácia el marques.

Este sin abandonar su sonrisa le clavó una mirada de superioridad, cuyo choque irresistible pareció confundir la ardiente pupila de Tolstoy bajo la faja parda de sus fruncidas cejas.

Detábase este vacilando entre su cólera y un supersticioso movimiento de terror: presentóse a su espíritu turbado la idea de que aquel hombre que estaba allí tan cerca de él, tenía un poder sobrenatural.

Rio Santo apoyó su codo en el brazo de su sillón.

—Sí, milord, continuó: la carta del conde Sprauñskow no fué únicamente para la signora: de sus manos pasó a las mias....

—¿Y vos la leisteis?....

—Cometí esa indiscrecion, milord.

Una blasfemia se escapó de los labios de Tolstoy, que comenzó a marchar a grandes pasos por el salon, murmurando sordas imprecaciones. Rio Santo pareció no pagarse de aquel furibundo paseo, durante el cual el príncipe rompió contra el dorado borde de su chimenea una Taghioni de mármol que el día anterior había comprado en 100 libras.

El capricho de esta ejecucion vino a templarle algun tanto.

—En verdad, señor marques, dijo al cabo de algunos segundos, afectando cierto aire de desembarazo, yo no sé a qué juego estamos jugando esta noche; pero al fin, ¿qué nos importa todo eso? Supongo que no creeréis que estoy zeloso de la señora Palianti; y por lo que hace a la carta, ella os da el derecho de verme como culpable: hé aquí su resúmen.

—Permitid, milord, repuso Rio Santo con tono de gra-

vedad: V. G. padece un error: no es eso todo: si mi anécdota se concluyese ahí, careceria de sal, y me veria obligado a terminarla con alguna de esas máximas de moral que andan en boca de todos, como por ejemplo, esta: "Es un loco el que pone sus secretos en manos de una muger." Hay mas todavía, milord.

— Veamos, murmuró el príncipe.

—Hay que yo he venido a visitar a V. G. con un objeto: que mi demanda ha sido rechazada una vez, y que yo vuelvo a la carga.

—Todo es inútil! dijo Tolstoy con impaciencia.

—Perdonad, milord: no solamente no es inútil, sino que es absolutamente indispensable... Desde muy antiguo he estado poseído de una extraña manía, que os recomiendo, milord, porque siempre me he encontrado bien con ella.

Esta manía consiste en aprovechar cuantas ocasiones se me presentan de penetrar hasta el fondo de cualquier secreto, aunque no sepa para qué podrá servirme este conocimiento. A esto llamo yo, milord, sembrar al azar; y no conozco campo mas fértil que el del azar. La recoleccion suele hacerse esperar; pero la simiente olvidada germina de repente en un buen día, y entonces la cosecha escede a las mas locas esperanzas.

Tolstoy tenía el corazon oprimido por una vaga inquietud: sentia que Rio Santo le había encontrado el flanco débil, y no acertaba con el modo de parar el golpe. Permanecía en pié con los brazos cruzados delante del marques, quien continuaba siempre arrellenado en su butaca. La creciente ansiedad del príncipe se retrataba en su semblante de una manera a la vez natural, terrible y graciosa.

Rio Santo continuó con voz abreviada:

—No quiero afligiros mas, milord. Despues de haber

visto vuestra carta, me vino el caprichoso deseo de examinar esas pruebas que vos confiasteis a la signora Pahlanti.

—¡Imprudente! ¡Imprudente y loco! murmuró el príncipe colérico contra sí mismo.

—No me hubiera yo atrevido a apellidar así a V. G., repuso Rio Santo. La signora rehusó desde luego satisfacer mi curiosidad. Debo decir en honor de la verdad, que resistió largo tiempo.... cinco minutos por lo ménos. La signora cedió al fin, y yo tuve entre mis manos esas famosas piezas que me hicieron conocer que vos estábais afiliado en las sociedades secretas de Alemania... ¡Pardiez, milord.... en Rusia representais con todo el rigor de las reglas del arte ese terrible drama de las conspiraciones: nada faltaba en vuestro depósito: cualquiera os hubiera tenido por un Catilina: proclamais, juramentos escritos con sangre y hasta la lista clásica de los conjurados....

Rio Santo soltó una estrepitosa carcajada: Tolstoy se mordía los labios sin articular una palabra.

—¿Y qué ha hecho V. S. de todos esos papeluchos? preguntó tímidamente Tolstoy, sin casi atreverse a respirar.

—Los devolví a la signora, milord.

Un fuerte resoplido se escapó de la boca del príncipe, que al mismo tiempo levantó la cabeza.

—¡Ah! los devolvisteis a la signora! añadió con ese acento contenido que va a ser provocativo y amenazador.

—Ciertamente, milord.

—¿Todos?

—Casi todos.

Tolstoy retrocedió de repente como si hubiera recibido un gran golpe en el pecho.

—No me quedé más que con uno, milord; repuso

Rio Santo con su implacable urbanidad: uno solo, el mas pequeño de todos: tres líneas escritas y firmadas con sangre.

—¡El juramento! balbució Tolstoy abrumado.

—Justamente, milord.

—¡El juramento, en que yo juré!... ¡Dios mio.... ¡Dios mio!....

—En que vos jurabais hundir vuestro puñal en el pecho de S. M.... La jóven Alemania no va allá por cuatro caminos.

—¡Dios mio, Dios mio! repitió el infeliz tártaro mas abatido que niño con un golpe imprevisto y mortal.

—Milord, continuó el marques, yo no podía pensar entonces cuando el conde Sprauskow, este preso de Estado entregó sus secretos de vida y muerte a una aventurera, que un día aquel mismo reo vendría a ser la flor de los diplomáticos europeos.... La fuerza de la costumbre me impulsó únicamente.... sembré al azar.... y la cosecha, como veis, se ha presentado ya.

Tolstoy calló por el momento: abismado, se había dejado caer en un sillón. Sentía desvanecerse la cabeza, mil imágenes siniestras cruzaban por delante de sus ojos. Vefá distintamente los sombríos calabozos de casamatas, los hielos eternos de la Siberia y la chispeante cuchilla del verdugo.

Al cabo de algunos minutos hizo rodar sobre la alfombra el sillón en que estaba y se acercó a Rio Santo.

—Conque, dijo a media voz, ¿vos teneis ese escrito, señor marques?

—Esos se conservan siempre, milord.

El ojo de Tolstoy brilló de repente como una ascua bajo la crecida protuberancia de sus cejas: parecía medir de

arriba abajo a Rio Santo, y calcular los azares de una lucha desesperada. Rio Santo comprendió perfectamente aquella horrible mirada, no hizo el mas ligero movimiento.

—¿Con que lo teneis, repuso el príncipe, con vos mismo?

—No por cierto, milord.

Los dientes de Tolstoy se enterraron completamente en la espesa carnosidad de su labio: su mirada se apagó.

—No ciertamente, repitió Rio Santo sonriendo. ¿Ha podido creerlo así V. G? No conozco yo cartera alguna tan grande que baste a contener la multitud de pequeños talismanes que he ido acopiando en el discurso de mi vida.... Vuestro juramento está en su sitio correspondiente.

—¿Dónde? preguntó el príncipe sin esperar obtener una contestación.

—En San Petersburgo, milord.

Tolstoy lanzó sobre Rio Santo una mirada envenenada de odio.

—Señor marques, le dijo apretándole convulsivamente la mano, Dios os libre de caer un dia en mi poder como yo lo estoy en el vuestro.... Mandad.... obedeceré.

## IX.

## ALMACEN DE SADA-WAARTER.

El marques de Rio Santo abandonó su actitud perezosa y cambió de tono al mismo tiempo.

—Poco tiempo nos queda para hablar de negocios, milord, dijo consultando la péndola: voy a deciros lo que espero de vuestra generosa amabilidad y lo que de aquí resultará.

—¡Eh! señor marques, replicó el ruso con dolorosa impaciencia, en cuanto al resultado me confío a V. S.... vos habeis sembrado al azar tan bien que concluiréis por lograr vuestro objeto aun sin contar con vuestros aliados.

—No quiero tomar acta de esa declaración, milord, dijo severamente Rio Santo, que me obliga a contar a V. G. en el número de mis decididos amigos.

Tolstoy guardó silencio.

—Milord, continuó el marques dando profundas vibraciones a las notas graves y sonoras de su voz: los Kutusow, tan influyentes hoy en la corte, son vuestros enemi-

arriba abajo a Rio Santo, y calcular los azares de una lucha desesperada. Rio Santo comprendió perfectamente aquella horrible mirada, no hizo el mas ligero movimiento.

—¿Con que lo teneis, repuso el príncipe, con vos mismo?

—No por cierto, milord.

Los dientes de Tolstoy se enterraron completamente en la espesa carnosidad de su labio: su mirada se apagó.

—No ciertamente, repitió Rio Santo sonriendo. ¿Ha podido creerlo así V. G? No conozco yo cartera alguna tan grande que baste a contener la multitud de pequeños talismanes que he ido acopiando en el discurso de mi vida.... Vuestro juramento está en su sitio correspondiente.

—¿Dónde? preguntó el príncipe sin esperar obtener una contestacion.

—En San Petersburgo, milord.

Tolstoy lanzó sobre Rio Santo una mirada envenenada de odio.

—Señor marques, le dijo apretándole convulsivamente la mano, Dios os libre de caer un dia en mi poder como yo lo estoy en el vuestro.... Mandad.... obedeceré.

## IX.

## ALMACEN DE SADA-WAARTER.

El marques de Rio Santo abandonó su actitud perezosa y cambió de tono al mismo tiempo.

—Poco tiempo nos queda para hablar de negocios, milord, dijo consultando la péndola: voy a deciros lo que espero de vuestra generosa amabilidad y lo que de aquí resultará.

—¡Eh! señor marques, replicó el ruso con dolorosa impaciencia, en cuanto al resultado me confío a V. S.... vos habeis sembrado al azar tan bien que concluiréis por lograr vuestro objeto aun sin contar con vuestros aliados.

—No quiero tomar acta de esa declaración, milord, dijo severamente Rio Santo, que me obliga a contar a V. G. en el número de mis decididos amigos.

Tolstoy guardó silencio.

—Milord, continuó el marques dando profundas vibraciones a las notas graves y sonoras de su voz: los Kutusow, tan influyentes hoy en la corte, son vuestros enemi-



gos.... el que pudiese en sus manos la carta de que hablabamos un momento ha, seria perfectamente recibido.... ¿qué respondeis a esto?

Las facciones de Tolstoy se contrajeron de nuevo con esta amenaza.

—Estais hiriendo al vencido, señor marques, dijo haciendo un esfuerzo: por última vez.... hablad y os obedeceré.

—Y nada os costará hacerlo así, milord. El susurro que empieza a correr sobre haberse puesto un entredicho a los productos ingleses, se esparcirá por sí mismo en la Bolsa. Yo me encargo de eso. Vuestro papel quedará limitado a que, cuando algún *alcista* asustado venga a vuestro palacio a pedir noticia.... negueis con poca destreza.... ¿comprendeis, milord?.... que respondais de modo que vuestras negaciones envuelvan un sentido afirmativo.

—Basta, dijo el príncipe: seréis satisfecho.

—¿Y V. G. no desea saber el objeto?

—No, milord.

—Yo sin embargo tengo mucho gusto en dispensaros toda mi confianza. El movimiento de baja será repentino y violento; tanto mas cuanto que otros rumores correrán y vendrán a unirse a esta fatal noticia.

—Ah!.... dijo el príncipe, que volvía a sentir su curiosidad diplomática.

—Sí, milord.... El gobierno ha recibido hoy mismo y durante estas últimas semanas, porción considerable de despachos funestos....

Río Santo sacó su paquete de cartas y lo recorrió todo continuando:

—Tres establecimientos de la Compañía han sido saqueados por los Afghanes.

—¡Bagatela! dijo el príncipe.

—Permitid: el Sindhey entero ha tomado las armas impulsado por agentes misteriosos que se creen venidos de la Europa.

—¡Ah! dijo otra vez Tolstoy.

—El alto Canadá está en completo motin y las tropas del rey han sufrido descalabros en dos acciones....

—¡Oh, oh!.... y ¿de dónde nace ese movimiento, señor marques?

—Gentes que vienen de Europa....

—¡Ah! dijo por tercera vez Tolstoy, cuya mirada se volvió tímida y respetuosa.

—El emperador celeste, continuó Río Santo, acaba de prohibir bajo pena de muerte el comercio del opio en todas sus costas.

—¡Bravo! gritó involuntariamente el ruso: ¿y quién diablo ha inspirado a ese gran mono tan excelente idea?

Oficiales, milord.... gentes venido de Europa.

—Sois un gran político, señor marques, murmuró Tolstoy.

—Otra cosa. Los Estados-Unidos demuestran ciertas pretensiones a propósito del Oregon: hablan de guerra y hablan muy recio.

—¿Todavía vos?....

—Milord, V. G. es quien benévolamente me atribuye todo eso. Yo pienso que la avidez sola de los americanos basta a explicar suficientemente ese resultado.... Se pretende sin embargo que gentes de Europa....

El ruso soltó una enorme carcajada, dejando ver sus largos dientes.

—Señor marques, interrumpió, tengo para mí que todas esas gentes de Europa son otros tantos mancebos de

vuestro comercio político que vos habeis enviado allá para sembrar al azar.

—Os hace gracia, la frase segun parece, milord, dijo solemnemente el marques: no es todo eso: se ha formado en Irlanda un numeroso partido, que dejando atras a los secuaces de esa política de paz, de esas peticiones inofensivas y de contemporización, cuyo apóstol es Daniel O'Connell, pretende efectivamente sacudir el yugo y librar sus desconocidos derechos al écsito de una batalla.

—Ya aguardaba yo este último golpe, dijo Tolstoy: V. S. no ha olvidado nada!

—Estas buenas gentes, milord, continuó Rio Santo, creen que el grande agitador se fia demasiado de sus medios de obrar: dicen que su alma generosa, cristiana, leal tiene acaso demasiada repugnancia a la última *ratio* de los pueblos oprimidos: piensan que Daniel O'Connell a pesar de su poderoso genio, se hace una ilusion esperando conquistar la libertad de un gran pais, valiéndose de ciertas sutilezas legales. La ley inglesa es en favor y en contra suya: tiene un testo para cada uno; y mientras él anda contemporizando, ¿quién quita que un jurado corrompido venga a cortar por la raiz sus proyectos encerrándole en una prision?

—¡Picos de oro los que así hablan!.... Y bien, señor marques, ¿no hay alguna otra cosa mas?....

—No, milord. Esto es todo, salvo algunos pequeños desastres en detall que pasarán desapercibidos en la destreza del gobierno.

Rio Santo volvió a guardar sus cartas en el bolsillo.

—Me olvidaba ademas de comunicar a V. G., añadió que el crédito de la Compañía está notablemente menoscabado, a consecuencia de la fuga repentina de mas de la

mitad de sus corresponsales de la India, entre quienes se ha declarado una bancarota de lo mas furiosa.

—¡Oh!.... ¡oh!.... ¡oh! gritó el príncipe frotándose las manos: esto es el colmo, ¡por San Nicolas! milord, si en lugar de trabajar por un objeto que no comprendo y que me inquieta, fuérais agente de S. M., yo os serviría como ayuda de cámara.

—Mil gracias, milord. Pero no está ahí el todo: el complemento estriba en la pequeña operacion de fondos en que teneis la bondad de ayudarme.... Un solo recurso queda fácil al crédito de Inglaterra: la Europa, sobre la cual puede refluir su comercio violentamente atacado en las otras partes del mundo. Pues bien, de este lado pongo yo a V. E. de centinela. El golpe que vais a dar sin molestaros gran cosa, completa el desastre.... la baja desde mañana.... ô pasado mañana, porque me falta una nota que debe fijar la fecha, tendrá todos los caracteres de una completa ruina. Lo creeréis así, milord, cuando os diga que tengo a mi voluntad varios tenedores de quinientas mil libras.... Porque me consta que la tesorería no cuenta mas que con un millon de esterlinas....

—Ahí está la Compañía de las Indias, dijo el príncipe.

—La Compañía de las Indias no puede en este momento socorrer a nadie.

—¿Pero el banco?

—El banco Milord, en el momento en que estamos hablando, el banco será de los nuestros y a nadie pagará mas que a nosotros.

—¿Pues cómo es eso?.... dijo Tolstoy pasmado.

Rio Santo se levantó.

—Milord, replicó saludando para despedirse, no está en mi mano complaceros en este punto.... Mañana tendré el honor de comunicaros noticias mias.

—Señor marques, aguardo vuestras órdenes.

Tolstoy acompañó a su huésped hasta el último escalon de la grada exterior. Desde allí siguió con la vista el carruaje arrastrado por el galope de su soberbio tiro; en la mirada de Tolstoy no habia ya el menor vestigio de odio.

—Es inútil combatir a este hombre, murmuró al paso y volviendo al salon: mas vale seguir su carro.... Vamos, pues: volvamos a la corte.... ¡Por San Nicolas! Puede que sea esta mi última visita.

A la vuelta de la esquina el carruaje de Rio Santo se detuvo. El cochero se apeó y tomó a pié el camino de Irish-House. Ereb subió en su lugar al pescante, y sin preguntar la dirección lanzó los cuatro caballos al galope.

Mientras todo esto pasaba, el caballero Angelo Bembo habia desempeñado una parte de su encargo y convocado los lores de la noche. En seguida se dirigió hacia Prince's Street (Bank).

En el ángulo formado por esta calle y Poultry enfrente de Cornhil, habia un pequeño cuarto bajo muy aseadito y recién revocado de amarillo, que ocupaba en la parte superior la mitad del espacio que cogió el grande almacén de navajas y piñas abierto entre Poultry Prince's Street.

En este cuarto bajo se detuvo Bembo.

Todo respiraba allí con gravedad y sosiego. A primera vista se tomaba por la habitacion de un cuakaro, ó de uno de esos presbíteros escoceses de la antigua roca, que hacen su comida en un testo del Evangelio, y sueñan en la inocencia de su corazón con reyes decapitados y otras frivolidades bíblicas a este tenor.

Haciase allí un escaso comercio de seda-warter sin

mas objeto que sostener la carne y librar al espíritu de las tentaciones del demonio de la ociosidad.

Muy corto era el número de los parroquianos. La apariencia grave, fria, taciturna, del dueño de la casa (ó mas bien de los amos, por cuanto dos eran las personas que se colocaban tras del mostrador), alejaba mas bien que llamaba a los consumidores; y a no ser por el agradable carácter del flaco y largo irlandés que desempeñaba los oficios de mozo, la tienda se quedaria fácilmente sin compradores.

Pero hubiera importado muy poco al santo Jededias Smith, quien indiferente a las cosas mundanas pasaba los dias de su vida, como él decia, "en las cosas del espíritu, mortificando la carne, implorando la cólera de Dios hacia la gran ramera que se acuesta sobre siete colinas."

Este estilo apocalíptico le habia valido la clientela de mistres Footes, mistress Bull y de las otras cinco señoras cuyos armoniosos nombres ha medido mas de una vez agradablemente el tímpano de los lectores de esta narracion. La sesta de ellas, mistress Bloomberri, jamas se surtia en ningun otro almacén; pero en honor de la verdad, lo que la traia a casa de Jededias Smith, eran los seis piés largos de estatura del mozo, quien ciertamente tenia muy galante apostura, con su sombrero de cubeta, su casaca muy estirada, su pantalon color de camello, y sus gruesos zapatos de hebillas completamente desprovistos de betún.

Pero ¡ah! el largo mozo tenia sus amores en otra parte; y la desgraciada de mistress Bloomberri bebia en vano enormes tragos de agua gaseosa.

Bembo tenia prisa. Entró precipitadamente en el reci-

bimiento, donde con fuerte, pero gangosa voz leía Mr. Smith un capítulo de la Biblia.

—¿Qué se os ofrece? dijo éste interrumpiendo su lectura, pero sin levantar sus ojos protegidos por una inmensurable visera de seda verde.

—Mayor, respondió Bembo, vengo de parte de M. Eduardo....

Mr. Smith cerró al instante su Biblia.

—¡Chut, señor, chut! dijo. Llamadme Jededias Smith..

.... Esta es una casa pública.... y ya veis ...

—¡Bien! Mr. Jededias Smith, repuso Bembo, vengo a saber positivamente en qué estado se encuentran los trabajos....

—Hablad mas bajo, señor.... ¿Los trabajos? Dios ha bendecido nuestros esfuerzos, y nos hallamos ya próximos a conseguir el objeto.

—Milord desea una respuesta mas precisa que esa, dijo Bembo.

—Milord será satisfecho, señor.... Tened la bondad de tomar asiento un instante.

Jededias alargó su Biblia en cuarto al caballero Bembo para que entretuviese el tiempo, como hubiera podido hacerlo con un folleto ó un diario. Al mismo tiempo tiró fuertemente del llamador de una campanilla, cuyo sonido no se percibió desde allí.

Bembo se había sentado no sin prevenir que estaba de prisa. A los pocos instantes se oyó un paso que hería por intervalos acompasados las tablas de la escalera de la cocina.

—¡Vamos, mozo, vamos! gritó M. Jededias Smith.

—¡Trueno del cielo! ¡qué diablo! respondió una voz de vigoroso timbre, allá voy, insoportable comadre, mi cara mistress Bloomberry, porque no puede ser otra que mis-

tress Bloomberry, ¡veinte mil miserias! quién a esta hora desusada puede venir a buscar su pinta de sada-warter.

—El libro dice,—no blasfemarás,—pronunció M. Smith con el acento mas compungido.

—Dios me condene, M. Smith, repitió el buen capitán Paddy O'Chrane, que apareció en este momento, y cuyo descarnado cuerpo salía tan lentamente por el hueco de la escalera que se hubiera creído un instante que nunca acabaría de salir. ¡Dios me condene, señor! Si el libro dice eso es un buen libro, ¡mal rayo me parta! no, pero veo a la señora Bloomberry, a ese embudo de pasar té.

—Mistress Bloomberry no esta aquí, Paddy; y yo me alegraría que no viniese con tanta frecuencia, porque sospecho que a ello la estimulaba el aguijón de la carne....

—¡El del diablo! añadió el capitán haciendo un molino.

—Os he llamado, repuso M. Smith, para que respondais a este caballero.

Paddy se volvió hácia Bembo, y le hizo un saludo militar, terciando sobre la manga izquierda de su casaca azul la servilleta, signo distintivo de su aparente profesión.

—Y ¿qué desea este noble caballero? preguntó él.

Bembo le repitió en pocas palabras la cuestion que había dirigido a M. Smith. Paddy se repuso entonces y cambió su aire de mozo de café en el exterior digno y concienzudo de su propio mérito, que nosotros conocemos ya.

—De suerte que, ¡por el nombre de Satanás!.... ¡que Dios me castigue!.... ¡que me castigue como a un pagano!.... dijo él arrojando desdeñosamente su servilleta, yo puedo hacer saber a este caballero, bajo mi fé, que no está hablando con un mozo de taberna, sino con el

capitan Paddy O'Chrane, antiguo patron de la corbeta la *Hareng*. ¡Triple tempestad! de la casa de Gween y Gween de Carlisle, trueno del cielo!

—No se trata de eso, dijo M. Smith: responded al caballero.

—¿Que le responda? ¡muerte de mis huesos! ¿que le responda? gritó el capitan. Corriente, señor Smith, corriente: eso es lo que yo quiero, y si no, que me asen por toda la eternidad.

—El libro dice:—No blasfemarás—murmuró por costumbre M. Smith.

—Enhorabuena, señor, enhorabuena, ¡qué diablo! el libro no dice nada: sois vos el que haceis charlar al libro. Yo quisiera saber ¡mal rayo me abraze! a quien puede perjudicar eso.... En cuanto a la cuestion de este caballero, juro que nadie mejor que yo puede responderle, si no es esa masa innoble de carne y huesos, de cerveza y aguardiente, el digno Saunder el Elefante.... Y todavía.... que me cuelgen si Saunder conoce ciertas buenas maneras que es preciso tener para responder como conviene a este caballero.

Bambo pegó con el pié en el suelo en señal de impaciencia.

—¿Que tengo prisa!

—¡Oh diablo! señor: ¿por qué no lo ha dicho vd. antes? Y bien.... La cosa va poco a poco: pardiez, Dublin no se edificó en un dia.—¿Sabeis que hay mucha distancia de aquí al recinto interior del Banco? Saunder es un estúpido, pero es buen muchacho, que trabaja.... y bebe con conciencia.

Pero en fin, ¿á donde está la mina?

—¿La mina, señor? Supongo que me hablais del agu-

jero, por Satanàs! A fé mia.... ahí está bajo nuestros pies, y bajo los míos, y bajo los de M. Smith, que en este momento hace como que está mascullando un retazo del Evangelio; ¡mal diablo me lleve!

—¿Y no podré bajar allá con vos? preguntó Bambo.

—¿Si podeis bajar? Ya se ve que sí: no creo que haya inconveniente. Y sin embargo, nadie mas que yo mete allí las narices de ordinario. ¿No es verdad, M. Smith?

—Este caballero viene de parte de Su Escelencia, respondió Smith.

—¡Ah! que el diablo se acueste conmigo! dijo Paddy quitándose respetuosamente su sombrero de cubeta. Estoy a las órdenes de este caballero y de quien le envía.... a fé mia, eso es muy diferente.... El agujero está casi concluido, señor, puesto que S. E. quiere saberlo; y si la brújula no miente, apénas nos quedan tres ó cuatro piés de terreno para penetrar como muchachos honrados en los sótanos del Banco.... Y ya era tiempo, pardiez.... porque esa pobre criatura de Saunder.... ¡pícaro, tonto! ya no menea mas que una ala, y huele a cementerio a una legua. Ya lo veis, caballero: lleva nueve meses haciendo el topo bajo de tierra.... así Dios nos condene!... es decir, así Dios nos salve.... a mí, y a vos, caballero.... y aun al mismo M. Smith.... Pero, en fin, puesto que venis de parte de S. E., y si teneis el antojo de visitar el agujero....

Bambo no pudo reprimir un movimiento de curiosidad.

—Mi respuesta a milord será precisa, dijo: acepto vuestra oferta.

Paddy O'Chrane enderezó su alta talla; arrojó por via de desahogo un ¡Dios me confunda! tan siniestro que hizo estremecer a M. Smith, y se dirigió con su paso ordinario hácia el hueco de la escalera en el que su lar-

go cuerpo fué desapareciendo lentamente pulgada por pulgada.

El caballero Angelo Bembo lo siguió.

Al fin de la escalera se encontraba un pequeño almacén de agua gaseosa, de aspecto serio y comun. El capitán Paddy O'Chrane atravesó esta estancia sin detenerse; y a la estremidad opuesta, separó del sitio en que estaba colocado un enorme tonel que ocultaba una especie de puerta falsa.

Allí empezaba la mina practicada por Saunder el Elefante.

—¡Por Satanás! señor, permitidme que pase el primero. Estoy en mi casa.

## X.

## SAUNDER EL ELEFANTE.

En 183.... había en el circo de Astley un *clown* llamado Saunder Mass, ó Saunder el Elefante, que causaba la admiración de todos los aficionados de Londres por su extraordinario vigor. Este Saunder era natural de Namur, y se llamaba simplemente Alejandro. Era un hombre de una talla colosal, un gigante linfático, pesado, estúpido, un Goliath belga contrahecho. Contábanse de él algunos rasgos de fuerza completamente sobrenaturales: hemos oído a Snail asegurar que Saunder levantaba un caballo.

Nosotros no garantizamos este hecho, temiendo perjudicar la memoria olímpica de Milon de Crotona; pero a todas horas se encontrará en *The pipe and Port* en *shakespeare* y aun en las *Armas de la Corona* una multitud de testigos entre los parroquianos de la colorada mistress Burnett que lo afirmarán bajo juramento.

Sea como quiera, Saunder el Elefante era uno de los personajes mas justamente populares de Londres en la

go cuerpo fué desapareciendo lentamente pulgada por pulgada.

El caballero Angelo Bembo lo siguió.

Al fin de la escalera se encontraba un pequeño almacén de agua gaseosa, de aspecto serio y comun. El capitán Paddy O'Chrane atravesó esta estancia sin detenerse; y a la estremidad opuesta, separó del sitio en que estaba colocado un enorme tonel que ocultaba una especie de puerta falsa.

Allí empezaba la mina practicada por Saunder el Elefante.

—¡Por Satanás! señor, permitidme que pase el primero. Estoy en mi casa.

## X.

## SAUNDER EL ELEFANTE.

En 183.... había en el circo de Astley un *clown* llamado Saunder Mass, ó Saunder el Elefante, que causaba la admiración de todos los aficionados de Londres por su extraordinario vigor. Este Saunder era natural de Namur, y se llamaba simplemente Alejandro. Era un hombre de una talla colosal, un gigante linfático, pesado, estúpido, un Goliath belga contrahecho. Contábanse de él algunos rasgos de fuerza completamente sobrenaturales: hemos oído a Snail asegurar que Saunder levantaba un caballo.

Nosotros no garantizamos este hecho, temiendo perjudicar la memoria olímpica de Milon de Crotona; pero a todas horas se encontrará en *The pipe and Port* en *shakespeare* y aun en las *Armas de la Corona* una multitud de testigos entre los parroquianos de la colorada mistress Burnett que lo afirmarán bajo juramento.

Sea como quiera, Saunder el Elefante era uno de los personajes mas justamente populares de Londres en la

primavera de 183.... año que precedió a la época en que pasa nuestra historia: cuando de repente los habituales del circo se vieron privados de su clown favorito, Saunder desapareció. Pero desapareció tan bien y tan completamente que nadie pudo dar con su huella.

Esto fué un grave objeto de admiración entre todas las personas que tenían tiempo de ocuparse de este repentino eclipse. Se habló mucho de él en Southwark, y del otro lado del río. El Támesis corrió durante tres días entre dos masas de tontos que se entretenían hablando de este acontecimiento; y mistress Crosseairn era el eco de la ciudad entera cuando decía a mistress Bull:

—Jamás hubiera creído que un hombre tan gordo como M. Saunder pudiera perderse como un alfiler, ó un debanador de algodón.

—O un dedal de coser, añadió ingeniosamente mistress Bull. El director del circo sufrió con este motivo una grave enfermedad; y Gibby Gibbon, tabernero de Lambeth, a quien sostenía la enorme sed de Saunder, se vió obligado a cerrar la taberna. Saunder el Elefante, mientras que así se ocupaban de él, pasaba el tiempo muy agradablemente en compañía del capitán Paddy O'Chrane, quien para celebrar sus nuevas relaciones con "esta masa innoble, el buen muchacho Saunder" tuvo una franqueta de tres días, durante los cuales cambió sus doce cuartos de *cold-without* por sendos vasos de aguardiente.

Pasaba esta escena amistosa en la esquina de Prince's Street, que se acababa de convertir en tienda de agua gaseosa. Al cabo de tres días se finalizó el largo festín a que había sido convidado Saunder el Elefante. El capitán le puso en las manos unas tenazas y otros varios instrumentos de acero, propios para escavar la tierra sin producir conmoción; y allí en el obrador mismo, en el sitio

donde vimos colocado aquel vasto tonel desviado por Paddy, dió Saunder principio a su obra. Al principio adelantaba con mucha lentitud, por cuanto no tenía idea ninguna de este género de trabajo y en él la inteligencia no podía suplir a la habilidad. Además, por un exceso de precaución, a fin de no llamar en nada la atención de los vecinos, se le había prohibido espresamente herir la tierra y los cimientos con choques violentos, como ordinariamente se hace en toda clase de escavación. Debía horadar a la sordina, ni más ni ménos que perfora el gusano a la manzana en que se introduce: solo la fuerza atlética de sus brazos y el extraordinario peso de su cuerpo, juntos a la constancia del trabajo, podían ayudar a su paciencia en la grande obra que le estaba encomendada. Saunder hincaba su instrumento bien afilado de duro acero en el suelo; y en seguida lo introducía cargando sobre él todo su peso. Esta era la manera de obrar más lenta, pero más segura; nada se sentía desde afuera, absolutamente nada, ni aun en el salón en donde M. Smith vino al poco tiempo a instalarse con una Biblia y su visera verde, sin separarse de allí más tiempo que un corto rato el día de pago en la casa de Eduardo y compañía. Para que mejor se comprenda la enormidad de la empresa en la que se empleaba un solo hombre, conviene tener entendido que no se trataba de hacer un simple agujero por donde pudiera colarse con trabajo un ser humano. Era una galería, una verdadera galería lo que necesitaban los lores de la noche; una galería por donde se pudiese marchar y correr con desahogo.

Desde el principio, el capitán Paddy O'Chrane servía de medida viviente. Una vez hecha la escavación perpendicular hasta la profundidad en que debía continuar paralela al plano de la calle, la galería debía ser practica-



da de manera que permitiese pasar a Paddy y tenerse de pié. Esto hacia desde luego, seis buenos piés de elevacion.

En cuanto al ancho, la enorme corpulencia del gigante mismo, servia naturalmente de medida. Por donde él pasaba, podrian de seguro marchar dos hombres de frente con libertad. Horadados ya los cimientos de la casa, la obra avanzaba con mas ligereza. Saunder habia adquirido costumbre, y cada vez que su azadon sin mango, que él manejaba con ambos brazos, se introducía en el suelo, arrancaba un enorme terron. Por la noche, venian a la puerta del almacen de *soda-water* y se llevaban los escombros en pequeños toneles fáciles de trasportar, y que Paddy mismo subía desde el fondo de la cueva. Esta era la parte mas arriesgada de la empresa; porque los vecinos hubieran podido muy bien concebir sospechas de este movimiento extraordinario é impropio del pequeño almacen, conocido ya por su escasa clientela, pero las tiendas de Poultry se cerraban bastante temprano, en Prince's Street las altas paredes del Banco ofrecian una vecindad muy discreta.

En cuanto a los watchmen, que entónces hacian la policia de la ciudad, es escusado decir que veian y pasaban.

Saunder tenia en su agujero una ecsistencia perfectamente arreglada. Por supuesto, jamas salia de allí: la necesidad de esta secuestracion era la principal causa de que él hubiese sido el escogido. La primera condicion en efecto de una empresa de semejante naturaleza, es su mas absoluto é inviolable secreto: y ¿qué mayor garantia del secreto que la cautividad del hombre cuya indiscrecion pudiera temerse? Saunder estaba allí para reemplazar a diez hombres cuyo trabajo hacia él solo, y que no se hubieran podido encerrar sin emplear la fuerza.

No proferia ni la mas pequeña queja contra su suerte. Se hubiera creido que estaba allí muy a su gusto; porque la fascinacion jamas ha sido mirada como violencia. Saunder estaba encadenado en su cueva como Reinaldo en los poéticos jardines de Armida. Solamente la Armida faltaba.... Un enorme jarro de barro lleno constantemente de aguardiente reemplazaba con grandes ventajas a esta encantadora muger.

Ademas que Paddy O'Chrane con su elocuencia sentenciosa y salpicada de sus juramentos artísticamente sembrados, habia adquirido un absoluto imperio sobre el espíritu del Elefante. Saunder escuchaba con una fé ciega todo cuanto decia Paddy; y el buen capitan se habria guardado muy mucho de inspirarle un pensamiento de fuga.

Al contrario, ponderaba en términos que hubieran suscitado la envidia de nuestros oradores de la cámara baja, la ventura de que estaba Saunder rodeado. ¿Qué le faltaba en efecto? ¿No tenia una buena cama? ¿no se le suministraban sus correspondientes comidas de lonjas de vaca y cerveza en abundancia? ¿No tenia siempre a su lado aguardiente a discrecion y escelente tabaco de contrabando? Todo esto sin tomar en cuenta el distinguido honor de beber de cuando en cuando con un caballero de la importancia de Paddy O'Chrane, antiguo patron de la corbeta el *Hareng* fletada por Gwen y Gwen de Carlisle.

Habia sin embargo un punto sobre el cual el Elefante y su guia no estaban de acuerdo. El Elefante queria algunas veces averiguar donde debia desembocar la galeria que estaba practicando.

—¡Trueno del cielo! respondia entonces Paddy con aire de conviccion; lo que hemos de encontrar hará tu for-

tuna y la mia, tunante pesado.... ¡qué diablo!.... mi mejor amigo. Tú tendrás, ó que Dios nos condene á entrambos, una casa de tres pisos en Lambeth, y todas las muchachas de la playa, malvado estúpido, querido camarada; te harán la corte, tan cierto como tendrás por mil libras de aguardiente en tu bodega, y por mil libras de porter, y por mil libras de whisky, y por mil libras de.... que Satanás te arrulle, ¡mil miserias!

Esto era severamente concluyente. El Elefante se estasiaba a la idea de tantos miles de libras líquidas, y veía ya sonreír y danzar en derredor suyo a aquellas muchachas de la playa cuyos atezados rostros se presentaban a su imaginación doblemente seductores.

—¡Bueno, bueno, señor Paddy! decía él; beberemos juntos.

—Sin duda, avestruz; sin duda, mi digno amigo: beberemos juntos ó beberás tú solo.... vamos, vamos.... manos a la obra, hijo mío, y que el infierno te quemé.

Y Saunder hincaba de nuevo su útil en la tierra con mas y mas ardor.

Es preciso confesar que él no trabajaba fuera de regla. Se le metía poca prisa, y era muy bien hecho, porque toda la elocuencia de Paddy se hubiera estrellado contra su apática pereza. Tenía sus horas de trabajo y sus horas de descanso; y pocos obreros podrán envanecerse de haber sido tratados mejor que él respecto a este punto. En suma, no trabajaba mas que ocho horas diarias.

Dormía diez y seis.

Esto nos explica como Paddy tenía lugar para entregarse a otras ocupaciones; y aun le quedaba tal cual rato, para hacer la corte a mistress Burnett de las *Armas de la corona*.

Saunder dormía ordinariamente ocho horas sin despertar: en seguida trabajaba cuatro sin hacerse de rogar. Esta era ya una costumbre en el gigante que estaba arreglado como un reloj: concluida la tarea, volvía a dormir ó bien fumaba y bebía.

Indudablemente esta vida era ménos laboriosa que la que hacía en el circo de Astley; y sin embargo, con el tiempo mucho mas perjudicial. Aquel reposo casi constante, interrumpido por un trabajo que ejercitaba solo ciertos músculos, vino a ayudar a la acción nociva de la atmósfera húmeda y viciada del subterráneo. El abuso excesivo que Saunder hacía de los licores fuertes, contribuyó también por su parte a minar su atlética constitución. Ciertamente, ocho meses después de la apertura de la galería, el gigante, según la expresión de Paddy, *no meneaba mas que una ala*. Cualquiera otro hubiera sucumbido a tan terrible régimen.

Saunder tenía un pie mas de estatura que el capitán, y de su grueso se podían muy bien sacar cuatro capitanes por lo menos. Sobre aquel cuerpo macizo reposaba una cabeza bastante regular, desprovista de toda inteligencia instintiva; pero que revelaba una tranquilidad de alma la mas completa posible. Es de creer que, prescindiendo del aguardiente y de las muchachas de la playa, recompensas prometidas a sus esfuerzos, existía en él otro elemento de paciencia: la legítima esperanza de adquirir el derecho, una vez concluida la obra, de dormir veinticuatro horas cada día, aun sin formar intención.

El trabajo adelantaba siempre, si no con demasiada rapidez; y no hubo en Londres una sola persona que tuviese ni el mas pequeño conocimiento de esta empresa extraordinaria. El éxito, pues, no parecía dudoso. Todavía algunos toneles mas de tierra, y se habría practicado un

ancho camino desde la esquina de Prince's Street hasta los sótanos del Banco.

Este camino era un enorme ramal semicilíndrico sostenido a cortos intervalos por gruesos círculos de hierro y cuya profundidad en algunos sitios era a más de cuarenta pies bajo el piso de la calle. El cálculo de los lóres de la noche habia sido justo. El Elefante habia llevado a cabo lo que seis hombres hubieran apenas podido hacer. ¡Y qué dificultad la de tener encerrados seis hombres durante nueve meses!....

El día en que Paddy O'Chrane introducía al caballero Angelo Bembo en la galería, estaba ya casi concluida. La brújula habia indicado la dirección que se debía seguir; y Paddy marcando sobre un plano de lo interior del Banco, habia reconocido quince días antes poco más ó ménos, que era preciso hacer subir la galería.

Conjeturaba que ya solo unos cuantos pies de tierra le separaban de los sótanos.

Bembo atravesó la galería, suficientemente iluminada por lámparas, con estremada sorpresa. Apenas podia creer que un solo hombre hubiese hecho todo aquello. En tanto que él examinaba la bóveda perfectamente redonda, el capitán se volvió de repente:

—En mi alma y mi conciencia, dijo, cada uno gusta de dar a las gentes los títulos que les pertenecen.

—¿Y qué importa eso? preguntó Bembo.

—¡Ah! ¡diablo!.... Sí tal.... yo.... yo soy capitán, ó que me confunda Dios; trueno del cielo!

—Pues yo soy un nadie, respondió Bembo.

—¡Ah! ¡ah!.... murmuró Paddy echando mano a su sombrero; V. S. se hace traición. ¡Satanás me tueste! Bueno; Saunder, el pobre diablo, verá un lord ántes de morir.

Paddy volvió a emprender su marcha añadiendo con tono filosófico:

—Dios puede condenarme, por Belcebú y sus cuernos; pero solo un lord podia contestar: "Yo soy un nadie"... Preciso será que yo tambien me acostumbre a eso.... Pero no, mil toneles de áspides y de hechiceros!! Me cogieran por la palabra.

—No se oye nada, dijo Bembo: sin duda vuestro hombre duerme ó descansa.

—¡Mi hombre! repitió Paddy, ¡eh! ¡eh! mi hombre no duerme, bajo mi más sagrada palabra, no; mi hombre trabaja, si se puede decir que es un hombre. No es esta su hora de dormir; si no, ya le oirais roncar, ¡vive Dios! Mas ruido hace cuando duerme que cuando trabaja.... Pero, milord, ¡Dios me condene!.... ¡y Dios me condenará mil infamias! ya debéis empezar a percibir su música.

Bembo aplicó el oído y entendió los sonidos graves y sordos de un lejano estertor.

—Ese es su quejido continuo, repuso el capitán, acompañando un juramento escogido que no nos es permitido escribir: yo creo que eso le divierte, porque nunca cesa. Mirad, he aquí su cama y su botella.

Paddy mostró entonces una especie de nicho practicado en la pared de la galería, en donde se encontraba una muy buena cama. En cuanto a la botella, era un olfón de barro que podia sin dificultad contener seis pintas.

Después de algunos pasos empezaron a subir una pendiente bastante rápida; y bien pronto el capitán deteniéndose de repente se arrimó contra la pared.

—Si V. S. quiere tomarse el trabajo de mirar, dijo, verá a Saunder el Elefante, el tunante más grande que en-

contrarse puede en los Tres Reinos, y el mas gordo tambien, que Dios me condene.

Bembo levantó los ojos, y vió efectivamente delante de él un macizo coloso que, gimiendo y soplando, levantaba y bajaba despues sus brazos a compas. El no habia oido los pasos de los otros, y continuaba su obra, sin apercibirse de su presencia.

La tierra, que a cada esfuerzo arrancaba en enormes fragmentos, caia en una caja colocada delante de él; y de cuando en cuando vaciaba la caja llena en uno de los toneles de que hemos hablado. A algunos pasos detras de él, sobre una mesa habia una péndula, una brújula, un nivel y algunos otros instrumentos de cálculo: éste era el puesto de Paddy.

Bembo contempló algun tiempo con muda sorpresa aquella máquina humana, cuya extraordinaria potencia revelaba cuanto le rodeaba. El gigante estaba medio desnudo. La luz de la última lámpara caía a plomo sobre sus espaldas bañadas de sudor. Se veían sus músculos ya prominentes, ya hundidos, y las atléticas formas de su cuerpo sobresalían de una manera tan sobrehumana, que Bembo creyó estar soñando. Aguardaba con cierta tímida curiosidad que el gigante se volviese; tan temible energía pensaba él encontrar en un rostro al que un cuerpo tal servia de base.

Paddy participaba tambien de la admiracion de su huésped. Saunder le pertenecía, y era, preciso confesarlo, un animal bastante raro para que al enseñarlo a las gentes se sintiese cierto movimiento de orgullo.

—Y bien, milord.... dijo en fin, con la vanidosa modestia de un sportsman que presenta su mejor caballo a un inteligente: y bien, milord, ¿por todos los demonios! ¿qué os parece mi pequeño Saunder?

—Es inconcebible.... murmuró Bembo: sin ruido.... sin golpes hiende el suelo....

—Como si fuera un puddind. ¡Condenacion! ¿no es verdad, intetrumpió el capitan, milord? Por mucho que se buscasse, yo os lo juro por mi nombre, por el de Dios y por el del diablo, para dar gusto a todos.... por mucho que se buscasse, decia, otro galopin de su talla, dificilmente se encontraría tan bien educado.... y yo soy quien lo ha educado, milord.

—Tiene trazas de estar muy cansado, dijo Bembo.

—Hé aquí la hora en que se acuesta, milord.

En el momento en que Paddy concluía estas palabras, dieron las doce en la pequeña péndola de la mesa: y en el mismo instante el Elefante dejó caer su azadon y arrojó un largo suspiro de contento.

—Enhorabuena, Saunder, enhorabuena, dijo Paddy con acento paternal: sabeis cantar muy bien, hijo mio.... ¡Ea! bebed este vaso de aguardiente a la salud de Su Señoría.

Saunder se volvió en efecto, y Bembo estuvo a pique de soltar un grito de sorpresa a la vista de la fisonomía apagada, doliente y apacible que tenia el gigante. Por detras hubiérase creído que Saunder tenia una de esas caras feroces que hacen temblar a los débiles y parar al hombre mas resuelto; por delante no se veia en él mas que a un niño de estatura colosal que pierde por absoluto defecto de inteligencia y de voluntad el beneficio de su fuerza fisica.

Al aspecto de Bembo, llevó la mano a la frente en señal de respeto. En Inglaterra, donde el sombrero de un caballero parece pegado a su cráneo, este ademán es mucho mas significativo que en parte alguna. En seguida

Saunder empezó a sonreirse inocentemente y bajando los ojos como pudiera haberlo hecho el mas tímido niño.

—Está bien educado, dijo el capitán con cierto énfasis: bien educado.... y por mí.... así Dios me castigue.

Saunder se bebió de un trago el enorme vaso de aguardiente que le presentó Paddy.

Su rostro pálido é hinchado no se animó: solamente murmuró lamiéndose los labios:

—Bueno, señor Paddy, bueno.

—Ya lo creo, borrachón, amigo mío, estúpido saco de aguardiente.... ya lo creo. ¿Lo habéis mirado bastante, milord?....

Bembo hizo un gesto de piedad que Paddy tradujo en una afirmación.

—Anda a acostarte, dijo, miserable esponja, compañero mío.... duerme bien.... y que el diablo te lleve.... no tengas malos sueños.

Saunder se deslizó como mejor pudo entre Bembo y la pared. Al instante siguiente roncaba como un ciclope.

Paddy atrajo a Bembo hácia la mesa y llenó dos vasos de aguardiente.

—Milord, dijo, todo lo habéis visto: yo bebo a la salud de V. S. que el infierno me espere y me espere largo tiempo!

—No es así como sabré yo a que altura se encuentra la obra, replicó Bembo.

Paddy tomó su mas grave continente y su mas sentenciosa palabra.

—¡Trueno del cielo! dijo tomando de la mesa un papel lleno de grasa en donde se veían diferentes números bien alineados. Por lo que toca a cálculo, ¿qué diablo? nosotros los marinos.... no somos ranas. Sobre la corbeta

el *Hareng*, ¡triple huracán!.... he hecho yo operaciones mucho mas difíciles que esta.... nos encontramos debajo de los sótanos, milord, a diez pasos del gato....

Como Bembo no tenía medio de verificar esta asercion, y tenía bastante prisa, volvió sobre sus pasos seguido del capitán, que le acompañó hasta la puerta muy cortesmente, deseándole con la mejor buena fé del mundo su eterna condenacion.

M. Smith habia salido ya.

Bembo montó en el carruaje y se hizo conducir a Witte-Chappel-Road. Al llegar a la esquina de Osborn-Street pagó al cochero y se apeó para continuar a pié hasta Bakers-Row.

Apénas llegó, llamó con fuerza a la puerta de una vasta casa, que se abrió al instante. Tras de la puerta se presentaron dos hombres desarmados al parecer, pero cuyo vigoroso aspecto demostraba a las claras, que aun quedaba una barrera por franquear.

—¿Qué se os ocurre, caballero? dijo uno de ellos.

—Vengo al consejo de la *Familia*, respondió Bembo.

—¿Quién sois?

—Lord de la noche.

—V. S. se ha detenido, dijo el otro portero ó centinela, separándose para dejar paso. Milores están reunidos hace una hora.

Bembo subió rápidamente una escalera perfectamente iluminada, y al momento fué introducido en aquel espacioso salón, en el que lady Juana B ... al salir del sótano apestado del *purgatorio* habia cambiado las veinte mil libras de su real protector por el diamante de la corona.

Al rededor de la ancha mesa cubierta con un tapete

verde que ocupaba el centro del salon, estaba una veintena de hombres.

A la cabecera de la mesa, sobre un sillón algo mas elevado, que se asemejaba algun tanto al trono en que se sentaba en la capilla subterránea de Santa María de Crewe el monje de la muceta de seda, estaba sentado el señor marques de Rio Santo.



## XI.

### EL CABALLERO ANGELO BEMBO.

No era solamente el trono el que se asemejaba al sillón del gefe de los supuestos frailes de Santa María, sino que habia otros puntos de comparacion entre esta grave reunion del dia y la asamblea de los bandidos para celebrar una fiesta.

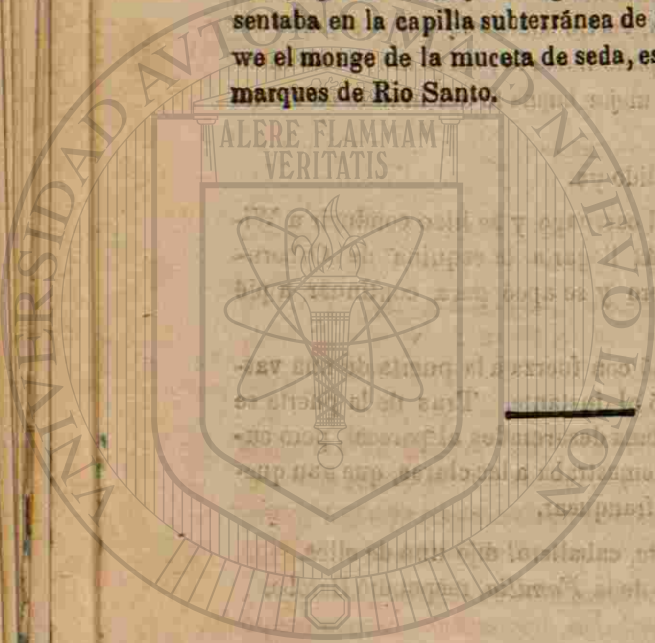
Frank Perceval, que habia sido introducido de pronto en aquel salon tan brillantemente iluminado, hubiera reconocido mas de una fisonomía, y entre aquellas voces algunas le hubieran hecho temblar.

Segun hemos dicho, unas veinte personas estaban allí reunidas, y sin escepcion alguna, todos eran hombres de exterior distinguido y que tenian aquel barniz que se adquiere frecuentando la sociedad aristocrática. Es verdad que algunos se habian introducido en ella valiéndose de falsos títulos y de nombres supuestos; pero la mayor parte tenian entrada en ella por derecho de nacimiento.

Habian bajado escalon por escalon, la escala del vicio a cuyo pié estaba el crimen.

verde que ocupaba el centro del salon, estaba una veintena de hombres.

A la cabecera de la mesa, sobre un sillón algo mas elevado, que se asemejaba algun tanto al trono en que se sentaba en la capilla subterránea de Santa María de Crewe el monje de la muceta de seda, estaba sentado el señor marques de Rio Santo.



## XI.

### EL CABALLERO ANGELO BEMBO.

No era solamente el trono el que se asemejaba al sillón del jefe de los supuestos frailes de Santa María, sino que habia otros puntos de comparacion entre esta grave reunion del dia y la asamblea de los bandidos para celebrar una fiesta.

Frank Perceval, que habia sido introducido de pronto en aquel salon tan brillantemente iluminado, hubiera reconocido mas de una fisonomía, y entre aquellas voces algunas le hubieran hecho temblar.

Segun hemos dicho, unas veinte personas estaban allí reunidas, y sin escepcion alguna, todos eran hombres de exterior distinguido y que tenian aquel barniz que se adquiere frecuentando la sociedad aristocrática. Es verdad que algunos se habian introducido en ella valiéndose de falsos títulos y de nombres supuestos; pero la mayor parte tenian entrada en ella por derecho de nacimiento.

Habian bajado escalon por escalon, la escala del vicio a cuyo pié estaba el crimen.

El mayor número se componía de bandidos de cualidad. Pasarémos una rápida revista de ellos y solo guardaremos silencio en cuanto a su jefe el señor marques de Rio Santo, cuya historia no se puede relatar en un solo capítulo.

A su derecha estaba el doctor Moore, a quien generalmente se miraba como confidente y amigo suyo. Al lado de este, que el lector conoce ya bastante, estaba sentado un caballero de aire arrogante y militar que hablaba a gritos y algunas veces pretendía, aunque en vano, tenerse con el marques. Este individuo era sir Jorge Montalt, coronel del regimiento de... tan célebre por sus nobles modales y por la fastuosa generosidad, como por sus innumerables deudas. Sir Jorge se había comido una fortuna de medio millón de libras, y solo le quedaban algunos bienes, lo cual no le impedía arrojar el oro por la ventana con desmesurada profusión, la cual necesitaba un alimento.... Sir Jorge se había hecho ladrón después de haber sido robado.

Esta es ya una historia muy vieja.

Seguía el banquero Fauntlevy, que pocos meses después debía hacer gran ruido en Londres y reunir al rededor de su cadalso las flores más esquisitas de nuestros elegantes salones. Fauntlevy era amigo íntimo de uno de los hermanos del rey, y poseía la confianza entera de todo el West-End, y con razón, porque no hizo perder ni un solo maravedí a su noble clientela: solo el comercio tuvo motivo de quejarse de él; solo las personas nobles del Reino-Unido nada tenían que temer de este singular y brillante ladrón.

Era un joven hermoso y rubio, de risa mugeril, de cuerpo elegante, ajustado por un frac negro de un in-

comparable corte. Era tan fastuoso como sir Jorge, y su casa de Pimlico hacía avergonzar al palacio de San James.

Su proceso constaba de 14,000 falsificaciones. El hermano del rey solicitó su perdón y fué a visitarle en la cárcel. ¡Pero 14,000 falsificaciones! Así es que el brillante banquero no pudo menos de ser ahorcado.

Más allá estaba sentada una persona cuadrada, sumamente salpicada de tabaco y cuyo aliento despedía un sutil olor de rom de las Antillas. Este personaje, prescindiendo de la debilidad que tenía de querer apropiarse el bien ajeno, era un santo hombre.

Hacia ya algunos meses que se hablaba de su promoción al beneficio vacante del difunto Westminster, y digámoslo con todo el respeto que merece el clero protestante de Inglaterra, no tenía muchos menos derechos que cualquier otro. Este reverendo se llamaba pater Boddlesie. En esta época solo tenía un corto beneficio de doscientas libras, y sus superiores, con los cuales partía, cobraban millares de guineas mensualmente.

Es preciso que el reverendo Boddlesie hallase medio de aumentar honradamente su prebenda.

El clero está constituido en Inglaterra de tal modo, que unos cuentan millones y otros sufren el hambre.

Hay gentes que tienen un apetito desmesurado y esperan para hacerse santos un beneficio conveniente.

El reverendo Boddlesie era uno de los miembros más útiles de la *Familia*; no tenemos necesidad de decir cómo.

Nuestra nobleza se parece al clero. Después del reverendo hallamos a un honorable John Peaton, hijo menor del marques de.... Esta vez a los unos todo, nada a los otros.



John Peaton era un joven alto, cuya enfermiza y fatigada fisonomía no tenía mas expresión que la de la estúpida apatía que los desórdenes y la embriaguez estampaban casi siempre en la cara de nuestros jóvenes lores. Hacía su negocio cuando podía y cuando la *Familia* de un nobleman para ejecutar su papel en una intriga; este era un triste cómico. Por compensación, manejaba un caballo mejor que un palafrenero, y podía engullir veinticuatro docenas de ostras con tal que viniesen acompañadas con seis botellas de oporto.

La inutilidad del honorable John se hallaba compensada con los eminentes servicios de la persona que le seguía. Era este un hombre de 40 años, que miraba a las gentes de soslayo, y estaba dotado de todas las cualidades que constituyen la fisonomía de un *observador*: llamábase sir Boyne, superintendente de la policía metropolitana. Gracias a él y a uno de los sub-comisarios de la Cité, colocado un poco mas allá, la *Familia* vivía en paz, o poco mas o menos, con la policía. Pero esta paz le costaba muy cara.

Boyne era tal vez el único lord que pudiese sostener impunemente una opinión contraria a la de Rio Santo, y aún cuando era un poco decisivo, tenía en el consejo mucho poder. Sin embargo, su oposición no escudía ciertos límites, porque tenía buenas razones para creer que Rio Santo, M. Edward, tenía ciertos hábitos en un sitio elevado, y que con una palabra podía ponerle en medio de la calle.

Sir Boyne se hacía justicia a sí mismo, y sabía que en el momento que perdiese su destino en la policía, toda su influencia desaparecía al instante.

Junto a este magistrado se pavoneaba en su sillón un ord.

Sí, un lord, un verdadero lord....lord Rupert Bel.... vizconde Clé....

A la izquierda de éste, un caballero muy colorado y muy limpio, cuya sutil nariz sostenía unos anteojos de oro, apenas tocaba su silla y se mantenía con toda la rigidez que exige la etiqueta británica.

Este caballero era el personaje importante de la sesión, porque por su calidad de subcajero general del Banco le facilitaba el medio de suministrar todos los informes necesarios para el grande acto de la espoliación que meditaba la *Familia*. Llamábase William Marlew y solo era amable con los que le llamaban Sir William.

Al otro lado de la mesa se hallaba la gente verdaderamente militante del consejo de la *Familia*.

Allí estaba el pobre ciego de sir Edmundo Makensie, M. Smith, despojado de su pantalla verde y de su aire tamado, cualidades que no hubieran sentado bien a su belicoso título de Mayor Borougham; sir Paulus Waterfiel, el doctor Muller, en cuya persona nuestros lectores hubieran reconocido al joyero Falkstone, y dos ó tres audaces é inteligentes bribones que, como M. Jededias Smith y el doctor Muller venían en derechura de Botany Bay.

En esta singular asamblea todos discutían gravemente y con una circunspección que hubiera servido de modelo a nuestras reuniones parlamentarias.

Cuando Bembo entró en la sala, estaba hablando William Marlew, subcajero central del Banco.

—Afirmo, declaraba con pedante afectación de gravedad; y si me atrevo a decirlo, pretendo que el momento es sumamente a propósito para proceder a la sustracción de que se trata. Creo que mi posición me pone en el caso de

hablar sobre la materia con cierta autoridad... y aún diré con alguna consistencia.

—¡Escuchad! ¡escuchad! murmuró bostezando lord Rupert que se creía en la Cámara alta.

—Doy al noble lord las mas cúmplidas gracias por su benévola interrupcion, prosiguió el burócrata, y sosten-go.... y aun afirmo que las cuevas de nuestra administración no han contenido jamas tanto oro, acuñado ó sin acuñar.

Un murmullo aprobador circuló por toda la asamblea, lo cual permitió decir a lord Rupert:

—¡Escuchad! ¡escuchad!

—Repito que agradezco a su señoría sus animosas palabras y digo, señores, que yo hablo por números, el Banco no posee ménos en sus cuevas que la suma de.... 25.000,000 de esterlinas.

—¡25.000,000 de esterlinas! repitió el ciego Tyrrel saltándose los ojos.

—¡Brava suma! dijo S. Boyne frotándose las manos.

—Y ¿cuánto corresponderá a cada uno de nosotros? preguntó muy satisfecho el reverendo Boddlesie, dean futuro de Westminster.

—Ese es un cálculo aritmético, respondió el cajero, una simple division.

Sir William, interrumpió Rio Santo, tened la bondad de decirnos a cuánto asciende la suma de billetes al portador que existen en las arcas.

—Eso no me parece interesante, milord, supuesto que los billetes solo representan valores nominales. Sin embargo, para satisfacer a V. S. responderé.... permitidme...

Marlew contó por los dedos y repuso:

—Las arcas y carteras pueden contener en billetes

por los que no daré 6 peniques, el doble del valor de las cuevas.

—Está bien, repuso Rio Santo.

Bembo acababa de acercarse a éste para evacuar su informe.

—Milores, repuso casi al momento el marques, vuestra justa impaciencia va a quedar satisfecha; pasado mañana en la noche, estaremos dentro del Banco. Sin embargo, hay que tomar aún algunas precauciones, para las cuales creo que el consejo me dará sus plenos poderes.

—Ciertamente,—respondieron todos.

—Sir William tendrá la bondad de hallarse allí, continuó Rio Santo, para dar el plan de las cuevas y suministrar a nuestros hombres todos los datos necesarios, y además indicará los depósitos de los billetes, aunque parece que desprecia este botín.

—Como el banco queda arruinado.... empezó a decir el cajero....

—Teneis razon, pero haréis lo que os digo. En cuanto a las medidas de precaucion, esto toca a los señores de la policia; nosotros podemos confiar en su celo.

El doctor Moore, que aun no habia despegado sus labios, echó al marques una mirada penetrante y fugitiva: El ciego y él se miraron haciéndose una imperceptible seña de inteligencia.

Estas dos últimas personas sospechaban que el marques de Rio Santo ocultaba alguna cosa, y no se engañaron. El pillage del Banco solo era un accesorio de su gran proyecto y un solo detalle de su plan. Los billetes al portador adquirian para el marques un valor sin igual, en razon de que, en sus manos, eran una arma y determinaban de un golpe la bancarota del primer estableci-

miento comercial de la Inglaterra y la ruina de uno de los mas firmes apoyos del gobierno.

Pero respecto a todos los demas miembros de la *Familia*, era otra cosa. Tratábase efectivamente de un alboroto, pero no con la idea de proteger enteramente el robo del oro del Banco. La asonada tenia otros alcances y un resultado diferente.

Los lores nocturnos se separaron, y es de creer que aquella noche tuvieron sueños muy gratos.

Moore volvió a su casa de Wimpole Street, y durante aquel dia no se habia ocupado de Clara Mac Parlane, a quien olvidó tambien aquella noche para secarse los sesos y procurar descubrir alguna cosa en los proyectos de Rio Santo. Durante estas veinticuatro horas, la pobre Clara, cuyo régimen habia variado, solo pudo quejarse de la soledad, de sus temores y de sus penas. Rowley habia recibido la orden de suministrarle algun alimento para que pudiese soportar mejor el choque galvánico a que el doctor la queria someter.

El marques de Rio Santo tomó su coche acompañado del caballero Angelo Bembo. Estaba tan sumamente distraido que ni aún le ocurrió preguntar al doctor por el estado de María Trevor.

En el momento en que el coche se detuvo en Belgrave Square, tomó y apretó la mano de Bembo....

—Angelo, le dijo, la hora se acerca. Tenia necesidad absoluta de vos.... Si en el mundo ecsiste alguna persona a quien amais, pensad en ella esta noche y mañana, porque despues de este término me pertenecéis enteramente, ¿no es verdad, Angelo?

—Soy enteramente vuestro, D. José, respondió Bembo, Y en esto se separaron.

Ana seguia en el mismo cuarto donde la hemos visto, y sentada en el sillón que le servia de cama. Estaba pálida y desfigurada, sus ojos manifestaban haber derramado muchas lágrimas.

La luz de una bujía iluminaba dulcemente su rostro; Bembo la contempló largo tiempo en silencio.

—Si en el mundo ecsiste una persona a quien yo ame.... murmuró al fin.... ¡Oh! ¡sí! es un amor nuevo, un amor de ayer, que será preciso olvidar mañana; un amor sin antecedentes, sin esperanzas.... Pero la amo como no he amado nunca y como jamas amaré. Solo puedo disponer de esta noche, y ya es muy tarde. ¡Pobre y dulce criatura! ni aún tendré tiempo para gozar de la dicha que tendrá su madre al volverla a ver.

Media hora despues abrieron con mucho cuidado la puerta por donde el príncipe Dimitri Tolstoy habia sido introducido en Irish-House, y el caballero Bembo atravesó con tiento la calle. En aquel momento todos los habitantes de Londres estaban entregados al sueño y hasta los coches habian dejado de rodar en las calles. Bembo midió con la vista la distancia que le separaba de la ventana donde ardía la bugía de Ana, y procuró echar al balcon una escala de seda, reliquia de una venturosa juventud, que habia sacado consigo.... Pero no pudo lograrlo.

Felizmente era ágil y hombre de espedientes. Clavó el puñal en las junturas de los ladrillos para que pudiese servirle de estribo, y con este auxilio y con el de los huecos de la pared pudo lograr afianzarse en el balcon: subió a él y ató con solidez la escala de seda en los hierros, porque despues de haber subido era preciso bajar con otra persona.

Ana se despertó sobresaltada. El puño de Bembo en-

vuelto en un pañuelo acababa de romper uno de los cristales de la ventana. Un momento despues Bembo estaba ya en el cuarto.

El aire fresco exterior hizo irrupcion en el cuarto y su impulso oscureció la luz. Ana, que hizo al principio un movimiento para huir, se arrojó despues en los brazos de Bembo, dando un grito de alegría.

—¡Estevan! ¡mi querido Estevan! exclamó. Dios os envia a socorrerme. ¡Se lo he pedido tanto!... Al fin se ha dignado oirme. Bien sabia yo que me habias de librar.

—¡Estevan! murmuró Bembo para sí, ¿dónde está, pues, ese Estevan, que así la abandona en poder de sus raptores? ¡Oh, qué loco soy! aborrezco a ese hombre.... ¿No debía yo esperar esto?....

—¡Es tan hermosa, Dios mio! ¡cuánto la hubiera yo amado!

La pobre Ana se asustaba cada vez mas, considerando a esta persona estraña, inmóvil, quien a su vez la miraba atentamente, y en cuyo semblante habia una espresion que ella no sabia definir. Empezó a temblar un poco al principio, despues bastante; en seguida empezaron a correr copiosas lágrimas de sus ojos y cayó de rodillas exclamando:

—¡Tened piedad de mí!... ¡tened piedad de mí!

—Sí, decía Bembo para sí; yo se la devolveré a su Estevan y le encargaré que la haga muy feliz. El la amará como yo la amo.

Esto no era una respuesta; Ana juntó sus pequeñas manos con desesperacion, y estuvo a punto de caer en tierra.

Bembo se precipitó hácia ella.

—No temais, la dijo con tanta amabilidad, que Ana casi se repuso; no temais nada de mí; mi presencia no debe

asustaros, pues entre los dos no seréis vos quien tenga motivos de temer ó de implorar.

Ana no comprendió, pero se tranquilizó poco a poco al aspecto de aquella noble y franca fisonomía.

—¿Cómo os hallais aquí, caballero? preguntó Ana algo desconfiada todavía.

—Señorita, yo he venido aquí para salvaros; ¿no sabeis que he venido de su parte?

—¡De su partel exclamó miss Ana, cuyo rostro manifestó en el momento una escesiva confianza.

—De parte de Estevan, dijo en voz baja el caballero Angelo Bembo.

—¿Venis a buscarme? ¡Con que le volveré a ver, y a Clara, y a todos los que yo quiero! ¡Oh! ¡tambien a vos, tambien a vos os querré!

—Venid, murmuró Bembo, Estevan os espera.

Cogió en sus brazos a la jóven, sin que esta opusiese la menor resistencia y empezó a bajar la escala con precaucion.

Bembo daba la espalda a Irish-House, y Ana, al contrario, la estaba viendo.

La bajada fué lenta, porque la escala oscilaba a cada movimiento. A la mitad del camino, Bembo creyó oír, en casa de Rio Santo, abrir una ventana; pero continuó bajando. Cuando ya le quedaba poco, conoció que Ana temblaba.

—¡Ved! ¡ved! dijo esta espantada: ¡ved a una fantasma entre los árboles.

Era un hombre medio desnudo, cuyos descarnados miembros apenas se percibian.

Ana temblaba de miedo.

En fin, Bembo puso el pié en el último peldaño, y al mismo intante oyó el golpe que hizo un cuerpo al caer en

el suelo; era el fantasma que acababa de saltar a la calle. Los dos fugitivos y este hombre se hallaron cara a cara.

—Bembo dudó; el hombre se apoyó contra la pared, cansado ya de los esfuerzos que había hecho para saltar la pared: en este instante se oyó una voz que cantaba:

El laird de Killarwan

Avait deux filles,

Jamais n'en vit aimant

D'aussi gentillés

Dans Glen Gírven.

—¡Padre mio! exclamó Ana soltándose de los brazos de Bembo para arrojarse a la persona que cantaba; ¡esta es la voz de mi padre! dijo.

Angus, pues era él, dió un paso hácia su hija, cuya voz había conocido; pero en el mismo instante retrocedió horrorizado.

—¡Siempre las sombras de los que han muerto! murmuró acongojado.

—¡Padre mio! dijo otra vez Ana.

—¡Dejadme, dejadme! exclamó Angus; las he visto....

Y como Ana quería echarle los brazos al cuello, la arrojó con violencia en el suelo y echó a correr gritando:

—¡Las dos.... las dos!

Bembo le perdió de vista al volver Belgrave-Square, y volvió a coger en brazos a Ana, que se había desmayado.

A la mañana siguiente Rio Santo halló vacío el lecho del laird. No pudo confiar a nadie sus penalidades, porque durante aquel día no se presentó Bembo en Iris-House.

## XII.

ANGEL CUSTODIO.

Aunque Aristóteles no se tomó el trabajo de fijar reglas para la formación de la novela, y aunque Horacio creyó oportuno guardar silencio sobre este objeto, hemos procurado con profunda veneración hácia las autoridades clásicas acercarnos todo lo posible a las principales reglas de unidad que ellos han guardado como condicion necesaria a todo drama. Hasta aquí nuestros personajes no han perdido de vista la magestuosa media naranja de San Pablo de Londres: hasta aquí nuestra historia ha girado en el estrecho círculo de una semana.

Pero se acerca el momento en que nos será preciso salvar el tiempo y el espacio; en que tendremos que intercalar acaso meses entre una y otra escena de nuestro drama; y que nos veremos obligados a tomar la posta para ir a buscar un domicilio entre los silvestres matorrales de la Escocia del Sud. Esta es seguramente una desgracia; y nadie llevará a mal que anticipadamente nos lamentemos de ella, de una manera sincera a la par que profunda.

el suelo; era el fantasma que acababa de saltar a la calle. Los dos fugitivos y este hombre se hallaron cara a cara.

—Bembo dudó; el hombre se apoyó contra la pared, cansado ya de los esfuerzos que había hecho para saltar la pared: en este instante se oyó una voz que cantaba:

El laird de Killarwan

Avait deux filles,

Jamais n'en vit aimant

D'aussi gentillés

Dans Glen Gírven.

—¡Padre mio! exclamó Ana soltándose de los brazos de Bembo para arrojarse a la persona que cantaba; ¡esta es la voz de mi padre! dijo.

Angus, pues era él, dió un paso hácia su hija, cuya voz había conocido; pero en el mismo instante retrocedió horrorizado.

—¡Siempre las sombras de los que han muerto! murmuró acongojado.

—¡Padre mio! dijo otra vez Ana.

—¡Dejadme, dejadme! exclamó Angus; las he visto....

Y como Ana quería echarle los brazos al cuello, la arrojó con violencia en el suelo y echó a correr gritando:

—¡Las dos.... las dos!

Bembo le perdió de vista al volver Belgrave-Square, y volvió a coger en brazos a Ana, que se había desmayado.

A la mañana siguiente Rio Santo halló vacío el lecho del laird. No pudo confiar a nadie sus penalidades, porque durante aquel día no se presentó Bembo en Iris-House.

## XII.

ANGEL CUSTODIO.

Aunque Aristóteles no se tomó el trabajo de fijar reglas para la formación de la novela, y aunque Horacio creyó oportuno guardar silencio sobre este objeto, hemos procurado con profunda veneración hácia las autoridades clásicas acercarnos todo lo posible a las principales reglas de unidad que ellos han guardado como condicion necesaria a todo drama. Hasta aquí nuestros personajes no han perdido de vista la magestuosa media naranja de San Pablo de Londres: hasta aquí nuestra historia ha girado en el estrecho círculo de una semana.

Pero se acerca el momento en que nos será preciso salvar el tiempo y el espacio; en que tendremos que intercalar acaso meses entre una y otra escena de nuestro drama; y que nos veremos obligados a tomar la posta para ir a buscar un domicilio entre los silvestres matorrales de la Escocia del Sud. Esta es seguramente una desgracia; y nadie llevará a mal que anticipadamente nos lamentemos de ella, de una manera sincera a la par que profunda.

Entre tanto, hemos vuelto a buscar uno por uno todos los personajes que habíamos dado de mano en la segunda parte de esta narración, en donde Susana y Brian de Lancaster absorben casi por entero la atención del lector: hemos seguido a cada uno de ellos en sus esfuerzos, buenos ó malos, en sus sentimientos, en sus aventuras; y el curso natural de esta relación nos lleva como por la mano a aquel día en que Brian de Lancaster reventó a Ruby, su hermoso caballo, y desafió cara a cara el fuego de los guardias a caballo, por ofrecer una flor a los pies de Susana.

Era en efecto la víspera de aquel día en que la vida del marques de Rio Santo corrió tan grave riesgo por el furioso aprieto en que le puso Mac Farlane: aquella misma mañana fué hacia las tres de la madrugada cuando el caballero Bembo robó de la prisión del *Rincon del lord* en donde estaba encerrada, la mas linda muchacha del contorno.

Por consiguiente esta misma noche era cuando Frank Perceval debía acudir a la cita que delante del teatro de San James le había dado la condesa Ofelia.

Muchos sucesos ocurrieron entre el momento en que recibió este billete, y la hora de la cita, en que Rio Santo debía aguardar en vano su asociado....

El doctor Moore y el ciego Tyrrel estaban unidos por lazos muy íntimos y muy secretos.

Este último había recibido del doctor uno de aquellos favores inapreciables, y su reconocimiento le hacía guardar cierta atención particular hacia la persona de Moore. Por otra parte el interés propio les ligaba con mas estrechez; querían distribuirse la herencia del marques de Rio Santo. Los dos vivían en Himpole-Street: Tyrrel en el

número 9 y Moore en el 10, de modo que sus casas se dividían por un tabique. [1]

Además se comunicaba entre sí por medio de un pasadizo hábilmente disimulado; comunicación que nadie podía sospechar, y tanto ménos cuanto que sirviéndose de ella Moore y Tyrrel para sus relaciones habituales, jamás se vió a ninguno de ellos entrar en casa del otro.

Por esta comunicación se evacuó la casa número 9 mientras que Brian de Lancaster iba a buscar una patrulla de policía.

El doctor Moore estaba ausente: en todo el día había parecido en su casa, de modo que esta se hallaba al cuidado del practicante, quien entregándose con toda pasión a las *Recreaciones toxicológicas* dejaba un reposo a la pobre Clara Mac Farlane. Se la había sacado de su prisión porque el doctor deseaba que recobrase un poco sus fuerzas ántes de someterla á la terrible prueba del choque galvánico. Estaba acostada, débil aún, padeciendo mucho, en una sala contigua al gabinete del doctor.

Rowley había recibido la espresa orden de poner término al ayuno que se la hacía sufrir; pero como ya hemos dicho, Rowley estaba absorto en la atractiva lectura de sus queridas *Recreaciones toxicológicas*.

El pasadizo que comunicaba las dos casas vecinas tocando en un corto corredor inmediato a la sala-prisión, desembocaba en el gabinete del doctor, y allí fué desde luego donde se refugiaron los fugitivos del número 9.

Susana, como ignoraba que por semejante medio se la hacía mudar de casa, no opuso resistencia a ello.

[1] En Londres, como es sabido, la numeración de las casas está seguida y no guarda el orden de números pares á derecha, é impares á la izquierda.

Apénas se hallaban en el gabinete del doctor, cuando Tyrrel llamó aparte a la señora duquesa viuda de Gevres, y la dijo:

—Id a White-Chapel-Road, Maudlin, y haced presente que mi casa se halla en poder de la policía.... alguno podrá venir y sería cogido como en una ratonera.... En cuanto a mí estaré ocupado esta noche, porque es preciso que este loco de Brian tenga la boca cerrada ántes del amanecer.

—Este es un mal negocio, milord, respondió la francesa con cierto aire sentimental. Teníamos allí una habitación tan bonita....

Tyrrel levantó los hombros.

—Mañana quizá tendremos un palacio, Maudlin, y por otra parte, ¿qué hariais ahí?.... Vamos.... despachad.

Mma. la duquesa de Gevres arrojó de soslayo una mirada a Susana.

—¡La dejarèmos aquí sola! preguntó.

—Bajo de llave, Maudlin, baje de llave, dijo el ciego dirigiéndose precipitadamente hácia la puerta; sobre todo apresuraos....

En cuanto a mí voy a ocuparme del enamorado. Ya oiréis hablar del asunto, señora duquesa.

Francisco se acercó a Susana, que estaba sentada a bastante distancia.

—Mi querido amor, le dijo ella, habeis sido bien imprudente.... pero a todo pecado misericordia.... Voy a trabajar en vuestro obsequio y en el de él, a fin de evitar una desgracia.... ¡Adios, amor mio!

Antes de salir volvió como pensando de repente....

—Pero vos no habeis comido en todo el día, querida, continuó ella: estaré ausente largo tiempo: voy a mandar que os sirvan la cena.

—No tengo apetito, dijo Susana.

—¡Dios mio! Ya lo conozco.... la pena, la desesperacion.... no se tiene gana.... pero se come una pechuguita, corazon mio.... una pechuga de pollo ó dos, y se bebe un poquito de vino.

La duquesa de Gevres, que parecia tener en casa del doctor tanta satisfaccion como en la suya propia, salió y volvió a aparecer al cabo de un rato, seguida de un criado portador de una bandeja. Esta contenia una cena completa.

Colocada sobre una mesa, la duquesa se despidió, diciendo:

—¡Buen apetito, corazon mio!

La llave dió dos vueltas dentro de la cerradura, por la parte de afuera.

Susana estaba sola.

Hacia apénas media hora que Lancaster la habia dejado. Desde algun tiempo los acontecimientos cambiaron con tal rapidez, que ella en la perturbacion de su inteligencia nada habia podido comprender. Se hallaba oprimida bajo el peso del terror que la causó la aparicion de Tyrrel en el momento que ella se creia ya libre y feliz. Ni siquiera podia fijar su pensamiento sobre lo que podia suceder, lo que haria Lancaster y lo que ella debia esperar ó temer.

Apoyada la cabeza sobre ambas manos trataba de desembarañar el caos de las tumultuosas ideas que vagaban por su cerebro. La primera que se le presentó la aterrizó. Se acordó de las amenazas que Tyrrel le habia hecho con frecuencia; amenazas que tenian siempre por objeto a Lancaster. ¡Cómo se calificaba de imprudente y culpable! ¡Cómo se arrepentia de una confesion que cir-



cundaba a Brian de enemigos invisibles, poderosos é implacables! Estos peligros desconocidos, que ella habia acumulado sobre Lancaster, le parecian tanto mas terribles cuanto que no podia ser a la vez partícipe de ellos.

—¿Sabia ella siquiera si podia volverle a ver?

Susana era de corazon grande, pero todo su valor la abandonaba al tratarse de Brian. Su heroismo natural se rendia de repente. Entonces era una débil muger.

Al cabo de algunos minutos las lágrimas brotaron de sus ojos.

—¡Oh Dios mio, yo le he muerto! pronunció con el acento mas lastimoso.

Un débil gemido se oyó a sus espaldas como un eco de queja desesperada. Susana no lo observó y comenzó a orar.

Mientras ella rezaba, los gemidos se acrecentaban. Susana los oyó y se levantó, porque su alma era tan noble y virtuosa que la misma desesperacion no podia ahogar en ella los sentimientos de piedad. Prestó su oido con atencion. Los ayes se debilitaban haciéndose a la vez mas lastimosos. Susana tomó su bugia, y empujó con ligereza una puerta, contra la cual se apoyaba el respaldo de su sillón.

El lecho en que gemia Clara moribunda estaba a diez pasos de allí.

Clara enmudeció en el instante en que vió la luz.

Sin duda tuvo miedo de haber evocado con sus quejas alguno de sus verdugos.

Pero cuando a la claridad de la bugia vió el resplandeciente rostro de la hermosísima niña, creyó que era una ilusion producida por su desvarío y cerró los ojos con fatiga y desaliento.

Habia visto durante tres dias tantos rostros de ángeles, radiantes y dulces, inclinarse a su cabecera con engañadoras sonrisas; habia tantas veces juntado sus descarnadas [manos, implorando en vano a estos fantasmas, productos de la fiebre que le abrasaba!...

Sin embargo, Susana se habia acercado a la cama y habia dirigido a la cabeza de la pasiente una mirada llena de compasion. Mas apénas esta mirada se fijó sobre las facciones de Clara, la fisonomía de la hermosa niña espresó una emocion extraordinaria.

De repente sus ojos se llenaron de lágrimas de tan tierna inquietud como las de una madre al lado de la cuna de su hijo, su pecho se conmovió, y una sonrisa indecisa, triste, a la par que festiva, alteró el arco armonioso de su labio.

En seguida cayó de rodillas sobre la alfombra y levantó los ojos al cielo implorando clemencia.

Clara, al sentir le daban un beso en su mano, abrió sus párpados adoloridos.

—El sueño continúa: este fué su primer pensamiento; pero esta vez era dulce y verdaderamente celestial. Los ángeles de sus pasados ensueños no eran tan hermosos como esta muger, de plácida sonrisa, que se asemeja a un genio de esperanza y misericordia.

Clara la miraba muda de encanto: sus gemidos habian cesado de todo punto.

—Sois vos efectivamente, murmuró por fin Susana con una voz contenida, que penetró los oidos de Clara como la velada armonía de una música lejana. Vos sois la que he buscado tanto tiempo há.

Una nueva admiracion se pintó en el semblante de Mac Farlane.

—Vos no os acordais ya, continuó Susana; los beneficios

concedidos no dejan recuerdos en las almas generosas... pero los favores recibidos.... ¡Oh! en cuanto a mí, bien me acuerdo, y desde que supe orar lo he hecho por vos y por ese otro ángel que se os asemeja y que sin duda es vuestra hermana.... por la noble Clara y por la dulce niña Ana.

—¿Quién sois vos, señora? preguntó Clara.

—Vos no sabéis mi nombre.... y es que no me preguntásteis, Clara, aquel día en que vuestros brazos sostuvieron mi talle postrado sobre la acera de Cornhill; aquel día en que socorristeis a la desgraciada jöven desconocida que moría de hambre.

—¡De hambre! repitió Clara apretando dolorosamente su pecho; ¡oh! ¡yo también me estoy muriendo de hambre!

Susana dió un salto fuera de la habitación y al instante mismo, trayendo la cena preparada para ella. Sus ojos humedecidos reían con la sencilla espresion de la dicha.

—Perdono a esta muger todo lo que ha hecho contra mí, dijo ella, pues que me ha dado con que socorremos, Clara.

Volvióse a arrodillar sobre la alfombra y ayudó a la pobre enferma a levantarse. Miétras que esta última comía con avidez, interrumpiéndose únicamente con algun suspiro que la debilidad misma le arrancaba, la bella jöven la sostenía, la acariciaba, la hacía sonreír con sus tiernas y dulces palabras, y le besaba cariñosamente sus manos pálidas y casi diáfanas.

Clara sentía reanimarse por el calor de los alimentos y por los consuelos tiernos de esta aparicion inesperada, que de repente había venido a colocarse a la cabecera de su

cama de dolor: Clara se encontraba dichosa y reconocida. creía volver a la vida.

—¿Qué hambre tenía la pobre niña! dijo Susana entre dos besos. ¡Si vos pudiéseis ver, Clara, los hermosos colores que recobran vuestras mejillas!.... Hé aquí; ya estais ahora tan linda como otras veces! Sabéis que para reconoceros me ha sido preciso mirar dos veces en el fondo de mi corazon, donde está grabada vuestra imágen. Pero yo tengo allí grabadas cada una de vuestras facciones.... esa hermosa frente grave y pensadora.... esos dulces ojos que sonreían a mi miseria.... esa boca adorable que me dirigía paladras llenas de consuelo.... ¡Oh Clara! Estabais tan hermosa en vuestra palidez, que al acercaros no sé lo que pasó en mí. Sentí a mi corazon desprenderse con un estremecimiento celestial. Os amo tanto, querida Clara mía.

Clara tenía los ojos inundados de lágrimas.

—¡Gracias, murmuró a media voz, gracias!

En seguida, un terror pánico involuntario se apoderó repentinamente de ella y dijo tiritando:

—Pero no podréis, señora, permanecer siempre a mi lado, y luego que os marcheis, me dejarán morir de hambre.

Susana se incorporó instintivamente como si hubiese querido colocarse entre Clara y un peligro conocido de repente. Por primera vez formó la idea vaga de la posición de miss Mac Farlane, y se preguntó a sí misma ¿por qué esta pobre muchacha moría de hambre en una casa en donde todo respiraba opulencia?

Hizo varias preguntas a las que Clara trató de contestar lo mejor que pudo; pero les faltaba saber lo necesario para poder comprender este horrible secreto. Susana, ignorante de todo, llena de generosos instintos, y Clara

alma pura y noble, debian necesariamente fatigarse en vano para encontrar el nudo de esta bárbara intriga.

Lo que habia de cierto era que Clara habia padecido cruelmente y que sus temores estaban demasiado justificados.

—¡Miserables! dijo Susana; ¡atreverse a ultrajaros! ¡a vos, Clara?... ¡a vos, ángel de misericordia y de dulzura!... pero yo os defenderé; sí, yo: soy tan fuerte como un hombre.... ¡que vengan!

La palabra le espiró en los labios, porque de repente vió a Clara pálida como una estatua de marmol y con los ojos cerrados por el miedo.

Aun no habia tenido tiempo para volverse a investigar la causa de este súbito temor, cuando oyó a su lado una voz seca y desagradable decir.

—¡Ta, tá, tá, tá!

Volvió con presteza la cabeza y vió a su espalda un hombre pequeño, de mollera calva, pero con dos grandes rizos sobre las sienas. Este hombrecillo, sobre cuyas narices descansaban unos enormes anteojos, llevaba bajo el brazo un volúmen en 4.<sup>o</sup>: era el practicante Rowley con sus *Recreaciones Toxicologicas*.

Habiase adelantado segun su costumbre, a paso de lobo; y en extremo escandalizado en presencia de los restos de la cena abundante de Clara....

—¡Tá, tá! repitió con marcado mal humor: ¡hola, hola!... ¿en qué se mete esta lady?... pues la niña a comido como un sabañon.... Ahora bien.... cuando venga, ¿qué dirá el amo? ¿qué os parece que dirá?

El señor Rowley se dirigia a sí mismo estas observaciones, habiéndose quedado a respetuosa distancia, porque habia oido las últimas espresiones de Susana y no era hombre de arrostrar su cólera.

La hermosa jóven se habia colocado entre la cama y él con los brazos cruzados y mirándole de hito en hito,

—¡Bravo, bravo! murmuró entre dientes el practicante, dando un paso atras; no tengo miedo a esta amazona a lo ménos,... y sobre todo, poniéndose en guardia, no serán necesarios mas que tres segundos, cinco terceros y una fraccion para arreglarlo como conviene.... Es igual; yo quisiera alejarla de aquí ántes de que llegue el doctor.

Este deseo del digno Rowley no debia ser realizado por cuanto no bien lo habia concebido, cuando la puerta se abre de repente y el doctor Moore entra en la sala con aire sombrío y las cejas fruncidas.

—¿Qué significa esto, señor mio? dijo dirijiéndose a Rowley con acento amenazador.

—Sir Edmundo ha pasado por la pequeña puerta; contestó muy humilde el practicante,—y ha traido aquella.... esta lady.... en su compañía.

—No es este el lugar de esta lady, señor mio.... Retiraos y rogadla que os siga.

—Caballero, no saldré de aquí, dijo Susana con voz baja y tranquila.

—¡Tá, tá, tá, tá! pronuncio Rowley.

El doctor se adelantó hasta la cama.

—Señora, la dijo haciendo un esfuerzo para retener la cólera, ignoro y desprecio las pueriles fórmulas de lo que se llama galantería.... No obstante, previendo un triste desenlace á todo esto, quiero evitarlo y me descubro ante vos, señora;—quitóse el sombrero y colocándolo bajo el brazo izquierdo, dijo: me inclinaré como un fátuo y agotando todo el fondo de mi cortesía, os digo señora, y aun os suplico, tengais la bondad de retiraros acto continuo.

Para que el lector comprenda de una vez la situacion,

le será suficiente el saber, que el doctor acababa de separarse de la cabecera de miss Trevor y que venia a toda prisa a probar en Clara la terrible experiencia hasta entonces retardada.

Susana volvió la vista hácia Clara.

—¡Oh! no me abandoneis, dijo la pobre niña, que creyó ver una especie de duda en este movimiento.

—¡Abandonaros! exclamó Susana estrechándola contra sus brazos. —¡Oh! no, Clara, no hay ninguna fuerza que pueda arrancarme de vos.

—¡Qué mala cabeza! murmuró entre dientes Rowley.

El doctor dejó escapar una sorda exclamacion.

—¡Señora.... señora.... dijo con voz temblona;— ¡Vos no me conoceis!.... No sabeis el crimen que habeis cometido a mi vista, penetrando en este cuarto....

—Sé que se ha querido hacer perecer a esta niña, contestó Susana sin conmoverse,—y en adelante quiero velar a su lado.

La puerta se volvió a abrir; pero esta vez entró Tyrrel el ciego.

Nadie se fijó en él, y en lugar de pasar al interior de la sala, permaneció inmóvil y frio sobre el umbral de la puerta, observando semejante escena con la mas completa indiferencia. El doctor se estremeció al oír la contestacion de Susana.

—¡Ah!.... ¡conque vos sabeis esto, señora! murmuró en tono amezador.—¡Bien! puedo olvidar que lo sabeis... puedo perdonaros tal vez; ¡pero salid.... por vuestra vida, salid!

—No saldré, repitió la hermosa jóven, cuyo ojo sereno y brillante demostraba una calma sublime que en nada

inmutaba el mirar de Moore:—y será necesario empezar por matarme, si vos quereis quitar la vida a esta niña.

El doctor echó mano a los bolsillos de su levita, y su rostro pálido de costumbre se encendió de manera que daba horror el verle.

—¡Fuera de aquí! dijo a Rowley en un ímpetu de rábia;—¡esta muger lo ha querido!

En el rostro hermoso de Susana no apareció la mas leve señal que indicase variar de resolucio; solamente levantó los ojos al cielo, porque estaba bien persuadida de que iba a morir.

Tyrrel por fin se decidió a desempeñar su papel en esta escena. En el momento en que Moore, enloquecido por uno de aquellos parasismos de furor que se apoderan, sobre todo, de hombres como este, en quien la pasion se oculta hipócritamente bajo un velo glacial; en el instante, repetimos, en que se lanzaba hácia Susana siempre inmóvil, le detuvo el brazo robusto de Tyrrel.

El doctor trató de desprenderse; pero fué en vano.

—¡Cómo! exclamó en fin, anonadado por esta lucha de un momento;—¡te atreves a violentarme? ¡tú!

—Mi pensamiento es que no hay necesidad de matar a esta muger, doctor, contestó Tyrrel con calma.

—¡Y si yo lo quiero!

—Trataré de impedirlo.

—¡Por qué, miserable, por qué? rugió el doctor con toda la efusion de la rábia.

Clara estaba mas muerta que viva. Susana, a quien la cólera de Moore no habia podido hacer temblar, dirigia ahora a Tyrrel una mirada inquieta y temerosa.

Este, sin perder su aplomo, continuó:

— Doctor, por muchas razones.... En primer lugar esta muger es mi hija.

Susana espermentó una cierta convulsion que la dejó pálida, pero sin manifestar su sorpresa.—Moore al contrario, retrocedió admirado.

—¡Ah! ¡ah! miss Suky, prosiguió Tyrrel, lanzándola aquella mirada tímida, penetrante y grosera de la que la hermosa jóven habia hablado tantas veces a Brian de Lancaster;—¿no me reconocéis?

—Os reconozco, caballero, contestó en voz baja Susana,—y sin embargo....

—Sin embargo.... miss Suky, no significa nada para un hombre tan sabio como el señor doctor.... ¿Me habeis visto ahorcar ¿no es verdad?.... ¿quién sabe?.... ¿tal vez me volveréis a ver otra vez del mismo modo? Doctor, continuó dirigiéndose a Moore a quien esta revelacion le habia hecho volver a la razon, pero que miraba siempre a las dos jóvenes con mal agüero:—cuando digo que es mi hija.... ya podeis comprenderme.... En tiempos en que yo era conocido bajo el nombre de Ismael Spencer, se llamaba Susana Spencer: he aquí todo el misterio.... mas no es precisamente por lo que yo he mediado entre vosotros dos.

—¿Por qué, pues? preguntó Moore.

—Esta es la menor de mis razones. La otra, es que el marques de Rio Santo me ha ordenado que vele sobre ella.

—¡Ah!.... exclamó el doctor inclinándose.

—Formalmente lo ha mandado, concluyó Tyrrel.

—Y sin embargo, continuó Moore ella sabe.... su vida podrá ser mi desgracia!

Tyrrel se inclinó con gravedad.

—¿Quién se encarga de reducirla al silencio?.... continuó el doctor. ¿Sois vos, Ismael?

Tyrrel arrojó una furtiva mirada sobre Susana, que continuaba inclinada sobre la cama con los ojos bajos.

—¡Y bien! si, respondió de repente haciendo el hipócrita papel de Sir Edmundo:—yo me encargo de esto, doctor.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MISTERIOS DE LOS DRES  
—Una vez más se repite el misterio de los dres...  
—Y así se repite el misterio de los dres...  
—Y así se repite el misterio de los dres...

NOVENA PARTE.

—Una vez más se repite el misterio de los dres...  
—Y así se repite el misterio de los dres...  
—Y así se repite el misterio de los dres...

NOVENA PARTE.  
EL MARQUES DE RIO SANTO.

EL MARQUES DE RIO SANTO.

I.

DOS SOLES POR UNA LUNA.

Era con corta diferencia a la hora en que el honorable Brian de Lancaster, de vuelta al frente número 9 de Wimpole Street con una pequeña escolta de agentes de policía, advertía que su corta ausencia había bastado para que evacuasen la casa.

La noche era magnífica. La humedad del día pegada al suelo por un viento glacial del Norte, hacia de cada calle un brillante espejo, sobre el que los transeúntes resbalaban, perdían el equilibrio y caían, con inefable satisfacción de todos los Snail de la capital del imperio británico.

No obstante el frío intenso, había a las inmediaciones de Portland-Place hacia el medio de la calle de Devon-

shire, una multitud considerable reunida delante de una puerta abierta, y compuesta esclusivamente de hombres que tenían entre sí una especie de semejanza, bien que algunos llevasen la librea de la miseria, mientras que vestían otros muy decentemente. Es evidente que eran compañeros, pues se estrechaban, se empujaban, se apretaban con familiaridad y sin escepcion de trage.

Casi todos tenían bajo el brazo enormes legajos de periódicos; y si los elegantes no ostentaban este adorno, es porque llevaban tras de sí uno ó algunos grooms cargados como mulas del mismo género.—Todos hablaban a la vez. Mil gritos estraños salían de aquel tropel, y se mezclaban a filosóficas reflexiones, a ciertas frases conocidas, y a infinitas carcajadas.

En la puerta abierta había cuatro ó cinco grooms en librea, ocupados incesantemente en echar a los sitiadores paquetes de papeles húmedos y echando ese olor nauseabundo que ha dado Dios al periódico, para prevenir sin duda al público contra sus imprudentes mentiras, cual puso una caraca en el cuello ensortijado de la culebra de cascabeles.

—¡Doce para Pleydell y Brown! decía una voz en la multitud.

—¡Doce para Pleydell y Brown! repetía uno de los grooms.

Estas palabras pasaban de boca en boca y llegaban hasta un escribiente cuya cara de pergamino fósil, se apercibía a dos pulgadas de su registro.

El escribiente trazaba a la ligera algunas palabras y repetía con voz sobreaguda:

Dábase un paquete.

—¡Cuarenta para Gilbert del Strand!

—¡Veinticinco para mistress Dodson!

—¡Doscientos para Howard y Flower!

Y los diarios llovían, echando el húmedo y acre olor de que mas arriba hemos hablado.—La venta era soberbia.—A medida que el escribiente fósil constaba sus resultados, tomaba el pergamino de su cara bellos matices dorados; y cuando pidieron Howard y Flower doscientos números, dejó su pluma de metal para frotarse alegremente las manos.

Mas no pudo hacerlo, por redoblarse estraordinariamente los gritos de la multitud. Al tomarla empero de nuevo, proyectó formalmente el beber una pinta de porter en regocijo ántes de acostarse.

—¡Setenta y cinco para Prior!

—¡Cincuenta para Goodbridge!

—¡Ochenta para Samuel Lowther!

—¡Y otros cien hombres! y otras cien demandas, hasta que saliendo por último una voz de las profundidades del bufete, pronunció con triunfo estas palabras:

—Concluyóse la impresion, señores.

La gritería fué universal.

—¡Que se haga otra impresion! repitieron mil bocas;— dos mil, tres mil,—¡diez mill!... todo lo compraremos!

—Los moldes se han roto, señores.

La multitud quiso protestar; pero las dos grandes medias puestas volvieron con prontitud sobre sus goznes, y la cara amarillenta del oficinista desapareció a todas las miradas.

Esto se pasaba en la puerta de M. Timothy Overflow, editor del periódico *The Moon* [la Luna], diario de la tarde.

La multitud reunida en la calle era un *rush* [tropel] de newsmen ó traficantes de periódicos.

Es sabido que en Inglaterra no llegan los papeles pú-

blicos al lector del mismo modo que en el continente. En Londres no se conoce, ó casi no se conoce, ese caro amigo del cajero de un periódico, ese arrendador de la inteligencia de los redactores, ese inquilino de la prosa, mala ó buena, colocada cotidianamente en enormes columnas, y preciosa indudablemente si la cantidad puede reemplazar la calidad; no se conoce, en una palabra, la suscripción.

Los lectores eligen cada día entre todos los charlatanes y gigantescos *news papers* de Londres, como el goloso parisiense entresaca los platos de su comida en el libro de una fonda. Y ¡sorprendente contraste! el inglés que revolotea con no poco trabajo del *Times* al *Sun*, del *Sun* al *Globe*, del *Globe* al *Courrier*, se contenta con su rebanada de carne cuando se trata de comer, al paso que el francés, cuyo inconstante paladar pasa en revista semanalmente todos los manjares del *Cocinero real*, es fiel a su periódico por espacio de muchos años.

—¿No tiene por ventura John-Bull mas que la fidelidad del estómago?....

En Inglaterra se hace la publicación de los periódicos por medio de los corredores [*newsmen*] de los cuales son algunos millonarios. Otros, en cambio, llevan su fortuna consigo, en el bolsillo remendado de un viejo fraque negro.

Ordinariamente, el periódico *The Moon*, pequeño diario de la tarde, hacia su aparición en el mas completo silencio, y no llegaba a manos de los *newsmen* si no se tomaban la molestia sus redactores de llevárselo a sus casas; pero aquel día habia una noticia,—¡una gran noticia!—La impresion de todos los diarios de la tarde habia sido insuficiente para la afluencia de los compradores. Cada cual queria saber, leer por sí mismo.

Hacia mucho tiempo que no habia sido escrita la cu-

riosidad a tal punto. Verdad es que el asunto lo merecía: no se trataba de una noticia vulgar, de uno de esos *puffs*, tan comunes entre nosotros, que nuestros vecinos nos han tomado esta palabra para introducirla en su lenguaje usual. No se hablaba, en fin, ni de la culebra de mar, ni de la famosa ternera de Cornouaille, que anda sobre doce piernas, ni de la oveja tenor, ni del americano incombustible, acostumbrado a alimentarse de pólvora fulminante, sazónada con plomo fundido.—¡Pero a dónde vamos! todos estos disparates son buenos a lo mas para los días de gazuza en que el editor habiendo apurado su imaginación, cava en vano en su triste mollera y no encuentra plato nuevo, digno de hartar la curiosidad pública....

Esta vez se trataba de la historia, habia en juego una persona real.

—Nada ménos que eso, sí señor.—Habíase cometido un asesinato odioso, impío,—ó intentado por lo ménos, dentro del recinto del palacio de Kew.

—¡Y sobre quién, gran Dios!—sobre una graciosa y afable niña, que podia eventualmente ser llamada a suceder al trono; sobre la esperanza de tres reinos, sobre la princesa Victoria, en una palabra, sobre la hija de S. A. R. el duque de Kent, y sobrina de Su Magestad.

¡Nunca se echó de ver el espíritu infernal de radicalismo, ni se presentó tampoco mejor ocasion de comprar sin reparar en el precio, para devorar los pormenores de esta atrocidad eminentemente curiosa, el *Evening Post*, el *Standard*, el *Evening Mail* y el *Moon*!

Esperábase ademas encontrar en estos papeles, ó en uno de ellos, el nombre del miserable cuya mano sacrilega, &c.... &c.



Terrible fué, pues el chasco de los newsmen que, habiendo llegado sobre tarde, no habian podido hacerse de un número del *Moon*, tan desdeñado de ordinario. Formóse inmediatamente una especie de bolsa frente de la puerta de M. Timothy Overflow. Unos querian comprar de segunda mano, pagando al contado algunos números del bienaventurado diario; otros proponian cambio.

—¡Un chelin por cada ejemplar del *Standard*! decia uno.

—¡Seis pence mas que el precio corriente por cada *Evening Post*! gritaba otro.

—¡Un *Times* por un *Evening Mail*!

—¡Dos *Suns* por un *Moon*!

En estas *rushes* de newsmen las ofertas son por lo regular en sentido contrario. Un *Times* vale cuatro ó cinco *Standards*, y para pagar un *Sol* es necesario dar una docena de *Lunas*.

Cosa que es sin disputa mas conforme a la gerarquía astral.

Entre tanto afluián los curiosos por cada una de las estremidades de la calle. Unos sabian ya la gran noticia, otros querian saberla.

El *ruhs* de newsmen se encontró en breve enlazado por todas partes a otro *ruhs* mas numeroso y no menos bullicioso, que se acercaba por instinto, a aquella masa de papel impreso. Entre aquella multitud deseosa de hablar y de saber, circulaban las relaciones mas contradictorias.

—¡Apreciable señor mio! gritaba la voz aguda y cantante de mistress Crubb, que de chismes en historias habia rodado de Cornhill hasta allí;—os juro por mi salvacion que estoy bien informada,.... mistress Foote lo ha sabido por el cuñado de mistress Croscain que es ayuda de jardinero en el pleasure-ground de Kew.... Era una

amazona, montada en un caballo blanco.... Ha tirado a la angusta niña veintisiete flechas envenenadas.

—¡Es imposible, señora!....

—¡Imposible! ¡Pues bien! los azules de la guardia, esos valientes y buenos mozos, acudieron y la han descuartizado, a ella y a su gran caballo, ¡picado como la carne de las almondiguillas!

—¡Y han hecho bien, rayo! — ¡El demonio nos anade!

—¡Maldicion! dijo el capitán O'Chrane, que, libre un momento por el sueño de Saunder, paseaba por aquella parte las estraordinarias gracias de mistress Dorothy Burnett;—¡bien han hecho los miserables comedores de vaca del rey!.... ¡Pero no tendríamos un periódico por tres pence?—¡El infierno los confunda!

—Tres pence.... ¡un periódico! exclamó mistress Crubb;—¡un periódico tres pence!.... Felices, Dorothy, prima mia.... yo conozco una muger que daria medio soberano por estar en vuestro lugar.... ¡Oh! capitán O'Chrane, la desdichada mistress Bloomerry se ahoga en vuestra soda-water.... y, en cuanto al periódico.... ¡Tres pence!.... mistress Bull, tan cierto como mañana será de dia ha pagado diez y ocho pence por un *Mail*.... Es un acontecimiento estraordinario.

—Os repito, decia otra voz flauteada de muger que podia pertenecer a mistress Black, ó a mistress Brown,—os repito que es un salvage de la exhibicion de Regent-Street. Ha dado a la pobre princecita,—Dios la bendiga, —un tremendo golpe en la cabeza con una maza....

—Os engaños, replicó una voz de bajo, es un católico irlandés, un vil mendicante del otro lado del canal, un....

—Nada de eso, ¡es un gentleman! Han encontrado su

caballo, muerto en medio del parque del Regente... un caballo magnífico!

—Qué sandeces se cuentan en Londres, dijo mistress Crubb encogiéndose de hombros.

La historia de las veintisiete flechas envenenadas era la única que ofrecía, según ella, un grado suficiente de verosimilitud.

—¡Dios me condene! gritó el capitán O'Chrane enderezando sus seis pies para dominar la multitud; ¿no hay entre vosotros, negociantes de papel ennegrecido, alguno que quiera darme un periódico por cuatro pence?

—Ninguno contestó; pero los newsmen continuaron sus ofertas de cambio entre los periódicos de la mañana y de la tarde, y estas palabras llegaban a oídos de la multitud, repetidas indefinidamente.

—¡Media corona por dos *Standards*!

—¡Un *Thimes* por un *Mail*!

—¡Dos *Suds* por un *Moon*!

Mientras que el *rush* de los vendedores de periódicos se movía, se agitaba, ávido, apasionado, vocinglero como toda reunión mercantil, un hombre que, salvo su traje heteróclito, parecía ser también newsmán, tomaba la delantera sobre sus compañeros y vendía infinitos números al público.

Veíasele deslizarse tortuosamente en la multitud, dando al primero que encontraba sin regatear, y por la mitad del precio, los inapreciables ejemplares de los mismos diarios que tan enérgicamente se disputaban delante de la puerta de M. Timothy Overflow.

Su intento al parecer era vender cuanto pudiese. A medida que despachaba, metía el dinero en uno de los enormes bolsillos, abiertos por delante en los faldones de su raída levita, y desaparecía.

Cuando el paquete de periódicos que tenía bajo el brazo se agotaba, buscaba, unas veces a la derecha, otras a la izquierda, en los bolsillos que a profusión había en su estropeado vestido, y siempre sacaba otro nuevo legajo.

—¿Qué quereis, escelente señor? decía; ¿qué deseais, bella señora?... ¿un *Standard*? aquí está... ¿un *Evening Post*? tomad... ¿un *Moon*? precioso periódico, gentleman mio ¡tomad, tomad, tomad!

Y continuaba de un lado a otro metiendo sin cesar los chelines y los seis pence en su vasto bolsillo.

—Por aquí, tratante de mentiras, Satanás y sus cuernos, gritó el capitán O'Chrane al pasar cerca del andrajoso negociante.

—¡Ahí va! gentleman.

El demonio se lo lleve en cuerpo y alma, replicó Paddy sorprendido, a ese vil serpiente de Bob, ¿quién le habrá metido a newsmán?

Bob le alargó un *Mail*, y recibió un chelin con la advertencia de volver ocho pence.

Mientras metía la mano en su bolsillo, continuó así Paddy:

—¿Y desde cuándo acá, malvado piojoso, dime, camarada.

Pero Bob estaba ya demasiado lejos. En un abrir y cerrar de ojos había vendido un *Evening Post* a mistress Crubb, un *Moon* a la voz flautada, un *Standard* al bajo.

Estos cuatro afortunados poseedores de aquellos diarios tan deseados, se acercaron acto continuo a un reverbero para apagar en fin a sus anchuras su curiosidad alterada. El capitán Paddy olvidó casi el maldecir a su amigo Bob, aquel insigne pillo; tan grande era su deseo de leer.

Apenas había llegado la luz del gas a los diarios comprados, cuando se oyó una cuádruple ecshalacion de desagradable sorpresa.

—¡Dios me condene! dijeron el bajo y el capitán.

—¡Ah! ¡Lord! gritaron la voz flauteada y mistress Crubb.

El *Standard* del bajo tenía ocho días de fecha. El *Moon* de la voz flauteada era del otro mes. El *Post* de mistress Crubb contaba un año de existencia, y el *Evening Mail* del buen capitán daba el parte esacto y detallado de la batalla de Waterloo.

—¡Rayo! murmuró Paddy rascándose la oreja, ese miserable tiene mas talento que las dos cámaras juntas; véame yo colocado en las parrillas por las propias garras de Satanás si no es verdad.

Las tres víctimas, sostenidas por el contralto poderoso de mistress Dorothy Burnett, gritaron en coro ¡al ladrón! y esta palabra pronunciada con un acento formidable, encontró mil ecos en la multitud por cuantas partes había pasado Bob. Todos se apresuran a perseguirlo; todos corren, y todos por último, tienen el placer de fatigarse en vano.

Bob, contaba entre tanto sus chelines en el *taphouse* de la esquina muy tranquilamente, según su costumbre, y separaba seis peniques para hacer un regalo a Temperancia.

Aquella pequeña especulacion era obra suya. Bob tenía muchas cualidades que constituyen los grandes hombres. Tenía ojos de lince y ejecutaba rápidamente. Aquellos papeles sin mas destino ya que el de envolver especias, y que había comprado por dos coronas, le reunieron la considerable suma para él de diez guineas. Desenvol-

viendo en todos sentidos esta inocente operacion, es seguro que se llegaria a ejecutar uno de esos magníficos golpes que de cuando en cuando da la casa político-comercial de Saitn Swithin's-Lane (1).

Bob, cuya conciencia le atormentaba poco; cuya pres-teza de ingenio y de manos era admirable; cuya aptitud sabia neutralizar los momentos poco favorables, acababa de obrar con tanta sutileza y moralidad, como esos honrados señores que arruinan el banco de la caberna de Royal-Exchange (la Bolsa) porque son los confidentes del telégrafo, y andan por lo tanto mas listos que sus contrarios. Tanto ellos como él hubieran sido coronados en Esparta con el laurel escéntrico que aquella ciudad ladrona, republicana y original, distribuía con toda equidad entre sus bandidos y sus semidioses.

El escribiente fosil y amarillo de M. Timothy Over-flow miraba aquellas diversas escenas hacia una media hora desde una ventana del primer piso.

El infeliz no era travieso; mas existe entre los periódicos y los newsmen una aversion crónica que ha pasado al estado de segunda naturaleza. Detéstanse por tener relaciones diarias, por vivir unos por otros, por ser en fin, ruedas de la misma máquina. ¿Quién sabe si sus enemigos naturales no habían hecho al fosil alguna mala jugada? Lo cierto es, que hacia una media hora miraba espumando de cólera a aquel torbellino habitador que debajo de él se agitaba. Mas de una vez estuvo por lanzarle un proyectil, una injuria, algo que le contrariase ó perjudicase.

Mas le arredraban las consecuencias. Persuadido de

(1) Calle donde está situada la casa Rotschild.

que era seco y frágil, como el cristal, no quería esponerse a una partida pugilato.... y desechaba prudentemente sus hostiles intenciones.

Su capricho, sin embargo, le hacia siempre cosquillas. El demonio de los odios mezquinos, ese feo trastuelo, ingenioso a la manera de ciertos críticos, le dió de repente una idea bastante original.

Aquella gente que tan ardentemente se disputaba los diarios no tenian en general mas objeto que venderlos. Pues bien, el fosil dispuso que por lo ménos no los vendiesen en la calle de Devounshire.

Una vez decidido, baja como una ecshalacion al entre-suelo y vuelve lo mismo a su ventana, con el solo y último ejemplar del *Moon* que quedaba en la oficina.

En seguida casi, una voz lenta, monótona, puntuada, sonó en la calle, y puso coto a la vez a los gritos de los newsmen y a las habladurías de la multitud.

He aquí lo que decia:

“Detalles auténticos relativamente al asesinato horrible intentado sobre la persona augusta de S. A. R. la princesa Alejandrina Victoria de Kent, sobrina amadísima de S. M. el rey Guillermo, nuestro respetable soberano.”

—¿Qué dice ese necio? exclamó el enviado de Gilbert de Estrand; ¿queréis por ventura leer en alta voz el artículo, señor Switch?

—¿Y por qué no, respondieron diez voces en la multitud.

—¿Sí, por qué no? Satanás te confunda, mil miserias, exclamó de lejos el capitán. Oid, Dorothy, escuchad, amigamia: aquel triste pájaro enarado en aquella ventana va a contarnos la historia de arriba abajo; ¡el demonio nos sepulte a todos despues en el infierno!

El fosil omó de nuevo la palabra:

“Esta mañana a las once y treinta y cinco minutos, un extranjero alto, montado en un hermoso caballo....”

—Ese periódico miente, interrumpió mistress Crubb. Era una muger.

—Dice la verdad, señora: un extranjero.... el salvaje de Regent-Street....

—¿O el irlandés, el vil mendicante!....

—O el gentleman, puesto que se trata de caballo.

—¿Paz, por el infierno! ¡Eterna condenacion! ¡Satanas y sus cuernos! ¡Rayo! gritó el capitán. Escuchad bien, Dorothy, amado dueño mio, el demonio me ahogue.

....“En un hermoso caballo alazan, continuaba la voz imperturbable de M. Swicht, ha penetrado en el *pleasure-ground* de Kew, a pesar de flotar el estandarte real en lo alto de la torre....”

—¿Rays! murmuró Paddy; si esto no es interesante, que muera yo del cólera esta noche, maldicion.... Silencio!

—Vamos, señor Swich, vamos, decian los newsmen, no es mala ia ocurrencia, pero ya basta. No leais mas.

“....En lo alto de la torre. Las centinelas apostadas a las inmediaciones no lo han visto hasta que estaba cerca del invernadero japonés. Otras versiones dicen que la misma princesa fué quien le percibió en el momento de dirigir hácia ella el cañon de una pistola cargada hasta la boca.”

—Y hasta la boca.... repitió mistress Crubb; ¡Ah, lord!....

—¿Paz, rayo! Escuchad, Dorothy.

....“Hasta la boca. A la vista de la horrible arma, parece que la jóven princesa lanzó un grito de espanto....”

—¿Ah, lord! ya lo creo. ¡Infeliz tesoro querido!

....“Y se dirigió velozmente hácia el palacio pidiendo favor....”

—¡Pero, señor Switch, eso es una infamia! gritaron los newsmen. Habiéndonos vendido ese artículo, habeis perdido el derecho de publicarlo.

—A buen seguro que os compremos otro día un solo ejemplar del *Moon*, señor Switch.

—Y la *Luna* tendrá que retirarse, señor Switch.

—Señor Switch, habrá un eclipse de luna.

Switch proseguía así sin hacer caso:

“....Pidiendo favor. El extranjero alto pensó sin duda en tocar retirada, pues se dirigió rápidamente hácia la espalda, al pié de la cual habia dejado su caballo....”

Dejadme cantar a ese loco, dijo un newsmen.

—Señor Switch, añadió otro, volviéndole la espalda, a fé mia que os habeis de acordar del día de hoy.

—¡El demonio os lleve en cuerpo y alma, señor Switch!

—¡Y a vos también! gritó el capitán, y a mí también, miseria, y a todos nosotros, eterna condenación.... pero dejadnos en paz ¡rayo! ¡malditos revendedores de papelu-chos!

Los newsmen abandonaron el terreno.

—¡Vamos! gritó la multitud; luego ¿qué se hizo del extranjero alto?

—¡Triple blasfemia! añadió el capitán; ¿qué se hizo, señor Switch? ¡por todos los demonios del infierno!

El fósil cerró despacio su ventana y se fué a beber su pinta de porter ántes de acostarse.

Aquel tropel de gente, burlado también por el miserable escribiente, se precipitó sobre la puerta con lintencion de abrirla a toda costa. El bajo propuso nada ménos que incendiar la casa. Guardarémos silencio en cuanto al capitán, por temor de que se nos crea esagerados a lo sumo si trascribimos una a una las infinitas blasfemias ingeniosas y variadas que improvisó para dicha circunstancia.

Mientras que la multitud ecshalaba su cólera en un concierto de maldiciones, desembocó un cab de Wimpole-Street en la calle de Devonshire, abriéndose paso difícilmente. La persona que ocupaba el interior del cab estaba distante de suponer era el héroe de aquel pequeño drama con cincuenta mil incidentes que acaba de representarse a cielo raso; y la multitud no podia pensar que el *extrangero alto* estuviese en aquel momento en medio de ella....

El cab volvió en Pertland-Place y se detuvo a la puerta del conde de White-Manor.

Brian se apeó en seguida y subió los escalones de aquel vestíbulo, de donde en un tiempo habia sido echado por perseguidor a latigazos, por algunos lacayos de orden de su hermano.

Levantó el martillo y tocó con fuerza.

El groom que vino a abrirle dió dos pasos hácia atras absorto a su aspecto, cual si hubiera visto al diablo en persona:

—Decid al conde de Wite-Manor, dijo Brian con imperiosa calma, que M. de Lancaster desea un instante de audiencia.

## II.

## DERECHO DE PRIMOGENITURA.

Conociendo todo Londres la enemistad de los dos hermanos, no podía ignorarla un criado de White-Mnor. El groom a quien se dirigió Lancaster se quedó un instante indeciso; tan extraordinaria, tan imposible le parecía una entrevista entre el conde y su hermano menor.

Obedeció sin embargo, al repetirle Brian su orden con tono perentorio.

Al cabo de algunos segundos volvió y condujo a Brian a la sala de recepción.

En cuanto quedó este solo se dejó caer en un sillón. Un desorden espantoso reinaba en sus ideas. Lo que acababa de pasar en la casa de Wimpole-Street, las revelaciones de Susana, su pronta desaparición, todos estos sucesos eran sobrado recientes para tomar en su inteligencia ese aspecto claro y comprensible que dan a las cosas de la memoria las reflexiones de algunos días. Sabía que un enemigo poderoso, mas que todo, por no poder dar nunca con él, le disputaba a Susana en aquel momento,

y venía a buscar en su hermano los medios de combatir y de vencer a aquel tenebroso enemigo. Su objeto era hallar a Susana y protegerla después de haberlo hecho. Aun no había encontrado los medios que lo conducirían al resultado que deseaba, ni tampoco sabía como convencer a su hermano para que le secundase.

Mas esto importaba poco por el momento. ¿No tenía en su favor sus cien victorias ganadas contra White-Manor? ¿No tenía en su favor la fatiga y el fastidio desesperado del conde, cansado de gastarse en una lucha contra la naturaleza, en la que la sociedad prevenida le atribuía todo lo odioso?

Mucho tiempo se había pasado sin que Brian de Lancaster pisase los umbrales de la casa de sus antepasados. Las continuas disputas que desde la muerte de su padre había tenido con White-Manor, le habían alejado de la casa de familia, propiedad exclusiva de su primogénito. No obstante lo preocupado que estaba por pensamientos que ninguna relación tenían con las preocupaciones domésticas, Brian sintió que se apoderaba de su alma una turbación grave y desconocida. Una voz, muda hacia muchos años, pareció designarle aquel noble cordon de austeros retratos de familia que cubrían las paredes, esponiendo alternativamente las fieras miradas de sus padres y las facciones dignas, orgullosas y afables de sus abuelas difuntas; y aquella voz tartamudeaba en sus adentros convenciones mezcladas con el nombre detestado de su hermano.

Brian tenía el alma de un caballero, bajo la extraña capa de atrevido escepticismo en que se envolvía para con el mundo. Tal vez se arrepintió. Su frente por lo menos se dobló cual si hubiera tenido pudor en sostener las

miradas convergentes de todas aquellas generaciones reunidas, presentándose como lo hacia entre ellas con pensamientos hostiles a su sucesor legítimo, al heredero del nombre comun, al hombre que poseia el título transmitido de padre a hijo, intacto y puro; al gefe de la casa, en una palabra, cuyo retrato esperaba un cuadro vacío para que figurase en compañía de todos aquellos venerados.

Acordóse que el difunto conde de White-Manor habia ecsigido al morir se estrechasen ambos hermanos en un tierno abrazo. Acordóse que la última palabra de su madre le habia ecshortado al amor y al perdon.

Su madre, cuyas benditas facciones, fijadas en el lienzo por un hábil pincel, parecia que le dirigian una amorosa sonrisa....

Por fin, se abrió una puerta lateral, y entró el lord de White-Manor apoyado en el brazo de su intendente Gilberto Paterson.

Entre el conde y su hermano habia una grande diferencia de edad, y esta diferencia la habian aumentado, al punto de cambiarla en contraste visible, el vigoroso temperamento de Brian y los escesos de White-Manor. El primero habia conservado en efecto en la edad viril algo de aquella gracia juvenil, de aquella flecsibilidad elástica de los miembros, de aquella prontitud espresiva de los movimientos de la cara, que tienen generalmente los hombres jóvenes. Su naturaleza fisica estaba vírgen, por decirlo así, como su naturaleza moral; no habia sido encetada. Era jóven en apariencia y de hecho, mucho mas jóven sin contradicción que esos lores de veinte años a quienes pone pábidos el trote de un caballo y que reaniman mal que bien, con profusion de escitante, los apetitos

estinguídos de sus señorías estropeadas. Era buen mozo, fuerte y ardiente; detras de ese aspecto flemático que nuestras costumbres imponen a toda clase de fisonomías, habia mucho arrojo, mucho amor y alma. White-Manor por el contrario, era anciano ántes de haber pasado los límites de la edad madura. Su corazon, naturalmente egoista, se habia vuelto de mármol: su cuerpo, robusto en otro tiempo, se doblaba bajo una prematura vejez. No era sin embargo, una de esas delicadas ruinas cuyo cuerpo minaron ostensiblemente la edad ó los escesos; que andan dobladas, acartonadas, débiles, tiritando de frio ó postradas por el calor, implorando de la multitud les deje sitio para sus trémulos pasos; lord de White-Manor habia conservado toda su estatura; andaba derecho aún sobre sus pesadas piernas, y su cuerpo estropeado disimulaba sus pérdidas bajo los engaños hábiles de un traje fashionable. Pero un doloroso temblor agitaba su cara cada vez que daban un paso; su respiracion era corta y jadeante; bajo los artificios de su cabellera postiza se percibian algunos cabellos blancos, aunque raros, sembrados acá y acullá en un cráneo desnudo, surcado de arrugas, con reflejos sin lustre y como emplomados; sus ojos se apagaban bajo sus párpados enrojecidos, y tenia esa palidez espantosa de los apopléticos, que cubre con esas manchas lívidas el ardiente bermejo de las megillas.

Era en cierto modo, una ruina de poderosa organizacion.

A veces cuando la cólera le animaba y desleía la sangre condensada que obstruía sus venas, volvía a encontrar por un instante su antiguo vigor; aun podia destrozor un mueble, anonadar un hombre en el furor salvaje de sus arrebatos.

Pero pagaba pronto y caro estos acaloramientos insensatos. Volviendo la vida súbitamente y con violencia a aquel cuerpo usado, helado, ecsánime, le abrumaba con su formidable choque.

White-Manor caía entónces como una masa inerte, ó bien si era menor el golpe, su cerebro herido se embotaba en una especie de embrutecimiento que tenia en parte los caracteres de la imbecilidad, y en parte los de la locura.

Su porvenir estaba comprendido, y él lo sabia, entre los extremos amanzadores de este implacable dilema: la apología ó la clemencia.

Cuando miraba delante de sí, veíase parálitico ó loco sin verse mas que de este modo.

Al llegar cerca de Brian el conde que se acercaba lentamente apoyándose como hemos dicho en el brazo de Gilberto Paterson, levantóse aquel para inclinarse con la mayor ceremonia. El conde le volvió el saludo tratando por el contrario de fijar en su cara una espresion de cordial bondad.

Estos dos hombres desempeñaban otra vez papeles contrarios. El poderoso temblaba, el débil tenia la seguridad. El primogénito, el jefe, poseedor de una fortuna inmensa, tenia miedo de su hermano menor, que nada poseia en el mundo.

Y esto en Inglaterra, donde la gerarquía de familia es una verdad, donde la riqueza es el trono, el cetro, la corona.

Ambos hermanos quedaron un instante inmóviles, contemplándose en silencio.

La cara de Lancaster respiraba gran frialdad y altanería; la del conde tomaba una apariencia cada vez mas be-

nébola y sumisa, pero se hubiera engañado completamente el que hubiese juzgado de sus mútuos pensamientos por estos síntomas exteriores.

El corazon de Lancaster sentia la compasion, una compasion sincera y creciente. El conde de White-Manor estaba mucho mas malo que de ordinario; llevaba aún en su figura los tristes vestigios del último ataque que le habia precipitado hacia dos noches en el piso del *lord's-corner*, en la habitacion de Mac Farlane. Sus ojos, que querian sonreír, conservaban una mirada fija y estupefacta. Toda una mitad de su cuerpo, indócil al movimiento de su cuerpo, se arrastraba casi inerte, como si experimentase los primeros ataques de una parálisis.

Brian no pudo observar sin dolor el funesto cambio operado en su hermano desde la última vez que le habia visto de tan cerca hacia ya mucho tiempo. Los estragos eran tan palpables, la ruina se manifestaba tan patente y adelantada, que Brian no pudo reprimir un gesto de compasion. La voz de la sangre, que habia oido un momento ántes en sus adentros miéntras esperaba la llegada de lord, habló de nuevo y mas enérgicamente. Hubo un instante en que estuvo para tender los brazos a su hermano.

Pero una cierta espresion de odio que apareció furtivamente en la fisionomía de White-Manor, bastó para detener a Lancaster, que volvió a tomar su gran frialdad y esperó.

El alma del conde no encerraba mas que aversion profunda, deseo de venganza, odio implacable y sin límites. Tambien le habia entristecido a él profundamente el aspecto de su hermano; tambien experimentaba él una amarga sorpresa al contemplar aquellas facciones que hacia



largos años no habia percibido sino de léjos, para huir de ellas cual si le representasen la guadaña de la muerte. ¡Mas qué gran distancia habia entre su sorpresa y la de Brian!

El conde hubiera querido hallar a su hermano aventajado como él, helado, estropeado como él, mas que él. ¡Y le volvía a ver jóven como siempre, fuerte, lleno de sonrisa y de vida! ¿No insultaban aquella fuerza y aquella sonrisa a su completo deterioro? ¿No se mofaba aquella juventud de su prematura vejez? ¿No hacia un supremo ultraje aquel hombre sano, así en su cuerpo como en sus facultades intelectuales, viniendo a ponerse frente a aquel valetudinario amenazado de locura?

¡Esta última accion era sin disputa digna de las otras todas! El ardiente perseguidor queria gozar de la agonia de su víctima; el heredero venia a computar los dias, los pocos dias que quedaban entre él y la posesion de incalculables riquezas, de los palacios de White-Manor, de los parques, de los estanques, de las florestas de White-Manor, del nombre, del título, de la dignidad de par.... ¡de todo!

¡La muerte sola de su hermano podia asegurarle tan grande herencia! la muerte aparecia con sus horrendos síntomas en todo el cuerpo del conde. Si, él mismo sentia que llegaba a su término. Especialmente veíase acabar aquel dia, pues comparaba su debilidad con el vigor de su hermano.

Brian se presentaba a él mas robusto que nunca. Parecia hacer alarde de su salud de hierro; pues arqueaba su cuerpo elegante y fuerte, ensanchaba su hermoso pecho, y su continente todo parecia espresar estas palabras:

—No os deis prisa, hermano. Morid, con calma.... puedo esperar.

¡Odioso pensamiento! White-Manor no pudo tenerlo y conservar al propio tiempo aquellas falsas apariencias de hospitalaria benevolencia, que se habia esforzado en ofrecer a Brian al pronto.

Su odio dominó y brilló en su mirada, mientras que una amarga sonrisa levantaba y hacia temblar los estremos de sus lábios.

Cualquiera que conozca los mas vulgares secretos del corazon humano, comprenderá la inmensidad de aquel odio. Brian le habia atacado, Brian le habia vencido. —¡Siendo su heredero!

Este, con su frialdad acostumbrada, seguia con una especie de curiosidad despreciadora los esfuerzos que hacia el conde para cubrirse de nuevo con la máscara de hipócrita benevolencia.

Poco a poco perdía hasta el recuerdo de su primera compasion, y no hallaba dentro de sí mas que pensamientos hostiles. De modo que en aquellos segundos de mútua observacion y sin que se hubiese pronunciado ni una sola palabra, ambos hermanos se median como de ordinario, con mirada fija, cual dos enemigos que van a precipitarse el uno sobre el otro.

White-Manor rompió el primero el silencio.

—¿Qué me queréis, hermano? dijo con una voz un tanto afable que desmentia enérgicamente la espresion de su rostro;—venís a ver por vuestros propios ojos los progresos del suplicio lento a que me habeis condenado?.... Malo, muy malo estoy, Brian; alegraos.

—Milord, respondió inclinándose Lancaster, vengo a saber como está Su Señoría.... Siento encontraros enfermo.... En cuanto a la acusacion que me haceis, de ser la causa de vuestros sufrimientos, me parece que Su

Señoría olvida su antigua alegre existencia, dándome al mismo tiempo un poder que no tengo.

—La víbora que mata, señor mio, es oscura y débil: un niño puede despachurrarla con su pié.

Brian no pestañeó, y el conde sintiendo al instante se hubiese escapado aquella palabra a su rencorosa cólera, tartamudeó con dificultad:

—Quería decir ... Pero entre hermanos no deben pedirse escrupulosamente las palabras.

—Así pienso yo, milord, dijo friamente Lancaster. Entre hermanos que se aman todo puede decirse. Ruego, pues, a Su Señoría se espese francamente.

White-Manor disimuló su turbación bajo un gesto de enfermo, y a una señal suya le ofreció Gilberto un sillón.

—Yo he venido a hablar sin testigos a Su Señoría, contestó Lancaster sentándose, y espero que estemos solos ambos.

White-Manor vaciló visiblemente. Su mirada pareció de nuevo poner en paralelo la fuerza de su hermano y su propia debilidad, y pintóse un pavor manifiesto en sus usadas facciones.

—¡Solos ambos!—repitió.—Gilberto Paterson, ese digno servidor, lanzó vuestros lacayos armados de látigos contra el hijo de vuestro padre.

—Fué una ocurrencia que siempre sentiré, tartamudeó el conde.—Gilberto fué castigado severamente.

—Pero no echado a puntapiés, interrumpió Brian, cuya voz libre y serena como siempre, no dejaba traslucir la mas pequeña porción de la amargura que irritaba su corazón.—Milord, siendo vos, como es natural, el amo de vuestra casa, no debo ni puedo desaprobear vuestra predilección por un servidor....

—¿Quereis que lo eche? dijo el conde con viveza.

—Por un servidor tan digno, añadió Lancaster;—que lo echeis ó no, me importa poco, creedme:—pero el asunto que me trae aquí es grave.... muy grave.... para mí, milord, y para vos. La presencia de un criado me importuna.

El conde reflexionó un momento: despues se levantó sin ayuda y dirigióse hácia la puerta de su habitación diciendo:

—Seguidme, Gilberto.... Brian, vuelvo al instante, y estaremos solos.

Algunos segundos despues volvió en efecto el conde; pero, en lugar de sentarse como ántes enfrente de Brian, lo hizo cerca de la mesa que estaba en el promedio del salón, deponiendo ostensiblemente un par de pistolas sobre el rico tapete que la cubria.

—Esto os prueba, Brian, dijo con ese tono corto y abierto de aquellos que toman un partido decisivo,—esto os prueba que vamos a hablar seria y francamente. Que os detesto ya lo sabeis; que os tengo miedo, es posible que no lo ignoreis. Creyéndoo capaz de todo, traigo conmigo estos dos testigos que, aunque son mudos, reemplazarán muy bien a Gilberto Paterson.... Hablad.

Brian le lanzó una sonrisa de compasión.

—¡Ah! milord, dijo, ¡D. Quijote daba lanzazos a los molinos de viento! ¡Méno insensato era que el quererme combatir a mí.... con pistolas!

—¡No conoceis que sería para mí una gloria sin igual el ser asesinado por S. S.?

—Buena gloria! respondió el conde con aire sombrío. No hay gloria para los muertos.

—Os aseguro por mi honor que preferiria esa muerte a

la de ahorcarme en una de las ventanas de vuestro palacio.... No, milord, no, vuestras pistolas no os salvarán de mis ataques, y tendreis que emplear otras armas para sostener la lucha, si no aceptais la paz que vengo a ofreceros.

—¡Cómo! exclamó el conde en un primer movimiento de esperanza ¿poneis fin a vuestra implacable persecucion, Brian?

—Os dejaré en paz, milord,—respondió éste dirigiendo a White-Manor su mirada indiferente y altanera:—suponed que la voz de la sangre ha hablado, que estoy cansado de perseguir así a un hermano, cansado de combatir ventajosamente a un enemigo que no sabe defenderse; cansado en fin de enviar los desdenes de la sociedad entera al hombre que tiene el nombre venerado de mi padre...

—¡Ah!—hizo con desconfianza White-Manor, a quien la reflexion volvia sus dudas;—vuestra manera de proponer la paz es bastante particular.

—Porque me parece que habeis llegado a los últimos límites de la miseria, milord. Porque, a pesar de estar convencido de que soy incapaz de volver a vos con los brazos abiertos, como se hace con un hermano, se me antoja usar ya de clemencia. ¡Habeis caido tan hondamente! ¡Estais tan avergonzado de ver quien sois! ¡Teneis tal pavor de oír durante el día en vuestro trono esos penetrantes clamores del mundo que mi voz mitiga ó levanta, esos por la noche, en medio de vuestros continuos desvelos!.... Yo no soy un verdugo y quiero poner hoy un término a vuestros tormentos.

White-Manor se puso de color de púrpura. Cada una de estas palabras caía como un golpe de maza en su orgullo; esta compasion desdeñosa le abrumaba. Hubo un

momento en que subió la cólera en dosis tan grande a su cerebro, que su mano se agitó involuntariamente mientras que su mirada se volvia con ansia hácia las pistolas.

Probablemente creyó Brian haber hablado lo bastante, pues tomó un album y comenzó a volver páginas con la mayor distraccion.

En este momento, se habia vuelto aquel hombre que hemos lanzado bruscamente en la escena al comenzar la relacion, aquel hombre frío, indiferente, poseyendo y llevando al exceso, esteriormente por lo ménos, la flemma británica. Ningun pensamiento de amor se hallaba en él en aquel instante, para fundir aquella glacial cubierta.

Era Brian, el terrible perseguidor, que lo convertia todo en armas y heria sin descanso: Brian, el *eccentricman* racionando con la locura, marchando hácia un fin serio por vias extravagantes: Brian que, pobre y sin privilegios, habia puesto a sus piés a un Par del reino, protegido contra toda clase de ataques por formidable conjunto de leyes políticas, y tan rico por otra parte que su oro hubiera debido hacerle invulnerable entre nosotros, que consideramos este metal como un escudo mágico.

La cólera de White-Manor fué a embotarse y rebotar en cierto modo contra aquella flemma vencedora. Pareciale imposible atacar á aquel hombre, que no suponía ni siquiera que pudiese atacársele, y que desdeñando seguir los movimientos de un enemigo armado, concentraba su atencion en frívolos dibujos.

Las pistolas quedaron en la mesa, y el conde hizo un esfuerzo para dominar su indignacion.

—De modo que,—replicó despues de un momento de silencio,—venis a insultarme hoy por un resto de costumbre y por la última vez.

—Os engañais, milord,—respondió Lancaster, que alejó el album para ver mejor el efecto de un croquis;—yo no insulto a su Señoría. Solo sí espongo desnudas las tristes estremidades a que la veo reducida.

—Vos haceis, en una palabra, como esos tratantes que desprecian un género para que se lo den mas barato.

—No es eso precisamente.... el comercio no ofrece en mi concepto un objeto de comparacion conveniente.... Yo desprecio, milord, para obtener mayores ventajas.

—¿Segun eso me proponéis un convenio disparatado?

—Una capitulacion, milord.... Vuestros antepasados y los míos ecsigian un rescate por sus prisioneros de guerra.

—¿Me permitis, ante todo, os presente el paralelo de ese cuadro, pintado con tan sombríos y hábiles colores?

—Con el mayor placer, milord, respondió Brian, que dejó los dibujos y se dignó prestar la mayor atencion.

—Es demasiada condescendencia de parte vuestra, replicó el conde, queriendo mofarse a su turno. Señor mio, yo soy muy desgraciado, es verdad, muy desgraciado segun vos; pero vos que tan alto hablais, ¿creeis por ventura que vuestra posicion es mejor? Miétras mas miserable me juzgais, mas descubris la profundidad de vuestras propias miserias, porque la envidia es una confesion.... un homenaje! y vos envidiais mi suerte. Vos cuya prodigalidad bastaria para gastar una fortuna de rey, no poseis un farthing.... al paso que yo soy Par del reino y millonario, señor mio.... yo comprendo y adivino, no lo dudéis, el objeto de vuestra visita. Pero por el nombre de Dios, hermano, que aún viviré bastantes dias para ejerci-

tar terriblemente vuestra paciencia; y así obrais prudentemente viniendo a proponerme la paz, como decís, y tratando de romper con esa triste ecsistencia de hambre y de deudas que tanto tiempo ha llevais.... Mas siendo este vuestro fin, ¿no seria mas prudente quizá, que rogaseis en vez de amenazar?....

Brian no contestó al momento, como si hubiera querido dar al conde tiempo para que continuase su arenga.

—Milord, replicó por último, hay alguna verdad en todo eso y muchos errores. Yo soy pobre, y no pienso negarlo; pero el tiempo de las deudas se acabó, sin otra razon que por no tener ya mas crédito.

—¿Querriais hacerme creer que vivís de vuestro trabajo? preguntó White-Manor con sarcasmo.

—No, milord, yo nada sé hacer.

—Sin embargo, vivir....

—Aunque disguste a su Señoría. Pero no pido dinero prestado; me lo dan como limosna.

—Cómo! exclamó White-Manor, saltando en su sillón, ¿será posible que a tal punto haya llegado vuestra locura? ¿habeis olvidado el nombre que teneis, al extremo de mendigar?

—Milord, interrumpió Brian, permítame su Señoría que le recuerde está prohibida la mendicidad, incluso a los hermanos menores de los miembros del alto Parlamento, en cuyo favor ecsigian en mi sentir, una escepcion la sana razon y la humanidad.... Yo recibo las limosnas sin pedir.... ¿Pero no juzgais como yo, que las palabras sobran y que ya es tiempo de llegar a las obras? Sea por uno, sea por otro motivo, yo vengo a ofrecer os la paz; ¿la aceptais?

—Segun el precio en que la estimeis.

—¿El precio?... repitió Brian.

Vaciló. Es evidente que esta salida le sorprendió.

—¿Qué queréis? preguntó de nuevo el conde.

—Milord, respondió en fin Brian, con voz lenta y grave, no sé exactamente lo que necesito.... pero necesito mucho oro ... ¡quiero la facultad de tomar en la caja de vuestra Señoría lo que me cumpla.... y cuando me convenga, milord!

### III.

¡PIEDAD, HERMANO!

Al oír esta escorbitante petición, quedó el conde un instante estupefacto. Después miró a su hermano con atención, como para buscar en su cara una explicación sensata de aquellas extravagantes palabras. Mas no debió satisfacerle este examen, porque las facciones de Brian, serenas y resueltas, daban más gravedad a su proposición.

—Pero, es pedirme toda mi fortuna! exclamó por fin el conde con más admiración que cólera; es imposible pueda yo acceder à tal desatino.

—Milord, es en efecto toda vuestra fortuna, respondió Brian; pero tal vez, pensadlo bien, me limitaré a la cuarta parte.... a la mitad.... ¿quién sabe?... En cuanto a la esperanza que su Señoría supone imposible, nunca, bajo mi palabra, nunca tuve una más real y mejor fundada....

Después de detenerse un instante volvió a hablar así con tono sencillo, bajo, pero firme:

—¿El precio?... repitió Brian.

Vaciló. Es evidente que esta salida le sorprendió.

—¿Qué queréis? preguntó de nuevo el conde.

—Milord, respondió en fin Brian, con voz lenta y grave, no sé exactamente lo que necesito.... pero necesito mucho oro ... ¡quiero la facultad de tomar en la caja de vuestra Señoría lo que me cumpla.... y cuando me convenga, milord!

### III.

¡PIEDAD, HERMANO!

Al oír esta escorbitante petición, quedó el conde un instante estupefacto. Después miró a su hermano con atención, como para buscar en su cara una explicación sensata de aquellas extravagantes palabras. Mas no debió satisfacerle este escâmen, porque las facciones de Brian, serenas y resueltas, daban más gravedad a su proposición.

—Pero, es pedirme toda mi fortuna! exclamó por fin el conde con más admiración que cólera; es imposible pueda yo acceder à tal desatino.

—Milord, es en efecto toda vuestra fortuna, respondió Brian; pero tal vez, pensadlo bien, me limitaré a la cuarta parte.... a la mitad.... ¿quién sabe?... En cuanto a la esperanza que su Señoría supone imposible, nunca, bajo mi palabra, nunca tuve una más real y mejor fundada....

Después de detenerse un instante volvió a hablar así con tono sencillo, bajo, pero firme:

—No os imáginéis, milord, que vengo aquí a echarla de diplomático; que vengo con una segunda intención, que poseo en una palabra un medio vencedor, con cuya ayuda pueda estrechar a Vuestra Señoría y hacerle saltar la zanja a ciegas.... Si estuviese en mí el no desdenar esos expedientes, tal vez podría en efecto dar la batalla en ese terreno, pues conozco vuestro pasado, milord, mucho mejor que lo creéis....

—Mi pasado, quiso interrumpirle el conde, es el pasado de un gentil hombre, y vanamente intentais espantarme con vagas amenazas. No me arredra el que se publique mi vida....

—Si que os arredra, milord, y haceis bien en almaros. Su Señoría no puede olvidar que tuvo una muger y una hija. Una muger en cuyo vergonzoso martirio no piensa ya el mundo, una hija cuyo misterioso destino, ya está muerta, ya viva, no conoce hoy mas que Dios solo.... ¡y vos!

—¿Os ariais suponer!.... exclamó el conde.

—Es seguro que nada bueno supongo, hermano. Pero dejemos eso. Os repito que no es mi ánimo amenazaros por detras. Otras son mis armas.... Pardiez milord, comenzar la lucha en un terreno conocido, seria daros una gran ventaja!.... Vuestras riquezas harian indudablemente mentir a la evidencia, y los zumbones pasarían tal vez a las filas de su señoría....

No! no! ¡nada de acusaciones! Es triste y comun! El mundo me aplaude a condición de que lleve este desafío a su desenlace sin comprometer ni perder mi sangre fria no soy un abogado, milord conde, yo soy un gladiador.

White-Manor seguía con la mayor atención y fatiga aquel extraño discurso, cuyo sentido no comprendía en to-

das sus partes su inteligencia. Esperaba una conclusion, un ataque directo, y procuraba ponerse en guardia para defenderse. Pero Brian dejaba a sus ideas encadenarse segun la singular lógica de su ingenio. Mientras que el conde se esforzaba para combatir sus últimas palabras, cambió bruscamente de asunto.

—Me han contado hoy, dijo, una historia estravagante y tierna. Al oirla, milord, creí hallar una cierta semejanza entre esas aventuras de una pobre jóven abandonada y algunas nociones que poseo sobre la ecsistencia privada de Su Señoría.... ¡No permita Dios! añadió de repente con emocion, que sea como yo lo pensé un momento.... ¿Teneis aquí el retrato de la condesa de White-Manor?

—¿A qué viene esa pregunta? contestó el conde un tanto turbado.

—Es una pregunta de loco, dijo Lancaster sonriéndose; hace ocho dias que me imagino que me vuelvo niño. Tengo quince años ménos; mis ideas se mezclan y producen sueños inverosímiles; y mis esperanzas tienen algo de encanto.... Por haber sido aquella pobre jóven confiada a un miserable....

—¿Quéó ven?—dijo involuntariamente White-Manor.

Brian miró a su hermano de hito en hito, y frunció las cejas con cólera.

—Si creyese!.... comenzó imperiosamente.

Pero no acabó y volvió a tomar su tono frio.

—Una jóven que yo busco, milord; una jóven que amo y que me han robado; una jóven que Su Señoría me ayudará a buscar.

—¿Señor mio, os dignais, en fin, hablarme de otro modo que por medio de paràbolas? Yo sufrí demasiado para entretenerme en adivinar vuestros enigmas.

—Dispensadme, milord, replicó Lancaster saludando. Volvamos al asunto, pues que así lo desea su Señoría. Si mal no me acuerdo, os decía que no había venido a veros con las armas ordinarias de la discusión. Diré más. Añadí que he entrado en vuestra casa sin saber precisamente lo que os pediría....

—De modo que, interrumpió el conde, vuestra exigencia de hace un momento es una improvisación. En este caso, hermano, os aconsejo la mediteis un poco, le deis una forma, la limiteis por ejemplo, a una ó dos mil libras.

—Os decía además, prosiguió Brian, cual si desafiase el pesar aquella interrupción, que seguiría, para alcanzar lo que deseo, mi camino habitual, sin descender nunca a esos miserables medios que emplean entre sí los héroes de tragedia. Tan grande es mi desprecio para con la malicencia, milord, como para con el puñal ó el veneno. En suma, pediros un acto redactado en debida forma que me permitiese tirar a discreción sobre la caja de su Señoría.

—¡Todavía osáis!....

—Osaré siempre, milord. Dicho acto me es de toda necesidad.

White-Manor sufría lo que no es decible por no poder romper violentamente aquella entrevista; pero el temor que le inspiraba Brian contrapesaba su cólera. En tan fatal alternativa, apeló a la discusión, no obstante aquel increíble principio.

—Señor mio, dijo, yo debería encogerme de hombros y callarme por ser una verdadera locura el responder a vuestras palabras seriamente. Pero el hecho es raro y así permitidme os pregunte: ¿qué pretendéis hacer de mi fortuna?

—La quiero para esa pobre jóven; milord, respondió Brian con la naturalidad de un aldeano.

—¿Y podeis pensar que la dé para una desconocida?

—Estoy seguro que lo haréis, milord, segurísimo.

White-Manor se agitó en su sillón, devorado por una cólera que tenía su parte cómica. Para él, Brian era invulnerable, aun en aquella discusión en la que no había una multitud zumbona presente para aplaudir a uno de los interlocutores y burlarse implacablemente del otro. Brian era invulnerable, porque echaba sobre la mesa su extravagante petición, apoyada por su voluntad sola y no por argumentos que hubieran podido discutirse ó redargüirse. White-Manor, firmemente resuelto a no conceder el crédito eshorbitante que le pedían, debía guardar el mas profundo silencio, en cuanto se negó a acceder a la proposición que se le hacía. La única vía abierta para que cesase aquel conflicto ridículo, era, sin ningun género de duda, el designar la puerta usando del derecho riguroso que tiene todo hombre de vivir con tranquilidad en su casa; pero White-Manor estaba distante de obrar así. En el fondo de aquella situación había un elemento real de terror, y era imposible emplear los medios vulgares para con un importuno como Brian de Lancaster. Además, el conde, a pesar de su designio formal de no rendirse, ignoraba si se vería obligado a hacerlo en un caso estremo. Tampoco conocía el fondo del pensamiento de Brian, y así se hallaba en la posición de un hombre que, con las manos atadas enfrente de su enemigo implacable, le ve volver en su torno y sonreirse y bailar, como hacen los salvajes al rededor de la hoguera que reduce a cenizas a sus cautivos, sin poder adivinar por donde vendrá el golpe mortal, sin poder pararlo, ponerse en guardia ó defenderse.



Brian podía llevar la osadía hasta la locura; pero había su dosis de reflexión en sus temeridades, y por prontas que fuesen sus fechorías, siempre las precedía un cálculo rápido y profundo. A aquellos que no ven en todas las cosas más que la superficie, las gentes de corta vista, esa congregación de miopes en una palabra, que se llama mundo, no estaban distantes de pensar que Brian, cegado por su rencorosa humorada, atacaba cual lo hace un niño irritado, sin previsión. Pero en esto, como en otras mil cosas, se engañaba el mundo. Brian tenía desde el principio de la guerra una táctica y un fin: táctica extraña, pero maravillosamente hábil, fin lejano, fuera de alcance tal vez, pero sin cesar ansiado.

En aquel momento su enemigo no era su hermano solo: lo eran su hermano y el derecho de primogenitura.

También experimentaba entonces una transformación el pensamiento de Lancaster. El amor mezclaba con él el contingente de egoísmo que este sentimiento lleva a todas partes, y constantemente tras de sí. Brian, en la visita de que hablamos, no era el puro campeón de una idea. Necesitaba al fin de la lucha, los despojos ópimos, y el triunfo solo no inflamaba ya sus deseos.

Hay más, había conseguido imponer a su adversario.

Pero este cambio no servía más que para el fin. Sus medios eran los mismos; sus fuerzas no habían disminuido.

—Milord, volvió a decir con esa libertad sentimental de las personas acostumbradas a ridiculizar a los otros sin sufrir las ridiculeces, perdonad mi debilidad; estoy enamorado.... ¡No os sonreís?... Me alegro: creí que lo hariais.... estoy enamorado como no se está más que una vez en la vida; enamorado al punto de sacrificarlo

todo a mi amor; todo, milord, hasta el mismo fin de mi vida entera.

White-Manor no respondió; pero su rostro tomó una apariencia más severa. Vió una esperanza. La coraza de un corazón que ama, tiene defectos sin fin. White-Manor redobló su atención, y su ojo apagado tuvo como un relámpago de penetración hostil y cautelosa.

Lancaster no estaba entonces para observarle.

El recuerdo evocado de su amor enteramente nuevo, y al cual no se habituaba todavía su corazón, derramaba la alegría y las ilusiones en su animado rostro. Los obstáculos y el peligro desaparecieron para él en aquel instante; tan firme era la esperanza que tenía de destruir los unos y de conjurar el otro. Sonreía con dulzura a la imagen ausente de Susana, sin hacer caso de la presencia de su hermano.

—¡Oh sí, la amo! murmuró con tanta pasión que White-Manor recurrió al lente para considerarlo mejor.

—He sentido que vivía por la primera vez al saborear su sonrisa; el sonido de su voz ha hecho vibrar una cuerda muda en un rincón ignorado de mi alma. ¡Ella me ha revelado todas las alegrías, todos los gozos que un hombre puede esperar aquí abajo y que yo desdeñaba antes! ¡Qué ciego y miserable era! Es evidente, milord. Mi porvenir brilla hoy tras algunos días rigurosos. Hoy espero, ¡oh, espero ardientemente! Tengo fe en Dios; mi alma se rejuvenece y se purifica!.... ¿Lo creéis, milord? Pues soy capaz de cesar de odiaros!

—Mucho debéis amar, en efecto,—dijo fríamente White-Manor.

—¡Muchísimo—respondió Lancaster, no repitiendo el adjetivo solo por parecerle insuficiente y débil;—¡muchísimo, Godfrey!—dijo otra vez; qué lejos estaba ayer de

creer pudiese amarse cual yo amo.... Si, yo amo con reflexión, con voluntad, y amaria a pesar mio si mi voluntad fuese rebelde. Yo amo.... ¿Pero me comprendéis?

A esta brusca pregunta, las facciones del conde se dilataron en una alegría zumbona y grosera.

—¡Sí, señor, sí, señor! contestó, y nunca, os lo juro, me hizo tanto placer una confidencia amorosa... ¡Ah! ¡conque tanto amais!

El tono de White-Manor, líricamente contenido, cambió de repente ántes que Brian pudiese responderle.

—Y venis, prosiguió con humor, a imponerme insolentes condiciones, a pedirme mi fortuna, ¿qué sé yo! y venís con la amenaza en la boca, como un bandolero, a decirme: Da, ó te ataco.... ¡Amando tanto!

Brian se habia vuelto hácia el lord, mirábale tranquilo como siempre, aunque preveía un violento ataque.

—¡Pero, señor mio, señor mio! continuó el conde, que tartamudeaba de cólera y alegría ¿no conocéis que mi esclavitud ha cesado?.... No conocéis que nuestras posiciones cambian, que yo soy fuerte, que vos sois débil?... ¡Ah! ¡conque amais!

La sangre subía con abundancia a la cabeza del conde y jaspeaba con un color negruzco el esmalte turbio de su ojo. Su voz se oía apenas, sus labios hinchados experimentaban convulsivos temblores. Brian lo ecsaminaba en silencio.

—¡Y venís a anunciarme eso vos mismo, imprudente! prosiguió White-Manor, tomando de la mesa sus pistolas, que montó con gran ruido. ¡Mil guineas hubiera dado al primero que tan buena noticia me hubiese traído!.... Cuando se ama con tanta pasión, señor mio, se teme mucho el morir; por lo tanto, estas pistolas son un arma de que me podré valer contra vos!

Brian hizo un gesto de desprecio y se enderezó cuanto pudo, como para ofrecer un blanco mayor y más seguro a las pistolas de su hermano.

—Milord, dijo, discutir en ese tono no conviene entre caballeros, y vuestra accion me decide a terminar bruscamente esta entrevista.... ¿Queréis, sí ó no, firmar la obligacion que pido a Su Señoría?

—¡No, mil veces no! gritó el conde. Lo que quiero es que salgais de aquí inmediatamente, perseguido otra vez por mis lacayos; lo que quiero es veros al instante del otro lado de esa puerta, que os prohíbo volver a pasar.... ¡A la calle.... fuera!.... Y usando del derecho de todo inglés, cuyo domicilio es violado por un espía ó por un ladrón, os prevengo usaré de esta arma y os echaré muerto de mi casa, si no me obedecéis.

—Y yo os desafío a que ejecuteis vuestra amenaza, dijo Lancaster cruzando sus brazos y adelantándose lentamente hácia su hermano, a quien dirigia una mirada fija y fria.

El conde levantó a la vez sus dos pistolas al llegar Brian a tres pasos de él: sus facciones apopléticas espresaban un bárbaro deseo de matar, combatido por el miedo.

—¡No avanceis! ¡no avanceis! dijo con voz sofocada.

Brian anduvo los tres pasos, no obstante aquella orden amenazadora, y su pesada mano tocó el hombro del conde, que cayó abrumado en su sillón.

—Ahora veréis, milord, dijo Lancaster—con un tono natural é impregnado de alguna tristeza;—ahora vereis si temo morir: lo que acabo de hacer no puede servir de prueba. ¡Ya sabía yo que no osaríais!....

Tomólas dos pistolas una despues de otra de las manos de su hermano, que no opuso ninguna resistencia, y las tiró a un rincón despues de haberlas desmontado.

White-Manor estaba pálido y trémulo. Sus ojos, desbarazados por un pronto reflujó de la sangre que los llenaba, habian perdido sus reflejos rojizos y no conservaban mas que su espantosa inmovilidad.

—Milord, continuó Lancaster, os habeis engañado completamente. Ese amor cuya noticia habeis acogido tan alegremente, era la mayor desgracia que podiais temer. Es indudable que solo hubiera continuado en combatir en vos al representante y al beneficiado de un principio odioso, injusto y contra naturaleza; pero mi persecucion no hubiera sido tan activa; al paso que en el dia no puedo ménos de ser ecsigente.... y no creais que pueda haber ya entre ambos.... piedad ni tregua.... ¡yo quiero ser rico, millonario!.... ¡Quiero!.... ¿me ois?....

—¿Queréis!.... repitió White-Manor con un furor impotente.

—¡Quiero!!!

Hubo un momento de silencio despues de esta palabra pronunciada por Brian, con un tono tan lleno de autoridad imperiosa y de perentoria confianza, que el conde bajó la cabeza murmurando ininteligibles negativas.

—No es precioso, milord, dijo Lancaster pasados algunos segundos, que siendo ella la mejor, la mas santa, la mas hermosa, sea tambien la mas brillante, la mas envidiada, la mas feliz?.... ¡Ah! no creais que quiero ese oro para ser digno de ella!.... Si os lo pido, es para que no le falte ningun esplendor, para que sea igual en nobleza y en fortuna a todas esas mugeres sobre las cuales le ha dado Dios tan infinitas ventajas.... Milord, nosotros somos hijos de un mismo padre. Vos habeis gozado largos años solo de la fortuna comun; ¡ahora me toca a mí!

—Las leyes están en mi favor, murmuró el conde,

poseido de un tremendo pavor:— las leyes me protegerán....

—No, milord, entre nosotros nada tienen que hacer las leyes.... ¿Pensais, por ventura, que tengo intencion de usar de violencia con Su Señoría? ¡Nada de eso, Godfrey! semejante accion seria horrible! ¡Las leyes intervendrian entónces, y os cubrician con su ciega égida.... Para eso las hicieron!.... Nosotros somos dos hermanos. Uno de nosotros está usado por el vicio; los excesos de todo género han paralizado su cuerpo y su alma: es un ser miserable, sin fé, sin alma, reprobado por el pasado, soportando con blasfemia los restos de una vida infeliz.... éste es par de Inglaterra.... El otro es jóven, fuerte, experimentado, irreprochable; pero no habia cubierto mas que para un convidado solo en el banquete de los privilegios políticos. No siendo nada, como desgraciadamente sucede, ¿cómo osa rebelarse? diréis tal vez, ¿cómo se atreve a quejarse? ¡Ah! razon teneis: la ley le acecha, la ley le arrojará hecho trizas, en su nada, si intenta levantarse; la ley ahogará sus gritos, si abre la boca. La ley está en vuestro favor, pues la habeis hecho, y la ley es omnipotente.... Pero bien lo sabeis, milord, yo no me quejo, ni atacó. Yo obro en términos de no salir de los límites de la mas escrupulosa legalidad.... Por ejemplo. Su Señoría pensará como yo: que yo sepa, no hay ley que prohíba a un ingles el abrir una ventana y romperse el cráneo contra el empedrado tirándose por ella.

El conde miró asustado a su hermano, que se dirigió a la ventana.

—¡Ella morirá si yo muerol prosiguió en voz baja y sin dirigirse a su hermano. ¡No! ¡oh, no! no quiero unirle a mi vida de indigencia y de oscuridad.... Aunque me fuera dado hallarla por mis propios esfuerzos, aunque no tuviese

necesidad del oro para arrancarla de las manos de sus tenebrosos raptos, necesitaría los millones que ese hombre me ha robado para engalanarla como un ídolo y presentarla al mundo tan radiosa, que el mundo deslumbrado bajase la cabeza y la adorase.... Milord, continuó alzando la voz,—debajo de esta ventana hay una numerosa multitud.... ¿la ois?

Habia en efecto gran tropel de toda clase de gentes en Portland-Place, contándose mutuamente la gran noticia del día; el asesinato intentado en Kew sobre S. A. R. la princesa Alejandrina Victoria de Kent.

Lancaster puso la mano en el resorte de la ventana.

—Es un tropel ansioso y agitado por la curiosidad, milord, prosiguió Lancaster. Oid como se mezclan las voces confusas, locuaces.... Difícil nos hubiera sido encontrar un público mas numeroso ni mejor para nuestra última comida.

—¿En nombre del cielo! ¿qué vais a hacer? preguntó el conde levantándose a medias.

—No os levanteis, milord. Ya os lo he dicho: quiero que sea rica y feliz. Por otra parte, cosa que ignorais, esa jóven que no amo sino que idolatro, me ha sido robada hace una hora por hombres temibles y poderosos.... sí,.... deben ser poderosos.... Vuestro oro.—Mi oro, Godfrey, pues en quince años es indudable que habeis gastado vuestra parte del patrimonio de Lancaster, mi oro me hubiera servido para salvarla primero, y despues para crearla un paraiso aquí en la tierra... Ya que me lo negais, voy a vengarla.

Brian se apoyó en el resorte, y la ventana medio abierta dejó entrar en la habitacion el bárbaro ruido que en la calle se hacia.

El conde se levantó fuera de sí.

—Pensad en lo que haceis, señor mio; pensad que estais en mi casa. Si llegais a pronunciar mi nombre ante ese tropel, como tal vez imaginais, entre calumnias y ultrages, el castigo irá tras del insulto.

Brian subió al apoyo de la ventana.

—¿No me comprendeis, milord—dijo con altanera serenidad.—Yo no pronunciaré mas que un nombre, os prometo que no ha de ser el de Su Señoría.... Por última vez, ¿quereis firmar el acto que os pido?

—No, respondió White-Manor.

—¿Pues bien, Godfrey, adios! ¡Os juro que habeis de sentir mas de una vez esta palabra ántes de morir!

Brian se inclinó cuanto pudo hácia la calle.

—¿Qué colossal tropel! murmuró. Apostaría a que hay mas de mil personas. Y entre esas mil personas no hay una sola que ignore el nombre del amo de esta casa; no hay una tampoco que ignore la enemistad que nos separa.... Porque yo he hecho cuanto puede hacerse para que seamos célebres vos y yo, Godfrey.

—Habeis anunciado, me parece, el desenlace de esta comedia! dijo White-Manor con tono provocador y burlesco.

Porque la amenaza que tarda en realizarse da ánimo a los corazoas mas pusilánimes.

—Dispensadme, milord, respondió friamente Lancaster; estoy buscando un pequeño sitio donde romperme el cráneo y no lo hallo.

El conde se encogió de hombros.

—Buscad con calma, dijo volviéndose a sentar.

—Gracias, milord.... Como decia a S. S., nada se comprenderá a ese tropel verme caer hecho pedazos en la acera de Portland-Place.... pues nos conocen.

—¿Quién osaría acusarme de un asesinato? pronunció con desden White-Manor.

—Todo el mundo, milord.... mas creo haber hallado el sitio.

Todo el mundo, decia, porque nunca se dudó del grito de angustia de un moribundo....

—¡Misericordia! exclamó el conde, que comprendió súbitamente y quedó como aterrado; ¡es una perfidia infame, Brian!

—¿No queriais hace un instante levantarme la tapa de los sesos?....

No diréis que es mentira.... Y sin eso, milord, en la partida que jugamos no es cosa de pararse en pelillos.... Yo no pienso prodigar ningun epíteto infamante al noble nombre de Su Señoría; yo.... pero el tropel no se abre con frecuencia, milord, es preciso aprovechar el momento oportuno. Ya oiréis, como todos, la palabra que voy a pronunciar.

Brian hizo un movimiento como para precipitarse.

—¡Deteneos! exclamó White-Manor.—¿Qué palabra es esa?....

—Gritaré: ¡Piedad, hermano!

White-Manor cayó de rodillas, y por su rostro corrian grandes gotas de sudor.

—¡Piedad! pronunció con lastimoso acento; ¡yo soy quien implora piedad!

## IV.

## UN RESUCITADO.

White-Manor quedó vencido. Su perezoso ingenio habia tardado en comprender; pero comprendió por fin la espantosa importancia de la amenaza de Lancaster. Hasta entónces no habia visto en la accion de su hermano mas que un suicidio, y habia experimentado mas alegría que dolor; pero aquel suicidio le mataba a él tambien, y le mataba despues de haberle cubierto de infamia a los ojos del mundo.

Nadie ignoraba, en efecto, el odio inveterado y profundo que ambos hermanos se tenian, y cayendo Brian de una ventana de la casa del conde gritando piedad, pasaria a los ojos de todos por la víctima de un odioso asesinato.

White-Manor tuvo, pues, que capitular, y prometió firmar todo, aun su misma ruina completa, suplicando a Brian, con las manos juntas, no atentase a su vida.

La situacion era, en verdad, extraordinaria, y aquella terrible *eccentricity*, conocida de la fashion de Londres, hubiera bastado por sí sola para dar una nombradía sin

—¿Quién osaría acusarme de un asesinato? pronunció con desden White-Manor.

—Todo el mundo, milord.... mas creo haber hallado el sitio.

Todo el mundo, decia, porque nunca se dudó del grito de angustia de un moribundo....

—¡Misericordia! exclamó el conde, que comprendió súbitamente y quedó como aterrado; ¡es una perfidia infame, Brian!

—¿No queriais hace un instante levantarme la tapa de los sesos?....

No diréis que es mentira.... Y sin eso, milord, en la partida que jugamos no es cosa de pararse en pelillos.... Yo no pienso prodigar ningun epíteto infamante al noble nombre de Su Señoría; yo.... pero el tropel no se abre con frecuencia, milord, es preciso aprovechar el momento oportuno. Ya oiréis, como todos, la palabra que voy a pronunciar.

Brian hizo un movimiento como para precipitarse.

—¡Deteneos! exclamó White-Manor.—¿Qué palabra es esa?....

—Gritaré: ¡Piedad, hermano!

White-Manor cayó de rodillas, y por su rostro corrian grandes gotas de sudor.

—¡Piedad! pronunció con lastimoso acento; ¡yo soy quien implora piedad!

## IV.

## UN RESUCITADO.

White-Manor quedó vencido. Su perezoso ingenio habia tardado en comprender; pero comprendió por fin la espantosa importancia de la amenaza de Lancaster. Hasta entónces no habia visto en la accion de su hermano mas que un suicidio, y habia experimentado mas alegría que dolor; pero aquel suicidio le mataba a él tambien, y le mataba despues de haberle cubierto de infamia a los ojos del mundo.

Nadie ignoraba, en efecto, el odio inveterado y profundo que ambos hermanos se tenian, y cayendo Brian de una ventana de la casa del conde gritando piedad, pasaria a los ojos de todos por la víctima de un odioso asesinato.

White-Manor tuvo, pues, que capitular, y prometió firmar todo, aun su misma ruina completa, suplicando a Brian, con las manos juntas, no atentase a su vida.

La situacion era, en verdad, extraordinaria, y aquella terrible *eccentricity*, conocida de la fashion de Londres, hubiera bastado por sí sola para dar una nombradía sin

par al hombre mas oscuro, a un hidalgo del Sud, a un elegantillo de Birmingham, fabricante ó no de lancetas, a un poeta escocés, a un M. P. (\*) borracho y encarnado, al primero como al último viviente....

El vizconde de Lentures Luces, biógrafo jurado de todos los elegidos de la moda, hubiera pagado una guinea lo ménos, por poder publicar tan contundente acontecimiento.

Es indudable que no había medio mas seguro para obligar al conde de White-Manor a que accediese a tan eshorbitante exigencia. En cuanto a la moralidad del hecho, no debe olvidarse que estamos en Inglaterra, donde la opinion de Brian, respecto del derecho de primogenitura, comienza a reclutar numerosos partidarios. Así, admitida esta opinion, no puede atacarse su argumento. Su hermano había disfrutado quince años solo: luego solo también debía disfrutar Brian.

Contra la ley del mas fuerte puede, por otra parte, según la jurisprudencia moral, usar el mas débil del derecho de estratagema.

Ademas, Brian amaba....

Cerró la ventana con tanta calma como la había abierto, y tendió la mano al conde para ayudarle a levantarse. Ambos se dirigieron hacia la mesa, a la cual se sentó White-Manor para trazar convulsivamente en un pliego su firma en blanco.

—Tomad, señor mio, dijo con voz apagada, ya me tenéis a vuestras órdenes.... ¿estais contento?

—Milord, respondió Brian, preferiria que Su Señoría es

[\*] M. P. abreviacion inevitable de miembros del parlamento.

dignase escribir de su mano encima de su firma un acto en debida forma.

White-Manor puso temblando el pliego de papel sobre la mesa y comenzó a escribir. Mientras corría su pluma por el papel, abrióse una de las puertas del salon, sin ruido, y Paterson, andando con las mayores precauciones, atravesó la pieza, cuidando describir una gran curva al rededor del sillón de Lancaster.

Llegóse a su amo antes que este le hubiese visto, y puso sobre la mesa a su vista un pequeño cuadrado de papel en el cual había un nombre escrito con lápiz.

Hubo apenas descifrado White-Manor aquel nombre; cuando rechazó con violencia su sillón hacia atrás, y miró espantado en su torno.

—¿Será posible que los muertos resuciten? murmuró con una especie de terror; ¿ô pierdo yo la cabeza?

—El gentleman que ha trazado su nombre en ese papel desea hablar a su Señoría, dijo Gilberto Paterson.

—¿Está vivo? tartamudeó White-Manor sin saber lo que decía.

Paterson creyó haber comprendido mal y repitió su recado.

La agitacion de White-Manor llegaba a su colmo.

—¿Dónde está! ¡quiero verle! dijo por último, levantándose, quiero verle. ¡Oh, el Señor me ampare! Mis ideas se turban.... yo he visto morir a ese hombre.... Brian.... Perdonadme.... Este acto tal cual esta, bastaria para que me tuvieseis en adelante mas sumiso que un esclavo.... Pero vuelvo al instante, y lo completaré y me perderé enteramente.... Esperadme.... Por mi alma, que también he de romperme la cabeza; ¡y lo haré de véras!

Volvióse hácia Gilberto Paterson, que le escuchaba con una curiosidad mezclada de admiracion, y añadió bruscamente:

—¿Dónde está ese hombre?

—En el locutorio, milord, respondió el intendente.

Dirigióse el conde a la puerta con un paso ligero, al cual no estaban acostumbradas sus piernas hacia largo tiempo.

Brian quedó solo, y esperó un cuarto de hora, luego media hora. No volviendo el conde, y no siendo la paciencia la cualidad dominante de Lancaster, acercóse a la mesa para distraerse leyendo el acto comenzado. Su mirada cayó por casualidad en el cuadrado de papel que habia traído Gilberto Paterson, y leyó escrito con lápiz, con todas sus letras, el nombre de Ismael Spencer.

Su espanto y turbacion fueron casi tan grandes como la de su hermano. Todas aquellas vagas sospechas que la relacion de Susana habia despertado en él, se presentaron súbitamente a su espíritu. Vió al conde mezclado en el drama tenebroso de Godman's-Fields, y quiso precipitarse para asistir a la entrevista que tenia lugar tan cerca de él. Pero ya era tarde, pues el conde volvió sonriéndose y con semblante casi alegre.

—Perdonadme si os he hecho esperar, hermano, dijo. Ahora soy todo de vos.

Hé aquí lo que habia pasado en el locutorio.

Al salir el conde del salon en donde dejaba a Brian, tenia la cabeza enteramente perdida. El sacrificio inaudito que se veia obligado a hacer, su cólera escitada tantas veces durante su conversacion con Lancaster, y tantas veces concentrada con gran trabajo dentro de sí mismo; el anuncio en fin de la extraordinaria visita de un hombre que él habia visto con sus propios ojos subir al cada-

so, y tender con el peso de su cuerpo inerte la fatal cuerda de los ajusticiados, todo esto se mezclaba confusamente en su inteligencia debilitada, y le arrojaba en un estado que tenía mucho de idiotismo.

Entró en el despacho con mirada fija y triste, la boca abierta, sin mas espresion en su fisonomía que la de un vago espanto. Gilberto Paterson entró detras de él.

Pero el hombre que esperaba en el despacho no tenia, a lo que parece, mas ganas que Brian de verse en compañía del intendente Paterson, pues la primera palabra que pronunció fué para mandarle que se retirase.

Vaciló Gilberto y miró a su amo; pero su amo no estaba entonces en estado de espresar su voluntad. La vista del personaje que de pié ocupaba el centro del despacho le habia petrificado, y habiase dejado caer en un sillón, fijando en él sus ojos sin vida.

Tyrrel el ciego reiteró su orden frunciendo las cejas, lo que visto por Gilberto le hizo tomar la puerta murmurando:

—¡Y bien! White-Manor, dijo el ciego, estoy seguro que no pensabais volverme a ver.

—¿Sois bien vos, Spencer? murmuró maquinalmente el lord.

—En persona, ¡por Moisés y el becerro de oro! White-Manor le recorrió de piés a cabeza con una mirada inquieta y tímida.

—¡Oh! miradme cuanto querais, milord, continuó Tyrrel desplegando la ancha superficie de su pecho; soy yo mismo.... Ismael Spencer, vuestro seguro servidor, que, gracias sean dadas al Dios de Jacob, goza de una salud perfecta y mas sólida que la de muchos otros.



—Pero.... comenzó el lord.

—Así comienzan todos, interrumpió Tyrrel, rodando un sillón hácia el conde;—pero.... pero.... pero.... Héteme aquí cambiado en algo como una fiera desde que me ahorcaron.... Sin embargo, milord, nada tiene de sorprendente mi historia. Habiendo venido a verme a la cárcel el doctor Moore, me practicó por debajo de la garganta una pequeña incision, sosteniendo despues la carne con un cañon de pluma.... Se dió a esto un nombre bastante singular.... la faringotomia, si mal no me acuerdo.... Cuando la cuerda me estrechó el cuello, respiré por debajó de ella por medio de mi incision.... Pero esto no es nada, milord, el doctor hizo mucho mas. Os lo recomiendo como hombre hábil.

La incision no podia, bien considerado, impedir la congestion cerebral. Así lo creia Moore; pero me dijo: Seria menester que tuvieseis, en el momento crítico, en el mismo momento, ¿me entendeis? y no diez minutos ántes, un grave goce, un enérgico movimiento de alegría. Difícil era, White-Manor ¿no es verdad? Encima del cadalso, enfrente del féretro abierto que espera nuestro cadáver, no puede tenerse....

White-Manor se sonreía, pero estaba pálido.

—Con todo, continuó con cinismo, a fuerza de buscar, encontramos un medio Moore y yo, para burlarme del cadalso y ser feliz con la cuerda al cuello.... Habia un miserable pillastron en el mundo, que yo habia tratado mucho tiempo como esclavo y que al fin me vendió un dia.... Roboam, tal era su nombre, milord: se arrepentia sinceramente del mal que me habia hecho. Esta persuasion me hizo suponer que si le llamaba, allanaria toda clase de obstáculos para venir a abrazarme.... Pensado

y hecho.... Al llegar el momento supremo llamé a Roboam, y al echarse en mis brazos le atravesé el corazon con un puñal que el doctor me habia dado....

El conde hizo un gesto de horror.

—Aquello estableció enérgicamente la circulacion de mi sangre, milord, prosiguió Tyrrel. Ahorcóseme en el momento propicio.... Por fin, me fué útil como veis, el infeliz Roboam.

—¿Y qué se ha hecho de ella? preguntó en voz baja el conde con una cierta timidez.

—¡De ella! ¡Ah, milord! otra vez tocarémos ese punto.... Esta historia seria larga y nos entretendriamos demasiado....

—¿Vive? interrumpió el conde.

—Si su Señoría me permite, le diré todo lo que la concierne a ella, en dos palabras.... Ya sabeis que su salud era robusta; pero las jóvenes se marchitan a menudo súbitamente como las flores....

—¿Ha muerto, Ismael?

—Sois tan curioso, White-Manor, dijo Tyrrel con un singular acento de burla, como un buen padre que pierde su única hija.... ¡Paciencia!.... Dejemos por hoy si os parece, esas bagatelas.... Mi visita tiene otro objeto.

Una palabra, solo una palabra, insistió el conde.

—Ha muerto.... comenzó Tyrrel.

El conde lanzó un suspiro equívoco que podia tomarse por un suspiro de descanso.

—A no ser que viva aún, acabó el ciego riéndose: por el Dios de Abraham, ¡que me ahorquen otra vez, si algo sé!.... Pero hablemos formalmente.... Un año hace, milord, que soy lo que se llama un caballero, y que honro el West-Hend con mis frecuentes visitas; si no viviese como un ermitaño, hubièrais tenido el gusto de verme

más de una vez en nuestros nobles salones.... Paso en ellos por Sir Edmundo Makensie.... y por un escelente gentleman, milord, con algunas guineas de renta; tambien paso por afable, atento y hombre de bien, habiendo, para esa buena gente, perdido la vista en Lahora, de donde llego en línea recta.... se me habia olvidado deciros, milord, que soy ciego.

Los ojos de Tyrrel, que durante la primera parte de este diálogo se habian movido como de ordinario, se volvieron de repente apagados y muertos, guardando la inmovilidad de los ojos que no ven. El mismo conde lo creyó, a pesar del acento zumbon con que habia pronnunciado Tyrrel estas palabras: "Soy ciego" y dijo por cumplir:

—Os compadezco, Spencer, os compadezco.

—Gracias por vuestra conmiseracion, milord.... mas mi ceguedad no me impide ver el triste cambio operado en Su Señoría....

—¿Con que no estais ciego?

—Necesitaba una máscara, milord; ademas, ¿hay cosa mejor que ser ciego para distinguir las cosas que escapan a los ojos de lince.... Pero volvamos a vos?.... En verdad, White-Manor, que no sois mas que vuestra sombra.

—Sufro mucho! dijo el conde con aire sombrío.

—Ya lo veo, milord.... y apostaria a que ese demonio de Brian....

—¿Brian! respondió el conde cuyas facciones se demudaron; ahí está.... esperadme ¡ah! ¡Ismael, Ismael! ¡acabais de pronunciar el nombre de mi verdugo!

Tyrrel se estregó las manos.

—¡Ah, conque está ahí!.... murmuró.

—Con frecuencia fuiste mi confidente, y no ignoras por lo tanto los tristes secretos de mi vida, dijo el conde, cuya

cabeza se inclinaba sobre su pecho con desaliento... ademas ¿por qué callar?... ese hombre acaba de vencerme, de arruinarme....

—¿De arruinaros? dijo Tyrrel prestando doble atencion.

—Acaba de obligarme a firmar un acto infame! exclamó White-Manor con tono lastimero y saltándosele casi las lágrimas; un acto que me arrebató mis bienes y le constituye mi heredero en vida.

Tyrrel respiró.

—¿Bah! dijo con aire libre, ¿Hay mas?

—¿Qué mas quereis, Spencer?... Con algunas líneas mas que faltan a dicho acto, quedo para siempre jamas arruinado....

¡Caspita! milord, murmuró Tyrrel en voz baja pero vibrante, ¿cómo bendeciriais al cielo, no es verdad, si vuestro hermano muriese esta noche súbitamente?

White-Manor ocultó la cabeza entre sus manos.

—No.... no.... no! dijo tres veces con los dientes apretados por la rabia que queria hacer esplosion; es un demonio en cuanto a la astucia.... Tengo las manos atadas.... Su muerte me espanta; seguro me acusarian de haberlo hecho asesinar.

—¿Bah! repitió Tyrrel; en Londres pronto se olvida a los muertos.... ¿Pero prefeririais quizá, dejase Dios vivir su cuerpo privándole de la razon!

—¿Loco Brian, loco! exclamó el conde elevando las manos con ardor.

¡Oh, daria la mitad de los días que me quedan!

—Lugares comunes, White-Manor, interrampió el judío; hablad mejor y decid en buen inglés: Daria tantas libras esterlinas.

—¿La mitad de mi fortuna, Spencer!

—¿Banalidades, milord!.... Se os pide un guarismo,

—Daria.... pero qué loco soy yo escuchándoos, Ismael.... ¡qué loco soy creyendo tenga un hombre el poder de dispensar la demencia!.... Es menester que vuelva donde está Brian, que se impacienta tal vez, y al que tanto debo considerar. Teneis algo que decirme, daos prisa.

—Os obedeceré, diciéndoos que el objeto de mi visita era precisamente hablaros del honorable Brian de Lancaster. Vengo a proponeros un partido.... en cuanto a la cuestion de dinero no insistiré, porque una suma elevada escigiria un contrato, de que podiais muy fácilmente ponerlos al abrigo con vuestra inviolabilidad de Par, aun cuando mi calidad de ahorcado no me atase las manos.... Así, os pido pura y simplemente cuatro mil libras en bank-notes al contado.

—¿Para qué?

—Para pagar la locura del honorable Brian de Lancaster.

El conde se encogió de hombros con impaciencia.

—Milord, dijo el judío, esto no es un juego de niños. Mandad que traigan los billetes y yo me explicaré.... Os hablo formalmente....

La gravedad de Tyrrel hizo cierta impresion en el lord. Por otra parte ¿a que no se agarra el hombre que se ahoga? White-Manor lejos de consultar su razon, se dejó llevar por la estravagancia del proyecto del judío, desechó la reflexion y lleno de gozo por la proposicion que se le hacia, aunque disparatada en su sentir, agitó una campanilla.

Presentóse Paterson y recibió orden de llevar la cartera de su amo.

Milord, prosiguió el judío cuando quedó solo con el conde y tomando una parte de los billetes que éste le

ofreció, un hombre puede ser encerrado como loco apesar de no serlo.... Este principio es fecundo y vale por sí solo cuatro mil libras....

La frente de White-Manor se habia iluminado.

—Verdad es, dijo; pero es menester tiempo.

—Para todo se necesita tiempo, milord, mas ó ménos; pero ahora nos basta una hora.

—¿Qué decis?

—Digo que una hora, milord, y hago mas, comienzo a obrar.... En este momento, el honorable Brian de Lancaster viaja ya por el camino de Bedlam.

—¡Brian está en mi salon! interrumpió White-Manor, que tomó la metáfora al pié de la letra:

Una sonrisa de compasion zumbona asomó a los labios de Tyrrel.

—Tal vez el salon de S. S., murmuró, es una etapa del camino de Bedlam.... lo cierto es que mantengo mi dicho. Dignaos escucharme, milord: esta mañana se ha introducido un maniático en el palacio de Kew y ha tirado, segun dicen, un pistoletazo a la jóven princesa Victoria.

El conde se acordó de las voces que habian penetrado en bullicioso concierto en su salon, en el momento en que Lancaster habia abierto la ventana, y que todos disertaban sobre aquel extraño hecho.

—He oido hablar de eso, respondió, y creo saber a donde quereis venir a parar. ¿Pero cómo probar que Brian?

—El honorable Brian nos ha evitado ese trabajo, milord, interrumpió Tyrrel, pues él fué y no otro quien se introdujo esta mañana en el palacio de Kew.

—¿Y quién tiró contra la princesa?....

—Nadie ha tirado contra la princesa.... pero se ha

maltratado a los centinelas, escalado las tapias del jardín; todo para tomar por asalto el invernadero japonés y cojer en él una camelia blanca con rayas azules....

—¿Pero estais seguro que fué él mismo? dijo el conde, cuya inercia acababa de galvanizar una fogosa esperanza.

—Segurísimo, milord.

White-Manor se levantó con viveza.

—¡Es menester obrar! exclamó; ¡denunciarle, pedir se le prenda!

—Sentaos, milord, dijo Tyrrel. Su Señoría ha hecho ya cuanto habia que hacer, y conformándose la policía con su aviso, ha mandado doce hombres que esperen a la puerta de este palacio.

—¡A mi aviso! tartamudeó el conde sorprendido.

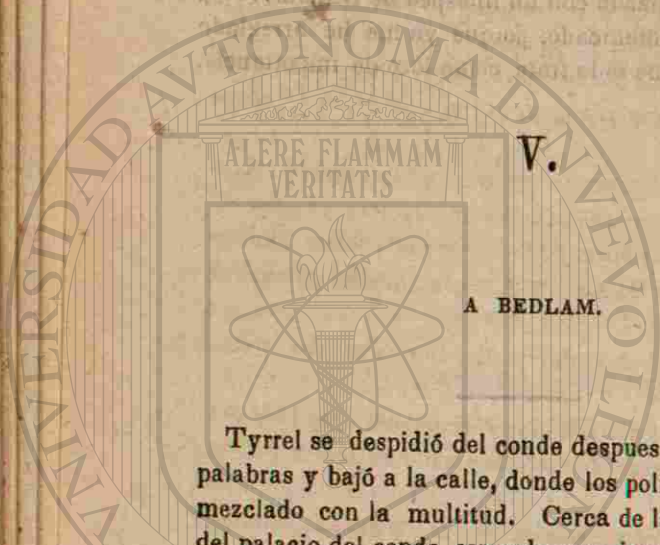
—A vuestro aviso, repitió el judío; los momentos eran preciosos, ó ignoraba yo que Su Señoría estuviese animado de tan escelentes disposiciones. En la duda he tomado mis medidas. Probablemente no habeis olvidado mi talento en imitar toda clase de letras.... Usando de él he escrito en vuestro nombre al secretario de la policía metropolitana anunciándole con el dolor natural, que mi amadísimo hermano el honorable Briau de Lancaster estaba loco, y que su locura acababa de esponer los días de una persona real. En consecuencia, y para evitar incalculables males, ha pedido que se le prenda.

—¡Admirable! exclamó el conde, cogiendo la mano de Tyrrel, que apretó entre las suyas con un verdadero transporte.

—¡Oh, ahora sí que le tengo en mi poder, y como él, obraré sin misericordia! Spencer, amigo, mi salvador, duplicaré la suma, la triplicaré.

—Doy a Su Señoría las mas expresivas gracias, comen-

zando por guardar la unidad, miéntras llegan el doble y el triple, dijo Tyrrel. Ahora, id a acabar el acto de que me habeis hablado.... No temais, milord, vuestra victoria es segura luchando con un huésped de Bedlam.... y un huésped incomunicado; porque yo me he arreglado en términos de que se le trate como loco de importancia.



Tyrrel se despidió del conde despues de estas últimas palabras y bajó a la calle, donde los policemen se habian mezclado con la multitud. Cerca de la acera y delante del palacio del conde, esperaban un intendente de policia y un *phisician* en un carruage cerrado, detras del cual hacian centinela dos condestables.

Tyrrel lanzó una mirada de satisfaccion a aquellos imponentes preparativos. Brian no podia escapársele, y el conde prevenido con tiempo, no negaria su firma. En cuanto a las cuatro mil libras, Tyrrel las miraba solo como el principio de las liberalidades futuras de su Señoría. El infeliz White-Manor no sabia en efecto que alejaba un enemigo para entregarse al mayor tirano de su caja. Tyrrel tenia una letra de cambio del conde, de la cual pensaba sacar partido tarde ó temprano.

Pero contrariábale una cosa; aquella multitud diseminada con profusion a lo largo del Portland-Place. Era importantísimo para su plan de Bedlam, fuese un verda-

dero sepulcro para Brian de Lancerter, y para eso era preciso que su arresto se hiciese con sigilo y como en secreto. Mandar a los policemen hacer evacuar la calle hubiera sido una medida irrisoria que no autorizaba el derecho, ni para la cual habia pretesto alguno.

Dió algunos pasos por la acera, recorriendo su mirada de lince en todos sentidos la multitud habladora y turbulenta.

Divisó luego, cubierta casi por un corbatin que le cortaba las orejas, la prosaica cara del impertérito capitán O'Chrane, que a pesar de lo poco que levantaba su sombrero, depasaba los cráneos vulgares, un medio pié por lo ménos.

Al momento fué derecho a él y le dijo algunas palabras al oido.

—¡Rayo! refunfuñó Paddy con mal humor; Belcebù me confunda, ¡miserias! si puedo tener un momento de descanso.

Tyrrel se marchó sin esperar la respuesta del capitán que, según su costumbre, no habia tenido la satisfaccion ni siquiera de ver al hombre que le daba al pasar aquella orden misteriosa, apoyada con este santo y seña: *Gentleman of the Nighth.*

—¿Qué os ha dicho ese hombre, señor O'Chrane? preguntó mistress Burnet, que se puso de puntillas para llegar con su cabeza al cinturón del capitán.

—Me ha dicho: ¡Satanás y sus cuernos! replicó Paddy; ¡maldito sea el demonio! Señora.... Vergüenza tendria yo de ser tan curioso, Dorothy, corazón mio, en vuestro lugar, ¡miserias!.... Me ha dicho ¡rayo! el tiempo está frío, señor O'Chrane. ¡El demonio! ¡Dios os bendiga.

Despues de esta respuesta diplomática, aprovechándose el capitan de su famosa estatura como de un obser-

vatorio natural, paseó magestuosamente su mirada en su torno.

—¡Condenación! refunfuñó; voy a verme obligado a inventar por mí mismo algún embrollo, pues ninguno de los míos anda por ahí.

—¡Rayo! ¡miserias! Dios nos condene sin compasión! dijo debajo de él una voz áspera y añorada; buenos días, capitán O'Chrane, ¡léveos el demonio!

La mano de Paddy bajó cuanto pudo y tocó un flaco hombro que pertenecía al gentleman Snail, el cual paseaba en Portland-Place a su muger, la preciosa Madge, adornada con sus botas y zagalejos chillones, una chaqueta masculina y un sombrero de cuero que cubría en parte un gorro de muselina ordinaria. Madge, silenciosa y digna como siempre, tenía su pipa apagada en sus dientes sin tomar parte en la agitación del público.

—¡Eh, eh, capitán! exclamó Snail; se saluda a un personaje, ¡el rayo me parta!

—El rayo pasaría a tu lado sin verte, Snail, miserable scamp, renacuajo, replicó el capitán; pero me alegro infinito de encontrarte en este momento, ¡condenación!... porque tú eres malhadado ser, muy inteligente para tus años, y cabalmente necesito.... Escucha.

Levantándose Snail y bajándose Paddy se pusieron ambos casi al nivel.

—Queremos darte una nueva prueba de confianza, joven inmundo, hijo mío, prosigió el capitán con importancia. Parece que los millores necesitan que se evacue la calle....

—¿Para qué? preguntó Snail.

—¡Mil blasfemias! maldito gusanillo, amadísimo hijo mío, y noble pilluelo, que el cólera me devore si no me dan ganas de tirarte de las orejas hasta arrancártelas....

Buenos días, Madge, triste marimacho, hija mía.... En cuanto a tí, Snail, montón de podredumbre como el puño, día llegará en que haga tu suerte, pues vales más oro que pesas, extracto de bandido....

—Preciosa Madge, interrumpió Snail, escucha como me alaba el capitán, ¡Satanas y sus cuernos!

—Cerrad al contrario los oídos, Madge, ya seas preciosa según dice este escarabajo, hablador ¡condenación! ó fea según salta a los ojos, ¡el demonio me lleve!.... y ¡hágalo cuanto antes, con todos los demonios del infierno!.... Conque, Snail, se trata de echar de aquí a todos estos estúpidos papamoscas con sus parejas, y para eso no hay medio más seguro que dar la noticia del arresto de ese infame de que hablan los diarios de la tarde....

—¿Del asesino de la princesa?

Precisamente, diminutivo de malvado.... No puede menos de haber en la multitud algunos de la familia... Vé a llamarlos, condenado, y díles....

—Está bien, capitán, está bien, Dios puede condenarme, interrumpió Snail con cierto orgullo; os comprendo. Es fácil.... Pero en recompensa, ¡condenación! me diréis donde se hace el agujero del elefante Saunder del circo de Astley....

La mano del capitán estrechó el hombro de Snail que lanzando un grito de dolor se perdió al momento en la multitud. Un instante después, oyéronse varios mullidos bulliciosos, observóse un cierto movimiento, y vióse a algunos hombres recorrer la calle en diferentes sentidos partiendo por último de veinte puntos a la vez el siguiente grito:

—¡En Ay-Market! ¡Están cercando la casa del asesino en Ay-Market!

Tres minutos despues, no parecia sino que un viento de tempestad pasando por Portland-Place, habia barrido toda aquella tumultuosa poblacion. Todos en efecto bajaron corriendo atropellándose y gritando a Regent-Street, y no quedaron en la calle mas que los policemen sorprendidos.

Veíase aún a lo léjos la famosa estatura del capitán cada vez que pasaba debajo de un reverbero, cerrando con gravedad ordinaria la retaguardia de aquella columna, y un cierto personage que cerca de él marchaba oía el siguiente é interesante diálogo:

—¡Vamos, señor O'Chrane, vamos, por Dios! deciale en vano mistress Burnet que queria que redoblase su paso: llegamos tarde a no dudar: no veremos prender al infame.

—Corazon mio, respondió tranquilamente Paddy, no me tireis así del brazo: mirad que vais a romper mi casaca azul, ¡por la boca del infierno!.... Querida mia, ¡mil miserias! Dorohy, amor mio, llegaremos cuando podamos; ó Jededias Smith es el mayor hipócrita tunan-ton que yo conozco!.... En cuanto a Snail, inmundo reptil, yo quisiera tener un hijo como él, ¡Satanas y su cola, señora!

Entre tanto habia vuelto White-Manor al salon donde Brian esperaba. Este que habia leído mientras estuvo el conde con Ismael el nombre escrito en el cuadrado del papel traído por el intendente Paterson, conservaba aún la primera emocion.

A las primeras palabras de su hermano respondió bruscamente.

—¡Se ha marchado ya Ismael Spencer, milord?

El conde quedó completamente sorprendido.

—Ismael! tartamudeó, pero Ismael murió hace un año...

Lancaster tomó el papel de la mesa y le alargó a White-Manor.

—Es verdad, murmuró este último despues de un momento de silencio y visiblemente turbado; he visto al judío Ismael Spencer.

—¿Me será permitido preguntar a Su Señoría, qué clase de relaciones tiene con ese hombre!

—Nadie tiene ese derecho, señor mio, replicó el conde tratando de ocultar su turbacion bajo una apariencia de dignidad herida.

—Milord, dijo Brian con un tono de grave trieteza, siento verme forzado a insistir sobre este punto.... y creais quiera heriros, ó provocaros repitiendo mi pregunta....

—No os contestaré, dijo precipitadamente el conde; primero.... ¡pues bien! sí.... consiento en deciroslo, puesto que se os antoja, obedezco ciegamente hoy a todos vuestros fanáticos caprichos; consiento en deciros que me he interesado por la posicion singular y desesperada de un desdichado que la casualidad ha sustraído a las persecuciones ordinarias del castigo supremo.... He....

—Basta, milord, interrumpió Brian con fria reserva; para dar fé a las palabras de su Señoría, seria preciso olvidase su gran sorpresa a la vista del hombre inscrito en este papel.

El conde se mordió los labios.

—Pues bien, señor mio, exclamó arrastrado por un irresistible impulso de cólera, vos mismo podeis saberlo por Ismael Spencer a quien veréis en breve.

—Esas palabras de Su Señoría se parecen mucho a una amenaza, dijo Brian, fijando en el lord su mirada penetrante é investigadora.

—¿Una amenaza, Brian?.... dijo el conde dejando sú-

bitamente su semblante irritado para volver a tomar la máscara de sumisa bondad; bien sabéis que sería una locura de mi parte amenazaros.... Mi intencion ha sido decir pura y simplemente lo que he dicho, a saber, que no tardaréis en encontrar a Ismael Spencer.... cosa muy natural, Brian, pues está esperando en la calle....

—¿Qué espera, milord? dijo Lancaster, viendo que el conde vacilaba.

—Está esperando.... ¿por qué ocultaroslo, Brian? está esperando quede infinitamente terminada nuestra entrevista para entrar a hablarme.... pues creyendo que os impacientaríais, le he dicho que vuelva.

Brian se levantó prontamente....

—Gracias por vuestra atención, milord, pero dignaos poner el colmo a vuestras bondades acabando este acto en seguida.... no podeis figuraros lo que deseo verle la cara a Ismael Spencer.

El conde no esperó se le rogase otra vez. Sentóse a la mesa, esforzándose en ocultar su alegre sonrisa bajo el mal humor que debía manifestar firmando un acto que equivalía al abandono de todos sus bienes no vinculados; y con dos plumadas lo acabó de llenar en debida forma.

—Hermano, dijo luego con una resignación perfectamente fingida, tomad, vos abusáis de vuestras ventajas, pero el Señor nos juzgará.

—Amen, milord, respondió Lancaster.

—Espero, prosiguió el conde, seréis en adelante clemente para conmigo, y que las nobles señoras del Whest-End pondrán coto a las noticias de vuestras triunfantes *eccentricities*: esta termina la batalla, y debe ser la última.

—Eso depende de vos, milord.

—Hasta mas ver, hermano.

Brian saludó y salió.

El conde lanzó un gran suspiro y abrió la misma ventana por la cual habia querido precipitarse Brian. Inclínose y miró hácia abajo.

En el mismo instante se abria la puerta exterior, y Brian bajaba la escalera del vestíbulo.

A su pié Tyrrel el ciego.

Brian le reconoció al momento. Tambien repitió que la casa de su hermano estaba cercada por los policemen.

—A mejor ocasion no podiais venir, dijo en alta voz. Prended a este hombre.

Al pronunciar estas palabras cogió a Tyrrel por los cabezones.

El intendente de policía y el médico se asomaron a la ventana del carruaje.

—¿Lo veis? dijo Tyrrel; es imposible engañarse.... Cumplid vuestro deber.

—Esperad, replicó el intendente de policía; caballero dijo dirigiéndose a Brian, ¿por qué quereis que se prenda a sir Eduardo de Makensie?

—¿Verémos lo que contesta! murmuró el médico que tenia como perito.

—Supongo, caballero, que teneis derecho para hacerme esta pregunta.

—¡Hum! refunfuñó el médico, ¡no parece muy loco!

—Soy magistrado, contestó el intendente de policía.

—En tal caso, os anenciaré que este hombre a quien dais el nombre de sir Edmundo Makensie, no es sino un facineroso, un bandido perteneciente a una banda de ladrones.

—¿Lo veis? interrumpió Tyrrel.

—Está loco, dijo el médico.

Los policemen se acercaron y formaron círculo al rededor de Brian.



—¿Podeis probarme lo que me anunciáis? preguntó el magistrado.

—A vuestro deber no toca mas que prender a ese hombre, respondió Lancaster con calma. Las pruebas son la incumbencia de la justicia del reino y no de los empleados de la policía.

—¡Hum, hum! refunfuñó el médico; tal vez no está loco.

—Ademas, añadió Brian, este hombre merece el rigor de las leyes, pues ha escapado por astucia ó por casualidad a la sancion de la justicia humana. Este hombre fué ahorcado....

Una carcajada de Tyrrel a la cual se juntaron las bulliciosas risotadas de los hombres de policía, interrumpió bruscamente a Lancaster.

—No cabe duda, está loco, pronunció perentoriamente el médico.

—¡Loco rematado, desgraciadamente para nuestra casa! gritó desde su ventana el conde de White-Manor.

—¡Prendedle! dijo el magistrado encajonándose en el fondo del carruage.

Lanzáronse los policemen a la vez; pero la voz de White-Manor habia revelado la celada a Brian, que, soltando el cuello de Tyrrel subió de un solo salto los escalones del vestibulo.

Terrible campeón era Brian de Lancaster. Los primeros policemen que se presentaron para atacarle, fueron rodando hasta el último escalon, lanzados por el robusto puño del escéntrico, que hundió lastimosamente su pecho. Subieron otros al asalto y cayeron a su turno con la cara ensangrentada y el vientre estropeado. Cada vez que el puño de Brian dejaba la posicion de guardia; cada vez que su musculoso brazo se estendia con la pronta

elasticidad de un resorte de metal, caía un hombre rodando hasta la calle para no volverse a levantar. Los sitiadores disminuian a cada instante y su ardor se apagaba, no obstante los gritos de Tyrrel y del médico, que siguiendo la lucha con el mayor interes, no cesaban de repetir:

—¡Caramba! ¡cómo se defiende! ¡con qué tacto obra! Francamente, no me sorprenderia que estuviese loco.

Ya no quedaban mas que cinco policemen al pié de los escalones, y ninguno se atrevia a medírselas con Brian. Tyrrel echaba espuma por la boca y White-Manor temblaba en su ventana.

Brian abotonó su frac. Todos creyeron que iba a abrirse paso a viva fuerza. Los policemen, que aun estaban sanos, se separaron en seguida para que no los encontrase en el furor de su carrera.

Tyrrel ocupó con resolucion su puesto.

—Milord, hermano, dijo entonces Lancaster volviéndose hácia la ventana, la celada estaba bien tendida. Si nada habeis conseguido, no es falta vuestra; y así, ¡os juro por mi honor que no me habeis de acusar de ingratitud!

Desde abajo se oyeron rechinar los dientes del conde.

—¡Paso! continuó Lancaster, que comenzó a bajar muy despacio los escalones del vestibulo, siempre en guardia y conteniendo con su mirada a los policemen aterrados. ¡Paso, Ismael Spencer, ò te mato!

Tyrrel no se movió, mas su mano derecha se introdujo entre su chaleco y su camisa.

En el mismo instante se abrió poco a poco y sin ruido la puerta de la casa de White-Manor, y un hombre se deslizó a gatas a lo targo de los escalones. Al llegar Lancaster cerca de Tyrrel y al ir a precipitarse sobre él,

barazó aquel hombre las piernas de Brian y cayó este de espaldas.

Los policemen se echaron en seguida sobre Brian y en un abrir y cerrar de ojos le ataron sólidamente las manos y brazos.

El hombre que se habia deslizado a lo largo de los escalones, se levantó entonces y enseñó, al resplandor de los reverberos, la cara insolente y baja a la vez del intendente Gilberto Paterson.

Tyrrel retiró la mano de su pecho. Sin este incidente inesperado, Brian hubiera sentido en su corazón la escelente hoja de puñal que el judío llevaba constantemente encima.

El cautivo, sólidamente atado, según hemos dicho, fué colocado en el carruaje entre el magistrado y el médico que por último declaró formalmente estaba loco en realidad.

—A Bedlam, dijo el magistrado.

Una voz extraña descendió de la ventana a que estaba White-Manor, y repitió entre las convulsiones de una risa insensata:

—¡A Bedlam! ¡A Bedlam!

El carruagé marchó al galope. Tyrrel y Paterson volvieron a entrar juntos en casa del lord y penetraron hasta el salón.

White-Manor, con mirada huraña y cara escarlata, se agitaba frenéticamente en medio del cuarto y volvía continuamente a todos lados, bailando, riendo y repitiendo:

—¡A Bedlam, a Bedlam!

Tyrrel y Paterson se instalaron cada uno en un sillón y se pusieron a examinarle con la mayor curiosidad.

—A falta de Brian de Lancaster, dijo por último Tyr-

rel, ¿quién será par, después de White-Manor, señor intendente?

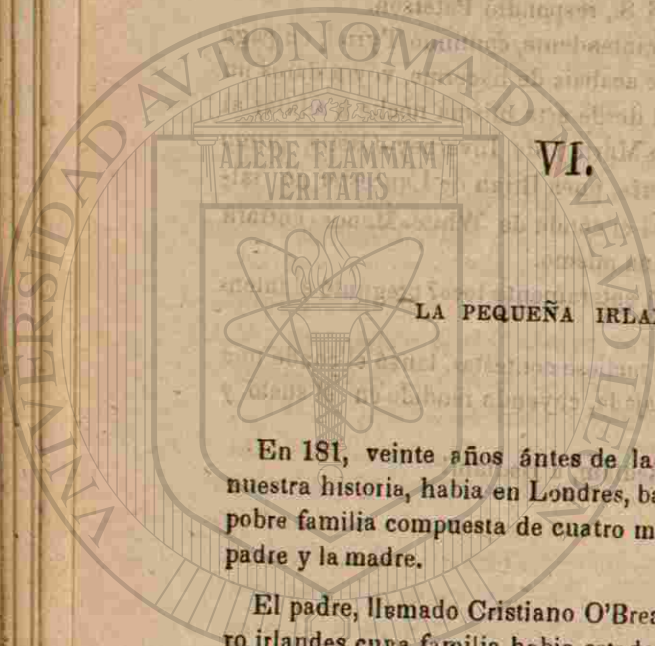
—El honorable Algernon Murray de Inverney-Castle, primo hermano de S. S., respondió Paterson.

—Pues bien, señor intendente, continuó Tyrrel, en pago del gran servicio que acabais de hacerme, voy a daros un buen consejo.... id desde esta misma noche a adular al honorable Algernon Murray de Inverney-Castle, primo hermano de su Señoría, pues Brian de Lancaster no saldrá ya de Bedlam, si el conde de White-Manor entrará positivamente mañana mismo.

—¿Creeis que está enteramente loco? pregunté el intendente.

Antes que Tyrrel pudiese contestar, lanzó el conde una última y ronca carcajada, cayendo rendido en el sueto y repitiendo:

—¡A Bedlam, a Bedlam, a Bedlam!



En 181, veinte años ántes de la época en que pasa nuestra historia, habia en Londres, barrio de San Gil, una pobre familia compuesta de cuatro miembros: dos hijos, el padre y la madre.

El padre, llamado Cristiano O'Breane, era un caballero irlandés cuya familia habia estado algunos años ántes en una posición opulenta en la provincia de Connanght. Sus bienes, como los de tantos otros, habian pasado poco a poco a poder de un lord protestante, del cual habia sido últimamente arrendador Cristiano O'Breane.

¡Sabida es la deplorable existencia de los arrendadores de Irlanda! El infeliz Cristiano O'Breane, gastando poco y trabajando mucho, habia cubierto hasta entonces las necesidades de su familia, y dado a su hijo una cierta educación; pues además de los beneficios de su explotación, poseía cuatro modestos terrenos, resto bien pequeño de la fortuna de sus abuelos.

Un día, antojósele al intendente del lord, el cual gastaba en Londres su renta irlandesa, disputar a Cristiano O'Breane los cuatro terrenos que eran todo su patrimonio. Hubo un proceso. En Irlanda, no puede de modo alguno decirse que la justicia tiene dos pesos y dos medidas; no tiene ni pesos ni medidas, ó mas bien, su balanza, invariablemente inclinada del lado de Inglaterra, deja siempre vacío el plato que a la Irlanda respecta. Las causas se instruyen por medio de una simple pregunta:—¿Sois protestante? ¿no? pues no teneis razon; renunciad a todo por orden del rey.—¿Sí? por orden del rey tambien ¡tomad, saquead, devorad!

La victoria mas completa coronó el infame atentado del intendente, y privóse a O'Breane de la tierra que alimentaba a sus hijos; tierra que podía a lo mas mantener un perro de ganado.

En el momento en que trazamos estas líneas, la Irlanda se agita, sometiendo al mundo civilizado sus lamentables agravios. Abre sus harapos para enseñar desnudas las horribles llagas de que la ha cubierto la mano voraz y bárbara de la Inglaterra. Al propio tiempo se subleva irritada contra sus indignos opresores. Reúnense algunos tribunales arbitrales y neutralizan los tristes efectos de la iniquidad protestante.

Pero entonces el oprimido bajaba la cerviz en silencio. La emancipación de los católicos, esa medida insuficiente, pero cuyos resultados serán mas ventajosos con el tiempo, parecia a los ojos de todos una quimera imposible. Era tan grande la desesperación que arrastraba en pos de sí la apatía y adormecía a las víctimas en su miseria.

Como Cristiano O'Breane habia tenido la punible insolencia de sostener un proceso contra su lord, negóse

este a renovar su arrendamiento, y al espirar el último espiraron también sus obligaciones de arrendador de lord.

Hay un hecho raro. Todos los infortunios de Irlanda vienen de Londres; de Londres desbordan sobre la desdichada Erin esas oleadas de insaciables especuladores que, bien sea de agentes de negocios, bien de altas y bajas dignidades de la Iglesia anglicana, esa casa de comercio clerical, ese piadoso y devorado vampiro, ese vergonzoso monumento de hipócrita rusa y de simonía organizada; bien de negociantes, bien de magistrados, llegan hambrientos, ansiosos de adquirir, resueltos a tomar a manos llenas, sin descanso y sin escrúpulo, en aquella pobre tierra conquistada, cuyos hijos han olvidado al parecer su antiguo valor y no saben más que amenazar en vano en charlatanes meetings, ó lamentarse a grandes gritos como las mugeres. En Londres se hallan los marqueses y vizcondes, nobles de un día, negociantes ó abogados, rebujados por decreto en nombres históricos que estraen de lejos la vida más preciosa del país, y la agotan a fuerza de esacciones. De Londres vienen esas leyes tan miserables, tan infames, que agravan de día en día la esclavitud de muchos millones de cristianos. En Londres reside ese parlamento enemigo que se compadece después de beber, y vierte lágrimas de borracho por las víctimas del tráfico de negros, que ya no existe, encarnizándose en cambio, sin conmiseración ni pudor, en el agonizante cadáver de un pueblo de hermanos. ¡Pues bien! siempre se vuelven hacia Londres las miradas del irlandés que vio frustrarse sus esperanzas. Londres despide una lejana y mística esperanza que va á animar el desaliento, evitar la apatía è imponer silencio a los sordidos gritos de una larga hambre. Londres es el puerto. Los infelices se figuran encontrar allí la compensación de tantos males acumu-

lados. Es un sentimiento innato, una especie de superstición; todos quieren ir a Londres, y creen ver acabadas sus penas en cuanto entran en la populosa ciudad.

Y a la verdad, las más venenosas serpientes llevan consigo el antídoto del veneno que destila. La víbora, la mortal cobra de capello, la misma temible serpiente de cascabel, tiene en una parte cualquiera, en la cabeza, un remedio soberano contra su propia mordedura. ¿Por qué no sucede otro tanto con Londres?

Pero para hallar el remedio es preciso cortar primero la cabeza.

Cristiano O'Breane fué a Londres con algunos maravedises y se estableció con su muger é hijos en Buckridge-Street, en el centro de esa parroquia de San Gil, cuyas miserias se han hecho europeas, y que ennegrece, como una grande mancha de cieno, los barrios más opulentos de Londres comercial.

Todas las grandes ciudades tienen sus sentinas y cantarillas donde la indigencia, multiplicada por el vicio, acumula oscuros montones de dolores y de infamias; pero ninguna puede disputar a Londres la palma de las miserias y del oprobio. En otros puntos, en Paris, aquellos que mueren de hambre y de sed, y aquellos que luchan contra la ley, se confinan en tenebrosas cloacas, lejos de las luminosas vías donde se desliza la vida fashionable. La calle de *Fébes* está en las antípodas del boulevard de Gand, y los chiribitúes del barrio de San Marcelo no pueden de modo alguno viciar el aire puro del jardín de las Tullerías. En Londres se mezcla todo en un desorden cínico y horroroso. Por todas partes insulta brutalmente a la miseria un lujo desenfrenado; por todas la pobreza criminal y armada acecha al lujo a su paso.—Entre dos ca-

lles suntuosas, cuyas aceras, iluminadas por las noches por los blancos resplandores del gas, están guardadas por una profusion de policemen, se halla la callejuela negra, desierta, temida. Bajo el rebevero está el agente de policía; a la sombra el bandido; por las aceras pasea la multitud egoísta, indiferente, bien mantenida; en medio de la calle están el niño ó el anciano tirando y muertos de hambre.

¡Y por todas, lo repetimos, por todas, ese monstruoso vecindario! en el West-End como en la Cité, en Pimlico como en las orillas de esos famosos docks donde se acumulan las riquezas de las cinco partes del mundo.

Podía hacerse una comparación bajo la cual puede tal vez haber algo escagerado; pero que no deja de ser por eso justa y sinceramente pintoresca en su espantosa energía, diciendo que Londres se parece a una cortesana leprosa, cuyo vestido bordado de oro hubiese agujerado la orgía, que enseñase por cada agujero a los transeuntes los horrores de sus innumerables úlceras.

Ahora bien; el agujero mas grande de esa túnica cargada de oropeles, aquel que deja ver la llaga mas desnuda, mas profunda, mas vergonzosamente gangrenada, se abre en el mismo seno de la grande cortesana. San Gil, la pequeña Irlanda, como si el nombre de Irlanda debiese aliarse fatalmente a todo exceso de miseria, está cerca de Soho-Square y de la plaza de Bedford, entre el rico Holborn y el noble Oxford-Street.

Nada hay en el universo comparable a San Gil. Es, permítasenos esta espresion, una especie de falansterio completo de la miseria y del vicio, esos dos elementos del crimen. Allí todos los sufrimientos y todos los oprobios llegan al supremo grado; allí vuelto el hombre al estado salvaje, no conociendo a Dios, sin nocion alguna del bien

y del mal, se estanca en su fango, ó se desata con furor contra la civilización que le rodea. Allí no hay entre ambos secos mas distincion que la fuerza. La misma muger no se prostituye, sino que se entrega a quien la maltrata.

Tal es en el día el cuadro de San Gil; sin embargo, no faltan escritores elocuentes y generosos que, habiendo recientemente intentado probar los inverosímiles horrores de los cellers de S. Gil, pretende que comienza a manifestarse en ellos cierto progreso. Añaden que S. Gil de 1844 no se parece en nada a S. Gil de 1820.

¡Misericordia, misericordia!

¿Qué era, pues, en 1820? digan esos esciitores generosos. Se sabe que en Inglaterra hormiguean los escritores generosos, los caritativos utopistas, los oradores elocuentísimos y sumamente difusos, consagrados, en palabras, al culto esclusivo de la piedad. La Inglaterra es la patria clásica de la filantropía. Aunque la palabra sea griega, la idea es inglesa, y si el hambre pudiese conjurarse contra las grandes frases, la facundia de ciertos señores alimentaria facilmente a los tres reinos. Estos escritores generosos, repetimos, podrian decirnos ¿qué hay mas desnudo que la desnudez, mas mortal que la inanición, mas vicioso que el vicio, mas repugnante que el cieno? Los desgraciados, metidos por docenas en cuevas húmedas, ¿se alimentaban acaso peor entónces que ahora? ó mas bien, ¿el morir de hambre era mas horroroso en aquel tiempo que hoy? ¡Oh! bien sabeis decirnos el número de infelices jóvenes que, en esos pasadizos infectos condecorados con el nombre de calle, sobre las orillas de esos arroyuelos negros, espesos, pestilenciales, sucumben a horrosas enfermedades; el de niños que perecen en su cuna envenenados por el aire del antro paterno, el

de hombres que en la fuerza de su edad caen estenuados en medio de la calle y ecshalan su alma dirigiendo una ansiosa mirada a vuestras suntuosas habitaciones, cuya ventana no se abre para echar al agonizante la salvacion bajo la forma de un pedazo de pan. Todas estas cosas son demasiado curiosas para no encontrar editores. La filantropía comprendida así, ahora que lo horrible está a la moda, es una triunfante especulacion. No se os puede negar que sois hombres hábiles, famosos comerciantes, grandes filósofos. Tambien es verdad que hablais mucho, ¿pero qué haceis? Nada. Solo vuestros labios son caritativos, y al fin y al cabo vuestros enfáticos sollozos se revuelven en alegres libras esterlinas.

¿Y por qué no? ¿En un pais en que la misma religion es un comercio, en que el protestantismo ha establecido un peage hasta bajo las nobles bóvedas del real Westminster, no es lógico y conveniente traficar así con la piedad?

El mal es muy grande, dicen algunos, y está muy profundamente arraigado para que pueda esperarse remediarlo. Eso quiere decir que los habitantes de San Gil son muy pobres hasta para comprar esas pequeñas biblias mal impresas, comentadas, falsificadas, que nuestras sociedades evangélicas venden piadosamente a los salvajes y meten entre un barril de rack y una parte de ópio, lo que hace tres venenos segun la aritmética. Eso quiere decir que la operacion no presenta ningun lado favorable para aconsejar, y que esas tristes familias que se alimentan con cáscaras de patatas, no podrian pagar las lecciones de un profesor de moral.

Mas vale por lo tanto que siga San Gil con sus miserias que aventurar algunos capitales.

Victorioso nos parece el argumento. Pero en tal caso

echad un velo sobre esas ignominias. No permitais a vuestros oradores poéticos el cuadro de esas repugnantes miserias; no hableis con énfasis en vuestros informes oficiales de la ciencia del mal ecistente, tan profunda, tan miuciosa, tan preciosa, que acusa vuestra inaccion y pone en vuestra frente, en la frente de todo un gran pueblo, un sello de infamia.

A la verdad, cualquiera que conozca la Inglaterra, convendrá en que el curso de las cosas es inevitable y normal. Léjos, muy léjos estamos de hablar a lo San Vicente de Paula, y el que escribe estas líneas no tiene ni siquiera la esperanza de despertar la conmiseracion de algunas ladies; porque San Gil no es un misterio, y mas de veinte plumas han espuesto ya los harapos que ocultan sus horribles llagas.

Aquí no describimos mas que por describir. En Londres ¡ay! el hombre cuyo corazon es verdaderamente noble, desespera, y el mismo San Vicente de Paula, cuyo nombre bendito acabamos de pronunciar, renunciaria su mision al ver lo bien cerradas que están todas las puertas a la limosna. Lo que precede no es ni puede ser una ecshortacion: demasiado sabemos a donde llega la sordidez británica: no son mas que algunas palabras tiernas, arrancadas por el reciente aspecto de una miseria sin par. Contrariamente a la opinion citada, creemos, y por desgracia los documentos oficiales lo prueban así, que la miseria de San Gil se ha aumentado en estos últimos años; el mismo San Gil se ha estendido como se estiende una mancha de aceite, dirigiendo las ramas de su tronco podrido a lo largo de las calles oscuras que descenden hacia Convent-Garden. San Gil envenena a la mitad de Londres.

Vanamente abren a traves de sus cenogales anchas ca-

lles, hermoheando, entre sus pobres viviendas, el óvalo dorado de la verja de un square, al lado del square, a lo largo de la calle, ecsiste San Gil; ni el ladrillo, ni el yeso, ni los albañiles pueden hacer nada.

Si sir Roberto Peel, nuestro hábil ministro, se viese [lo que Dios no lo permita] en el momento de la agonía, ¿qué pensaría de un médico que tomase para curarle unas tenacillas, le diese de colorete en sus megillas pàlidas, y quisiese combatir el mal adornando su flaco cuello con el elegante nudo de un pañuelo almidonado? ...

Roberto Peel echaria al doctor con cajas destempladas, a pesar de su grande costumbre de calma parlamentaria. Por lo ménos así creemos que obraria.

Pues bien, considerad la inconsecuencia; Roberto Peel imita aquí al fantástico doctor. Lava la cara al barriote agonizante. Una multitud de hombres sufren y mueren, y Roberto Peel les abre una calle. Agítase en las convulsiones supremas, y Roberto Peel hace votar fondos para construirles un square.

Si el honorable baronet no fuese un hombre sumamente formal, podia pasar esto por una atroz burla: porque digan lo que quieran, los albañiles y los empedradores no combaten mas que las ruinas y el cieno; cosas no solo soportables sino verdaderos paraísos para los infelices, si a sus inmediaciones encuentran un pedazo de pan. La verdadera llaga es la miseria, ¡la miseria que engendra el vicio! Para que desaparezca no basta gastar millones en barrer las inmundicias materiales que en su torno amontona; seria preciso una pródiga beneficencia nada natural a nuestras costumbres mercantiles, y cuyas ventajas, por otra parte, se contrapesasen por numerosos peligros ó un trabajo público liberalmente organizado.

Pero antes de todo eso, y esencialmente, seria preciso

derramar alguna luz en esas espesas tinieblas. Seria preciso volver a ese pueblo embrutecido el uso de su inteligencia y de su alma. Al paso que se sostuviese el cuerpo, deberia moralizarse el alma. ...

—¿No se fundará nunca en Londres, donde tenemos tantas asociaciones burlescas, tantos clubs inútiles; no se fundará, decimos, una sociedad cuyo objeto sea importante y realmente cristiano? Hermosa es la negrofilia; virtud sublime es tambien la templanza para un ingles; ¿pero cuándo tendrá un apóstol la caridad, la verdadera caridad, que no se conmueve solo por los problemáticos sufrimientos de los Hotentotes y de los Malgaches? Los Pedros el Ermitaño ingles, se limitarán eteramente a reunir mil ó dos mil aldeanos al rededor de un banquete de agua clara para hacerles prestar falsos juramentos.

En una palabra, ¿prodigarémos bellas frases para llegar a resultados casi insignificantes? ¿No aparecerá un dia de esta parte del estrecho algun *eccentricman* heróico, algun padre Mathews de la beneficencia?

Francamente hablando, no osamos esperarlo. La *eccentricity* tiene límites, y el hombre que quisiese abrir a la fuerza la caja de nuestros lores, de nuestros banqueros, pasaria esos límites convenidos para entrar sin obstáculo en la estravagancia.

En 181, como hoy San Gil, era por escelencia el barrio de los desgraciados. Es inútil añadir que por esta razon sola hubiera merecido el nombre de pequeña Irlanda; pero este sobrenombre, que nada tiene de metafórico, le fué dado en realidad por el gran número de irlandeses que pueblan sus mefíticas cuevas [cellars] (\*). Los pisos su-

(\*) En los barrios pobres, las cuevas que en los demas sirven de cocina dispensas, están habitadas por una ó algunas familias.

periores de las casas sirven de asilo a gentes llenas de necesidades, pero en estado de procurarse, en caso necesario, lo que es indispensable a la vida. Se entiende que hablamos en general, pues hay casuchas atestadas, desde la cueva hasta el desvan, de seres humanos medio desnudos que han olvidado hasta el gusto del pan.

O'Breane vivía en una pequeña casa ménos miserable en apariencia que las demas, y su pequeño peculio bastaba para asegurarle algunos años una especie de opulencia relativa.

Era un hombre de complecion débil y de carácter ardiente. Como todos sus compatriotas, había fundado en su residencia en Londres todas sus esperanzas de salvacion. A la vuelta de un mes, vió lo que podía esperar, y apoderóse de él un gran desaliento. Solo una cosa le consolaba, el pensamiento de la Irlanda, y la esperanza de volver a pasar algun dia el canal de San Jorge.

Así sucede siempre. En cuanto está en Londres el irlandés, siente en el alma haber dejado su verde Erin; piensa en ello sin cesar; tanto como deseaba ver a Londres, tanto se apresura a huir de él desde que respira su pesada atmósfera.

Pero era sobrado tarde. Cristiano O'Breane había gastado mucho y no tenía con que hacer de nuevo el viage.

Mistress O'Breane, muger afable y laboriosa, cuya vida había pasado en medio de los modestos trabajos de sus rústicos quehaceres campestres, no veía sino por los ojos de su marido, no amaba mas que a él en el mundo con sus hijos, y no tenía mas voluntad que la suya. Su hija Isabel, alegre, muy placentera siempre, ligera de cabeza y quizá de corazón, era la delicia del padre O'Breane, cu-

ya frente abatida se animaba solo con las sonrisas de la bonita Betsy. Betsy tenía diez y seis años.

El último miembro de la familia, de quien no hemos hablado todavía, era un muchacho de diez y ocho años, idolatrado por mistress O'Breane; pero que el jefe de la casa no estimaba sobremanera. No puede decirse sin embargo, que O'Breane no amaba a su hijo, porque, en cuanto de él había dependido, habíase esforzado en darle una buena educacion; pero el jóven tenía un ingenio particular, cuyas prontas temeridades espantaban al honrado irlandés, que sentía amargamente por momentos que un mozo tan gallardo no tuviese el ingenio como los demas hombres. Porque en Irlanda como en los demas puntos, los padres desean con ansia que sus hijos tengan el ingenio como los demas hombres.

El hijo de O'Breane se llamaba Fergus. En todo Londres no se hubiera encontrado una cabeza mas hermosa sobre un cuerpo mas armonioso. Tenía en esa edad de diez y ocho años, en que la virilidad no fija aún el contorno de las líneas, esa hermosura juvenil y sensual que la voz latina *formosos* describe de una manera completa é inimitable. Tenía mas. Un porvenir de vigor extraordinario se dejaba ver bajo la gracia de sus bellas formas. Los rizos suaves y flotantes al acaso, de sus abundantes cabellos, ocultaban en parte una frente real, llena de voluntad, de fuerza, de pensamiento. El conjunto de sus facciones en fin, delineadas tan delicadamente, que las mas preciosas ladies se las hubiesen envidiado; tenía, tras una apariencia de indiferente valor y de meditación, una espresion de inteligencia profunda, mezclada con un orgullo sin límites.

El buen Cristiano O'Breane no había visto tal vez todo esto. Aun suponiendo que si, hubiera experimentado



una profunda pena, porque demasiada inteligencia y orgullo es una peligrosa condicion en la vida de un irlandés.

Hasta entonces habia ayudado Fergus a su padre en los trabajos ménos duros de su quinta, y recientemente habia tenido que seguir las diferentes fases del proceso entablado por el mayordomo del lord. En Londres, entre todos los oficios que la ciudad le ofrecia, eligió el de corrector de pruebas, entrando en esta calidad en la casa tipografía de Balderius y Mung, Oxford-Street.

El aire de Londres, que tanto pesaba sobre los padres, parecia, por el contrario, haber dado una nueva vida a sus dos hijos. Betsy trabajaba desde por la mañana hasta la noche al lado de su ventana, cantando alegremente, y al anochecer iba a llevar su trabajo a la explotación de modas de High-Holborn. Nunca se la habia visto tan contenta. Fergus trabajaba tambien con grandes ánimos; leia en sus horas de descanso, y ganaba ya alguna cosa desde el segundo mes de su estancia en Londres.

Era verdaderamente el único sosten de la familia, pues la industria del buen O'Breane era del todo inútil en Londres. La mas risueña esperanza de los padres era por lo tanto reunir la suma necesaria para volver a Irlanda. Debían llevarse a Betsy, a quien casarian allí con un honrado católico, volver a tomar un arrendamiento; y Fergus, que no servia para trabajar la tierra, y que, según sus ánimos, haria allí algo con el tiempo, quedaria en Londres, donde el Señor le protegeria.

Pero el dinero se reúne lentamente; el buen Cristiano comenzó a sufrir y acabarse, y mistress O'Breane por una misteriosa afinidad, cayó tambien enferma. Mas de vein-

te años hacia que sus gozos y pesares eran los mismos de su marido.

Fergus, que habia comprendido al momento y con una inteligencia muy superior a su edad, los motivos y gravedad de aquella tristeza que pesaba sobre la casa paterna, redobló su energía. Su padre vió entonces perfectamente su mucho valor, y conoció algun tanto el tesoro de fuerza y de bondad que el corazón de su hijo encerraba. Mas no le conoció a fondo, pues entregado enteramente a sus sufrimientos y dominado por esa egoista indiferencia que hay en la nostalgia, el buen O'Breane concentraba poco ó nada su atención en las cosas que no eran él mismo ó la patria.

Su carácter se habia vuelto sombrío y vengativo. En dias mas prósperos, al hablar de Inglaterra, lo hacia, bien es verdad, con la amargura irlandesa y el odio natural al oprimido; pero aquella amargura y aquel odio eran mitigados por sus preocupaciones de cada dia, y el ardor de su temperamento se gastaba en el trabajo. Mas en aquellas horas de Londres, en aquellas horas de ociosidad forzada y de sufrimientos, espresaba su rencor contra la Inglaterra en quejas elocuentes, cuya energía desesperada iba como una bala al corazón de Fergus.

Este escuchaba en silencio. A veces palidecia, y en su mirada tan afable de ordinario, veíase una espresion que hacia temblar a mistress O'Breane.

Solo Betsy estaba contenta en medio de aquella tristeza. Cada dia adelantaba algunos minutos la hora de llevar su trabajo. Despues de algunas semanas parecia haber adivinado la coquetería. Sus hermosos cabellos caian hacia algunos dias en simétricos bucles a lo largo de sus mejillas, y su vestido tan castamente abrochado

antes, mostraba, quizá por negligencia, las blancas promesas de un pecho de virgen.

Todas las tardes, antes de salir, consultaba varias veces el pequeño espejo suspendido a la pared del cuarto comun.

Un día volvió Fergus despues de concluido su trabajo y no encontró a su hermana de vuelta. Fergus amaba a Betsy con pasion.

Mistress O'Breane estaba atormentada. Cristiano sufría más que nunca.

En vano esperaron. Betsy no volvió. Betsy no debía volver mas.

Aquella noche fué una noche de desesperacion y de lágrimas para la infeliz familia. Mistress O'Breane ahogaba sus gemidos; Cristiano, cuya cólera ecshaltaba la calentura, se desahogaba con invectivas locas y culpaba a la Inglaterra por la pérdida de su hija.

La madrugada se acercaba.... Betsy estaba perdida.

Fergus guardaba el mas profundo silencio en un rincón del cuarto. El infeliz estaba pálido, con las cejas fruncidas, y apenas respiraba.

Cuando fué de día, besó la frente de su madre y apretó la mano de su padre.

—Voy a buscar a Betsy, dijo.

—Todo el dia estuvo fuera, y por la noche volvió solo, abatido y rendido.

Nada le preguntaron sus padres. Mistress O'Breane juntó sus manos y cayó de rodillas. Cristiano se incorporó un poco. Lu calentura habia hecho desde la víspera espantosos progresos. Habia síntomas de muerte próxima en su cara lívida y descarnada. ¡Todo me lo han arrebatado! exclamó con una voz hueca y que temb a-

ba de odio tanto como de cólera. ¡Todo, mi pan y mi hija!

—¡Nuestra hija, nuestra pobre hija! murmuró la madre desconsolada.

Fergus habia ido a sentarse al sitio de la víspera, guardando un sombrío silencio.

—¡Los sajones, los sajones! añadió Cristiano con voz embarazada y gesticulando con locura; ¡ladrones, asesinos, infames!

Su cabeza cayó como un tronco en la almohada. Una convulsion agitó la cama. Luego una voz que parecia salir de la tumba, hizo estremecerse dolorosamente a Fergus.

—Hijo mio, decia, tu padre se muere; tu hermana está deshonrada. ¡Animo y guerra a la Inglaterra!

Fergus se levantó por instinto a aquella órden estraña, a la cual sucedió un profundo silencio.

Despues estallaron grandes sollozos. Mistress O'Breane medio loca, se esforzaba en vano en calentar las manos de Cristiano que habia muerto.

Fergus se arrodilló y rezó.

Mistress cesó de pronto de llorar. Una serenidad extraordinaria iluminó su cara. Abrió las sábanas y acostóse al lado de Cristiano.

Habia veinticinco años que vivia unida aquel hombre, su primero su único amor.

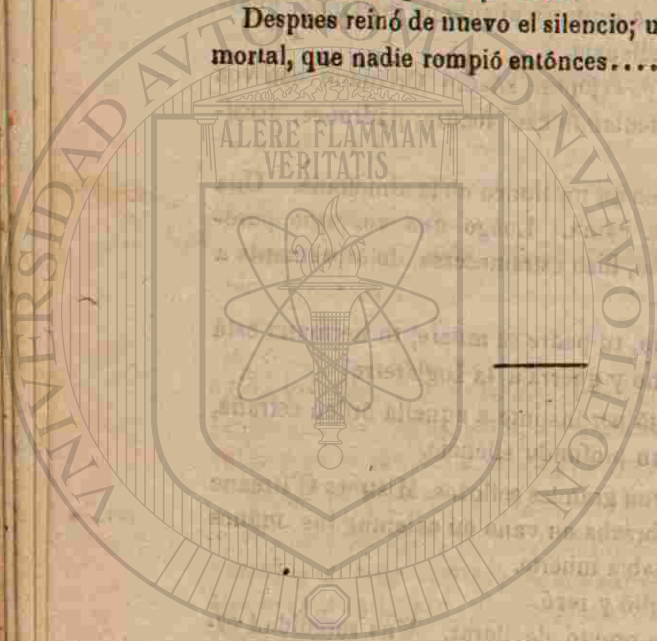
Al cabo de una hora, Fergus que continuaba de rodillas y ocultaba entre sus manos su cabeza, se estremeció otra vez.

—Amadísimo hijo, decia mistress O'Breane, con una voz tan débil que llegaba a los oídos de Fergus como un silencioso murmullo: tu padre ha muerto, tu hermana está

deshonrada; voy a rogar por tu hermana y a unirme de nuevo a tu padre.... ¡Adios!

Fergus lanzó un grito despedazador y cayó al suelo, abrumado por aquel triple dolor.

Después reinó de nuevo el silencio; un silencio lúgubre, mortal, que nadie rompió entonces....



## VII.

### PRIMEROS AMORES.

Ya era día cuando Fergus O'Breane se despertó de su largo desvanecimiento, para encontrarse solo en aquel cuarto comun, silencioso entonces y resonando momentos antes con tres voces queridas, solo a la vista de dos cadáveres; solo allí, y en adelante solo en el mundo.

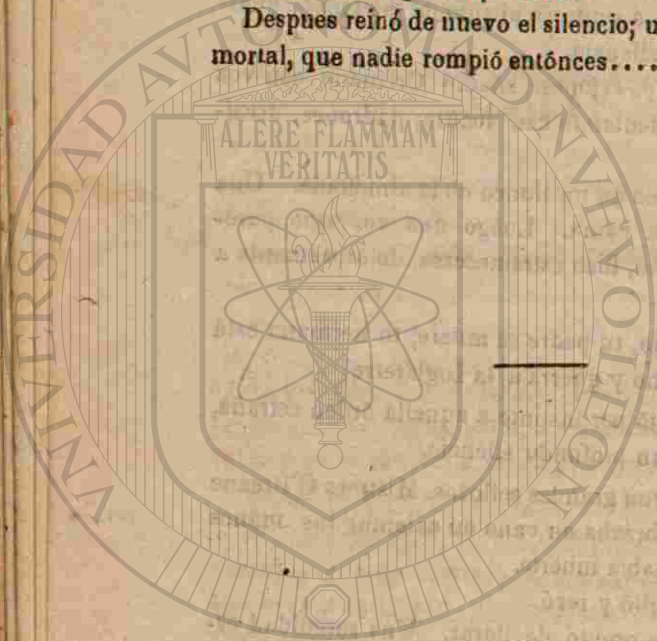
Muy joven era Fergus, y su corazón tenía una fuerza de amor que se había gastado todo entero hasta entonces en las afecciones santas de la familia. Un inmenso dolor comprimió su alma, que cedió momentáneamente a aquel espantoso choque.

Pero Fergus poseía una energía todavía ignorada, por falta de ocasión para manifestarse; una fuerza iudomable y casi sobrehumana; un vigor elástico, cuyo resorte oculto resistió por instinto a aquel primero y terrible ataque de la muerte. Sorprendióse viéndose tan valiente en aquella bárbara desgracia, y estuvo para reconvenirse por la extraña serenidad que conservaba en medio de aquel cuadro supremo de desconsuelo.

deshonrada; voy a rogar por tu hermana y a unirme de nuevo a tu padre.... ¡Adios!

Fergus lanzó un grito despedazador y cayó al suelo, abrumado por aquel triple dolor.

Después reinó de nuevo el silencio; un silencio lúgubre, mortal, que nadie rompió entonces....



## VII.

### PRIMEROS AMORES.

Ya era día cuando Fergus O'Breane se despertó de su largo desvanecimiento, para encontrarse solo en aquel cuarto comun, silencioso entonces y resonando momentos antes con tres voces queridas, solo a la vista de dos cadáveres; solo allí, y en adelante solo en el mundo.

Muy joven era Fergus, y su corazón tenía una fuerza de amor que se había gastado todo entero hasta entonces en las afecciones santas de la familia. Un inmenso dolor comprimió su alma, que cedió momentáneamente a aquel espantoso choque.

Pero Fergus poseía una energía todavía ignorada, por falta de ocasión para manifestarse; una fuerza iudomable y casi sobrehumana; un vigor elástico, cuyo resorte oculto resistió por instinto a aquel primero y terrible ataque de la muerte. Sorprendióse viéndose tan valiente en aquella bárbara desgracia, y estuvo para reconvenirse por la extraña serenidad que conservaba en medio de aquel cuadro supremo de desconsuelo.

—Volvióse a poner de rodillas y trató de rezar; pero una voz mística resonó en sus oídos y murmuró las últimas palabras de su padre moribundo:

—¡Animo, y guerra a la Inglaterra!

Levantóse de un salto. La graciosa línea de sus cejas se frunció con violencia; un matiz de púrpura reemplazó la palidez de su hermoso rostro, y su mirada despidió un ardiente destello.

No cabe duda en que esta espresion no era el fugitivo encono de un adolescente, sino el odio de un hombre: en aquella miserable habitación de Londres se formaba la nube precursora de una tempestad que podia trastornar los tres reinos.

Acercóse Fergus a la cama de sus padres, y haciendo antes la señal de la cruz, pronunció sobre el pecho de Cristiano estas solemnes palabras:

—Os juro, padre, que os obedeceré.

Después humedeció sus dedos en la pila de agua bendita que habia a la cabecera de la cama y cerró los párpados abiertos aún, de Cristiano O'Breane. Mistress O'Breane parecia dormir un bienaventurado y apacible sueño; después de besar Fergus su frente, salió para ir a buscar un sacerdote.

Semejantes dias son para el hombre verdaderas semanas. Cuando se vió solo Fergus, después de haber acompañado a su padre y a su madre a su postrer asilo, sintió apagada ó adormecida en él la impetuosidad juvenil de la adolescencia. En su lugar, bullia en el fondo de su corazón un ardor grave, sério, poderoso, que se dirigia a un solo y único fin; la obediencia a la última voluntad de su padre.

Comenzó, pues, desde entonces para él una vida de un trabajo incesante. Aunque niño aún, combatió a brazo partido con lo gigantesco, si no con lo imposible.

Estudió, sostenido por una actividad sufrida y ardorosa a la vez, las ruedas complicadas de la constitucion Británica. Disecó al coloso para ver donde estaba su corazón. Tocó uno por uno todos sus músculos, comparó las mil arterias que le dan la vida, reconoció las partes flacas, midió las llagas abiertas ya y las que se abrian por momentos en todo su cuerpo, y se hizo, por la sola energía de su voluntad, un gran perito en aquellas cosas de alta política, que de ordinario deslumbran la inteligencia ejercitada de los mejores hombres de estado.

Sin embargo guardó el mas sepulcral silencio. Ningun folleto salió de su pluma. ¿Qué queria, pues, hacer de su ciencia?

A pesar de conocer tan perfectamente las partes vulnerables, no se le ocurrió ni siquiera atacar, y con todo la voz de su padre moribundo resonaba todavía en sus oídos; en medio de la noche, como a la madrugada, oia aquellas horribles palabras: ¡Guerra a la Inglaterra!

En aquel tiempo se le hubiera podido ver recorrer con frecuencia, pensativo y con la cabeza baja, las calles tortuosas de San-James-Park. Las ladies se paraban para mirar aquel jóven cuya hermosura era casi mitológica; cuyo paso lento y gracioso contrasba extraordinariamente con el paso agarotado y el cuerpo ridículo de los *elegantes* del paseo. Admiraban las delicadas riquezas de su naturaleza, sus facciones finas y a las cuales hubiera podido reprochárseles una afabilidad casi femenina, si el arco aguileño de sus orgullosas cejas no diera a su fisonomia un carácter particular de grande virilidad.

Nadie sabia su nombre. En Londres, país del positi-

vismo, llevan no obstante las mugeres al esceso la manía de lo extraño y misterioso. Aquel gallardo jóven desconocido, triste, solitario, vestido siempre de luto riguroso, escitó en breve un interes romancesco. Mas de una noble dama le siguió muchas veces con ansiosas miradas, mientras que se perdía en las sinuosidades de las arboledas, y no pocas veces se vió, en el fondo de un suntuoso carruaje, a una gorra blanca inclinarse poco a poco, ó a unos hermosos ojos lanzar una de esas miradas con que quisiera abrasar el amor al objeto a quien son dirigidas.

Pero Fergus pasaba sin ver y constantemente solo en medio de aquella brillante multitud; siendo el blanco de todos no veia a nadie.

Aun los mismos gentlemen se dignaban de lo alto de su corbata, reparar tambien en el jóven irlandes. Habíasele visto a menudo apoyado en la verja, absorberse en su pensamiento, lanzando de cuando en cuando al palacio real de San-James largas é inesplicables miradas.

—¿Por qué aquel jóven vestido de luto, a quien ninguno conocia y que no conocia a nadie, miraba hácia el palacio de San James?

Tirar al blanco sobre el rey ó sobre los ministros es en Londres un capricho tan comun a los maniáticos, que la parte sana y habladora de los gentlemen que frecuentan el Park no podian ménos de pensar que el extranjero vestido de negro, circunstancia evidentemente agravante, acechaba el instante favorable para probar su destreza en S. M. el rey Jorge.

Mas se engañaban. El jóven desconocido no pensaba en matar ni al rey Jorge ni a ningun alto personaje.

Sucedió algunas veces el formarse corrillos cerca de

Fergus, que nunca dirigia una sola mirada ni a las ladies, ni a los elegantes que paseaban. Era su reflexion tan profunda, tan grande la intensidad de su trabajo intelectual, que sus ojos perdian la facultad de ver.

Con todo, una vez fué arrancado bruscamente de su incesante preocupacion. Era en el Parque Verde. Un grito penetrante irió a la vuelta de una calle el oido de Fergus. Aquel grito le profería una voz bien conocida y en un tiempo bien cara. Ocultóse rápidamente. Surgaba silenciosamente la arena de la calle, un carruaje con armas, a cuya portezuela se asomaba una preciosa cara, que se sonreía.

Fergus palideció y estuvo para desfallecerse; un tempestuoso movimiento de cólera volvió luego con violencia la sangre a sus mejillas, y corrió a precipitarse sobre el carruaje, pues habia reconocido a Betsy en la muger elegantemente vestida, y juzgó que el que la acompañaba era su raptor.

Pero no dió mas que algunos pasos. La instintiva necesidad de venganza que le habia arrastrado al pronto hácia el seductor de Betsy se apagó con la reflexion. Su plan se oponia a castigar vulgarmente un ultrage forzando al criminal a que lo pagase con su persona. Y lo llevaba tan adelantado, que al descender al fondo de su corazon, no halló odio alguno contra el hombre que habia robado su hermana: odio personal bien entendido. Aquella injuria se confundia con sus muchos agravios. El culpable no era mas que una inseparable fraccion del enemigo que su padre le habia designado.

Una idea puede ser extravagante al pronto, y bella si se analiza detenidamente. Por otra parte, no hay idea extravagante, absolutamente hablando, siuo en el radio de

las ciencias matemáticas. La victoria da a todo una profunda lógica. Reyes ha habido, dice el proverbio, que se han casado con pastoras.

Sixto Quinto tuvo rudos oficios ántes de subir al trono papal, y el gran emperador de los franceses nació tan lejos de la púrpura, que la esperanza de imitar su glorioso ejemplo pasaria en todos los países del mundo por una buena y bella extravagancia. Dejando a un lado la cuadratura del círculo y la alquimia, nada hay en nuestro sentir extravagante de tejas abajo.

Sentado este principio, que cada cual se guarde de compadecerse de Fergus O'Breane y de su fraque negro.

Cierto es, según toda apariencia, que la obra que emprendía Fergus escedía con mucho sus fuerzas; ¿pero qué proporción hay entre la enorme encina que yace desarraigada en el suelo y el microscópico insecto, cuyo diente roedor ha minado la base del coloso?

Fergus quería; también esperaba, puesto que toda voluntad supone esperanza; pero no veía las cosas a través del prisma de las jóvenes ilusiones. El obstáculo que tenía que salvar se lo representaba tal cual era; grande, anchuroso, erizado de terribles escollos. Si persistía en salvarlo es porque tenía una grande opinión de sí mismo, unida a un gran valor.

Mas no se apresuraba, y su misma paciencia era un presagio amenazador.

Para aquellos que así saben esperar los acontecimientos se reunen marchando al fin por vías ocultas. Retroceder es para ellos con frecuencia avanzar; es por lo ménos tomar terreno para lanzarse mejor y dar mayor salto.

La vida nueva de Fergus no hubiera presentado a la penetrante mirada de los mas sutiles observadores ningun

síntoma político. Nada de su pensamiento, estravagante ó no, traspiró hacia fuera; su existencia se deslizó semejante en un todo a la de los jóvenes de su edad que viven con su trabajo; llegó como todos los demás, a una fase amorosa y fué una novela. Mas aquella novela fué el primer capítulo de una historia importante.

Un año hacia que Fergus O'Breane era huérfano. Todos las semanas iba a rezar al anochecer, a la capilla católica de Belton, donde habían recibido sus padres las últimas bendiciones de la Iglesia, porque no solo era buen cristiano, sino que encontraba un consuelo y una verdadera alegría en llenar estrictamente los deberes piadosos cuyo ejercicio recomienda la comunión romana a sus adeptos en medio de aquella ciudad protestante, en la cual los cismas se multiplican infinitamente, y en la cual el culto, en todas aquellas sectas embozadas en nombres raros y ridículos, afecta con una inimitable uniformidad secas y pueriles maneras.

Fergus no había amado nunca, ni nada manifestaba en él todavía ese elemento sensual, inflamable al exceso, ese arrebató súbito, que llega del primer impulso a los límites extremos de la pasión mas escaltada; esa sensibilidad que tanto siente, y que tan pronto olvida, esa delicadeza unida a la inconstancia, que debía hacer de él un hombre peligroso entre todos, y que debía sembrar su camino de mas víctimas que pudo hacer D. Juan.

Hasta entónces sus costumbres habían sido austeras como su pensamiento. Niño hasta la muerte de su padre, había consagrado desde aquella desgracia todos sus momentos a la obra que se había impuesto. A medida que estudiaba para obrar, cambiaba su odio de naturaleza y pasaba a ser meditado, de instintivo que era. No solo quería vengarse para obedecer a su padre, sino que habiénd-

dole revelado el estudio los innumerables agravios de la Irlanda, trataba de vengar a su país.

Tales y tantas eran sus preocupaciones, que el amor no podía dominar un instante su corazón. Fergus olvidaba las vagas inspiraciones que habían embellecido sus deliciosos sueños en los últimos meses de la vida de su padre. La desgracia y la venganza ahogaban en él en su germen la violenta fiebre del adolescente que va a despertarse hombre, y no podía aún dirigir a la vez las cosas del corazón y de la cabeza.

Una tarde de primavera, en el momento en que, saliendo de la capilla de Bolton, volvía el ángulo de Shorts-Garden un cabriolé de forma antigua, del cual tiraba un hermoso caballo de labor, dió un tremendo golpe en la acera y perdió una de sus ruedas; el caballo asustado, se paró un instante, lanzándose luego de nuevo.

Un grito de mujer salió del cabriolé medio volcado.

Fergus no esperó esta llamada. Su primer movimiento le había llevado a la cabeza del caballo, cuya impetuosidad cedió bruscamente al esfuerzo de su robusta mano.

Pues Fergus, que no conocía más sus fuerzas que su corazón, tenía bajo su gracia elegante la energía de un atleta.

En el mismo instante en que doblaba las piernas el caballo enrojeciendo el bocado con su espuma sangrienta, saltó un hombre a la acera y tendió sus dos brazos al interior del carruaje.

—No os asustéis, María, dijo con emoción; vamos, pronto, querida hermana, pues este joven no podrá sujetar mucho tiempo el caballo.

La mujer a quien llamaban María no contestó. El caballo, sin embargo, cual si hubiese comprendido el des-

den que su amo hacia del joven que le sujetaba, enderezó sus piernas, y quiso saltar hacia adelante. Pero la mano de Fergus, que parecía de hierro, domó los fuegos del animal, obligándole a bajar la cabeza y a quedar inmóvil.

Al propio tiempo abrióse la puerta de la casa que formaba el ángulo de Shorts-Garden, y un lacayo se apresuró a tomar el lugar de Fergus, que continuó su camino tranquilamente.

—A fé mia, señor mio, exclamó el amo del cabriolé, que no obráis cual conviene.... Puesto que me veis ocupado con mi pobre hermana María, que se ha desmayado, bien podíais esperar un momento más para que os diese las gracias sin obligarme a correr así dejándola sola. Tal vez le habeis salvado la vida, y quisiera....

—No os molesteis, os dispense de darme las gracias.

—¡Oh! ¡oh! Pues, señor.... Lo que a vosotros los ingleses os gusta, no gusta a todos.... Y por mi parte hubiera querido apretar la mano del hombre que ha salvado a María.

Dos cosas había en estas palabras que tocaron el corazón de Fergus. Primero, una franqueza cordial a la cual era difícil resistir; en segundo lugar, un acento escocés muy pronuciado. Fergus no hubiera querido dar la mano a un inglés.

Volvió a hacia tras, y se sonrió por la vez primera después de la muerte de su padre, viendo abrir sus dos brazos al amo del cabriolé y sintiéndose abrazar fuertemente.

—Perdonad, gentleman, perdonad, prosiguió el escocés; pero sois tan valiente y amo tanto a María.... Puesto que habeis vuelto, es preciso beber juntos un vaso de vi-



no de Francia a la salud de quien querais. Ayudadme primero a sacar a mi hermana del cabriolé.

Al pronunciar estas palabras abria el escoces el cabriolé y sacaba de él una jóven desmayada. Fergus no podia, en conciencia, negarse a ayudarle a llevarla a una casa inmediata; la primera en que entró despues de la muerte de su padre.

La jóven, que habia ya vuelto en sí, fué colocada en un sofá, en una sala. El escoces besó su frente con ternura, volviéndose despues hácia Fergus, cuya mano apretó, diciendo:

—Señor mio, nosotros los naturales del Téviot-Dale no empleamos, con frecuencia, grandes frases. Yo soy hijo del arrendador de Leed, entre Annan y Lochmaben; mi nombre es Angus Mac-Farlane; vengan esos cinco, y si hoy, mañana ú otro dia, necesitais un amigo....

—Caballero, interrumpió Fergus, cuya reserva no cedia tan fácilmente, lo que yo he hecho no merece....

—¡Oh, oh! exclamó Mac-Farlane, los cumplimientos no significan nada, señor mio.... Además, vos no conocéis a Toby.... Toby es mi caballo.... Hasta hoy nunca creí hubiese un viviente capaz de detener a ese demonio de Toby, una vez lanzado.... ¡Duncan! dadnos vino y vasos.... y decid a Mac-Nab que baje.... ¡No, no, señor mio; no creais que habeis hecho una cosa fácil! Aunque no soy un rana, no haria doblar como vos las piernas de Toby.

Angus Mac-Farlane no se parecia en nada entònces al retrato que de él hemos hecho en el curso de esta historia. Era un gallardo mozo de unos treinta años, con facciones animadas, francas y alegres.

A raros intervalos, una nube pasajera que oscurecia su

frente sin motivo, era indudablemente un síntoma precursor de esa fiebre de la cabeza que eccalta los cerebros escoceses acumulando en ellos crueles visiones; pero era un síntoma lejano y que podia tener otra cualquiera significacion. Es seguro que ningun médico, por esperto que fuese, hubiera podido adivinar la estravagante enfermedad que amenazaba ya las facultades de Angus Mac-Farlane.

Habia mandado llamar a Mac-Nab, su hermano político, que habitaba Londres con él hacia algunas semanas, para recibir mejor al huésped. Mac-Nab se habia casado con la hermana de Angus. Sabemos por boca de Estevan su hijo, los pormenores de su fin trágico, en aquella misma habitacion de la casa de Randal Grahame, donde mas tarde debia ser arrebatada la infeliz Harriet Perceval. Mac-Nab tenia con corta diferencia, la misma edad que su cuñado. Era un hombre de aspecto inteligente y distinguido, pero frio.

Sus modales hacían contraste con las maneras abandonadas y la alegre franqueza de Angus: la opinion pública le daba, entre otros muchos méritos, una grande franqueza y una entera lealtad, pero su franqueza era poco comunicativa y usaba raramente de ella con las personas que no conocia. Desempeñaba las funciones de abogado (*barrister*) en los tribunales de justicia de Glasgow.

En cuanto a María Mac-Farlane, por poco que el lector se acuerde de cierto retrato suspendido entre las dos ventanas de la pieza de Iris-House, que conocemos con el nombre de "cuarto del laird" retrato que representa una jóven vestida segun la moda de nuestras últimas guerras contra Napoleon, no necesitaremos ninguna nueva descripcion. María era en efecto el original de aquel retrato

sumamente parecido, solo que María era mas bonita, mas afable, mas linda que su retrato. Iba a cumplir diez y seis abriles.

Un cuarto de hora hacia que Fergus estaba en la habitacion sin haber reparado en ella. Mac-Nab acababa de entrar, y despues de la relacion de Angus, habia dirigido atentas gracias al jóven extranjero. Todo parecia estar terminado; la frialdad urbana de Mac-Nab contrapesaba la viva cordialidad de Mac-Farlane, y Fergus, dominado de nuevo por su idea fija, deseaba poner fin a aquella inútil distraccion.

Disponíase a despedirse, despues de haberse prestado con la mayor complacencia a beber con Angus, cuando María se levantó del sofà donde la habia colocado su hermano y se adelantó hácia el centro de la sala: Fergus se detuvo cual si una mano invisible le hubiese clavado en el suelo. María tomó un vaso de la bandeja y puso en él algunas gotas de vino.

—Tambien es preciso beber conmigo, dijo con afabilidad: yo bebo a la salud de aquellos que amais.

—Fergus palideció, y hubiera caido de espaldas, a no haberlo sostenido por detras Mac-Farlane.

—Señora.... señora! murmuró con una voz que su dolor súbitamente despertado hacia temblona; aquellos que amaba han muerto.... y nunca mas amaré... quiero decir.... no sé.... quizá.... Yo bebo a vuestra salud, señora.

Habia tomado en la bandeja un vaso de vino que bebió con una prontitud llena de turbacion. La sangre habia vuelto a sus megillas. Sus ojos se bajaron como si un peso de plomo cerrase sus párpados. Su respiracion jadeaba.

Mac-Nab frunció las cejas. Las megillas de María se

enardecieron y quedó con los ojos bajos tambien, frente a Fergus.

Mac-Farlane soltó una carcajada.

—¡Bien, bien! dijo: nunca ví mas gallardo mozo que vos, señor O'Breane.... ¡Caramba! hubiera querido Mac-Nab que le hubieseis visto doblar la cabeza de Toby como si hubiera sido un poney de los Highlands.... Espero, señor O'Breane, que tendremos el gusto de volver a veros.

Fergus levantó los ojos hácia María, respondió un sí, apenas inteligible, y se retiró precipitadamente.

De un año a aquella parte, pasábanse sus noches con frecuencia sin que el sueño pusiera coto al trabajo continuo de su imaginacion. Tampoco durmió aquella, pero sus pensamientos ordinarios no presidieron a su insomnio.

Fergus amaba. Hubo un momento, uno solo, en que quiso rebelarse contra aquel sentimiento desconocido que invadia a la vez su corazon y su cabeza. Mas no le era dado combatir el amor, por fuerte que fuese, contra los otros asaltos. Aquel primer movimiento de resistencia fué la instintiva protesta de su odio, un instante olvidado. Callóse luego la venganza, terminóse la lucha, y Fergus se sumió todo entero, con un abandono completo, con una loca alegría, en aquel éstasis de amor.

Aquella noche fué como una revelacion de su vida venidera dividida entre hercúleos trabajos y sensuales delicias. Conoció súbitamente aquellas ilusiones apasionadas, aquella impetuosidad de deseos, aquella victoriosa voluntad de poseer que debia mezclar tantos deliciosos goces con sus continuas batallas. Una sola mirada habia encendido sus sentidos y su corazon. Entre el hombre de aquella noche y el hombre de la víspera, habia en lo venidero un abismo.

Sin embargo, en medio de sus aspiraciones inflamadas, aquel primer amor era poético y puro. Fergus se daba todo entero, sin reserva, sin segunda intencion. Ningun jôven amor tuvo nunca mas infinitas delicadezas. Era una verdadera servidumbre, un verdadero culto.

Y Fergus debía siempre amar así. Su corazon inconstante por naturaleza, estaba a prueba respecto de esas sociedades desecantes que son la propiedad de la inconstancia. Debía ser siempre jôven a pesar de vivir pronto y mucho; debía gastar impunemente los tesoros de su opulenta organizacion. Era moralmente lo que un pródigo que gasta el oro sin cesar en profusiones locas, sin poder arruinar jamas su inagotable herencia.

¡Oh! hermosa noche fué aquella, y Fergus conservó siempre su recuerdo: aquel amor era el primer amor. Su rastro debía quedar en el corazon, cual se impregna en los poros de un vaso nuevo el indeleble perfume del primer licor que ha contenido.

Porque el corazon puede cambiar mil veces, pero su memoria no es inconstante. Para cien delicias no hay mas que un recuerdo, en cuyo torno revolotean los otros y pasan casi borrados, pálidos, desapercibidos.

Fergus pasó doce horas en su delicioso sueño.

Al dia siguiente, por la mañana, fué Angus Mac-Farlane a visitarle.

Hay simpatías así; Mac-Farlane hubiera sido el amigo de Fergus a pesar de Fergus.

Pero este último estaba distante de rehusar la amistad preciosa del hermano de María. La intimidad entre ellos hizo grandes progresos, merced a aquel poderoso lazo. Grandes fueron tambien los del amor. María, jôven sencilla y amorosa, no podia resistir largo tiempo a aquel hermoso Fergus que tenia infusa, en cierto modo,

la ciencia de la seduccion. Amó cual era amada, sin reserva.

Mas ella debía amar con mas constancia.

La casa de Mac-Farlane fué en breve la de Fergus, que no tardó en saber todos los secretos del leal escoces y los motivos de su estancia en Londres. En cambio Fergus no le confió mas que su amor.

Así se pasaron muchas semanas. Mac-Nab conservaba siempre con O'Breane su poética ceremoniosa y fria; pero Mac-Nab en suya, no era el amo de la casa.

Prescindiendo de Fergus, no habia mas que un extranjero a quien se permitiese ver con frecuencia a miss Mac-Farlane. Era un caballero jôven llamado Godfrey de Lancaster, que esperaba la muerte de su anciano padre para ser conde de White-Manor.

## VIII.

## DESAFIO INGLÉS.

Angus Mac Farlane y su cuñado Mac-Nab estaban en Londres para sostener uno de esos enmarañados procesos que la oscuridad proverbial de las leyes inglesas creó sin cesar, y que un tribunal juzga bien que mal, con ayuda de pesos múltiples y sumamente diversos, entre los cuales debe contarse primero la equidad, después la casualidad, y luego los favores y las recomendaciones.

Es indudable que nuestra intención nunca fué acusar de venalidad a la justicia inglesa; sin embargo, es constante que en Londres gana el dinero casi todos los procesos. Que este dinero no pasa inmediatamente al bolsillo de los magistrados, es cosa que no puede negarse. Mas esto importa poco definitivamente. El mal es, que un hombre pobre y sin protectores, no pueda hacer valer los derechos mas evidentes. Notorio y público es que un cierto número de libras esterlinas, hábilmente gastadas, pueden prolongar en Londres un debate judicial mas allá de la duración común de la vida humana. El derecho

en estos casos es la cosa ménos importante. ¿Quién piensa en ese caso? La *forma* reina bajo la especie de un magistrado imbécil, y preside a todas las contestaciones. El fondo se vuelve un accesorio y se absorbe en un lujo de formalidades ridículas, de las cuales la mas insignificante agota el bolsillo de un litigante pobre.

Y luego, ¡cosa increíble, absurda, irritante! los juicios y sentencia toman fuerza de ley. Todo magistrado procede por via usual.

Nuestra jurisprudencia no es solamente, como en los demas puntos, un repertorio venerable donde bebe el juez inspiraciones y consejos, un guía respetado, cuyas decisiones tienen un gran peso en la balanza; pero que pueden en rigor ser discutidas, modificadas, desechadas. Nuestra jurisprudencia es una recopilación de las leyes particulares, perfectamente obligatorias en sus innumerables contradicciones. En ella están imperiosamente impuestos y prohibidos el pro y el contra. Todo se encuentra allí, lo incontestable como lo estravagante; y en medio de ese laberinto, la conciencia del juez flota irresoluta, mientras que su espíritu indeciso mastica una sentencia que pasará a ser ley a su turno y aumentará el indigesto monton de nuestro batiburrillo legal.

Largo tiempo ha que eminentes ingenios tienen decidido limpiar un día esos pecebres de Augias. Lord Borougham ha pronunciado muchas veces sobre esta materia enérgicas palabras; pero apostariamos a que llegará el fin del mundo antes que nuestro famoso código nacional sea constituido.

A la menor tentativa, habria una insurrección de abogados, de sollicitors, de attorneys, de hugieres, de escribanos, de maceros. Las togas negras y las pelucas blancas bajarían a la plaza pública, y la estimable corporación de

pasantes de abogados pegaría fuego a Londres por los cuatro ángulos.

Tratábase en el proceso de Angus Mac-Farlane, ó mas bien de su padre, el arrendador de Leed, de una vasta estension de terrenos, disputada por uno de los jueces de paz del condado de Dumfries. ¡Fatal circunstancia! ¡Un juez de paz!

Mac-Farlane, cuya familia habia poseído siempre aquellas tierras que componian casi toda su fortuna, no habia querido ceder, como es natural, sin combatir. El juez de paz era rico y estaba agarrado a buenas aldabas. Angus y Mac-Nab habian sido enviados a Londres, para seguir activamente los intereses de la familia.

Segun Angus, no habia mas que presentarse delante del juez y esponerle los derechos incontestables que le asistian; pero Mac-Nab, acostumbrado como abogado a las tortuosas vias del procedimiento escoces (pues debemos decir que con respecto a las tinieblas, a los lazos y a la mala fé, los abogados de Londres no pueden competir con los de Glasgow y Edimburgo), Mac-Nab quiso procurarse un apoyo y empezar la lucha de un modo mas igual. Relaciones antiguas de familia le abrieron la casa del anciano conde de White-Manor, digno y excelente señor en todos conceptos. Mac-Nab le hizo interesarse por su causa, y el conde se dignó concederle su alta proteccion.

Cosa natural era que aceptase en cambio el honor de ser visitado algunas veces por el primogénito de S. S.

Godfrey de Lancaster se presentaba así bajo los auspicios de Mac-Nab. Angus no le recibía con gusto, y María experimentaba al verle una especie de instintiva aversion.

El honorable Godfrey tenia entónces de treinta a treinta y cinco años. Su figura, bastante hermosa, pero encarnada así por la costumbre de los licores fuertes, como por el efecto de un temperamento sanguíneo al exceso, ofrecía los caracteres distintos del tipo sajón, reproducido con una energía casi brutal. Leíase el egoísmo en grandes letras sobre sus facciones escarlatas, dejándose ver la violencia bajo la cubierta compasada que la fiema británica pone uniformemente en todas las fisonomías.

Angus creía que el honorable Godfrey estaba enamorado de su hermana María; Mac-Nab sostenía lo contrario.

En cuanto a Fergus, contaba con las simpatías de Angus y el amor de María.

Aquella posicion no podia prolongarse sin que se hablase de casamiento. Mac-Nab, en cuanto tuvo conocimiento de las instenciones del jóven irlandés, se opuso a ellas con todas sus fuerzas; pero María abrazó tiernamente a su hermano que juró se haría el matrimonio.

Fergus y María se vieron desde aquel dia como dos novios.

Habia entre Fergus y el honorable Godfrey de Lancaster una antipatia natural, que se manifestaba por parte del primero en un desdeñoso silencio, y por parte del caballero en provocadoras miradas y movimiento de odio apenas disimulados. Con frecuencia se encontraban en casa de Angus, pero O'Breane habia tomado la costumbre de ceder el puesto, y se retiraba en cuanto veía al heredero del lord, por lo que se habia evitado hasta entónces un escándalo.

Al otro dia del en que se habia decidido el casamiento, la familia Mac-Farlane debia salir para Escocia, a donde la llamaba momentáneamente la marcha del proceso;

Fergus estaba solo en la sala esperando a Mac-Farlane. Antes de que este último llegase, entró el honorable Godfrey de Lancaster, cuya cara en desorden anunciaba una violenta cólera dispuesta a estallar. Fergus, según su costumbre, tomó su sombrero y se dirigió en silencio hacia la puerta.

—¡El demonio me abrasa! murmuró brutalmente Godfrey, ese palurdo tiene por lo ménos el talento de tomar la puerta sin esperar que se lo digan.

Fergus se detuvo y concentró su mirada en Lancaster, que tomó posesión de un diván y cruzó sus piernas con una altanería afectada.

—Probablemente es de mí de quien hablais, caballero, dijo Fergus.

—Podría ser muy bien, joven, replicó Godfrey.

Las mejillas de Fergus se animaron; pero no perdió su calma.

—Caballero, dijo de nuevo, según comienza esta conversación, me parece que sería mejor continuarla fuera de aquí....

Godfrey se encogió de hombros sin dejar su posición.

—Pues supongo, prosiguió Fergus, y espero que no habrá otra cosa que cobardía detrás de vuestra insolencia.

—¡Vamos! dijo Lancaster, que se levantó sonriéndose. Vamos a donde querais.

Fergus salió primero y después Lancaster abotonándose con presteza su frac.

Al bajar a la calle quiso Fergus tomar la palabra.

—¡Mas lejos! dijo Lancaster que volvió el ángulo de Shorts-Gardens y entró en Belton-Street.

Fergus le siguió a su turno. Godfrey dejó la acera y fué a colocarse en medio de la calle. Entonces era todavía un hombre muy robusto, y la posición que tomó,

bien conocida en Londres, donde el pugilato es una ciencia popular a la par que aristocrática, realizó mucho las vigorosas proporciones de su cuerpo.

No había en la calle más que raros transeúntes, que seguían las aceras con las manos en sus bolsillos y ojo alerta, cual conviene a personas versadas en el arte de andar en público y que no quieren recibir veinte codazos por minuto.

—¡Vamos, señor mío! dijo Godfrey con un tono provocador, si quereis continuar aquí nuestra conversación, comencemos.

—Quiero ante todo, replicó Fergus avanzando, exigir una satisfacción por vuestra brutal insolencia.

—¡Corriente! Voy a dárosla.... y mucho me he de engañar si volvais a pedirme otra.... Procedamos por órden: primero, vos amais a miss Mac-Farlane y eso no me conviene.... En segundo lugar, creo que miss Mac-Farlane os ama.... Por último, me han dicho que vais a casaros con ella.

—Es verdad, respondió Fergus.

—No será así.... porque antes os abriré la cabeza.

—¡Caballero, caballero! exclamó O'Breane, cuya cabeza se calentaba; mi paciencia se acaba y os habeis de arrepentir.... No pudo concluir, por tirarlo con violencia de espaldas un puñetazo que el caballero le dió en medio del pecho.

El honorable Godfrey de Lancaster era el mejor discípulo del famoso Holmes, de Covent-Garden, que tuvo por espacio de un cuarto de siglo el cetro del *ring* en Londres, y cuyo retrato de cuerpo entero se ve aún en todas las public-houses donde se reúnen los pugiladores.

Godfrey se puso en guardia en seguida y se sonrió con satisfacción.

Los transeuntes se pararon a ambos lados de la calle en la acera. Un *boxing* en día de barro es un espectáculo cada día raro ver, y cuyo encanto gustan los *cokneys* cada día más.

Fergus se levantó aturdido, furioso, y sin calcular su ataque, ni tomar más precauciones que la vez primera, lanzóse de nuevo.

El brazo de Godfrey, vuelto a la altura del ojo, se desplegó otra vez, y otra vez rodó Fergus por el empedrado, donde quedó algunos segundos inmóvil y como atontado.

Inútil es decir que nadie se apresuró a socorrerle. Algunos lacónicos diálogos corrían solo en la concurrencia que aumentaba en la acera que invadía ya la calle.

—Felices, señor Hudson.... ¿Cómo va?... Pobre mozalvete, como le tratan.... ¿está buena vuestra lady?...

—Buenos días, señor Sinclair.... buen golpe.... Mucho tiempo se ha de resentir el joven.... ¿cómo está vuestra lady?....

—Lo cierto es que no quiere más, a lo que se vé.... está como muerto.

Hicó algunos aplausos. El golpe fué bueno. Al tratar así Godfrey, atleta sublime, a un hombre que desconocía enteramente el arte del pugilato, no cabe duda que abusaba de su ventaja y obraba tan cobardemente como un soldado bien armado que pasase con su espada a un enemigo desarmado; pero en Londres, nunca, lo repetiremos bastante, no se reconocía así. Para esto falta a todos el sentido de la generosidad. Ser el más fuerte es el verdadero honor; ser el más rico, la verdadera gloria.

A tal extremo, que sería difícil señalar el punto preciso

donde comienzan las susceptibilidades de nuestros gentlemen. En la Cámara baja, un diputado trata a su colega de mentecato, y le dice que Roberto Peel le hace marchar a latigazos. El colega encuentra esto muy natural, y responde al preopinante tratándole de bellaco y acusándole de haber limpiado las botas de John Russell. ¡Y la Cámara ríe!

En una palabra, los institutos cabaltescos nos son casi tan desconocidos como a los mismos americanos.

El golpe era bueno, ¿qué importaba lo demás? ¿No pisoteando Godfrey en el pecho a su vencido, no obraba con bastante grandeza de alma?

Sin embargo, los señores Hodson y Sinclair se engañaban. Fergus no estaba aún satisfecho, pues al cabo de algunos segundos de inmovilidad volvió a levantarse. Su cara estaba lívida, y en medio de aquella palidez despedían sus ojos un fuego sombrío.

No se precipitó como antes furioso contra su adversario; midióle un instante con su mirada y fué hacia él con paso lento, los brazos tendidos, el cuerpo y la cara descubierta completamente.

Un estremecimiento de curiosidad corrió en la concurrencia, y cada cual se arregló en términos de ver mejor y de no perder nada del desenlace, pues era evidente para todos que el atleta podía elegir una parte vulnerable. Debía esperarse la muerte del infeliz.

La mirada de Godfrey se clavó en efecto en el punto donde cede el pecho y se hunde para reunirse con el estómago.

Fergus continuaba hacia él. Godfrey apuntó y atacó con toda su fuerza. Uno de sus puños hundió el pecho de Fergus, que despidió un sonido hueco, mientras que el

otro abrió el nacimiento de donde corrió sangre en abundancia.

Mas Fergus, cosa que a todos asombró, no cayó bajo aquel noble golpe; tampoco vaciló, ni aun dió un paso atrás. El choque se embotó en su carne como si hubiese encontrado el granito de una columna. La asamblea cuya ansiedad llegaba a su colmo, dejó escapar un sordo murmullo al verle de pié como ántes, derecho y firme, con una estrella de sangre en medio de su pálida frente.

El mismo Godfrey estaba tan seguro de no vencerle, sino de matarle en el acto, que no obró con su prontitud ordinaria para volver los puños a la posición de guardia. Era tal su certeza de triunfo, que olvidó la regla principal, el fundamento del arte. Cuando reconoció su error, ya no era tiempo de reparar la falta cometida. Las dos manos de Fergus, dos tenazas de acero, se cerraban en sus brazos que hacían polvo.

El nobleman palideció a su turno, pues el aliento de Fergus le quemaba la cara, los ojos de Fergus ardientes y sombríos fascinaban sus ojos turbios ya y llenos de terror. Quiso recobrar la libertad de sus brazos. ¡Imposible! La presión de los dedos de Fergus, igual, continua, paciente, hacía impotentes sus esfuerzos, y tenía la tenacidad de esos anillos que abrazan las muñecas de los condenados.

Lancaster se vió perdido. La multitud guardaba el mas profundo silencio. No se oía mas que la voz de los agentes de policía, que con gran trabajo se esforzaban en abrirse paso a través de la barrera humana formada en tono de los combatientes, y amenazaban en vano con su varita emplomada.

Fergus parecía mas alto en su cólera. Su hermosa es-

tatura se enderezaba con un orgullo terrible frente a aquel adversario domado. Sus facciones afables y graciosas habían tomado un poder salvaje é implacable.

Llevó los brazos de Godfrey hácia atrás y los abandonó de repente para abrazar por las caderas con los suyos al caballero aterrado, que conoció perdía su equilibrio. La concurrencia vió contraerse horriblemente las facciones de Lancaster, y oyó un sordo crujido de huesos pulverizados. Fergus soltó entónces su presa, y Godfrey cayó inerte en el suelo.

—¡Ha muerto, ha muerto! gritaron por todas partes.

Y la multitud se adelantó, no para socorrer, sino para tocar después de haber visto.

Este movimiento dejó paso a los agentes de policía, que según la costumbre de estos empleados en todas las comarcas del universo, llegaron al sitio del desastre cuando nada podían remediar.

Lancaster quedó inmóvil. En cuanto a Fergus, que solo una indomable voluntad había sostenido en el último acto de este drama, se apoyaba en el bronce de un reverbero, rendido, casi desfallecido.

Condujose ante el magistrado, mientras se colocó a Lancaster en una camilla que le llevó a Portland-Place a casa de su padre el lord de White-Manor.

Esto había pasado a las doce del día, delante de mil testigos.

Un mes después, Fergus O'Breane comparecía ante el gran jurado del tribunal de las sesiones, como acusado de tentativa de asesinato con premeditación y artificio contra el honorable Godfrey de Lancaster, heredero presuntivo de la dignidad de par de White-Manor.

Fergus estaba preso desde entonces por no haber podido dar una caución.



Hermosa y noble prerogativa del ciudadano inglés es la contradicción el *habeas corpus*.

Nuestra ley favorece visiblemente en esto al acusado inocente, y le evita esas detenciones preventivas, esos años de cautiverio que la justicia de muchos países del continente, y señaladamente la justicia francesa, impone por una sospecha y como aciegas. En este momento estamos muy adelantados en el camino de la civilización, y nuestro cuerpo de derecho por confuso que sea, está escueto por lo ménos de esa vergonzosa y fragante contradicción del código francés, que al paso que proclama altamente que todo preso está reputado como inocente antes de su condenación, comienza por encerrarlo en un calabozo, salvo el absolverle luego públicamente.

¿Pero por qué ha de ser siempre entre nosotros el dinero la condición espesa y fatal del ejercicio de todo derecho? Ese *habeas corpus*, tan justamente alabado, favorece al rico, dejando al pobre en la cárcel.

El pobre que se esfuerza cada día con gran dificultad y un trabajo sin treguas en ganar la comida de la tarde, tiene acaso fondos en reserva por si la casualidad, el error ó la perfidia, hiciesen pesar sobre su cabeza una acusación? ¿No es irrisorio el pedirle entonces al infeliz que tiene hambre y se acuesta en la ceniza, una fianza personal?

Es indudable que la justicia necesita una garantía. ¿Pero es por ventura el dinero la única, la eterna garantía? La desgracia habrá de llevar siempre en pos de sí otra desgracia, y no se cansarán los hombres de trazar en torno del indigente, un círculo vicioso de sospecha y de imposibilidad?.....

Godfrey de White-Manor había estado a punto de sucumbir a las consecuencias del fatal abrazo de Fergus.

Los primeros días no osaron los médicos esperar su curación; mas después la aseguraron, y en breve entró en la convalecencia. Godfrey pertenecía a una familia poderosa y estaba devorado por la sed de la venganza. Al rededor de su lecho se formó un conciliábulo: varios abogados y jueces se reunieron varias veces a su cabecera; se oyeron unos a otros; se combinaron los hechos; se urdió una trama de la cual Fergus, solo, y bastante malo en la cárcel, y creyéndose salvo por su inocencia, no podía en manera alguna escapar.

Fergus soportó en su cárcel un lujo de interrogatorios y pudo ver desde luego que no se le acusaba solamente de haber sido actor en una disputa acompañada de violencia. Mas siendo joven, contó con la equidad de sus jueces, y respondió según la verdad.

Gran consuelo hubiera gustado recibiendo algunas noticias de María y de Angus; pero no le sorprendió su silencio. La familia de Mac-Farlane debía de estar en Escocia, y era casi evidente que María y Angus ignoraban su desgracia.

Escribió a Lochmaben, mas no tuvo contestación.

En la soledad de su calabozo, sus vastos planes de venganza, dejados a un lado momentáneamente, asaltaron de nuevo y mas enérgicamente su imaginación. La primera vez que volvió hacia aquel lado las miradas de su inteligencia, tuvo un acceso de profundo desaliento, pues de algunos meses a aquella parte marchaba hacia atrás mas bien que hacia adelante, y su proyecto le parecía entonces como un sueño insensato.

Mas una noche le volvió su ánimo. Fergus era uno de esos ingenios atrevidos que vuelven de bronce sus imaginaciones y cambian en combinaciones meditadas

friamente, estudiadas profundamente, el primer impetu, temerario y loco, de su pensamiento. Su proyecto tenía ya raíces bastante fuertes para que cada uno de sus lados pasageramente olvidados, volviese a presentarse a su turno y sufriese el ecsámen correspondiente. A medida que dividía y contaba así los rayos que tenía almacenados algunos meses ántes, experimentaba su antiguo entusiasmo. Percibía de nuevo los defectos de la armadura británica, hallaba otra vez sus esperanzas de ataque y de victoria. Veía a lo léjos un brillante porvenir, y del fondo de su humilde celda, sobre el jergon miserable donde se estendian sus miembros enfermos, lanzó lleno de ardor y de esperanza, su grito de batalla.

—¡Guerra a la Inglaterra!

—¡Qué nada por una parte! ¡Ay! ¡y qué colosal poder por la otra!

Fergus no tenía ni siquiera la libertad para cruzar su débil espada con la maza del gigante. Sus manos, además de ser delicadas, estaban sujetas con cadenas, y el coloso enemigo iba a despachurrarle en su marcha, sin verle y sin conocer la guerra declarada, cual despachurra el aldeano que por la noche viaja a ciegas, la víbora cuya mortal picadura le amenaza.

Cuando Fergus compareció ante el gran jurado Olod-Bailey, no hubo mas que una voz sobre su causa, que pasó al tribunal supremo.

Mucho le sorprendió este primer golpe, que al fin y al cabo no era mas que un preliminar. Había sido tan brutalmente atacado, era tan evidente el caso de legitima defensa, habían asistido tantos testigos al combate, que no podía creer ni por asomo pudiese verse condenado.

Fergus, a pesar de estar armado contra la Inglaterra,

no conocía aún los agravios que había que reparar, los oprobios que era necesario purgar. Nada es imposible en Londres, en materia de condenacion. Nuestros anales judiciales son los mas ricos del mundo entero en cuanto a errores inescusables y sangrientas iniquidades. Por una parte tenemos el tortuoso laberinto de nuestras leyes, por la otra el falso testimonio, organizado en una escala desconocida en los demas pueblos. ¡El mismo lord Holland no ha dicho, con motivo de un célebre proceso, que entre el tribunal de Poncio Pilato y la Audiencia Real elegiria al juez que condenó a Jesucristo?

Godfrey de Lancaster y sus consejeros conocian mejor que Fergus la manera de litigar. Sabian muy bien que los *cellars* de Long-Lane y de Aldergate-Street están habitados por una poblacion hambrienta y miserable, cuya única industria es el falso testimonio, y que vende el perjurio a precios muy módicos, desde un vaso de *gin* hasta ocho ó diez chelines. Todas las medidas estaban tomadas. Un numeroso batallon de testigos fué a esponer a la audiencia que Fergus había atacado al hijo del lord a traicion y armado. Fergus creyó que soñaba. Agitábase en su banco y gritaba: ¡Mentira! Pero los testigos se seducian unos a otros y declaraban todos en los mismos términos.

—¡Mentira! ¡mentira! repetía maquinalmente Fergus. El *ngier* gritaba silencio y el *attorney* se veía y deseaba contener la indignacion que de Fergus se había apoderado al oír tan horrorosa calumnia.

En cuanto a los *gentlemen* jurados, mataban el tiempo deliciosamente combinando su comilona de aquel dia.

Un postrer testimonio dió al infeliz Fergus el golpe de gracia.

El hombre que tal favor le hizo era una especie de mendicante, de edad de veinte años, cuya figura ofrecía en todas sus partes un repugnante aspecto.

Sus cabellos ásperos y espesísimos llegaban casi hasta sus cejas, cuyos pelos erizados ocultaban en parte sus ojos cautelosos y perversos: todas las inclinaciones innobles y malas se leían en aquella fisonomía, cuyo conjunto completaba una sonrisa hipócrita, falsa hasta la perfidia, taja hasta la abyección.

Dirigióse hasta el tribunal con paso corto, desigual, y del cual cada zancada dislocaba sus miembros. Al llegar a la barandilla, saludó al juez, a los asesores, al alderman, a los jurados, al ugier, al attorney del rey, a los abogados, al auditorio y al condestable que le había acompañado.

—¡Oh! Vuestros Honores, dijo ántes que estos le preguntasen nada; escelentes lores, juro por el Evangelio y por todo, que sé la verdad....

¡El Señor tenga piedad de mí a la hora de la muerte! Yo diré toda la verdad.

Vuestros Honores me han condenado ayer a la deportación por una infeliz docena de pañuelos que han encontrado en mi bolsillo.... Pero no me quejo, escelentes lores!.... Londres es país muy caro y quizá pueda suceder que del otro lado del agua, como dicen, gane con que entretener los dientes.... Por nada del mundo engañaría yo a la justicia, y conozco bien a Fergus O'Brea-ne, el malvado....

Fergus quiso replicar, mas el ugier le impuso silencio.

—¡Bien hecho! dijo el testigo; que se calle ese malvado. ¡Oh! Vuestros Honores, ¿cómo ha tenido el alma bastante negra para asesinar al hijo de un lord? ¡de un lord que

tiene por millones las libras esterlinas!.... ¡Ya se ve que le conozco! ¡Vivia en San Gil con su infame padre!....

—¡Miserable! exclamó Fergus con terrible acento.

—¡Que se calle! dijo el testigo; nadie quiere oír las mentiras de un asesino.... ¡Vivia en San Gil con su madre y su hermana, una mendicante de la cual lord Fitz-Allan, Dios bendiga a su Señoría, ha hecho una gran dama con diamantes y cachemiras....

Fergus dejó escapar un sordo gemido:

—Y muchas veces, prosiguió el testigo, sabiendo que yo era un infeliz, me ha propuesto las coronas a puñados para que diese de puñaladas al hijo del lord.

—Os juro por Cristo, que nunca hablé a ese hombre.

—¡Silencio! dijo el ugier.

—Mil veces, replicó el testigo que se esforzó en dar a su feísima figura una espresion de candor, ese tunante me ha hablado, tan cierto como me llamo Bob Lantern.... nombre tambien de mi pobre hijo, escelentes lores! Mucho tiempo ha meditaba su atentado, y mas de un hombre de bien se ha visto por ménos entre las manos de Jack Ketch [el verdugo], lo juro por la Biblia y por todo, ¡escelentes lores!

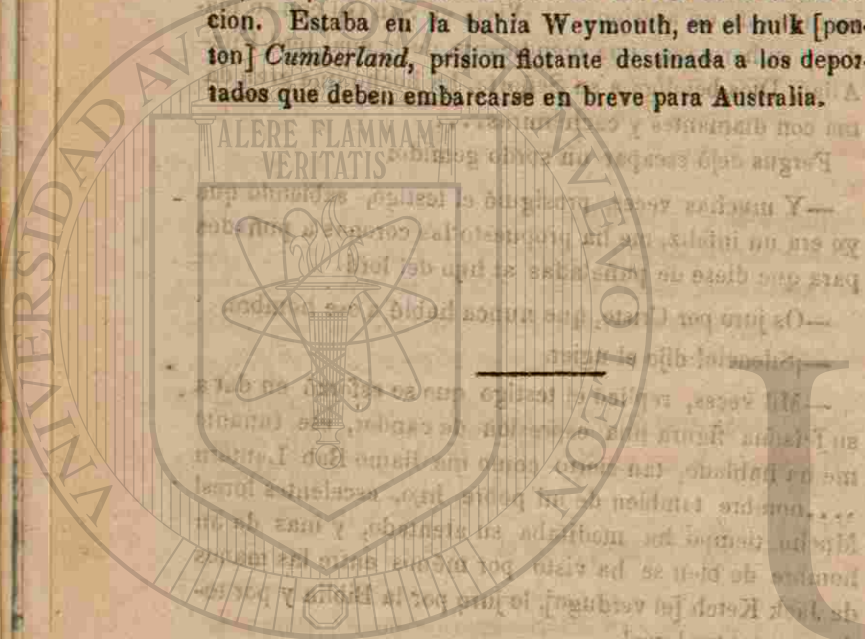
Bob Lantern fué a sentarse guiñando el ojo al abogado de Godfrey, que le hizo un movimiento de cabeza protector.

El jurado declaró a Fergus culpable a la unanimidad, y la sentencia que le condenó a la deportación, fué mirada como un acto de clemencia, pues era evidente que merecía la muerte.

Fergus salió de la audiencia, sumido en una especie de entorpecimiento intelectual. No calculó las resultas de aquel fallo; tanto había trastornado sus facultades la sor-

presa. Al volver a entrar en la cárcel, le entró una calentura violenta y perdió el sentimiento de su desgracia.

Cuando despertó de aquel largo sueño de su inteligencia, le separaban muchas semanas del día de su condenación. Estaba en la bahía Weymouth, en el hulk [pon-ton] *Cumberland*, prision flotante destinada a los deportados que deben embarcarse en breve para Australia.



## IX.

## LOS PONTONES.

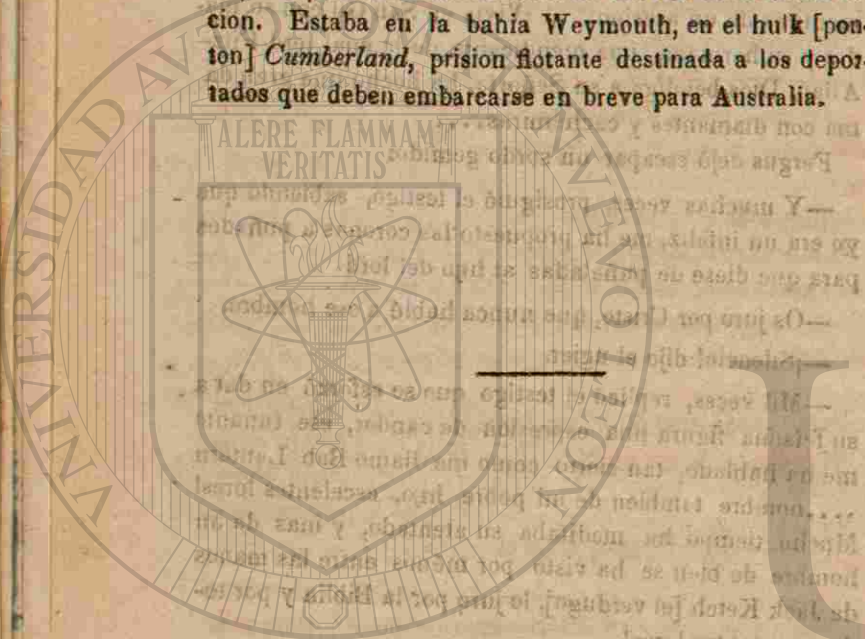
Fergus O'Breane ocupaba uno de los catres estrechos é inclinados de una galería baja, en la cual habia otros muchos como el suyo. De distancia en distancia se escalonaban algunos centinelas, en traje de marineros, que tenian un cuchillo desnudo en la mano.

El catre de Fergus estaba colocado cerca de una tronera, y de espaldas a la luz, de modo que en su primer momento de razon, no pudo distinguir el punto donde se hallaba.

La primera figura que percibió a su cabecera le hizo dudar de la realidad de todo lo que veía. Era la del odioso mendicante cuyo falso testimonio habia determinado su condenación. Fergus ocultó su cara entre sus manos para alejar aquella aparicion de triste agüero, y trató de reunir sus recuerdos. Pero estos se mezclaban confusamente, y su memoria se llenaba de espesas nubes. Tenia la vaga conciencia de una desgracia, y no hubiera sabido definir la especie ó estension de esta desgracia.

presa. Al volver a entrar en la cárcel, le entró una calentura violenta y perdió el sentimiento de su desgracia.

Cuando despertó de aquel largo sueño de su inteligencia, le separaban muchas semanas del día de su condenación. Estaba en la bahía Weymouth, en el hulk [pon-ton] *Cumberland*, prision flotante destinada a los deportados que deben embarcarse en breve para Australia.



## IX.

## LOS PONTONES.

Fergus O'Breane ocupaba uno de los catres estrechos é inclinados de una galería baja, en la cual habia otros muchos como el suyo. De distancia en distancia se escalonaban algunos centinelas, en traje de marineros, que tenian un cuchillo desnudo en la mano.

El catre de Fergus estaba colocado cerca de una tronera, y de espaldas a la luz, de modo que en su primer momento de razon, no pudo distinguir el punto donde se hallaba.

La primera figura que percibió a su cabecera le hizo dudar de la realidad de todo lo que veía. Era la del odioso mendicante cuyo falso testimonio habia determinado su condenación. Fergus ocultó su cara entre sus manos para alejar aquella aparicion de triste agüero, y trató de reunir sus recuerdos. Pero estos se mezclaban confusamente, y su memoria se llenaba de espesas nubes. Tenia la vaga conciencia de una desgracia, y no hubiera sabido definir la especie ó estension de esta desgracia.

—¡No sé!... ¡no sé!... murmuró con trabajo. Tal vez he perdido la razón.

—Nada de eso, señorito, respondió la voz de Bob, que hizo estremecer al enfermo bajo su ordinaria manta de lana gris; no habeis tenido mas que un poco de calentura, con una cosa como un poco de delirio, por espacio de un mes a seis semanas.... y nada mas.

Al volver Fergus a abrir los ojos, no pudo reprimir un movimiento de repugnancia, viendo sonreirse a algunas pulgadas de la suya, la asquerosa cara de Bob Lantern.

Bob tenia ya a la sazón excelentes disposiciones para ser un día filósofo, y así aunque vió el movimiento y lo comprendió, no se enfadó lo mas mínimo.

—Ya lo veo, prosiguió, gallardo jóven; mi figura irrita vuestros nervios de resultas de la historia de Old-Court...

—¡Old-Court! repitió maquinalmente Fergus.

Y habiéndose iluminado súbitamente su memoria, añadió con una pronta violencia:

—Eres tú, ¡miserable!... Sí, ¡me acuerdo!

Acto continuo quiso precipitarse de la cama; pero Bob, que se habia levantado con gran calma, le contuvo fácilmente.

—¡Quieto, quieto! dijo, gallardo jóven, quieto; quince días hace que soy vuestro enfermero, y Dios sabe lo bien que observo las órdenes del jóven doctor Moore, ayudante cirujano del ponton.

—¡Cómo, estamos en un ponton! exclamó Fergus.

—En el mejor ponton de la bahía.... El *Cumberland*, que fué desarbolado en la Hogue.... ¡Ah! el señor Moore sabe la historia del *Cumberland*.... ¡y es un mozo que promete! Os decia, jóven gallardo, que por mis trabajos y cuidados he merecido el perdon de una corta tontería.... ¡Bien, bien, O'Breane! sé que vais a gritar....

Pero escuchadme antes. ¡Era tan caro aquel Londres! El hijo del lord habia mandado que me diesen una libra.

—Y por una libra, desgraciado!....

—Bien trabajé para que me diesen mas; pero Gilberto Paterson es un astuto compadre.... Además, yo no mentia mucho, pues habia conocido en San Gil al bueno de Cristiano O'Breane.... y a la santa mistress O'Breane.... y a la pequeña Betsy.... y a vos tambien, señor mio.... Muchas veces me dísteis los unos ó los otros una limosna cuando pasaba por epiléptico en Baimbridge-Street. ¡Ah, ah! apostaria a que os acordais del epiléptico.... Es un hermoso oficio, a veces, señor O'Breane.

Bob se interrumpió bruscamente y continuó con acento lastimoso:

—Pero bien duro en el invierno, cuando hiela tanto; mas ¿a qué no obliga el pan de cada día?

Tan débil estaba Fergus, que su reciente cólera habia bastado para postrarle enteramente; y así no escuchaba a Bob, cuyas palabras llegaban a sus oídos como un murmullo confuso. Advirtiéndolo este, y tomando su brazo le apretó un tanto para llamar su atención.

—Amiguito, prosiguió, escuchadme bien. Cuando nada me cuesta hacer bien al prójimo, me complazco siempre en servirle.... además, ya he recibido vuestra recompensa, como veréis cuando tengais fuerza para contar vuestro bolsillo.... He aquí de qué se trata. Vos estais aquí en el *Cumberland*, a dos leguas de la costa y dentro de algunos días os embarcarán en el *Bay-ship* (\*). El que allí entra raramente sale.... pero mientras estamos en la bahía, siempre hay medio.... ¿Me escuchais?

(\*) Navío que trasporta los condenados a la Nueva Gales del Sud.

Fergus hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. En aquel momento oyóse un ruido de pasos a través del techo.

—Ya vuelven! continuó Bob. Teniendo que marchar, vamos al caso.... Vuestros compañeros de cuarto quieren volver a ver a su país, y también pasar el mar... Han hecho por lo tanto un agujero detras de vuestro catre.... Si no deseais lo que ellos, de fijo les estorbaréis, y a quien les estorba....

Bob terminó su frase con una pantomima sumamente espresiva.

Para evitar todo disgusto de este género, el mejor medio es pasar por un iniciado.... no es difícil.... aquí no nos conocemos unos a otros.... En cuanto vean habeis recobrado vuestra razon, os dirán, acordaos bien de esto: *Gentleman of the night!*.... para ver si sois de los buenos.... contestad al momento: *Son of the Family*, y descansad luego a pierna suelta.

La escala que comunicaba del entrepuente al puente comenzó en efecto a oscilar bajo el peso de varios condenados que bajaban por la escotilla.

Los centinelas, que mientras estaban ausentes los condenados, se habian reunido y charlaban pacíficamente, corrieron a sus respectivos puestos. El marinero que se colocó mas inmediato al catre de Fergus era un moceton enorme, por lo ménos en cuanto a lo largo, cuyos brazos y piernas, huesosos y flacos, no cubrian enteramente ni sus pantalones ni su chaqueta. Tenia cara brutal, y en todas sus facciones manifestaba lo poco ó nada que se fatigaba su ingenio.

La noche comenzaba. Despues de haber leído algunas oraciones a los condenados, una especie de ministro que apagó su pipa para dicho acto, doblaron estos con to-

do cuicado sus chaquetas, acostándose en seguida en el mas profundo silencio. Al cabo de algunos minutos fué a hacer su ronda el capitan acompañado de un oficial y un cirujano.

—El cirujano era M. Moore, jóven *physician* que daba grandes esperanzas. Cual lo hemos visto veinte años despues, tal era entónces. Solo que su frente desaparecia casi bajo una abundante cabellera, lo que ensanchaba la parte superior de su cabeza quitándole un poco de su cara de "pera" estrecha de arriba y ancha de abajo, que tanto afeó luego la regularidad inteligente de sus facciones.

La ronda paró en el catre de Fergus, y mister Moore le tomó el pulso.

—¿No ha hablado? preguntó a Bob.

—¿Que si no hablado, Vuestro Honor? respondió este con un aire inocente; sí señor; de toda especie de cosas... de bonitas muchachas, de patatas con ale....

—El delirio.... murmuró el capitan.

Moore llamó por una señal al coloso con pantalones y chaqueta corta, que tomó en seguida una posicion militar, y fué hácia él, tendiendo su pierna ética y midiendo matemáticamente su paso.

—¿Habeis oido hablar a ese hombre? preguntóle Moore.

—¿A ese hombre? ¡rayo! respondió el buen Paddy O'Chrane que estaba entónces en toda la flor de su juventud; si escucho lo que pueden decir esos facinerosos, esos pobres diablos, que una centella me abraze.

—Este hombre ha hablado razonablemente, dijo Moore. La crisis de esta mañana le ha salvado.

—¡Tanto mejor! dijo el capitan. Así tendremos uno mas.

Debemos observar que la ley inglesa, que deja morir

de hambre al honrado obrero, tiene entrañas de madre para con los criminales. El cirujano que fuese a reclamar una prima cualquiera por haber salvado a un tejedor de seda de Spitael Fields ó a un lightesman de los docks de Londres, se espondría indudablemente a que le tratasen de insensato; pero si cura a un ladrón famoso condenado a la deportación, la cosa es muy diferente. Entonces hay prima para el comandante del ponton.

Esto nos explica la alegre exclamación del capitán.

El oficial que acompañaba al comandante había pasado revista hasta entonces con un bastón de hierro a las paredes del ponton entre cada catre. No lo hizo así con la parte inmediata al lecho de Fergus, pues Mister Moore, que se colocó desde luego a la cabecera, la ocultaba enteramente, y así se marchó la ronda, sin que el oficial tocase la madera del ponton en aquel sitio, bien sea por no molestar al doctor, bien porque el estado de Fergus desechaba toda idea de una tentativa de evasión por aquella parte.

Oyóse resonar el bastón periódicamente, y por último subió la ronda al puente.

Bob se había marchado a acostarse, después de recibir las cordiales maldiciones del marinero Paddy. Un enfermero vino a traer a Fergus un brevage ordenado por Moore. En cuanto marchó quedó el entrepuente en el mayor silencio.

Esto duró como una media hora. El vasto dormitorio estaba iluminado por algunas lámparas suspendidas en el piso superior, de modo que no podían verse los objetos sino vaga y confusamente.

Los centinelas, que eran cuatro, se paseaban lentamente en el radio de que estaban encargados.

Fergus no dormía, pero la bebida que acababa de to-

mar entorpecía hasta cierto punto su inteligencia y su cuerpo. Descansaba, conservando al propio tiempo es conocimiento de lo que pasaba en su torno. Pasados unos veinte minutos, oyó un imperceptible choque de hierros bajo la manta de la cama de su vecino de derecha, el cual era un hombre vigoroso, con cara resuelta, como Fergus pudo ver cuando los condenados llegaron al entrepuente. Aquel ruido no tenía nada de extraordinario en un lugar donde más de cincuenta cautivos dormían con los hierros en los pies y en las manos; mas no hirió solo los oídos de Fergus, pues el colosal marinero Paddy gritó con humor:

—Jack, hijo de Satanás, triste zupia de Newgate, amigo mio, veame yo condenado si no sois el más bullicioso pillastron que yo conozco.... Y yo conozco muchos pillastrones, ¡y castigúeme Dios!.... Escúchame, pilluelo abyecto, ¡eterna condenación! ¡qué demonio!.... Si no acabais, se os darán veinticinco latigazos.... Ni más ni menos, Jack, ó véame yo ahorcado como os vereis vos algún día, compañero.

Paddy O'Chrane había pronunciado estas palabras en voz alta. Mientras hablaba, se aumentaba el ruido de los hierros, en vez de disminuir. A tal punto se aumentó, que hubiera podido creerse que la arenga del magro centinela no tenía más objeto que cubrir aquel mismo ruido.

Sus últimas palabras las apoyó con un gesto que podía muy bien ser una amenaza; pero que tuvo por resultado lanzar al catre de Jack un objeto que centelleó a los resplandores intermitentes de las lámparas; objeto que cogió Jack al instante, resbalándose con él hasta el suelo: sus hierros quedaron bajo su manta.

Adelantóse a gatas hasta el catre de Fergus, y Paddy continuó su paseo.



Fergus, que no se movía, oyó por espacio de una hora desde aquel instante, detras de él a algunas pulgadas solamente de su cabecera, el sordo rechinar de una sierra manejada con infinitas precauciones. Concluida la hora, resonó el silbido del contramaestre en el puente superior. Jack volvió a meterse con presteza en la cama, y el objeto brillante que había herido ya las miradas de Fergus centelleó de nuevo sobre la lana gris de la manta. El flaco y largo brazo del centinela se tendió, y el objeto desapareció.

En el mismo instante, cuatro marineros bajaron por la escotilla. Venían a renovar los centinelas.

—¡Tom, compañero, tempestades! dijo Paddy O'Chrane a su sucesor, os recomiendo ese peligroso pillastron ¡cuernos del diablo! de Jack Oliver: todos nos hemos de condenar, Tom.... Si se mueve, acordaos que le he prometido veinte y cinco latigazos.... y con esto, divertirse, Tom, ¡que el diablo nos abra!

Al día siguiente, pasó todo exactamente lo mismo. El joven doctor Moore sirvió otra vez de pantalla a la pared del ponton situada a la derecha de la cama de Fergus, durante la visita del capitán, y el baston del oficial tocó todos los intervalos, excepto aquel. Bob Lantern, que desempeñaba a bordo el empleo que convenia perfectamente a su carácter misericordioso, tuvo sin duda que guardar algun enfermo de mas peligro, pues no se le vió aquel día a la cabecera de Fergus.

Llegaba la noche; el marinero que hacia centinela donde la habia hecho la víspera Paddy O'Chrane, se mostró tan poco perspicaz como este último; pues el vecino de la izquierda de Fergus pudo ejecutar un trabajo exactamente igual al de Jack Oliver. Pasó arrastrándose bajo el

catre de O'Chrane, que fingia dormir profundamente, y por espacio de una hora tambien se oyó de nuevo el sordo rechinar a algunas pulgadas de su cabecera.

Aquel ejercicio duró algunas semanas, durante las cuales marchaba Fergus a pasos agigantados hácia la salud. Los cuidados no le faltaban, el alimento era bueno y sano, y le dejaban tomar sobre el puente el aire cuanto tiempo queria.

Fergus, no es cosa de olvidar, era una cabeza de hombre en aquel rebaño humano. Representaba una prima, la cual precisamente era la que cuidaban, acariciaban y conservaban con el mayor esmero para no perderla.

Bob Lantern venia raramente al entrepuente, por hallar se ocupado en la segunda batería, donde afluían los enfermos. Fergus no sentia ni con mucho su ausencia, pues la vista de aquel miserable escarabajo irritaba sus nervios y le arrebatava el reposo de que tanta necesidad tenia su convalescencia.

Todas las noches, por turno, Jack y el vecino de la izquierda llamado Randal Grahame, se relevaban a la vista del centinela para concluir cuanto ántes el aguro de la pared del ponton. Randal Grahame era un personaje notable y contrastaba sobremanera con aquellos facinerosos estúpidos ó infames, que atestaban el ponton desde la cama hasta la alta batería. Tenia sobre treinta años, y en su cara, sumamente larga, reinaba esa palidez natural a la persona de cabellos rojos. Sus ojos azules, a flor de la cara, recibian de lleno la luz y no tenian mas abrigo que la bóveda de su frente, la cual no era muy vasta y estaba poblada solamente en la línea de las cejas, de pelos raros y sin color alguno.

La parte baja de su cara, por el contrario, no obstante el

reglamento del bordo que manda que todos los presos se afeiten diariamente, desaprecia del todo bajo una gran barba, que cortaba a cada instante y que siempre llevaba larga, y cuyos pelos eran mas duros que los de un javalí. Sus facciones sin embargo eran aguileñas y estaban dibujadas puramente.

Había mucha inteligencia, y especialmente voluntad en la curva de su frente, a cuyo rededor se rizaban sus cabellos de un rojo de caoba, y el conjunto de su fisonomía no dejaba de tener cierta distinción. Randal era un montañés de Escocia. Había sido condenado a quince años de deportación por el tribunal de Glasgow, por robo a mano armada en medio de un camino real.

Fergus había reparado en aquel condenado en una circunstancia muy común en los pontones, a bordo del *bay-ship* y en la misma Nueva Gales del Sud: queremos hablar de la pena de palos ó latigazos, impuesta a los presidiarios cuando son rebeldes. Randal había cometido una falta de disciplina, y un *midshipman* le había condenado a cincuenta palos.

De ordinario, cuando se impone un castigo, lanza al aire el paciente tremendos gritos, debatiéndose bajo el látigo con convulsiones desesperadas. Mas Randal se tendió a lo largo, según costumbre, y presentó sus espaldas desnudas al ejecutor.

Era este un coloso con cara salvaje, cuyo brazo musculoso parecía un estudio de bronce.

Cada golpe que daba, dejaba una línea cárdena en la piel de Randal, que no se movía. La sangre corrió en breve. A los cincuenta latigazos que el coloso dió, echando un suspiro de cansancio, las espaldas de Randal no presentaban mas que una grande llaga.

Levantóse, tomó el látigo de la mano de su verdugo y le examinó algunos segundos con la mayor atención. Su figura conservaba una serenidad extraordinaria, y nada probaba el vivo dolor que interiormente debía devorarlo.

Tan sorprendente hecho arrancó al largo Paddy O'Chrane algunas de sus frases. ¡El demonio y sus cuernos! dijo: razón tenía yo en asegurar que nunca había visto mayor fuerza.

Como quiera que sea, Randal volvió naturalmente el látigo al coloso, pidió agua y se lavó él mismo.

Desde aquel día, Fergus había experimentado una especie de simpatía hacia aquel hombre, cuya energía había sostenido tan victoriosamente una prueba en la que flojeaban los mas valientes. Sin embargo, aquella simpatía era tácita, y jamás habló a Randal.

Una noche que Paddy estaba de centinela y tocaba trabajar a Jack Oliver, antes que se pasase la hora de tarea habitual, cesó el rechinar, y Jack gritó en el primer transporte de alegría:

—¡Paddy! ¡Randal! Roberts! ¡ya está hecho el agujero!

—¡Bien! respondió Randal con indiferencia; pero dejadme dormir.

—Jack, ¡miserable arrastrado, exclamó Paddy O'Chrane, descargando un fuerte latigazo con el plano de su machete en el catre vacío de Oliver, ¿no puedes dormir como un cristiano? ¡condéneme Dios! sin soñar a voces diciendo desatinos, lléveme el demonio!

—Ha hablado de un agujero.... dijo uno de los centinelas con acento sospechoso.

Paddy descargó otro latigazo en el catre donde hubiera debido estar Jack.

—¡Abrásenos Satanás! Pedro Bridgewel, ha hablado de agujero, pobre necio, amigo mio, creo que teneis razon.

—Tal vez han abierto alguno.... quiso interrumpir el centinela.

—Tal vez, como decis, Bridgewel, ¡deseo que nos ahogue el demonio!.... ¡Pero si cuidáseis mas de vuestro bien, Pedro, rayo! no os hubiera sacado vuestro pañuelo del bolsillo Tom Bence, miétras mirábais como atontado!....

Jack se aprovechó del movimiento que hizo Bridgewel buscando su pañuelo, para deslizarse con prontitud entre las sábanas.

Al día siguiente, a la hora del paseo sobre el puente, el ojo mas sutil no hubiera sorprendido la mas mínima señal de agitacion entre los condenados.

Con todo, la evasion estaba resuelta y fijada para la noche siguiente. Bob Lantén, que no se habia dejado ver en toda la semana, bajó al entrepuente aquel día.

—¡Oh! amiguito, dijo a Fergus, me alegra veros ya fuerte. Mister Moore es un buen médico.

Hizo como que se marchaba y aprovechándose de un momento en que nadie lo observaba, acercóse a Fergus y le dijo al oido estas palabras:

—Esta noche es.... Si no os matan, os escaparéis, y no os matarán si repitís el santo y seña.

—¡Escaparse! ¡volver a ver Inglaterra, a María! ¡Estar a la vez cerca de sus amores y del adversario que buscaba su implacable odio!.... Fergus quiso hablar a Bob; pero este se deslizó prontamente para ir a chancearse con el uno, a dar vueltas al rededor del bolsillo del otro, y por mas diligencias que hizo recorriendo varias veces el puente, le fué imposible llenar su objeto.

Sentóse por último contra los filaretos y dirigió su mirada hácia la costa, cuyos perfiles azulados se desprendian sobre el gris mate del cielo Británico. De quince días a aquella parte, habian vuelto a ofrecerse a su imaginacion las ideas de amor y de venganza. Ambas preocupaciones se combatian en él y cansaban su inteligencia débil todavía. Amaba a María cuanto puede amar un corazon jóven y vírgen. La inconstancia de su carácter no tenia influencia alguna sobre la tendencia de su corazon, puesto que ignoraba él mismo aquella inconstancia. Crefase unido para siempre y fundaba todas sus esperanzas de felicidad en María. La idea de que pudiera olvidarse del objeto amado y ser indiferente para con él, despues de haberle idolatrado algun tiempo, le hubiera parecido mentira ó locura.

Tambien era grande su odio, que se mezclaba a veces con sus ilusiones amorosas. Sus recientes infortunios y la injusticia de aquella sociedad brutalmente infcua, cuyo fallo le arrojaba, a pesar de su inocencia, en el fango de un presidio, aumentaba su deseo de venganza, y resonaba mas que nunca en el fondo de su corazon el grito de Cristiano O'Breane agonizante: ¡Guerra a la Inglaterra!

Todos estos pensamientos rodaban confusamente en su cabeza, miétras miraba la costa, sin advertir que se habia formado insensiblemente a su alrededor un grupo de deportados que le separaba completamente de los centinelas escalonados en el puente.

Los mas inmediatos a él eran Randal Grahame y Jack Oliver; este último ocultaba bajo su camisa un cuchillo de mesa afilado.

—Mira a uno que no charla gran cosa, dijo de léjos Tom Bence; Jack, trata de saber de que color son sus paabras.

Fergus levantó los ojos y se estremeció viéndose cercado. Su primer movimiento fué querer huir, pero Randal le habia cogido ya los brazos por detras. Acordóse entónces de la última recomendacion de Bob, y tuvo como una vaga idea de aquellas palabras pronunciadas a su cabecera por el mendicante el dia que se habia despertado de su delirio; pero aquellas palabras se le escapaban cuanto mas se esforzaba en recordarlas.

Jack Oliver se plantó delante de él.

—¡Si te mueves, mueres! dijo poniendo la punta de su cuchillo al corazon de Fergus; ¡si gritas te mato!..... Veamos si sabeis hablar el buen ingles, *gentleman of the night*.

Fergus vaciló, aunque aquella pregunta refrescase sus recuerdos poniéndole su respuesta, como suele vulgarmente decirse, en la punta de la lengua.

—¡Vamos, Jack! dijo Tom Bence.

Oliver frunció las cejas, pero en el mismo momento sintió Fergus le apretaban el brazo por detras, y la voz de Randal murmuró algunas palabras a su oido.

—¡*And son of the Family!* respondió entonces.

Oliver escondió al momento su cuchillo bajo su camisa.

—Bueno, bueno, dijo Tom Bence; esto marcha a las mil maravillas, pues hubiera sido difícil quitarle bien del medio; pero el demonio me lleve sino creí....

—Verdad es que hay cosas sorprendentes, dijo Bob ejecutando una feliz tentaviva de sustraccion en el bolsillo de Tom Bence, de donde salió el pañuelo de Peter Bridgewell.

—Separaos, castiguenos Dios, escremento de Newgate! gritó de léjos el marinero O'Chrane. ¡Que me ahorquen, como lo harán con todos vosotros un dia, si el látigo no anda esta noche!

Los deportados se dispersaron; solo Randal quedó cerca de Fergus, quien quiso darle las gracias por haberle dicho la respuesta que a tan buen momento dió.

Pero apenas abrió O'Breane la boca, lanzóle el escocés una mirada de indiferencia estrema volviéndole la espalda y alejándose lentamente.

En cuanto llegó la noche, tuvo lugar la ronda como de ordinario, y Fergus observó que los cuatro centinelas que bajaron eran precisamente los que se relevaban junto a su catre y daban la sierra ya a Oliver, ya a Grahame.

Acababa la ronda de marcharse, cuando comenzó una escena bastante extraordinaria. Cuatro deportados fueron derechos a los centinelas que sacaron de sus bolsillos gruesas cuerdas, con las cuales se dejaron atar sólidamente.

—¡Rayo murmuraba, mientras que le ataban, el magro y digno marinero Paddy, ¡que me ahorquen, y que Satanás me abraze, si la *Familia* no nos da por esta accion una buena renta!.... Aprieta mas, Jack, gran tunanton, querido compañero.... y en seguida liarlas, vil zupia, una canoa os espera ya.... Buen viage, y condéne nos Dios ó llévenos el diablo!

Los cuatro centinelas se revolcaron bien por el suelo, sin duda para llenar de polvo su uniforme y hacer creer que habian sostenido una lucha desesperada, despues de lo cual empezó la evasion.

Levantaron la parte serrada de la pared del ponton con todo sigilo y cuidado, y ya estaban en el mar treinta condenados sin que ningun ruido revelador hubiera tenido lugar. En el entrepuente no quedaban mas que unos diez hombres enfermos ó malos nadadores, Randal y Fergus.

—¡Vamos, mil miserias! dijo O'Chrane ¡despachaos, las cuerdas me entran en la carne!

Fergus pasó su cabeza por la abertura, Randal le detuvo por detras.

—¿Dónde vais? dijo.

Fergus sorprendido por aquella pregunta, no supo que responder.

—Vais sin duda prosiguió lentamente Randal, a buscar lo que amais y lo que aborreceis.... yo estoy al corriente de vuestra historia, de vuestro amor que es el de todo el mundo, de vuestras esperanzas de odio, que son las de un grande hombre ó de un loco.

—¿Quién a podido decirlos?....dijo Fergus, que no conocia a ningun confidente de su pensamiento.

—Vuestro delirio que ya habia comenzado en Newgate, respondió Randal interrumpiéndole, y allí tambien era yo vuestro compañero de calabozo.... Escuchadme.... Maria Mac-Farlane vuestra novia, es la muger del honorable Godfrey de Lancaster.

Fergus tuvo que apoyarse en su catre para no caer.

## X.

BOTAMY-BAY.

—¿Hablaís de veras? murmuró.

—¡Tan cierto como hemos de morir!.... yo soy del pais de Mac-Farlane y conozco al noble Angus, como vos mismo.... esto en cuanto vuestro amor.... Por lo que toca a vuestro odio, es menester montes de oro para combatir a la Inglaterra, y en Løndres, donde tendriais que vivir escondido, no hallaréis mas que miseria.

—¡Despacháos, estúpidos arrastrados! gritó Paddy.

Fergus hizo un movimiento para lanzarse al mar, y Randal le detuvo otra vez.

—¿No debéis escaparos tambien vos? preguntó Fergus.

—No; tambien yo necesito oro. Yo tengo mi odio que se parece al vuestro, como la razon puede parecerse a la demencia.... Yo odio a Løndres. En un tiempo éramos nosotros highlanders, hombres valientes, con proporciones heróicas y terribles.... Mas Londres nos ha cambiado en animales curiosos, cuyas piernas desnudas miran los chi-

Fergus pasó su cabeza por la abertura, Randal le detuvo por detras.

—¿Dónde vais? dijo.

Fergus sorprendido por aquella pregunta, no supo que responder.

—Vais sin duda prosiguió lentamente Randal, a buscar lo que amais y lo que aborreceis.... yo estoy al corriente de vuestra historia, de vuestro amor que es el de todo el mundo, de vuestras esperanzas de odio, que son las de un grande hombre ó de un loco.

—¿Quién a podido decirlos?....dijo Fergus, que no conocia a ningun confidente de su pensamiento.

—Vuestro delirio que ya habia comenzado en Newgate, respondió Randal interrumpiéndole, y allí tambien era yo vuestro compañero de calabozo.... Escuchadme.... Maria Mac-Farlane vuestra novia, es la muger del honorable Godfrey de Lancaster.

Fergus tuvo que apoyarse en su catre para no caer.

## X.

BOTAMY-BAY.

—¿Habláis de veras? murmuró.

—¡Tan cierto como hemos de morir!.... yo soy del pais de Mac-Farlane y conozco al noble Angus, como vos mismo.... esto en cuanto vuestro amor.... Por lo que toca a vuestro odio, es menester montes de oro para combatir a la Inglaterra, y en Løndres, donde tendriais que vivir escondido, no hallaréis mas que miseria.

—¡Despacháos, estúpidos arrastrados! gritó Paddy.

Fergus hizo un movimiento para lanzarse al mar, y Randal le detuvo otra vez.

—¿No debéis escaparos tambien vos? preguntó Fergus.

—No; tambien yo necesito oro. Yo tengo mi odio que se parece al vuestro, como la razon puede parecerse a la demencia.... Yo odio a Løndres. En un tiempo éramos nosotros highlanders, hombres valientes, con proporciones heróicas y terribles.... Mas Londres nos ha cambiado en animales curiosos, cuyas piernas desnudas miran los chi-

cos con escarnio.... yo he de ser el hombre mas rico de Londres.... Hè aquí mi venganza.

—¿Dónde creéis hallar esa opulencia?

—Donde hormigean los hombres resueltos, desesperados, hambrientos de oro....

Fergus se quedó un instante pensativo.

—¡Por la boca del infierno! exclamó O'Crane:—¡Maldito seas, condenados!.... ¡al agua rayo! ¡al agua! ¡Satanás os confunda! ¡pronto!

Fergus se volvió hácia Randal, y le miró de hito en hito.

—¿Hay muchos de los hombres que me citais en Botany-Bay? preguntó.

—Muchos.... hombres intrépidos, sufridos, inteligentes, indomables.... hombres que pueden asesinar, sin vender jamas un secreto.... hombres que, disciplinados y conducidos por un gran pensamiento, trastornarian un imperio.

Fergus lanzó una mirada hácia la costa de Inglaterra, donde brillaban algunas luces, y cerró la abertura por donde habian saltado sus compañeros.

Randal y él se tendieron en sus catres.

El bay-ship *Van-Diemen*, con un cargamento completo de deportados con destino al puerto de Sidney, y en cuyo número se contaban Fergus O'Breane y Randal Grahame, estaba maniobrando a la altura de las islas del cabo Verde.

El capitán del ponton el *Cumberland*, de Weymouth no habia recibido muchas primas por los deportados que conducia. En cambio, Paddy O'Crane y sus tres compañeros habian recibido innumerables latigazos, segun el método aplicado aun hoy con los vasallos libres de S. M. El castigo se habia limitado aquí, porque Paddy, hacien-

do uso de su elocuencia ordinaria, habia probado tan claro como el dia, que su energía sola habia impedido a Fergus, a Randal y a los otros que no sabian nadar, de tirarse al agua.

En cuanto al jöven doctor Moore, la *Familia* habia compensado con demasía las liberalidades filantópicas del gobierno.

Un buen bay-ship, con numeroso cargamento de hombres, es un verdadero paraíso flotante. Recibiendo una prima el capitán y el cirujano, segun hemos dicho, por cada condenado que llega sin desgracia a los establecimientos de la Australia, estos dos funcionarios rivalizan en los cuidados y atenciones hácia los criminales de que se encargan. Se diria que son dos excelentes padres consagrados dia y noche al bienestar de una familia.

Uno de nuestros diarios que cuenta hombres eminentes en todas las especialidades entre sus redactores, el *London-Magazine*, daba, algunos años ha, noticias verdaderamente interesantes sobre las travesías de condenados. Nada les falta, ó mas bien, tienen todo con profusion. El estado, que tan sin piedad los repulsa, quiere que la víspera de suplicio no les deje fatales recuerdos. Por lo que hace a la comida, nos contentaremos con decir que lo que cada uno de ellos devora en una sola vez, bastaria para mantener todo un dia a dos obreros robustos con mas que regular apetito. "El domingo, dice la revista precitada, se les da una libra de roastbeef y otra de plumpudding; el lunes, igual cantidad de puerco compuesto con guisantes.... El viérnes, carne, arroz y plumpudding.... Al anohecer se distribuye a cada uno media pinta de vino de Oporto...."

Cuantos infelices ¡Dios mio! se contentarian con una comida semejante.

—¿El vino de Oporto especialmente, no mezcla una dulce dosis de agradable a lo útil, representando por la carne asada y la salsa de guisantes?

Es indudable que los ciudadanos de un país bastante opulento para dar a los malhechores semejantes festines, deben hacer una vida de reyes; porque ¿cómo pensar que el gobierno trate así a los criminales antes de socorrer a la inocencia indigente?

Obrar así sería favorecer abiertamente el crimen....

Sin embargo, así sucede, absolutamente así. El mismo país que acumula provisiones de toda especie en la cala de los bay-ships, deja perecer sin compasión a cincuenta mil infelices en las cuevas de San Gil. Los hombres que se mantienen de plumpudding en el camino de Botany-Bay y los que mueren de hambre por no encontrar en los estercoleros de Londres bastantes cáscaras de patatas, son tan ingleses unos como otros, no teniendo los primeros mas ventaja que la de haber cometido un crimen.

Hay una cosa sorprendente, inverosímil, milagrosa, y es que pueda encontrarse en Inglaterra un hombre pobre y de bien a la vez.

Porque todavía se encuentran algunos.—Pero la lógica vence siempre temprano ó tarde. Esta escepcion normal desaparecerá en breve, y entonces tendremos que abrir aspilleras en nuestras casas para defendernos contra los candidatos a la deportacion.

Fergus O'Breane iba cada día mejor.—Una vez vencida la enfermedad, se manifestó de nuevo su jóven y rica naturaleza, y pareció borrar los rastros de aquel tiempo de descanso desarrollándose mas pronto y mejor. Fergus sentia todos los días un nuevo vigor; sentia que su inteligencia se ensanchaba y su voluntad volvía a ser lo que habia sido.

Como en alta mar se deja una completa libertad a los condenados, a no ser que atiendan éstos contra la seguridad del navío. Fergus y Randal pudieron relacionarse fácil y aun sólidamente, puesto que estaban siempre juntos. La distancia que habia del uno al otro era a la verdad muy grande, pues Randal era un verdadero salteador; pero Fergus habia descubierto bajo su ingenio oculto incapaz de comprender, la ciencia del bien y del mal, una especie de elevacion nativa mezclada con un juicio recto y sumamente perspicaz. El escocés tenia ademas un arranque de pensamiento, que unido a la firmeza espartana que ya sabemos, podia en cualesquiera posicion que se encontrase sacarlo de la línea de los hombres vulgares, atrayéndole la consideracion de la multitud.

Randal, como vulgarmente se dice, no habia encontrado hasta entonces la horma de su zapato. Todos los obstáculos habian cedido a la salvaje energia de su voluntad. Si se relacionó con Fergus, fué por un vago sentimiento de compasión. Fergus era hermoso, y sabido es el prestigio que tiene la hermosura para con los hijos de la naturaleza. Randal habia recibido ademas en los calabozos de Newgate, las involuntarias confidencias de su fiebre, confidencias casi insignificantes, puesto que el plan de Fergus no estaba fijado; pero por lo mismo mas estrañas y mas capaces de ecsaltar la imaginacion acalorada de un montañés de Escocia. El tambien, por otra parte, tenia su idea fija, que, salvo la estension, se parecia algun tanto al pensamiento de Fergus.

Randal, como hemos visto, le dirigió solemnemente la palabra en el momento supremo de su fuga. Bien es verdad que le aconsejaba con cordura, y acababa de hacerle un servicio.



Si alguno le hubiera preguntado a la vuelta de un mes por qué habían cambiado los papeles, por qué había tomado Fergus tan grande imperio sobre él, por qué a pesar de tener mas edad, de ser mas fuerte, se sometía en un todo a su joven compañero, es seguro que le sorprendiera sin ser satisfecho.... ¿Quién sabe si lo conocía? Lo cierto es que el hecho no era contestable. No solo no tenía ya la superioridad, sino que la misma igualdad se rompía cada día mas, y si al cabo de un mes hubiese interrogado, Randal a su conciencia, habría descubierto los sentimientos de un servidor subyugado, unido moral y sólidamente al destino de un amigo de algunos días, que por una serie de transiciones imperceptibles, pero rápidas en sus sucesiones incesantes, habían pasado a ser su absoluto dueño.

Randal fué el primero que, despues de Marfa y MacFarlane, había sido fascinado por aquel encanto oculto é irresistible. Los otros siguieron. Todo aquel que tuvo contacto con Fergus O'Breane y no estaba dominado por uno de esos motivos a los cuales obedecen ante todo los hombres, el amor, la ambicion, la venganza, fué atraído, seducido, subyugado. Todo aquel que al pronto le tenía antipatía fué venido, y le adoraba luego. Hombres y mugeres se lanzaron hácia él con un ardor igual. Fué Dios para los unos y rey para los otros, y así como el amor que le tenían llegaba al delirio, así también la amistad que inspiraba se hermanaba inevitablemente con el respeto.

Hay un escollo comun a todos los ingenios, contra el cual se hubiera tal vez estrellado al pronto el proyecto de Fergus. Aquellos que meditan grandes cosas no pueden emplear grandes medios, y los grandes medios están a veces fuera de nuestro alcance como el fin. Mas Ran-

dal se encontró en medio del camino de Fergus para que no cayese este en dicho escollo. Moderó con su sentido práctico las fulminantes teorías de aquel terrible poeta que meditaba la caída de un imperio, como se medita un drama ó una tragedia, sin pensar que aquí bajo necesita toda otra base, y que el simbólico hijo de Dédalo, Icaro, no hubiera podido servirse de sus alas de cera a no haber subido a lo alto de una elevada torre.

Randal-Grahame fué en cierto modo un regulador para con el penetrante, pero sobrado atrevido génio de Fergus. Enseñóle a sí mismo los problemas, lo cual hizo que pudiese resolverlos.

Y desde entonces, como en lo sucesivo, sonrióse Fergus del instrumento que ponía el destino entre sus manos.

Amóle, sin elevarle a la calidad de confidente. Ningun problema resuelto le fué confiado.

Ignorando y debiendo siempre ignorar Randal el plan de la gran batalla, no conoció mas que los pequeños pormenores sugeridos por él, algunos proyectos de escaramuza en los que debía batirse como orador.

Durante la travesía, que fué bastante larga, se inició a Fergus en la constitucion de la *Gran Familia* londonense, que dejando a un lado sus cien mil secuaces reúne de una manera ó de otra con lazos estrechos ó anchos todos los *outlaws* de los Tres Reinos.

También hablaron Randal y él de María que tanto amaba O'Breane, y de Angus a quien quería como hermano. María había sido arrebatada de la quinta de Leed, en Escocia, por el honorable Godfrey de Lancaster que se había casado con ella en Gretna-Green.

Gran pena era para Fergus la pérdida de María, mas le salvaron de la desesperacion los trabajos de su inteli-

gencia. En cuanto al heredero de White-Manor, Fergus, propiamente hablando, no experimentaba odio hácia él, así como tampoco aborrecía al seductor de Betsy.

No parecía sino que su facultad de odiar estaba completamente absorbida en otra parte, y no podía por lo tanto verse afectada por esas aversiones particulares de hombre a hombre, que callaban cuando resonaba el grito implacable y poderoso lanzado contra la misma Inglaterra.

Después de una travesía de cinco meses, en cuyo tiempo no se había detenido mas que una vez sobre la costa del Brasil, llegó el bay-ship a la vista de Sidney. Desde entonces formaron Fergus y Randal un proyecto de evasión, cuya ejecución fijada para mas adelante, debía dar importantísimos resultados.

Después de haber anunciado el cañon de Sidney la entrada en la bahía del *Van-Diemen*, y de haber desplegado la bandera en la punta de *South-Head*, dirigióse al peniche del piloto real al navío y le condujo hasta el medio del puerto. Allí se hicieron varias formalidades, las cuales terminadas, pasaron el capitán y el cirujano al barco del gefe del puerto, quien les llevó al palacio del gobierno.

Apénas se pusieron en marcha, saltaron cien barcas del puerto a fuerza de remos y cercaron al *Van-Diemen* con extraordinaria prontitud.

En aquellas barcas, placentemente empavesadas, se cantaba y gritaba. Era un inmenso clamor de bienvenida.

Veíase en ellas a hombres, mugeros y niños; todos gruesos, frescos, disfrutando de completa salud. Una afable sonrisa embellecía uniformemente todas las fisonomías. Aquella poblacion respiraba la plenitud del bienestar material.

En tiempo del paganismo habia tambien, a lo que dicen los poetas, un pequeño rincón del globo, donde no se conocía el infortunio. Aquel lugar afortunado tenia por nombre Arcadia. Estaba habitado por pastores cándidos, y pastoras con cútis de rosa, tan inocentes unos y otras como sus ovejas.

La infancia era allí santa; la edad viril perezosa, pero irreprochable, vejez lajardornada con barbas blancas, se coronaba filosóficamente con pámpanos, y bebía agraz en copas de piedras cual conviene a pastores de una edad avanzada, que tuvieron gran temor a Baco. Todo, en una palabra, tenia en aquella muelle y bien aventurada Arcadia algo de los tiempos mitológicos; allí se aspiraba un infantil perfume de inocencia y de sencillez. Forzoso nos es creer que los blo osno estaban entonces armados de dientes.

Aquella Arcadia murió con el tiempo, envenenada con su propio desabrimiento. Las flautas con tres agujeros, las varitas engalanadas, las pastoras lozanas, los cayados llenos de flores, todo bajó a la tumba.

Nosotros, que somos cristianos; mas aún, cristianos reformados, hemos resucitado la Arcadia, con la diferencia de que, habiendo cambiado las costumbres, nuestros pastores comen enormes rebanadas de carne, en lugar de chupar el graz líquido del coco; y en vez de beber leche se embriagan con el rack.

Nuestra Arcadia, y esto lo juramos públicamente, no morirá nunca de desabrimiento. Nuestros pastores y pastoras poseen un perfume mas que suficiente de perversidad. Aquella inocencia, cándida hasta la mas hermosa puerilidad, no ecsiste hoy; en su lugar se ve el crimen obeso, próspero, reposándose y engordándose en la

abundancia: se vé a Newgate trasformado súbitamente en paraiso terrestre.

Llenóse el objeto, así lo creemos. Los malos instintos se callan en aquella falta completa de necesidades. Aquel que roba para comer, no roba allí ni asesina.

Pero ¿no es extraño y vergonzoso, que si la sociedad que es fuerte, usa algunas veces de clemencia hácia el crimen, sea una razon para que descienda hasta la debilidad? ¿No autoriza a creer, obrando así, que capitula con quien la ataca, al paso que su oido es siempre sordo para oír al desvalido cuya única arma es la súplica? ¡Cóm! vosotros a quienes la miseria terca y persigue por todas partes; vosotros cuyos palacios se elevan del seno del cieno; vosotros, decimos, poseeis en países lejanos un lugar de refugio tan vasto como opulento; una Chanaan cuya superficie cubriría diez veces la Inglaterra; un paraiso donde toda esa turba agonizante cuyos acentos inquietan vuestro sueño, hallaría fácilmente la fuerza y la vida, y no firmáis sin embargo un solo pasaporte para esa tierra prometida sin que a ella os fuercen con la pistola ó el puñal en el pecho. Rechazais a los que imploran, cedéis a los que amenazan. So pretexto de castigar, recompensáis. Mas aún; es menester para merecer vuestros dones, presentar un certificado de nuestros tribunales que pruebe el asesinato y el pillage. ¡Ah! eso sí que es egoísmo, y egoísmo estúpido mas bien que infame; egoísmo que pasa por la cobardía para llegar a la demencia.

¿Qué sucede? No hablaremos de la miseria espantosa que os sitia y que tratáis a imitacion de los salvages de la Lusiana, que curan a sus enfermos a latigazos; de esa miseria invasora que sube sin cesar para ahogarnos un día;

tocarémos solo el punto de nuestros criminales. ¿Qué sucede? Los condenados pueden dividirse en dos clases: unos hacen mal por necesidad, otros por gusto. El crimen tiene tambien pontífices; y la vocacion, esa estravagante consejera, arrastra a esa parte como a las demas. En cuanto a los primeros, vuestra accion es entera. Dán doles de comer, es natural que os olviden, y miéntras que la racion sea buena, os dejarán en paz. Consiguierou lo que deseaban. Os piden la bolsa, ó la vida; les dais la bolsa, os dejan la vida.

¿Pero los otros, los fanáticos del mal, esos corazones perversos por naturaleza, que no están contentos sino cuando hacen tramas diabólicas y que matan por matar, como el usurero atesora por atesorar, creéis reducirlos? ¿No sabeis que deportados una vez, vuelven? ¿Por dónde? ¿Qué importa? lo cierto es que vuelven. Caigan de las nubes, salgan de debajo de la tierra, vuelven casi todos mas fuertes, mas atrevidos, mas prudentes, mas diestros en el crimen. Botany-Bay es una universidad como Oxford, y es necesario que los bachilleres de la una sean mas camastroñes que los doctores de la otra. Vuelven, y vuelven hechos verdaderos demonios que ninguna barrera detiene, que ninguna fuerza puede coger, aumentando desde su llegada ese tenebroso senado de malhechores de Londres, que daría hoy, así por el rigor del ingenio, como por la esactitud y penetracion de la mirada, cincuenta puntos por ciento a vuestro cuerpo de pares.

De lo que resulta que despues de comprar la paz, de hacer la capitulacion y pagar el *black-mail*, no se ha desarmado mas que a los enemigos ménos peligrosos.

La llegada del bay-ship es siempre un motivo de regocijo para la colonia. Los antiguos cómplices se reconocen

y se saludan. Se recuerdan mutuamente sus hazafias, hablan de los tiempos prósperos.

Mas esta vez habia otra razon, una razon especial para que el *Van-Diemen* fuese acogido a las mil maravillas. Este navio, en efecto, llevaba ademas de los condenados, un cargamento de mugeres que las primeras casas de Sidney y de Parramata habian encargado a sus corresponsales de Londres (1). Cada cual se apresuraba para ver a las recién llegadas, y los marineros se veían y ceceaban para impedir a los curiosos hiciesen irrupcion en el puente.

El desembarco no se operó sino al cabo de algunos dias, por escisir la costumbre no vaya el superintendente de los trabajos públicos a bordo hasta que los condenados han descansado de las fatigas del viage y recibido trages; entónces elige entre ellos a los que deben ser empleados por el gobierno. En cuanto los deportados saltaron a tierra, se formaron en batalla para la revista del gobernador.

El gobernador, gentleman estimable, que participaba completamente del pensamiento de sus amos, y habia contribuido lo que no es decible a hacer de Sydney un verdadero punto de recreo, dirigió mil felicitaciones al capitán; otros tantos cumplimientos al doctor, y una patética alocucion a sus nuevos administrados. Terminado este acto, acercáronse los industriales austratienses é hicieron su eleccion, respondiendo por los condenados que a su servicio tomaban. Los que de estos no encontraron fianza fueron conducidos a la cárcel.

Los industriales de que acabamos de hablar, eran, por supuesto, presidarios admitidos a los derechos cívicos de

(1) Estos pedidos se hacen segun la fórmula siguiente:

—“Dignaos espedirnos al recibo de la presente, cincuenta mugeres de diferentes edades, en buen estado de inteligencia y de salud, cargando los gastos, &c.”

la Nueva Gales del Sud, bien sea llegada la espiracion de su pena, bien por indulto del gobernador; tambien eran simples condenados, *legitimados* por un matrimonio contraido en la colonia.

¿Esa grande proteccion que se concede a matrimonios que se hacen, a Dios sabe cómo, y se rompen con la misma facilidad, no es un diagnóstico cierto y positivo del renacimiento de la edad de oro? Hé aquí por una parte un incorregible pillastron, por la otra una criatura que ha apurado todas las vergüenzas. Ambos arrastran la cadena: pero se casan, y este solo hecho les vuelve la libertad. El pillastron es mirado como un buen gentleman; la muger pasa al estado de lady respetable, y si el rack les deja tendidos maritalmente en medio de las calles de Sydney, les tienden con todo respeto los soldados del gobierno una mano propicia para levantarlos.

No habiendo encontrado Fergus y Randal fianza en Sydney, fueron ambos enviados a Paramatta.

La vida de los condenados en la Nueva Gales del Sud es feliz y uniforme, Randal y Fergus, colocados en casa del mismo amo, continuaron echando los fundamentos de su obra. Estando suficientemente meditado el plan a la vuelta de seis meses fué preciso comenzar a obrar, y Randal se casó.

Habia en Paramatta una hiladora llamada Maudlin Wolf, cuya vida era una verdadera novela. Creíase que su origen era frances; su acta de condenacion la designaba en efecto con el nombre de Magdalena Loup, conocida por la condesa Cantacuzena. En Londres, donde se habia establecido en su primera juventud, habia sido por espacio de muchos años una verdadera leona. Su hermosura no pudo ser muy grande, pero los dandies de cierta edad conservaban aún un agradable recuerdo de

las gracias infinitas de su persona, y sostenian que despues de la condesa no habia habido en Londres una aventurera mas perfecta en todos conceptos. Tenia bonito cuerpo, aunque era algo baja, y poseia, segun parece en un grado superlativo, la ciencia de inflamar los corazones mas frios, y de desatar los cordones de los bolsillos mas sólidamente cerrados.

Por espacio de algunos años deslumbró a Londres con su fausto, arruinando a muchos banqueros que se obstinaban en tirar por la ventana el dinero del prójimo. Luego, en medio de sus mayores triunfos fué implicada en el famoso proceso de los diamantes de la duquesa de Devonshire, y convicta de haberlos ocultado y arrojado en un ponton.

Pérdida grande fué esta para la *Familia*, pues Maudlin Wolf, ó la condesa Cantacuzena, era sin contradiccion la muger mas diestra del mundo; el resultado de los servicios que habia hecho vendiendo, cuando la ocasion se presentaba, la caja de sus opulentos protectores, no podría nunca calcularse.

No es fácil corregirse de una pereza contraida entre las muelles dulzuras de un lujo desenfrenado. Maudlin espió cruelmente su prosperidad pasada en la Nueva Gales del Sud. Por ligera, en efecto, que sea la tarea impuesta a un condenado, no podia ménos de ser demasiado pesada para los dedos delicados de la condesa Cantacuzena. Durante los primeros años de residencia en Sydney, gastó para sustraerse al trabajo todas las sutilezas de aquella diplomacia femenina que habia asegurado su imperio en Londres. Aun era entonces jóven y bonita, y sus gracias fascinaron a algunos antiguos presidentes que la cubrieron con su proteccion interesada.

Mas ya hacia mucho tiempo que Maudlin estaba en la

colonia. Las gracias de su pequeña persona, gracias preciosas, provocadoras, pero que necesitaban de la primera juventud para atraer los corazones, disminuyeron insensiblemente, desapareciendo por último. Maudlin condesa, hubiera dominado todavia por la excesiva sutileza de su ingenio; pero en Sidney no corria esta moneda.

Maudlin fué enviada a Paramatta. Primer destierro, primera caida.

Allí fué presiso trabajar. Maudlin quiso hacerlo, y despues se escapó: Dirigiósele a Georger River. Nueva insurreccion y nuevo destierro.

¡Windsor, nombre notable, cuya armonía real debe despertar mas de un recuerdo en el corazon de los criminales mas grandes! La pobre Maudlin debia descender mas de un grado todavia en la escala de la miseria. Windsor era en aquel tiempo el establecimiento mas lejano de Sydney, el mas triste y el ménos habitable; mas como Maudlin manifestase tambien allí su tendencia pronunciada a insurreccionarse, se le puso collar de hierro al cuello, metiéndola en las minas de Coal-River.

Cumplido el año de pena que se le impuso, volvió a reunirse con sus compañeros, muchos de los cuales no la reconocieron: su cara estaba llena de arrugas: su cuerpo se doblaba: era vieja.

No obstante, su corazon era todavia jóven; y su imaginacion acalorada, bulliciosa, activa al extremo, conservaba toda su viveza. Trabajó para no volver a las minas; pero alimentaba en sus adentros un profundo rencor contra sus perseguidores. Ingeniándose y usando de la astucia singular que constituia el fondo de su ingenio, consiguió suscitar al gobierno un sinnúmero de disgustos.

En la época en que Fergus y Randal llegaron a Sydney, Maudlin Wolf era un personage con quien habia

que contar. Estaba relacionada con todos los descontentos; habiase captado la confianza de los mas importantes miembros de la *Familia* deportados, y mantenía relaciones ocultas con esa parte indisciplinada de la colonia que estará continuamente en guerra con la autoridad.

Esto se sabia: afirmábase además que Maudlin sabia perfectamente donde estaba escondido Smith el Metodista, que habia tirado un pistoletazo al gobernador; pretendian algunos que habia pasado mas de una vez las barreras y tomado el camino de las Montañas Azules, para avisar al matador de bueyes salvages Waterfield, el cual arruinaba las carnicerías de la colonia degollando los rebaños enteros, y vendia la carne tan barata, que los obreros, hartos, no querian trabajar. Estos rumores llegaban a oídos del gobernador; pero no era fácil prender a Maudlin.

Randal Grahame se casó con esta misma Maudlin Wolf; primero para ser libre, y despues para ponerse en contacto por ella con Smith Waterfield y algunos otros aventureros arrojados, cuyo concurso le era importante asegurarse.

---

## DECIMA PARTE.

---

### EL MARQUES DE RIO SANTO.

#### I.

##### EL REY LEAR Y LA REINA MAB.

Al rededor de una hoguera que esparcia sus llamas en medio de un raso formado entre la maleza de un bosque, se hallaban seis hombres reunidos. Este bosque estaba sembrado de algunos árboles desprovistos de toda verdura. La noche era lóbrega, y la vista al seguir la direccion que tomaba la espiral formada por el humo, solo percibia en medio de aquellas tinieblas altos y gruesos troncos enrojecidos por la llama y coronados de algunas hojas marchitas.

Sobre dos estacas clavadas en la tierra se hallaba sostenido un enorme pedazo de kanguroo, el cual: medio asado, esparcia por todas partes los agradables perfumes de su sabrosa fragancia.

Veíase vagamente en la sombra, cuando el viento animaba la llama, el abrumado perfil de una choza, en cuyas

que contar. Estaba relacionada con todos los descontentos; habiase captado la confianza de los mas importantes miembros de la *Familia* deportados, y mantenía relaciones ocultas con esa parte indisciplinada de la colonia que estará continuamente en guerra con la autoridad.

Esto se sabia: afirmábase además que Maudlin sabia perfectamente donde estaba escondido Smith el Metodista, que habia tirado un pistoletazo al gobernador; pretendian algunos que habia pasado mas de una vez las barreras y tomado el camino de las Montañas Azules, para avisar al matador de bueyes salvages Waterfield, el cual arruinaba las carnicerías de la colonia degollando los rebaños enteros, y vendia la carne tan barata, que los obreros, hartos, no querian trabajar. Estos rumores llegaban a oídos del gobernador; pero no era fácil prender a Maudlin.

Randal Grahame se casó con esta misma Maudlin Wolf; primero para ser libre, y despues para ponerse en contacto por ella con Smith Waterfield y algunos otros aventureros arrojados, cuyo concurso le era importante asegurarse.

---



---

## DECIMA PARTE.

---

### EL MARQUES DE RIO SANTO.

#### I.

#### EL REY LEAR Y LA REINA MAB.

Al rededor de una hoguera que esparcia sus llamas en medio de un raso formado entre la maleza de un bosque, se hallaban seis hombres reunidos. Este bosque estaba sembrado de algunos árboles desprovistos de toda verdura. La noche era lóbrega, y la vista al seguir la direccion que tomaba la espiral formada por el humo, solo percibia en medio de aquellas tinieblas altos y gruesos troncos enrojecidos por la llama y coronados de algunas hojas marchitas.

Sobre dos estacas clavadas en la tierra se hallaba sostenido un enorme pedazo de kanguroo, el cual: medio asado, esparcia por todas partes los agradables perfumes de su sabrosa fragancia.

Veíase vagamente en la sombra, cuando el viento animaba la llama, el abrumado perfil de una choza, en cuyas

paredes se apoyaban dos ó tres fusiles con cañones negros surcados de sombrías líneas de acero cuyo secreto poseían solo en aquella época las fábricas inglesas.

Los seis hombres formaban medio círculo. Los dos primeros eran Randal Grahame y Fergus O'Breane, que sujetaban su chaqueta de deportados con un cinturón lleno de pistolas.

Seguía después un joven de aire grave, casi ascético, que volvía con una mano el improvisado asador para poner en punto el pedazo de kangaroo, acaricando con la otra el forro, muy lustroso por el largo y frecuente uso, de una pequeña Biblia adornada con manecillas de metal. Llamábanle mayor, ó Smith el Metodista. Bajo este último nombre había sido condenado a quince años de deportación por robo en una iglesia.

El hombre que estaba sentado sobre la yerba al lado del devoto metodista, tenía una hermosa figura, cubierta en parte de una poblada barba, indicaba suficientemente su oficio de salvaje, pues la barba está proscrita en Botany-Bay tan severamente como en Londres, y no hay un solo facineroso convenientemente establecido, que no se afeite la cara con el mayor cuidado.

En aquel país bienaventurado, donde dos docenas de robos y tres ó cuatro asesinatos bastan apenas para dar a aquellas gentes cierta consideración, la barba es cosa chocante, pues efectivamente esta da un aspecto feroz y los amables hidalgos de Botany-Bay no necesitan de ello.

El salvaje no afeitado que estaba junto a Smith, se llamaba Waterfield, y había abandonado a Sydney para hacer la guerra a los millares de bueyes nacidos, según se dice, de tres animales de esta especie llevados en 1790 por el primer gobernador de las posesiones de Australia,

y que de aquella época se han reproducido extraordinariamente.

Waterfield, mozo alto, joven y fuerte, hacia su extraño comercio de un año a aquella parte, a pesar del gobernador y de los carniceros de la colonia. Estos últimos habían puesto su cabeza a precio.

El quinto personaje era casi un anciano. Su fisonomía, pensativa y un tanto satírica, tenía alguna semejanza con la que los litógrafos dan al diplomático francés príncipe de Talleyrand Perigot. Era la misma penetración de mirada bajo el velo prudente de un párpado medio cerrado, igual delicadeza en el juego de la boca y casi el mismo sello de distinción aristocrática. Debemos apresurarnos a decir que el viejo Ney Braynes, mas conocido con el nombre del *Rey Lear*, no pretendía de modo alguno parecerse en lo demás al ilustre embajador.

Era un pillo atrevido, reflexivo, sufrido, infatigable. El nombre del *Rey Lear*, que le ha hecho célebre en el calendario de Newgate, le fué dado por su antiguo oficio de actor. Los miembros de la *Familia* pronuncian todavía su nombre con respeto, y Noll Brye el carcelero se rasca a menudo la oreja pensando en las bonitas hazañas de mister Ned Braynes.

El sexto y último era un negro calvo, llamado por esto Absalon, el cual tenía una nariz horriblemente aplastada, ojos blancos y negros, enormes juanetes y cuatro libras de labios.

Cuando Smith olvidaba el dar vueltas al asador, suplía Absalon.

Pasábase esto en el bosque bastante claro de Tagle River, a cinco ó seis millas Sudeste de Paramatta, y a unas diez y seis próximamente del puerto de Sidney.

Nuestros seis personajes parecían impacientes ó in-



quietos. Es evidente que esperaban a alguien, y solo el negro Absalon cuidaba con todo esmero del asado del kangaroo.

—Sabeis, amigo Grahame, dijo súbitamente el matador de bueyes, que gano en la colonia cien guineas mensuales.

—Hasta que la colonia os ahorque, Paulus; lo sé, respondió Randal.

—Por mi parte, dijo Smith, no puedo decir que hago gran cosa desde que el demonio me tentó para que descargase mis pistolas sobre el gobernador.... pero seria bueno saber si en esta circunstancia está nuestra conducta esenta de pecado....

—Abrid vuestra biblia, mayor, respondió Randal y veréis que los hijos de Israel no desmerecieron en modo alguno del nombre de pueblo de Dios saqueando a los filisteos.

—¡Es cierto! murmuró Smith; mis escrúpulos son a veces ecsagerados, señor Grahame.

—Sois un santo, mayor, dijo el *Rey Lear*. Todos lo sabemos, y estamos convencidos de que por no alejaros del altar cometisteis aquel robo en una iglesia.... Pero, Randal, me parece que vuestra muger tarda mucho en venir.... La marea no espera a nadie y aun tenemos que andar diez y seis millas esta noche.

—Sin duda, respondió Randal; pero por la misma razon la pobre Maudlin tenia que andar diez y seis millas para venir a reunirse con nosotros.

Hubo un instante de silencio, durante el cual no se oyó mas que el murmullo de la brisa de la noche en las hojas de los árboles, y el ruido enteramente particular que hace el opossum cuando se mece sostenido con su larga cola

en una rama, para comunicar a su cuerpo un movimiento de oscilacion y salvar de un salto el espacio que separa a los árboles.

Absalon continuaba cuidando el asado.

—Amigo Randal, dijo Ned Braynes, nosotros hace mucho tiempo que nos conocemos, para que yo no tenga en vos toda confianza. En cuanto a Waterfield, es un buen cristiano. Hétenos, pues, cinco buenos compañeros, con el corazon en la mano; pues Absalon, príncipe de la sangre real de Congo, no está mal entre los hidalgos como nosotros. ¿Pero quién es el sexto? decidme.

Esta pregunta se referia a Fergus, que todavía no habia desplegado sus labios.

El sexto es nuestro gefe, rey Lear, respondió jovialmente Randal.

Los cuatro deportados miraron entonces a Fergus con atencion y desconfianza. El mismo Absalon abrió los ojos una cuarta para ecsaminarle mejor.

Fergus se ruborizó. Su emocion era efecto de la vergüenza, pues no podia pensar sin una profunda repugnancia, que le era preciso valerse de aquellos hombres para llevar a cabo su proyecto. Despues de haber soñado en reales batallas, estaba a punto de perder todo su valor al pensar que tomaba por soldados a asesinos y a ladrones.

Así debia suceder. Un sofista se hubiera consolado, recordando que los compañeros del fundador de Roma eran tambien ladrones y asesinos; que los soldados de Espartacus eran esclavos, manchados con toda clase de crímenes. Pero Fergus no era sofista. Sentia, y aquella revista de su extraño ejército le colocaba a sus propios ojos en la baja posicion de un bandido vulgar.

Pero su idea fija contaba ya dos años de ecsistencia, y un minuto de repugnancia no podia por lo tanto hacerle

abandonar su proyecto. Dominó, pues, al fin, y su voluntad se manifestó indomable y fuerte como siempre.

Los cuatro condenados habian visto su emocion, cuyos motivos estaban distantes de adivinar.

—¡Ah! ¡ah! dijo el rey Lear. ¡Ese gallardo mozo quiere ser nuestro gefe!

—¿Cuáles son sus derechos? añadió Waterfield con un feroz movimiento de envidia.

—Siempre creí, prosiguió Smith saludando a Fergus, cual lo hubiera podido hacer un caballero, que seríamos consultados para la eleccion de nuestro gefe. Esta es una cuestion que nos es permitido discutir.

—Eduardo Braynes y Pablo Waterfield, y vos, mayor ó Mister Smith, dijo Randal levantándose, el asunto que tratamos es sobrado grave para que yo, que os conozco a todos y conozco tambien a este caballero, no os diga y os asegure bajo mi palabra, que el mejor de vosotros no le llega a la suela del zapato.

—¡Cómo!.... quiso exclamar Waterfield.

—No hablo de vos, Pablo, interrumpió friamente Randal; pues no sois el mejor.... Verdad es que valeis mucho porque sois fuerte y no temeis ni a Dios ni al demonio; pero aquí está Smith que es fuerte tambien, que no teme tampoco mucho, y que tiene ademas la ventaja de ser el hipócrita mas diestro que hay en el mundo; y sin embargo, colocaria primero que a Smith a nuestro jocosó rey Lear, que hace lo que quiere de los demas, que lo adivina todo, y para todo encuentra una salida?

—Ya te veo venir, Randal! interrumpió a su turno Eduardo Braynes riendo; a pesar de tu pomposo elogio ¿nos vas a decir que prefieres a tu protegido?

—¡No me comprendeis, rey Lear!.... y olvidais a Ab-

salon, que no tiene quien le iguale para asar un cuarto de kangaroo y para otras muchas cosas.... Indudablemente le preferiria a vos.... y yo que valgo mas que Absalon, declaro que soy un niño al lado de Fergus O' Breane.

—¡Esas son tonterías! refunfuñó Pablo, descontento por el último puesto que se le asignaba.

—Nadie os quita, Waterfield, continuó Randal, de continuar vuestro comercio durante los doce años que teneis que cumplir.

—¿Así me tratais? exclamó el matador de bueyes colérico; ¡y si os denunciase!

—Quieto, dijo Fergus, pasando por delante de Randal, que se disponia a replicar. ¡De modo que probaria a este hombre que valgo mas que él?

El matador de bueyes se levantó enfurecido.

—Haciéndome ver que tu sangre es mas colorada que la mia, mendigo de Irlanda, exclamó. ¡Por el nombre del demonio! ¿crees acaso que no sé degollar mas que los bueyes?....

Al hablar así habia sacado con violencia de su funda el largó cuchillo con que descuartizaba el producto de sus cazas, precipitándose despues sobre Fergus con la rapidez del pensamiento. Vanamente quiso Randal evitar aquel pérfido y súbito ataque. Faltóle el tiempo, y los dos adversarios cayeron rodando en el suelo, donde se les vió debatirse confusamente un instante. Despues se levantó uno.

Era Fergus O' Breane, que traia en la mano el cuchillo de Pablo.

Habia sido tan pronta aquella lucha, que los asistentes quedaron admirados, escepto Randal Grahame, inmóbi-

les y mudos en el mismo sitio en que estaban antes. El negro había dejado su tarea y abría cuanto le era posible sus ojos sorprendidos.

Es mas que cierto que ninguno creía ver a Fergus le vantarse el primero. La cara del jóven irlandes, animada por el esfuerzo que acababa de hacer, había tomado aquella espresion de irresistible imperio que brilló a menudo en torno de su frente en los momentos de gran peligro, como una aureola sobrehumana. Su hermosa estatura se había enderezado súbitamente, sus ojos brillaban y despedían orgullosos resplandores.

Los cinco deportados creyeron que Pablo Waterfield había concluido ya su carrera, y no pensaron ni siquiera en socorrerlo, tan dominados se vieron en aquel instante por la imperiosa superioridad de Fergus; pero éste, en vez de abusar de su triunfo, dejó caer el cuchillo, y cruzando sus brazos, dijo con calma:

—Ya ves que valgo mas que tú.

Waterfield se levantó medio estropeado, recogió su arma y comparó al parecer mentalmente la elegante delicadeza de las formas de Fergus, con sus miembros y su cuerpo de atleta.

—Verdad es, dijo con una rudeza en la cual se mezclaban en iguales dosis la franqueza y el despecho; el rayo me abrase si sé como esa mano tan blanca, plantada en un brazo de muger, ha podido pulverizar la mia y hacerme soltar mi cuchillo. Pero así ha sido; no hablemos mas.... Hay otra cosa, añadió con acento mas afable: caballero, puesto que me habeis dejado la vida, a la cual tengo poco apego, si la ocasion se presenta, contad con Pablo Waterfield.

Apenas habían sido pronunciadas estas palabras cuando

se oyó una carcajada aguda, maligna, que les hizo estremecer, y que no hubiera podido dar la garganta de ninguno de los seis deportados. Al mismo tiempo una forma humana, sumamente pequeña y de apariencia realmente fantástica, se deslizó entre Smith y el negro, y fué a acurrucarse cerca del fuego.

—¡La reina Mab! exclamó Eduardo Braynes.

—¡Maudlin! dijeron los otros, acordándose de pronto del motivo de su reunion.

Maudlin se había colocado al otro lado de la hoguera, enfrente de la asamblea. Sus largos y negros cabellos sueltos por la rapidez de una marcha forzada, caían en desórden por todos lados hasta el suelo. Sus arrugas desaparecieron a la claridad vacilante de la hoguera, cuyo rojo resplandor animaba sus mejillas con colores vivos. La huella de los padecimientos y de los años se borraba en aquel momento en su cara rejuvenecida. Era una especie de fugitiva reaccion de sus encantos tan poderosos antes entre los goces de Londres y eclipsados en la fria tumba de Coal-River. Por algunos minutos volvió a encontrar, sin saberlo, en aquella fantástica media luz, el atractivo olvidado de su animada mirada y de su sonrisa de maga.

—¡Bravo, dijo riéndose! ¡bravo, Pablo! si yo fuera ese caballero os hubiera degollado como a un buey.... Buenas tardes, viejo rey Lear; buenas tardes, mayor Biblia; buenas tardes, hijo cabelludo de David, honrado y digno Absalon; buenas tardes, Randal, querido esposo mio.... ¿Probablemente deseais algunas noticias? bien; pero estoy muerta y no puedo pronunciar una sola palabra.

Concluido este escordio, que pronunció con un tono burlesco y una volubilidad que desmentía positivamente

—Sus últimas palabras, Maudlin Wolf abrió una caja de lata que llevaba colgada de los hombros en forma de bandolera, y vertió en el hueco de su vestido una pequeña medida de avena, que cernió con todo esmero.

—Vamos, Madlin, tened formalidad, dijo Randal. ¿Qué hay de nuevo?

—Algunas piedrecillas en esta evena, marido mio, respondió gravemente Maudlin. El tratante que me la ha vendido es un ladrón.

—Un miserable ladrón, reina Mab, apoyó Ned Braynes; ¿pero no nos decis nada?....

—¿No somos todos nosotros ladrones, rey Lear?.... Os diré cuanto queráis con tal que me dejéis respirar.... Baby!

Maudlin pronunció este nombre dulcemente y le acompañó con un silbido, y al instante se oyó un pequeño ruido en el bosque. Las enredaderas que colgaban de la bóveda de los grandes árboles y bajaban a entrelazarse casi en el suelo, se separaron para dejar pasar una preciosa yegüecilla de la altura ordinaria de una corza, que después de jugar sobre la yerba, fué a meter su graciosa cabeza sobre las rodillas de la reina Mab, y se puso a comer la avena que le habían preparado.

Los deportados conocían muy bien el humor de Maudlin, a quien el viejo Braynes, grande aficionado de Shakspeare, había apellidado la reina Mab, no tanto por su pequeño cuerpo, como por alusión a su fantástico carácter, para obligarla más a explicarse, y así se armaron de paciencia.

Maudlin esperó que concluyese Baby hasta el último grano de avena.

—Echate aquí, gazela mía, dijo en seguida, pues has andado quince millas esta tarde, y tal vez andarás otras quince esta noche.

—¿Es, pues para esta noche? interrumpió con viveza Randal.

—Mucha prisa teneis, marido mio, replicó Maudlin. Me parece que hace un momento estabais más ocupados en degollaros unos a otros como fieras, que en deliberar como hombres razonables sobre el pequeño asunto de vida ó de muerte.... Vaya, la carne está ya asada. Si queréis creerme, comed.... ¿quién sabe si volveréis a probar el kanguroo en vuestra vida?

El negro calvo, presuroso de aprovecharse de aquel consejo, separó prontamente el asado del fuego y lo puso delante de él sobre un mantel de hojas. Smith dejó su bibia para plantar su cuchillo en la parte más tierna del animal; dejó el espíritu por la carne, y los demás le imitaron.

Mientras comían, se acomodó Maudlin sobre la yerba, y dignóse explicar, en fin, su misión.

Hízolo en términos claros y precisos, sin olvidar nada, dando a cada cosa su colorido, y probando que había sido difícil elegir un mensajero más inteligente que ella.

—¡Bravo, Maudlin, bravo, reina Mab! exclamó Ned Braynes, cuando hubo terminado.

No puede anunciarse con más gallardía una buena noticia.

—¡El demonio se lleve a ese guarda-costas! dijo Pablo.

—Nuestro golpe se ha frustrado, murmuró Randal, y no nos queda más partido que volver a Sydney.

Maudlin había fijado su penetrante mirada en Fergus, que parecía meditar profundamente.

—El hidalgo no ha hablado todavía, hijo.  
Esta indirecta hizo estremecer a Fergus.  
—¿Queréis obedecerme? preguntó secamente:

—Sí, respondió Randal.  
Los demas vacilaron. Maudlin frunció las cejas y agitó sus piés con impaciencia.

—Por mi parte, dijo al fin el matador de bueyes, no tengo inconveniente, pues teneis corazon y buen brazo.

—Nada os explicaré.

—¡A la buena de Dios! exclamó Ned Braynes; contad conmigo, y os juro fé y homenaje por el digno Absalón.

—Yo haré otro tanto, murmuró Smith.

Levantáronse, y Fergus repuso:

—A caballo, señores; es menester que estemos en la costa antes que concluya la noche.

Seis caballos ensillados y dispuestos esperaban a corta distancia de la choza del matador de bueyes, pues la expedicion habia sido combinada con mucha anticipacion, y su incertidumbre fué solamente casnada por el obstáculo imprevisto que Maudlin habia anunciado.

Algunos minutos despues todos estaban a caballo, igualmente que Maudlin, y partieron a galope.

Todavía reinaba la noche cuando llegaron cerca del mar, con la diferencia de que se descubria en el horizonte una línea blanca en la que se reproducia la sombra de las montañas, y la hora del alba estaba próxima.

La parte de la playa donde la cabalgata hizo alto, estaba completamente desierta; la pequeña banda ató los caballos a los últimos árboles y en seguida marcharon a la orilla del mar.

—¡La señal! dijo Fergus.

Waterfield llevó a sus labios un cuerno de buey é hizo

resonar tres gritos roncós y compasados que repitieron los ecos del interior y fueron a perderse en los bosques.

En el mismo instante se vió un resplandor vivo que iluminó las brillantes cimas de las olas, resplandor que apenas visto desapareció.

Los seis deportados se acostaron a la orilla del mar y esperaron.

resolvió las cosas con rapidez y con precisión. En el interior de la prisión se veía un hombre que se movía con dificultad. Los otros prisioneros se miraban con curiosidad.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS II.

VEINTE QUINTALES DE CARNE HUMANA.

El viage de la pequeña banda tenía por objeto apoderarse de un buque entero en franquía para la Inglaterra.

Maudlin, que fué a Sidney para saber si los conjurados de aquella villa habían podido procurarse una barca y armas, había traído dos noticias en lugar de una. La barca estaba pronta y armada; pero había en la bahía un guarda-costa de S. M.

Un guarda-costa que se había acercado a Sidney para reclutar su tripulación, diezmada por los corsarios franceses que nos hicieron una guerra tan cruel durante los últimos años del imperio. Era la corbeta *Ceres*, de diez y ocho cañones, que venía a tomar a su bordo a los cumplidos.

Las noticias dadas por Maudlin eran precisas, según hemos dicho. Por lo que miraba a la coberta *Ceres*, las trascribimos a continuación.

El teniente Naper que la mandaba, había enviado a pedir al gobernador, según se practica en semejantes ca-

sos en todas las costas de la Nueva Gales Meridional, cierto número de condenados que hubiesen cumplido su tiempo y se disponían a pasar a Inglaterra, al saber la negativa del gobernador; negativa prevista con anticipación.— Nunca lo repetiríamos bastante, la ley en aquella bienaventurada tierra de destierro, es infinitamente más protectora que en la madre patria. Aquí es permitido forzar al servicio marítimo, a todo ciudadano apto para esta carrera; mas allí es preciso que medite mucho nuestra marina antes que ponga su mano sobre un ladrón; de donde se deduce naturalmente que el crimen es no sólo un beneficio claro y evidente, sino también una condición de inviolabilidad. Aquel que gusta del dulce *farniente* y no tiene vocación alguna para la gloriosa vida de marino, a pesar suyo debe nacer lord ó hacerse bandido. No siendo el primer medio accesible a todos, muchos sienten las ventajas del segundo, y cada trimestre se ve obligado Old-Court a celebrar una ó dos sesiones extraordinarias. Al saber la negativa del gobernador, decíamos, el teniente Naper tomó sus disposiciones; y dos de sus oficiales desembarcaron en Sidney y se abocaron con el superintendente de los trabajos públicos, que pasaba por ser un hombre especial, en cuanto a este original reclutamiento. El superintendente empezó por recibir una buena suma, principio de toda cordial armonía; y después prometió treinta marineros determinados.

El reclutamiento debía hacerse de una manera sencilla. Cinco ó seis hombres de confianza del superintendente debían ser empleados desde el anochecer en adelante en dar de beber a los futuros marineros, que una vez ébrios, serían conducidos a un parage convenido, distante una media milla de Sidney. Tres vibraciones de la trompa servían de señal a la corbeta para echar al momento

su chalupa al mar. Lo demas se haria sin dificultad, y los treinta bandidos se despertarian al dia siguiente sorprendidos y reducidos al estado de marineros de S. M.

Forzar así, por sorpresa, a pillos jubilados a desempeñar el papel de hombres de bien y honrados, era una verdadera traicion.

Pero Londres está lejos de Botany-Bay, y la madre mas tierna no puede preveer todos los peligros que amenazan à sus queridos hijos.

Desde la salida de *Egle River*, Fergus O'Breane estaba silencioso y pensativo en medio de sus compañeros, que por lo contrario conversaban alegremente de cuando en cuando. A una legua de la costa habia interrogado a Maudlin, aparte, durante algunos momentos.

Al llegar a ella, el matador de bueyes, segun dijimos, habia dado la señal. La luz que se habia visto en el mar venia de la *Ceres*.

—¿A qué distancia de la costa fondea la corbeta? preguntó Fergus.

—A tres ó cuatro millas, respondió Maudlin.

—¿Y el buque costero?

—Está en el puerto amarrado al muelle.

—De modo que, si nos amparamos a él, dijo el rey Lear, la corbeta nos echará a pique.

Smith lanzó un profundo suspiro.

—Demonio, refunfuó Pablo Waterfield; maldita la confianza que tengo yo en el golpe.

—Y los nuestros, preguntó de nuevo Fergus a Maudlin, ¿dónde están?

—A quinientos pasos de aquí, en la punta de Cow-Hill.

—Aun tenemos una media hora.... ¿estais bien segura, Maudlin, que este es el verdadero parage de la cita?

—Segurísima, señor.... y el haber contestado a la señal, prueba que el superintendente no ha podido cumplir su promesa.

Fergus reflexionó un instante.

—Señores, dijo luego, el buque no vale nada, y así no puede vacilarse entre él y la corbeta.

Waterfield soltó una carcajada; Smith bajó la cabeza, el negro Absalon abrió los ojos cuanto pudo, y el rey Lear hizo un gesto de sorpresa. Maudlin dió varias palmadas gritando ¡bravo!

—Esplicaos, O'Breane, dijo Randal, con semblante inquieto.

—Y no olvideis, añadió el viejo Ned Braynes, que no somos caballeros errantes.

—El libro dice.... Al demonio del orgullo no cederás, murmuró Smith.

—¿Y no dice tambien el libro, exclamó Waterfield: Cuando cinco hombres sensatos ven que tratan con un loco, deben plantarle y volver la espalda?

—Soy de opinion que tomemos la corbeta *Ceres*, replicó friamente Fergus, en lugar de meternos en ese pesado buque, en el cual estaríamos siempre a merced del primero que mal nos quisiese.... Randal, hacedme el favor de ir a Cow-Hill, y traer al momento a los nuestros.

Randal obedeció sin responder.

—Yo, señores, me vuelvo a mis bueyes, dijo Waterfield levantándose.

—Volved a vuestros bueyes, señor mio.... Una vez dentro de la corbeta, tenemos diez y ocho cañones y somos dueños del mar.

—¡Piratas se han visto millonarios! suspiró Smith con ansiedad; pero es un oficio muy criminal.

Waterfield volvió a sentarse y prestó atención.

—Puede esponderse la vida por millones de libras, dijo el rey Lear, despues de un momento de silencio; pero es preciso al ménos, contar con la probabilidad, cosa que no veo aquí.... La corbeta debe tener doscientos cincuenta hombres de tripulacion; perdiendo treinta, es claro que tiene doscientos veinte.

—Si estuviese vacía, replicó Fergus, no pensaria en hacerme con ella, pues seriamos incapaces de dirigirla.

—¿Teneis cómplices a bordo?

—Los tengo, replicó Fergus sin vacilar.

El viejo Ned le miró de soslayo.

—Tal vez es así, murmuró. Además, yo soy ya muy viejo para hacerme rico de otro modo que en el oficio de pirata.... Os seguiré a donde vayais, señor O'Breane.

La faja blanca que se veía en el horizonte, empezó a teñirse de color de rosa; pero aun no se distinguian bien los objetos.

La barca en que estaban los conjurados llegó en breve, conducida por Randal Grahame. Su número se elevaba a veinte y ocho.

—El rey Lear es un hombre prudente, dijo el matador de bueyes; convengo en ser de la partida, pero....

—No estoy dispuesto, interrumpió severamente Fergus, a discutir con vos. No hay pero que valga.... Los que me sigan, me obedecerán.

—Bien, bien, señor O'Breane, refunfuñó Pablo, descontentado por el poco caso que se hacia de él; yo no soy capaz de desdeirme, ¿lo entendeis? y puesto que vine hasta aquí, obedeceré.

Los veinte y ocho conjurados saltaron a tierra. Eran en general, altos, vigorosos y de apariencia determinada.

Habia entre ellos simples condenados; pero la mayor parte era de esos indomables y atrevidos facinerosos que no corrige un primer castigo, y que en vano se esfuerza el gobierno en sepultar en las frias minas de Coal-River. Allí arrastran gruesas cadenas, viviendo a doscientos piés bajo tierra; pero si ocurre una insurreccion, una tentativa desesperada, surgen al momento como otros tantos demonios. Matan a los centinelas con los restos de sus cadenas, operan milagros de fuerza, de paciencia y de valor, y sin escasear, dirémos que el pillo mas vil de entre ellos gasta en su vida mas destreza y arrojo que lo que se necesita para hacer una media docena de héroes.

El viejo Ned, Pablo y Smith el Metodista, se mezclaron a ellos al momento. La noche era muy oscura todavía; mas esto no quitó se reconociesen en seguida unos a otros.

—Buenos dias, Tom; buenos dias Samuel; buenos dias Toby; amigos míos, esclamó el rey Lear. Bueno va, ¡pardiez! esto es lo que se llama buenos compañeros.

Fergus habia llevado aparte a Randal Grahame.

—¿Conoceis a estos hombres? dijo.

—A casi todos, respondió Grahame; pero el demonio me abraze si comprendo vuestra humorada.

—¿Puede contarse con ellos?

—Segun.... si el golpe les gusta....

—Responded, Randal, interrumpió Fergus con gravedad. Nuestra salvacion estriba en un solo medio. ¿Sois valientes?

—Cuanto a eso, sí.... valientes cual ningunos, O'Breane.... y obedientes en proporcion.

—Que formen círculo, dijo Fergus. El tiempo urge... ya creo oír el ruido de los remos.



Randal obedeció, y Fergus se encontró en un abrir y cerrar de ojos en medio de los veintiocho bandidos.

—Señores, dijo, cinco minutos teneis para reflexionar. Mi plan es este. La chalupa del navío de guerra que ancla en la bahía, llegará aquí dentro de un cuarto de hora. Su venida tiene por objeto tomar treinta hombres que deben entregarle aquí mismo; treinta hombres embrutecidos por la embriaguez, que embarcarán como sacos de lana ó barriles.... Vosotros no sois mas que veinte y ocho, pero este negro y Waterfield completarán el número.... ¿quereis pasar así a bordo de la corbeta?....

—¡Demonio de idea, refunfuñó el matador de bueyes.

—¿Para qué? preguntaron dos ó tres.

—¡Ah, ah! dijo el rey Lear; ya comprendo ¡buen golpe!

—Para evitar las fatigas del abordaje, respondió Fergus; para llegar de una vez y sin combatir, hasta el puente de un bonito navío, cuyos diez y ocho cañones os volverán entonces la culata.

Waterfield dió una palmada en su frente.

—¡A fé mia! exclamó, que me parece que comprendo... Vamos, amigos, tres vivas a nuestro comandante; ¡este proyecto lo vale!

Fergus puso coto lo mejor que pudo al entusiasmo súbito del matador de bueyes, el cual no tenía ya necesidad de estímulo. Algunas palabras acabaron de explicar su plan, cuyo arrojado podía, a no dudar, seducir a sus extraños soldados. El rey Lear lo aprobó en todas sus partes, y Smith insinuó que una vez dentro de la corbeta podrian reconciliarse con el cielo llevando la antorcha de la verdad a las comarcas salvages.

No hubo la menor discusion sobre este punto.

Segun el mandato de Fergus, los veintiocho recién llegados, Waterfield y el negro Absalon, se tendieron en la arena en desórden, despues de haber ocultado sus armas bajo su ropa.

Fergus, Randal, el rey Lear y Smith ocultaron igualmente sus armas; pero permanecieron de pié. Maudlin estaba sentada sobre una piedra.

Oíase ya perfectamente el ruido de los remos de la chalupa, que no estaba mas que a unas cien brazas.

—¡No os movais! dijo Fergus en voz baja; en ello nos va a todos la vida, aquí, en la chalupa, dentro del navío, estais enteramente ébrios, dormís.

—Cada uno de nosotros, interrumpió el matador de bueyes, ha hecho ese papel mas de una vez a lo natural... Tranquilizaos, comandante.

—¡Hoo! gritaron de la chalupa.

—¡Hola! respondió el rey Lear.

—¿Quién sois?

—El demonio me lleve, ¿quién sois vos?

—Alumno de la corbeta *Ceres*.

—Nosotros, dijo el virjo Ned, somos cuatro buenos ingleses y la reina Mab, mi muger, todos de la casa del superintendente mister Cuning, que da mil inemorias al teniente Naper.

—¿Y qué mas?

—Le envia lo que vos sabeis, señor alumno.

La chalupa estaba a algunas brazas de la costa, un último y vigoroso golpe de remos la hizo abordar. Pocos instantes despues llegó a tierra una canoa, de donde salió el alumno con un maestre y cinco ó seis marineros.

—No os esperábamos esta noche, dijo el jóven oficial.

—Verdad es que nos hemos descuidado, replicó Ned,

que desempeñaba por su parte el papel de hombre de confianza del intendente; pero esos infelices tienen tanto rack encima de su alma, que nos ha costado seis horas reducirlos a este estado.

—¿Cuántos hay?

—Unos veinte quintales, suponiendo que cada uno de ellos pese ciento cincuenta libras.

—¿Qué ébrios están! exclamó en este momento con admiración el maestro, que acababa de examinarlos de cerca: mister Jones, añadió dirigiéndose al alumno, guapos mozos son, a fé mia.

El joven oficial tomó un aire de importancia.

—Mister Cannig, dijo, no se hubiera atrevido a enganar a un oficial del rey.... ¡Embarca!

El maestro cogió enseguida a Waterfield por los hombros, al mismo tiempo que dos marineros lo hicieron por las piernas.

—¡Uno! contó el alumno.

Waterfield cayó como un fardo en el fondo de la chalupa.

—¡Vino! tartamudeó.

Los marineros soltaron algunas carcajadas.

—¡Dos.... tres.... cuatro.... cinco! contaba el alumno a medida que uno de los deportados caía en el fondo de la chalupa como una piedra; despachaos. Sam, va a a manecer.... seis.... siete.... ocho....

—De todo nos han traído, dijo el maestro; hasta un negro.

Absalon murmuró algunas palabras ininteligibles, y cayó en el fondo de la barca.

—Nueve.... diez.... once.... prosiguió el alumno, doce.... Espero que nos seguiréis a bordo, señor mio. El teniente Naper se alegrará mucho de veros.

—Se entiende, señor mio, respondió Ned; el teniente es muy atento, y vos sois un oficial, cumplido.... Os seguiré con mis tres compañeros y mi muger que desea mucho ver un barco del rey.

—¡Demonio! murmuró Sam; los cuatro imbéciles, pase; pero, ¿qué haremos de la dami?

—El alumno le impuso silencio, y siguió contando hasta completar el número.

—Sam, dijo, dad la mano a la señora.... Tened la bondad de subir.... todo es un viaje mas, Sam, añadió dirigiéndose al maestro; nos quedaremos con estos cuatro bribones y dejaremos la muger.

El alumno era un bello mozo de quince ó diez y seis años, rubio y colorado, de excelente familia y buena educación. Pero olvidan en nuestras escuelas el enseñar a nuestros jóvenes marineros que la perfidia no constituye la destreza y mancha el arrojo. En suma, tal vez tienen razón, y mientras que les enseñasen este axioma banal, dejarían de aprender la demostración de un teorema del mayor interés. Reprochando ya, como se hace a nuestros oficiales, el ser menos eruditos que los de Francia, ¿qué sería, Dios mio, si se les diesen algunas lecciones de moral!

Porque ser instruido significa saber el álgebra, la geometría, la trigonometría rectilínea, curvilínea, trascendente, &c., &c., y no conocer los principios más elementales de la honradez. Con máximas de sabiduría no se aprende más, y nuestros marineros no son euácaros.

Son impertinentes y brutales, hacen el comercio de los blancos, so pretesto de filantropía, y protegen, bajo el mismo pretesto, un espantoso comercio de veneno; insultan al débil, sin que por eso dejen de tomar las de villadiego

delante de los fuertes; son, en fin, por desgracia, lo que nosotros somos.

Sam dió la mano a Maudlin Wolf, que se embarcó en la segunda canoa, donde estaban ya los cuatro pretendidos servidores del intendente. Las dos embarcaciones se dirigieron a alta mar.

El alumno, durante el viaje, ecsaminó a sus cuatro huéspedes con curiosidad. Fergus especialmente fijó al parecer su atención.

— Ese gallardo mozo por sí solo vale mas que los treinta zopencos de la chalupa, dijo en voz muy baja al capataz Sam; definitivamente, el rey le necesita.

— Y mucho, señor Jones, añadió el capataz riendo. Con la vieja reina Mab, como ellos la llaman, bastará para dar la enhorabuena al teniente.

El día empezaba a aclarar, y la corbeta se distinguía un tanto, delineando vagamente en el cielo de color de rosa los perfiles negros y sueltos de un aparejo. Veíase balancear la arboladura inclinada con toda calma. Su cañena se confundía con el sombrío azul del mar, al cual no enviaba todavía sus reflejos la aurora indecisa y oculta.

Todo estaba a bordo en la calma y en el silencio, y solo al entrar las dos embarcaciones en las aguas de la corbeta, fué cuando descendió de la cofa una voz que dió el quién vive.

Un instante despues entablaban las palancas, y los veinticuatro quintales de carne humana fueron sucesivamente izados al puente, donde quedaron terdidos, inertes, é impossibilitados en la apariencia, de hacer un movimiento. Despues tocó el turno a los enviados de mister Cuning, a los cuales siguió inmediatamente la reina Mab. La ascension de esta última escitó las risotadas de los mari-

neros de la *Ceres*. Sabido es en las cinco partes del mundo, que cuando el inglés se chancea no deja de parecerse a aquel oso placentero que estropea a sus amigos, so pretexto de quitarles una mosca de la megilla. Nuestros marineros, al parecer, sobrepujan mucho al oso, y son por lo tanto los mas temibles zumbones del universo. La mugerzuela se balanceó largo tiempo, lanzada de una garrucha a otra, se elevó y fué por último de repente arrojada como un fardo, y medio muerta de pavor.

El segundo del bordo, pequeñuelo y rechoncho, de aspecto duro y repugnante, asomó su cabeza a la grande escotilla.

— ¿Se ha concluido? preguntó.

— Sí, señor, mi teniente, respondió el midshipman.

El segundo subió al puente, y mandó le trajesen una linterna para pasar revista a los recién llegados.

Mientras duró el ecsamen dió algunos puntapiés a los pretendidos borrachos, prometiéndoles con juramentos que no beberian mas que agua durante la travesía.

— ¿Y quiénes son estos? preguntó designando a Fergus y a sus compañeros.

— Estos, respondió el rey Lear, son gentes a quien debéis cien libras.

— ¡Bien, bien! refunfuñó el segundo; ¿por qué habeis traído a esa gente, señor Jones?

El alumno, en lugar de responder, se acercó a él y murmuró algunas palabras a su oído.

— ¡Ah, ah!... hizo el segundo; ¡eh, eh!... ¡Ah, demonio!... Id a buscar al comandante.

Habia en el puente unos cuarenta marineros ocupados en diverras cosas y la mayor parte sin armas. La luz del

dia aumentaba por instantes. El viejo Ned tocó el brazo de Fergus.

—¿Qué haceis? dijo.

Fergus no respondió. Estaba pálido y un ligero temblor agitaba sus labios.

—¿Qué haceis? dijo a su turno Randal, ¿aguardais a que toda la tripulación esté sobre el puente?

Fergus no respondió tampoco, y su semblante manifestaba una lucha interior. ¿Era miedo? no. Pero César no pudo menos de vacilar antes de pasar el Rubicon.

Fergus tenía un peso en el corazón. Aquel hombre tan ardiente un momento antes se sentía yerto. Su conciencia estaba cargada; la señal que tenía que dar era la muerte de un hombre, y Fergus vacilaba.

Sí, Fergus vacilaba, y no porque en aquel momento supremo le pareciese su empresa mas gigantesca y loca que en los días silenciosos en que pesaba de lejos las probabilidades y los peligros; no porque despues de aquel primer momento desigual y temerario, tuviese que verse en luchas mas desiguales, mas temerarias todavía. Este era un punto que tenía muy meditado. Fergus conocia perfectamente los peligros; tambien habia contado los obstáculos, y su penetrante vista no era de aquellas que se dejan engañar por la distancia.

Presentábase al combate armado de una firme é inflexible voluntad. Nada podia sorprenderle, ni era Rubicon lo que le hacia vacilar.

Pero tenía que atacar a un hombre por sorpresa; tenía que matar antes de ser provocado, y su brazo se volvía de plomo. Tal era su naturaleza. Mucho se engañarian los que esplicasen su perplejidad, diciendo que era

el primer paso, y que el primer paso cuesta. Fergus, de carácter inmutable, era entonces lo que fué despues. Su ingenio podia desarrollarse, mas no su corazón. Quince años de luchas mortíferas no habian de ajar aquella flor de delicadeza, aquel heroico honor que, mezcla estraña y adúltera, presidia a sus acciones mas vituperables....

Randal, que no podia comprender este escrúpulo, le apretó fuertemente el brazo.

—O'Breane ¿teneis miedo? preguntó.

—No, respondió Fergus, buscando al fin bajo su chaqueta la cox de una pistola, tengo vergüenza.

En aquel momento los oficiales de la corbeta subieron en masa por la escotilla, y se dirigieron hácia el grupo formado por Fergus y sus tres compañeros.

Meted estos tres hombres en la sentina, dijo el teniente Naper, despues de haberlos ecsaminado: nuestros látigos sacarán esceleutes marineros.

La sangre volvió al momento a las mejillas de Fergus, que levantó la cabeza y montó su pistola; iba a combatir y no a degollar.

—No avanceis, ¡por vuestra vida! dijo al segundo que se dirigía hácia él para ejecutar la orden de Naper.

El día, no muy claro aún, no permitió al segundo el ver que Fergus estaba armado; por lo que continuó marchando hácia él con el sable levantado.

—¡Ah! exclamó Fergus, dando una alegre carcajada, y como si sus compañeros pudiesen comprender su pensamiento; siempre tienen en reserva bastante perfidia y baja-jeza para motivar el ataque é imponer silencio a la compasion.... ¡Muere, ingles!

El segundo de la corbeta *Ceres*, cayó con la frente abierta por una bala.

Mas como hubiese visto el gesto de Fergus, y habiendo tenido tiempo para dar su cuchillada, vióse al mismo tiempo una línea colorada, larga y profunda en la frente de O'Breane, cubriéndose al momento su cara de sangre.

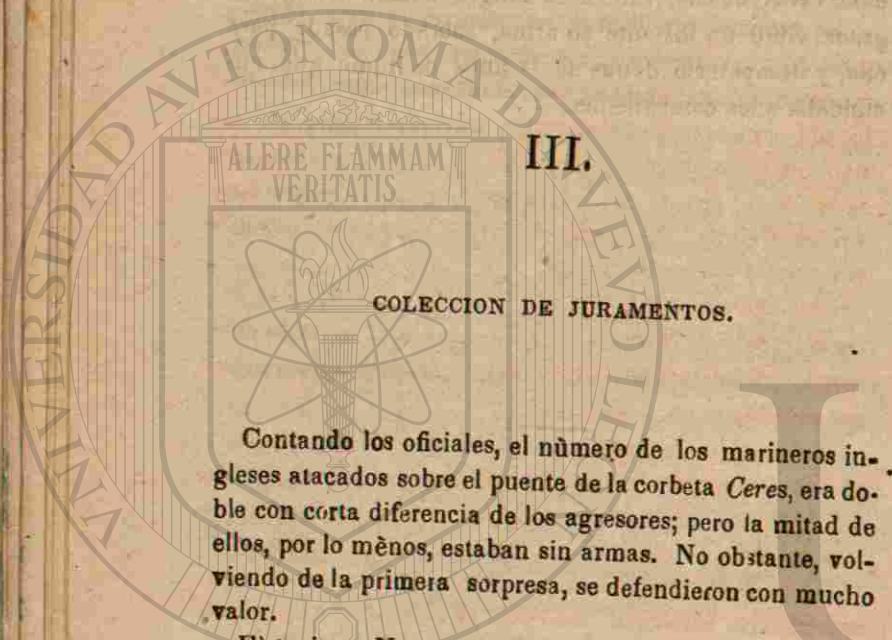
Un grito formidable respondió al ruido del pistoletazo, que era la señal. Los veinte quintales de carne humana se levantaron y se precipitaron como tigres sobre la tripulación. Aquel movimiento fuè furibundo, irresistible, contagioso. Por todas partes corrió la sangre, y desde entonces, aquellos hombres que pasaban por estar ébrios de alcohol, se embriagaron de los ardientes vapores de la carnicería, de sus propios clamores, del ruido repentino de sus armas, del espeso perfume de la pólvora, de todo lo que es fiebre, rabia, trasporte en la pelea.

Imposible distinguir nada sobre el puente. El día naciente retrocedía ante el humo. Todo se confundía en un movimiento desordenado, incesante, del cual salía un concierto de confusas imprecaciones.

Puede decirse que allí reinaba un viento de muerte y de cólera. Los mas frios abandonaban su reserva. Smith mataba, y mataba cantando salmos; el rey Lear se batía como un demonio, destrozando algunos pasages de Shakespeare, y el negro, cuyos ojos brillaban cual si fuesen los de un chacal, se deslizaba y degollaba, lanzando luego en medio del ruido de la batalla, el formidable grito de guerra de su raza.

La misma Maudlin Wolf, dominada por el ardor común, se agitaba en el sitio donde la habian colocado, gesticulaba y a veces se dejaba ir a helicosos impulsos. Su débil cuerpo temblaba: la emocion la hacia reir y le

costaba un triunfo el no lanzarse en la pelea. Por último, cedió a su deseo; tomó un cuchillo que habian olvidado cerca de ella, saltó a la sangre lanzando algunos gritos, vibró un instante su arma, sobrado pesada para ella, y desapareció detras de la nube de humo que circundaba a los combatientes.



Contando los oficiales, el número de los marineros ingleses atacados sobre el puente de la corbeta *Ceres*, era doble con corta diferencia de los agresores; pero la mitad de ellos, por lo ménos, estaban sin armas. No obstante, volviendo de la primera sorpresa, se defendieron con mucho valor.

El teniente Naper, que había subido con intención de mandar que aparejasen, y que no tenía en la mano más que su *speaking-trumpet* (bocina); corrió en seguida a la grande escotilla, y dijo a voces a los que estaban en las baterías; ¡todo el mundo al puente.

Pero esto no sirvió más que para dar un aviso útil a los agresores, que en aquel momento eran victoriosos; aprovechándose de su primer arrojó, rompieron la línea de los marineros del rey, y consiguieron cerrar las escotillas.

No quedando a los ingleses ninguna esperanza de socorro, continuaron retirándose y se formaron en el castillo de proa, al pié del palo de mesana.

—¡Rendíos! gritó Fergus, cuyo grave y brillante arrojó contrastaba singularmente con el frenesí de sus compañeros.

No respondieron los ingleses más que injurias. Fergus gritó de nuevo: ¡a ellos! y acometió el primero. Trábose otra vez la pelea, aunque no reñida como antes, pues habiendo ambas partes consumido sus municiones, se batián cuerpo a cuerpo y en silencio. El único ruido que se oía en el puente era el choque del acero y la aguda voz de Maudlin Wolf, que rendida y sin aliento, escitaba sin cesar a los combatientes.

Los agresores ganaban cada vez más terreno, y la caída del teniente Naper, a quien Fergus hirió mortalmente, coronó completamente sus esfuerzos, pues todos los ingleses se rindieron al perder su jefe.

Concluida la batalla, tuvo lugar una escena extraña y grotesca; una farsa ridícula siguió a este lúgubre drama. Un marinero inglés, que no había podido incorporarse a tiempo con sus compañeros, de los cuales le separaba la línea de vencedores, corría a lo largo de la regata con extraordinaria velocidad, a lo cual se prestaba la espantosa dimensión de sus piernas, sumamente delgadas y sin curva alguna en la parte de las pantorrillas.

El negro calvo Absalon le perseguía fieramente, corriendo por lo ménos tanto como él, y amenazándole con el cuchillo con que había cortado el kangaroo. Aun hay más. Maudlin Wolf, saltando por encima de la sangre que cubría el puente, corría, con los cabellos sueltos, escitando al negro con gritos y gestos, y desempeñando bastante bien el papel que haría en una caza de liebres con galgos un infeliz faldero que no pudiese seguir el paso de los caballos.

Tan ocupados estaban estos tres personajes, uno en

huir y los otros en perseguir, que no repararon en la cesacion de las hostilidades. Siguieron, pues, su interminable carrera, el negro vibrando su cuchillo, la reina Mab ahullando, y el marinero dando una infinidad de carreras para evitar a sus encarnizados perseguidores, y diciendo con una voz grave, que interrumpia la pérdida periódica de su aliento:

—¡Soy de los vuestros, Dios me condene! negro estúpido, hombre de bien, si.... de los vuestros, triple blasfemia. Soy.... de la familia, señora, ¡maldito tonel!.... Escuchad, negro del demonio, Satanás y su cola.... Pero ¿a qué viene hablar de Satanás? ¡Dios me condene si no sois Satanás en persona, digno compañero mio!.... Os prometo, agujero del infierno! que en lo sucesivo no juraré por Satanás.... ¡Escuchad!

—Animo, Absalon, gritaba Maudlin.

—¡Rayo! volvía a decir el marinero, que sentía al negro en sus talones; os digo que soy de la *Familia*, ¡misericordia, condenacion eterna!.... Negro del demonio, animal sin razon, compañero mio, no hagais caso de esa furia maldita, que tal vez es excelente en algunos momentos.... ¡Oh!.... ¡Dios me castigue!.... ya no puedo mas.... ¡Oh! ¡oh!

—¡Nuestro es! ¡nuestro es!

El marinero dió algunos pasos y cayó cuan largo era, murmurando devotamente:

—Encomiendo mi alma a Dios, boca del infierno.... pues, ¡demonio si salgo de esta! ¡Satanás me condene sin compasion!

El negro, que perseguía furioso al marinero, tropezó en sus largas piernas y midió tambien el suelo con su cuerpo.

Maudlin cayó en el mismo sitio donde estaba gritando victoria.

El honrado Paddy O'Crane tuvo la suerte de caer cerca de Randal Grahame, que habiéndole reconocido al momento por la invocacion piadosa que lanzaba el moribundo al cielo, le protegió contra el negro, que se habia levantado hecho una furia y sin intencion de dar cuartel.

Paddy jadeaba y proferia mil blasfemias inauditas con voz lamentable y apagada.

—Gracias, señor mio.... ¡El demonio me lleve si me acuerdo de vuestro nombre! dijo dirigiendo a Randal una mirada de cordial reconocimiento; habia tantos pillos en el *Cumberland*, ¡triple miseria!.... Pero recuerdo haber visto allí vuestra pálida figura, ¡eterna condenacion! vuestros ojos sin cejas, ¡léveme el diablo.... sin olvidar a ese maldito y calvo negro, a esa bruja de pié y medio... y vuestros cabellos color de caoba. De todo eso me acuerdo, ¡Dios me abrase!

Randal habia ido a reunirse con Fergus.

—¡Oh, oh! murmuró Paddy al reconocer a este último ¡ese es el que estaba enfermo, ó que me entierren entre el negro y la pequeña furia!.... El otro era un vecino de la izquierda, ¡garras de Satanás!.... un pillo determinado, a quien arrimaron un día cincuenta latigazos sin que soltase un ay!.... ¡mil miserias!.... ¡Ah! ¡tambien hollan la bandera de Inglaterra! ¡atrevidos! ¡malvados! ¡valiente canalla!

Fergus acababa en efecto de cortar la cuerda que sujetaba la bandera al asta del palo de mesana, y los colores de Inglaterra cayeron a sus piés. Su fisonomía, en aquel momento de triunfo, estaba serena y recogida. El resplandor de sus íntimas esperanzas brillaba en su frente, llena de juventud y de hermosura.

Pateó el pabellon del Reino-Unido, lanzó a lo lejos

una implacable mirada de desafío, y murmuró algunas palabras, que no llegaron a los oídos de sus compañeros.

Desgarrando en seguida con su puñal el tercer cuartel de las armas de Inglaterra, en el cual se elevaba sobre un campo de azul el harpa de oro de Irlanda, lo estrechó contra su pecho y empapó el resto en la sangre, tiñendo de rojo toda la bandera.

Después izó él mismo este nuevo pabellon en medio de los frenéticos gritos de los vencedores.

Ya era de día, y el puente, cubierto de cadáveres, ofrecía sus horrores a los vivos rayos del sol naciente. Los deportados, aunque heridos en su totalidad, no habían perdido más que uno de los suyos, y compensaban aquella muerte con la adquisición del atlético marinero Paddy O'Chrane, el cual había saludado la bandera encarnada con una infinidad de juramentos, tan perfectamente combinados, que Pablo Waterfield le pulverizó la mano en señal de simpatía.

En el castillo de proa estaban amarrados como unos treinta marineros.

Sin embargo, la situación de los vencedores no era brillante. Eran dueños del puente; pero a sus piés, en las baterías, había cincuenta hombres, cincuenta enemigos frescos, dispuestos y superiormente armados.

Seguramente esto había sido el principio de la acción.

Fergus llamó a todos los suyos en torno al palo mayor, y allí celebró una especie de consejo. Las opiniones fueron unánimes en un punto, a saber: que era menester apoderarse de la corbeta. Pero ¿cómo? los oradores fueron ménos esplicitos en este punto. Pablo dijo que no había más que abrir la escotilla, y que cada uno hiciese su deber; Smith recitó un texto del libro de Jacob, y Ran-

dal propuso que se hiciese la amenaza a los enemigos de la sentina de que abririan el navío.

—Y ellos os amenazarán, repitió el viejo Ned, con prender fuego al almacen de la pólvora.... No hay que echar bravatas.... Pero nuestro capitán,—inclinándose delante de Fergus, pretendía, si mi memoria no me engaña, tener cómplices en la *Ceres*.

—Verdad es, dijo Waterfield.

Las megillas de Fergus se encendieron; pero el consejo no tuvo tiempo para advertirlo.

—¡Rayo! exclamó Paddy, ¡que Dios me castigue si el digno capitán no tenía razón en hablar así! ¡viles pillastrones! ó más bien, ¡tempestades! honorables y excelentes compañeros.... pues sois excelentes compañeros, a lo que veo, excepto el negro maldito y la arrastrada reina.... ¿puedo hablar?

Fergus hizo una señal afirmativa.

—Pues bien, ¡boca del infierno! esta es la verdad, dijo el gigante marinero gesticulando lenta y ridículamente; yo soy Paddy O'Chrane, es preciso que lo sepais, aunque tenga que verme ahogado por Satanás.... lo que por poco me sucede hace un momento, ¡fuego eterno!.... Paddy O'Chrane de Tipperary en Irlanda, de la otra parte del canal, os lo juro por la parte que me espera en el paraíso, ¡cuernos del demonio!.... Yo hubiera podido alistarme fácilmente en la guardia de caballería por mi famosa estatura, ¡tempestad! que sin zapatos es más de seis piés, ¡el demonio cargue con vos y conmigo también!.... ¡triple blasfemia! Pero he preferido vivir como cristiano, antes que engordar con la vaca del rey como un holgazán....

—¿A dónde quiere ir a parar ese majadero? refunfunó el rey Lear.



—¡El majadero sois vos, viejo Ned, peste incorregible, continuó Paddy con la mayor impasibilidad.

—Bien os conozco, excelente anciano.... tres años hace ahora que os arrimé veinticinco latigazos sobre el puente del *Cumberland*. ¡Sepúltenos Dios en los infiernos! que está fondeado hoy en la bahía de Veymouth, ¡tempestades! del cual me hicieron subir a esta corbeta infernal, ¡Satanás y sus garras! en donde vivo de milagro, ¡un millón de condenaciones!

—Amigo, díjole Smith, ¿cuándo concluiréis de blasfemar? El libro ha dicho....

—¿Qué libro, ni qué demonio.... He pedido la palabra y creo....

—Acercaos, interrumpió Fergus.

Abrióse el círculo, y el marinero ocupó el centro de la asamblea. Evidentemente le halagó este honor, pues se estiró cuanto pudo, y se puso en jarras con aire fatuo é ingenuo, que cuadraba perfectamente con su honrada fisonomía.

—Responded con brevedad, díjole Fergus; ¿hay en el navío otros marineros alistados a fuerza como vos?

—En cuanto a responder con brevedad, ¡rayo! comenzó Paddy, supongo....

Fergus dió una patada en el suelo.

Paddy O'Chrane volvió los ojos hacia él, y perdió como por encanto su prolija serenidad.

—¡Oh! capitán, tartamudeó, yo responderé lo mejor que pueda a su señoría.... ¡Tempestades! nunca he visto semejantes miradas.... En la cubierta hay cuatro hombres sometidos a la fuerza como yo en el *Cumberland*.... ¿No es cosa, eh? pero conozco yo mas de cincuenta que darian un ojo por saludar vuestra bandera encarnada.... Mirad, exclamó con viveza, volviéndose há-

cia la proa donde estaban amarrados los ingleses; no hay necesidad de ir muy lejos para encontrar alguno. ¡Dios nos condene a todos.... excepto a su señoría.... que no me desmentirá.... allí está Sam que os recomiendo como el más incurable de todos los arrastrados, ¡buen muchacho! y a Gibby también, ¡miserias! contad con Blunt el manco, ¡un ciento de bruja!.... ¡esperad!

Paddy arrancó con violencia de las manos del matador de bueyes el hacha con que había combatido, y se dirigió a grandes pasos hacia la gran escotilla; y al pasar junto al desgraciado teniente Naper le quitó la bocina.

Creyendo los deportados que iba a abrir la escotilla, fueron hacia él para impedirlo; pero Fergus los detuvo diciéndoles:

—Dejadle.

El imperio que sobre ellos ejercía era demasiado grande para que esa orden no fuese ejecutada sin murmurar.

—Sí, sí, ¡Lucifer y su marmita! dejadme, replicó Paddy, aplicando al mismo tiempo un fuerte hachazo sobre la cubierta de la escotilla ¡ya veréis!

Aplicó un segundo, luego un tercero que hizo astillas una parte de la puerta abriendo un agujero por donde cabían dos manos, y colocó en él la boca de su vocina arrojándose para estar más cómodo.

—Ya verá su señoría como persuado a todos esos caballeros, dijo guiñando el ojo; ¡lévenos el demonio!

Aplicó la bocina a la boca y gritó con toda su fuerza:

—Todos hemos sido acuchillados, todos ¡suba yo pronto al cadalso!.... ¡Esos arrastrados! excelentes señores ¡Dios nos condene! ¡qué demonio! son dueños del puente desde el molinete hasta el vitácora.... ¡Tempestades! ¿cómo es posible resistir a doscientos facinerosos de los cuales el más pequeño me lleva la cabeza?

Estas palabras fueron pronunciadas con un tono de espanto tan enfático, que el rey Lear aplaudió por instinto, mientras que los otros reían a carcajadas.

Paddy separó su boca de la bocina:

—¡Silencio! dijo encolerizado; si no sois mas alto que yo, ¡rayo! sois mas gordo, ¡veámonos todos en manos del verdugo! De todos modos la invencion nos servirá, y espero que me hagan segundo maestro por lo ménos.

—¡No lo dudes! exclamó el viejo Ned.

Paddy llevó de nuevo la bocina a los labios.

—Los doscientos facinerosos quieren prender fuego a la embarcacion si no os rendís al instante, miradlo bien, ¡por el nombre de Belcebú!.... Y lo harán como lo dicen, pues son hombres de bien é incapaces de mentir. Tomad la bocina de combate que limpié yo mismo ántes de ayer, y que está en la cámara del teniente Naper.... pobre teniente, ¡triple blasfemia! el infeliz tiene la cabeza abierta hasta la barba; ¡el demonio se lo lleve!.... Tomad la bocina, abrid una tronera y gritad: ¡cuartel! ¡condéneos Dios!

Al terminar Paddy, abrióse una tronera y se oyó resonar una bocina.

—¿Son franceses los que están a bordo? preguntaban de abajo.

—¡Diablo! repuso Paddy, ¡para quemarlos!.... son corsarios como nosotros, ¡Satanás y sus garras!.... Doscientos gallardos mozos, ¡miserias! tan horrosos que pueden dar zelos al demonio.... ¡Ojalá que este nos abra a todos cuanto ántes!....

—¿Nos dejan la vida? dijo la voz de la tronera.

—Si os despachais, ¡condenacion! ¡condenacion para vosotros y para mí, con mil demonios! se os tratará como amigos.... si no ¡tempestades!

—Nos rendimos, abrid la escotilla, dijo la voz.

Paddy quiso levantarse, pero Fergus le detuvo.

Si bien era natural pensar que aquellos pobres diablos bloqueados en las baterías, sin gefes para escitarlos a la defensa, y creyéndose ademas al frente de una fuerza superior y victoriosa, debían anhelar con ansia se les diese cuartel; sin embargo, el corto número de los agresores necesitaba obrar con la mayor prudencia.

—Anunciadles, dijo Fergus, que veinte mosquetes dirigen sus bocas a la abertura de la escotilla; que se presenten sin armas y de dos en dos. Añadid que a la menor señal de resistencia lloverán las granadas en la batería.

Paddy repitió dócilmente esta orden, acompañándola con una preciosa coleccion de sus blasfemias favoritas.

Los deportados armados de un cuchillo se formaron en silencio al rededor de la escotilla, que fué abierta, y permanecieron a cierta distancia de la abertura, a fin de que los marineros no pudiesen ver desde abajo cuan inferiores eran en fuerzas y en armas.

Al a parecer los dos primeros ingleses que subieron a la escotilla, fueron al momento amarrados.

¡Otros dos! gritó Paddy con su bocina.

Efectivamente vinieron otros dos, que tuvieron la suerte de los primeros.

Aquellos hombres llegaban aterrados a la abertura, donde eran recibidos con la palabra ¡silencio! que respetaban sumisos al ver en sus pechos la brillante hoja del cuchillo. Ni uno solo se atrevió a gritar.

Quando las últimas parejas fueron amarradas como las demas, habia en el puente de la corbeta *Ceres* ciento ochenta ingleses cercados por unos treinta proscritos, muchos de los cuales habian sido la víspera lacayos de al-

gun criminal rehabilitado por su dinero, bien ó mal adquirido.

No dejaba de ser curioso ver la figura lastimosa de aquellos hombres vencidos con grosera y casi pueril astucia, los cuales contando con despecho a sus vencedores, buscando en vano aquellos mosquetes, aquellas terribles granadas, maldecían de todo corazón al buen Paddy O'Chrane.

Se equivocan. En todo esto, el atlético marinero, aunque estaba muy lejos de tener las rollizas formas que los pintores de todos los países han convenido en dar a los ángeles, por ser los ángeles seres inateriales, había hecho el papel de estos celestiales y misericordiosos mensajeros. Gracias a él, la carnicería de la primera lucha no se había reproducido, pues se interpuso salvando la vida a muchos súbditos del rey: esta acción merecía una corona cívica.

Sangriento, vivo y terrible, hubiera sido el choque entre los soldados de Fergus y los ingleses atacados en sus trincheras. No cabe duda que Fergus hubiera vencido. Fergus debía vencer en luchas mucho más desiguales. ¿Pero cuántos hombres hubieran quedado vivos después de la batalla sobre el puente de la corbeta *Ceres*? ¿Cual hubiera sido el número de los cadáveres.

En verdad que el marinero de seis pies de largo no manifestaba una ambición desmedida, recompensándose así mismo sus servicios con el modesto empleo de segundo maestro. Mas tal era el carácter del escelente y virtuoso Paddy O'Chrane, que por no saber hacerse apreciar, debía pasar toda su vida en una posición secundaria, y vegetar en la medianía, aunque marchase por un camino en que abundan las riquezas....

Fergus no había tomado parte en esta última escena.

El papel que hubiera podido desempeñar no convenía a su carácter. Cuando todos los prisioneros fueron colocados en los filaretos, dió una vuelta al navio y fué a colocarse junto al palo mayor.

—Nosotros no pertenecemos a ningún país, dijo estendiendo su dedo hacia la roja bandera cuyos pesados y húmedos pliegues ondeaban al favor de la brisa: esa bandera es la señal de guerra contra todos.... Nosotros combatiremos por el oro, pues el oro nos procurará siempre goces, y a mí armas para otra batalla.... Al que me sigue, le prometo dinero, ó la muerte.... contar puede con el oro de los que crucen nuestro camino.... Ingleses, ¿hay entre vosotros alguno que quiera unirse a nuestra suerte?

Oyóse un sordo murmullo en la fila de los prisioneros.

—Sí, ¡tempestad! tantos como hay, quiso comenzar Paddy; que me vea yo abrasado a fuego lento y esos rapaces arrastrados....

—¡Silencio! interrumpió Fergus; desatad las cuerdas que sujetan las piernas de esos hombres.

La orden quedó ejecutada, y los prisioneros se levantaron, conservando solo las manos atadas a la espalda.

—Elegid, continuó Fergus, entre una vida libre con un jefe de vuestro gusto y la bárbara esclavitud bajo la cual gemiais ayer; elegid entre la fortuna y la indigencia.... Adelanten un paso los que quieran seguir nuestra suerte.

Al cabo de un momento de incertidumbre, Sam, el maestre, rompió el primero la fila seguido de otros varios. Pocos minutos después quedaron divididos los prisioneros en dos partes.

—Preparad la chalupa y la canoa, dijo Fergus.

Y acto continuo fueron colocados en ambas embarcaciones sesenta ú ochenta marineros, con un número suficiente de remeros.

Esto se hizo rápidamente y en el mayor silencio. Los que se alejaban querían verse libres cuanto antes, al paso que los que quedaban no podían vencer un sentimiento de oprobio.

La chalupa y la canoa se dirigieron en seguida y a fuerza de remo, hácia la punta de Cow-Hill.

Cuando volvieron ambas embarcaciones, no había ya cautivos a bordo de la *Ceres*. Todos estaban libres y trabajando. Sam, el antiguo maestro, tenía la bocina y mandaba como viejo marinero las maniobras para darse a la vela.

El sol no se había aún elevado bastante en el horizonte, cuando la corbeta, desplegando sus velas, cedió con suma gracia al influjo de la brisa de tierra. En el interin, los marineros desembarcados llevaron a Sydney la estraña noticia, que atrajo a los muelles una inmensa multitud.

En el momento en que la *Ceres*, impelida del viento, volvía en diversos sentidos su aguda proa, cual una velez y yegua de los bosques que indecisa en la direccion que ha de tomar, abre sus humeantes narices a derecha, izquierda, hácia adelante, para lanzarse luego y devorar el espacio, toda la tripulacion, excepto los artilleros, se reunió al pié del palo mesana.

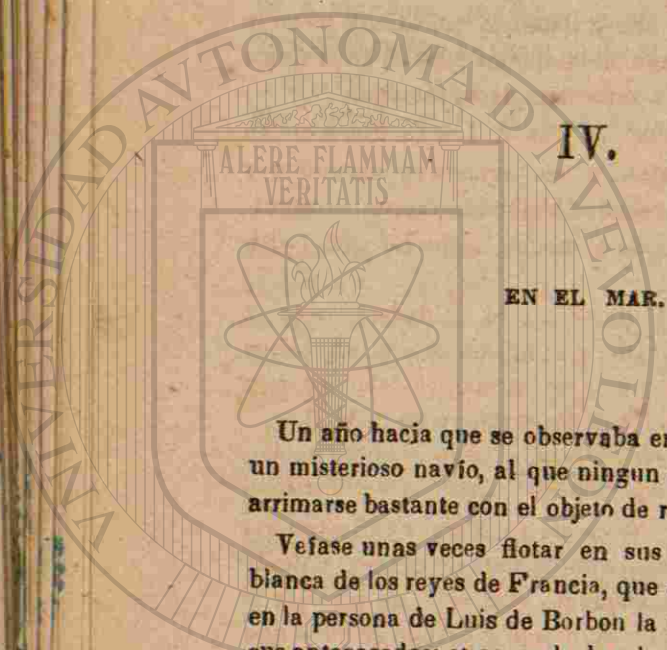
Los habitantes de Sydney pudieron distinguir perfectamente a un hombre de hermosa estatura, que agitando su sombrero, saludaba la encarnada y ondeante bandera; accion que imitaron todos los marineros.

En el mismo instante una espesa humareda rodeó por todas partes la corbeta, y los habitantes de Sydney oyeron

una triple aclamacion, seguida de una ruidosa salva de artillería.

Por la noche y desde la altura de South-Head, se descubria en el horizonte un punto blanco, semejante a un copo de espuma. ¡Era la ala de nieve de una gaviota ó de una ave marina?

Los soldados de guardia de South-Head decian que era la corbeta *Ceres*.



## IV.

## EN EL MAR.

Un año hacía que se observaba en el mar de las Indias un misterioso navío, al que ningún crucero había podido arrimarse bastante con el objeto de reconocerle.

Vefase unas veces flotar en sus mástiles la bandera blanca de los reyes de Francia, que acababan de recobrar en la persona de Luis de Borbon la legítima herencia de sus antepasados: otras, ondeaban las diez y seis puntas de las cruces rojas y blancas sobre el campo azul del pabellon ingles: ora los tres colores holandeses, ora las armas de España ò las plateadas estrellas sobre campo azul de los Estados-Unidos de América.

La tripulacion de un pequeño bergantin de la isla de Francia, se había encontrado en sus aguas durante un recio huracan, y pudo leer en su popa el nombre de *Solapada*. Este pequeño buque era el único que hubiese podido dar semejante noticia, pues tal vez otros varios se habían acercado mas al navío, pero jamas volvieron al puerto.

La Solapada era semejante a un búfalo y orgulloso crucero. Su elegante casco daba una gracia infinita a la redonda proa, que no presentaba aquel puntiagudo extremo de los corsarios. La alta y simétrica arboladura no tenia la elevacion escagerada de la de los piratas, cuya única fuerza depende de la velocidad de su marcha.

Nadie supo al pronto qué pensar. Los franceses creian que era un buque ingles, y los ingleses supusieron que venia de Francia: los demas hicieron otras mil congeturas; hasta que al fin todo el mundo sospechó que podia ser un corsario.

Esta opinion era efectivamente la verdadera, pues la *Solapada* era un corsario, y al mismo tiempo un buque de guerra, un hermoso y acaso el mas soberbio crucero que hubiese salido jamas de los artilleros de S. M. B.

Era la corbeta *Ceres*, disfrazada, cuyo nombre habiau reemplazado sus nuevos propietarios con otro caprichoso.

Ha ia casi diez y ocho meses que Fergus O'Breane había salido como vencedor de la rada de Sidney, y desde entónces llevó constantemente una vida de trabajos y aventuras. El poder de seduccion y casi de encanto que ejercia y que ya hemos hecho notar, había influido notablemente sobre la heterogénea tripulacion de la corbeta conquistada, de modo que en pocos meses su autoridad llegó a ser poco ménos que divina y enteramente ilimitada. Habia sin embargo a bordo hombres indomables. El matador de bueyes Pablo Waterfield, Smith, cuyo carácter frio y algun tanto hipócrita, no dejaba de tener alguna energia; el rey Lear, en fin, soldado veterano y envejecido en una guerra eterna contra la sociedad, criminal, jocosos, escéptico, hablador y que conservaba aún alguna cosa de la viva desvergüenza de teatro, a pesar de toda la sangre que pesaba sobre su conciencia.

Pero sin contar estos atrevidos facinerosos, que venían de Sidney, había a bordo de la *Solapada* verdaderos marineros, gentes que, como es sabido, no dan su confianza sino a otros mucho más hábiles que ellos, y en esta regla no cabe escepcion. En su concepto, el hombre no es grande ni respetable, sino en cuanto sabe mandar una maniobra difícil y manejar la bocina durante una tempestad.

Nadie los hace salir de aquí, ni sus pensamientos escuden nunca el circuito de su navío, apareciendo a sus ojos ridículo, inútil ó despreciable cuanto fuera de ellos existe.

Mas Fergus no era marino, y en cuanto a la maniobra, permanecía inactivo en su propio buque, sin ocupar su puesto sino en los momentos de combate.

Era esta una condicion irregular, inaudita y en suma desfavorable. Para un marinero, el último maestre, si sabe regularmente la rutina de su oficio, es incomparablemente más superior que el ingenio más cabal, incapaz de hacer un ajuste ó de cortar un cabestante. Por aquí puede juzgarse lo que semejante ingenio puede servir a un maestre.

A pesar de esto, marineros, maestros y oficiales improvisados, se sometieron completamente a la voluntad de Fergus. Verdad es que en un principio lo hicieron de mala gana; pero poco a poco le obedecieron con gusto, y como los marineros no tienen por costumbre hacer las cosas a medias, le tenían por último una afición respetuosa y sin límites.

Paddy O'Chrane, nombrado segundo maestre, en recompensa de su brillante conducta el día del combate en

la bahía de Sidney, espresaba a su modo la admiración de los marineros, en cuanto podía espresarse este sentimiento.

—Creedme, Absalon, miserable calvo, decía al negro, que era entonces su colega y su amigo; podeis repetirlo a quien os dé la gana, ¡reniego de Dios!... Su señoría es un marinero... pero miserable, pelado, yo me entiendo, ¡llévenos a los dos el demonio!

Así se pasaron otros meses; mas habiendo sido ya declarada la *Solapada* al comercio y a los guarda-costas, vió aumentarse cada día más los obstáculos, no salvándose a menudo sino por la sangre fría del maestre Sam, y por la rapidez incomparable de su marcha.

Necesitaríamos la pluma de oro de Smollett ó el pincel del gran romancero americano Fenimore Cooper, para representar con alguna verdad la vida de combates, de peligros, de pillage que se hacía a bordo de la corbeta *Solapada*: mas aun suponiendo que tuviésemos uno de los nombres ilustres que acabamos de citar, debiéramos abstenernos, so pena de vernos acusados de embusteros. La necesidad que nos ha conducido lejos de Londres, nuestro centro, no podía de modo alguno escusar la pintura de la vida de un pirata, y para tener el derecho de continuar más largo tiempo a bordo de la *Solapada*, sería menester amarrarla bajo London-Bridges, cosa que presentaría graves dificultades.

Así nos limitaremos a ciertos hechos que es importante señalar para la inteligencia de nuestra historia.

Fergus O'Breane no se había hecho pirata por ser pirata. Sus proyectos no eran solo los de un pillage mas ó ménos grande, y cada una de sus acciones, en los cuatro

años que corrió los mares, fué una piedra mas para el gigantesco edificio, cuyo arquitecto se habia constituido.

Inútil es decir, desde luego, que sus ataques se dirigian constantemente con preferencia a los navíos ingleses. La *Solapada* saqueó, echó a pique é hizo saltar por sí sola mas barcos de la compañía de las Indias, que todos los corsarios franceses juntos.

Mas esto era una bagatela que nada significaba, pues si entraba en el plan de Fergus atacar a la compañía de las Indias, tenia que hacerlo por medios mas eficaces, por medios que destruirian por su base la existencia de ese poder mercantil, uno de los apoyos mas sólidos de la Inglaterra.

Fergus se aprovechó de sus cruceros en el Oceano Indico, para visitar todo el litoral. Dejando a Randal Grahame el mando de la corbeta, pasaba con frecuencia a bordo de una chalupa, y hacia grandes escursiones en el golfo de Bengala, en los mares de la China ó de la Arabia. Teniendo sus papeles en regla, pasaba facilmente por un capitán mercante, ó por un negociante que hacia el comercio por su cuenta.

De esta manera, visitó una despues de otra, y con toda escrupulosidad, las factorías de la Compañía, penetrando hasta dentro de las tierras cuantas veces le llamó la atención un establecimiento importante. En esta revista vió de cerca, tocó con el dedo, digámoslo así, los infinitos gérmenes de disolucion que le habian presentado sus estudios preliminares, y pudo añadir una batería nueva a su plan de batalla.

En China, cosa que no podia pensarse entonces en Europa, vió innumerables barcos de la Compañía cargados de opio, dejar cargamentos enteros de este veneno en las

costas, y supo que aquel odioso tráfico redituaba a Inglaterra nada ménos que cuatro millones de libras esterlinas. Otra arma de que se podia valer contra su enemigo.

En las embocaduras del Indo, en fin, notó una sorda fermentacion entre las poblaciones avasalladas, y pensó en la esplosion que produciria la menor chispa en aquellas comarcas, donde centenares de pequeños príncipes, brutalmente desposeidos, se ocultaban ó mordian su freno al servicio de los vencedores.

Luego volvia a la *Solapada* para no perder por sus largas ausencias, el imperio que ejercia sobre aquellos hombres enérgicos y decididos, de los cuales intentaba hacer los instrumentos de su cólera.

Porque su cólera habia aumentado en lugar de disminuir, y aun seguia aumentándose. En todas partes, en cuantos puntos recorría, encontraba a la Inglaterra voraz, invasora, pérfida, abusando de su fuerza y buscando el oro en la sangre ó en el sudor de los pueblos.

¡En todas partes!—¡no habia un solo palmo de terreno en las orillas de aquellos inmensos mares donde el nombre ingles no fuese conocido, temido, odiado!—En todas habia penetrado el comercio de la Inglaterra, apoyado por los cañones, para imponer sus desleales transacciones.

No parecia sino que aquella parte del globo, por sus faltas hacia el cielo, habia sido abandonada a la mano rapaz de la insaciable Inglaterra. En todas partes habia dejado aquella mano sus señales: miserias, lágrimas, ruinas. ®

Fergus contemplaba con placer aquellos infinitos estragos, aquellos agravios inauditos que Dios solo podrá contar y castigar. La alegría hacia callar en él la compasion, y se regocijaban a la vez su odio tan poderosamente justificado, al considerar el estremecimiento mudo de

cincuenta millones de corazones oprimidos que habian de responder a su grito de venganza.

Al decir adios a los mares de la India, no hizo mas que cambiar de teatro, para volver a encontrar, a intervalos mas lejanos, los mismos ódios comprimidos tambien y prontos a estallar. En el Cabo a los *baerds*, holandeses; en América, los dos Canadá enteros, gimiendo bajo una horrible opresion, y lanzando ya sus angustiados gritos que debian encontrar en breve un eficaz y noble eco en el fondo de un corazon frances.

Fergus se avistó con los boerds, entre los cuales reclutó se tripulacion, y pasó mas de un mes en los dos Canadá.

Yendo despues del Cabo a América, no pudo ménos de tocar en Santa Helena.

Todos saben el receloso rigor con que los agentes británicos guardaban aquella roca árida que debia ser un dia el sepulcro del mas glorioso soberano de nuestra edad. Hudson-Louwe, a quien tan altamente maldicen los franceses, no era mas que el instrumento dócil de su amo, por lo que no debieron recaer jamas sobre un criado pagado para comportarse mal, las filípicas de los poetas y oradores del continente. Hudson-Louwe no era mas que el brazo: la cabeza mandaba en Londres; sí, en Londres, de donde bajó últimamente el noble *yacht* que desembarcó a nuestra augusta soberana en las playas de Francia, donde recibió oficiales protestas de amor y de respeto.

Con nuestra reina habia ministros del rey Jorge, ministros de 1816.

Y las cenizas del emperador Napoleon dormian hacia dos años en el cuartel de los Inválidos.

Han perdido los pueblos la memoria, ó mentian los tra-

rios de la Francia, al darnos las pomposas relaciones del triunfo póstumo concedido a su emperador.

En Santa Helena, especialmente en aquellos primeros años, obtenian dificilmente los franceses el permiso de visitar al cautivo imperial; mas no sucedia así con los ingleses, y Fergus tuvo este honor bajo el nombre de un capitán de navío de la Compañía, cuya embarcacion habia cogido.

Los remeros de Fergus, que desde por la mañana habian marchado a Longward, le esperaban en el muelle, a donde volvió al ponerse el sol. Su fisonomía respiraba un entusiasmo grave, y su mirada conservaba todavía la espresion recogida de un austero y religioso respeto.

Fergus habia pasado cuatro horas con el vencido de Waterloo, con aquel semi-diós, que todos colocamos ya entre los mas sobresalientes héroes antiguos; habia visto a aquel gigante domado por la Providencia, pero no por los hombres; a aquel gran monarca precipitado de tan alto, y arrojado tan bajo como el mas ordinario de los capitanes europeos. Arturo Wellesley, duque de Wellington, podia hacerse pintar a la sazón en Aquiles dejando a Hector vencido, en su orgullo toscamente estúpido, las facciones del cautivo de Santa Helena.

Fergus habia vivido cuatro años en los tesoros de la inteligencia mas vasta, mas luminosa, mas arrojada, que deslumbró al mundo. Volvia dominado aún por aquella palabra imponente y magnífica en el énfasis de su laconismo; volvia mucho mas grande a sus propios ojos, sereno y mas firme en su designio. ¿Qué habia mediado entre el oscuro pirata y el hombre que ocupaba la vispera el primer trono del Universo?

—¡Le he visto! Hé aquí la respuesta de Fergus a las solícitas preguntas de su compañero.



Una húmeda mañana de los últimos días de Noviembre, un hermoso bergantín de comercio que seguía el canal San Jorge, dobló la punta Norte de la isla de Man, y tomó el rumbo de Escocia.

Con tanta rapidez le llevaban hácia Salway el viento y la marea, que el sol esponía aún su rojo disco en la parte alta del horizonte, cuando las áncoras del bergantín fueron a buscar un punto de apoyo en el fondo del agua, casi enfrente de Dumfries.

Los marineros se formaron sobre el puente y quitaron sus sombreros, para saludar a dos hombres que acababan de subir por la escotilla.

Uno era Fergus, el otro Randal Grahame.

Esperándoles ya la chalupa en el mar, bajaron ambos a ella, y sus remos, mandados por Paddy O'Chrane, la llevaron con presteza hácia la costa.

La chalupa atracó, y Fergus y Randal saltaron al momento a tierra a una media legua mas allá de Dumfries.

—¡Hasta la vista! dijo Fergus a los marineros; ya nos veremos.

Paddy abrió la boca, mas no pareciéndole capaz de pintar su ternura, ninguno de los juramentos que tenía en reserva para las grandes ocasiones, contentóse con levantar su sombrero, murmurando:

—¡Señor.... Satanás y su muger!.... Dios os bendiga y que todos nos veamos condenados.

Fergus hizo un gesto con la mano, Paddy se cubrió y la chalupa se alejó.

Nuestros viajeros, vestidos muy simplemente y con sus capas en el brazo, se internaron entonces en las tierras, andando como cosa de una hora en silencio, guiados por el cabal conocimiento que Randal tenía al parecer del país.

Después de haber seguido las infinitas sinuosidades de una pequeña senda que subía de la playa a la cumbre de un montecillo muy escarpado, llegaron a una mesa cubierta solo en algunas partes de una vegetación ética y abrasada por los vientos del mar. Desde aquella altura, se extendía la vista a una distancia enorme, dominando a lo lejos la alta mar al occidente y al Sud, del otro lado del golfo las costas desiguales del conuado de Cumberland.

La brisa había comenzado ya, y veíase correr las nieblas, impelidas por un viento de Oeste, hácia la parte mas estrecha del golfo de Salway.

Fergus y Randal se detuvieron.

A una inmensa distancia del lado de Irlanda, el bergantín mercante que los había traído, enseñaba sus altas velas enrojadas por los rayos oblicuos del Poniente.

Fergus pasó su mano por su frente, y su mirada se tiñó de melancolía.

—Dentro de un instante ya no le veremos, dijo: cayó el telón sobre el primer acto de nuestro drama.... ¿Cuál será el segundo?... Yo creo saberlo, pero solo Dios lo sabe ... Cuatro años hace ya que trabajo, Randal.

—Y dé dos acá, Fergus, teneis riquezas para llevar una vida de príncipe, replicó Grahame; seguro que en vuestro lugar, tomaria yo las cosas con calma.... y por de pronto iria a Londres, y confundiria con mi lujo al impertinente Godfrey de Lancaster.

—Ya le había olvidado, dijo Fergus.

—Así sois, replicó Randal; nunca supe de vuestros secretos sino lo que quisiste decirme, y a veces, como hoy; descubrió por casualidad una parte del misterio de vuestro corazón.... No creais que me quejo.... Quizá seria

muy pesado para mí vuestro secreto entero.... sé vuestro fin.... ó a lo ménos, el que os proponiais hace cuatro años.

—Tal vez ha cambiado, interrumpió Fergus.

—¡Tanto mejor! pero guardad todo eso para vos, O'Breane, y obrad conmigo como si nada tuvieseis que decirme.

—Gracias, dijo Fergus distraído.

Miró la costa de Inglaterra, y sus ojos se encendieron insensiblemente hasta arrojar fuego y amenazas.

—¡Algún día me verás!.... murmuró; ¡algún día pisaré tu suelo maldito!.... pero ántes te he de cercar de enemigos y de lazos... Quiero abrir con paciencia la brecha ántes de dar el asalto... pero que largo es, ¡Dios mío! y como deseo.

Randal le consideraba con una curiosa atención. La cara del escocés, cuya parte inferior ocultaba una barba espesa de un rojo más claro y ardiente que sus cabellos, tenía una expresión difícil de pintar. La luz que llegaba sin obstáculo a sus ojos azules que no protegía la sombra ordinaria de las cejas, le daba un aire particular de audacia y de franqueza; pero en aquella audacia se ocultaba una especie de duda involuntaria é indecisa, entre la solicitud paternal de un antiguo criado hacia su joven amo, y el respeto de un soldado para con su jefe.

—Largo es el camino, dijo en fin, sacudiendo su preocupación para volver a tomar la independencia natural de su carácter; aun nos quedan que andar siete ú ocho millas para llegar a Santa Maria de Crew. Si os parece podemos continuar.

Fergus volvió incontinenti la espalda al mar y continuó el viage.

El país presentaba el aspecto pintoresco y medio salva-

ge, peculiar a los campos de Escocia. El día tocaba rápidamente a su fin y daba al paisaje una fisonomía cada vez más opaca. Randal conocía perfectamente su camino en medio de los infinitos que se cruzaban a cada paso, y Fergus le seguía abismado en sus pensamientos.

—¿Pero es posible, dijo de pronto este último, que nadie conozca la existencia de esos subterráneos?

—¿Cuántos pueblos no han vivido miles de años ántes de descubrir la mina que a sus piés yacía? replicó Randal. En mi tiempo, puedo aseguraros, que eran desconocidas esas cuevas inmensas, y si en lugar de refugiarme en las montañas me hubiese ocultado en ellas, los jueces de Glasgow no se hubieran tomado la molestia de enviarme a los pontones. Tienen unas bocas que desafiarían al ojo más maligno. La primera dá al gran salón del castillo de Grewe.... noble edificio a fé mía, pero que se va desmoronando, y que podriais comprar por una bagatela.... la segunda se abre, ó más bien se cierra, en la misma casa que habitaba mi padre y habita tal vez aun. Esta se halla oculta por una pared que cerca un madero que le sirve de goznes.... Si viesen aquella pared los magnates reunidos de los tres reinos, es seguro que declararían que no pudo existir allí salida alguna de largos años atrás. Los anticuarios de Edimburgo, os digo la pura verdad, pretenden que aquella construcción data de Alfredo el Grande.

—¿Son vastos estos subterráneos?

—Mi padre se perdió muchas veces recorriéndolos para buscar los tesoros de los abates de Santa María.... Son tan grandes como San James Park.

—¿Quién sabe si vuestro padre no ha revelado su existencia?

—Os digo que mi padre buscaba en ellos un tesoro.

La noche estaba enteramente lóbrega: nuestros viajeros dejaron a su derecha la ciudad de Annaud, cuyas luces brillaban a lo lejos a través de las ramas desnudas de los árboles, y saliendo de las sendas que hasta entonces habían seguido, entraron en un camino mas ancho y mejor trazado, que servia de carretera entre Carlisle y Glasgow. Nuestros lectores conocen esta ruta, por haberla recorrido con la silla de posta de Frank Perceval, conocida por Saunie el labrador, la noche en que pasaron aquellos acontecimientos estraños y terribles que causaron la muerte de la infeliz Harriet.

Randal se paró precisamente en el sitio donde la silla de posta de Frank dió un fuerte golpe contra un tronco de árbol atravesado en el camino.

—Aquí es, dijo. La casa de mi padre está al otro lado del bosque.

Dos minutos despues habian atravesado el bosque y percibian las luces de la casa de Randal. Al acercarse a ella ladró con fuerza un perro.

—¡Oh, oh! parece que nuestro viejo Bill ha muerto.

Su voz temblaba un tanto mientras pronunciaba estas palabras. No separándole ya mas que algunos pasos de la casa, los traspasó de un salto y cogió el picaporte.

—La puerta está cerrada por dentro, dijo; mi padre no la cerraba nunca.

Llamó, y abrióse una ventana.

—¿El viejo Randal Grahame? preguntó el escoces con una voz conmovida.

—Murió hace dos años, le respondieron.

La ventana se cerró, y Randal bajó la cabeza.

—Yo hubiera querido hacerle rico en sus últimos dias, murmuró; mas ha muerto, y nuestra casa la habita un es-

trangero.... ¡Ah! me quedé solo en el mundo, Fergus, y soy de vos mas que nunca.

Fergus le apretó la mano pronunciando algunas palabras de consuelo.

—Sí, sí, mister O'Breane, continuó Randal; todos hemos de morir.... pero mejor hubiera hecho en quedar a su lado.... ¡Ah!.... ¡Y Mac-Nab tiene nuestra casa!.... Bien le he conocido.... Dicen que es hombre de bien.... Ya veis como se ha cerrado su ventana sin ofrecer un auxilio a los viajeros.

—Estais seguro de que es Mac-Nab? preguntó Fergus.

—Segurísimo.... y lo estaré hasta la evidencia esta noche, pues he de pasarla toda en la casa de mi padre rogando por su alma en el cuarto donde ha muerto.... donde ha muerto, repitió con voz compungida. Sí, sí, ya lo habeis oido.... ha muerto hace dos años. Vamos, Fergus, marchemos: voy a conducirlos a la quinta de Leed, puesto que quereis ver a Mac-Farlane, y luego volveré aquí, donde mi padre.... Y no tendré necesidad de pedir hospitalidad a Mac-Nab.

Dió la vuelta a la casa, y comenzó a marchar a grandes pasos a un terreno sembrado de ruinas, seguido de Fergus. Al cabo de diez minutos tomaron a lo largo de la pared de un parque, en medio del cual se elevaba un vasto edificio que Fergus congeturó seria el castillo de Grewe; luego descendieron la vertiente de una colina y llegaron a la quinta de Leed.

Randal la señaló con el dedo a Fergus y se alejó corriendo.

Hallándose abierta la puerta, Fergus entró sin detenerse.

Una muger jòven y dos preciosas niñas estaban cenan-

do en la sala comun, y un hombre cuya cara ocultaban ambas manos, ocupaba silencioso una parte de la chimenea. Al ruido que Fergus hizo al entrar volvióse aquel hombre y presentó una cara demudada, en medio de la cual se movian dos ojos apagados y como perdidos.

Fergus se dirigió hácia la muger jóven; mientras que las dos niñas se ruborizaban y sonreian en su infantil espanto, y preguntó por mister Angus Mac-Farlane.

El hombre que estaba en la chimenea se levantó. Fergus no recordaba haberle visto.

## V.

## UNA SEMEJANZA.

La muger a quien Fergus O'Beane se había dirigido al entrar en la quinta de Leed, era hermosa, pero llevaba en su cara triste y afable, las señales del sufrimiento. En cuanto a las dos niñas que estaban a su lado, nunca hizo cabezas mas angelicales el gracioso y sencillo pincel de Greuze. La mayor tenia tres años, la otra apenas llegaba a dos. Ambas se sonreian y ponian sus preciosas megillas en el pecho de su madre, derramando como un suave destello de alegría entre el lúgubre aspecto de aquella casa donde parecia reinar el luto.

La jóven respondió a la pregunta de Fergus, designando a su marido, que continuaba cerca de la chimenea.

Fergus le consideró mucho tiempo con atencion.

—¿Hay otra persona que se llame Angus Mac-Farlane? preguntó.

La jóven bajó la cabeza con una triste sonrisa, mientras que su marido se adelantó lentamente hácia Fergus.

—No hay mas que un hombre que puede llamarse así;

do en la sala comun, y un hombre cuya cara ocultaban ambas manos, ocupaba silencioso una parte de la chimenea. Al ruido que Fergus hizo al entrar volvióse aquel hombre y presentó una cara demudada, en medio de la cual se movian dos ojos apagados y como perdidos.

Fergus se dirigió hácia la muger jóven; mientras que las dos niñas se ruborizaban y sonreian en su infantil espanto, y preguntó por mister Angus Mac-Farlane.

El hombre que estaba en la chimenea se levantó. Fergus no recordaba haberle visto.

## V.

## UNA SEMEJANZA.

La muger a quien Fergus O'Beane se había dirigido al entrar en la quinta de Leed, era hermosa, pero llevaba en su cara triste y afable, las señales del sufrimiento. En cuanto a las dos niñas que estaban a su lado, nunca hizo cabezas mas angelicales el gracioso y sencillo pincel de Greuze. La mayor tenia tres años, la otra apenas llegaba a dos. Ambas se sonreian y ponian sus preciosas meggillas en el pecho de su madre, derramando como un suave destello de alegría entre el lúgubre aspecto de aquella casa donde parecia reinar el luto.

La jóven respondió a la pregunta de Fergus, designando a su marido, que continuaba cerca de la chimenea.

Fergus le consideró mucho tiempo con atencion.

—¿Hay otra persona que se llame Angus Mac-Farlane? preguntó.

La jóven bajó la cabeza con una triste sonrisa, mientras que su marido se adelantó lentamente hácia Fergus.

—No hay mas que un hombre que puede llamarse así;

y ese está demas en el mundo.... Los que en sus dias prósperos le llamaron su amigo, le encuentran y no le conocen.... Verdad es que ha sufrido mucho.... Pero Mac-Farlane reconoce aún la cara de sus amigos, si bien no se acuerda de sus nombres.... ¿Cómo os llamais?

—¿Cómo? murmuró Fergus en su irresistible admiración, ¿sois vos Angus Mac-Farlane?.... Pero en efecto.... aunque muy desfigurado....

—¿Cómo os llamais? repitió el arrendador.

Fergus pronunció su nombre.

Las facciones ajadas de Angus Mac-Farlane se animaron con una especie de alegría.

—Bien venido seais, O'Breane, dijo tendiéndole la mano; muger, abrazad a vuestro hermano y el mio.... ¡hijos míos, festejad al amigo de vuestro padre!.... Si, ¡festejémosle, festejémosle!....

Mistress Mac-Farlane tomó sus dos niñas por la mano y se las presentó a Fergus.

—Cara, y tú Ana, dijo con acento afable; besad al amigo de vuestro padre.

Ciara acercó su frente ruborizándose, mientras que Ana huyó riéndose.

—Regocijémonos, repuso el arrendador. Amy, ¡hay aun vino de Francia en las cuevas de Leed?.... dadnos vino de Francia.... y que Duncan vaya a buscar a mi hermano Mac-Nab.... Es preciso regocijarnos.

Tan estrañamente contrastaba el tono de Angus con sus jocosas palabras, que Amy no pudo contener una lágrima al contestar: al momento os traerán vino de Francia é irán a buscar a nuestro hermano Mac-Nab.

Fergus la detuvo con un gesto.

—Bien sabéis, Angus, que Mac-Nab no me quiere, dijo.

—Es cierto.... Pero ¿por qué?

—Porque protegía en otro tiempo a Godfrey de Lancaster.

—¡Ah White-Manor! exclamó el trémulo arrendador que cayó en su sillón, cual si hubiese recibido un golpe en el pecho. Por qué se me habla de White-Manor?.. Retiraos con las niñas, Amy.... ¡Ah! Fergus O'Breane, ¡cuánto me alegro veros para hablaros de White-Manor!

Al dirigirse mistress Mac-Farlane hácia la puerta con Ana y Clara, le dijo en voz baja y con un gesto de súplica:

—Ha habido sucesos dolorosos, caballero.... y Dios ha turbado la razon de mi marido.... ¡Obrad con tacto, por Dios!

En cuanto salió, fué Fergus a sentarse junta a Mac-Farlane.

Pero el infeliz Angus habia pasado quince años en aquellos cuatro: su frente estaba llena de arrugas: su franca y noble fisonomía habia tomado una espresion de sombría amargura, y las mechas rizadas que salian por debajo de su gorro de tarlan se componian casi igualmente de cabellos rubios y de esos hilos finísimos que tienen la brillantez y dureza del cristal.

Fergus le contempló un instante con tristeza y compasion. Angus y él se habian amado en otro tiempo por instinto, y cual se quiere a una muger. Hé aquí las amistades que un tiempo olvidadas, renacen mas fuertes y vivas, por tener su origen no en la consonancia de los caracteres y de los sentimientos, cosas racionales y por lo tanto perecederas, sino sola y esclusivamente en e corazón.

Y el corazón no cambia jamas, si los sentidos, el inte-

res ó la ambicion, esos perversos consejeros, no le arrastran a la inconstancia.

Mas O'Breane como Mac-Farlane despreciaban el interés, y en cuanto a la ambicion, Angus no la conocia, y por lo que hace a Fergus, su pasion era mas fuerte.

—Creí hallaros feliz, Mac-Farlane, dijo el recién llegado, rompiendo primero el silencio.

—Lo soy viéndoos, hermano Fergus, respondió el arrendador, que al parecer habia recobrado un tanto su calma; si supiérais las lágrimas de indignacion que vertí ahora hace cuatro años al saber vuestra desgracia.... Fergus, mi noble hermano; Fergus acusado de asesinato, condenado por asesinato! mas no supe vuestra acusacion sino por el veredicto del jurado.... De todo tuvo la culpa Mac-Nab, que no podia veros.... Abridme vuestros brazos O'Breane, y decidme que me quereis como antes.

—Siempre fui vuestro hermano, Mac-Farlane.... y en el proyecto que absorbe mi vida, tenéis un empleo... siendo vos el único hombre en el mundo a quien abriré el fondo de mi corazón.

Angus pasó la mano por su frente.

—¡Proyecto! murmuró, ninguno tengo; pero abrazo los vuestros.... ¡Oh! qué jóven y qué gallardo estais, Fergus.... María os amaba mucho....

—No me atrevia a hablaros de María, murmuró O'Breane.

—Dadme vino, exclamó el arrendador: ¿dónde está el vino de Francia?... Alargad vuestro vaso, y bebamos.

Al decir esto se levantó y dió a Fergus una botella destapada; y mientras que este apenas lo gustó, apuró Angus su vaso, y repuso:

—Tambien iré yo pronto a Botany-Bay.

—¡Cómo! dijo Fergus sorprendido.

—Porque he de matar al conde de White-Manor.... No sé donde se mate ahora, que no puedo ponerle la mano encima.... Pero ya volverá, Fergus.... Hice mal en decir que no tenia proyectos, pues tengo uno.

O'Breane no contestó.

—¡Vino! repuso Angus; es preciso regocijarnos por la memoria de mi padre!.... ¡Ah! Fergus, mi padre vivia aun cuando estábamos en Londres.... y mi hermana era dichosa.

—Dadme, por Dios, algo de la pobre María.... me temo alguna calamidad.

—¡Temed a Dios, O'Breane! La fortuna de la familia nos ha sido arrebatada por un pleito inicu.... Mi padre ha muerto.... Mi hermana.... ¡Cuántas lágrimas puede derramar una muger antes de morir!

—¿No es María condesa de White-Manor?

—¡Sí, le mataré! pronunció Angus con una esplosion de odio, cual si este nombre hubiera dilatado en él todas las fibras de la venganza y de la cólera; sí.... María es condesa de White-Manor.... lo era por lo ménos....

—¿Conque ha muerto? exclamó Fergus.

—María tiene un hijo, Fergus, y no puede morir.

Pues entónces, por Dios, ¿qué hay?

—Bebamos, Fergus, dijo Mac-Farlane con una risa convulsiva; sí, le mataré.... En mi concepto, Mac-Nab obrando cual lo hizo creyó hacer feliz a la desventurada María; sí, hermano, María fué condesa de White-Manor, porque Mac-Nab queria que fuese rica y dichosa.... bebamos, O'Breane, es menester celebrar vuestra vuelta.... Ignoro si es rica, pero sé que es desgraciada.... ¡Pobre María!.... ocho meses hace que recibí carta suya.... ya la leeréis O'Breane.... pues yo no puedo hacerlo.... a nadie quise tanto como a María, y por eso queria que fue-

se vuestra muger.... ¡Ah! que venturoso habria sido para mí el día de vuestro casamiento.

Angus se levantó y fué a abrir un armario de donde sacó una cartera. Entre los papeles que contenia esta habia uno muy usado que Angus desdobló con mano trémula.

—¿La amais todavía, hermano? le preguntó.

—Siempre la amaré, respondió Fergus.

Fergus no menta ni se engañaba, pues durante los cuatro años que acababan de pasar, el amor que tanta influencia debia ejercer luego en su vida, estaba como aletargado en él: apenas si de vez en cuando motivó una de esas relaciones pasajeras, verdaderas novelas de un día, cuyas páginas desgarran el olvido una vez recorridas, sin que dejen jamás huella alguna en el corazón, y así no conservaba más que el recuerdo de María. Luego sí que debían abundar los recuerdos; su corazón entregado sin reserva, retirado sin remordimiento, iba a deslizarse suavemente en el florido declive de la inconstancia, dejando en pos de sí las lágrimas, y no viendo delante de él más que una sonrisa continua. Su alma y sus sentidos iban a hacer excesos de delicias, como para compensar las grandes labores y fatigas fecundas de su ingenio. Iba a amar, a amar a todas, a amar mucho, aunque pronto, y rendir sin esfuerzo las mayores resistencias, a ser feliz (en el sentido vulgar de esta voz) lo bastante para llenar una larga página con los nombres de sus queridas, y llevar a tan grande extremo sus sensuales disipaciones, que cualquiera otro corazón que no fuese el suyo, hubiese muerto ó se hubiera usado completamente. Pero su corazón, a pesar de aquellos excesos de felicidad, de aquellos locos abusos de ardores prodigados, de aquellas dádivas inconsideradas a mugeres dignas é indignas, debia quedar nuevo y

fuerte, y lleno de viriles impulsos, sin perder en los infinitos roces de una vida aventurera las esquisitas delicadezas de su facultad de sentir.

Para esta clase de hombres tiene el pasado, en las horas de ilusiones, alegrías incomparables y goces que el placer presente no puede igualar. Su recuerdo es el cielo de los musulmanes. Allí en la encapotada atmósfera de los éstasis, pasan y se sonríen una a una las mugeres en otro tiempo amadas. ¡Qué hermosas son! ¡qué dulces y encantadoras son las palabras que al oído murmuran! ¡qué orgullo en estas maneras! ¡qué sencillo abandono en aquella posición!.... ¡Oh! ¡qué divinamente se sonríe la una; la otra baja los ojos, pero oculta el velo de sus largos párpados la pasión que su mirada despide! Todo es bello, todo encanto y delicias, todo, incluso aquella preciosa perla, aquella lágrima, ¡ay! que se suspende a las pestañas de la doncella vencida!....

Fergus no se engañaba, porque entre sus recuerdos a menudo evocados, debia el de María ser siempre el primero, el más amado, el más puro, el solo puro quizá.

Mac-Farlane volvió hacia la chimenea.

—¡Mucho os amaba! dijo; ¿pero para qué hablar de eso?.... Tomad su carta.... su última carta.... después fui a verla a Londres y tuve el disgusto de no encontrarla.

Fergus tomó la carta que le presentaba, y cuyas letras estaban medio borradas por las lágrimas en diferentes líneas. ¿Eran estas de Angus ó de la condesa de White-Mauoi? ®

Así decia dicha carta:

“Querido hermano:

“Al saber por vuestro último escrito que teniais la in-



tencion de venir a Londres a consolarme y protegerme, mi corazon sintió un reconocimiento y una ternura sin límites. ¡Oh! con qué dicha pienso en vuestro amor, el único con que cuento aquí en la tierra. Yo creo que hallaria algun contento en vivir cerca de vos, en veros amando, en verme bajo el techo paterno....

“Pero no puedo esperar tanta dicha, hermano.

“La tarde misma que recibí vuestra carta, salí de la casa en que estaba hacia tres meses, para evitar vuestra presencia; pues necesito fuerza, Angus, y viéndoos seria débil.

“Bien sabéis lo que os amo, hermano mio; perdonadme si huyo de vos.

“Vivo bajo la impresion de una amenaza espantosa y terrible.... Mi pobre hija, Mac-Farlane, mi amadísima hija.... si supieseis”....

—¿Dónde estais, O'Breane? preguntó Angus en este momento. ¿Os acordais que alegre era en otro tiempo?... Siempre me parece ver su sonrisa.... ¡Qué punzante vista!....

Al concluir estas palabras tendió ambas manos sobre sus rodillas, y fijando sus ojos en tierra incluyó su cabeza sobre el pecho.

Fergus prosiguió su lectura:

“Si supierais, hermano; mas no: vos sois valiente y generoso, y queriais defenderme, atacar a esos hombres que tan mal me tratan; sí, Angus, yo os conozco, querriais hacerlo.... y seria una horrible calamidad.

“Prefiero sufrir, soy feliz sufriendo. La idea de que intenten poner coto a mi suplicio, me angustia el alma.... No os resintais, hermano; si me alejo de vos es por mi hija.

“La venganza de milord ha sido muy cruel.... ya sa-

beis que despues del vergonzoso acontecimiento de Smith Fields, se llevó a mí hija.... Pero no sabéis lo demas, Angus, ni podriais adivinar ¡ay! mi acerba desgracia.

“Mi hija, mi queridísima hija, está en manos de un malvado sin fè ni corazon, que la cria léjos del mundo; de un malvado que quizá han elegido para verter en su alma de ángel, gérmenes de oprobio y de corrupcion.”

—¡Pobre María! dijo Fergus.

—¿Dónde estais, O'Breane?....

—¡Marchemos, hermano! a toda costa si es preciso....

—Ya sé donde estais, murmuró Angus bajando la cabeza. Seguid leyendo.

“.... Mi hija está presa, y su carcelero es un monstruo de avaricia y de cinismo, que se mofa bárbaramente de mis lágrimas y me impone un tributo periódico para no acabar con mi ángel.... Yo continúo en Londres bajo el amparo de aquel hombre benéfico que se compadeció de mí cuando estaba con la cuerda al cuello en el mercado de Smith-Fields. Mi hermano, que me conoce, no albergará ningun mal pensamiento en este punto.

“Yo continúo en Londres, porque estando cerca de mi hija me parece que velo por ella.... Mas no la veo; ese hombre que toma mi oro me niega implacablemente la gracia de abrazar a mi hija, aunque fuese en su sueño.

“En esto obedece a milord, mi marido....

“Ocultome para que ningun amigo vea mi profundo desconsuelo. Nadie podria verlo, y vos mas que cualquiera otro, noble Angus, sin tratar de socorrerme y de vengarme.”

“De vengarme.... ¡Oh! ¿lo creeréis, Angus? ese hombre me lo ha dicho.... y lo haria, ¡Dios mio! A la menor tentativa le mataria....”

La mano de la condesa habia temblado con violencia al escribir esta última palabra, que apenas se podía leer.

— Esos temores son disparatados, exclamó Fergus. Sea quien quiera ese hombre, y por profunda que sea su perversidad, ¿por qué mataría un niño? A lo mas, puede obrarse con prudencia.... evitar....

— Eso mismo le he escrito yo, hermano, y va para seis meses que María recibió mi carta sin que haya contestado, por lo que creo que sus temores han vencido su razon.

Quedando todavía dos ó tres líneas, Fergus continuó su lectura:

“Tambien tengo una esperanza, una dulce esperanza, Mac-Farlane, decia la pobre muger.... Ese hombre hace guardar mi hija por un mudo y una criatura que no tiene mal corazon.... Si algun dia llegase a ganarla, y me fuese permitido entrar en el cuarto de Suky, ¡cuán feliz seria besándola, cuán dichosa estrechándola entre mis brazos.... Con qué placer la veria sonreirse! ¡No es verdad que esta esperanza excusa bastante mi fuga?... ¡No es verdad que yo seré entonces la madre mas feliz?....”

Fergus, cuya noble cara espresaba una noble piedad y una profunda indignacion, cerró la carta, miró a Angus que habia conservado la misma posicion, y que, siguiendo por instinto la lectura de aquellas líneas conocidas, tenia dos grandes lágrimas en la megilla.

— Es menester salvarla, dijo Fergus.

Mac-Farlane meneó la cabeza, sus lágrimas se secaron y su frente se arrugó.

— Es menester vengarla, respondió.

Y añadió con voz mas enérgica:

— Aunque no me lo dice bien, sé quién es ese hombre

que la martiriza y mata a su hija; es White-Manor.... sí.... el mismo White-Manor, ó uno de sus fautores... Bebamos, O'Breane, bebamos, hermano, aun no sabeis lo mejor....

— En efecto, dijo Fergus, hay palabras en la carta de nuestra desgraciada hermana que no comprendo.... ¿Qué es eso del acontecimiento vergonzoso de Smith-Fields?

Angus estaba mas pálido que un difunto.

— ¡No veis que mi mano tiembla demasiado al echar vino? murmuró procurando sonreirse. Dadme, hermano, pues tengo sed.... ¡Ah, ah!.... con que quereis saber lo que pasó en Smith-Fields... Escuchadme bien, ¡por el nombre de mi padre! pero ántes mirad el cachillo que ha de matar tarde ó temprano a Godfrey de Lancaster.

Angus fijó con fuerza en la mesa su *dirk* escoces, cuya hoja vibó largo tiempo y lanzó un ligero sonido.

— ¡Escuchad! repuso:— tres años hace.... dos años y medio, que los periódicos hablaron de una evasion audaz, que tuvo lugar en el depósito de Botany-Bay, citando vuestro nombre en la lista de los fugitivos— En aquel tiempo quedó mi hermana en cinta.

Dos meses despues anunciaron los periódicos que los fugitivos de Botany-Bay estaban en Londres, y por la segunda vez figuraba vuestro nombre en sus columnas.

A la sazón corrió un amor que algunos atribuyeron a Brian de Lancaster, hermano de Godfrey, que aunque jóven, hace una guerra implacable al conde. Pero es seguro que se equivocaban, pues yo conozco al honorable Brian, y sé que tiene un corazon noble y generoso.... Lo cierto es que dicho rumor recordó vuestros amores con mi

hermana, y algunos.... Fergus, querido hermano, bajo vuestra palabra de honor, ¿cuánto tiempo hace que estais de vuelta en Inglaterra?

—Doce horas, respondió Fergus.

—No toneis mis palabras, hermano, prosiguió Angus con orgullo, por una sospecha indigna.... María Mac-Farlane puede ser desgraciada, pero no culpable.... Dicho rumor decía que la habias vuelto a ver.

Su embarazo progresaba.... y el miserable White-Manor abria ansiosos oídos a todas esas calumnias.... Sin duda se arrepentia el opulento lord de haber dado su nombre a una pobre muchacha.

En cuanto María dió a luz un niño, White-Manor mandó que trajesen la cuna a su cuarto, y le consideró mucho tiempo en silencio; despues lo recorrió a grandes pasos, profiriendo mil amenazas, pretendiendo que aquel niño se os parecia.

—¡A mí! exclamó Fergus sorprendido.

—Si.... María os habia amado tanto.... Sea lo que fuere de esta semejanza real ó imaginaria, las sospechas de Godfrey de Lancaster adquirieron una fuerza terrible. Esto ocurrió en White-Manor, en Northumberland, muy cerca de aquí.... Pero ya hacia mucho tiempo que Godfrey no queria vernos ni a Mac-Nab ni a mí, y que no podiamos visitar a nuestra hermana.... ¡Ah! Fergus, ¡Mac-Nab tiene un corazon escelente, aunque tenga contra vos prevenciones vituperables! Muchas veces le pasó haber protegido ese matrimonio.... Pero ¿qué decía? Cuando hablo de todo esto, mi pobre cabeza se pierde y se oscurece mi inteligencia.

—La semejanza.... dijo Fergus.

—Sí, sí, interrumpió Mac-Farlane; me acuerdo.... Mac-Nab y yo no teniamos la mas mínima nociou de lo

que ocurría en White-Manor.... Godfrey no entró en la habitacion de su muger mientras estuvo en cama.... ni volvió a ver a su hija, prohibiendo que la viese su madre.

A la vuelta de quince dias salió por la primera vez nuestra hermana, nuestra pobre hermana, que tantas veces habia preguotado por su hija con los ojos arrasados en lágrimas, por su adorada hija, que no viéndola, creia sin duda muerta.... Mas valia que hubiese muerto, O' Breane.

El mismo dia entró Godfrey de Lancaster en el cuarto de su muger, con una alma condenada, con un infame bribon llamado Gilberto Paterson, que traía una cuna en sus brazos. Poco faltó para que María cayese desmayada; tan grande fué la alegría de aquella infeliz que se echó a reir, a llorar, y a besar las manos de Godfrey de Lancaster; despues de lo cual se lanzó hacia la cuna, y quiso levantar el velo que la cubria para comerse a besos aquella débil criatura que iba a ser, en adelante, su passion, su amor, su vida; pero Godfrey la cogió brutalmente por el brazo y la detuvo; mientras que Gilberto puso la cuna encima de una mesa en medio del cuarto.

—Señora, le dijo White-Manor quitando el velo de la cuna, esta niña vuestra no es mía.

María le miró atónita.

—Esta niña es hija de un crimen, prosiguió Godfrey, entregándose a los accesos de su insensata rábía; miradla, miradla, y decid luego que no se le parece.

—¿A quién? preguntó nuestra pobre hermana.

—A un asesino, señora; al hombre que amais, a Fergus O' Breane.

—¿A Fergus? repitió María, cuya frente iluminó el júbilo.

Aquel movimiento involuntario fué su condenacion;

Godfrey lo tomó sin duda por una declaración, pues al percibirlo se puso lívido de cólera, y en su loco furor levantó la mano como para matar a la niña.

—¡Milord! ¡Oh! ¡Milord! exclamó María cayendo de rodillas asustada, no mateis a vuestra hija.

Godfrey se detuvo, y sonriéndose respondió con amargura:

—Mi hija; ¡creo que me hubiera vuelto bueno si Dios me hubiera dado un hijo....

Así habló el infame hipócrita.

Mi hermana quiso protestar de su inocencia, pues acababa de comprender la infamia que se le atribuía; pero Godfrey le cerró la boca con un grosero sarcasmo, y repuso:

—Mirad bien esa niña que decís mía, milady; miradla bien, mucho tiempo y con grandes ojos, pues que la veréis por la última vez.

María juntó ambas manos traspasada de dolor por estas crueles palabras.

La preciosa niña sonreía dulcemente.

Nunca había visto María cara mas hermosa ni mas angelical. ¡Ah! Fergus, qué hermoso, qué angelical debe parecer a una madre el primer niño que da a luz, el niño del cual va a separársela para siempre!

En vano lloró, rogó y se arrastró a los pies de White-Manor. Este, inmóvil como una estatua, parecía complacerse bárbaramente en prolongar aquel cuadro tan cruel.

Finalmente, cuando se puso ébrio de sollozos, hizo un gesto, y Gilberto se llevó la niña.

Después mandó levantarse a María, que estaba sin movimiento en el suelo, y en cuanto obedeció, la llevó a empujones hasta la puerta del palacio, en donde la esperaban Gilberto, Paterson, con una soga en la mano, todos

los criados y dependientes de White-Manor, y una silla de postas.

Godfrey tomó la cuerda de las manos de Paterson, y...

Angus se demuvo súbitamente, y se levantó diciendo:

—¡Oh! le mataré, le mataré, Fergus, por el santo recuerdo de mi madre!....

El infeliz temblaba y jadeaba; apenas podían pasar sus palabras a través de sus dientes fuertemente apretados.

—¡Y qué hijo! preguntó Fergus, que temblaba también, cuya frente estaba bañada de sudor.

—¡Ah! exclamó Mac-Farlane con un gemido ahogado; los ingleses son infames y no conocen la compasión, hermano.... María estaba pálida y sin fuerza, mas nada le conmovió, y después de hacerla poner de rodillas para pasar la soga por su cuello, dijo en alta voz:

—¿Quién quiere comprar esta muger?

VI.  
ALERE FLAMMAM  
VERITATIS  
UNA MUGER EN VENTA.

Angus Mac-Farlane pronunció estas últimas palabras en medio de una explosión de dolor y de cólera; y O'Breane, al levantarse, manifestó en su fisonomía los mismos sentimientos que el arrendador.

—Yo no le odiaba ya, dijo; mi indignación se había confundido con otra sobrada profunda, y basta para no absorber cualquier otro resentimiento.... Pero por vos, Angus; por la pobre María aún soy vulnerable.... ¿Dónde está ese hombre?

Angus cogió la mano de Fergus, y estrechándola entre las suyas:

—¡Gracias, hermano! respondió.

Y añadió con un tono de sarcasmo satírico y desesperado:

—¿Me preguntáis donde está?... ¿Habeis olvidado acaso las costumbres de nuestros lores en los cuatro años que habeis estado fuera de Inglaterra?... Cuando sacrifican de esta parte del estrecho la vida de una cria-

tura sin defensa, pasan el mar y van a triunfar al extranjero. También sigue la crueldad su mono oña.... Si sus señorías se fasti lian y caen en el *spleen*, marchan a Francia, cuyos habitantes se rien y mofan viéndolos pasar para Italia, que toma sus guineas en cambio de piedras viejas y de lienzos estropeados.... ¿Quién sabe si White-Mannor estará en Napoles, en Paris ó en Viena?

Siendo inútil buscarle mas, quiero esperarle aquí.

María os había amado, y quizá se acordaba de vos; crimen sin perdon, que castigó Godfrey de Lancaster, echumando una infame y bárbara costumbre, cuya ignominiosa idea podía, en su brutalidad nacional, concebir solamente la Iuglaterra, entre todos los pueblos del mundo. Godfrey de Lancaster sacó a su muger lady de White-Manor, a pública subasta como una res cualquiera.... Debía esperarse que hablarían largo tiempo en Crockford-club.... de aquella chistosa acción, de aquella eccentricidad que mataba a una muger. ¿Dónde hallar otras mejores?

Cuando pronunció estas palabras; ¿Quién quiere comprar esta muger? los criados y dependientes guardaron el mas profundo silencio, pues todos adoraban a María.

White-Manor repitió su pregunta colérico, y aun añadió:

—Miradla, es hermosa y la doy por tres chelines.

La infeliz María continuaba de rodillas, con las manos juntas. Viendo Godfrey que ninguno respondía, dió una patada en el suelo y gritó:

—¡Paso! que voy a llevarla a otro mercado.

Al tirar de la soga, se levantó María, atravesando por medio de los criados y dependientes, que se abrieron a derecha e izquierda y contemplaron tristes y silenciosos aquella pobre víctima, que subió a la silla que la esperaba.

Dos días despues se daba un magnífico almuerzo en

Portland-Place en la casa de los condes de White-Manor. La asamblea era numerosa. Sobre las dos se levantó Godfrey completamente ébrio, y mandó que tragesen a María.

La infeliz entró con un vestido de lienzo blanco y la cuerda al cuello.

Sin embargo, entre todos aquellos nobles que estaban a la mesa de White-Manor, no hubo uno que rompiese su vaso en la infame cara de Godfrey de Lancaster. Uno solo ¡Fergus! Todos dejaron que aquel miserable, ébrio de sangre y de rabia, sacrificase una muger hermosa, joven y santa.

Godfrey cogió la cuerda y bajó a la calle, atravesando las calles de Londres, desde Portland-Place hasta el mercado de Smith-Fields, a cuatro millas de Escocia, como había atravesado entre la multitud de sus criados consternados en el patio de White-Manor, tirando por la soga de su muger, de su infeliz muger, que lloraba y se moría.

Todo el mundo se detenía para contemplar aquel bárbaro espectáculo; pero entre los cincuenta mil ingleses que pasaron junto a ellos en el camino, no hubo un hombre que gritase ¡infamia! apedreando al infame verdugo.

Así es Londres; así son los nobles y el pueblo.

—¡Los nobles y el pueblo! interrumpió Fergus con una energía de indignación que Angus atribuyó toda entera a la expresión de su relato; Londres é Inglaterra.

Al llegar a Smith-Fields, repuso Mac-Farlane, donde abundaba el gentío a causa del mercado de ganado lanar y vacuno, Godfrey metió a María en uno de los rediles de ovejas, y gritó por tres veces: Esta muger está de venta.... ¡de venta por tres chelines!

Los tratantes de ganado se conmovieron, pues María era hermosa y lloraba amargamente.

Por último, una voz grave y vibrante atravesó la multitud é hizo estremecer a María.

—¡Dejadme pasar! decía aquella voz; que voy a comprar por tres chelines a milady la condesa de White-Manor.

Suscitóse un murmullo en el mercado de Smith-Fields, pues hasta entonces nadie sabía los nobles nombres de los actores de aquella escena infame. Godfrey se puso de color de púrpura, pues el sonido de aquella voz le había hecho temblar, y buscó al que acababa de hablar, con temor é indignación.

Este último con vestido de tratante de reses se presentó en breve, abriéndose paso vigorosamente a través de los asistentes apiñados. Al verle quedó Godfrey como absorto é hizo un movimiento para ocultarse. Nunca quiso decirme María en sus cartas el nombre de su salvador; pero el rumor público me lo dijo cuando fui a Londres.

Era Brian de Lancaster, hermano del conde.

Así lo creí y aun lo creo hoy, bien que el honorable Brian no haya correspondido a mis acciones de gracias sino con frias y positivas denegaciones.

Como quiera que sea, el pretendido tratante de reses, fuese ó no Brian de Lancaster, entró en el redil donde estaba Godfrey, y le arrancó de las manos la soga con que sujetaba a María, que sin fuerza alguna se había desmayado. Luego la levantó con una sola mano, y metiendo la otra en su bolsillo sacó algunas piezas de cobre, que tiró a la cara de Godfrey, diciendo:

—Tomad vuestro dinero, milord.

Al momento se oyó un griterío inmenso en la plaza de Smith-Fields.

Godfrey quedó petrificado, y con la cara y la frente lle-

na de cardenales, ocasionados por el choque de las piezas. El tratante era todo un hombre, Fergus, y se condujo cual hubiéramos podido hacerlo nosotros.

Fergus, dominado por el gran interés con que oía este relato, respiró a sus anchuras.

—Dios le bendiga, Mac-Farlane, dijo, quien quiera que sea.... Y si fuese el hermano de Lancaster, juro que algún día le pagaré la deuda.... ¿Pero qué se hizo de María?

—Luego, respondió Angus, se abrió la multitud para dejar pasar el tratante con su fardo; en seguida volvió a acercarse a White-Manor, cuya cara acardenalada se contraía con las convulsiones de una rabia impotente. Mil insolencias resonaron en toda la plaza, y cuando los agentes de policía llegaron al teatro de la escena, tuvieron que cargar con el noble lord, cubierto de ultrajes y de cieno, y debatiéndose en furioso ataque de su mal...

—¿Y María, y María! dijo Fergus.

—El pretendido tratante de reses la colocó en un carruaje.... La misma María me ha transmitido esta historia después en sus cartas.... Con frecuencia le he enviado dinero; pero hace ocho meses que ignoro donde está, y según su último escrito, se ve obligada a pagar al miserable que sirve de carcelero a su hija.... ¿Quién la sostendrá?.... Algunas veces me ha hablado de una mano amiga y generosa.... Pero Brian de Lancaster no es rico.

—Pero, si Brian su cuñado, sabe sus secretos y la protege, respondió Fergus, ¿por qué no la ayuda con respecto a su hija?

—Porque ignora como nosotros, esta parte de su historia, respondió Angus. Si es Brian,—y lo es, aunque se haya negado a confiarme sus beneficios;—si es Brian, ella

sabe lo fogoso y arrojado que es, y teme, mas que todo, la amenaza del carcelero de su hija.... ¡Pobre hermana! ¿No la veis desde aquí, Fergus? Cada vez que se presenta a su imaginación una idea de lucha ó de libertad, la desecha con espanto y se repite a sí misma aquella palabra, que su trémula mano trazó con tanto trabajo:—  
¡Y mataría!

Ambos interlocutores guardaron un largo silencio. Fergus parecía meditar, y Mac-Farlane, con los codos apoyados en la mesa, y la frente a dos dedos de su puñal fijado en la mesa, seguía el curso de un largo desvarío; mas fué el primero que tomó así la palabra:

—¡Vamos, vamos! dijo con una alegría forzada. ¡Bebed, hermano Fergus! ¡Es menester festejar vuestra llegada!.... ¡Gente hay mas desgraciada que nosotros!.... Yo tengo una excelente mujer que me ama sinceramente, y dos angelitos que se sonrien al despertarme.... ¡Ah! ¿si estuviese aquí María?... ¡Pero nada de tristeza, O'Breane! ¡demasiado he llorado esta noche!.... A vuestra salud.

Fergus le cogió la mano en lugar de responder al brindis, y le miró fijamente.

—Cuatro años hace que trabajo solo, dijo con lentitud; cuatro años hace que consagro todos mis instantes al mismo pensamiento, sin comunicar nunca a un corazón amigo las infinitas dudas que me asaltan, ni las esperanzas que me abrasan.... En estos cuatro años conté con vos, Mac-Farlane, que sois el único hombre a quien di entrada en mi corazón. Mil veces me dije, para armarme de valor, ya llegará un día en que se anime la soledad de mis laboriosas meditaciones; en que mi pensamiento salga fuera de sí para hallar un eco en la inteligencia de mi hermano.... Ya llegará un día en que llevaremos los

dos la enorme carga que solo pesa sobre mí, en que tendré un confidente, otro yo....

Fergus se interrumpió y añadió con tristeza:

—¡Cuatro años alimenté esperanza!

—Bien hicisteis, O'Breane, pues a todo estoy dispuesto por vos.

Fergus sacudió la cabeza y bajó los ojos.

—¡Hice mal! dijo en voz baja, porque en lugar del hombre fuerte con quien contaba, solo encuentro un corazón abatido, ajado, sin valor....

Mac-Farlane retrocedió un paso y le dirigió una mirada atónita.

—No me engañan mis oídos, murmuró;—cómo en el momento mismo en que os cuento las desgracias que afligieron mi casa, vituperáis mis padecimientos! ¡Ah, Fergus, Fergus!.... Verdad es que habiéndome dejado joven y robusto, me volvéis a ver con una frente llena de arrugas, los ojos vacilantes y los cabellos blancos antes de tiempo.... ¡He sufrido tanto, hermano O'Breane!.... Pero para mí será el colmo de las desdichas si vos, que tanto he amado, me encontráis degradado por la desgracia, al punto de juzgarme en lo venidero indigno de comprenderos y de serviros.

Mac-Farlane pronunció estas últimas palabras en voz baja y con un tono de dolorosa reconvención, que penetró en el fondo del alma de Fergus, aunque nada dejaba ver en su fisonomía.

—La cabeza puede blanquear antes de tiempo, pronunció friamente,—la frente arrugarse, los ojos apagarse; pero el corazón de un hombre, por cruel que sea su destino, no debe rendirse a la suerte ni adormecerse.

—¡Y quién os ha dicho que mi corazón se ha rendido,

Fergus O'Breane? preguntó el escocés enderezando de pronto su elevada estatura.

Fergus arrancó el puñal fijado en la mesa y lo colocó en ella de plano con un aire de despecho.

—Si cualquiera me lo hubiese dicho, Mac-Farlane, replicó Fergus, yo le hubiera obligado, con mi rodilla en el pecho, a confesar que había mentado.... ¡Pero qué pensar de un hombre que sacando su puñal proclama que no tiene más objeto que matar? De un hombre que consiente en dar su sangre a la ley por la sangre de un hombre sin alma y sin fé!.... ¿Creedme, hermano Angus, vuestro brazo está robusto aún, pero el corazón....

—¡O'Breane, O'Breane! interrumpió el escocés con una voz trémula de cólera; no digáis una palabra más.... Por entorpecido que esté mi corazón, jamás oiré con paciencia un ultraje....

—¡Bien, hermano Angus! exclamó O'Breane cogiendo de nuevo el brazo que Mac-Farlane acababa de retirarle con fuerza. Mirad: ¿hay arrugas en vuestra frente? ¿No han recobrado vuestros ojos su antigua y orgullosa mirada?.... Mirad, hermano....

Al hablar así había llevado a Angus al espejo que estaba suspendido encima de la mesa de labor de Amy Mac-Farlane.

Angus se sonrió involuntariamente mientras que O'Breane prosiguió con severidad:

—Las arrugas han desaparecido.... también se han animado los ojos.... y el corazón....

—Es menester que mate a ese hombre, O'Breane, dijo Angus; sí le mataré.

Fergus soltó en seguida el brazo del escocés y se dirigió hacia la chimenea, cerca de la cual había puesto su gorra y su capa.



—Adios, hermano mio, dijo; mis horas están contadas, y no es posible detenerme mas.

Angus se quedó un instante como aterrado, lanzándose despues con los brazos abiertos entre la puerta y Fergus.

—¡O'Breane! exclamó sollozando como un niño; hermano mio, tened piedad de mí.... Mirad que he de vengar a mi hermana.... a nuestra hermana María, a quien amais tanto como yo.... No me dejéis así.... pensad, Fergus, que seria un dia de maldicion, el dia que huyéseis irritado del techo de Mac-Farlane.... Aguardad, aguardad, en nombre de Dios.

—Yo no estoy irritado, hermano, respondió Fergus, con serenidad; el dolor no puede llamarse cólera.

—¿Pero no podeis dejarme el derecho de vengar este ultraje, a cuyo relato he visto estremeceros hace un instante?... Salvo este acto, que es sagrado, soy de vos, Fergus, todo de vos.

—Hermano, dijo O'Breane con un tono solemne, para conmigo toda reserva es escusada, por legítima que pueda ser.... ¿No os he dicho que hace ya cuatro años que ansiaba la hora en que os hablo?... Y sin embargo, en todo este tiempo me he visto rodeado de hombres resueltos hasta la temeridad, inteligentes, solícitos hasta la abnegacion.... Mas a ninguno he confiado mas que la porcion de mi secreto necesaria para la ejecucion de mis órdenes; sí, para todos es un misterio el conjunto de mis planes, porque os esperaba a vos, a quien habia elegido entre todos, y a quien reservaba la mitad de mis trabajos y de mis peligros.... Pero ahora me veo obligado a buscar otro hombre, porque mi compañero debe tener el corazon libre y la cabeza serena. Mi compañero tiene que imitarme, entregándose todo entero a la lucha comenza-

da, desechando con desden sus recuerdos de hombre y el puñal de los vulgares....

—¡Yo tambien me vengaré, Mac-Farlane, yo quiero vengarme!

Angus se estremeció a esta palabra que halagaba su pasion, y escuchó con atencion.

—Yo vengaré a mi hermana deshonrada, repuso Fergus con aquella voz sonora y viril que dominaba todas las voluntades; yo vengaré a mi padre asesinado. Tambien vengaré a mi madre.... a mi santa madre, que al cerrar los ojos me dejó solo para llorar todo lo que habia amado y respetado. María se contará en el número de las víctimas cuyo grito despierta mi corazon sin cesar y no le deja un momento de reposo. María será vengada con mi hermana, con mi padre, con mi madre, y vengada del mismo golpe, pues su verdugo fué el suyo....

—¡Godfrey de Lancaster! exclamó Mac-Farlane admirado.

Fergus se sonrió con orgullo.

—Godfrey de Lancaster no es mas que un hombre, dijo; ¿para qué arrancar el puñal de vuestra mano si no se tratase mas que de Godfrey de Lancaster?

—¿Pues de quién se trata? preguntó Angus, cuya admiracion llegaba a su colmo.

—Escuchad, hermano, replicó O'Breane; mi respuesta es precisamente mi secreto, secreto que no puede confiarse mas que a un cómplice.

—¡A un cómplice!.... repitió Angus; ¿es acaso un crimen?

—Mi secreto, prosiguió Fergus, lleva consigo sobrados peligros para junterle sin motivo los de una venganza escocesa. El hombre a quien lo confie, no tendrá como vos, un puñal destinado al pecho de un lord de Inglaterra; y

no solo estará en paz con la ley sino que será, si es posible, órgano de la ley, que es también una arma, y una máscara.

—No os comprendo, murmuró Angus, que parecía violentamente combatido.

—Y como era en vos, en vos solo, hermano, continuó Fergus, en quien pensaba encontrar ese hombre, encerraré en mí mismo mi secreto, aunque deba romper mi corazón sobrado estrecho para contenerle; aunque supiese sucumbir proseguiré solo mi tarea comenzada, sintiendo haber saboreado largo tiempo una loca esperanza y contar con un auxilio que debía negarseme.... ¡adios!

Mac-Farlane detuvo a Fergus por la ropa.

—¡Una palabra, una sola palabra! dijo; ¿será vengada María?

—¡Vengada!.... y la salvaré tal vez.... respondió Fergus.

—Os creo, O'Breane, pronunció pausadamente el escocés, tirando su puñal el suelo; aquí tenéis al cómplice que buscáis.... ¿Se trata de un crimen?.... Con vos me complazco en ser culpable.

## VII.

LO QUE FERGUS O'BREANE TENIA EN LA CABEZA Y EN EL CORAZON.

Fergus alargó la mano a Mac-Farlane alejándose en seguida de la puerta que estuvo a punto de atravesar.

—Gracias, hermano, gracias del fondo del corazón, dijo. Ahora vais a saberlo todo.... mi historia, mis trabajos, mi crimen, que es el asesinato de un imperio y la salvación de la mitad del mundo.... Cuando haya hablado, me conoceréis cual yo mismo me conozco.

Ambos se sentaron cerca de la chimenea casi apagada.

Fergus contó la caída de su familia arruinada por las infames esacciones de los ingleses: el viaje de su padre a Londres, el rapto de su hermana Betsy y el fúnebre cuadro de la pobre casa de S. Gil, donde había quedado solo con dos cadáveres.

Mac-Farlane le quería demasiado para no impresionarse vivamente con aquel relato, al cual daba la elocuencia apasionada de Fergus un extraordinario interés.

no solo estará en paz con la ley sino que será, si es posible, órgano de la ley, que es también una arma, y una máscara.

—No os comprendo, murmuró Angus, que parecía violentamente combatido.

—Y como era en vos, en vos solo, hermano, continuó Fergus, en quien pensaba encontrar ese hombre, encerraré en mí mismo mi secreto, aunque deba romper mi corazón sobrado estrecho para contenerle; aunque supiese sucumbir proseguiré solo mi tarea comenzada, sintiendo haber saboreado largo tiempo una loca esperanza y contar con un auxilio que debía negarseme.... ¡adios!

Mac-Farlane detuvo a Fergus por la ropa.

—¡Una palabra, una sola palabra! dijo; ¿será vengada María?

—¡Vengada!.... y la salvaré tal vez.... respondió Fergus.

—Os creo, O'Breane, pronunció pausadamente el escocés, tirando su puñal el suelo; aquí tenéis al cómplice que buscáis.... ¿Se trata de un crimen?.... Con vos me complazco en ser culpable.

## VII.

LO QUE FERGUS O'BREANE TENIA EN LA CABEZA Y EN EL CORAZON.

Fergus alargó la mano a Mac-Farlane alejándose en seguida de la puerta que estuvo a punto de atravesar.

—Gracias, hermano, gracias del fondo del corazón, dijo. Ahora vais a saberlo todo.... mi historia, mis trabajos, mi crimen, que es el asesinato de un imperio y la salvación de la mitad del mundo.... Cuando haya hablado, me conoceréis cual yo mismo me conozco.

Ambos se sentaron cerca de la chimenea casi apagada.

Fergus contó la caída de su familia arruinada por las infames esacciones de los ingleses: el viaje de su padre a Londres, el rapto de su hermana Betsy y el fúnebre cuadro de la pobre casa de S. Gil, donde había quedado solo con dos cadáveres.

Mac-Farlane le quería demasiado para no impresionarse vivamente con aquel relato, al cual daba la elocuencia apasionada de Fergus un extraordinario interés.

Mac-Farlane reconocia en él, ademas, su propia historia, mucho mas sombría y lúgubre.

Cuando despues de haber recordado las últimas palabras de su padre moribundo, se detuvo Fergus para recogerse y recobrar aliento, Angus dió una palmada en la frente como si un súbito resplandor hubiese atravesado su inteligencia.

—¡Conque quereis matar al rey! dijo.

—El rey no es mas que un hombre, replicó Fergus; y Cristiano O'Breane, dijo: guerra a la Inglaterra.

—¡A la Inglaterra! replicó el escoces; entonces quiero morir con vos, Fergus.

—¡Pero yo no quiero morir! exclamó este último, cuya frente se iluminaba en medio de la escasa oscuridad de la habitacion; ¡sino vencer! ¿Creis qué tratándose de elegir una victoria, hubiera yo venido a vos, Angus?.... Mucho os apresurais a comparar mi debilidad con la fuerza de mi adversario. Cinco años hace que murió Cristiano O'Breane, y otros tantos que estoy reuniendo armas. Ya no soy el jóven que encontrásteis una tarde cerca de la capilla de Balton... Hoy tengo ya en el mar cuatro buques, y al otro lado del Oceano agentes activos, infatigables, que destruyen por su base muchas de las bóvedas del poder inglés.... ¿Qué es eso? direis tal vez.... ¡calma, Mac-Farlanel ¡no tengo tambien el porvenir?... Dignaos comparar lo que he sacado de la nada con lo que sacaré de mis recursos actuales.... Seguid con el pensamiento los términos de esa progresion gigantesca, hija de mi inalterable voluntad. Mirad el último escalon, y veréis un niño débil y pobre.... Subid algunos, y veréis al niño hombre y fuerte.... otros pocos y el mismo hombre ha hecho doblar la cerviz a enérgicas voluntades; tiene millones en sus cofres, y en la cabeza la

ciencia completa de lo que aborrece, pudiendo ya comenzar a destruir....

Tal es su situacion.—Mañana, por un trabajo oculto, puede brillar su pensamiento, encontrar un eco en la política europea.... Entonces se trasformará el hombre, y para poder acercarse a las testas coronadas, se volverá gran señor.... El gran señor reunirá en un solo monton todos los odios ecsistentes y legítimos, todos los agravios sangrientos suscitados por la codicia insaciable, por la páfida ambicion, por la infame tiranía de su enemigo, y su voz respetada, predicará eordamente una inmensa cruzada....

Luego tirará el gran señor su oro y su púrpora, y se volverá un instante solamente Fergus, a fin de encontrar el camino del corazon de Irlanda; verá de nuevo la Irlanda; empleará sus tesoros en aliviar indecibles miserias, y su mano abierta siempre para dar, estenderá su dedo un dia hácia el Oriente señalando a Londres, de donde descende sobre su desventurada Erin el torrente de todas sus desgracias

Y entonces repetirán el grito de su padre agonizante:— ¡Animo, y guerra a la Inglaterra.

Fergus pronunció estas últimas palabras con una voz vibrante. Mac-Farlane se levantó sin querer, cual si obedeciese a una órden divina; sus ojos brillaban, y su rostro ajado se rejuvenecia con el fuego de un ardor entusiasta.

—Hemano Fergus, dijo temblando de alegría, mi inteligencia no es bastante vasta para abrazar el conjunto de vuestros planes, ni mi vista bastante penetrante para percibir las partes de vuestra grande idea.... Pero mi corazon adivina lo que mi inteligencia no comprende, y tengo fé en vos; esperanza y fé.... ¡Ah! yo no os conocia, O'Brea;

ne.... Os habeis ocultado de mí....¿Pero quién soy yo para merecer vuestra confianza?... Os doy las mas sin-  
ceras gracias,... y creed que siempre seré todo de vos.

Fergus con la cabeza inclinada, parecia perderse en una de aquellas meditaciones que tantas veces se apode-  
ran de su imaginacion. Mac-Farlane le ecsaminaba aten-  
tamente, como si hubiese querido descubrir el irresistible  
principio de dominio que emanaba de toda su persona, y  
hacia doblar la cerviz a la resistencia mas obstinadas.

—Vuestro odio no es el mio, repuso despues de un ins-  
tante de silencio. Yo no hubiera podido concebirle, y  
apénas me es dado apreciar los goces de una venganza  
tan superior a las venganzas humanas.... Vuestro ene-  
migo es tan poderoso, que los imperios rivales no se atre-  
ven a declararle la guerra, y mi inteligencia se pierde al  
considerar los audaces preliminares de vuestra gran ba-  
talla.... Pero me asocio a vuestro odio, y creo en vues-  
tra victoria.... Dios os ha dado su fuerza, hermano, y  
os contemplo dotado del valor sobrenatural de los gran-  
des héroes de nuestros poemas escoceses.... Hablad, se-  
guid hablando, y no dudeis que os admiro y os amo....

—Los imperios caen, dijo Fergus, cuya inteligencia se-  
guia la direccion de sus reflexiones; pero los pueblos no  
mueren. Solo la mano de Dios puede cubrir con un la-  
go fétido la tumba de una ciudad culpable.... La anti-  
gua y la nueva Inglaterra desaparecerá, la Irlanda esten-  
derá su cetro sobre Londres regenerado.... Nuestras  
islas, en la gloriosa historia, no aparecerán en el mapa  
del globo como una mancha de cieno envenenado que se  
estiede sin cesar, evadiendo el mundo entero con su  
contagiosa corrupcion.... En la segunda Sodoma habi-  
tará un pueblo sano, clemente en su victoria, pero se ve-  
rá fuerte en ella.... El sopro de su justicia dispersará

como un polvo vil, la espesa capa de abusos sin nombre,  
de venalidades sórdidas y de solemnes iniquidades, don-  
de se revuelvan a la faz del cielo los fautores de la Te-  
mis inglesa.... La libertad de los cultos reemplazará al  
monopolio voraz y vergonzoso de esa iglesia protestante,  
cuyos apóstoles millonarios se han hecho despreciables,  
y la Irlanda católica, abriendo a todos los santos las puer-  
tas del templo, elegirá un hermoso dia para quemar en  
el cadalso de Old-Bailez esos odiosos registros en que el  
prelado anglicano estiende los estados de sus rentas feu-  
dales.... No habrá escoceses, irlandeses, ni ingleses, sino  
hermanos, todos libres bajo un mismo rey.

—¿Pero eso no es una venganza! murmuró Mac-Far-  
lane, cuya atencion redoblaba al contemplar los serenos  
cuadros de aquella feliz utopia.

—Sí lo es, respondió Fergus, cuyos ojos se animaban  
mas y mas....escepto la faja con que la cólera acostumbra  
a vendar los ojos. Despues de un momento de pau-  
sa y manifestando una preocupacion interior, repuso con  
tristeza:

—Ademas, aun no hemos llegado a ese punto, y la  
venganza dominará sobre todo. Antes de edificar, Angus,  
es preciso destruir; es preciso que desembaracemos el sue-  
lo están de colocar triunfantes la piedra angular de los  
nuevos cimientos.... Tal vez no veremos el fruto de  
nuestra obra.... ¿Es tan corta la vida, y tan largo nues-  
tro trabajo....? Mas a donde me conduce mi desvarío?...  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

—Decia que era preciso destruir, y aun no os he habla-  
do, aunque vagamente, de mis recursos actuales. Ahora  
os añadiré, que prescindiendo de mis riquezas, grandes  
en el dia, mis cuatro buques, uno de los cuales puede so-  
lo sostener un gran combate, me permiten sostener las re-

laciones que tengo ya establecidas en todas las posesiones de Ultramar, minando así una a una las diversas fuentes de donde el coloso saca sus principales elementos de existencia.... Ya llegará un día en que con gran sorpresa de la Europa, cierre el pacífico emperador de la China sus puertos a los cargamentos envenenados con que la Compañía de las Indias inunda las provincias del celeste imperio.... Este golpe hará temblar a la Compañía, que gana cien millones anuales envenenando sistemáticamente a todo un pueblo. Después se presentarán los príncipes despojados del Indostan con las armas en la mano a reclamar la justicia que tanto tiempo ha se les ha negado; y estos príncipes tendrán fusiles europeos que yo mismo les proporcionaré.... Mis agentes siembran en el Cabo, en el Candá, en los Estados- Unidos, en todas partes, en fin, para recoger la cosecha.... acaso tendremos que esperar largo tiempo; diez, quince años.... ¿quién sabe!

Pero la sospecha llegará.... y en el ínterin trabajaremos, pues apenas hemos comenzado nuestra tarea.... Por mi parte haré en Europa lo que he hecho al otro lado del Océano, obrando ántes en términos que se me conceda un nombre y unos títulos, pues no quiero comprometer las grandes ventajas que tengo, imitando la conducta de los aventureros. Habiendo sido presentado hace seis meses a S. M. D. Juan de Braganza, emperador del Brasil, que tiene los ojos fijos en Europa, y quiere disfrutar de nuevo de la herencia de sus padres, iré desde luego a su corte, le acompañaré a Portugal, y sirviéndole me dará la grandeza.... y esto no es una eventualidad Mac-Farlane; así ha de suceder.

Angus hizo una gran demostración aprobando. Tan completamente subyugada se inclinaba su tosca y sencilla naturaleza, ante la inteligencia superior de O'Breane,

que había perdido hasta la idea de lo imposible, considerando la voluntad de Fergus cual la del destino mismo.

Fergus se levantó dominado por la especie de fiebre que se apodera siempre del hombre cuya cabeza fermenta con la aglomeración de los grandes pensamientos, llámese James Wat, Cronwell, ó Milton; bien invente un prodigio de mecánica, bien medite la caída de un trono ó se absorba en una obra maestra poética. Fiebre fecunda que agita a la Sibila sentada en su trípode, cuyos efectos, desconocidos del vulgo, son el privilegio del genio.

Después comenzó a recorrer a grandes pasos la habitación, limpiando a veces su ardiente frente donde brillaban y se secaban al momento algunas gotas de sudor. El movimiento de su paso llevaba un tanto hacia atrás la opulenta corona de negros y rizados cabellos que cercaban su noble fisonomía, dando gracia a sus admirables proporciones. Semejante hombre no podía ménos de impresionar hasta la idolatría el corazón medio salvaje del arrendador escocés. Vigor, audacia, hermosura incomparable y casi divina, todo lo reunía, brillando en aquel momento con el fuego de la inspiración; preciosa aureola que embellece la misma fealdad.

La chimenea estaba apagada, y la lámpara esparcía en aquel vasto salón su luz desigual é insuficiente, iluminando en diferentes parages las paredes desnudas, el techo ahumado, las formas góticas y anticuadas de los muebles seculares, cuyas esculturas angulosas se reproducían en el fondo blanco de las paredes. Angus, que estaba sentado al lado de la chimenea, frente al sillón desocupado de Fergus, no le perdía de vista, espresando en sus ojos un supersticioso respeto, cuando saliendo de la sombra la cara de O'Breane, recibía los reflejos de la

lámpara, y presentaba en aquellas tinieblas repentinamente iluminadas, el esplendor realmente extraordinario de su soberana hermosura.

Y al paso que andaba de una parte a otra, proseguía la narración de sus trabajos futuros. Su plan, de cuya gigantesca extensión Fergus ocultaba a primera vista las diferentes partes, se desarrollaba de un modo tan claro, preciso y lógico, en cada una de ellas, como audaz y vasto en su conjunto.

Su voz penetrante y grave, que parecía el órgano de la persuasión, se animaba y llegaba hasta el entusiasmo.

—¡En todas partes! exclamó por último, ¡en todas hallará eco mi grito de guerra! ¡El mundo entero será mi aliado!... ¡Hay acaso en Europa un rincón donde no sea aborrecido el nombre inglés?... ¡Hay un solo país, débil ó fuerte, que no haya sido sacrificado a la ambición de la Inglaterra?... Siempre se perdonó al gobierno conquistador por la sangre que derramó su heroica espada; ¡pero al negociante avaro que se bate para vender mejor, y que con sus productos en la mano pide a todos la bolsa ó la vida!... ¡Para el traficante insaciable que cimenta con la sangre el edificio de sus factorías!... Para ese nunca hubo perdón ni prestigio! Marcharé, sí, y en Portugal encontraré la opresión comercial organizada desde el reinado de Juan IV, y la cólera aumentada de muchos siglos atrás;—en España, Gibraltar y la traición de Santo Domingo;—en Prusia, en donde no siendo fácil a los ingleses robar oro, han robado gloria, hallaré el rencor de aquel desvergonzado hurto de honor que ciñó la cabeza de Wellington con los laureles de Blücher;—en Rusia... ¡ah! Mac-Farlane, las rivalidades entre corsarios... cuento con la Rusia;—en Austria tenemos los inveterados odios que oculta nmal ciertas este-

rrioridades diplomáticas;—en Países-Bajos, odios nuevos, adicionados con los antiguos; San James intriga sordamente y corroe poco a poco los lazos que sujetan la Bélgica a la Holanda, para proteger a un príncipe desgraciado de Sajonia, Coburgo.—Finalmente, en Francia, cualquiera que sea la opinión, le tiene una aversión instintiva y mas que justificada; ¡la Francia revolucionaria piensa en Santa Helena, y la Francia realista piensa aún en Quiberon!...

En todas partes reinaba el mismo sentimiento, único, universal.—El día que perezca el nombre inglés, será un día de grande regocijo para todas las naciones del globo.

Pero el mundo es muy viejo. Pasó aquel tiempo en que un peregrino solo levantaba las poblaciones enteras con su presencia; en que la justicia apoyada por la elocuencia, creaba innumerables ejércitos... La Irlanda ha lanzado muchos años ha un espantoso grito, y sufre aún; y el universo entero duerme en paz... yo no esperaría si tuviese que desenvainar la espada de la Europa aletargada; mas espero, porque la he reservado un papel enteramente pasivo en mi plan de batalla. La Europa no atacará, pero matará.

—Así ha de suceder, hermano mío, añadió Fergus, parándose de pronto delante de Mac-Farlane, que bajó involuntariamente los ojos al encontrar sus miradas de fuego;—y me parece que Dios me protegerá...

Fergus calló, y Mac-Farlane, dominado por lo maravilloso de aquel plan inaudito, admiraba de buena fé, y se hubiera compadecido entonces del que hubiera dudado del écsito.

—Sí, sí, Dios me protegerá, hermano, murmuró al cabo de un corto silencio y con un tono de tímido respeto; tal es mi anhelo y mi creencia...

¿Pero qué parte habeis reservado al pobre Mac-Farlane en esos combates en que se desenvaina la espada? Mirad que valgo poco para todo lo que no sea fuerza de brazo.... ¿Olvidàsteis quién soy al elegirme por vuestro confidente!.... ¿Olvidàsteis, menester es decíroslo, que mi frente es pequeña y que el vértigo domina a veces mi infeliz cabeza?

—Siempre viví convencido de que el corazon de mi hermano Angus es leal, respondió O'Breane, y que su boca es discreta.

—¿No se necesita para servirlos mas que un corazon leal y una boca discreta?

Al cabo de un momento de duda, Fergus respondió:

—Un corazon leal, decidido, dispuesto a todo.

—Hermano, dijo Mac-Farlane, poniendo la mano sobre su corazon, decidme lo que he de hacer.

El primer movimiento de O'Breane al oír esta respuesta que ponía a su discrecion, por decirlo así, al hombre que amaba, fué la gratitud y la alegría; pero despues se oscureció su frente, miró a Angus con aire indeciso.

Este quiso sonreirse.

—Vuestra amistad os ha engañado con la distancia, hermano mio; y ahora que veis mejor, no sabeis qué destino darme....

—Nada de eso, Mac-Farlane, interrumpió Fergus tratando, aunque en vano, de combatir una preocupacion que evidentemente le atormentaba; vuestra pregunta me ha hecho entrar en mí mismo y perder de vista los rasgos magníficos y brillantes del cuadro que os trazaba hace un momento.... ¡cuadro que tambien tiene su reverso! El hombre débil que tiene que combatir con un coloso, no ataca de frente.... Siendo su objeto el vencer, ¡dichoso el campeón robusto que puede elegir sus armas!....

Mas nosotros somos débiles y tendremos que combatir en secreto, por medios que reprueba en general el honor.... Ayer era yo un pirata, ¿qué seré mañana? Dudo, hermano mio, porque os amo. Si estuvièseis como yo, solo en el mundo y sin familia, no vacilaria.

Angus frunció las cejas diciendo:

—Puesto que os he dado lo que me pediais, mi corazon está decidido y pronto a todo, ¿a qué tocar este punto? O'Breane le cogió la mano y se la apretó fuertemente.

—Ya no vacilo, hermano, pronunció lentamente y con solemnidad;—Dios quiera que no vacileis vos.... Escuchadme:—Luego que haya suscitado en todas partes enemigos a la Inglaterra, será menester que penetre en el mismo corazon de su poder para darle con mi propia mano el primer golpe.... Para esto necesito confidentes en Londres, y el apoyo de una vasta y culpable asociacion, cuya existencia ignorais, y que dirigida por mí se convertirá en una arma emponzoñada.... Esta asociacion, llamada la *Gran Familia*, domina desde Londres los tres reinos, y se compone, a lo que dicen, de mas de cien mil individuos.

—Todos son ladrones, Mac-Farlane, asesinos, y tendréis que ser miembro de esta asociacion.

Angus se estremeció; pero respondió friamente:

—Lo seré, hermano mio.

—No es eso solo.... Por causas que sabreis con el tiempo, me interesa que os hagais dueño del palacio de Crewe....

—¿Olvidais que soy pobre? interrumpió el arrendador.

—Pero yo soy rico, dijo O'Breane; me interesa ademas que el dueño de Crewe sea un hombre considerable en el pais, a cubierto de toda sospecha por su misma posicion; un magistrado....



—Eso no depende de mí, hermano mio.

—La *Gran Familia* os nombrará.

Angus estaba pálido y tenía los ojos fijos en el suelo.

—¡Magistrado! murmuró; pero los magistrados hacen un juramento.... ¡y mi padre era un santo!....

—¿Queréis que os vuelva vuestra libertad, Mac-Farlane?

—No; seré facineroso y magistrado, hermano mio....

—Mi padre murió y no me verá.

—Pensadlo bien, repuso Fergus como si quisiese quitar a Angus todo pretexto de desdecirse despues; pensad que aceptais una posicion peligrosa y despreciable segun el mundo; estaréis fuera de la ley y seréis órgano de la ley.... y en ambas posiciones decidido y pronto a todo.

Angus pasó la mano por su frente bañada en sudor.

—¿Habeis visto a mis hijas, Fergus? preguntó aturdido; serán hermosas; pero deseo que sean muy puras.... ¡Ana y Clara! ¡mis adorados amores! no sabrán nunca que su padre es un criminal ¿no es verdad?

—¡Es imposible!.... murmuró Fergus, que se puso pálido tambien. Hermano, Oh, hermano!.... Mi destino me arrastra!.... Perdonad si os he incitado!.... Negaos.... negaos....

—Mi destino es seguir el vuestro, dijo estoicamente Mac-Farlane. Vuestro noble corazon me señaló el abismo; si cierro los ojos es por mi propia voluntad.... Contad conmigo, pues estoy pronto a todo.

Fergus bajó la cabeza como si se arrepintiese de su victoria.

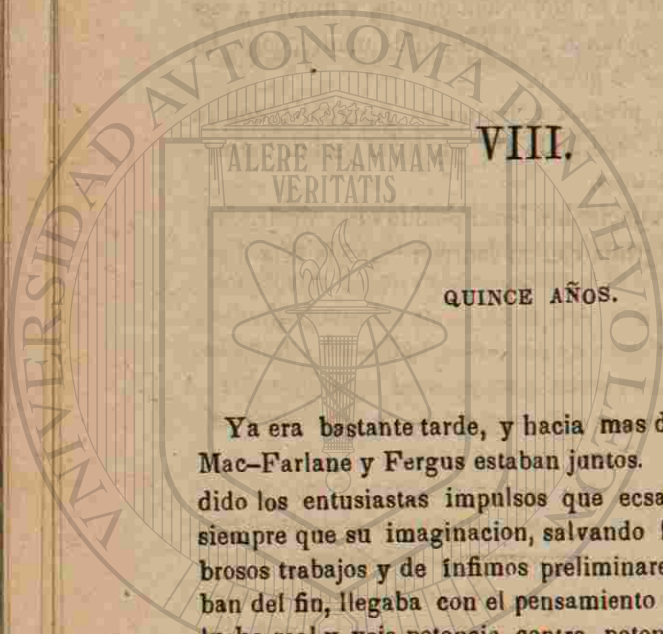
Ana y Clara, en el momento mismo en que su padre firmaba un pacto espantoso, dormian en la cuna comun, y su madre enfermiza y débil las miraba con una sonrisa feliz y melancólica. Su cútis de un blanco diáfano tenía

bajo los párpados un reflejo azulado, señal funesta y en que la consuncion indica con tiempo sus numerosas victorias bajo el rudo cielo escoces.

Ana Mac-Farlane se moria lentamente, y miraba a sus dos ángeles, su esperanza y su orgullo de madre, como se mira el tesoro que se pierde.

Pero como era piadosa y buena, se resignaba con la voluntad de Dios, esperando que sus hijas serian hermosas, virtuosas y felices.

Aquella misma noche hubieran podido oirla decir, confundiendo una lágrima con su sonrisa: "Angus velará sobre ellas...."



## VIII.

QUINCE AÑOS.

Ya era bastante tarde, y hacia más de tres horas que Mac-Farlane y Fergus estaban juntos. Este había perdido los entusiastas impulsos que exaltaban su valor siempre que su imaginación, salvando los años de tenebrosos trabajos y de ínfimos preliminares que le separaban del fin, llegaba con el pensamiento a la época de la lucha real y veía potencia contra potencia; él por una parte, y la Inglaterra por otra. Habíase apoderado de él aquel disgusto amargo y profundo, cuyo penetrante ataque tocaba solo su voluntad sin poderla dominar, cuando consideraba los vergonzosos medios que tenía que emplear.

Y entonces la amargura de su disgusto era mucho más cruel, pues veía de cerca a Angus, a su amigo, a su hermano, lanzado de pronto fuera de la vía común, y en medio de una vida de peligros y de crímenes.

Pero Fergus no se hacía ilusión, y daba a las cosas su verdadero nombre, sin buscar en los eflujos de la con-

ciencia un simulacro de la absolución. Era franco consigo mismo, y prefería gustoso un refugio en su orgullo más bien que hipócritas consideraciones.

Su orgullo le ofrecía el fin por excusa, el fin y la fuerza desproporcionada del enemigo con quien debía combatir:

¿Pero para qué hacer llevar a Angus una parte del fardo fatal?

Así pensaba O'Breane; pero está en la naturaleza del hombre que domina imperiosamente una idea, el avasallar despóticamente al neófito que convirtió a su religión. Por otra parte, Angus tenía también su voluntad, que no por ser sugerida, dejaba de conservar su fuerza; y habiéndose pronunciado, su soberbia de escocés hubiera preferido mil veces la muerte a la vergüenza de una retractación.

Así, ni el uno ni el otro podían volverse atrás.

Si bien Fergus veía apagado su entusiasmo, acostumbrado en aquellos cinco años de trabajos solitarios a tantos otras fluctuaciones, no por eso había perdido un ápice de su obstinada persistencia. Su voluntad dominaba en él siempre, inalterable y fuerte, ora le llevase el ardor de sus concepciones más allá de los límites de la realidad presente, ora cayese abrumado, pero no vencido, de lo alto de sus esperanzas.

Hizo, pues, un esfuerzo sobre sí mismo, y continuó desarrollando delante de Mac-Farlane lo que era indispensable supiese de su plan de acción, y convinieron en que los mismos súbditos de Fergus ignorarían el grado de confianza dispensada a Mac-Farlane.

Sobre las doce se retiró Angus al interior de su quinta, dejando a O'Breane en la sala, donde se le había preparado una cama.

Mac-Farlane tenía el corazón oprimido, y en cuanto se vió lejos de Fergus, su cabeza débil y dominada ya por esas sombrías locuras que los escoceses llaman la "segunda vista" y que pasan por avisos proféticos, se llenó de repente de fúnebres visiones. El imperio que la presencia de Fergus ejerció sobre él, sufrió una especie de reacción misteriosa: vió un porvenir triste, y dominando a O'Breane como un genio nefando, aquel horizonte de desgracias.

Su vida triste hasta entonces se había absorbido en un pensamiento de venganza; mas la venganza es una cosa santa para el campesino escocés, y toda cosa santa, ya sea realidad ó error, lleva consigo valor y apoyo. Pero ahora se le lanzaba de pronto en un declive nuevo, desconocido, y mostrándole en el camino que tenía que tomar, la mentira, el crimen, el oprobio, y le decían "continúa."

Y la boca que pronunciaba esta palabra fatal tenía acentos para los cuales no había resistencia posible. Era una boca amada a la par que soberana, de donde salían palabras que tenían el encanto de la súplica y el poder del mando.

Pero en cuanto Angus se vió fuera del radio donde existía este prestigio, se reveló é irritó. Todas aquellas vastas combinaciones cuyas infinitas circunstancias habían aparecido iluminadas por la persuasiva elocuencia de O'Breane, se oscurecieron de nuevo y mas completamente. No vió mas que tinieblas, y su carácter supersticioso se espantó y horrorizó.

No pensaba, sin embargo, volverse atrás. Semejante a aquellos niños cuyo ardor obstinado se debate contra la evidencia y la razón, sostenido por el orgullo, se conten-

dar taba con curso a su vana cólera y se hubiese indignado contra el que hubiera propuesto romper el pacto hecho contra el mismo Fergus.

Angus era uno de esos hombres débiles que el vulgo mira como fuertes. Su energía indisciplinada no tenía fundamento; su voluntad vacilaba, su valor se parecía al del jabalí atacado en su cubil. Pero su estado ordinario, que era una especie de fiebre sorda y sombría, tenía todas las apariencias de ese fuego misterioso que consume a ciertas almas demasiado aprisionadas en el cuerpo que las contiene.

Era un corazón leal y generoso, y en el fondo de su naturaleza había una alegría rústica que la desgracia comprimía con su enorme peso, con una vaga afición a lo lúgubre y a lo grande, mal endémico de los campesinos de Escocia que no conocen los obesos arrendadores de Inglaterra, mal extraño que produce igualmente en el orden intelectual las patéticas estrofas del sepulcral Young, los desvaríos casi sublimes de Ossian, y las brillantes páginas donde describe sir Walter Scott sus inimitables fantasmagorías, y que engendra en el orden moral epilépticos entusiastas, locos y brujas de lugar.

¿Por qué había elegido Fergus a este hombre, entre todos, para confidente único y privilegiado?

La simpatía.... dispénsenos el lector, no le demos otra razón mejor. Inútilmente hemos examinado, para responder a esta pregunta, del todo metafísica, a Locke y a Bacon, Stewart, Hume y Berkeley, Kant y Leibnitz; abierto con precaución los in octavos ecléticos de Mi Cousin. Ni Locke, ni Bacon, ni Stewart, ni Hume, ni Leibnitz, ni Kant, han escrito una sola línea sobre este asunto. En cuanto al profesor frances....

Mas nuestra calidad de inglés nos obliga a guardar en este punto una escesiva reserva, y nada mas justo que evitar se nos califique de prevención nacional, bien que un diario de Paris a quien su avanzada edad, sus padecimientos, sus desgracias y la dolorosa operacion que le acababan de hacer, dan un carácter arisco, muy excusable en su posición, nos haya dispensado el honor, a lo que dicen, de elevar su trémula voz para anatematizar nuestra obra.

La simpatía, decíamos; pues Fergus queria mucho a Mac-Farlane.

Al salir este del salon, se dirigió hácia su cuarto, pasando ántes, segun su costumbre, por la alcoba donde dormian sus hijas, en donde encontró a Amy Mac-Farlane. Esta se habia dormido apoyada en el borde de la cuna, y el ruido de su respiración oprimida, cubria el aliento igual y tranquilo de las dos niñas, que dormian abrazadas, confundiendo en el hueco de la almohada los rubios rizos de sus cabellos y su angelical sonrisa.

Angus besó a un mismo tiempo a las dos, y en seguida alargó el brazo para despertar a Amy; pero al mirar reparó en el rostro de la jóven, iluminado por la lámpara colocada a su inmediación, que Amy estaba abrasada por la fiebre; una mancha ardiente animaba sus descoloridas mejillas, y el sudor de sus sienes desrizaba sus bucles. Es imposible ignorar en Escocia el fatal agüero de estos síntomas.

El brazo de Angus se detuvo, y un punzante calosfrío le atravesó el corazón.—Tal vez habia observado muchas veces la cara de su muger durante su sueño, oído su jadeante aliento, visto el amenazador matiz de sus juanetes y el frío sudor de sus sienes; y no cabe duda en que

debió experimentar un movimiento de temor y de tristeza. Pero aquella noche fué de espanto y de desesperacion.

El infeliz volvió su mirada macilenta hácia las niñas que dormian, y su pecho ecshaló un sordo gemido.

Luego sintió un síntoma extraño que tomó por locura, y que no era mas que un arranque de furioso odio contra Fergus O'Breane.

—¡Yo no podia comprometerme! murmuró; yo no me pertenezco.... Amy me dirá al morir.... porque de fijo la pierdo.... Amy, mi pobre muger, me dirá: yo te las fio, no tienen mas que a tí: tú serás su padre y su madre.... ¿y qué podré yo responderla? ¡Pues nunca se miente a los moribundos!

Al concluir llevó sus dos manos a su frente y dió un paso para lanzarse a la sala, donde habia dejado a Fergus; pero se detuvo.

—Mi hermano me ha manifestado el peligro, repuso, nada me ha ocultado, y si me comprometí con él fué voluntariamente.... Amy no morirá.... Aun tengo tiempo.... un hombre no retira jamas su palabra.

Entre tanto, Fergus, que habia quedado solo en la sala se habia entregado a sus reflexiones habituales, hasta que rendido por el cansancio del viage le sorprendió el sueño en medio de su meditacion.

Su sueño fué tan profundo, que no cedió al ruido que hizo la puerta exterior, cerrada solo con el picaporte, segun las viejas usanzas escocesas, volviendo sobre sus enormes goznes enmohecidos.

La noche se terminaba ya cuando el hombre que entró yerto de frío, comenzó por beber una vez el resto de la botella de vino de Francia, principiada por Angus, encendiendo despues el fuego apagado y colocándose al lado de la chimenea.

Al despertar Fergus ya habia amanecido, y por lo tanto pudo ver cerca del fuego a Randal Grahame fumando tranquilo un cigarro llegado de Cuba en línea directa.

—¿Pues qué! ¿os ha negado la hospitalidad Mac-Nab? preguntó Fergus admirado.

—Mac-Nab es un abogado prudente, respondió Grahame; yo le supongo muy capaz de negar todo lo que se ve obligado a conceder. Pero nada ha podido negarme, O'Breane, cuando nada le he pedido.

—Yo creí que os proponiais....

—Sí, sí.... rezar en el cuarto del difunto Grahame; Randal se descubrió; cosa justa que ya he hecho.... Pero para eso no tenia necesidad del permiso de Mac-Nab; yo puedo entrar en la casa de mi padre sin hacerlo por la puerta ni por la ventana, O'Breane.... Mi memoria es excelente, y aunque pase diez años en la montaña antes de comparecer ante el tribunal de Glasgow, lo cual hace quince desde que salí de mi casa, he encontrado fácilmente mi camino.

—Tanto mejor, dijo Fergus, pues así puedo esperar encontréis tambien el subterráneo.

—Sin duda alguna, interrumpió Randal; con una pedrada he matado dos pájaros, O'Breane, y en lugar de tomar a campo traviesas, he abreviado mi camino pasando por el subterráneo de Santa María.

—¿Y qué habeis visto? preguntó Fergus con viveza.

—¡Ah, mi comandante! exclamó Randal, no parece sino que el diablo nos prepara las vias.... ¡De todo hay allí! hermosas salas abovedadas para nuestros obreros, un dormitorio a cincuenta piés bajo de tierra, y hasta un riachuelo, el torrente de Blackflood, para dar a la rueda de un batán. A fé mía que tenemos medio fabricados

nuestros billetes de banco, y apostaria que recorreriamos la Escocia entera, la Inglaterra y la Irlanda, antes de encontrar un parage semejante.

—¿Y las entradas? dijo Fergus.

—Ese es otro punto, respondió Randal meneando la cabeza; pero mas valia que os hubiese contado desde el principio de mi viage. En cuanto os dejé fui a la cabaña de un antiguo compañero de mi padre, Evan de Leed, cuyo hijo Duncan era criado de Mac-Farlane, cuando Mac-Farlane tenia criados.... pues dicen que Angus es tan pobre como Job.... Duncan me dió un vaso de cerveza sin conocerme; yo tomé, sin pedirle permiso, una linterna y unos avios de encender. Como el parque y el palacio Cræwe están casi enteramente arruinados, y puede entrarse como en su casa, me ví en el salon principal sin encontrar una puerta cerrada. Será preciso reedificarlo; con diez mil ó quince mil libras esterlinas me parece que bastará. En el salon no tardé en encontrar el resorte de la puerta oculta que da a la escalera de los subterráneos; pero tardé, y mucho, en moverlo: estoy seguro que hace quince años que nadie ha tomado ese camino para venir a nuestra casa.... En cuanto cedió, encendí mi linterna y bajé.... Relativamente a las galerías subterráneas, ya os he dicho que cabe en ellas un ejército, y podemos fabricar hasta el papel de nuestros billetes de banco.... Pero hace tanto frio, interrumpió Randal acercándose al fuego por un movimiento involuntario; un frio horroroso.... Una vez en el subterráneo, mis recuerdos avivados por el ruido lejano del torrente de Blackflood, me llevaron a la escalera que conduce a la casa de Randal.

Por esta parte no está tan bien guardado nuestro secreto

O'Breane, pues la pared que ocultaba la entrada se habia caido, lo que me evitó el trabajo de hacerla girar sobre su macizo eje.

Al abrir una puerta, me encontré en el cuarto en donde queria rezar por el alma de mi difunto.

Pero el cuarto estaba habitado por Mac-Nab, que dormia en la misma cama del difunto; y cerca de él habia una cuna donde reposaba un niño. ¡Un hermoso niño, a fé mia! fresco comò una rosa, y al parecer travieso.... Pero probabem ente será abogado, médico ó procurador: ¡los hombres de bien abrazan oficios miserables!.... eso no nos importa.

Lo esencial es que, segun todas las probabilidades, conoce Mac-Nab el subterráneo....

—¿No podría alejarse? dijo Fergus.

—Otro proyecto tuve.... y como llevaba mi cuchillo.. Pero habia visto tantas veces a mi difunto padre dormido en aquella cama.... Además, yo habia ido a rezar, y me puse de rodillas.

Por otra parte, yo no creo que Mac-Nab tenga la costumbre de pasearse en los subterráneos; y si le diese por espionarnos, tenemos el torrente de Blockflood que, haciendo maniobrar nuestra rueda, nos quitará de encima sin ruido un testigo demasiado curioso....

—Ved otro medio Grahame, replicó Fergus: Mac-Nab es hermano de un hombre a quien quiero.

—Ya verè.... vamos al castillo.... Es indudable que el mejor dia agrada a su situacion pintoresca a algun lord amante de las historias del autor de Waverley, y lo comprará.... por mi parte me es imposible ser propietario en un un pais donde puedo ser reconocido fácilmente. Sería, pues, preciso encontrar un hombre....

—Ya le tenemos, respondió O'Breane.

—¡Ah!.... dijo Randal sonriéndose; segun eso, habeis trabajado tambien esta noche....

Un mes despues de esta conversacion, comprò Angus Mac-Farlane el palacio de Crewe y sus dependencias, con gran sorpresa de toda la comarca.

Parece que esta adquisicion no agotó todos sus recursos, pues hizo en él considerables mejoras para fijar el domicilio de su familia, dejando la quinta de Leed a su antiguo criado Duncan.

¿De dónde le venia aquella repentina opulencia? De todos modos no habia llevado consigo la felicidad a su casa, y Angus, a quien los aldeanos de las inmediaciones se acostumbraron a llamar "el laird" estaba cada vez mas sombrío y taciturno, rompiendo enteramente con su hermano Mac-Nab.

El lector sabe ahora, sin que tengamos necesidad de entrar en nuevas esplicaciones, quiénes eran aquellos falsos frailes que se reunieron para una orgía en los subterráneos de Santa María de Crewe, en la noche en que fué arrebatada la infeliz Harriet Perceval; tambien sabe de dónde recibia el cajero de la casa cuadrada, en la esquina de Cornhill, en Finch-Lane, aquella profusion de billetes de banco que arrastró a Tom Turnbull y a sus compañeros a dar un asalto a la oficina del apacible Smith.

Los subterráneos de Santa María se volvieron en efecto una fábrica de billetes de banco falsos, y al mismo tiempo un punto de reunion y de asilo a los miembros mas considerables de la *Familia*, a los cuales les obligaban las circunstancias a espatriarse de Londres. Era como el *Purgatorio* de los lores de la noche.

Mas este cambio no fué súbito, y fué menester muchos

años para efectuarlo, durante los cuales solo Randal tuvo relaciones con la *Familia* de Londres; pues Fergus no queria presentarse, sino entrar dominando aquel misterioso poder. No queria entrar en negociaciones sin ser gran señor, porque su humilde nombre de O'Breane le parecia un obstáculo para sus proyectos de dictadura, en atencion a que habia en la asociacion grandes personajes, segun el mundo, magistrados, oficiales del ejército británico, y hasta lores.

Así, mientras no tuvo, como veremos, un nombre noble y un título sonoro, no quiso entrar en comunicacion directa con la *Familia*.

Entre los lores de la noche, solo el joven doctor Moore, que comenzaba a edificar su reputacion de gran médico, al mismo tiempo que penetraba en las tenebrosas maquinaciones de la *Familia*, solo él, decimos, hubiera podido conocerle. Pero como habia visto a Fergus enfermo y con el uniforme de los deportados a bordo del ponton el *Cumberland*, sus recuerdos en este punto no podian ser muy precisos.

El nombre de O'Breane pasó por un apodo; y Fergus tomó rápidamente tal influencia sobre los principales gefes de la asociacion, que fué elegido por gefe supremo.

Angus Mac-Farlane era a la sazón juez de paz del condado, de modo que los subterráneos de Santa María estaban bien guardados.

La vida de Fergus fué sumamente activa por espacio de algunos años. Ya le trasportaba uno de sus navíos a una corte estrangera, donde seguia pacientemente el hilo de sus negociaciones y tejia una parte de la trama donde debia caer la Inglaterra; ya aparecia súbitamente en Es-

cocia, donde el terror público le atribuia escesos extraordinarios bajo el nombre de Fergus el Rojo. Pero el terror público se engañaba, pues Fergus se ocupaba en otra cosa que en batirse en las carreteras, y era injusto cargarle las acciones de sus súbditos, entre los cuales figuraba Randal Grahame, el antiguo bandido que contribuyó sobremanera a aumentar la nombradía de O'Breane.

El primer viage de Fergus le llevó al Brasil: era sobre el año de 1820, y S. M. el emperador estaba a punto de marchar. Fergus habia entablado mucho tiempo antes en aquella corte, bajo un nombre comercialmente respetable, muchas y buenas relaciones, entre las cuales citaremos las de la archiduquesa de Austria Leopoldina, emperatriz del Brasil. Teniendo Fergus la ciencia infusa de los nobles modales, y estando admitidas las relaciones entre los comerciantes ingleses y los príncipes, la emperatriz le cubrió con su augusta proteccion, y las malas lenguas de la corte dijeron mas de una vez, que Fergus era el mozo mas cabal que se habia visto en el Brasil.

Esto tal vez, y los servicios que hizo a Juan II, impelieron a este rey a elevarle por una rápida sucesion de favores, al mas alto rango de la nobleza.

En 1822, un año despues de la restanracion de la casa de Bagranza, Fergus O'Breane, el huérfano de San Gil, era grande de Portugal, de primera clase, con la gran cruz de la Orden de Cristo y marques de Rio Santo en Peraiba.

Fergus habia tomado por orden real el nombre y títulos de una antigua familia, los Alarcon de Coimbra.

De modo que, cuando vimos anunciar en los suntuosos salones de West-End, a D. José María Tello de Alarcon, marques de Rio Santo, hicimos mal si tomamos esta nombre por el de un aventurero vulgar, ennoblecido

por la gracia de su fraude y pavoneándose con un título sustraído, pues era el de un gran señor de legítima fabricación, un marques por real orden, un alto personaje, en cuyo pecho brillaban bien adquiridas y merecidas, las cruces europeas mas envidiables y ménos prodigadas.

Desde Portugal volvió a Escocia, y por aquel tiempo tuvo lugar el asesinato de Mac-Nab.

Mac-Nab habia puesto en juego toda la influencia de hombre de bien y de cuñado, para iniciarse en el secreto de Angus Mac-Farlane y sacarle de una vía que suponía peligrosa y desleal; mas Angus no habia cedido.

A la vuelta de algunos años, y justamente durante la residencia en Escocia del nuevo marques de Rio Santo, Mac-Nab descubrió por casualidad una parte de los misterios del subterráneo de Santa María, y advirtiéndole de todo a Angus, quien se negó a obrar, y encerrándose en el silencio; dijo solamente a Mac-Nab: ¡Andad con cuidado!

Mac-Nab, hombre de carácter, escribió a las autoridades inmediatas.

La noche siguiente, Fergus O'Breane, en persona, entró en el cuarto de Mac-Nab, escoltado por Bob Lantern, que era uno de los obreros de Randal.

Ya sabemos el camino por donde llegaron ambos a la cama del padre de Estevan, habiéndoles seguido algunos hombres de la *Familia*, que restauraron la pared caída; sujetando las funestas abrazaderas de hierro que servían de cerradura a aquella puerta gigantesca.

Ademas, los recuerdos de Estevan eran bastante precisos para que no nos dispensemos el contar por segunda vez aquel acontecimiento. Mas una consideracion sumamente natural le movia a cambiar las circunstancias del homicidio, que no fué un asesinato, sino un verdadero desafio, si puede llamarse así una lucha en la cual uno

de los dos adversarios se ve obligado a defenderse sin tener la facultad de negarse al combate.

Prescindiendo de la última denuncia de Mac-Nab, habia mas de un motivo de desafio entre él y Fergus. No es nuestro objeto disculpar a este; ¿mas no habia introducido Mac-Nab a Godfrey de Lancaster en casa de Mac-Farlane? ¿No era Mac-Nab la principal causa, aunque indirecta, de la deportacion de Fergus y del malhadado casamiento de la pobre María?

Estaba tan convencido Mac-Nab de estos agravios, que se creyó perdido en cuanto vió a Fergus O'Breane, y no aceptó el combate sino a la desesperada; verdad es que tenia una ventaja en las armas, por ser proverbialmente hábiles los escoceses en manejar el puñal.

Al primer choque cayó, segun ha dicho Estevan; mas habiéndole dado O'Breane tiempo de levantarse, hubo un segundo, en el que tambien fué a tierra. Sin embargo, se puso en guardia de nuevo, sin recibir herida alguna.

Solo al tercer asalto recibió el golpe mortal.

Este homicidio y la muerte de Amy Mac-Farlane acaecida poco tiempo despues, agravaron el humor sombrío del laird, arrojándole en un estado cercano de la demencia. Sus supersticiosas ideas tomaron un imperio absoluto sobre él; recreóse en los lúgubres éstasis de la segunda vista, y sintió aumentarse en él un deseo irreflexivo de venganza contra O'Breane, asesino de su hermano; contra O'Breane a quien llamaba el verdugo de su muger.

Pues la infeliz María habia sido muy desdichada en los últimos años de su vida. Su penetracion de muger habia visto al momento abrumada la conciencia de su marido con un terrible secreto, y habia adivinado luego lo bastante para temblar y gemir amargamente por el porvenir,



reservado a sus hijas que crecían, cada vez más preciosas cerca de su lecho de dolor.

Sí, Angus acusaba a O'Breane por aquellas inquietudes supremas de la pobre madre.

Pero no le acusaba sino cuando estaba solo y sobrado lejos para experimentar aquel imperio absoluto que sobre él ejercía Fergus, desapareciendo en cuanto le veía, su odio que se reprochaba como una traición. En él había una lucha extraña y permanente, entre un fogoso instinto de venganza y una ternura sin límites, en la cual había mucha admiración y respeto.

Entre tanto proseguía Fergus su obra con ardor, y Rusia, Austria, España y Francia le vieron pasar alternativamente ocupado en un solo pensamiento, que ocultaba bajo el brillante manto de D. Juan. Las mugeres le admiraban como a un Dios, y se habían dormido a sus pies tantas veces, que nadie hubiera podido creer que existiese en aquel hombre un pensamiento elevado, paciente, implacable, en aquella frente coronada de besos, como se coronaba de rosas en el lecho de los festines, la frente perfumada de los sacerdotes de la antigua molición.

Pasando el mar otras veces para recorrer los campos de Irlanda, se irritaba su corazón a la vista de las increíbles miserias de aquella desventurada comarca, y no podía menos de predicar la cruzada, ya por sí mismo, ó ya por sus agentes. Daniel O'Connell le escuchaba un día y admiraba sus elevadas miras, si bien reprobaba por la naturaleza misma de su genio paciente, más bien que audaz, y apasionado de las luchas legales, posibles por las tinieblas de la legislación inglesa; si bien reprobaba, decimos, la forma facciosa de su pensamiento en el fondo del cual veía con espanto una guerra civil.

A la vuelta de quince años que duraron estos trabajos diversos y de todos los días, la brecha estaba accesible y podía darse el asalto. Los establecimientos de la India, minados poco a poco, vacilaban sobre su zapada base; la China cortaba la cabeza a los traficantes de ópio; los dos Canadá se sublevaban continuamente y obedecían a la señal de Papineau; el Cabo temblaba al ver las amenazas de los partidarios holandeses que estaban con las armas en la mano; las Antillas sufrían y volvían sus miradas hacia la Francia; finalmente, el Sindhey daba su grito de guerra, al cual debía responder el grito de muerte de doce mil soldados ingleses.

Los Estados-Unidos, por otra parte, hablaban alto, y presentaban en los pliegues de su vestido republicano, la paz ó la guerra con provocadora indiferencia.

También la Europa,—salvo la Francia, por razones que callamos,—amenazaba, se quejaba y pedía se examinase de nuevo los tratados maquiavélicos que ofrecen todos los mercados del mundo, sin compensación, a las superabundantes producciones de la industria inglesa.

Además, había una espantosa tormenta en Irlanda, y el país de Gales se negaba a pagar el impuesto, preludivando así la extraña guerra que hicieron más tarde al fisco las *hijas de Rebeca*; constituyóse el cartismo, esa raza terrible, y hasta en las mismas puertas de Londres lanzaba en numerosos meetings el pueblo irritado de tejedores de seda de Spital Fields, rencorosos gritos contra la Inglaterra.

Habiendo, pues, llegado el instante de caer sobre el coloso, Fergus se dirigió a Londres, y en cuanto entró en la capital del imperio británico, todo fué regocijo para recibirle bien. Con solo presentarse, se captó todos los co-

razones, todas las admiraciones, fué el idolo de la gigantesca ciudad.

¿Mas no nos pinta el viejo Homero, en su divina sabiduría, a todos los vasallos de Priamo prosternados en torno del caballo de madera que encerraba la ruina de Ilion?



DIRECCIÓN GENERAL DE

## IX.

## LA FANTASMA.

Sabiendo ya quién era el marques de Río Santo, lo que había hecho y con qué recursos contaba para luchar solo contra la Inglaterra, podemos indicar la parte insensata ó prudente de su proyecto. En cuanto a nosotros, creemos que es enteramente superfluo emitir nuestra opinión.

Réstanos solo decir ántes de volver a continuar el hilo de los acontecimientos, que Mac-Farlane y Fergus hicieron cuantos esfuerzos son imaginables, para hallar en Londres a la condesa de White-Manor y a su hija, esfuerzos que fueron enteramente inútiles, pues ni era fácil hallarla, ni daba nunca noticias suyas; pero, mientras que esperando constantemente un feliz resultado, continuaban ambos con actividad sus diligencias; y como dos años ántes de la época en que comienza nuestro drama, María volvió sola a Escocia.

Muerta su hija, nada le movia a vivir en Londres.

Angus le hizo mil preguntas; pero la infeliz cambiadí-

razones, todas las admiraciones, fué el idolo de la gigantesca ciudad.

¿Mas no nos pinta el viejo Homero, en su divina sabiduría, a todos los vasallos de Priamo prosternados en torno del caballo de madera que encerraba la ruina de Ilión?



DIRECCIÓN GENERAL DE

## IX.

## LA FANTASMA.

Sabiendo ya quién era el marques de Río Santo, lo que había hecho y con qué recursos contaba para luchar solo contra la Inglaterra, podemos indicar la parte insensata ó prudente de su proyecto. En cuanto a nosotros, creemos que es enteramente superfluo emitir nuestra opinión.

Réstanos solo decir ántes de volver a continuar el hilo de los acontecimientos, que Mac-Farlane y Fergus hicieron cuantos esfuerzos son imaginables, para hallar en Londres a la condesa de White-Manor y a su hija, esfuerzos que fueron enteramente inútiles, pues ni era fácil hallarla, ni daba nunca noticias suyas; pero, mientras que esperando constantemente un feliz resultado, continuaban ambos con actividad sus diligencias; y como dos años ántes de la época en que comienza nuestro drama, María volvió sola a Escocia.

Muerta su hija, nada le movía a vivir en Londres.

Angus le hizo mil preguntas; pero la infeliz cambiadí-

sima corporal y espiritualmente, no respondió mas que estas palabras:

—¡Mi hija ha muerto!

En cuanto al hombre que la había recogido y mantenido, nunca quiso decir nada; y al preguntarle Mac-Farlane por qué se había confiado a un hombre que no conocía.

—Porque me dejaba mi secreto, replicó; y su reserva generosa era la seguridad de mi hija.... pero la desdichada ha muerto.... ¡ha catorce años! ¡Su carcelero me lo ha dicho!

—¿Quién sabe si no os ha engañado? dijo Fergus.

—¡El carcelero!... ¡hombre cruel es y no conoce la piedad! Pero no hay un hombre bastante cruel para decir a una madre: tu hija ha muerto, cuando no es verdad.

María no quiso ver a nadie, y mucho menos a Fergus, confinándose en una pieza separada del palacio de Crewe para poder llorar y rezar a su gusto.

Cuando caía Mac-Farlane en los accesos de su mal, su hermana María le cuidaba con placer y dulzura, siendo la única que podía dominarle en aquellos momentos funestos, pues Mac-Farlane la quiso siempre en extremo.

Todo el mundo ignoraba la llegada de María al castillo de Crewe, por no haber vuelto a salir desde la noche en que entró, despues de anocheecer, a no ser para dar un paseo solitario, hacia las ruinas desiertas de Santa María. Era raro que fuesen los aldeanos de las inmediaciones a aquel sitio, que infestaba, según ellos, el recuerdo de los frailes papistas; y si alguno hubiese visto la forma blanca de la condesa errante entre las ruinas, la hubiera tomado por una aparición maldita, y al punto hubiera desapatecido, estropeando una fórmula de escorcismo bíblico.

Por lo que respecta a los otros personajes, es del todo excusado analizar los hechos de su vida pasada. Hay uno, sin embargo, que merecería una mención especial, y creemos que el lector se alegraría de saber la sucesión de acontecimientos romancescos por la cual había pasado Paddy O'Chrane, de simple marinero a patron de la corbeta el *Areng* fletada por Gween and Gween de Carlisle. En esta historia sumamente curiosa y llena de particularidades nuevas y de lecciones psicológicas, encontraría el lector juramentos a porfía y una colección de blasfemias enteramente inconcebibles; pero causas mayores, y que será un misterio hasta la conmemoración de los siglos, nos obligan a no hacer uso de los inmensos materiales que con tanto trabajo hemos reunido, y que nos hubiesen permitido hacer,—mejor que nadie en el mundo,—la biografía completa y verídica del buen capitán.

Dicho esto volvemos a nuestro relato, para evitar toda reconvencción.

Mientras que tenía lugar la entrevista de Brian de Lancaster con su hermano mayor, el lord de White-Mannor, Francisco Perceval y Estevan Mac-Nab estaban en casa de la madre de este último, en la casa de Cornhill, y sus semblantes manifestaban la tristeza y el abatimiento. Había sucedido un resultado tan deplorable al primer acto de hostilidad que contra Rio Santo intentaron, que su valor decayó completamente. Desde entonces, según sabemos, María Trevor, víctima de una horrible enfermedad, tenía un pié en la tumba.

Todos los días llamaba Francisco a la puerta de lady Stewart, y todos los días venía Diana desconsolada a decirle que la pobre María estaba petrificada, y le repetía su lúgubre presagio de muerte.

La enfermedad de María, horrorosa en sí misma, ponía

a Rio Santo al abrigo de toda clase de ataque. En cuanto a Francisco Perceval, ligado como lo estaba por el juramento prestado a lady Ofelia, no podía moverse sin María, y ésta no podía de modo alguno oírle.

Estevan no había prestado juramento, es verdad; pero su impotencia no era ménos real por eso. ¿A qué magistrados podía dirigirse? ¿Cómo acusar al marques de haber robado a Ana y a Clara? ¿Quién acogería esta declaración sin pruebas? ¿Quién creería este hecho, del cual dudaba el mismo Mac-Nab?

Sin embargo, era menester salir de aquella posición desastrosa. Decimos desastrosa, por los ningunos resultados de las diligencias practicadas para saber el paradero de las dos niñas; porque Donor d'Arddagh, el pobre irlandés, no sabía ya qué hacer; por último, porque según todas las probabilidades nada podía esperarse.

Estevan había ido muchas veces a Belgrave-Square, sin decir nada a Perceval, con objeto de avistarse con el marques de Rio Santo, y decidido a emplear todos los medios para arrancarle una explicación. Pero también aquí estaba el camino obstruido desde el primer paso; pues la puerta de Irish-House no se abría nunca, y Rio Santo velaba noche y día a Angus Mac Farlane.

Ambos amigos estaban sentados cara a cara, cerca de la mesa de labor de Estevan. La habitación, amueblada con simplicidad, presentaba el aspecto severo y un tanto repugnante de los cuartos de los prácticos de Londres. Estos señores, en efecto, ostentan en sus casas un lujo de restos humanos llenos de atractivos sin duda para las miradas científicas; pero que hiere sobremanera la vista de los simples mortales.

Encima del bufete había dos esqueletos pequeños de

cera, de hombre y de muger, esponiendo la horrorosa espiral de su tronco, su cráneo con todas sus partes, y guardando, según la moda, una posición académica de un efecto admirable. Sobre la chimenea, en vasos de cristal llenos de espíritu de vino, nadaban dos embriones, mirándose uno a otro sin manifestarse muy orgullosos por los esplendores de sus féretros. A derecha é izquierda, por todas partes se veían piezas anatómicas suspendidas a las paredes. Aquí había un brazo, allá una columna vertebral, mas allá una tibia, cerca de esta un par de rótulas. Encima del espejo que adornaba la chimenea, enseñaba una quijada irlandesa sus dientes largos y blancos que parecían estar hambrientos.

Estevan era un médico modesto, y así no había en su habitación lo que de ordinario embellece las de los *physicians* a la moda, cosa que se explica fácilmente: nuestras damas son locas por la anatomía, y no ahorrando todos los días, es menester distraer de algún modo.

La conversación de Francisco y Estevan era triste y había largos intervalos de silencio. Ambos se amaban, y su afecto a toda prueba llevaba consigo una afición mútua; pero el desaliento arrastra en pos de sí una especie de marasmo en cuyo fondo está la apatía, la apatía es el egoísmo. Al paso que los dos amigos querían compartir la pena, hablaban cada cual por sí, y soltaban en su conmoción palabras incoherentes.

—He escrito a Lochmaben, decía Estevan; aunque bien pensado es locura esperar, Francisco.

—Espantosa desgracia, Mac-Nab, respondió Francisco; ¿cómo preverla!

—¡Y siquiera un indicio!... ¡Nada, nada!... ni un movimiento... apenas un soplo.

Francisco pensaba en cuerpo y alma en Miss Trevor,

miéntras que Estevan hablaba de Clara, de modo que no podían entenderse.

Pero había momentos en que se entendían, manifestándose todo el ardor de su amistad de infancia en cuanto el nombre detestado de Rio Santo, pronunciado por casualidad, ponía coto a su somnolencia. Cruzábanse sus manos, volvíanse ellos mismos, y ambos participaban de sus mútuos pesares.

La péndola señalaba las nueve ménos un cuarto. En un intervalo de silencio, subió del entresuelo un ruido débil, y Francisco creyó oír su nombre.

—Me parece que es la voz de Santiago, dijo.

Estevan se despertó sobresaltado y aplicó el oído.

—La voz de Santiago es, respondió. ¡Ojalá os traiga buenas noticias, Francisco!

Al hablar así, corrió a la escalera, de donde mandó al antiguo criado que subiera corriendo.

—¡Bien! ¡bien! señor, dijo desde abajo la voz agridulce de Betty, criada de mistres Mac-Nab; el señor Estevan me había prohibido que dejase subir a nadie; pero puesto que ya no es el amo en casa de su madre, hágase lo que queráis... Subid, Santiago, si os lo permiten vuestras piernas. Id a hablar a ese caballero, que no parece sino que está en su casa.

Santiago subió al momento.

—¿Qué hay de nuevo? exclamó Perceval con viveza.

—Dos cartas, señor, respondió el anciano sin aliento.

Francisco tendió la mano con ansiedad, y Santiago, que por lo mismo que se apresuraba, tardaba mas en inspeccionar la profundidad de sus bolsillos, sacó por fin las dos misivas, que le arrancó su amo de las manos.

Francisco abrió una y volvió al cuarto de Estevan, a donde quiso seguirle Santiago; pero apenas vislumbró los

esqueletos imitados y verdaderos que adornaban aquel recinto científico, dió algunos pasos hácia atrás y quedó como aterrado en un rincón de la antesala; Francisco recorrió rápidamente las seis ú ocho líneas que encerraba la primera carta, sin que disminuyese su emoción.

—¿Y luego, Santiago? ¿luego? dijo.

Habiéndose cerrado la puerta por sí misma, merced al un sistema de peso muy general en Londres, y nada dispuesto a abrirla Santiago, muerto de pavor en su rincón, estas palabras no obtuvieron respuesta alguna. Podemos, sin embargo, asegurar que Santiago a pesar de su calvicie, se hubiera medido con valor a puñadas contra un hombre; mas entonces se trataba de esqueletos, y el infeliz tenía miedo por dos razones.

Primeramente, porque la devoción protestante odia la anatomía, que los ministros ignorantes y santurriones miran como un sacrilegio y luego porque Santiago era escoces, y como tal, propenso a dejarse llevar de todos los pavores irreflexivos de la superstición. Aquellos esqueletos tenían para él algo de hechicería, y Mac-Nab tomaba súbitamente a sus ojos las proporciones de un negociante.

Un incidente puso el colmo a su espanto miéntras estaba allí temblando y escandalizado. Una cosa horrorosa y siniestra, que se parecía a un ser humano, pasó cerca de él estertorando sordamente.

Era un cuerpo largo, flaco, remontado de una cabeza erizada.

Dan inmediato a él pasó, que creyó sentir en su cara el aire de un aliento ardiente, un aire diabólico, sin género de duda, que no podía haber sido echado sino por una fantasma salida del infierno.

Santiago no tuvo valor para gritar; en cuanto a la fan-

tasma desapareció al instante por la puerta del cuarto que habían habitado las dos Misess Mac-Farlane.

—¡Santiago! ¡Santiago! gritaba en el interior Francisco con impaciencia.

Indeciso este entre la necesidad de pronunciar la fórmula del escorcismo y la de responder a su amo, no hizo ni lo uno ni lo otro.

—¿Dónde estais, Santiago? gritó de nuevo Perceval, abriendo la puerta.

La luz de las lámparas del cuarto de Estevan iluminó la antesala y fué a caer a plomo sobre la pálida cara del viejo escoces, que Perceval, demasiado preocupado para reparar en su lividez, cogió por el brazo y llevó bruscamente hácia él. Viéndose el infeliz criado en medio de los terribles objetos que habían causado su primer espanto, cubrió sus ojos con las manos, mientras que sus dientes rechinaban como unas castañetas.

—¡Vamos! le dijo Francisco.... ¿qué tienes que decirme?

—¡Oh! murmuró este temblando, ¡es el demonio, señor! Francisco, colérico, dió una patada en el suelo; mas Santiago por la primera vez de su vida, no hizo caso del enojo de su amo, y comenzó a dar vueltas a fin de colocarse de modo que sus miradas no encontrasen los huesos limpios de una preparacion anatómica.

Tan difícil era esto, que Santiago hubiera dado vueltas largo tiempo, sin llegar a la solucion del problema, si Perceval no le hubiera cogido otra vez del brazo, obligándole a permanecer y preguntarle:

—¿A quién has visto?

—¡Oh! señor y tanto como he visto....

—¿Qué te han dicho?

—Os juro que no me ha hablado, señor, respondió Santiago pensando en el fantasma. Si tal hubiera hecho, caigo muerto en el acto.

Sin embargo, su carta es positiva, exclamó Francisco, que todo entero en una idea fija, no veía mas que una negativa pura y simple en esta respuesta. Y volviendo a abrir la carta con viveza, leyó en alta voz:

“Estimado primo:

“No pudiendo separarme un solo instante de la cabecera de la cama de nuestra querida enferma, no tengo tiempo para decirs sobre qué fundo el vislumbre de esperanza que acabamos de concebir. No obstante, deseo que os regocijeis por lo que miramos como una alegría, en comparacion de nuestro mortal desaliento, y encargo al portador....”

—¡Ah! señor, perdonadme, respondió Santiago, un tanto tranquilizado por la constante inmovilidad de los esqueletos; ahora recuerdo que hablais de Lucía, la doncella de miss Diana Stewart.... creia....

Santiago se detuvo y aplicó el oido, por figurarse oír del otro lado de la puerta un ruido extraño semejante a un sordo gemido.

—¡Escuchad! ¡escuchad! murmuró; ¡si llegase a venir!

—¡Este hombre está ébrio! dijo Mac-Nab con impaciencia.

Santiago volvió hácia el jóven médico su hermoso y encendido rostro en donde se leía, entre los síntomas de un irresistible espanto, la indignacion escitada por el dicho que acababa de oír.

—Fergus, yo no estoy ébrio, dijo; pero esta casa no conviene a un cristiano.... y yo no soy un santo, señor, para hallarme escento del miedo del demonio.

Francisco y Estevan se miraron.

—Alguna cosa extraordinaria le ha sucedido, repuso este último.

—Santiago, hombre, dijo Perceval con tono suplicante, ¡serenos, por Dios!... ¡Si supiéseis lo que me hace sufrir vuestra lentitud!

—¡Oh! Perceval, ¡oh! señor, exclamó; tened piedad de mí. Yo trataré....

—¡Mas qué cuidado se me da a mí del demonio! añadió dejando su aire contrito para lanzar a los esqueletos una mirada provocadora; ¿qué cobardía es la mía?... Escuchad.... La doncella de miss Stewart deseaba ver a su señoría.... y me ha dicho al darme la carta, que la señorita había hecho un movimiento.

—¡Un movimiento! exclamó Estevan.

Francisco se detuvo con un gesto.

—¡Un movimiento, repitió Santiago; pero tan pequeño, que miss Stewart no sabe si ha visto bien.... Lo cierto es que.... ¡Dios nos ampare! interrumpióse aquí el viejo criado cayendo en una silla; el demonio está detrás de la puerta.

Un segundo gemido mas terrible y lúgubre, que tambien oyeron ambos amigos, acababa de llegar a los oídos de Santiago.

Estevan se levantó; pero en seguida volvió a reinar el mas profundo silencio.

—¡Qué mas! ¡qué mas! dijo Perceval.

—¿No habeis oído, murmuró Santiago, cuyos miembros todos temblaban; ¿es la voz de un hombre?

—¡Qué mas! ¡qué mas! te digo ¡desgraciado! exclamó Francisco, ¡habla!

Santiago apretó convulsivamente su frente calva entre sus manos para traer a la memoria sus ideas, y repuso con trabajo:

—¡Ah! ya me acuerdo, señor.... Los ojos de la señorita han cambiado de direccion.... ¡Dios nos ampare!... cuando se ve lo que yo he visto esta noche, ¿es cosa de morirsel! Perdonadme, señor.... Como el médico de miss Trevor estaba ausente, fueron a buscar otro, y este ha dicho que una crisis....

Santiago no acabó y doblóse con la cara hacia el suelo, pues el grito doloroso y salvaje acababa de resonar en la direccion de la escalera.

Francisco se encolerizó, pues en aquel momento solo podia impresionarle la nueva pausa de las esplicaciones de Santiago.

Estevan mas sorprendido de lo que pudiéramos decir, abrió la puerta de su cuarto, y oyó como un ruido de sollozos en el cuarto de Ana y Clara.

Luego una voz llena de lágrimas, una voz de hombre baja, ahogada, comenzó a cantar con un acento de profundo dolor, una balada familiar a los oídos escoceses del joven médico.

Decia así:

El laird de Killarwan

Tenia dos hijas:

Nunca las vió un amante

Mas peregrinas

En Glen-Girvan.

Mucho debió sorprender al viejo Santiago que el demonio supiese la cancion del laird de Killarwan y que la cantase en escoces castizo. Mas no tuvo tiempo para pensar en su sorpresa, pues habiéndose precipitado Francisco y Estevan hacia afuera, quedó solo en el cuarto, donde no habia mas luz que la de la chimenea.



Horroroso momento fué aquel para el infeliz, que permaneció de rodillas, y en la misma posición en que le había arrojado aquel grito formidable que dieron en la otra habitación. Quiso seguir a los dos amigos, pero era cosa que no podía ménos de helar la sangre en las venas; los dos esqueletos del bufete iluminados súbitamente por un resplandor rojizo, parecían moverse. Los brazos, las piernas suspendidas en la pared, tomaron una apariencia de vida y despedían sus sombras más ó ménos léjos, ya se agitaban, movidos por un poder superior a la naturaleza, ó ya quedaban luego inmóviles contra la pared.

Santiago quedó sin movimiento en la alfombra: sus ojos dilatados por el terror, no podían cerrarse, y a su pesar miraba constantemente aquellos esqueletos que ya se enrojecían, ya se blanqueaban ó se agitaban.

Aquellos esqueletos en los cuales veía horribles cosas evocadas por el pavor, como espectros espantosos, horribles, que no puede uno describir sentado a su bufete, a la luz del día; pero ante los cuales hemos temblado todos, ya de niños ó siendo hombres, por lo menos una vez en nuestra vida, en una noche de fiebre ó de soledad.

Santiago sufrió lo que no es decible, su desnudo cráneo estaba bañado de sudor, y todo su anciano cuerpo temblaba agitado por ataques llenos de angustias.

Si no le hubiese sobrecogido el miedo antes que los dos amigos saliesen del cuarto, habría tal vez reflexionado que la luz sombría del fuego era la única que daba a los objetos que tanto temía, aquella apariencia rojiza, y que las súbitas intermitencias de la llama bastaban para dar cierta animación a aquel osario inanimado; pero su imaginación estaba demasiado herida entónces para pensar en esto.

El infeliz experimentaba como reales los efectos de aquella vulgar fantasmagoría, y hubiera muerto en el acto, si, como de ordinario sucede en tales ocasiones, no hubiera galvanizado súbitamente su entorpecimiento el mismo exceso de su espanto.

En efecto, al llegar su miedo a su más doloroso paroxismo, la pirámide de leña que ardía en la chimenea, minada lentamente por el progreso de la combustión, se desmoronó de repente y despidió una llama ardiente con millares de chispas, iluminándose toda la habitación. Cada objeto apareció de una manera distinta; y como las cosas que una nueva luz presenta súbitamente a la vista parecen acercarse, Santiago creyó que todos los esqueletos se precipitaban sobre él, y se levantó fuera de sí, bajó corriendo las escaleras, esponiéndose a abrirse la cabeza, y no paró hasta el portal de Dudley-House, donde se sentó rendido.

Francisco, según hemos dicho, había seguido a Estevan. Al entrar ambos con una luz en la mano en la habitación que habían ocupado Ana y Clara Mac-Farlane, fueron sorprendidos a la vista de un hombre que estaba de pie entre las dos camas.

Era el laird Angus, casi desnudo, con una camisa hecha mil pedazos, y llena de manchas de sangre, que al parecer habían sido lavadas por una reciente inmersión. Todo era desorden y dolor en él. Sus cabellos se erizaban en torno de su frente cubierta de barro; su barba, por el contrario, llena de agua, se pegaba a sus mejillas ó caía en grandes y pesadas mechadas. En su cara, en donde se veían aún las cicatrices de las heridas que recibió en la lucha con Bob Lantern, tenía nuevas heridas, contusiones y llagas, de las cuales salía todavía sangre. Su

palidez era extrema, y por sus descarnadas mejillas corrían algunas lágrimas.

A la vista de los dos amigos, cesó de cantar, y mostrando alternativamente las dos camas vacías, dirigiéndose a Estevan:

—¡Las dos!....

Angus Mac-Farlane había recobrado su razón, pues el choque moral producido por la súbita aparición de Estevan y Francisco, había bastado para disipar las últimas nubes que oscurecían su inteligencia.

Mac-Nab se quedó como quien vé visiones; y a pesar de ver a su tío, no podía creer fuese él. Perceval no reconocía a Angus Mac-Farlane.

—Yo confié mis dos hijas a mi hermana, dijo el laird, después de un silencio que Perceval estuvo muchas veces a punto de romper para manifestar su sorpresa; y vengo a buscarlas.... Decid a vuestra madre que venga, Estevan.

Este último hizo una seña a Francisco para que se marchase; pero ó no la comprendió ó no la quiso comprender. Su mirada estaba clavada a su pesar, en las facciones estragadas de aquel hombre que figuraba, inocente ó culpable, en el recuerdo del odioso atentado cometido en los subterráneos de Santa María de Crewe, en la persona de la infeliz Harriet: pues Angus se había expresado en términos que no pudiese engañarse Francisco.

—Decid a vuestra madre, repuso el laird con una especie de serenidad severa, que hace más de un año que no he abrazado a mis hijas.... Clara debe estar hermosa, y la otra no puede menos de parecerse a mi difunta Amy, ¿no es verdad.... Id, Estevan Mac-Nab, id, sobri-  
no, pues no puedo creer que mis dos hijas hayan sido

arrebatadas, como temía, viéndoos tan tranquilo en casa de vuestra madre.

—Mi madre está enferma, tío, respondió Estevan, y vuestras reconvenções la matarían.

—¡Ah! está enferma, dijo Angus, cuya voz se apagó dolorosamente, ¿a buen seguro que sufra tanto como yo! ¿Las ha visto en el bote?.... ¿La ha sujetado Dios, rendido por la fiebre en un lecho de dolor en el momento en que era menester socorrerlas?.... Además....

Angus pasó el reverso de su mano por su frente, y en su mirada brilló de nuevo la expresión del delirio.

—Además, prosiguió bajando la cabeza; ¿le grita su conciencia noche y día como a mí: es un castigo del cielo?

Estevan se volvió con viveza hácia Perceval.

—Querido, le dijo con voz breve y enérgica, es imposible que permanezcáis aquí.... Vuestras sospechas, si aun las conserváis, no os autorizan a oír la confesión que el delirio puede arrancar a mi tío.... Aún suponiendo que haya cometido un crimen, mi casa es un asilo inviolable.

Las mejillas de Francisco se encendieron.

—Dispensad, Estevan, murmuró: la turbación que me ha causado esta carta.... y el recuerdo de mi infeliz hermano.... Pero no es mi ánimo sorprender los secretos de vuestro tío....

Francisco se dirigió hácia la puerta, mientras que Estevan le tendió la mano, fijando en éste una mirada en la cual no se leía la sorpresa de la intimación de Mac-Nab, sino una tristeza grave y profunda.

—Voy a ver por mí mismo, dijo, si el vislumbre de esperanza que me resta se ha aumentado ó disipado... ¡Cuidado, Estevan! mirad que el secreto de nuestra venganza está entre las manos de ese hombre.... Proteged-

le contra todos, y no olvideis que tengo derecho a una parte de sus revelaciones, me entendéis?

—Os juro deciros cuanto respecta a mis Harriet, respondió Estevan.

Francisco salió con la carta abierta de miss Diana Stewart, todavía en la mano. En cuanto a la segunda que había metido en su bolsillo y en la cual no pensaba, escrita por lady Ofelia y dictada por el marques de Rio Santo, daba una cita a Perceval a las nueve, junto al teatro de San James, —entonces eran las nueve y media.

Francisco tomó su simon y se dirigió a casa de lady Stewart, a fin de saber por sí mismo los pormenores que había podido sacar a Santiago.

Por lo que toca a Estevan, volvió hacia su tío, a quien encontró sentado a los pies de la cama de Ana, con las manos cruzadas sobre la manta, y la cabeza baja. Aunque estaba de espaldas a Estevan, este pudo ver por su abrumada actitud, lo muchísimo que debía sufrir.

Mac-Nab no había esperado la advertencia de Perceval para pensar era llegada la hora de las revelaciones. Pero en aquel momento no le preocupaba la venganza; una palabra escapada al laird, escaltaba con exclusion de cualquiera otro sentimiento, su deseo de saber la suerte de Clara.

Su odio contra Rio Santo, odio a la vez instintivo y reflexivo, se acallaba ante el amor y la impaciencia de saber. En vano hubiera buscado entonces dentro de sí la sangre fría, cuyas señales exteriores se pintaban en su rostro. Su corazón palpitaba con violencia cual si quisiera lanzarse hacia afuera.

Sin embargo, todavía conservaba bastante dosis de su prudencia natural, para no tocar sin precaucion una ma-

teria que podia dominar de nuevo la inteligencia del laird en las tinieblas que apenas se habian disipado. Estevan tuvo tiempo para examinar el estado de Angus, sabia ademas, que una emocion de cualquier género que fuese, llevada súbitamente hasta el extremo, podia motivar uno de aquellos escesos que prescindiendo de toda enfermedad, estendian como un espeso velo sobre la inteligencia de su tío.

—Mac-Farlane, dijo, ya estais solo con el hijo de vuestro hermano.

Angus se volvió lentamente hacia él y le examinó algunos minutos en silencio.

—Sois todo un hombre, sobrino, murmuró; por lo ménos teneis la estatura de un hombre.... Nunca os habia mirado.... ¡Cómo os pareceis a vuestro padre!.... Pero, por su memoria os lo juro, Mac-Nab no hubiera abandonado dos niñas que se le hubiesen confiado.

—¡Tío! ¡no! interrumpió Estevan, el dolor os hace injusto. Yo amo a Clara como a una hermana y a Ana como a mí mismo.... Pero en nombre del cielo, hablad pronto y decidme qué se ha hecho de ellas.

—¿Qué se ha hecho de ellas? repuso el laird cuya cara pálida se cubrió de un color vivo; ¡ah! ¡qué se ha hecho de ellas!.... ¿Qué se ha hecho de vuestro padre, sobrino? ¡Ambas estaban en el barco y no pude socorrerlas!

Angus enseñó la enorme cicatriz, un tanto abierta aún, que el puñal de Bob habia hecho en su frente.

—Dios me ha hecho viejo antes de la edad, repuso; mis hijas estaban allí y yo no tenia que combatir mas que con un hombre.

—¿Qué hombre? interrumpió Estevan.

—Tal vez le conozco, respondió el laird, pues conozco mas de un asesino.... Pero la fiebre, mi cabeza.... No

me acuerdo mas que del angelical rostro de mi pobre Ana, que dormia con la cabeza apoyada en las tablas del barco, y de la voz de mi preciosa Clara. Su voz fué la que me llamó la atención en el momento en que iba a clavar mi puñal en el corazón del ladrón.... ¡Solo me acuerdo de esto!

Durante el instante de silencio que sucedió, Estevan desesperaba, pues era evidente que el laird ignoraba la suerte de sus hijas a pesar de haberlas visto; cosa importante, pues sus indicaciones podian ser muy útiles, dado caso que pudiera explicarse de una manera precisa. Mientras que Estevan pensaba en cómo podria interrogarle, sin aumentar el desorden que reinaba en la inteligencia de su tío, este tomó de nuevo la palabra.

—Voy a volver a casa de Fergus, dijo.

—¡Fergus! respondió mentalmente Estevan, a quien este nombre recordò la revelacion de Perceval, y la orgía de los subterráneos de Crewe.

El laird continuaba entre tanto:

—Fergus lo puede todo, y me ama.... No le mataré hasta que me haya vuelto mis hijas, si las desdichadas no han muerto, pues he visto a Ana esta noche.... y los sueños no me presentan nunca sino los muertos ò los que van a morir....

—¿Dónde la habeis visto? preguntó Estevan.

—No lo sé.... Así ví tambien a mi hermana Mac-Nab la noche de su muerte.... ¡Mirad, mirad, mirad, pronunció por tres veces lanzando su mirada estraviada en el vacío; estoy viendo a Fergus.... a Fergus que muere.... ¡Ah! ¡muchas veces le he visto así!

Las facciones descompuestas de Angus, que se habia levantado espresaban un horror extraordinario. Este

van quiso tomarle el pulso; mas su tío le repelió brusca-mente.

La fiebre comenzaba otra vez.

—Silencio, sobrino, silencio, repuso el laird en voz baja y apoyándose en la cama de Ana. No quiero que mi hermano Fergus sepa que voy a matarle.... pues no me volveria a mis hijas.

—Luego sabeis.... quiso decir Estevan.

—¡Silencio! repitió Angus con énfasis; mi hermano es generoso y grande. Ahora me acuerdo que pasó en un tiempo muchos días y noches a la cabecera de mi cama.... en su casa.... todo lo recuerdo, me refugí al salir del Támesis.... la primera vez que estuve a punto de perecer en aquel rio.... La segunda vez.... ha sido hace un momento.... —Escuchad, escuchad, sobrino, mientras que veo claro en mi cabeza.... los dos pobres àngeles fueron llevados no sé como hace ocho días, a la fonda del *Rey Jorge*. Temple-Gardens.... Al ver que las echaban esa noche como fardos en una barca.... me tiré por la ventana.... estaba tan frio el Támesis, que el hombre que me las arrebatava me venció.... Hoy por la mañana he vuelto a la fonda del *Rey Jorge* a preguntar por mis dos hijas.... por mis dos amadas hijas que Amy me habia confiado al morir. ¿Os acordais de Amy, Mac-Farlane?.... ¡Qué santa y hermosa era!.... ¡Ah, ah! Gruff y su muger se han echado a reir al preguntar yo por mis hijas.... a reir, sobrino, a reir a reir....

Angus desarrolló toda su estatura; en su mirada encendida brillaba la venganza; tenia cerrados sus puños y sus dientes rechinaban.

—¡A reir! gritó por última vez con una terrible voz.

Después continuó así en voz baja:

—Los tres estábamos en el cuarto del agujero, como se

Estevan conocióse a los séres de la fonda del *Rey Jorge*; mientras que Gruff y su muger reían, mis lágrimas me abrasaban los ojos.... Yo estaba en el sitio en que había encontrado el pañuelo bordado de Clara. Gruff jugaba con su cuchillo para hacerme miedo, y la muger vibraba las tenazas.... ¡Oh, sobrino, ¡no hubieras hecho lo que yo!

—¿Qué habeis hecho, tío? tartamudeó Estevan.

El laird abrió su camisa y descubrió su pecho acribillado de puñaladas; luego enseñó bajo sus cabellos una herida reciente entre otras antiguas, y repuso:

—Estas con el puñal, éstas con las tenazas.... Yo he cogido con mi mano derecha los cabellos de Gruff, y con la izquierda los de su muger, y he juntado ambas cabezas, así, sobrino!

Mac-Ferlane hizo un gesto que comprendió perfectamente Estevan.

—En aquel momento, continuó, tenía yo una fuerza extraordinaria.... Sobrenatural.... Ambas cabezas han crujido como dos calabazas que se parten.... Ni un solo grito dieron el hombre y la muger.

Estevan dió algunos pasos atrás.

—¿Los habeis matado? murmuró.

—Luego me quedé dormido entre los dos, añadió en vez de responder, pues estaba rendido y todo mi cuerpo era una llaga.

—¿Pero no estaban mas que heridos, no es esto? volvió a preguntar Estevan.

—Mirad, repuso Angus, mirad, sobrino.... Puede verse con tantas heridas?

Espresándose así tocaba el cráneo y el pecho, los cuales estaban sembrados de cicatrices antiguas, ó llagas recientes.

—Voy a curaros, dijole Estevan, acercándose a él.

—¡Oh! ¡oh! ¡curarme! exclamó Angus con una esplosion de alegría insensata; ¡teneis vino de Francia, Mac-Nab?.... ¡Yo he sido gran bebedor!.... ¿Qué importa perder un poco de sangre, si la que queda está aún caliente? ¡Ah! sobrino, aun tengo bastante para mater a Fergus....

Después de interrumpirse y pasar la mano por la frente, continuó en voz baja:

—¡Ojalá que mi sangre se congele en mis venas ántes que pueda matarle!.... La venganza consumada, sobrino, es un dulce lecho.... Todo el día he dormido.... Cuando me desperté, la luna que entraba por la ventana abierta en el cuarto de la fonda del *Rey Jorge*, iluminaba a mi derecha la pálida cara de Gruff, y a mi izquierda la frente partida de su muger.

—Pues qué ¡los habeis matado? dijo Estevan.

—¿Qué dices, Mac-Nab? yo no me he servido ni de cuerda, ni de hierro.... ni de veneno, ni de fuego.... ¡y así no he cometido un asesinato! Además, no se habían reido aquellos infames cuando les hablaba de mis pobres hijas que habían vendido?.... ¡Luego podía yo reirme, y la luna se reía conmigo! ¡Ah!.... ya no respiraban.... ¡Mas tuve miedo entre dos condenados!

Angus estaba temblando, y Mac-Nab escuchaba, dominado irresistiblemente por aquel relato extraño, esperando, aunque de una manera vaga, una súbita revelacion.

—¡Sí, ambos están condenados! prosiguió el laird, no cabe duda, pues en un rincón del cuarto a donde no llegaba la pálida luz de la luna, vi dilatarse la mirada ardiente de Satanás....

A pesar de estar en el infierno, tengo miedo del demo-

nio, sobrino; aunque sé que me espera; y que los sueños me le representaban cerca de mi cama, le temo.

Por eso la trampa por donde habían bajado al barco a Clara y Ana. Mi cabeza se abrasaba.... y ví, tal vez era la fiebre, Mac-Nab, y ví llegar hasta mí los brazos de ambos cadáveres y cogirme.... Satanás lanzó un grito en la sombra.... y los tres caímos en el río que centelleaba con millones de lentejuelas que la luna sembraba en él, y que me deslumbraban volviéndome loco.

Comencé a nadar, pero Gruff y su muger nadaban también, y yo me veía entre ellas, y sus dos cuerpos helados tocaban el mio.... ¡Oh! otros cadáveres flotaban también en nuestro torno.... Ana y Clara estaban a flor de agua, cubiertas con grandes velos blancos y en los brazos una de otra. También ví a Mac-Nab, a tu padre, sobrino, cuyo corazón se desangraba y enrojecía el agua.... Y a Fergus, el otro hermano mio, con sus hermosos cabellos negros al rededor de su pálida frente.... y otros muchos a la distancia que podía alcanzar mi vista.... Por todas partes había cadáveres amados, cerca de los cuales jugueteaban miles de estrellitas.

¡Yo nadaba y nadaba!.... esperando poder huir de allí; mas ¡era imposible!.... Si cerraba los ojos para no ver, sentía los brazos de los muertos sobre mi brazo, su cuerpo a lo largo del mio.... Si me paraba, también se paraban ellos, fijando en mí sus órbitas vacías.

La frente del laird estaba llena de sudor y el infeliz jadeaba.

—No era la fiebre! repuso con voz mucho mas baja, ¡oh! no, he visto todo esto, sobrino.... mucho sufría.... pero la sangre del corazón de Fergus enrojecía el agua

que me rodeaba; todo estaba lleno de sangre.... de sangre encarnada.... esto era un verdadero mar de sangre.

—¡Piedad! ¡piedad! ¡piedad, Fergus.... ¡piedad, hermano.

Angus cayó de rodillas tendiendo los brazos hácia delante, y despues de murmurar otra vez con horror y desesperacion: ¡piedad! dejó caer los brazos a lo largo de su cuerpo, y fijando en Estevan los ojos embrutecidos, añadió bruscamente:

—Luego sucedió que el demonio cubrió la luna con un velo negro, y las estrellas y la sangre desaparecieron a mis miradas.... no viendo yo por lo tanto mas que las formas pálidas de los muertos, en medio del agua negra.... quise seguir nadando; pero los condenados se precipitaron sobre mí.... mis piernas y mis brazos se volvieron de piedra al recibir aquel choque.... y el agua se cerró por encima de mi cabeza.

Yo hubiera querido morir.... pero los marineros del Támesis me trageron a la orilla.... sin duda porque mi sangre ha de matar a Fergus....

¡A mi hermano Fergus que tanto amo!

—¿Por qué quereis matar a vuestro hermano Fergus, Mac-Farlane? preguntó Estevan con acento cariñoso.

—¿Por qué quiero matar a Fergus? exclamó el laird sorprendido de que se le hiciese aquella pregunta; ¡y Mac-Nab me dice por qué quiero matar a mi hermano? Sois sordo a la voz de los sueños, sobrino? ¿No viste nunca a vuestro padre en la hora nocturna de las visiones?

—¡Explicaos, tio! dijo con viveza Estevan, que se había puesto pálido; explicaos, por Dios.

Sin hacar caso Angus de aquella súplica, y siguiendo la punta de su mística manía, continuó:

—Yo le veo todas las noches.... y me dice: sangre

por sangre.... y estoy seguro que le veré hasta que mate a Fergus O'Breane.

—¡O'Breane! exclamó Estevan cogiendo la mano del laird con violencia.

Aquel nombre era una verdadera revelacion para él, pues su padre habia llamado así, la noche del asesinato, al hombre disfrazado portador de dos pistolas.

—¿Y sabeis dónde está, no es esto? dijo con ardor comprimido Estevan, que se habia puesto de rodillas cerca del laird. ¿Es verdad que me diréis dónde se oculta O'Breane?

Angus se tendió en la alfombra y apoyando su cabeza contra la cama de Ana, murmuró con una voz llena de sueño:

—¡Estoy rendido!

—¡Tío mio! ¡Mac-Farlane! decia Estevan, ¡una palabra, por Dios, una sola palabra!....

Cerrando Angus los ojos como en un sueño:

—Es un corazon generoso y magnánimo; una inteligencia grande y luminosa. Me acuerdo que su palabra entraba en la noche de mi pobre cerebro y la iluminaba como un resplandeciente rayo de sol. Conozco todos sus proyectos.... todos: llamábame hermano, y solo a mí me abria el misterioso tesoro de su conciencia.... Sus palabras son tan vastas como el mundo.... ¿Quién ha pronunciado el nombre de Fergus O'Breane? Es mas que un hombre.... es un semi-dios.... ¡Maldito sea mil veces quien le detenga en su carrera!.... ¡Escuchad! la voz de los sueños habla.... ¡Escuchad!.... ¡Tú sí que serás maldito, Angus!.... ¡tu sangre sí que lo será!... ¡tu sangre y tu carne!....

## X.

MAC-NAB.

Estevan se aprovechó del profundo abatimiento en que cayó Angus Mac-Farlane despues de sus últimas palabras para lavar sus llagas y curarlas lo mejor que pudo. El laird no habia ecsagerado, pues su cuerpo estaba verdaderamente cubierto de contusiones y de heridas. Unas provenian de su lucha con Bob Lantern, otras mas recientes eran el resultado de su fuga de Irish-House y del peligroso camino que habia tomado para salir de allí; otras en fin, las recibió en el combate, largo y encarnizado sin duda alguna, que habia tenido en la fonda del *Rey Jorge* contra Gruff y su muger. Este último combate, que contaba a su modo y del cual no conservaba su memoria turbada mas que el funesto resultado, debió presentar grandes peligros, pues que Angus estaba sin armas, mientras que sus adversarios estaban armados, y antes de juntar con el vigor que da la locura las cabezas de Gruff y de su muger, es natural que tuviese que sostener numerosos y bárbaros asaltos. Es esto tanto mas proba-

por sangre.... y estoy seguro que le veré hasta que mate a Fergus O'Breane.

—¡O'Breane! exclamó Estevan cogiendo la mano del laird con violencia.

Aquel nombre era una verdadera revelacion para él, pues su padre habia llamado así, la noche del asesinato, al hombre disfrazado portador de dos pistolas.

—¿Y sabeis dónde está, no es esto? dijo con ardor comprimido Estevan, que se habia puesto de rodillas cerca del laird. ¿Es verdad que me diréis dónde se oculta O'Breane?

Angus se tendió en la alfombra y apoyando su cabeza contra la cama de Ana, murmuró con una voz llena de sueño:

—Estoy rendido!

—¡Tío mio! ¡Mac-Farlane! decia Estevan, ¡una palabra, por Dios, una sola palabra!....

Cerrando Angus los ojos como en un sueño:

—Es un corazon generoso y magnánimo; una inteligencia grande y luminosa. Me acuerdo que su palabra entraba en la noche de mi pobre cerebro y la iluminaba como un resplandeciente rayo de sol. Conozco todos sus proyectos.... todos: llamábame hermano, y solo a mí me abria el misterioso tesoro de su conciencia.... Sus palabras son tan vastas como el mundo.... ¿Quién ha pronunciado el nombre de Fergus O'Breane? Es mas que un hombre.... es un semi-dios.... ¡Maldito sea mil veces quien le detenga en su carrera!.... ¡Escuchad! la voz de los sueños habla.... ¡Escuchad!.... ¡Tú sí que serás maldito, Angus!.... ¡tu sangre sí que lo será!... ¡tu sangre y tu carne!....

## X.

MAC-NAB.

Estevan se aprovechó del profundo abatimiento en que cayó Angus Mac-Farlane despues de sus últimas palabras para lavar sus llagas y curarlas lo mejor que pudo. El laird no habia ecsagerado, pues su cuerpo estaba verdaderamente cubierto de contusiones y de heridas. Unas provenian de su lucha con Bob Lantern, otras mas recientes eran el resultado de su fuga de Irish-House y del peligroso camino que habia tomado para salir de allí; otras en fin, las recibió en el combate, largo y encarnizado sin duda alguna, que habia tenido en la fonda del *Rey Jorge* contra Gruff y su muger. Este último combate, que contaba a su modo y del cual no conservaba su memoria turbada mas que el funesto resultado, debió presentar grandes peligros, pues que Angus estaba sin armas, mientras que sus adversarios estaban armados, y antes de juntar con el vigor que da la locura las cabezas de Gruff y de su muger, es natural que tuviese que sostener numerosos y bárbaros asaltos. Es esto tanto mas proba-



ble, cuanto que los amos de la fonda del *Rey Jorge* tenían gran interés en quitar del medio aquel testigo de su crimen.

En cuanto curó Estevan sus llagas, llevó a los labios de Angus un frasquito de cordial, pues su odio, iluminado a medias, solicitaba con ardor una revelación mas completa, y deseaba volver al laird la facultad de hablar.

No debe olvidarse que Estevan tenía sospechas, ántes de esta entrevista, que las recientes palabras de Angus acababan de confirmar, sospechas que suponían mucho mas de lo que las revelaciones del laird encerraban, pues atacaban la persona del marques de Rio Santo.

Volvió pues a comenzar su interrogatorio; pero sabiendo por experiencia que una pregunta directa pasaria sin herirla por la inteligencia rendida de su tío, y creyendo aunque vagamente, que había lazos misteriosos é inesplicables entre Mac-Farlane y aquel hombre que proseguía su idea fija, tomó un camino indirecto.

—Tío, dijo, en cuanto Angus pudo oírlo,—unamos desde hoy nuestros esfuerzos para hallar a mis dos primas, y no dudeis que las hallaremos.

El laird meneó la cabeza.

—¡Cuánto sufro! murmuró;—mi corazón me martiriza mas que las llagas de mi pecho y de mi cráneo, Mac-Nab.... Habiéndolas visto en el barco y en sueños.... de seguro han muerto.

—¡No, señor, que viven, tío! exclamó Estevan cogiéndole ambas manos.—también he trabajado yo por ellas en estos ocho días, y estoy lejos de merecer vuestro reconocimiento contra mi indolencia.... Mis amigos y yo hemos hecho mil diligencias, y estamos convencidos....

—¿De qué? interrumpió el laird en un vislumbre de ló-

gica.—Londres es vasto, y ¿quién sabe dónde pueden esconderse dos cadáveres?

—Todo lo he andado, replicó Estevan, y andado con el ardor de una madre que ha perdido a su hijo.... ¿No ha de ser Clara mi muger?

Dejando Angus su posición soñolienta y mirando al joven médico de hito en hito:

—Sobrino, respondió, no os conozco... ¿Os ama Clara?

—Tío, respondió Estevan, por desgracia no es llegado el instante de discutir los preliminares del casamiento.... Clara es una joven virtuosa y noble.... Su corazón tiene secretos que los acontecimientos no me han permitido examinar.... Pero volvamos al triste asunto que debe ocupar nuestra atención toda entera.... Vuestras hijas viven; una voz me lo dice en mis adentros.... Estoy seguro que es verdad.

—Gracias, tartamudeó Angus abrazando a Estevan con las lágrimas en los ojos; gracias, sobrino.... También me consolaba en un tiempo tu padre cuando la desesperación ofuscaba mi mente.... ¡Ojalá sea cierto lo que decís!.... y si lo fuese, ¡cólmeos el Señor con todas las bendiciones de que se vió privado el hermano de vuestra madre!

—¡Animo! Mac-Farlane, ¡ánimo! repuso Estevan, contentísimo por aquel movimiento de emoción.... también sé que existía entre Clara y un hombre de gran poder un lazo misterioso....

—¡Un lazo misterioso!.... repitió el laird sorprendido. Algo que ni vos ni yo podemos comprender, prosiguió Estevan,—algo de novelesco y de extraño que no puedo manchar con la sombra de la duda, la pureza angelical

de mi pobre Clara.... ¡Pero ese hombre tiene mucho poder, y es Clara tan hermosa!....

—¿Y creéis que haya arrebatado a mi hija, sobrino? preguntó friamente el laird.

—Así lo creo, tío.

—¿Y a Ana?

—Estevan no contestó al momento, pues no podía esperarse en el estado en que estaba Mac-Farlane, a la inflexible lógica de esta objeción.

—¿A Ana?... tartamudeó al fin.

—¿Creéis, sobrino, interrumpió el laird, que haya arrebatado a las dos?

Después de vacilar otra vez, volvió a responder:

—Así lo creo.

—¿Sabeis el nombre del raptor? dijo Angus frunciendo las cejas.

Estevan hizo una señal afirmativa.

El laird, que se había levantado, dió un paso atrás y lanzóle una mirada de desprecio.

—Mac-Nab era abogado, dijo como hablándose a sí mismo, y a pesar de esto tenía mucho honor.... ¿Cómo tiene tan poco su hijo?

Al ir a contestar Estevan, le impuso silencio con un gesto, y prosiguió así:

—Vuestra madre se encargó de dos niñas, de las cuales era una vuestra futura.... ambas han sido arrebatadas; ¡y sabiendo el nombre del raptor, estais tan tranquilo a mi lado!....

—¡Tío! exclamó Estevan, vos no sabeis....

—¿Qué podéis decirme!.... por más que os miro no veo ninguna herida.... ¿Por qué no habeis vengado el ultraje?

—Señor mío, respondió Estevan con autoridad, dignaos escucharme antes de prodigarme a ciegas el desprecio y los insultos.... ¿Quién no tiene ese valor general que consiste en tomar una espada y jugar su vida en un desafío?... Por lo que hace al asesinato sin combatir, nos habeis dicho y es verdad, que mi padre tenía mucho honor, y yo pretendo seguir sus huellas.... Creedme, tío, en Londres y contra ciertos hombres, el acero es una arma inútil, que no debe empuñarse sino a la desesperada, y cuando no queda otro remedio.... Yo he querido luchar; pero soy débil, y ese hombre es fuerte.... No, no, os juro que no me falta valor.... ¿pero qué camino tomar! ¿qué magistrado querrá escuchar una acusación vaga y sin pruebas, hecha por un oscuro médico contra el señor más grande y opulento de los Tres Reinos?....

Os sonreís por compasión, Mac-Farlane; es decir que aun creéis que la espada vale más que los tribunales.... ¡Pues bien! también lo creo yo, pues que me obligais a que os lo diga, y he pensado en la espada; sí, más de una vez he ido lleno de indignación a llamar en el palacio de ese hombre, cuya puerta no se me ha abierto. En vano he esperado junto a ella; ni aun mis cartas de desafío han tenido contestación.

—¿Es acaso un príncipe? murmuró el laird.

—Ojalá y fuese un príncipe.

—¿Pues qué es! exclamó el laird sorprendido;—¿cómo se llama? Mac-Nab fijó en su tío, antes de responder, una mirada penetrante y escudriñadora, y sin perderlo de vista, pronunció el nombre del marqués de Rio Santo.

Angus se puso lívido, bajó los ojos, y sus labios se movieron convulsivamente sin producir sonido alguno.

Estevan respiró a sus anchuras, pues había dado el golpe y sabía lo que quería saber; y así escuchó con an-

siedad, pero sin manifestar la menor sorpresa, las palabras que se le escaparon al laird en su turbacion.

Habia tocado, no por casualidad, sino por una tática que siguió a sangre fria, el punto a donde iban a parar todas sus sospechas. El velo medio desgarrado que estaba entre él y Fergus acababa de romperse súbitamente.

Angus, que se sentó aterrado en la cama de Ana, repitió dos ó tres veces en voz baja el nombre de Rio Santo, como si se esforzase en meter en su mente una idea rebelde, y juntando luego sus manos sobre las rodillas é inclinando la cabeza:

—No puede ser, murmuró:—¿deshonrar Fergus las hijas de Mac-Farlane!.... ¿para qué pensar mas tiempo en esa odiosa calumnia?.... Aunque armado para matarle, no consentiré en que se le calumnie.... ¡Si no fuereis el hijo de mi hermano, ya os habriais arrepentido de acusar en mi presencia a Fergus O'Breane!

—Verdad es que debo respetar al asesino de mi padre, dijo Estevan con una amargura solapada.

—¡Teneis razon! tartamudeó Angus estremeciéndose cual si hubiera pisado una serpiente.

—Pero no he nombrado sino al marques de Rio Santo, prosiguió Estevan.

—Teneis razon, repitió el laird.—Os suplico me perdoneis.... Pero respondedme, por Dios.... ¿Qué motivos teneis para suponer que el marques de Rio Santo es el raptor de mis hijas?

—Os aseguro que lo sé, replicó Estevan.

Angus llevó la mano a su frente, y al parecer reflexionó profundamente.

—Os repito que es imposible, exclamó pasados algunos minutos;—yo le conozco! ¡Mac-Farlane es el único hombre a quien ama!

—¿Pero conocia a las hijas de Mac-Farlane? preguntó Estevan con cruel sonrisa.

—¡Oh! ¡es verdad! ¡es verdad! dijo Angus cuyos ojos se humedecieron.—¡Matarle no era nada...yo le odiaré!

—Por mi honor, Mac-Farlane, exclamó Estevan animándose;—odiadte y no le mateis.... Yo me encargo de esto último.

—¡Silencio, sobrino.... silencio!.... La voz de los sueños no puede mentir.... en cuanto a poder odiarle, mi corazon está demasiado acostumbrado a amarle.... ¡Sí, veinteaños hace que le amo!.... Mas, ¡y mis hijas, y mis hijas!

Angus cubrió su cara con ambas manos.

—Mis hijas eran hermosas, repuso de repente.—¡Ah! toda su vida le acusa.... ¡Las mugeres.... las mugeres!.... Sí, os creo, Estevan, ¡él es!.... Siempre compensaba sus trabajos con las sonrisas virginales.... ¡Mis hijas son hermosas! sí, ¡le odio, le odio!

Despues de recorrer otra vez el cuarto fué a sentarse frente a Mac-Nab. La espresion de su fisonomía habia cambiado completamente, y a pesar de sus heridas, y del gran desórden de su barba y de sus cabellos, reinaba en su cara una tranquilidad a la vez impotente y horrible.

—Es verdad, sobrino, dijo despacio; el acero es una arma insuficiente é irrisoria contra el marques de Rio Santo.... buena para cuando yo le amaba.... Pero ahora no se trata de una venganza fatal, de un castigo indispensable.... Mi brazo castigará impelido por mi voluntad... Escuchadme.... Los magistrados que no habrian escuchado vuestra acusacion, acogerán la mia, no lo dudeis; pues la mia no será una acusacion ordinaria, y hará temblar en su trono a S. M. el rey de Inglaterra.... ¡Yo sé cosas, sobrino!.... cosas esttraordinarias, con las cuales

puede matarse a un hombre, como si se tuviese en la mano el rayo de Dios.... ¿Teneis amigos?

—Tengo uno, respondió Estevan.

—El Señor os lo conserve, sobrino....

—¿Teneis muchos criados?

—Para una expedicion puedo contar con hombres fieles y valientes.

—Se trata, en efecto, de una expedicion, repuso el laird y necesitamos hombres adictos y de confianza.

—En ese caso seguidme, tío, repuso Estevan; pues esos preparativos no pueden hacerse en casa de mi pobre madre, tan enferma y tan atormentada.

Ambos bajaron la escalera, y la anciana Betty se sorprendió sobremanera al ver salir con Estevan un personaje de cara estraña y sensible, al cual no habia abierto la puerta de la calle, pues el laird habia entrado sin ser visto en casa de su hermana, detras del criado de Francisco.

Estevan llamó a un simon, y media hora despues se apeaban tío y sobrino en Dudley-House.

Francisco acababa de volver lleno de gozo, pues habia visto a miss Diana Stewart que le habia dicho lo que no pudo arrancar a Santiago. María revivia. El mal imperioso y sensible que padecia, comenzaba a ceder poco a poco, contra todas las previsiones de la ciencia. El doctor Moore no la habia visto hacia dos dias, de modo que ella evitaba como por milagro, la catástrofe tan temida como la aplicacion del remedio mortal [el choque galvánico] que queria aquel práctico ensayar en ella.

Angus, Estevan y Francisco pasaron la mayor parte de la noche en arreglar su proyecto.

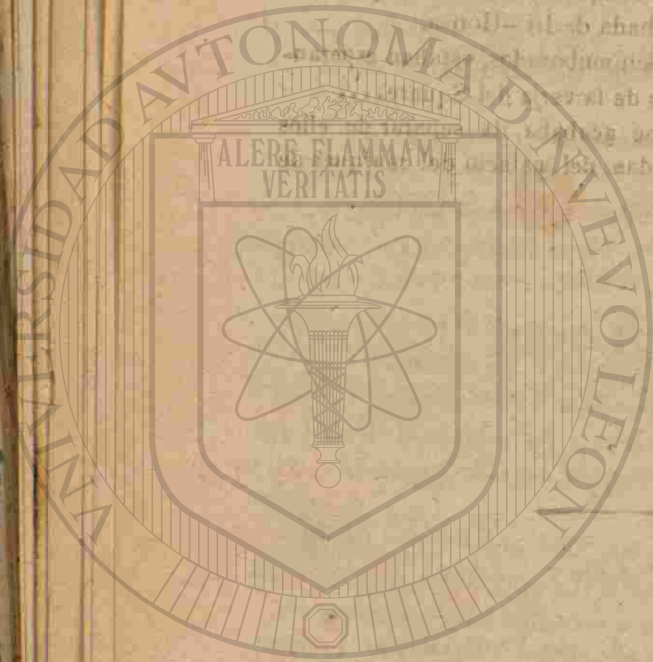
Al dia siguiente entraron unos veinte hombres, y en-

tre ellos Donnor d'Ardagh, en Dudley-House, dando recibieron dinero y órdenes.

Sobre las cinco de la tarde fueron armados interiormente, a apostarse en Belgrave-Square, divididos en pequeños grupos, delante de la fachada de Iris-House.

Estevan y Perceval, bien embozados, estaban esperando en uno de los ángulos de la verja del Square....

Argus Mac-Farlane se acababa de separar de ellos para subir las ricas gradas del palacio del marques de Rio Santo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE

---

---

ULTIMA PARTE.

---

EL MARQUES DE RIO SANTO.

---

EPILOGO.

I.

ANA.

La casa del caballero Angelo Bembo daba a Hyde-Park-Corner. Era una pequeña y linda habitación que ciertamente no debía su ser a la pesada escuadra de un arquitecto ingles. Se veía en su construcción un gusto artístico y armonioso, desconocido enteramente a nuestros albañiles de Londres. Acaso era producido de uno de esos emigrados italianos que vencidos en el juego pueril y dramático de las conspiraciones del carbonarismo, espían en la miseria el inocente placer de haber jurado sobre un puñal, odio eterno a los tiranos, en una cueva de Nápoles ò de Roma, al lado de algunos agentes de policía. Vastos macilentos y débiles de un tronco que fuè fructífero;

en fin, despojos, pero despojos bellos por sí mismos como hombres, y mucho mas por el gusto exquisito de todo lo que es arte y belleza.

Efectivamente, era esta pequeña casa, que la pobre parecia temblar de frio por su esposicion a la húmeda inclemencia de nuestra atmósfera, como un recuerdo de los correctos dibujos de las casas de campo florentinas.

Parecia estar desterrada de Italia y estrañar nuestra nebulosa atmósfera, del mismo modo que los insulsos y frívolos hijos de aquel conquistado pais parecen hallarse fuera de su centro en medio de nuestra vida positiva y de la pesada prosa de nuestros negocios.

Bembo habia elegido esta habitacion por instinto, y como si hubiera querido acercarse a un amigo, a quien se encuentra despues de una larga ausencia. Era un recuerdo de su patria.

Los dias que Angelo no pasaba en compañía del marques de Rio Santo en Iris-House, se retiraba a una pequeña sala, amueblada con exquisito gusto, cuyas ventanas caian sobre una azotea que dominaba la arboleda de Hyde-Park. En esta azotea, cuya cúpula de vidrio daba cierta fuerza a los pálidos rayos del sol británico, se criaban bellas flores, que estando tambien desterradas, esparcian bajo estrangero cielo lánguidos restos de sus debilitados perfumes.

En las paredes de esta sala habia una multitud de cuadros, confusos a los ojos vulgares, pero llenos de ingenio y que al cabo de varios siglos conservan aún los luminosos reflejos de la imaginacion del maestro. Bembo mismo habia escogido estos cuadros delante de los cuales un gentleman hubiese pasado cincuenta veces sin ver mas que colores deteriorados en un hermoso marco, si Bembo no hubiese justificado su autenticidad; pero aun

con esta circunstancia, el mismo gentleman no se saciaba de mirarlos con su lente, y no cabe duda que hubiese dado mil libras por el de menor mérito de todos ellos.

Rafael se moriria de hambre entre nosotros, si no tuviese en la faltriguera su fé de bautismo, mientras que un pintor de muestras de almacenes de cerveza, provisto del pasaporte de Rafael ganaria sin duda muchos millones.

Somos bárbaros con corbata blanca y botas barnizadas, y la mas sublime y sincera expresion de la Inglaterra artistica, es aquel turista que trasportado de ilustrada admiracion, rompió una columna del templo de Diana para llevarse a Londres un pequeño pedazo.

Por lo demas, es bien sabido que en Italia hay precision de vigilar las antigüedades para impedir que John-Bull les quite un dedo de la mano ó del pié con el objeto de adornar su chimenea.

Entre los cuadros que adornaban las paredes del salon habia dos admirables retratos, uno de los cuales representaba a Andrés Bembo, senador y miembro del consejo de los Diez y proveditor del Archipiélago en el siglo XVI; el otro con su birrete encarnado, era el del cardenal Pietro Bembo, famoso historiador de Venecia.

Enfrente de las ventanas habia un lecho de reposo, en torno del cual caian los ondeantes y suaves pliegues de una cortina de seda.

Allí fué donde Angelo Bembo condujo a Ana Mac-Farlane despues de haberla robado en el *Lord's-Corner*.

No habia sido esta entonces la intencion de Angelo, pues queria devolver la jóven a su familia; pero Ana, rendida por el cansancio, no habia podido soportar sin desmayarse, el golpe violento que recibió al caer sobre las piedras de Belgrave-Lane, cuando el laird, creyéndola en su locura, por una funesta sombra, la arrojó lejos de sí.

Bembo se vió obligado a cogerla en sus brazos y a llevársela a su propia casa, pues ignoraba completamente quién era Ana, donde vivía y el nombre de su familia.

Al cabo de algunos instantes la jóven recobró el sentido y dió un profundo suspiro.

Bembo estaba sentado al otro extremo del cuarto, de modo que Ana no podía verle desde su cama.

Incorporóse esta de pronto y miró con espanto al derredor. No era la vista de los objetos nuevos de que se veía rodeada, la que causaba esta primera sorpresa, sino solamente el hecho de hallarse acostada, pues hacia ocho dias que pasaba las noches en un sillón por no arrimarse a la gran cama de las cortinas antiguas que tanto miedo la habia causado.

En seguida conoció en los muebles del cuarto que ya no se hallaba en la vasta pieza de grandes ventanas, cuyo elevado maderamen le habia parecido muchas veces oscilar al reflejo de la dudosa luz de su bugía.

¿Donde se hallaba?

Una vaga espresion de miedo turbó sus ojos; y su boca, cuya palidez desaparecía poco a poco y se mostraba sonrosada, se abandonó despues a una sencilla sonrisa. Empezó a recordarse.

—Será el ángel de mi guarda, dijo a media voz; bien hice yo en rezar anoche.... Dios me lo envía.... ¡Qué hermosos son los ángeles y qué voz tan dulce tienen!

Apoyó sonriéndose, su preciosa cabeza en la mano, pues no tenia la mas ligera sombra de miedo ó desconfianza.

—No sueño, continuó, fijando sus negros ojos ya en las pinturas italianas, ya en las cortinas de las ventanas; nunca he visto nada de esto.... me ha salvado y quisiera verle para darle las gracias....

Bembo, que escuchaba encantado é inmóvil, conteniendo su respiracion, no quiso responder a este deseo.

Las facciones de Ana se cubrieron de una ligera nube. —Cree que no había un hombre tan hermoso como Estevan, dijo con sentimiento.— Pero me engañaba.... ¡Estevan es a su lado lo que los otros al lado de Estevan!.... ¡Cuánto deseo verle!....

A tan inesperada conclusion, Bembo dió un profundo suspiro y perdió la esperanza que habia empezado a concebir.

La voz de Ana se iba amortiguando lentamente; sus largas pestañas caian sobre las mejillas como si los párpados no pudiesen soportar su peso; sus ojos perdian poco a poco su brillo, y su sonrisa tomaba la calma que la fuerza del sueño da a la espresion del semblante.

Como hacia tanto tiempo que no habia inclinado su cabeza tendida por el cansancio de ocho noches, tenia necesidad de reposar.

—No diré a Clara que le he tenido por un ángel, dijo sonrojándose ligeramente; se burlaria de mí.... ¡Oh! ¡tampoco se lo diré a Estevan! añadió con mas fuerza.— No sé.... temo hallarme cara a cara con él.... Sus miradas tienen un dulce fuego, pero hieren.... Estevan no sabe mirar de ese modo....

Dejó caer dulcemente su brazo y puso la cabeza en el cojín al mismo tiempo que decia entre dientes:

—¡No!.... ¡no!.... no diré que le he tenido por un ángel....

Al impulso del puro y blanco óvalo de la cara de la jóven, se hundió el cojín formando pliegues aterciopelados.

Bembo esperó algunos instantes. Ana calló; y solo se oía su compasada y dulce respiracion.

La aurora empezaba a reflejar sobre las sutiles hojas de las plantas escóticas que crecían en la azotea.

Por último, Bembo se levantó y atravesó el cuarto sin hacer ruido.

Estaba pálido, pero en su cara brillaba una concentrada alegría.

Paróse al pié del lecho y juntó sus manos con adoración.

Ana estaba ya profundamente dormida. Su boca entreabierta, mostraba dos líneas de puro esmalte, entre las cuales pasaba sin ruido el fresco soplo de su aliento; sus hermosas y sueltas trenzas de pelo se confundían con el terciopelo de los cojines, que retirándose, como el oscuro centro que se pone de intento en un medallón de alabastro, realzaban más los suaves contornos de su cuerpo virginal.

Bembo estaba sometido a la influencia de una especie de atracción material cuyos efectos lentos, pero sensibles, le hacían aproximarse poco a poco a la cabecera de la cama, sin que su voluntad tuviese parte en este movimiento; pero se resbalaba como si la alfombra estuviese pendiente: antes que pudiese notar esta acción, juntó sus manos y las apoyó sobre el terciopelo, cerca de la delicada mano de Ana, que vuelta, por uno de los efectos singulares del sueño en que se obtiene el completo reposo con posiciones incómodas, presentaba la palma mediabierta, pareciendo esperar otra mano para estrecharla. Y como esta posición de la muñeca en una persona despierta y en pié no puede ejecutarse sino por detrás, Ana representaba durmiendo el sencillo convite de una coqueta aldeana haciendo una señal de amor a hortadillas.

Greuze ha debido pintar una parte de esa delicada mano, extendiendo sus rollizos dedos colocados detrás de la

delgada cintura de una linda joven, con la sonrisa labios y la vista en acecho, mientras que una maciana da vueltas a su huso y al mismo tiempo que un enamorado aguarda el momento favorable para poner en el hueco de la palma la carta deseada o un rápido beso.

Bembo se inclinó, y sus labios rozaron estos dedos de rosa, cuyo modelo exquisito resaltaba más en la sombra de la colcha de la cama. Después se avergonzó, y retrocediendo tristemente un paso, se arrodilló como para pedir perdón.

La luz del día se aumentaba sucesivamente y arrojaba sus reflejos sobre este grupo encantador de juventud, de candor, de amor y de hermosura.

Bembo inclinó su noble y gracioso rostro, sus ojos unas veces alegres, otros llenos de tristeza, parecían considerar la sonrisa de Ana.

Eran dos criaturas perfectas y nacidas para amarse, dos cabezas angélicas como las que imaginan los poetas en los preciosos momentos en que elevándose hasta la inspiración, olvidan la tierra, y solo piensan en los objetos celestiales.

Bembo era feliz, y no pensaba en otra dicha mayor, que en aquella que le causaba el objeto que tenía a su vista a quien había salvado. No pensaba ni en el pasado ni el porvenir, considerando el presente como un amor suave, tranquilo y lleno de delicias.

En nada pensaba ni quería pensar; su imaginación era un alegre caos que imponía silencio a los recuerdos y a las esperanzas para no turbar el dulce reposo de aquel momento. Las horas pasaban rápidamente, el sol del Mediodía dió sobre los vidrios de la azotea, y las flores, abriendo sus botones macilentos, esparcieron por la atmósfera sus perfumes.



Al oler Bembo los mirtos y azahares se estremeció ligeramente, sus facciones se animaron, y la sonrisa apareció en sus labios.

Se levantó para dejarse caer en el sillón colocado a los pies de la cama; sus miradas eran ya lánguidas, y su cabeza se inclinó dulcemente sobre el respaldo de una silla; sus narices voluptuosamente abiertas respiraban con enagenamiento los perfumes que la azotea le enviaba en calientes ráfagas; y seguía contemplando a Ana con sus entreabiertos y perezosos párpados.

En estos momentos sentía una cosa superior a la dicha y al reposo; deseaba y esperaba, estas flores y estos perfumes le hablaban de Italia.

¡Oh! ¡cuánto amor bajo el claro cielo de Sicilia y de Calabria, donde el destierro le había conducido durante su infancia! ¡Cuánto amor en las doradas costas del Adriático, aguas de promisión para sus antepasados.... Bembo no estaba ya en Inglaterra, se perdía con Ana en los bosques de naranjos de la valiente Malta, sus miradas descarriadas acariciaban los mármoles de los palacios de Palermo y Venecia, y Ana estaba aún a su lado....

Estos dulces desvarios duraron todo el día, pues la joven abrumada de su largo cansancio, no se despertó hasta ponerse el sol.

Cuando abrió los ojos, lo halló todo como antes lo había dejado; la lámpara encendida brillaba sobre una mesa, y Bembo no se presentaba. Recordóse vagamente de los acontecimientos de aquella mañana, se levantó mas animada y arregló delante de un espejo los arrugados pliegues de su vestido.

El espejo le mostró a Angelo sentado é inmóvil detras de la cama.

Ana se volvió con prontitud, bajó los ojos sonrojándose y atravesando el cuarto vino a sentarse junto a Bembo.

—No me causais miedo, le dijo con dulzura; sé que sois bueno.... todo el tiempo que he dormido os he visto a mi lado.... sí, érais vos.... por mas que queria cambiar de sueño estábais siempre presente.

En esto se contuvo y dijo manifestando alguna tristeza:

—Me habeis impedido soñar con Estevan.

Bembo la contempló enagenado y turbado, pues él era quien tenía miedo.

—Sin duda va a amanecer pronto, dijo Ana, ignorando lo que había durado su sueño; ¡hay mucha distancia desde aquí a Cornhill?

—Estoy pronto a conducirlos a vuestra madre, respondió Bembo con tristeza.

—No tengo ya madre, dijo Ana, perdiendo su alegría; pero me aguardan las personas que me quieren.... mi hermana.... mi pobre tia.... mi primo Estevan.... ¡vamos pronto!

—¿Queréis ir a Cornhill? preguntó Bembo.

—¿No lo sabéis? dijo Ana a media voz.

Bembo sonrojado no respondió.

—¿Me habeis dicho, continuó Ana, que veniais de parte de mi primo Estevan?

—Mentí, señora, respondió Bembo mirándola como en tono de súplica, no conozco a vuestro primo Estevan.

Ana se levantó, pero su preciosa cara solo manifestaba una especie de sorpresa sin mezcla de miedo.

—¿No conocéis a Estevan! le dijo, ¡pero a mí me conocéis?

Bembo se esforzaba para conservar su serenidad. Su sueño había concluido.

—No os conozco, señora, respondió.

—Me llamo Ana.... ¿os acordaréis?

—Me sería imposible olvidarlo, dijo Bembo, bajando la cabeza.

—¿Irás? dijo la jóven volviéndose a sentar; decidme vuestro nombre para que yo se lo diga a Clara y a Estevan.

—A Estevan no, repuso Bembo, pronunciando este nombre que la dulce voz de Ana repitió varias veces.

—¿No lo olvida él? continuó ella, es tan hermoso como.... y calló de repente, poniéndose colorada y quedando en silencio. Bembo padecía.

Al cabo de un minuto, Ana, tomando la mano del jóven caballero, le dijo: conducidme a casa de mi tia, ¿qué importa que vengais de parte de Estevan ó de la de Dios?

Bembo meneó la cabeza lentamente.

—Cómo os querrá Clara! repitió Ana al mismo tiempo que atravesaba la sala para salir por la puerta. Ana y Bembo.... vendréis amenudo a vernos a Cornhill ¿no es verdad?

Bembo meneó la cabeza lentamente.

—¿Cómo! exclamó la jóven con tristeza, ¿no quereis verme mas?... Ya veo que me habeis libertado, porque sois bueno, y sin conocerme como lo hubiéseis hecho por cualquiera otra.... Vamos pronto, caballero, no quisiera abusar de vuestra bondad.

¿Por qué hablaba Ana de este modo? a cualquiera otro que hubiera sido dirigida esta pregunta, se hubiera cortado; pero Bembo habia resuelto ocultar cuidadosamente lo que pasaba en su corazon, y el nombre de Estevan pronunciado sin cesar le afirmaba en esta vacilante resolución. ¿De qué le servirá declarar su amor? Ana amaba

a otro sin duda, y estaba para casarse; ademas, aquella noche misma, el dia siguiente, ó mas tarde, iba Rio Santo a pedirle su vida que le pertenecía ántes que el amor.

Estos dos motivos que tenia para callar, eran capaces de influir poderosamente en su carácter leal y caballeresco; pero ¿es posible resistir siempre hasta el fin, por mas motivos que haya cuando se tiene veinte años y cuando se trata de amor? Es preciso decir que Bembo estaba espuesto a una tentacion irresistible. Muchos sucumben cuando no tienen mas que contenerse en atacar, y Bembo por decirlo así, tenia que defenderse.

El sencillo agradecimiento de Ana tomaba todas las formas de un cariño naciente é ignorado. No es preciso ser tan fátuo como el último de nuestros gentleman a la moda, para conocer en la espresion demasiado viva de este agradecimiento, algo mas que un simple agradecimiento, algo mas que un simple movimiento de gratitud; pero no habia el menor vestigio de fatuidad en el carácter del caballero Angelo Bembo.

Si cedió, fué porque amaba apasionadamente y porque se apuró su sufrimiento, porque la frialdad de algunos momentos, sostenida con tanta dificultad, habia agotado sus fuerzas, y porque su corazon se electrizaba por Ana, con tanta energía, que le era imposible contenerse mas.

A las últimas palabras de Ana, que eran una verdadera reconvencion, Bembo se paró y la miró atentamente. Se quedó algunos instantes sin responder, manifestando en su espresion y móvil fisonomía, el esforzado combate que sostenia interiormente.

—Señora, le dijo al fin, hace una semana que vivo con vos y por vos; os he libertado porque os amo.... y porque os amo, hoy os veo por la última vez.

—¡Me amais, Angelo! respondió miss Mac-Farlane con su encantadora sonrisa; me creo feliz con vuestro amor.

—No me entendeis, dijo Angelo a media voz.

—Es verdad, entiendo que se liberta a una persona que se ama y que se ve sufrir.... pero ¿por qué huir de ella?

—Para no amarla mas, respondió Angelo; Ana quedó pensativa.

—Temo comprenderos ahora, repuso Ana en voz baja.

—Es que me entendeis, Ana.... y conoceis que me es preciso dejaros.

—¡Oh! sí, dijo miss Mac-Farlane bajando la cabeza, no podré amaros de otra manera que como vuestra hermana.... amo a Estevan.... estoy bien segura de ello. Estas últimas palabras fueron pronunciadas con voz distraída; y en seguida prosiguió como si se despertase de pronto. Estoy bien segura de amarlo.... estoy bien segura.

Ana bajó los ojos; habia como una especie de duda en esta afirmacion repetida sin motivo.

Aunque Bembo no era un fátuo, onocia un poco el mundo, y tuvo en este momento una vaga esperanza porque creyó conocer que Ana no sabia lo que pasaba en su corazon.

Esta le alargó otra vez la mano y le repitió con tristeza:

—Conducidme a Cornhill.

Bembo la hizo subir a un carruage, y desde Pimlico hasta Cornhill, Ana no pronunció una sola palabra; pero mas de una vez creyó Bembo oirla suspirar dolorosamente.

Cuando llegaron a la puerta de mistress Mac-Nab, Bembo se bajó para ofrecer su mano a Ana, quien saltó resueltamente a la acera y se paró indecisa.

—Adios, señora, dijo Bembo.

—Adios, dijo a media voz la jóven, y Bembo creyó ver brillar las lágrimas a la luz de los faroles.

Ana titubeó un instante.

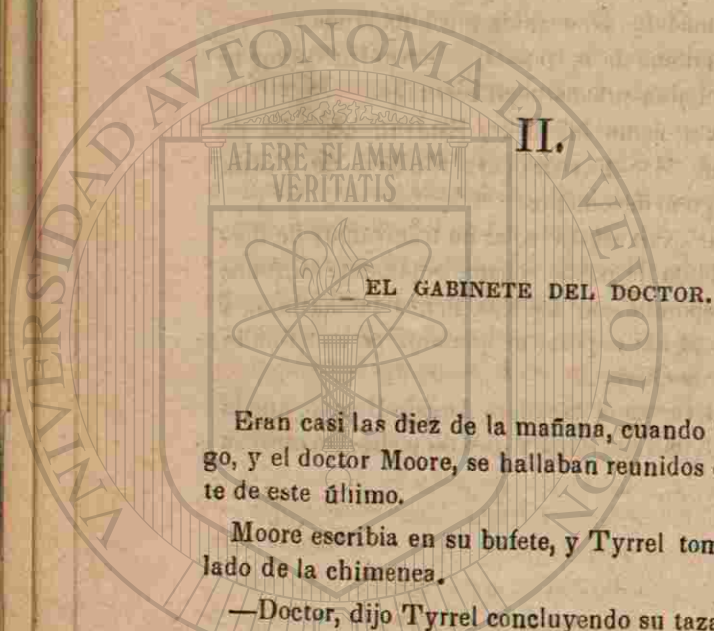
—¡Adios! ¡adios! dijo en seguida precipitadamente.

Levantó la falleba de la puerta, y entró sin volver la cara: y Bembo habia subido ya al carruage.

Eran entonces como las diez. Estevan acababa de salir con Angus Mac-Farlane para ir a casa de Frank Perceval, como tenemos dicho.

Mistress Mac-Nab estaba sola: no trataremos de describir la alegría de la pobre señora, solamente diremos que Ana correspondió con los ojos llenos de lágrimas a los abrazos de su tia; a pesar de que aun no sabia nada sobre la suerte de Clara.

¿Pensaria tal vez en el caballero Angelo Bembo, que la amaba, que la habia libertado y que no podia volverlo a ver?



EL GABINETE DEL DOCTOR.

Eran casi las diez de la mañana, cuando Tyrrel el ciego, y el doctor Moore, se hallaban reunidos en el gabinete de este último.

Moore escribía en su bufete, y Tyrrel tomaba el té al lado de la chimenea.

—Doctor, dijo Tyrrel concluyendo su taza de té y haciendo un gesto de disgusto; no puedo comer ni beber cosa alguna que venga de las manos de ese diablo de Rowley, sin pensar en mi última hora.... ¡Por vida mía que teneis un mal cocinero!.... No me habeis dicho vuestro parecer sobre mi historia de Brian de Lancaster.

—Está muy bien, respondió Moore distraído, ¿no érais amigo de ese aturdido Lancaster?

—Y con razon, doctor, y con razon.... Si Brian, ¡que Dios lo confunda! no hubiese venido a olfatear mi arcon ni Goodmans-Fields, Suky no se hubiera enamorado, y ella hubiera tomado por amante a su gracia el príncipe

Dimitri Tolstoi, de lo que se sigue que yo no hubiera tratado de falsificar la firma de su gracia por la miseria de cinco mil rublos; de manera que no me hubiera visto precisado a maltratar al pobre diablo de Roboam, y este no me hubiera atado, ni ido a buscar a los magistrados, y por rigorosa consecuencia no me hubieran ahorcado. Doctor, por bueno que sea vuestro antídoto contra la cuerda, os juro que se pasa en Old-Bailey un cuarto de hora detestable.... A mas de eso tengo un antiguo resentimiento contra el honorable loco.... El era quien sostenía a la condesa de White-Manor en Lóndres; y si ella lo hubiese sospechado, bien pronto hubiera tenido que cargar con mi petate.... Pero la tonta de la muger me tenía tanto miedo, que Brian ni nadie pudo sacarle nunca mi nombre, ni el paradero de su hija.... yo le había dicho que mataría a la muchacha.

—No sabeis, interrumpió Moore, que Brian hubiese sido amante de la muger de su hermano?

—¡Su amante! exclamó Tyrrel. Lancaster, amante de la condesa! ¡Ah! doctor, apuesto que os preocupa alguna diablura; no pensais en lo que decís.... Brian es un loco del género caballeresco.... Nunca habló a la condesa, sino con el mismo respeto que se tiene a una reina, y....

—¡Basta! dijo Moore; esto me importa poco.

—Ma alegre... y por mi parte digo otro tanto.... en cuanto a las dos muchachas, me habeis preguntado mi plan: es el siguiente.... Las mandarémos juntas a nuestra casa de recreo de Crewe, con Maudlin y con dos buenos mozos.... En un año las tendremos formadas, si no.... siempre tendremos tiempo, doctor.

—Moore hizo un gesto de aprobacion indiferente.

—Pero, dijo, Tyrrel, no me habeis contado los porme-

nores de vuestro asunto con el marques de Rio Santo.

A esta pregunta, el doctor frunció de repente las cejas y respondió:

—He hecho lo que he podido.

—¿Y qué habeis podido, doctor?

—¡Nada!

Moore pronunció este monosílabo con tono seco, y como si quisiera cambiar la conversacion: sin embargo, continuó encogiéndose de hombros:

—Además, ¿qué provecho sacarémos de la muerte de ese hombre?

—¡Bien! ¡bien! dijo Tyrrel a media voz, las habas están demasiado verdes.... Doctor, continuó en alta voz, mi parecer ha sido siempre que difícilmente podría encontrarse un gefe tan inteligente como el marques.... Pero vos queriais ocupar su puesto, y esto me parece natural; y he tomado la costumbre de desear lo que vos quereis.... en cuanto a su secreto, algun dia nos servirá.

—¿Su secreto? repitió Moore animado.

En el momento en que Tyrrel iba a responder, se presentó en la puerta la estrecha y brillante frente de maese Rowley. El practicante envenenador traía bajo el brazo su libro favorito y en la mano derecha una carta.

Tyrrel al verle se tapó precipitadamente las narices, lo cual hizo articular al practicante entre dientes, y con desden, su elocuente exclamacion:

—¡Ta, ta, ta, ta!

En seguida Rowley atravesó lentamente el espacio que lo separaba de su amo, y le mostró la carta que traía en la mano.

—¡Vamos, maese, vamos! dijo Tyrrel con impaciencia. Rowley comprendió perfectamente que se le invitaba a que llevase a otra parte sus perfumes de laboratorio; pero

en vez de irse, sacó prontamete de su faltriquera un frasquito largo y estrecho, y selirigió hácia Tyrrel.

Este, por un movimiento intintivo, sacó el cuchillo para defenderse.

—¡Ta, ta, ta, ta! dijo Rowley, y riendo a carcajadas, perdonadme, caballero.... nohalia reparado que interceptais con los dedos el libre paso tel aire por los tubos naturales que forman las ventanilla de vuestras narices.... ¡Ta, ta! lo que produce en vuesa voz un sonido nasal ó de resfriado, síntoma particular de la indisposicion, conocida con el nombre de coriza.... hizo rechinar de repente el tapon de vidrio de su frasco y lo arrimó a las narices de Tyrrel, quien estornudó con estrépito.

—¡Dios le ayude! gentleman, si hubiéseis estado resfriado, esto os haria mucho provecho, ya lo veis....

Moore en este instante rompió la cata que acababa de leer, dejando escapar una profunda exclamacion de cólera.

—¡Marchaos! dijo a Rowley.

Este hizo un profundo y humilde saúdo, y dirijiéndose lentamente hácia la puerta, pronunió entre dientes y lanzó a Tyrrel una triunfante mirada.

—¡Ta, ta, ta, ta!

—¿Qué hay, doctor? preguntó Tyrrel.

—¡Parece que la fatalidad lo hace! exclamó Moore con verdadera rábia, ya no soy nada.... niaun médico hábil, se ve.

Reunió los pedazos de la carta que ra de lady Campbell y leyó otra vez:

“Señr doctor:

“No dudo que participaréis de la alegría de que gozamos. En dos dias que hace que estamos privados del honor de veros, han ocurrido cosas muy lalagüeñas en Ste-

wart-House. El terrible mal que tenía mi sobrina cedió, al parecer, ayer mañana a causa de vuestra ausencia, hemos llamada al docto Hartwel, médico ordinario de lady Stewart"....

—¡Hartwel! interrumpió Moore con amarga sonrisa, un empírico!... ¡un ignorante!... ¡un pedante!

—Un asno, dijo framente Tyrrel, veamos el fin

Moore era seguramente un hombre de mucha penetración; pero no existía sobre la tierra un médico a quien no cieguen los celos, y añadiríamos, para no herir demasiado a los médicos, que se aplica nuestra observación igual y rigurosamente a los legistas, a las mujeres hermosas, a los artistas, a los aconatas, y más que a todo, al irritable y vano rebaño de petas. Moore era médico; su orgullo se hallaba vivamente herido y el despecho le cegaba, de suerte que le era imposible comprender el sarcasmo de la interrupción de Tyrrel.

—¡Un asno! repitió con toda la buena fé que produce la cólera; decís muy bien, Ismael... ¡en qué estaba yo?... Esta necia carta me hace perder la cabeza.

"....Médico ordinario de lady Stewart."

—Por mi vida! ¡que esto no recomienda el gusto de mi lady....

—De lady Stewart.... M. Hartwel llegó al instante.

—¡Ya lo creo! ¡as personas como él están siempre dispuestas!....

"....Al instant, y empezó una serie de aplicaciones cuyo éxito ha sido completo. Nuestra querida María ha vuelto en sí. ¡Dios ha tenido piedad de nosotros haciendo a M. Hartw el instrumento de su misericordia!"

Es decir, exclamó Moore, que ese miserable Hartw llegó justamente a punto de aprovecharse de los efectos de mi cura.... pero hay una posdata; no la había leído

"P. D. Ya comprendereis, señor doctor, que con estas circunstancias ya será inútil abandoneis vuestros importantes trabajos para visitar a miss Trevor que no necesita de vuestros cuidados."

Moore desgarró la corta con furor.

—¡Me despide! exclamó ¡me despide, enferma!... ¡Teme que vuelva a su casa después de haberme escrito esta carta impertinente?... ¡Oh! ¡esto solo me sucede a mí, Ismael!... Una catalepsia perfectamente declarada, que se resuelve por sí misma como un síncope ordinario!.... ¡Es una casualidad diabólica!....

—¡Esa miss Trevor es la esposa futura de Rio Santo? dijo Tyrrel.

—Sí.... yo hubiese apostado diez mil libras a que estaba perdida. Es su futura, en efecto.... Esto es una parte de su gran proyecto, de su secreto; quiere adquirir con este matrimonio la eventualidad de ser par.... ¡Por qué?.... lo ignoramos.

—Ya lo sabremos con el tiempo; paciencia, doctor.

Moore no respondió; pero Tyrrel le oyó murmurar, rechinando los dientes:

—Una catalepsia que acaba como una jaqueca!.... Y el miserable Hartwel se vanagloriará por todas partes de haber curado una catalepsia.

En este momento se oyeron algunos pasos en el cuarto inmediato, y la sonora voz del bueno de Paddy O'Chrane, que casi se elevaba al diapason de la impaciencia.

—¡Que Dios nos condene! decía, ¡cabeza obtusa, mi digno señor! os repito por la sexta vez: ¡caballero nocturno!

—¡Ta, ta, ta, ta! respondía el falsete de Rowley.

—¡Ta, ta, ta, ta!.... repetía ¡ta, ta, ta, ta! ¡tres millo

nes de blasfemias! ¡qué quiere decir ta, ta, ta, tal... sois un tunante, por Satanás y por sus cuernos! ¡que nos ahorquen a los dos!... Os repito que me quemé en el infierno. ¡Caballero nocturno, dejadme pasar!

Tyrrel no tuvo dificultad en reconocer la voz y este enérgico estilo; iba a levantarse para ir a recibir al capitán, cuando al último ta, ta, ta, ta, pronunciado se oyó un ruido de lucha, y se oyeron de cuando en cuando las blasfemias mas atroces.

Una violenta patada abrió en el instante mismo las dos hojas de la puerta, y Rowley, lanzado como una bola, vino a caer boca abajo en medio del cuarto, acompañado en su vuelo por el tomo primero de los *Toxicological Amusements*.

El capitán Paddy O'Chrane se bajó para que su sombrero no tropezase con el umbral de la puerta, y entró con gravedad.

—¿Qué significa ese ruido? preguntó Moore frunciendo las cejas.

—Que Dios nos condene a todos, respondió O'Chrane quitándose el sombrero, tengo el honor de saludar a VV. SS. con todo respeto.... por lo que hace al ruido, no soy hombre que acostumbre hacerlo. Satanás y su muger, ¡ailores!... Conozco muchos jóvenes pacíficos que en mi lugar hubieran roto ese calvo cráneo como una cáscara de nuez; boca del infierno, ¡qué demonio!

Rowley continuaba en el suelo inmóvil y completamente amedrentado; ni aun pensaba en recoger su querido volumen en cuarto, cuyo forro de pergamino se hallaba deplorablemente maltratado.

Faddy le miraba con aire tranquilo y sin aquel orgullo que ennoblece a los victoriosos.

El irritado semblante del doctor anunciaba la inminencia de un violento desenlace. Este sabio tenía aquella mañana un humor detestable; Tyrrel quiso mediar.

—¡Y bien, Paddy!... empezó a decir.

Pero Moore se levantó resuelta mente.

—¿Qué quiere decir eso? exclamó: ¡qué, vamos a parlamentar con este asno? ... ¡Salid de aquí, caballero!

Paddy enderezó al instante su largo y bien formado cuerpo, dió media vuelta y se dirigió hácia la puerta con paso acelerado, diciendo:

—Como usted guste; ¡que caigan rayos!

Pero sin duda era portador de algun message, dijo Tyrrel dirigiéndose al capitán; doctor, sentaos en vuestro bufete y dejadme hablar del asunto.... ¿Qué traéis, Paddy?

Esté se paró dando otra media vuelta y lanzando a Moore una resentida mirada; dijo con su maravillosa felicidad de responder a todas las injurias, y sin perder un átomo de su flemática bondad: no sin duda por el deseo de ver el pálido semblante de este respetable lord lo que me ha traído aquí, ¡donde quisiera condenarme!... Cuando yo sea demasiado viejo, ¡uernos de demonio! para ganar mi beefsteck de la mañana, mi rosheef del medio día, mi budin de las cinco, y mi *cold-without* de la noche, ¡miserias! me pondré en manos de su señoría, para que me envíe, ¡condenacion eterna! por su justo precio al otro mundo.... Ese es su oficio, ¡con que Dios nos castiga segun pienso!

Moore se había vuelto de espaldas, y procuraba no oír nada.

—Vamos, capitán, dijo Tyrrel severamente, vamos al hecho.

—Vamos al hecho, milord.... Me gusta hablar con vos que sois un hombre que sabe vivir, a pesar de que es

verdad ¡fuego del infierno! que a pesar de que os pareceis en un todo a un judío que ví ahorcar delante de Newgate y que tenía cara de un pobre pícaro, milord.... Vos no sois capaz de decir a un caballero que se vaya, tratándolo de asno, ¡condenémonos los dos! ¡qué demonio! ¡y todo el mundo! un hombre que ha mandado con honor el *sloop Hareng* fletado por....

Tyrrel dió una patada tomando el aire terrible que hacia temblar a Susana y a Roboam. Paddy O'Crane lo examinaba con curiosidad.

—Per Gween y Gween de Carlisle, milord, continuó sin apresurarse, creo, ¡rayo del cielo! que V. S. experimenta alguna contrariedad.

Tyrrel cruzó los brazos con aire de resignacion.

—En suma, dijo, vos habeis venido aquí con algun asunto.... ¿Hay algo de nuevo en White-Chapel?

—Milord, si sé alguna cosa, que me muera como un perro en medio del arroyo de la calle.

En caanto a haber venido aquí a algun asunto ¡por la cuerda que puede oprimirnos algun dia el pescuezo! si el diablo quiere, ¡miseria! adivinais justamente.... Vengo porque no hay nadie en el *purgatorio*.... nadie que sea honrado, se entiende, pues hay un centenar de demonios y otras tantas furias que se estrechan en el agujero como bienaventurados.... he venido porque es preciso que hable a un caballero nocturno con el objeto de comunicarle noticias de la mas alta importancia; ¡que nos lleve el diablo! y yo ignoro como todo el mundo, dónde está la casa de su señoría.

Paddy arregló su corbata de crin dando a este movimiento toda la dignidad de que era capaz, y alargó su flaca y larga pierna cubierta con un pantalon de color de gamuza.

—¿Y qué noticias son esas? dijo Moore sin volverse.

—¡Qué Dios nos castigue! respondió O'Crane, seria un atrevimiento para un asno como yo, hablar a un personaje como vuestra señoría.... Milord, añadió dirigiéndose a Tyrrel, Jededias Smith, el pícaro hipócrita, que debo respetar como a un superior, me envia aquí para que sepais lo que sucede en el agujero de Prince's-Street.

—¿Y en qué estado estamos? dijo Moore con viveza.

Paddy, en lugar de responder, se bajó tranquilamente y cogió por los hombros al desdichado Rowley, que se frotaba los costados con la alfombra, examinando el deterioro que habia sufrido su querido volúmen en cuarto. Paddy le levantó imprimiéndole un movimiento de rotacion y le hizo pasar la puerta del gabinete, de tal modo, que cuando Rowley se paró aturrido en medio del cuarto vecino, creyó ver las cuatro paredes andar al rededor de él, y no pudo espresar su sorpresa sino por su ta, ta, ta, ta, bien que pronunciado de modo que hubiera dado que pensar a quien lo hubiese oido; pero Paddy cerró la puerta del gabinete.

—Jededias Smith, dijo sin mas preámbulos, os hace saber, milores, que el trabajo se acabó.

Moore se levantó sin tratar de ocultar su alegría.

—¿Cómo! exclamé, ¿la mina está acabada?

—¿Enteramente? dijo Tyrrel frotándose las manos.

—Sí, milores, y ¡cuernos de Belcebúl ya era tiempo, os lo juro por mi parte de gloria ó por cualquiera otra cosa mas positiva ¡condenémonos todos! El pobre jóven Saunder está a estas horas medio muerto.

—Lo enterrarán, dijo Moore.

—Sin duda, charlatan del diablo, dijo Paddy escandalizado: lo mismo digo yo de vuestros parroquianos.



El anuncio de la total conclusion de la mina establecida entre el almacén Sodawater, de Prince's-Street y las cuevas del Banco, era, como se sabe, impacientemente deseado por los caballeros nocturnos hacia mucho tiempo.

Hacia mucho tiempo que los miembros influyentes de la *Familia* contaban con ese inmenso golpe de mano para llenar hasta el colmo la caja comun. Tyrrel y Moore pidieron amplias esplicaciones sobre todos los pormenores precisos. El Elefante habia llegado la noche anterior hasta el nivel de las cuevas, y un golpe de azadon dado imprudentemente sacó una piedra fuera del tunel, el agujero que produjo la caída de esta piedra comunicaba con una de las cavidades del banco.

Saunder, como si hubiera esperado este momento, se precipitó al agujero. Paddy, que queria al Elefante como un guarda de fieras quiere al leon, al tigre que tiene a su cuidado, trató de levantarlo para conducirlo a su cama. Trabajo perdido, pues para esto hubiera sido necesario valerse de la máquina de elevar áncoras.

De suerte que el desdichado gigante estaba acostado y agonizando sobre la húmeda tierra de la mina.

Todo lo que pudo hacer por él el caritativo Paddy O'Chrane, fué ponerle cerca el enorme cántaro de ginebra.

Cuando el capitán concluyó de dar cuenta de esto añadió cuatro blasfemias como a modo de párrafo final, y se calló.

Tyrrel y Moore se pusieron al instante a escribir.

—Buen jóveu, dijo Moore, es preciso que lleveis al instante este billete al marques de Rio Santo a Belgrave-Square.

O'Chrane tomó la carta.

—Llevaré la carta donde se quiera ¡rayo del cielo! res-

pondió; pero ¿dónde demonios ha sabido vuestra señoría que yo soy un buen jóven?... He conocido verdaderos lores ¡Satanás y su cola! que me llamaban a lo mas capitán....

Toda la casa del doctor se puso en movimiento para llevar cartas semejantes a la que habian encargado a Paddy, y aún despacharon al mismo Rowley a toda prisa hácia S. Boyne para que buscase a toda costa al honrado empleado de la policia metropolitana.

La señora duquesa de Gevres, cuyo título no la envanecía, y que siempre se la hallaba dispuesta en las grandes ocasiones, como si aun se llamara Maudlin Wolf, tuvo la mision de ir al Banco para entregar una carta de Tyrrel a sir Wiliam Marlew, sub-cajero central.

Cuando quedaron solos, Moore y Tyrrel aprocsimaron sus sillas y empezaron una conversacion en voz baja, aunque nadie estaba allí para oír el misterio de sus palabras. Esta conferencia fué larga, y cuando se levantaron dijo Tyrrel, poniendo la mano sobre el brazo del doctor.

—Suceda lo que quiera, creedme y dejadle conducir completamente este negocio.... despues sverémos.

—Pero si tiene pensado, como lo creo, dijo Moore, el hacer de la *Familia* y de nosotros mismos los instrumentos de sus designios secretos.... ¿Si todos estos montones de oro no servirán sino para su provecho?....

—Si todos estos montes de oro sirven para su negocio, respondió Tyrrel riendo, teneis todo lo necesario para hacerle morder el polvo.... Entre tanto, partamos pronto para White-Chapel, ó de lo contrario llegaremos tarde.

Salieron juntos, y Tyrrel cerró todas las puertas, dando dos vueltas a la llave.

Algunos segundos despues de su salida, la puerta del

gabinete que daba al cuarto donde Clara fué confinada, y que Tyrrel no cerró porque no tenía comunicacion alguna con el exterior, se abrió lentamente para dejar pasar a Susana.

La bella jóven atravesó con paso apresurado el gabinete, y levantando el picaporte de la puerta por donde habian salido Tyrrel y Moore, meneó la cabeza sonriéndose.

En seguida desapareció y no tardó en volver con Clara Mac-Farlane, sosteniendo sus trémulos pasos con tierna solicitud.



### III.

#### LA CADENA.

Clara Mac-Farlane estaba muy desfigurada, conociéndose en su pálido y enflaquecido rostro, los efectos del largo y cruel martirio que le habian hecho sufrir: su cuerpo, en otro tiempo tan airoso y de juveniles proporciones, marchaba con trabajo y lentitud.

Aun de este modo era bella; pero su belleza causaba lástima y oprimia el corazón. Si su padre Angus la hubiese visto en este momento, se hubiera enternecido acordándose de la pobre Amy Mac-Farlane, la cual era tambien blanca, débil y bastante bella, aun cuando su macilento pié tocaba el borde del sepulcro.

Pero Amy se alegraba al verse cercana a la muerte, y esta santa y buena muger solo sentia el porvenir de sus hijas.

Clara tenía la vista algo desconcertada, y el horrible choque que habia tenido su sistema nervioso, producía en sus facciones continuos y dolorosos estremecimien-

gabinete que daba al cuarto donde Clara fué confinada, y que Tyrrel no cerró porque no tenía comunicacion alguna con el exterior, se abrió lentamente para dejar pasar a Susana.

La bella jóven atravesó con paso apresurado el gabinete, y levantando el picaporte de la puerta por donde habían salido Tyrrel y Moore, meneó la cabeza sonriéndose.

En seguida desapareció y no tardó en volver con Clara Mac-Farlane, sosteniendo sus trémulos pasos con tierna solicitud.



### III.

#### LA CADENA.

Clara Mac-Farlane estaba muy desfigurada, conociéndose en su pálido y enflaquecido rostro, los efectos del largo y cruel martirio que le habían hecho sufrir: su cuerpo, en otro tiempo tan airoso y de juveniles proporciones, marchaba con trabajo y lentitud.

Aun de este modo era bella; pero su belleza causaba lástima y oprimía el corazón. Si su padre Angus la hubiese visto en este momento, se hubiera enternecido acordándose de la pobre Amy Mac-Farlane, la cual era también blanca, débil y bastante bella, aun cuando su macilento pié tocaba el borde del sepulcro.

Pero Amy se alegraba al verse cercana a la muerte, y esta santa y buena muger solo sentía el porvenir de sus hijas.

Clara tenía la vista algo desconcertada, y el horrible choque que había tenido su sistema nervioso, producía en sus facciones continuos y dolorosos estremecimien-

tos; su boca pronunciaba algunas veces, palabras inesplicables.

El aniquilamiento físico y moral de esta criatura tan bella en otro tiempo, era mucho más notable cuando se le comparaba a la espléndida juventud de Susana, que robusta, graciosa y enérgica, manifestaba generosa inteligencia, nobleza de alma y todos los encantos y seducciones que pueden coronar, como aureola divina, la virginal cabeza de la obra perfecta del Criador; de forma que la tristeza que causaba el aspecto de Clara se convertía en un delicioso é irresistible atractivo a la vista de Susana, porque parecía un genio benéfico que velaba sobre la debilidad y el sufrimiento; porque su tierna y consoladora sonrisa parecía servir de bálsamo a la oculta herida de la enfermedad, y porque cada vez que hablaba Susana dulcemente y como habla una madre joven que está cuidando al lado de la cuna de su hijo, revivía la pobre Clara.

Entraron en el gabinete del doctor Moore. Susana tenía abrazada a Clara por la cintura para sostenerla y animarla. La hermosa joven daba a cada paso un beso en la frente de Mac-Farlane, y arreglando su lenguaje, semejante al que se tiene con los niños que están enfermos, trataba de animar la amortiguada imaginación de Clara.

—Ved como andais sola, mi querida hermanita, le dijo al pasar por la puerta del gabinete, no tengo casi necesidad de sostener.... ¿Sabeis, Clara, que aquí somos dueños las dos?.... nos han encerrado; mas espero encontrar un camino que no han pensado en obstruirnos.... Sentaos y tomad aliento, hermosa Clara.

—Miss Mac-Farlane se dejó caer en el sillón de Tyrrel suspirando y cansada.

Sus ojos desfallecidos y salientes a causa de la flaqueza de sus mejillas, se volvieron hacia Susana, mostrando

una fugitiva expresión de reconocimiento, y en seguida volvieron a quedar parados.

—Yo estaba junto a él, dijo a media voz, y me creía dichosa porque me amaba.... cuando vino Ana.... él se puso a sus pies.... ¡se me partió el corazón!

Su boca se afectó y sus ojos temblaron como sucede en el momento que van a saltar las lágrimas.

—Pero todavía amo a Ana! continuó, y no le diré que me ha matado....

La bella joven se sentó junto a su hermana y estrechándola contra su corazón, la dijo:

—Y haceis muy bien en amarla, mi querida hermanita, pues es buena como vos.... ¡pobre criatura!.... ¿No veis que todos esos recuerdos, que os hacen tanto mal, no son más que sueños?.... ¡Cruel! han atormentado vuestra alma mucho más que vuestro cuerpo.... Escuchadme, Clara, mi bella Clara, vais a veros libre.... no penseis más en las tristes visiones que han atormentado vuestra soledad.... nada de eso es verdad, hermanita!....

—¡Le he visto! dijo a media voz miss Mac-Farlane estremeciéndose, y añadió con sorda voz:

—Sé una larga historia.... nuestra ama de cuna nos la contaba en Escocia.... La joven se llamaba Blanca y el hijo del laird, Bertrand.... Bertrand de Jedburg.... Blanca amaba al hijo del laird....

Clara se detuvo bajando los ojos.

—¿Y después? dijo Susana riéndose.

—¿Después? repitió Clara levantando los ojos y fijándolos en el espacio. ¡Oh! todo el mundo sabe lo que pasó.... Blanca amaba al hijo del laird.... Blanca le amaba tanto que le mató.

Clara dejó caer la cabeza sobre su pecho, y su mano

que estaba entre las de Susana, se quedó helada y humedecida.

La bella jóven redobló sus caricias y consuelos; tenía una persuasión tan penetrante que llegó a producir efecto en el cerrado corazón de la pobre Clara; el encanto produjo su efecto. Miss Farlane vuelta a la vida echó sus brazos al cuello de Susana y le dió las gracias llorando.

Susana se aprovechó de este momento favorable y la dijo:

—Ya habeis descansado, hermana mia. ¿No quereis venir a abrazar a Ana?

—¡Ana! repitió Clara: ¿quién sabe lo que habrá sucedido, Dios mio!...—¡Oh! venid, venid pronto y procurémos hallarla.

Miss Mac-Farlane se levantó sola, y Susana apresurándose a sostenerla, la hizo dejar la dirección de la puerta principal hacía la cual Clara había dado algunos vacilantes pasos; en seguida la dijo:

—Estamos encerradas por este lado, venid, yo sé otro camino.... pues tal vez no volverémos a hallar semejante ocasión si la perdemos.

Habian atravesado el cuarto, y Susana sosteniendo con una mano a Clara Mac-Farlane, puso el dedo sobre un botón de metal, que parecía destinado para sostener las cortinas. La colgadura se movió y una puerta oculta que comunicaba con la casa abandonada del número 9 de Wimpole-Street, se abrió de par en par.

—¡Victoria! exclamó la jóven, y levantando enteramente a Clara, la llevó sin detenerse hasta la puerta del número 9.

Media hora despues se paró un coche en Cornhill, de-

lante de la casa de mistress Mac-Nab. Susana saltó a la acera y mirando la fachada, dijo deshecha en lágrimas:

—¡Oh! ¡bastantes veces la he buscado! ahora no olvidaré el camino.

Llamó, y Ana vino a abrir.

La bella jóven la besó en la frente ántes que Ana la reconociese, y mostrándole el coche la dijo:

—Ana, vuestra hermana está dentro.

—¡Mi hermana! exclamó la jóven saliendo afuera.

Susana, que la vió subir en el estribo de un coche y apoyar la cabeza en el seno de Clara, se quedó un momento inmóvil y enternecida; despues, atravesando rápidamente Cornhill, subió a un birloche, que partió a galope para el palacio de lady Ofelia, condesa de Derby.

Ana se volvió para dar las gracias a la incógnita que conducia a su hermana; pero no vió a nadie delante de la puerta, y solamente oyó una dulce voz confundida con el ruido de la calle, que la decia:

—Volveré.

Ana miró hacía el lado por donde venia el sonido, y vió una bella cabeza que salia por la ventanilla de un birloche que iba a galope. Luego el gentío se interpuo, los grandes ómnibus pasaron y Ana no vió más.

La misma noche, las dos pequeñas camas blancas é iguales que se hallaban a la estremidad de la alcoba común en el cuartito ocupado por las dos hermanas, se hundieron con el acostumbrado peso. Mistress Mac-Mab iba de la una a la otra, y abrazando alternativamente a Clara y a Ana, daba gracias a Dios bañada en lágrimas.

—Betty, decia, ¡oh! Betty, ¿donde está mi Estevan?... Busca a mi Estevan al instante para que vea a las dos...

—No hay que negar que es una fortuna, respondió

Betty, pues una de las dos podía seguramente haber quedado en el camino.... ¡Qué acontecimiento!.... ¡Cuando pienso en ello!... ¡Ah! ¡Lord!... todo el barrio ha hablado de esto de ocho días a esta parte.... En cuanto a Mister Estevan, añadió con aire disgustado, ¡Dios sabe, señora, lo que hará a estas horas!.... Esta noche, no ha vuelto a casa, y el hombre con quien lo ví salir ayer ¡no quisiera pensar mal! tenía la facha de todo lo que se quiera, excepto la de un honrado gentleman.... ¡Pero, cómo me tomo la libertad de juzgar las acciones de mister Estevan! La anciana no escuchaba, ó no quería escuchar, entregándose enteramente a su gozo. ¿No estaban allí las dos por quienes tanto había llorado?

Allí estaban; pero el atentado de Bob Lantern no había quedado sin resultados. Ya sabemos el desdichado estado de Clara, ¿cuántos días de dicha y de reposo, iban a necesitarse para borrar las funestas consecuencias de su martirio?

Ana también estaba demudada, pero afortunadamente el cambio que había sufrido no era tan doloroso; en la parte física, un poco de cansancio; en la moral....

Esto era un secreto para todos y aun para ella misma; Ana no convenía en ello, ¿lo sabía acaso?

Ardua pregunta. Lo cierto es que esta noche no se le presentó a su agitado sueño la imagen de Estevan. O si Estevan se le apareció, el joven médico había tomado, por una extraordinaria transformacion que nuestros lectores no sabrán explicar, las facciones de un héroe de novela; grandes y negros ojos que desfallecian y hablaban de amor, un mirar sumiso y una dulce sonrisa.... un cuerpo.... el cuerpo flexible, gracioso y decidido del bello caballero Angelo Bembo. Cuando Tyrrel y el doctor

Moore salieron de Wimpole-Street, se fueron apresuradamente a White-Chapel-Road para asistir al consejo de los caballeros nocturnos.

La sesion fué, como puede pensarse, animada y muy interesante. La noble asamblea estaba fuera de sí, no contaba mas que por millones de libras esterlinas, y si alguno hubiese tratado de una docena de millares de guineas ó de otra bagatela semejante, no sabemos a qué extremo se hubiese arrojado contra tan importuno orador, el junco con puño de esmeralda del lord Rupert-Bel.... vizconde C é.... el latiguillo del honorable John Peaton, y aun el mismo puño reverendo de Peter Boddlesie, futuro dean de Westminster.

Naturalmente el personaje importante de la sesion, era William Marlew, subcajero central del banco de Inglaterra.

Este gentleman, cuyo mérito aritmético y oratorio nos es bien conocido, calculó por los dedos, que serian preciso mil doscientos hombres y tres noches para dejar vacios los sótanos de Royal-Eschange: tal vez se engañaba; pero no parecia probable, pues era miembro corresponsal de la Academia de ciencias de Chandernagor y vice-presidente del Logarithm's club.

De todos modos, su cálculo se aprobó como sincero y verdadero, no necesitándose saber mas que el modo de introducir mil doscientos hombres en el Banco.

—No es preciso decir que la *Familia* estaba perfectamente representada en el cuerpo de los guardas del subterráneo, famoso por su feroz probidad. No era eso lo que ofrecia mayor dificultad, sino ¡mil doscientos hombres!...

■ Mil doscientos hombres y tres noches.

S. Boyne, el banquero Fanntlevy, Sir George Montalt y otros muchos, trataron de aclarar la cuestion; pero sufrieron una completa derrota, a pesar del leal y parlamentario apoyo del lord Rupert, que dijo muy a tiempo en estas circunstancias su favorita palabra:

—¡Escuchad, escuchad!

—Y sin embargo, dijo el reverendo Peter Boddlesie, viendo que todos dudaban, es honor nuestro el no dejar seis peniques en los sótanos.

—Ciertamente, dijo apoyándolo Marlew.

Todos se volvieron hácia el gefe M. Edward, como si su cabeza inflexible, debiese tener en reserva una solucion para todas las dificultades.

El marques de Rio Santo estaba en su puesto, en el trono de la presidencia; pero no tomaba parte en la discusion, y hablaba con calor con Sir Paulus Bembo, Smith, Falkstone, con el doctor Muller, que ya conocemos, con el escocés Randal Grahame. Estos cinco lores formaban la camarilla del marques, y encontramos entre ellos, excepto el negro y calvo Absalon, que mandaba entonces una barca de observacion en los mares de la China, y el alegre *Rey Lear* que murió en la flor de su edad lleno de virtudes, algunos años antes, todos nuestros conjurados del bosque d'Eagle-River.

—Señores, dijo Rio Santo, sea porque quiso responder a la muda interpelacion de sus iguales, ó sea porque juzgó haber llegado el momento de cerrar la sesion, debo preveniros que en conformidad de los poderes que me habeis conferido, hoy he organizado la vanguardia de la *Familia*. Seria muy largo el explicaros los diversos papeles que nuestras gentes deberán hacer en los diferentes puntos de Londres, para lo cual he tomado el parecer de

dos honorables miembros de la policia que forman parte de esta reunion.

S. Boyne y el comisario de la Cité, se inclinaron en señal de aprobacion, y el marques continuó:

—Es preciso en caso de desgracia, distraer la atencion del gobierno; me limitaré a deciros que todo está dispuesto para que a la primera señal estalle en Londres una revolucion formidable.

—Pero, perdone vuestra señoría, ¿y los veinticinco millones de esterlinas? dijo el reverendo Peter Boddlesie, que no perdía fácilmente de vista lo mas sólido.

Esta interrupcion no desagradó a nadie.

—¡Escuchad, escuchad! dijo lord Rupert.

—Caballero, los veinticinco millones de libras esterlinas serán nuestros, respondió Rio Santo, y a pesar de que estoy de prisa, consiento en haceros saber lo que tengo determinado sobre el particular. Habrá *rush* de nuestros hombres al estremo de Prince's-Street y en Lokbury, en Cornhill, en Cheapside y en King William-Street, por todas partes; y en fin, al rededor de nuestro tunel. Quedará un paso abierto en Threadneedle-Street, al fin del cual se hallarán nuestros furgones con caballos de posta. El gas se apagará delante del almacen de Sodawater y en las cuatro esquinas. Sir William Marlew estará dentro del banco con los guardas de nuestra asociacion.... y debo prevenir a Sir William que todo depende de su serenidad y prontitud. Tendrá bajo sus órdenes el número de hombres que juzgue oportuno; pero le suplico que no pase de veinte ó treinta, porque la confusion es en esto el obstáculo mas terrible.

—¡Veinta ó treinta! exclamó Marlew: ¿Pensais, milord, que veinticinco millones de esterlinas, que hacen seiscien-

tos veinticinco millones de plata francesa, y que evaluados en dollars de la union?....

—Pienso, caballero, interrumpió el marques, que nuestro tunel no es tan ancho como Regent-Street... que la circulación, si debiesen emplearse los medios ordinarios, sería lenta; que el menor obstáculo la dificultaría y que cualquier retardo es fatal en una empresa como la nuestra; todo lo he previsto. Vos, sir William, no tendreis mas que ocuparos del interior del banco y de trasportar los objetos al boquete interior de nuestra galería.

Rio Santo cesó de dirigirse al subcajero central y volviéndose hácia la asamblea, prosiguió:

—Señores, ved lo que tengo decidido. Para evitar las idas y venidas en un lugar estrecho, sería preciso obrar y marchar con un orden que no podemos esperar de nuestras gentes; he pensado establecer una doble cadena que comunique de los sótanos del Banco a Prince's-Street, con cuyo medio nuestra presa, pasando rápidamente y sin interrupcion de mano en mano, llegará con más seguridad a su destino....

—¡Hurra! gritó John Peaton ¡por mi vida que la idea es soberbia!

—¡Perdonad! dijo el reverendo Boddlesie, que no se habia enterado bien.

Propongo inmediatamente un voto de gracias al nobilísimo marques, dijo el par de Inglaterra. Eso si se me permite emplee una imagen poética en presencia de vuestras señoría, será un rio de oro cuyo nacimiento estará en los sótanos del banco....

—Y su desagüe en nuestras faltriqueras, interrumpió el honorable John Peaton: soberbia idea.... desearia que hubiese llegado el día de mañana.

—Pero.... empezó a decir Peter Boddlesie.

John Peaton quiso explicar al futuro Dean de Weestmidster, la imagen poética del noble lord, y arrojándosele le dió un capirotazo en la nariz, y le dijo:

—Pasadlo a vuestro vecino.

—¡Pero milord!..., exclamó el eclesiástico tomando la clásica posición del *boxador*.

—¡Pasadlo a vuestro vecino! repitió el hombre John, que poseia perfectamente el arte de las gracias inglesas.

Nos parece que el reverendo Boddlesie debió decir, Dios nos condene, ó cosa parecida.

—¡Y bien! señor, dijo John Peaton, nuestras gentes harán lo que vos quereis hacer, y en lugar de un capirotazo les darán una talega ó saco de quinientos soberanos y ellos lo pasarán a su vecino....

—¡Ah!.... dijo Peter Boddlesie con aire de dada, y luego de repente dió un golpe sobre la mesa, y estendió cordialmente la mano a John Peaton.

—Delante del almacén de Sodawater, continuaba entre tanto Rio Santo, al cabo de Prince's-Street, se hallará la cabeza de nuestros furgones, protegidos por una partida de nuestras gentes. Luego que estén cargados los furgones saldrán a galope hácia Threaneedle-Street, para llegar a Loaden-Hall y luego a White-Chapel-Road, donde nosotros tambien tenemos nuestros sótanos.

—Y quién será el encargado de vigilar el transporte? preguntó Moore.

—Vos, caballero, y sir Edmundo Mankensie, respondió Rio Santo. Los demas empleos quedan a la voluntad de los gentlemen que se hallan presentes, excepto los señores de la policía, cuyo destino está marcado, y será bueno que todos contribuyan personalmente a sostener los grupos.



—Milord, durante todo este tiempo, ¿dónde estará V. Señoría? preguntó el doctor.

—Caballero, donde haya peligro y trabajo, replicó el marques; a las once de la noche en punto, es preciso que la maniobra empiece en el túnel; hasta entonces Prince's Street estará desierta, para lo que tengo dadas mis órdenes: la policía tendrá bastante que hacer en los otros barrios para que trate de inquietarnos.

Río Santo se levantó, y los caballeros nocturnos se separaron, dejando allí solamente a Jededias Smith, con orden de abrir las puertas del *Purgatorio* al declinar la noche, para que la turba reunida allí y privada de la luz, hiciese irrupción en el exterior, aumentando así el desorden general, en los momentos de crisis.

Río Santo volvió a subir en su carruaje con Bembo y Randal Grahame.

Detras, en otro carruaje, Falkstone y Paulus Waterfield, siguieron el mismo camino, de suerte que los dos coches llegaron a un mismo tiempo a Belgrave-Square.

Eran las cuatro de la tarde, y todas las avenidas de Irish-House se hallaban desiertas, pues Estevan y Perceval no debían venir a apostarse en Belgrave-Square sino una hora después.

Cuando el marques y sus tres compañeros entraron en el salón de Irish-House, había en él dos hombres sentados cerca de la chimenea.

El uno de ellos, ante el cual se inclinó cariñoso y confiado el bello perro Lovely, era el laird Angus Mac-Farlane.

Angus tenía la cabeza baja y parecía tan profundamente absorto en sus reflexiones, que no se meneó al oír entrar los que llegaban nuevamente.

El otro desconocido, al contrario, se levantó y saludó

gravemente al marques de Río Santo. Era un hombre cargado de años, de fisonomía franca y pensadora, ancha frente, donde la meditación había marcado profundas arrugas, y un poco calvo.

Tenia cierto aire de tribuno y de apóstol, y no se hubiera podido decir si su enérgico semblante estaba animado con la dulce firmeza de un predicador de paz, ó con el corazón ardiente de un proclamador de guerra.

Río Santo se adelantó hacia él y le dió la mano, manifestándole cordialidad y respeto.

Seais bien venido, os estaba esperando.

JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

GENERAL DE BIBLIOTECAS

## IV.

## ANTES DE LA BATALLA.

El extranjero a quien el marques de Río Santo saludó tan cortesmente, correspondió en los mismos términos, es decir, con una cordialidad y un respeto a lo ménos igual. Efectivamente, bajo la energía de su varonil rostro se reconocía una especie de humildad cristiana. El sacerdote inspirado que en la edad media fué el primero que levantó la Europa católica para precipitarla a la conquista del Santo Sepulcro, debería tener aquel mismo mirar modesto y penetrante, aquella vasta frente encorbada bajo el peso de una abnegación penitente.

—He visto partir a mis pobres hijos, dijo el anciano, teniendo aún cogida la mano del marques y mirándole fijamente.... los he visto partir y no he tenido valor para detenerlos. Vos, milord, los llamábais, ¿no sois también su padre? ¿No deben en gran parte su vida y la de su familia a vuestra inagotable munificencia? Pero en nombre del cielo, ¿cuál es vuestro designio?

—¿Son diez mil, no es verdad? preguntó Río Santo.

—Sí, son diez mil, y serían muchos más si no, los hubiesen contenido los gastos del viage. No sé si esto es un bien, lo cierto es que nuestros paisanos de Connauhgí van perdiendo su confianza en las promesas del gran libertador.

—Esperad a mañana, interrumpió Río Santo con cierta emoción en la voz; la carta que me anunciaba la llegada de nuestros hermanos, habla también de la vuestra; mañana os explicaré.... mañana lo sabréis todo....

—¿Y de aquí a mañana? preguntó el anciano.

Al mismo tiempo que hablaban en voz baja, se retiraron de la chivenea, al rededor de la cual se sentaron los demás asistentes, a saber: Waterfiel, Randal y Bembo, formando un solo grupo, y aparte Angus, conservando su aire absorto y sombrío.

También Bembo estaba triste y preocupado, pasando su mano entre las finas lanas de Lovely, sin poder atención ninguna a sus dos compañeros, que de cuando en cuando se decían algunas palabras.

—Signore, dijo al fin Pablo, se dice que sobre muchas cosas sabéis más que todos nosotros; podriais decirnos quién es ese caballero que está hablando con el marques de Río Santo?

Bembo no oyó ó no quiso responder; despreciaba y detestaba todos los que componían la asociación, esceptuando a Río Santo.

—Eh, caballero, repuso Pablo con una sonrisa cáustica, d'jad un momento a Lovely, vuestro rival en las buenas gracias de su señoría, y respondió a los que os hablan.

—Gracias, respondió Bembo, de haberme comparado a Lovely.

—Paz, repuso Randal, apretando el brazo de Pablo:

¡y bien, Mac-Farlane! quién os ha roto la cabeza de ese modo?

Mac-Farlane tomó la paleta y avivó el fuego, y en seguida dijo:

—Hace quince años que vino a la quinta de Leed y me hechizó; desde esa época soy un malhechor. ¡Ah! permitir que se asesine es asesinar. Yo soy el asesino de Mac-Nab, y ahora.... ¡mis hijas! ¡mis hijas!

Y en esto reclinó la cabeza sobre el pecho.

—Que me caiga muerto, dijo Randal en voz baja, si este maniático no está meditando alguna cosa.... Le conozco; algun golpe trama.

—¿Qué puede hacer? dijo Pablo encogiéndose de hombros.

Río Santo y su interlocutor volvieron hácia la chimenea muy despacio.

—Pensad, milord, decía el anciano con voz solemne; la espada de Dios debe estar sin mancha, y las vias de la Providencia no se acercan nunca al camino del infierno. Sois poderoso y vuestro corazón ha concebido un desequilibrio noble y grande; pero os recomiendo que los medios sean tan puros como grandioso es el fin. Hasta mañana, milord: cuento con vuestra promesa; mañana sabré si mis pobres hijos pueden daros sus brazos y su corazón, seguir ciegamente vuestro camino y morir cristianamente muriendo con vos.

—Mañana no tendré ya nada que ocultaros, respondió Río Santo.

Y diciendo esto acompañó al anciano hasta la puerta. Al volver se detuvo y se apoyó en la puerta, quedándose pensativo.

—¡Mañana! murmuró al cabo de algunos segundos, ¡Ah! este hombre tiene razón. La espada del Señor debe

ser pura y sin mancha. Pero poniendo en la balanza lo bueno que he hecho, pesará mas que mis faltas.... ¡Después de haber trabajado veinte años!....

—Hermano mio, prosiguió al fin, alargando la mano al laird: me alegro de encontraros aquí; hubiera sentido que faltaseis a esta reunión, donde se hallan juntos todos los que poseen una parte de mi secreto: hace mucho tiempo que os lo he confiado enteramente.

—Hace quince años, en la quinta de Leed, repuso Mac-Farlane con voz sorda.

—Amigos míos, escuchadme, saltó Río Santo, escuchadme. Ya ha llegado la hora de descubrirnos todos mis proyectos.... Hace veinte años que yo solo he declarado la guerra a la Inglaterra en nombre de mi difunto padre y de la oprimida Irlanda. Hace veinte años que trabajo sin cesar.... Esta noche voy a dar la batalla y a decidir con un solo golpe el destino de la guerra.... Os ha elegido mi segundo.

—Gracias, dijo Bembo.

El laird cruzó los brazos y dijo secamente:

—¡Ah! ¿esta noche? está bien, hermano mio, me alegro de haber venido.

—Todo está dispuesto, continuó Río Santo; pero no creais que vais a ir a combatir como víctimas; la victoria está segura.... mas segura que si yo me llamase Fernando ó Nicolas, teniendo a mi espalda a los soldados del Austria ó de la Rusia. En el momento en que os hablo, la Irlanda armada espera la señal de la guerra; el país de Gales, dispuesto a sublevarse, disimula la vasta conspiración de sus habitantes bajo la forma de máscaras grotescas, y desenvaina la espada mientras se les cree ocupados en llenar de caricaturas las paredes nuevas de las puertas de la administración de derechos mu-

nicipales. Birmingham y los condados manufactureros se agitan por la carta del pueblo: allí tengo 50 000 soldados que solo esperan un grito dado en Londres para estrechar sus filas y marchar. En las inmediaciones de Londres innumerables reuniones han proclamado también la carta del pueblo, y el nombre nuevo de *cartistas* hace temblar en el consejo a los ministros del rey.

En Londres somos fuertes. Hoy mismo, rumores fatales han conmovido la Bolsa. La Inglaterra se cree amenazada de un segundo bloqueo continental. Todo el mundo teme; el comercio se turba; los capitales, sangre de las venas de Inglaterra, van a dejar de circular; el coloso va a caer en un acceso de parálisis. En estos momentos va a ser formidablemente atacada. Al mismo tiempo que la compañía de las Indias está llevando ruidos golpes, y que deplora la pérdida de sus factorías, de sus buques y de sus cien millones anuales de que el reciente edicto del emperador de la China contra el opio va a privar a su tesoro....

—¿Y tú eres el que ha hecho, ó quien hará todo esto? dijo Fergus.

—Yo, yo solo, respondió Rio Santo.

—¿Y entonces qué queda para nosotros? preguntó Bembo, que temblaba de impaciencia y ardor.

—¡Mi hermano Fergus es muy poderoso! repuso el é aird antes que Rio Santo pudiese responder; cuando habla, se obedece. ¡Ah! ¡qué contento estoy de haber venido!

—Gracias, hermano mio, respondió el marques. Y yo también me considero feliz de darte la mano a la hora del peligro, a tí, a quien he elegido entre todos para esplayar mi corazón.

Rio Santo continuó:

—La compañía equivale a la mitad de la Inglaterra. La otra mitad, la parte noble de este gran cuerpo, la cabeza y el corazón, en una palabra, el gobierno, están minados con igual energía y violencia. En este instante está remuido el parlamento, que nada dice sobre esto, temiendo hacer espantosas revelaciones, Whigs y Torys dejan a un lado el dèdalo de embarazos y de obstáculos donde ha conducido a la Inglaterra lo que ellos llaman la fatalidad.

¡Oh! si nada dicen, no es porque dejen de saberlo. El pauperismo estiene por todas partes sus espantosas llagas. No hay trabajo, solo hay montones de oro y ningún pan.

Sobre este cuerpo agotado van a caer nuestros golpes. Somos fuertes, a fé mia demasiado fuertes; y verdaderamente yo me avergonzaria de atacar, si nuestra causa no fuese tan santa, porque seremos veinte contra uno en la pelea. Contad conmigo nuestro ejército: Spitaelfields ha debido vomitar esta noche millones de tejedores audaces y turbulentos, irritados con la reciente baja del salario: S. Gil ha abierto sus cuevas, y ha arrojado fuera de ellas sus innumerables habitantes como una inundacion furiosa que no puede contener ningún dique: la Irlanda nos ha enviado diez mil soldados, que esperan mis órdenes: la *Familia*, en fin, de quien soy el gefe para dirigir sus poderosos recursos contra el enemigo, la *Familia* cuyos miembros son innumerables, coadyuvará a mis designios sin saberlo.... ¿Qué decis de mi ejército?

—Digo que algunas veces se os puede adivinar, milord, respondió Bembo.

—Es una vasta combinacion, añadió Randal con aire pensativo.

—¡Dios me condene! saltó Waterfield: no habia necesi-

dad de todo eso para reducir a la razón a algunos centenares de guardias de caballería y de otros tantos bribones azules ó encarnados.

El laird levantó dulcemente la cabeza.

—Sí, sí, murmuró, mi hermano Fergus hace todo cuanto quiere. Hace doce años que Mac-Nab ha muerto y todavía no le he vengado. Cuando se puede contener la venganza de un hombre sin matarle, es uno tan fuerte como el destino. ¡La voz de los sueños puede mentir! Ahora a Mac-Nab se agregan mis dos hijas. ¡Qué contento estoy de haber venido?

Rio Santo, que había hablado hasta entonces con ardor y arrojo, se recogió un instante y repuso con tranquilidad la voz:

—He aquí, amigos míos, cual es ahora vuestro sitio en la batalla; Angelo, id inmediatamente a la esquina de la calle de Santiago que estará ahora llena de gente. Allí encontraréis algunos miembros de la *Familia* y quinientos irlandeses armados. Los gefes tienen un pañuelo liado al sombrero y esperan a su comandante; os haréis reconocer con la seña, que es ERIN: esperaréis y os aproximareis al palacio de Buckingham donde está el rey.

—¿Y qué debo esperar? preguntó Bembo.

—Esperaréis que un cañonazo os indique la señal para atacar el palacio de S. M.

—Está bien, milord: podeis contar conmigo, respondió Bembo.

—Vos, Pablo, iréis a White-Hall y os encargareis del almirantazgo, de la tesorería y de los guardias a caballo. Allí hallareis gefes subalternos que os están esperando, no os faltarán hombres.

¿La seña es la misma? dijo Pablo.

—La misma, é igual seña.

—Como soy, O'Breane, ó milord, si lo preferis, esclamó el antiguo matador de bueyes: debo deciros que me burlo de la verde Irlanda como de los antipodas; pero a pesar de eso haré lo que querais. Es cosa convenida.

—Vos, Randal, continuó el marques: os encargareis del Parlamento, particularmente de los ministros, a quienes prenderéis.

Smith y Falkstone que están ya prevenidos, cercarán las oficinas de la compañía de Indias y el palacio de Sommerset.

—¿Y vos, milord? pregunto Randal.

—Yo, respondió el marques, os haré la señal con los viejos cañones de la Torre de Londres, donde sé el modo de introducirme.

—Vos, hermano Angus, vos me seguiréis siempre a todas partes.... no es este el momento de separarnos.

—¿Qué contento estoy! repuso el laird.

—Ya es tiempo de separarnos, continuó el marques: hasta la vista, Angelo; Dios os proteja, hijo mio. Hasta la vista, amigo Randal, y vos valiente Waterfield, espero que nos reuiremos pronto.

—Ojalá que no os engañeis, milord, murmuró Bembo con emoción.

Y en esto apretó la mano que le alargó Rio Santo. Randal y Pablo hicieron lo mismo, y los tres salieron por la puerta escusada que da a Belgrave-Lane para dirigirse a sus respectivos puestos.

Angus y el marqués se quedaron solos.

Este último tomó un par de pistolas y se metió en el pecho un puñal corto. Mientras que estaba ocupado en esto, el laird, pálido y trémulo, atravesaba la sala dirigiéndose a la ventana, que abrió.

—¿Os sentis malo, Angus! le preguntó el marques.

—Sí, hermano mio, dijo con voz balbuciente el laird: si me siento malo.... porque todavía os quiero: ¡si supierais cuánto os quiero! ¡Dios mio! me faltan las fuerzas. Yo no quiero ir contigo, no. La voz da los sueños.

—¡Otra vez! interrumpió el marques sonriéndose, ¿no ha concluido la calentura?

—¡La calentura! repitió Angus; escucha: ¿sabes por qué te quiero? Ahora mismo estaba resuelto.... Ahora.... Ah, hermano mio, te ruego que no vayas, no vayas.

Río Santo se engañó y creyó que este repentino temor, provenía de los peligros que le amenazaban.

—¡Quita allá, Mac-Farlane! dijo el marques, esos son temores pueriles; si muero, moriré contigo.

Acercóse a la ventana y quiso coger la mano del laird; éste, que estaba entregado a una emoción irresistible, se arrojó en sus brazos llorando.

Las negras sombras se agitaban sobre la nieve, del mismo modo que los soldados formados en batalla se agitan a la voz de ¡atención!

## V.

## EL ÚLTIMO PASO.

Apenas tocó Angus el carrillo del marques se retiró voluntariamente. Su rostro horrorizaba y su vista vagaba en el espacio cada vez más agitada.

—¡Judas, judas! ¡he besado a mi hermano!

El marques se volvió a la chimenea y tocó la campanilla con fuerza.

—Que pongan el tiburón, dijo al criado que se presentó, y que enganchen el mejor caballo.

Pocos minutos después que se fué el criado, Río Santo bajaba el peristilo de Iris-House, arrastrando lentamente al laird tras de sí.

—Subid, Mac-Farlane, dijo Río Santo.

El laird permaneció inmóvil.

Suscitóse un rumor lento y casi imperceptible por toda la plazuela. Las personas que estaban esperando desde tres horas antes, empezaron a marchar por la acera adhe-

rente a la verja, y poco despues estaban ya delante del peristilo de Iris-House.

Frank Perceval y Estevan que estaban apostados mas lejos, atravesaron la calle y vinieron a la acera dependiente de las calles de aquel lado.

En seguida se acercaron con precaucion al tilbury.

Rio Santo que habia dado una vuelta al rededor del carruaje para acariciar a su caballo favorito volvió, y cogió el brazo del laird, diciéndole:

—¡Vamos, hermano mio, vamos!

—No, no, dijo éste tres veces, ¿qué importa la voz de los sueños?

Rio Santo le miró atentamente.

—¿Qué teneis, Angus? le preguntó; el tiempo urge. ¿No quieres venir conmigo?

—Sí, hermano mio. ¡oh! ¡tened piedad de mí!... Volved a la casa, volved pronto, voy a deciros lo que pienso... si supiéseis!...

Rio Santo dudó un momento, y al tiempo de poner el pie en el estribo, dijo:

—Quedaos ó venid, hermano mio, haced lo que querais; pero despachaos, porque tango contados los minutos.

El laird se arrojó al estribo despues de Rio Santo.

Este cogió las bridas, y levantando la cabeza para tomar direccion, notó por la primera vez dos ó tres hombres en medio de la calle.

Entonces concibió una vaga sospecha.

—Vamos, hermano mio, gritó Angus, cuya emocion aumentaba por momentos.

El marques notó a derecha é izquierda en las aceras algunos hombres que al parecer estaban esperando.

—¡Cosa singular! dijo.

—Vamos, hermano mio, repitió otra vez Fergus temblando.

Rio Santo levantó la vista, miró y notó que el semblante de Angus estaba alterado.

—Milord, milord, dijo en este momento un criado que bajaba rápidamente la escalera del peristilo; esos hombres que os rodean están armados.... he visto....

—Sí, sí, interrumpió Angus; atropelladlos, ¡vuestro caballo es bueno!

Rio Santo midió con la vista el terreno que iba a recorrer y los claros que habia entre él y los hombres que le designaban:

—¡Clara, mi bella Clara! dijo dulcemente el laird.

El caballo enderezó sus piernas, levantó el cuello y estiró las orejas.

Rio Santo recogió las riendas, y dijo a media voz:

—¡Hop! ¡Clerc! ¡hop!

El caballo partió tocando la nieve con las narices:

—¡Clara, Clara! repitió el laird.... Lo habia olvidado; ¿qué has hecho de Clara?

Hasta este momento, los hombres apostados por Estevan y Frank habian permanecido indecisos, esperando con ansia la señal convenida entre ellos y el laird.

En el momento en que este último hizo cejar el carruaje, las personas apostadas se movieron y cercaron el tilbury.

—¡Ah, hermano mio! repuso Mac-Farlane con voz sonora, ¿qué has hecho de Clara.... qué has hecho de Ana?

Estas furiosas quejas eran un enigma para Rio Santo.

Su primera idea fué que estaba rodeado de agentes de policía, y que Smith ó algun otro le habian vendido.

En este momento, dos hombres agarraron la brida del caballo.

Reinaba el mayor silencio al rededor del tribunal. La puerta de Irish-House se habia abierto, y en las escaleras estaban ocho ó diez criados de librea mirando.

El laird tenia cogidas las bridas con una mano y con la otra tiraba de los faldones de la levita de Rio Santo.

Este le desvió con dulzura.

—Señores, dijo con voz sonora, tranquila y vibrante en medio del silencio: Yo me llamo D. José María Tellez de Alarcon, marques de Rio Santo. Soy grande de Portugal de primera clase, y encargado de una mision diplomática cerca del gobierno inglés. Si sois caballeros, creo que, despues de esta explicacion, que no estoy obligado a hacerlos, debéis soltar las riendas de mi caballo y separaros. Si sois agentes de policía, os intimo que desocupéis la calle, contentándoos con este insulto brutal y contrario al derecho de gentes.

Ninguno de estos hombres se movió; pero Frank y Estevan, saliendo de la acera, vinieron a colocarse el uno a la derecha y el otro a la izquierda del marques.

—No hace mucho que el marques y yo, dijo Frank, nos hemos visto de cerca para tener la necesidad de decirle mi nombre y títulos.

El marques se bajó para ver mejor.

—¡El honorable Frank Perceval! murmuró con tristeza: se dice vulgarmente que las gentes a quienes se deja con vida por conmiseracion, se convierten en enemigos implacables. ¿Qué quereis, caballero?

—Vengo a pedirlos cuenta de un crimen bajo, y que no tiene nombre; y empuñándose le dijo en voz baja:

—Soy hermano de Harriet Perceval, milord.

—Y el amante desgraciado de María Trevor, añadió irónicamente el marques: os declaro que no tengo el honor de conocer a vuestra hermana.

—Es verdad, repuso Frank, la habeis matado sin conocerla.

El marques iba a pedir explicaciones, y volviéndose de pronto se halló cara a cara con Estevan.

—Yo soy hijo de Mac-Nab, dijo solemnemente este último.

Rio Santo se estremeció de piés a cabeza.

—Caballero, continuó Estevan con calma, tened la bondad de apearos: ya comprenderéis que cualquier clase de resistencia seria una locura, y que será mejor para vos evitar la triste necesidad de valernos de la violencia.

Todos los criados y lacayos del marques eran ingleses; y así es que contemplaban esta escena con la mayor flemma.

—Callad, sobrino mio, exclamó el laird, cuya turbacion se iba aumentado ¡hablais mal! ¡Ah! cuando se aborrece es preciso hacerlo con fuerza.... ¡Ha matado a vuestro padre y me ha robado mis dos hijas!

—¡Yo! quiso interrumpir el marques.

—Sí, las dos, Clara y Ana.

Y en esto se arrojó a Rio Santo y le asió por el pescuezo. Mac-Nab y Perceval quisieron interponerse.

En este momento, Rio Santo, que acababa de desasirse del laird, levantó la cabeza, y al ver esta accion, Frank y Estevan dieron un grito.



—¡La cicatriz!

El laird que habia sido arrojado violentamente por el marques, fué a caer en los brazos de Estevan y se oyó una voz imperiosa que decia:

—¡Soltad la brida, ó sois muertos!

Los dos hombres que tenían asido el caballo no obedecieron: en este momento se oyeron dos detonaciones.

—¡Hop, Clerc! ¡hop! dijo el marques.

El dócil caballo obedeció al frente que estaba ya libre, porque los dos hombres cayeron rodando por la nieve.

El tilbury partió como un rayo.

—¡Cien guineas a quien le detenga! exclamó desesperado Estevan y echando a correr detras del marques.

Donnor de Ardagh esgrimió su largo cuchillo que tenia en la mano.

—¡Oh, Donnor va a detenerle por nada! El lord tiene su buen caballo, pero a la entrada de Belgrave-Street están empedrando, y los caballos no reparan en esto; si el tilbury me atropella, creo que cuidaréis del niño que está en San Gil.

Donnor estaba ya lejos y llegó ántes que los demas a la esquina de Belgrave-Street, precisamente en el momento en que el marques, detenido por el obstáculo indicado, volvia a galope para tomar el otro lado de la plaza.

Donnor se arrojó a las varas del tilbury, y fué arrastrado a pesar de los esfuerzos del marques.

Poco despues el caballo tropezó:

—¡Hop! dijo Rio Santo.

El caballo saltó y volvió a tropezar; a los diez pasos cayó muerto.

Donnor cayó ecsànime en la nieve, dando un grito de victoria. Habia conseguido meter todo el cuchillo en el vientre del caballo.

—¡Oh! dijo a Estevan, que venia corriendo: hasta ahora nada he hecho que valga el pan que me habeis dado y los vestidos de la niña.

## VI.

## EFECTOS DEL FRIO EN UNA ASONADA.

Las dos varas del tilbury se habían roto al caer, y el marques de Rio Santo había sido arrojado con violencia en el suelo. Permaneció algunos segundos aturdido con el golpe; pero a pesar de esto, se levantó ántes que la multitud de sus adversarios pudiese sujetarlo.

Estaba de pié en medio de la calle y con el puñal en la mano.

Todas las ventanas de Belgrave-Square se habían abierto al ruido que hicieron los tiros. Los criados salieron a la calle, y los amos procuraban ver sin molestar se. De las calles inmediatas salían algunos grupos de gente movida por la curiosidad.

Los primeros combatientes que llegaron cerca del marques, se detuvieron sin atreverse a atacarle, porque la brillante luz del gas dejaba ver su actitud determinada, y sus vigorosos y flexibles miembros de su cuerpo, como si fuese medio día.

—¡Cómo! los dos a un tiempo, dijo el marques burlándose.

Había cortado el choque de Frank y tenía el puñal levantado sobre Estevan, que acababa de tropezar con una astilla de las varas del tilbury. Pero no le hirió.

En esto se oyó en la dirección de Chapel-Street un clamor lejano y confuso.

—Rendíos, milord, dijo Estevan despues de haberse levantado; ya veis que la resistencia es inútil.

—Veo que sois veinte contra uno, respondió Rio Santo. En todos los países esto sería una cobardía; pero en Londres es prudencia y hábito.... Me rindo al honorable Frank Perceval.

—Milord, repuso éste, este no es el momento de irritarse por vuestros dichos. Tened la bondad de seguirnos.

Efectivamente, se pusieron en marcha y llegaron a la esquina de Belgrave-Square.

—Apresurémonos, dijo Estevan, si no queremos hallar obstruido el camino.

—Esto parece una asonada, añadió uno de los hombres que lo acompañaban.

Efectivamente, era el ala de un inmenso ejército que a aquellas horas llenaba las calles de Londres con sus innumerables batallones. Eran los habitantes de San Gil, los ladrones de la familia y los irlandeses, que siguiendo la dirección que les habían dado, se precipitaban por los parques hasta Buckingham Palace.

Con solo haber pronunciado una palabra en medio de esta multitud, Rio Santo hubiera podido salvarse.

Pero debía encontrar aún en el tránsito un obstáculo vivo, un hombre que parecía haber sido elegido por Dios para hacer mas amargo el cáliz. Angus Mac-Farlane

había asistido al consejo secreto celebrado en Irish-House, y sabía que de esta multitud proveían los gritos que el marques oía como un preludio de su salvación. Aunque mal parado aún de su caída se arrastró sobre la nieve hasta la entrada de Chapel-Street y gritó que se detuviesen; Rio Santo se demudó al oír esta voz.

El laird habló. Estevan y Frank variaron de dirección y como el marques rehusaba dar un paso mas en sentido contrario, le cogieron por el cuerpo y le obligaron a andar.

En Belgrave-Street le entregaron a unos agentes de policía, que la doble detonación de las pistolas había llevado a aquel sitio; y los cuales condujeron a Rio Santo al puesto de policía de Westminster, escoltado por todos los que habían contribuido a su arresto.

Entre tanto, los conspiradores se perdían en congeras.... No se daba la señal, los tenientes de Rio Santo esperaban con ansia; el cañon de la Torre no disparaba.

Pasaban horas y la nieve caía en gruesos copos. Los conspiradores tuvieron frio.

Es sabido que las asonadas se disipan del mismo modo que se forman. Quién sabe de donde viene la tormenta, ni dónde va? A las diez de la noche los agentes de policía recorrían las calles de Londres por donde el paso de la cohorte había dejado un aumento considerable de lodo.

Los conjurados no habían cedido en un solo sitio: en la esquina [de Prince's-Street y de Poultry. Ya sabemos que allí había un objeto y que no había necesidad de señal para empezar el pillage del Banco.

Se había fijado el momento, y a las once de la noche debían empezar las operaciones.

Pero el laird había tenido tiempo para hacer su decla-

ración a la policía de Westminster. A eso de las diez, un batallón de guardias de infantería desembarcó por Threadneedle-Street y se situó tranquilamente delante de la puerta del almacén de Sodawater.

Eran las doce, y todo el mundo dormía en la ciudad, excepto algunos albañiles que estaban ocupados en tapiar la puerta de dicho almacén.

Finalmente, no quedaba ya nadie en el subterráneo, por lo cual Smith daba gracias al cielo; nadie, excepto Saunder el Elefante que se hallaba tapiado con los restos de la cena de la víspera y con su jarro de aguardiente.

Era ya muy tarde cuando Susana se separó de Clara Mac-Farlane a quien acababa de salvar, en la acera de Cornhill delante de la casa de Mac-Nab, y se hizo conducir a Regent-Street a casa de la condesa de Derby.

Hacia dos días que la bella jóven había sido separada a la fuerza de Brian de Lancaster, en el momento en que acababa de contarle su historia. Desde entonces ignoraba enteramente lo que había sido de Brian. Durante estos dos días había estado muy inquieta, y se había consagrado al oficio de protectora que la imponía el estado de la pobre Clara. Pero luego que esta volvió al lado de su familia, el recuerdo de Lancaster volvió a dominar a Susana.

Llegó a casa de la condesa de Derby, a quien halló sola y recostada en un sofá, pálida, abatida y sumamente desanimada.

Al ver a la jóven Ofelia, se sonrió casi con alegría.

—Cree que me abandonábais, le dijo, me alegro mucho de veros.

Susana le cogió la mano, que apretó dulcemente entre las suyas.

—¿Qué pálida estais, mi querida lady! ¿os sentís mala?

La condesa llevó la mano a su corazón.

—Sí, respondió, y mi mal no es de aquellos que un médico puede curar con facilidad. Yo os contaré mis penas, Susana. Pero, ¿qué habeis hecho todo este tiempo?

—Yo no puedo deciros que os contaré mis penas, repuso la bella jóven sonriéndose con tristeza: mis penas son un secreto; y este secreto no es mio. Creed, querida amiga, que el dia en que yo pueda contaros mis penas, será para mí muy grato: lo haré con vos del mismo modo que lo he hecho con Brian de Lancaster, con quien voy a casarme.

—Ya sabia yo que me traiais un consuelo; ¡es para mí tan dulce veros feliz! Yo conozco a Brian, puedo deciros que es noble y bueno. Y al decir esto, besó a Susana en la frente.

—Vengo a pedir os asilo, Ofelia, dijo la jóven. Si no puedo revelar os un secreto, a lo ménos debo deciros el aprieto en que me hallo... no tengo donde ir.

—¿Cómo, exclamó Ofelia! ¿La señora duquesa de Gervres?

Susana quedó silenciosa.

—Perdonadme, prosiguió la condesa: os agradezco que consideréis mi casa como la vuestra.

—Conozco vuestra bondad, mi querida lady, vengo a pedir os un asilo, y ademas...

—¿Qué otra cosa? preguntó con dulzura la condesa.

—Hace dos dias que no he visto a Brian.

Lady Ofelia se levantó sin hacer el menor esfuerzo para coger una campanilla de oro que tenia algo lejos.

—Ya veis, Susana, me habeis curado.

—Joanh, añadió, dirigiéndose a la doncella que se presentó al sonido de la campanilla, dadme lo necesario para escribir.

La doncella obedeció y la condesa mojó la pluma en la tinta.

—Es preciso causarle una sorpresa, querida mia, no quiero decirle que estais aquí, cuando venga....

—No, no, Ofelia, al contrario, decidle que estoy aquí. Una noche es bien larga y debe creerme cercada de peligros....

—¿Cómo, Susana? ¿peligros? en todas partes los hay. Voy a decir a Lancaster que en mi casa nada teneis que temer.

Y su pluma trazó tres ó cuatro renglones.

—Joanh, repuso cerrando la carta, es preciso que Tom lleve este billete al instante a Clifford-Street, y que me traiga la respuesta.

La criada salió, y la jóven dirigió a su amiga una mirada de reconocimiento.

Susana miraba muchas veces la manecilla del reloj; lady Ofelia que la observaba se sonreía, porque sin duda se acordaba de muchas miradas de esta especie, hijas de la esperanza y de la impaciencia.

En fin, Joanh se presentó de nuevo con una carta en la mano.

—Dádmela, dijo la condesa.

Susana estaba pálida de emocion.

La criada alargó la carta a su ama, quien reconoció ser la misma que acababa de escribir, la cual no habia sido abierta.

—¿Qué significa esto? preguntó.

—Hace tres dias que el honorable Brian de Lancaster salió de su casa y no ha vuelto todavía.

Susana estuvo para caer y se recostó, trémula, en el respaldo del lecho de reposo de la condesa.

## VII.

Hacia las dos de la tarde del día siguiente, el vizconde de Lentures Luces se hizo anunciar en casa de la condesa de Derby: Lady Ofelia se había levantado y estaba en su gabinete con la princesa de Longueville, la cual se había quedado aquella noche en Rarnwood House.

—¿La señora condesa tendrá la bondad de permitirme? dijole cojiéndole la mano....

—Hermosa dama, dijo, yo no había reparado aún en este gracioso broche.

—Sí tal, vizconde, respondió Ofelia; esta es la tercera vez que os ha parecido muy lindo.

—¿Hablais de veras? dijo entre dientes el francesito. Tenemos en este momento una grande cosecha de noticias....

—¿Qué hay, pues? preguntó vivamente lady Ofelia.

—Puesto que parece que estais impaciente os diré una cosa que no puede menos de interesaros.... María Trevor ha resucitado.....

—¿Pues estaba acaso en peligro de muerte? preguntó la condesa.

—¿Cómo! ¡hermosa dama! ¡cómo, milady!... exclamó, yo no esperaba.... Pero a la verdad, ¡tanto mejor! Tendré a lo ménos el gusto de contaros muy detalladamente este acontecimiento.... Figúrense vdes., bellas damas.... porque la señora princesa ignora acaso tambien este hecho.... ¡De veras? ¡ah! ¡ah! a fé mía, ¡tanto mejor!.... Figúrense vdes....

En esto el francesito contó largamente, y a su modo, lo que nosotros sabemos acerca de la rara enfermedad de miss María Trevor.

He aquí una buena noticia, vizconde, dijo Ofelia. Pobre María, me alegro mucho de saber su restablecimiento, al mismo tiempo que su enfermedad.

—Hermosa dama, teneis un corazon adorable.... Pero la historia no concluye aquí. María, vuelta en sí, ha hablado en términos muy diferentes de lo que acostumbraba; se creia, y yo el primero, que tenia una inclinacion muy pronunciada por ese querido marques de Rio Santo.

Y bien, todo lo contrario. María ama a Frank Percival; que es un jóven muy gracioso; pero que no llega ni cou mucho al marques.

—Esto tambien es una buena nueva, dijo entre dientes la condesa.

—Pero esta no es aún la grande noticia.... Se trata de nuestro querido Brian de Lancaster....

Susana dejó caer sus brazos y quedó en una inmovilidad tan perfecta que cualquiera la hubiera creido una estatua.

—¿Qué ha sucedido? preguntó la condesa.

—Yo podria, sin riesgo alguno, explicároslo de mil

modos, hermosa dama; pero siempre he tenido por cosa bien triste la costumbre de hacer sufrir a los que escuchan.... He aquí el hecho: es casi increíble.... Brian está loco.

Susana se estremeció, pero guardó silencio.

—¿Qué decis, vizconde? exclamó Ofelia.

—Sí, milady, y con un verdadero sentimiento.... ¡Pobre Brian!.... Los periódicos de antes de ayer le acusaban de haber tirado un pistoletazo a la princesa Victoria de Ken....

—Creo que todo eso es falso....

Lentures Lucés se encogió de hombros, dándose importancia.

—Todavía hay cosas mas graves, repuso; lo cierto es... y lo sé por buen conducto, como todo cuanto yo sé, que Brian ha escalado a la fuerza, hace tres días, el invernáculo japonés del palacio de Hew.

—¡Dios mío! ¿y para qué?

Susana respiró y llevó la mano a su corazón.

—Para buscar una camelia, bella dama, una camelia que hubiera encontrado por seis peniques en casa de cualquier florista.

—¿Y no ha manifestado otros síntomas de locura? dijo Susana, en cuyos ojos brillaba la dicha y el orgullo acordándose de la relación de Lancaster.

—Hermosa dama, respondió Lentures Lucés, sois muy exigente; supongo que vuestra gracia no hallará esta palabra muy disonante.... Se dice que Brian ha sufrido una descarga de los guardias de caballería, y que ha reventado su caballo Ruby que vale quinientas guineas, por una camelia de seis peniques.... Me parece....

—¿Pero, y si esta flor era para él de un precio que vos no podeis calcular?

—¡Ah!.... exclamó el francesito; si es preciso hablar seriamente, yo no veo....

—¿Y qué ha hecho en definitiva, el honorable Brian de Lancaster? interrumpió la condesa.

—No sabré deciros, bella dama, respondió Lentures Lucés, en qué casa de locos el gobierno le ha encerrado.

A estas palabras Susana se quedó pálida.

—¡Encerrado! dijo, ¿si estará preso?

—Sí, sí, milady, en cuanto a eso, el hecho es positivamente oficial.... Es necesario confesar que su estravagancia traspasaba los límites permitidos.... Pero lo mejor del cuento es, que en el mismo día, White-Manor, hermano mayor de Brian, se ha vuelto también loco furioso.

Susana tenía inclinada la cabeza sobre el pecho, y no escuchaba lo que Lentures decía.

—Su señoría el conde de White-Manor ha sido transportado inmediatamente a Denham Park, asilo reservado a los locos de alta categoría. Acaso Brian se halla también allí.... Yo procuraré saberlo.

El francesito, no teniendo mas que decir, se levantó; tenía precisión de ir a otra parte para proseguir su papel antes de la hora de comer.

Luego que marchó, la condesa procuró disminuir la impresión que este discurso habia producido en Susana; pero todo fué inútil. La hermosa jóven, en vez de alegrarse, se ponía cada vez mas triste.

—Es necesario que yo lo busque, Ofelia, dijo al fin levantándose. Es preciso que yo vuele a su socorro....

La condesa no encontró palabras para combatir esta resolución, pues en semejantes circunstancias, ella hubiera hecho otro tanto. Y no pudiendo, a causa de su excesiva debilidad, acompañar a Susana en sus pesquisas, le dió instrucciones y cartas de recomendación para los directores de los principales *asilos* ó casas de sanidad de los alrededores de Londres, pues no creía probable que hubiesen encerrado a Brian en uno de los depósitos de la ciudad.

Susana partió aquel mismo día, pensando que encontraría a Brian en Londres; fué directamente a Wakefield en el condado de York. La casa de Wakefield es el dechado de los *asilos*. De todos los países civilizados vienen a visitarla hombres experimentados y sabios. La Francia y los Estados-Unidos nos envidian este establecimiento y cincuenta mas que van a construirse en varias provincias. La envidia no ratiocina. Wakefield sería bastante para contener todos los locos de Francia, ó a lo menos todos aquellos que están encerrados.

Susana salió de Wakefield para ir al *asilo* de York; de allí pasó a Hauwell, distante de Londres solamente ocho millas, en el camino de Uxbridge.

En Hauwel, no ménos que en Wakefield, no tuvo el menor indicio del paradero de Brian; igual resultado tuvieron las visitas que hizo en todos los otros establecimientos, tanto públicos como privados, sin exceptuar el Retiro de los Amigos [euakaros] del condado de York.

Sin embargo, en una ocasión creyó haber hallado lo que buscaba, en la opulenta y aristocrática casa de sanidad fundada en Deham-Park por M. Benjamien Rotch, antiguo miembro del parlamento. Tan luego como Susana pronunció a su llegada el nombre de Lancaster,

se le respondió que en efecto hacia dos dias que vivía en el palacio un gentleman de este nombre. Fuera de sí de impaciencia, suplicó a los empleados de la casa que la introdujesen en la habitación donde estaba este caballero.

Le abrieron la reja de un jardín sombrío en el cual se paseaban algunos hombres de un aspecto pacífico y distinguido.

—Esperad, milady, le dijeron, ese caballero va a venir con sus guardianes.

La bella jóven se sentó debajo de un enramado y esperó.

Al cabo de algunos minutos, Susana vió venir a un anciano de un exterior enfermizo y maligno, cuyos gestos y miradas estúpidas indicaban muy claramente la locura. A su lado venían dos caballeros sumamente elegantes que le sostenían y le prodigaban todo género de atenciones y cuidados.

El anciano era el hombre que ella esperaba; y los caballeros sus guardianes.

—¿Milady desea hablar a milord? dijo uno de los caballeros.

—No, señor, respondió tristemente Susana;—yo creía... esto es una equivocación.

Saludaba para marcharse, cuando le sucedió una cosa singular. Su voz había conmovido ligeramente al conde de White-Manor, que en el momento en que ella se inclinaba, burló de un salto repentino la vigilancia de sus guardianes, cogiendo el brazo de la bella jóven con una estremada violencia.

Los guardianes se alarmaron; el caso era peligroso, y el

mas pequeño movimiento podía escalar la furia del conde y comprometer la vida de Susana.

Mientras que aquellos procuraban acercarse poco a poco al lord, este había inclinado su cara embrutecida hasta tocar el hermoso rostro de Susana, considerándola con ansia.

—No, no, no! dijo tres veces, ¡yo no soy el padre del niño!... ¡Ah! creo que si Dios me hubiese dado un hijo, yo hubiera sido bueno.

Y habiendo sentido detras las pisadas de sus guardianes, se volvió precipitadamente.

—No os acerqueis, les dijo con fuerza.

Susana tenía repugnancia y miedo.

—Gilberto, repuso el lord con risa siniestra,—trae la cuerda.... la cuerda de cáñamo.... El niño se asemeja al mendigo irlandés; ¡no es mió!

Y figurando coger un objeto que le presentaba una mano invisible, pasó dos ó tres veces su puño al rededor del cuello de Susana, como si lo hubiera enrollado con una cuerda.

Los otros locos dispersos en el jardín, principiaban a juntarse para examinar con curiosidad esta escena. Y como cada uno estaba acompañado de su guardian se reunió un gentío.

—¡Mirad, mirad! cuán jóven y hermosa se conserva... y yo soy viejo. ¿No es esta una injusticia?... Hace veinte años que me ha vendido.... ¡Ah! bien me acuerdo.... Pero ¿hace veinte, años ó ha sido ayer?... Yo no sé.... ¡qué importa! la venganza es buena al día siguiente como veinte años despues.... Caballeros, ¿quién de vosotros quiere comprarme esta muger?

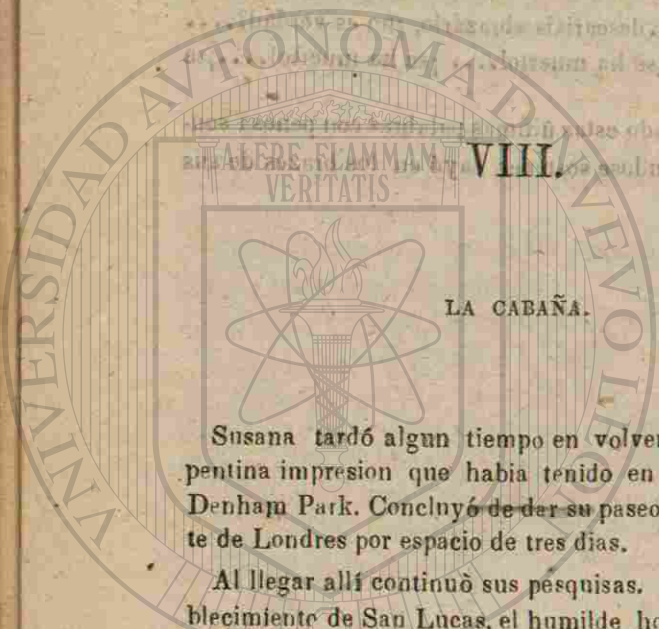
Los dos guardias de White-Manor se apoderaron de él en este momento.

Cuando se vió sujeto por una fuerza superior, echó una mirada emponzoñada y rabiosa a la jóven, diciéndola:

—Tu hijo.... deseais abrazarlo, ¿no es verdad?... ¡Escucha!.... ¡se ha muerto!.... ¡se ha muerto!.... ¡se ha muerto!....

Y pronunciando estas últimas palabras con penosa sonrisa, y no pudiéndose sostener, cayó en los brazos de sus guardianes.





Susana tardó algún tiempo en volver en sí de la repentina impresion que habia tenido en los jardines de Denham Park. Concluyó de dar su paseo y estuvo ausente de Londres por espacio de tres dias.

Al llegar allí continuó sus pesquisas. Visitó el establecimiento de San Lucas, el humilde hospicio de Old-Street, Bethlam Green, inundo receptáculo donde yacen aglomerados los locos que no tienen recursos; sitio el mas horrible de los que han ecsistido jamas, y tal vez mucho peor que la intempestiva y antinatural jovialidad de su director.

En fin, Susana visitó a Bethlem Hospital (Bedlam) donde vió centenares de insensatos, y donde la advirtieron que nadie podia ver a los locos incomunicados.

Susana, persuadida de que Brian de Lancaster estaba encerrado en Bedlam, se marchó. No se equivocaba. Lancaster fué conducido allí a petición de su hermano, ó mas bien por influjo de Tyrrel. El color político que se

atribuyó a su arresto, y el misterio que continuó cubriendo en los dias siguientes, a falta de personas interesadas en descorrer el velo, el pretendido acto de agresion contra la jóven heredera de la corona, fueron el verdadero motivo para que se cumpliesen literalmente las instrucciones de White-Manor y de Tyrrel. Brian fué tratado como un reo de estado a quien no se queria juzgar, y de quien querian deshacerse, ó a lo ménos a quien pretendian sepultar en el olvido.

Tyrrel se manejó de modo que el interrogatorio de Brian versase sobre el derecho de primogenitura, y Lancaster, careado con personas fuertemente prevenidas, debió pasar por maniático en primer grado.

Efectivamente, ¿no se habia atrevido a decir que el derecho de primogenitura es una institucion opresiva, bárbara y desnaturalizada? ¿No habia pretendido que esta costumbre inmoral y fundada sobre rudimentos de una política en la infancia, debe producir la desorganizacion de las familias y la ruina de esa aristocracia cuyos privilegios parece demostrar tan enérgicamente?

¡Locura! locura completa, incurable y singular.

Tal fué el parecer de la comision.

Susana ignoraba todo esto. Cuando volvió a Barnwood House, al cabo de cuatro dias de ausencia, lady Ofelia la abrazó con los ojos arrasados de lágrimas.

—Querida Susana, le dijo, he hecho lo que he podido, y por los informes que me han dado, sé que está....

—¿Dónde, preguntó la jóven.

—En Bedlam; pero lo difícil no era hallarle, querida mia, no me atrevo a decirlo.... Mr. de Lentures Luce no nos ha engañado.... Está en Bedlam acusado de locura y de crimen de estado.

—Pero no costará trabajo probar.... interrumpió Susana.

Y en esto se detuvo, desanimada con una mirada de Ofelia.

—Todo esto ha sucedido así a petición del conde de White-Manor, repuso esta última, y como es hombre poderoso....

—¡Pero el conde está loco! exclamó Susana.

—Es una voz falsa, según se asegura.

—Es una voz fundada, milady. Yo misma he visto al conde en Denham Park, y la casualidad me ha hecho presenciar uno de sus más terribles accesos.

Ofelia apoyó en la mano su linda cabeza y se quedó pensativa. Susana la miraba con ansia, creyendo encontrar un rayo de esperanza en aquellas delicadas y finas facciones, cuya esquisita armonía no habían podido destruir tantos padecimientos.

—Brian heredará la dignidad de par, murmuró al fin la condesa.

Esto era un anillo suelto de la cadena de sus reflexiones. Levantóse sin añadir una sola palabra y se puso a escribir. Pero apenas trazó dos ó tres rengiones, cuando arrojó la pluma y desvió el papel, diciendo:

—No, no, es preciso que yo le vea. Brian heredará la dignidad de par, y tal vez....

—Por Dios, querida lady, interrumpió Susana; hacedme partícipe de vuestras esperanzas.

Ofelia le cogió las dos manos y la besó en la frente sonriéndose.

—Todavía no conocéis bastante nuestra sociedad para comprenderme, querida mía, dijo Ofelia con cierta jovialidad; el heredero de un lord que goce de buena salud

es un triste personaje; pero cuando el lord cae enfermo, empieza a contar ya con su heredero.

Al mismo tiempo que Ofelia pronunciaba estas palabras se ponía un chal y arreglaba sus cabellos bajo el ala del sombrero, sin el auxilio de su doncella.

—Lady Juana B., repuso, me ha negado esta mañana su apoyo, pero S. S. no sabe que el conde de White-Manor está loco.

—Mucho puede influir una muger en todo esto, Ofelia?

—¡Una muger, amiga mía! lady Juana no es muger, sino un whig.... Tiene mucha influencia con el lord presidente del consejo de ministros, y es dueña del corazón de S. A. R. el duque de.... Si yo llego a persuadir a lady Juana que Lancaster votará por el gabinete, podemos contar con la victoria.

—¡Oh, amiga mía, haced lo posible! exclamó Susana, que nada adelantó con esta explicación.

Ofelia abrió la puerta para salir.

—Mi coche está a la puerta, dijo; tened paciencia Susana, vuelvo dentro de media hora.

Un minuto después, la condesa se sentó en los mullidos almohadones de su coche.

La pobre Susana quedó esperando; ¡qué larga le pareció esta media hora! acordábase minuciosamente de los menores gestos y palabras de la condesa, de sus lágrimas, y este recuerdo era una completa revelación de la suerte de Brian. Adivinó que le habían encerrado en Bedlam, del mismo modo que a un cadáver en su caja.

Cuando Ofelia volvió halló a Susana de rodillas sobre una alfombra, las manos cruzadas y los ojos inundados en lágrimas.

—¡Victoria! exclamó arrojándose en sus brazos. El voto de un lord no tiene precio. ¡Victoria, amiga mía!

Susana permaneció un instante como aturdida con su dicha. En seguida estrechó la mano de Ofelia contra su boca, no hallando palabras para expresar el júbilo que le causaba su reconocimiento.

—Ahora os toca obrar a vos, Susana, repuso la condesa, correspondiendo jovialmente a sus caricias.... es menester llevar esta carta al primer médico de Bedlam.... Contiene una súplica del primer lord del consejo privado, y una súplica de S. G. tiene mas fuerza que una orden. Aquí teneis la libertad de Lancaster.

—¡Su libertad! repitió Susana juntando las manos. ¡Oh! dádmela, dádmela al instante.

En este momento estaban reunidos tres graves caballeros en un salon del edificio destinado a la administración.

Uno de ellos, el doctor Bluntduell, primer médico de Bedlam, llegaba a la conclusion de un largo discurso, y decia:

—En tal estado, señores y queridos colegas, la locura del honorable caballero me parece estar mas probada de lo necesario, ya sea por las estravagancias que ha sostenido en los interrogatorios, ó ya por el acto inaudito a que le ha llevado el estravío de sus facultades. No creo deber tomar el trabajo de reasumir uno por uno mis principales argumentos, concluyó diciendo.

—Señor doctor, hé aquí una carta urgente, dijo un criado, que entreabrió la puerta.

—Muy bien.... digo que concluyo....

—En el locutorio hay una señora que espera la respuesta, añadió el criado.

—Muy bien.... concluyo, decia....

—La carta tiene el sello del consejo privado, repuso otra vez el sirviente.

—¡Ba, ba, ba! dijo M. Bluntduell; el sello del consejo... Con permiso de ustedes, voy a leerla al instante.

Al mismo tiempo que el doctor leía la carta, su semblante nada indicaba. Este era el estado habitual de la fisonomía de este sábio.

—¡Ah, ah! eso es otra cosa. Peter, decid a esa señora que voy al instante.

Los otros dos médicos hicieron un movimiento de sorpresa.

M. Bluntduell se levantó, y haciendo un gesto, suspendió la discusion, y antes de salir, dijo:

—Veo que nos entendemos perfectamente.... Redacten ustedes el informe, y mientras tanto, voy a tomar sobre mí el abrir las puertas al honorable Brian de Lancaster.

—¡Còmo! ¡tan pronto! dijo uno de los médicos.

—Caballero, repuso doctoralmente M. Bluntduell, no hay nunca bastante prontitud cuando se trata de devolver a la sociedad una persona tan distinguida como este caballero.

Diciendo esto salió.

Al entrar en el locutorio, el doctor halló a la bella Susana, y gracias a la carta del ministro, fué él mismo acompañándola hasta introducirla en la jaula de Brian. Este abrió los ojos y vió a su amiga, la cual procuraba en vano desatar las correas que le ligaban a su silla.

—No os incomodeis, mitady, dijo el doctor: ahora le desatarán.

En efecto así fué, Brian, poniéndose de pié, cogió la mano de Susana, la cual tenia en ella el *ereat*.

—¡Ah! ¡ah! murmuró el doctor, bien podia darme las gracias.

El coche que conducía a Susana y a Brian, tomó la dirección de West-End. Brian miraba a Susana en silencio y la contemplaba con éstasis.

—¡Gracias! dijo cogiéndole otra vez la mano que vesó, gracias, ángel salvador.

—¡Cuánto habeis debido padecer, Brian! murmuró la joven: y yo soy la causa.

Lancaster frunció las cejas.

—Es verdad, repuso éste en voz baja.

—¿Son ellos los que os han metido en esa jaula?

—Sí, ellos mismos, ellos y milord mi hermano... pero ya estoy libre, y solo me queda un medio de manifestaros mi agradecimiento, una cosa que mi corazón desea mas que cuanto hay en el mundo....

—¿Y qué es? preguntó la joven demudándose. Sabeis acaso?....

Y en esto se detuvo un poco.... y despues continuó con voz balbuciente:

—¡Mi madre!....

—No me preguntéis nada, interrumpió Lancaster, ¿sabeis dónde está ese hombre a quien llamais Tyrrel el ciego?

—Por Dios, milord! no os espongaís a su cólera.

—Su cólera no puede nada contra mí: es preciso que yo le vea.

Susana titubeó.

—Es preciso que yo le vea inmediatamente, continuó Brian.—Susana le indicó la habitacion del ciego.

Brian sacó la cabeza por la puertecilla y dió órden al cochero que le condujese a Wimpole-Street, número 10.

—Milady, hacedme el favor de esperarme aquí, dijo Brian al separarse del coche; vuelvo al instante. Si tardase.... mirad el relox, si dentro de media hora no es-

toy aquí, iréis a dar parte a la policía para que venga un magistrado.

Un momento despues entró Brian en casa del doctor.

El practicante Rowley fué quien le introdujo. Este no abrió la puerta del santuario hasta despues de haber examinado bien al recién venido; en seguida dijo:

—Caballero, tened la molestia de sentaros; voy a avisar al doctor.

—Es inútil, repuso Brian tomando una silla.

—¿Usted es sin duda un miembro del colegio real? continuó Rowley: todos los dias se presentan nuevos individuos.... ¿En qué puedo ser útil en esta casa?

—Decid a maese Tyrrel que un caballero desea hablarle en particular, respondió Brian.

—¡Maese Tyrrel!.... no le conozco.

—Maese Spencer, si queréis.

—Conocia muchos Spencer.... Habia uno que se estableció el año pasado en Ludgate-Hill.... pero....

—Estoy de prisa, interrumpió Brian; cualquiera que sea el nombre con que se oculta este hombre, Tyrrel, Spencer, ó sir Eómundo Mackensie.... quiero....

—¿Qué es lo que queréis? dijo Tyrrel abriendo la puerta.

Brian se volvió: apenas le reconoció el ciego cuando retrocedió algunos pasos, y dijo:

—¡Parece cosa del diablo!

—Tenemos una cuenta que ajustar, maese Ismael, dijo Brian.

—Toda cuenta se ajusta al fin, cuando se obra como es debido, respondió Tyrrel. ¿Qué es lo que reclamais?

—Deseo saber el nombre del padre de Susana.

—¿Y qué mas?

—¡Su nombre! os digo; ¡ved lo que haceis, Ismael!

—Milord, os burlais de mí, vos sois quien debe tener cuidado. ¿Habeis pensado en lo que haceis al entrar en esta casa?

—Seguramente, respondió Brian.

—Milord, ese secreto debe venderse caro.

—No me niego a pagarlo, repuso Brian.

—El caso es que soy muy pobre, saltó Tyrrel sonriéndose. La mano desconocida que os daba mensualmente cien guineas es hoy la de un pobre preso.

—¿Con que sabeis? exclamó Lancaster.

—Esto nó es un secreto que cuesta dinero, interrumpió gravemente Tyrrel.

—¿Se ha vuelto loco mi hermano? preguntó Brian.

Tyrrel soltó una carcajada, y repuso:

—Si queréis, os diré minuciosamente, de qué se está muriendo Godfrey de Lancaster, que estaba en Denham-Park, al mismo tiempo que vos estábais en Bedlam. Figuraos que el pobre conde tiene una locura singular. Cree veros continuamente, y esto le mata.

—Basta, dijo en voz baja Brian.

—Si, sí, basta, continuó el judío fingiendo equivocarse; con poco ménos se muere uno.

—Basta, te digo, exclamó Lancaster encolerizado. He venido a saber el nombre del padre de Susana, y lo sabré de grado ó por fuerza. Ya sabeis, maese Ismael, que no se gana dos veces la partida que habeis jugado contra la horca.

—Ese es mi parecer, milord.

—Os doy mi palabra de caballero, repuso Brian, que si no me decis el nombre del padre de Susana, voy al instante a dar parte a un magistrado.

—Vuestra amenaza peca por su base, milord, porque no es probable que no os deje salir de aquí.

—En ese caso, Ismael, preparad vuestro antídoto contra la cuerda, pues he previsto este caso.

Tyrrel quedó confuso, y al cabo de algunos instantes de silencio, repuso humildemente:

—V. S. acaba de ganar sobre un pobre hombre una victoria fácil.... Estoy enteramente a las órdenes de V. S. y dispuesto a decirle lo que desea saber.

Vos teneis la culpa, milord, de que yo haya sido ahorcado, y sin vos, hace mucho tiempo que seria millonario. Susana era mi única fortuna y me la habeis robado. Habeis tomado triunfantes precauciones para poneros a cubierto de mi puñal. Por muy loco me tendria si no os matase segun vuestros deseos. Venis a saber su nombre: si os lo he ocultado, ha sido para haceros penar.... ese nombre que tanto deseais saber.... ese nombre.... muchos dias hace que lo habeis adivinado.

Brian, pálido, como un espectro, estaba bañado de sudor.

—¡Por mi honor! dijo, no.... ¡es imposible!....

—Mentís, milord, repuso Tyrrel.... yo no tengo necesidad de pronunciar ese nombre, vuestra conciencia os lo dice.... ¡Y bien! no os engañais, él es su padre y ella es su hija; jamas seiéis su esposo.

Brian dió un gemido, y levantándose en seguida se dirigió medio cayéndose hácia la puerta, al mismo tiempo que Tyrrel le decia con aire sardónico:

—Milord, tal vez habria medio de arreglar ese asunto; si quereis ser mi hermano de religion.... La ley de Moisés bendice esta clase de casamientos.

Brian apresuró el paso y salió; abrió la puertecilla del coche, pero no entró a él. Susana, que se disponia a recibirle, dió un grito de terror al verle desencajado.

Milady, murmuró con voz quebrantada; Susana, no puedo seguirlos en este momento. . . .  
Y en esto hizo una seña al cochero. Los caballos partieron.

Brian se quedó un instante inmóvil y clavado al suelo; en seguida se alejó, dirigiéndose unas veces a la derecha, otras a la izquierda, en medio de la multitud que llenaba las calles.

Aquella misma noche, Susana recibió una carta que contenía solamente estas palabras y la firma de Brian:

"Susana: no os volveré a ver, porque os amo, y por- que me envanezco del padre que teneis. Olvidad que "hubiéramos podido ser felices. . . . Yo velaré sobre vos "desde lejos, y pronto recibiréis un consuelo, porque os "devolvere vuestra madre."

Susana leyó estas líneas deshecha en lágrimas y cayó desmayada en los brazos de la condesa.

Dejamos transcurrir seis semanas y nos hallamos en el mes de Febrero de 1843.

El tribunal criminal del Middlesex tenía sus sesiones hacia cosa de una semana.

Eran las once de la mañana: un gentío inmenso se estrechaba a los alrededores del palacio de justicia; jamás la curiosidad pública había sido más vivamente escitada.

Los policemen defendían con trabajo las entradas del pretorio, cuyas plazas reservadas se vendían hasta a diez libras esterlinas.

Peró se trataba de un proceso muy curioso, y los periódicos habían dado a este asunto un eco gigantesco, del que era en verdad digno.

El hermoso, sobresaliente y famoso marques de Rio Santo, se hallaba, despues de dos dias, en el banco de los criminales.

Muy cerca de la puerta de entrada, se hallaba una mujer vestida de luto, cuyo rostro ocultaba un velo negro.

La muchedumbre se agitaba cada vez más alborotada, formando un concierto odioso de voces chillonas y guturales que articulaban palabras llenas de consonantes de la lengua inglesa, y sofocaban en falsete las penetrantes notas de nuestra antigua declamación familiar.

Hacia las ocho y cuarto, los condestables, ayudados por algunos policemen, hicieron paso al coche del acusado.

Los diez mil espectadores se pusieron de puntillas, mas nada pudieron ver.

El señor marques de Rio Santo, en cuya noble figura se manifestaba un aire de distracción é indiferencia, bajó hasta la entrada de Old-Bailey.

En este momento, la mujer vestida de luto alzó su velo y descubrió las facciones del rostro pálido de lady Ofelia, condesa de Derby. La casualidad quiso que el marques la viese, y desde entonces, la expresión de su fisonomía cambió completamente.

Su vista se animó con todo cuanto hay de más cariñoso en el respeto y de afectuoso en el agradecimiento, y acarició por un momento con amor la frente inclinada de lady Ofelia. Esto era una demostración tácita de reconocimiento, pero elocuente, en la que se encerraba una admiración persuasiva y el testimonio de una ardiente gratitud.

Ofelia dejó caer su velo, aunque no bastante a tiempo para ocultar una melancólica sonrisa que vino a encontrarse con dos lágrimas que corrieron lenta y silenciosamente por sus mejillas.

Desechada de todas partes, cubierta de un desprecio

inclemente, se había hecho superior a todos los desdenes. Su pobre alma llena de amargura, no había cedido en presencia del deber que se había impuesto. El sarcasmo le hallaba paciente, el insulto humilde, dando por respuesta a todos los ultrajes:

—¡Piedad por él, piedad por él!

En este momento, sin duda alguna, que su presencia en tal lugar hubiese sido un excelente motivo de recreación para Tantivy y sus amigos, que se divertían para pasar el tiempo con toda clase de chanzas insulsas; y acaso el grande dolor de la pobre Ofelia, hubiese llamado la atención del gentío, si una muger que ella no conocía, no la hubiera ofrecido su ayuda. En efecto, en el instante en que Rio Santo pasaba por la última vez el umbral de Old-Bailey, la condesa sintió desfallecerse su corazón, y vaciló sobre sus piernas súbitamente adormecidas. Un brazo se coló al rededor de su cintura, y la sostuvo suavemente.

Ofelia se volvió, y vió que la que le daba socorro era una muger de una estatura grande y rica, vestida también de luto y cubierta como ella de un velo.

Esta muger, sosteniendo continuamente a Ofelia, atravesó el gentío y fué a tomar una de las calles cercana.

—¡Que Dios os recompense, milady! dijo entonces ella entre dientes, aplicando a las narices de la condesa un frasco de esencia; bien querria hacer lo que vos habeis hecho.... pero no soy mas que una pobre muger, y vos sois una noble lady.... ¡Que Dios os recompense!

—¿Quién sois? preguntó la condesa.

—Yo me llama Fanny Bertran, respondió la muger velada; le he amado como vos le amais.... Vos veréis también como no puede una olvidarle.... sé que vos habeis

rogado por él, lloradle.... Gracias, gracias, señora, y seais bendita!

Fanny Bertran besó la mano de la condesa y se perdió entre el gentío.

El señor marques de Rio Santo se hallaba en presencia de sus jueces. Se suponía que en esta sesión se concluirían los debates y se concluiría el dictámen del jurado.

El principal testigo, Angus Mac-Farlane, del palacio de Crewe, no asistía al proceso. Todo medio de encontrarle había sido vano: nadie sabía lo que se había hecho.

Frank y Mac-Nab estaban allí para reemplazarle.— Cerca de ellos, testigo benévolo, estaba sentado su gracia, el príncipe Dimitri-Tolstoi, embajador de Rusia, cuyas declaraciones habían abrumado mas de una vez a Rio Santo durante todo el curso de estos debates.

Es preciso convenir que el tártaro por su nacimiento, por su carácter y el triste papel que en otro tiempo había hecho para con el marques, tenía muy justamente derecho para mostrarse cobarde, pérfido y sin piedad.

De la parte de afuera el gentío era ménos compacto, pero había quedado aún en la calle un corrillo bastante razonable y capaz de ahogar aquí y allí una muger, un niño ó un anciano.

Toda la *Familia* estaba inquieta. Ninguno de sus miembros, escepto el marques, había sido encausado, porque la declaración que Mac-Farlane hizo en la oficina de policía de Westminster no mencionaba mas que al marques, prometiendo, sin embargo, hacer algunas revelaciones ulteriores, y una lista de los principales loores de la noche.—Desde esta misma noche se había perdido la pista del lord escocés, que se suponía asesinado por la *Familia*.

Pero el marques solo era bastante para ocupar la atencion general. Los hombres de la *Familia* sabian en adelante que él era el jefe misterioso que dirigia en secreto sus movimientos, y reinaba sobre ellos como monarca absoluto. Cada uno habia procurado verle y cada cual lo habia conseguido, haciendo sobre todos una profunda impresion el aspecto verdaderamente real de este hombre extraordinario.

Mientras que el proceso sigue su curso, encontramos los personajes subalternos de nuestro drama reunidos en el spirit-shop de Jack Gibbet, Fleet-Lane, a algunos pasos de Old-Bailey.

Demasiadas veces hemos descrito en esta relacion la distribucion interior de las public-houses de baja esfera, para que nos sea ahora necesario hacer el mapa del spirit-shop de Fleet-Lane. No era mas que un chiribitil en la forma de *La pipa y el Jarro*, solamente que tenia un locutorio reservado para los escribientes de solicitors, y los oficiales inferiores de justicia, que eran los gentlemen del lugar.

Sentado a la mesa de este locutorio reservado, muy cerca de la puerta del locutorio comun, el capitan Paddy O'Chrane tomaba sus doce cuartos de aguardiente mezclado con agua fria, sin azúcar y con una semejanza de limon. Estaba solo.—No muy distante de él, ocupaban la primera plaza del locutorio comun Snail, Madge, Loo y Mich cuya figura en triste estado guardaba las señales del terrible puño de Turnbull. En la mesa inmediata se hallaban Bob Lantern y Temperancia participando del mismo líquido, pero en cantidad enorme.—En fin, en un rincón retirado, desayunaba Donnor de Ardagh. Este se habia metido en un ángulo de su sitio y nadie le habia visto,

Al principio se habia hablado del proceso, y despues de apurado este asunto volvieron sobre el grande acontecimiento del robo proyectado del banco y de los incidentes que de él habian resultado.

—¡Eso hubiera sido un *fun* famoso! dijo Snail; yo y mi hermana Loo nos habiamos apostado en la esquina de Poultry.... Pero ved como Loo sopla, ¡pobre chica!.... Mich, dad de beber a nuestra muger, un cuñado!

Mich echó un vaso da aguardiente que Loo quiso beber; pero la pobre muchacha no pudo llevarlo a la boca. El vaso se cayó de su mano trémula, y se hizo pedazos contra el suelo.

—¡Señal de muerte! dijo Mitchell.

—¡Calle usted! exclamó Snail: eche usted otro vaso, Mich; yo lo pago....

Loo se habia levantado jadeando, con las dos manos sobre el pecho que la abrasaba, y se echó a lo largo encima de un banco.

—Ved, Temperancia, dijo con amor paternal Bob Lantern a su muger; ved a qué extremo conduce el abuso de los licores fuertes, mi tesoro.

—¡Ah! mi querido Bob, repuso Temperancia acariciando la horrible barba del pobre; ¡no he bebido esta mañana el valor de una miserable pinta de aguardiente!....

—Despues de todo replicó Snail, bien pudiera ser que esto fuera una señal de muerte; porque su honor se halla en un mal camino....

—Fume vd. mi pipa, querida Madge; ya me la volverá cuando yo haya acabado.

—Loo está enferma:—eso no será nada si se la da de beber....

—Quiero que me cuezan, dijo el capitan, que me cuezan



en la caldera de Satanás, ¡qué diablo! si este muchacho no es el mas pillo de entre nosotros.

—¡Escuche vd., mi muger Madge! exclamó Snail;—escuche vd. lo que se dice de su marido, ¡un millon de blasfemias!

—¡Ay! ¡ay! yo sufro, Dios mio! dijo en este momento con una voz bronca la jóven Loo.—Mi santa madre, interceded por mí.

Donnor d'Ardagh, que se hallaba solo en su rincón, se conmovió de dolor al oír la voz de su hija, y se acercó involuntariamente. Snail, por su parte, se habia levantado teniendo en sus manos un vaso lleno de aguardiente.

—Abre la boca, hermana mia Loo, le dijo.

La jóven obedeció, y Snail le hizo beber el aguardiente hasta la última gota.

Loo volvió los ojos hinchados de repente, y se levantó como electrizada.

—¡De beber aún! ¡de beber! exclamó con su ronca voz.

Y subiéndosele a la cabeza el aguardiente, se puso a bailar cantando, como de costumbre, su refrán monótono. ¡Era lástima! Y la pobre muchacha perdía el resuello con este esfuerzo incesante. Donnor d'Ardagh, en pié apoyado contra el tabique de su caseta, la miraba con las lágrimas en los ojos.

—Buenos días, Paddy, dijo Snail que le habia visto desde lejos;—Madge, salude usted al padre de su marido.

El capitán Paddy volvió la cabeza y alargó el pescuezo fuera del locutorio comun.

—¡Alguno de vosotros, preguntó él, raza vil, mis muchachos, puede decirme si es verdad que Mr. y mistress Gruff han desaparecido del palacio del Rey Jorge?

—Yo, capitán, ¡yo, Satanás y sus cuernos! respondió Snail.—Yo puedo decirlo eso y mucho mas, ¡cáspita!...

Escuchad, vosotros; aquí hay una historia.... Esto era tambien en la famosa noche. Al salir del Purgatorio, me dije: Snail, un gentleman como vd. debe haber sido señalado particularmente a la justicia.... Este era mi parecer ¡qué diablo!... Dejé ir a mi hermana sola a la casa, y yo cogí a orillas del rio para ir con toda seguridad al palacio del Rey Jorge, en el cual yo queria ocultarme.... He aquí que llegando al puente de Blackirias.... esto es gracioso, vdes. van a ver.... percibo un gran diablo de loco que miraba el rio por encima del parapeto, cantando una antigua canción escocesa.... Yo me acerqué.... Y él habiéndome oído se echó sobre mí como un furioso.

—Mira, me dice, mira.... ¡le ves? He allí Gruff y su muger.... he allí Clara.... ¡Clara y Ana!.... He allí... sí, sí, hele allí! ¡he ahí mi hermano Fergus!

Y me enseñaba el Támesis en donde no habia nada absolutamente.... ¡No es verdad que esto es gracioso?

—¿Y despues? salteador novato, ¡y despues? dijo el capitán.

—¿Despues?.... ¡a fé mia, que si yo no hubiese sido un hombre, me hubiera hecho miedo! replicó Snail;—pero gracias a Dios, no conozco muchos gentlemen que sean tan valientes como yo.... ¿Despues? ¡Por el diablo! si él no se echó a llorar como una fuente.

—¡Muertos.... todos están muertos! decia;—yo los he matado!

Y cuando yo ménos lo pensaba, me soltó y se arrojó por encima del borde del Támesis.—Yo sé nadar, pero hacia frio, y sobre todo, él no era mas que un loco.—Yo miraba. Y lo he visto salir de la oscuridad del puente sobre la superficie del agua, como quien no puede hundirse, porque no nadaba.... Al cabo de algunos segundos oí su voz que levantó de nuevo.... y cantaba.... esperen ustedes! una cosa bien graciosa.

El lord de Killarwan  
Tenia dos hijas,  
Nunca las viò un amante  
Mas peregrinas  
En Gleu-Girvan.

Y otras dos coplas que se me han olvidado.... Cantó largo tiempo.... y despues su voz se estinguió y no vi nada mas sobre el agua.

—¡Pero Gruff, nieto de Satanás!

—Paciencia copitan ¡trueno del cielo!.... Despues que el loco se ahogó, seguì mi camino hácia el palacio del *Rey Jorge*. La puerta estaba abierta.... En la sala baja no habia nadie.... arriba.... ¡a fé mial el loco acaso decia verdad, puede ser que él viera en el Tàmesis los cuerpos de Gruff y su muger, porque arriba no habia mas que sangre.

—¡De ese modo, dijo Bob, se pierden en el agua cada año mas de cien libras de sugetos!

—Cuernos de Belcebú, dijo el capitan, de suerte que Gruff y su muger murieron....

En este momento se oyó el ruido que hizo la caida de un cuerpo en el suelo del Public-House.

Cada uno se volviò del lado de Loo, que todos habian olvidado.

Estaba tendida sobre el suelo, bañada de sudor.

—¡Que me quemó!.... ¡que me quemó! dijo entre dientes; —sáquenme ustedes.... ¡ah! ¡por compasion! ¡sáquenme ustedes el fuego que tengo aquí dentro!

Y estrechaba con las dos manos su pecho flaco.

Donnor d'Ardagh fué corriendo hácia ella, y se puso de rodillas.

—Eso no será nada, Paddy, dijo Snail.

—¡Paddy! pronunció débilmente Loo.

Dios es bueno en haberme concedido ver a mi padre en este momento.... ¡ah, Paddy! os lo suplico.... apagad este fuego.... ¡este fuego que tengo acá dentro!

—Bebe, hermana Loo, replicó el intrépido Snail; eso no será nada.

La jôven meneó la cabeza y repelió el vaso de aguardiente, con indecible admiracion de Temperancia, que hizo un gesto involuntario para cogerlo.

—Paddy, tartamudeó Loo; el veros me hace mucho bien.... ¿Qué es preciso decir a mi madre de vuestra parte?.... Me voy junto a mi madre.... ¡Oh! el fuego ya se ha apagado.... ya no sufro mas.

Sus ojos se cerraron y una sonrisa como la de un niño que se adormece, se dejó ver sobre sus pàlidas y macilentas facciones.

—Esto ya se acabó, dijo Snail.

Donnor, continuando de rodillas, se inclinó y besó llorando la frente de Loo, inmóvil. En seguida juntó las manos como para orar, y despues estendió sobre Loo su ho-palarda de tela.

—¿Para qué es todo eso, Paddy? preguntó Snail.

—Porque se ha muerto, hijo, respondió Donnor.

Al mismo tiempo, cogiendo en sus brazos el pequeño cuerpo de Loo, se salió precipitadamente.

El silencio reinaba aún en el Public-House, cuando se oyó fuera un largo y ruidoso murmullo.

Todos los miembros de la *Familia* se levantaron al mismo tiempo, y se dirigieron hácia la puerta.

—¡Es la sentencia! decian, ¡es la sentencia!

—¡Es la sentencia! repitió Tom Turnbull que entraba al mismo instante, abriendo la puerta de una patada que faltó poco para hacerla astillas.

—¿Qué sentencia es esa, Tom, camarada mio? pre-

guntó Paddy O'Chrane, olvidándose jurar con la prisa con que lo preguntaba.

Las otras personas de la *Familia*, léjos de salirse, rodearon en el instante a Tom Turnbull.

Este se echó sobre un banco y estuvo un instante callado. Su cara rústica y ordinaria manifestaba una profunda emoción, contrariada por los hábitos de un carácter tan indolente como cínico.

—Al fin, dijo de una manera grotesca, yo no lo conozco sino desde ayer; pero si dando mi pellejo pudiese salvarlo, lo daría.

—¿Ha sido condenado?... tartamudeó el capitán enternecido también por la primera vez después de muchos años.

—¡Ha muerto! respondió Turnbull.

## IX.

## EL DESPEÑADERO.

Fergus O'Breane, súbdito inglés, teniéndose por D. José María Tellez de Alarcón, marqués de Rio Santo, grande de Portugal, &c., había sido declarado culpable en cuanto al asesinato de Mr. James Nab, ex-abogado del tribunal de justicia de Glasgow, y también en cuanto a la asociación ilícita y complicidad en una tentativa de robo del Banco.

Con respecto a la cuestión de alta traición, el procurador de la corona la había previamente declinado de orden superior.

A los Estados no les gusta hacer ver que se puede conspirar contra ellos.

Fergus O'Breane había declarado aceptar la sentencia pronunciada por el dictámen del juzgado; declarando asimismo haber cometido los actos que motivaron dicha sentencia, sin que se arrepienta de ellos.

Se había fijado un pequeño plazo en el que debía ser colgado públicamente, delante de Newgate, y todo Londres se disponía a asistir a este colgamiento lechuguino.

guntó Paddy O'Chrane, olvidándose jurar con la prisa con que lo preguntaba.

Las otras personas de la *Familia*, léjos de salirse, rodearon en el instante a Tom Turnbull.

Este se echó sobre un banco y estuvo un instante callado. Su cara rústica y ordinaria manifestaba una profunda emoción, contrariada por los hábitos de un carácter tan indolente como cínico.

—Al fin, dijo de una manera grotesca, yo no lo conozco sino desde ayer; pero si dando mi pellejo pudiese salvarlo, lo daría.

—¿Ha sido condenado?... tartamudeó el capitán enternecido también por la primera vez después de muchos años.

—¡Ha muerto! respondió Turnbull.

## IX.

## EL DESPEÑADERO.

Fergus O'Breane, súbdito inglés, teniéndose por D. José María Tellez de Alarcón, marqués de Rio Santo, grande de Portugal, &c., había sido declarado culpable en cuanto al asesinato de Mr. James Nab, ex-abogado del tribunal de justicia de Glasgow, y también en cuanto a la asociación ilícita y complicidad en una tentativa de robo del Banco.

Con respecto a la cuestión de alta traición, el procurador de la corona la había previamente declinado de orden superior.

A los Estados no les gusta hacer ver que se puede conspirar contra ellos.

Fergus O'Breane había declarado aceptar la sentencia pronunciada por el dictámen del juzgado; declarando asimismo haber cometido los actos que motivaron dicha sentencia, sin que se arrepienta de ellos.

Se había fijado un pequeño plazo en el que debía ser colgado públicamente, delante de Newgate, y todo Londres se disponía a asistir a este colgamiento lechuguino.

Pero Fergus O'Breane, dejando aparte las demas declaraciones que fueron consideradas como atrevidas, temerarias y subversivas por todos cuantos llevan pelucas en los tres reinos, habian declarado en alta é inteligible voz, en el recinto mismo de Old-Bailey, delante de los jueces, aldermen, escribanos, abogados &c., &c., estupefactos de tanta audacia, que él no seria jamas ahorcado.

Esto, a la verdad, fué mirado como una fanfarronada, por lo que los nobles salones de West-End se disponian sériamente a dar una última prueba de simpatía al *lechu-guino* por excelencia, al rey de la moda, al astro resplandeciente en tantas hermosas noches de fiesta, viniendo en masa, con guantes nuevos acicalados, bien compuestos, a la salida del baile acaso, para verlo colgar alto y corto.

Eran las diez de la noche, poco mas ó ménos. Tres días despues de la sentencia del señor marques de Rio Santo, Ana y Clara Mac-Farlane estaban acostadas é inmóviles. Pero mientras Ana dormia ya profundamente, se hubieran podido ver los ojos de Clara grandes y abiertos, brillar con un resplandor febril, y fijarse con inquietud sobre la cama de su hermana para ver si dormia.

Pasado el primer momento de alegría que la vuelta inesperada de las dos hermanas habia ocasionado, todo se habia quedado muy triste en casa de mistress Mac-Nab; no se tardó en notar que Ana y Clara, bien que conmovidas por causas diferentes, ambas estaban heridas. Ana, poco antes jóven, amable y sencilla, ocultaba ahora un secreto, mistress Mac-Nab hallaba muchas veces en sus ojos, en otro tiempo tan acostumbrados a la risa, traza de haber llorado. En cuanto a Clara, parecia que su espíritu y corazon se hallaban heridos del mismo golpe funesto. La pobre jóven sufría un mal callado y desconocido

y sus facultades mentales no acababan de tranquilizarse. Estevan la colmaba de obsequios; Ana procuraba estar alegre para divertir esta larga tristeza. Todo era en vano. El golpe habia sido demasiado violento. Semanas y meses de dicha hubiesen sido menester para corregir esta enfermedad del alma y del cuerpo.

Clara no podia ser dichosa, puesto que amaba ardentemente y sin límites a un ausente, a un desconocido, a un hombre que acaso no volveria a ver.

Por el día pasaba largas horas sentada detras de la cortina de su ventana, mirando sin descanso a las de la casa cuadrada, atisbando el mas leve movimiento de las colgaduras, ó una señal que le anunciase la presencia de Edward.

Pero nada veía, y cuando Estevan ó mistress Mac-Nab venian a buscarla para arrancarla a los tristes ensueños de su soledad, los seguia obediente, silenciosa y triste.

Dejaba la ventana como cuando se deja un dulce amigo que nos acompaña en las aficciones, y que sabe, si no consolarnos, al ménos adormecer nuestras penas. La dejaba para volver bien pronto a ella y acechar de nuevo.

En una ocasion, mistress Mac-Nab subió la escalera mas ligera que de costumbre, y le dijo con aquella amabilidad que tanto poseen las madres al pié de de sus hijos cuando sufren.

—Venid, Clara, venid, hija mia, y os enseñaré el retrato del famoso marques de Rio Santo.

Mistress Mac-Nab ignoraba las sospechas que Estevan tenia contra el marques relativamente al raptó de las dos jóvenes. Aquella habia comprado a la puerta una de esas litografias mas ó ménos imitantes que se venden por mi-

les en Londres durante y despues de cada proceso, diciéndose a sí misma; esto distraerá a Clara.

Esta la siguió al instante, como de costumbre, y bajó al locutorio en donde ya se encontraba Ana contemplando en la litografía desenrollada, las nobles facciones que un artista inhábil había trazado, y cuyo torpe lápiz no había podido destruir del todo su magnífico conjunto.

Clara reconoció a Edward a primera vista. Su corazón se llenó de alegría; pero contuvo su emoción sin que en su rostro se percibiese la menor alteración.

—Ved, Clara, dijo mistress Mac-Nab; este gentleman quiso matar al rey, a los ministros y a todos los miembros del parlamento.... ¿No es verdad, hija mía, que tiene trazas de un gran faccioso?

Clara nada respondió.

—¡Es bello! dijo a media voz su hermana. Yo no creía que pudiese haber un hombre tan hermoso como todo eso.

Clara se echó a reír y le apretó tiernamente la mano. En seguida apoderándose de ella un temblor repentino dijo en voz baja:

—¿Condenan a muerte a los que quieren matar al rey?

—Sí, sí, mi amada hija, respondió mistress Mac-Nab; no hay duda que son condenados a muerte.... Hoy mismo van a juzgar a ese bandido....

—¿Y en dónde se juzga? Preguntó Clara.

Mucho tiempo hacia que esta no había hablado tanto. Ana y mistress Mac-Nab, echaron una mirada en señal de esperanza.

—Esta última respondió: en Hold-Bailey, querida hija. Clara puso un dedo sobre la frente.

Y despues de un momento de silencio, dijo:

—Ya sé en donde es Old-Bailey; y ¿en dónde ponen a

los que van a morir despues que han sido juzgados?—En la prisión de Newgate, amor mío.

—Ya sé en donde es, repuso de nuevo Clara; señora, dijo dirigiéndose a su tía, a quien antiguamente llamaba madre ¿quiere usted darme ese retrato?

—Eso, y cuanto quieras, querida hija.

En el mismo instante Clara cogió la litografía y subió precipitadamente la escalera que conducía a su aposento.

En este día y el siguiente estaba ménos triste, y se la vió sonreír mas de una vez.

La noche de que hicimos mención, esto es, dos días despues del de la condenación del marques, Clara había pasado en su ventana la mayor parte del día, aprovechándose del mas leve instante en que la ternura de su hermana dejaba de acechar sus movimientos para contemplar el retrato de aquel.

Al anochecer, Clara se volvió pensativa y se acostó mas temprano de lo que tenia por costumbre. Rogó a su hermana hiciese otro tanto, y Ana, siempre dispuesta a obedecer a la mas leve insinuación de la enferma, se acostó como a cosa de las nueve.

A las diez dormía ya.

Clara retenía el aliento y guardaba por su parte una completa inmovilidad. Lejos de dormir, sus grandes ojos abiertos observaban, según llevamos dicho, si Ana dormía.

Al cabo de algunos minutos alzando la ropa de la cama de una manera imperceptible, se salió de ella sin el menor ruido. Se hallaba enteramente vestida.

Aun no se había despertado. Clara, cogiendo en la mano sus borceguies para no hacer ruido, abrió la puerta y bajó la escalera.

—Olvidó el abrazar a su hermana. Su corazón y su

espíritu estaban envueltos en un velo tan espeso, que solo su amor podía penetrar.

Cuando Clara llegó al piso bajo, la vieja Betty velaba aún, y se ocupaba en algunos trabajos de su estado. Aquella se metió en el locutorio y se escondió.

Allí esperó pacientemente que la vieja se acostase; en seguida, cuando creyó que estaría dormida, cogió la llave de la puerta exterior, y abriéndola se encontró sola a las once de la noche en la acera solitaria de Cornhill.

—Yo sé bien en donde está Newgate, dijo a media voz. En otro tiempo lo sabía.

Y procurando orientarse, permaneció un momento indecisa en el umbral de la casa de su tía. Y luego impelida súbitamente por algún vago resplandor que hirió su inteligencia perturbada, echó a correr hasta el ángulo de Poultry, en donde desapareció.

A esta misma hora, el bueno, minucioso é incorruptible guarda llaves, Noll-Brye acababa de visitar en persona el calabozo en donde el marques de Rio Santo esperaba tendido sobre la paja, la ejecución de su sentencia.

Se entiende que las precauciones de seguridad que se tomaban para con el prisionero, eran tanto mas multiplicadas, cuanto que él había manifestado en el pretorio delante de todos, la intencion en que estaba de librarse del calabozo. Y de este nadie se libra, una vez que ha pisado el umbral de esa lúgubre mazmorra llamada "la sala de la espera," sino por medio del suicidio ó la fuga.

La autoridad, que temia a ambos igualmente, había colocado en el mismo calabozo en el que Rio Santo estaba encadenado, un hombre de confianza y vigoroso, propuesto por el propio intendente del Metropolitan-police, S. Boyne esq.

Este es el caso de decir que las demasiadas precauciones perjudican.

El hombre de confianza y vigoroso, afianzado por S. Boyne, esq., era el escoces Randal Grahame, que la Familia había elegido para dirigir en lo interior de Newgate una tentativa de fuga que los lores de la noche, con S. Boyne a la cabeza, favorecieran en el esterior.

Pero los que conocen Newgate, saben que una evacion de la sala de espera ofrece enormes dificultades.

—¿Estais preparado, milord? dijo Randal cuando el lento paso del vi-jo Noll-Brye dejó de oirse afuera.

—Sí, lo estoy.

—¿Qué? respondió Rio Santo, incorporándose en su cama de paja.

Randal se acercó a la ventana que da a la calle de Newgate, y echó por en medio de las macizas barras de hierro una media corona, que cayendo en la calle, despidió un sonido argentino.

En seguida se oyó un maullido agudo que salió del ángulo Gilsbur-Street.

—Allí están, dijo Grahame. Vamos, O'Breane, he aquí el instante de separarnos.... Escuchad.... Lo cierto es que yo no hubiera hecho por mi padre lo que voy a hacer por vos.... Si no me volveis a ver, no dejéis de pensar alguna vez en el pobre Randal, O'Breane.

—Pensaré en él como en un amigo querido y afectuoso, respondió el marques con viveza; pero ¿por qué hablar así, Grahame? Sin duda alguna que nos veremos.

Randal meneó la cabeza.

—Conozco el despeñadero, dijo; lo mismo sería el echarse de lo alto de la torre de San Dustan a la calle.... Pero teneis razon, Fergus, repuso el escoces aparentando

una alegría repentina; a pesar de todo se suele uno librar, puesto que Jak Shpar (1) se ha librado bien.

—Yo no he visto jamás ese despeñadero, como le llamas, repuso Rio Santo; ¿en verdad se corre en él peligro de muerte?

—Sí, y no, O'Breane; sí, y no.... Si uno tuviese alas, bien podría salirse de él como es menester.... Es una escalera de sesenta pasos, hecha a pico, al pié de la cual hay un muro de piedra de una casa.... Si fuese necesario bajarla de día, las fuerzas faltarían; pero es de noche.... Vamos, Fergus, ¡manos a la obra!

—Pero observad aún, ¿quién os fuerza a emprender camino escabroso?

—En verdad, milord, replicó el escocés, vos debéis pensar que no es por elección por lo que yo lo emprendo.... Los sherifs, entendeis, quieren a vuestra señoría como a la niña de sus ojos. Ellos han puesto centinelas en todas las salidas. Las teneis en Ludgate-Hill, en Fleet-Lane y al cabo de Chapside.... Un solo punto nos queda abierto, Skinner-Street y el patio del Arbol Seco, que están guardados por policemen elegidos por M. Boyne. Así es preciso salir de Green-Arbour-Court una vez que entremos allí.

Rio Santo se puso a discurrir por algunos segundos, teniendo la frente apoyada entre las dos manos. Al cabo

(1) Jack Shpar es uno de los héroes más famosos del repertorio de Newgate. En el pequeño calabozo de la prisión que da sobre Old-Bailey se ven aún los enormes grillos que sirvieron para este célebre bandido; no parece sino que han sido hechos para un gigante. Jack Shepar se escapó de Newgate la víspera del día en que debía ser ajusticiado, saltando en un caballo a gran galope, el despeñadero (breack neck) de Green-Arbour-Court, cuya descripción daremos en breve.

Jack Shepar no se hizo ningún mal; pero cinco policemen que le perseguían se rompieron el cráneo.

de este tiempo se levantó, dejando sobre la paja sus cadenas limadas de antemano, y apretó la mano de Randal.

—Gracias, le dijo. Si fuese por mí solo, no hubiera aceptado tus sacrificios; pero he principiado el combate, y mi cerrota ahondaría más y más el abismo en que sufren mis hermanos....

—¡Manos a la obra! repitió Randal.—¡Yo os diré, yo, que me burlo de vuestros irlandeses, como del shah de Persia, y que si por alguno doy mi sangre, es solo por vos, O'Breane!

Y desabrochando ligeramente su casaca, tomó una cuerda de seda que tenía envuelta al rededor del cuerpo.

Esto hecho, arrancó sin esfuerzo dos de los hierros de la ventana que él había limado por la noche. El uno de estos, pasado por en medio de los que quedaban, sirvió para sujetar sólidamente la cuerda.

Randal tomó estas diferentes precauciones con serenidad y precisión, de la manera que había hablado de Green-Arbour y del precipicio, sin énfasis, y anunciado la intención de morir por Rio Santo, con un tono simple y desnudo de entusiasmo y exaltación.

Y sin embargo, como no remontemos al abismo de los Carcios ó al salto de Léucates, nunca hombre ha despreciado con mayor conocimiento de causa y premeditación, una ocasión más cierta de perder la vida. El despeñadero de Green-Arbour-Court presenta la pendiente más espantosa que sea posible ver; nadie la baja sino muy despacio, y usando siempre de mil precauciones que no impiden que los accidentes se multipliquen todos los días.

Randal proyectaba bajar esta escalera a caballo en una noche oscura.

Como lo había dicho, al pié de esta escalera había, y existe aún, un muro de piedra que no parece sino que se



ha edificado allí de intento para frustrar completamente la empresa proyectada por Randal.

Su objeto era facilitar un camino al marques de Rio Santo, y alejar a los diferentes guardias que velaban a los alrededores de Newgate, atrayéndolos en pos de sí mismo. Así es que para obrar eficazmente en este sentido, era preciso alejar la caza en lo posible, y el patio de Green-Arbour estaba muy cerca de la prison.

Randal tenía acaso esperanza de salir bien, por serviros de su estilo; pero debemos decir, que no se hacía ilusión, y que el tiempo que los policemen perderían en reconocer su cadáver, dado caso que quedase muerto al pié del despeñadero, entraba en cuenta, según su cálculo, para facilitar más seguramente la fuga del marques.

Acaso se encontrará una abnegación más famosa y más cacareada que la suya, pero jamás más completa ni mejor meditada.

Luogo que la cuerda estuvo bien atada, Randal se volvió hacia el marques, y le dió la mano.

—Hasta la vista, le dije: aprovechaos del momento y acordaos de mí.

Y metiéndose ligeramente por entre los hierros de la reja, se halló en tierra en un instante.

El centinela de la puerta de la Dette, oyó el ruido de la caída, y gritó: «¿Quién vive?»

En vez de responder, Randal echó a correr del lado de Giltspur-Street. En el ángulo de esta calle, un caballo estaba preparado.

Randal saltó encima.

—¡Alerta! gritó el centinela; ¡el condenado se escapa!

Aquel pasó perseguido de cerca por todos los celadores escalonados al rededor de Newgate.

Al llegar al medio del patio picó con las dos espuelas

los hijares de su caballo. Se le ha visto a la débil claridad del oscuro parage, volar como una flecha y desaparecer en la altura del despeñadero.

Los policemen se pararon, y oyeron el ruido de los cascos del caballo al pasar las primeras gradas de la escalera. En seguida un ruido sordo y continuado de un cuerpo lanzado con violencia en un gran declive.

Y por último un sonido ahogado y lento al cual se siguió un mortal silencio.

Un movimienso de horror se apoderó de los agentes de policía.

Después de un momento de perplejidad, descolgaron la linterna del patio y principiaron a bajar la escalera con precaución. En las primeras gradas habían encontrado manchas de sangre... En el fondo del despeñadero, en un estrecho callejon sin nombre que va a parar a la calle, encontraron un sangriento é informe conjunto. El caballo había sido completamente descuartizado.

Pero allí no se encontraron más que sus restos. Los agentes de policía, por más que buscaron, nada descubrieron que se asemejase a un cadáver humano. Nada, ni siquiera un giron de ropa.

Se miraron contrariados, y en seguida fueron a escaminar los callejones circunvecinos, por debajo del despeñadero.

No pensaron en ir a registrar el mismo Green-Arbour-Court, porque era en realidad poco probable que el prisionero volviese a subir después de su caída las sesenta gradas del *breah-nech*.

Durante todo esto Newgate-Street estaba enteramente desierto y no había en Old-Bailey más que la centinela de la puerta de la Dette.

Al decir desierto, hablamos solamente con respecto a

los agentes de policía, pues se hallaban a los alrededores de la prision muchas personas a quienes la fuga de Randal no habia alejado. Desde luego estos eran los hombres de la *Familia*, ocultos en Giltspur-Street, y el caballero Bembo, el cual tenia por las riendas a un excelente y vigoroso caballo de montar.

En seguida, una muger jóven vestida de luto que se hallaba inmóvil, en el ángulo de Skimeer-Street.

Cuando Randal habia picado los hijares de su caballo, aquella acababa de llegar por el lado de Ludgate-Hill y Old-Bailey. Al pasar, habia examinado la figura del fugitivo a la claridad de los reverberos, y dicho entre-dientes:

—¿No es él!

En seguida, paseó su vista ofuscada a lo largo de las negras murallas de la prision.

—Bien sabia yo, decia, que encontraria Newgate; pero ¿cómo poder llegar junto a él?... ¿Qué tristes son estas piedras!... ¡y qué frio debe hacer detras de esas grandes murallas!...

Clara, pues era ella, envolvió trémula su cintura con los pliegues de su mantilla, y se cubrió la cara con su velo.

En este mismo instante, el marques de Rio Santo, haciendo lo mismo que Randal Grahame, se descolgaba con ayuda de la cuerda de seda, llegando hasta el suelo sin accidente. Y en el momento que se vió en la calle, se escurrió hacia Giltspur-Street.

—¿Sois vos, signore! dijo una voz que salia de la hon-donada de una puerta.

Bembo desató muy de prisa las riendas del caballo, y las alargó a Rio Santo.

—¿Quién vive? gritó el centinela d'Old-Bailey.

—¡A caballo, milord! ¡a caballo! dijo Bembo.

Rio Santo le abrió los brazos, y el jóven italiano se echó en ellos enternecido.

—¿Quién vive? Dijo de nuevo el centinela.

Rio Santo montó en su caballo y dió vuelta, al paso, al ángulo de Giltspur-Street.

Clara levantó su velo y le reconoció.

Sin decir palabra corrió hacia él y se agarró a los vu-los de su capote. El ángulo de la calle impedía la luz del gas. El marques echó su vista sobre esta muger entuta-da, y creyó reconocer a la marquesa.

—¿Sois vos, Ofelia? le dijo en voz baja.

—Soy yo. Respondió Clara muy despacio.

—¿Quereis decirme adios?...

—¡Yo quiero ir a donde vos vais.... seguired siempre.. . . . siempre!

Rio Santo se bajó, y luego se levantó, ciniendo con su brazo la flexible cintura de la pobre Clara....

Y en seguida, cuando el centinela daba su último quién vive, el marques metió las espuelas a su caballo, el cual dió un salto bajo su doble carga, y luego desapareció como una saeta.

## X.

## LA VOZ DE LOS SUEÑOS.

El caballo del marques de Río Santo corría como el viento. Caminaban en silencio pero; Clara forzada a estrecharse contra Edward, era dichosa.

Bien pronto las casas de Londres desaparecieron a su vista. El marques se apeó al llegar al primer pueblecito del camino de Escocia. Allí los aguardaba una silla de posta preparada de antemano por Bembo. El marques y Clara entraron en ella.

El viage era cosa singular. El señor marques de Río Santo no había tardado en aperebirse de su error, y del estado en que se hallaba su hermosa compañera. Algunas palabras de ésta bastaron para orientarle y hacerle saber al mismo tiempo su nombre y la circunstancia de ser hermana de Ana, la hermosa limosneta del Temple-Church.

El marques había concebido por la más joven de las hijas del laird, sin conocerla, un amor violento y pasa-

gero, que no era en él más que un capricho ó la fuerza de una pasión; pero desde que supo el origen de Ana, su ternura era otra, y de ella eran objeto las dos hermanas igualmente.

Había perdonado a Angus, cuyo débil carácter conocía. Las hijas de aquel eran las suyas.

Duraute todo el viage, se condujo con miss Mac-Farlane como un padre lo hubiese hecho con su hija muy amada. Pero por un efecto involuntario de la impresion viva y profunda que le había causado en otro tiempo la vista de Ana, el marques, durante la conversacion truncada y estraña que tuvo con Clara pronunció muchas veces el nombre de su jóven hermana. Cada vez que lo pronunciaba era para el corazón de Clara un peso horrible. Estaba entonces zelosa como en su sueño, y la perfecta dicha que experimentaba por hallarse al lado de Edward, se cambiaba en amarga pena.

Río Santo iba a Santa María de Crewe, en donde debían juntarse Waterfield, Smith, Falkstone, Bembo y Randal, si éste era de este mundo. Sin embargo del tierno interes que le inspiraba Clara Mac-Farlane, criatura tan bella como desgraciada, cuya lecura era el amarle, Río Santo se entregaba muy amenudo, como es de creer, a los graves asuntos que tenía entre manos.

Infatigable y no vencido, no pudiendo él mismo vencer, combinaba nuevos planes de batalla, y volvía a principiar con nuevos gastos la larga é implacable guerra que había declarado a la Inglaterra.

En fin, su plan era siempre el mismo. El reves que acababa de sufrir retardaba sus golpes, pero no los evitaba. Tenía siempre por suyos, aparte de su voluntad firme y su carácter, recursos acumulados durante quince años.

El solo hecho de haber recobrado su libertad le hacia temible y fuerte como ántes, al frente de su enemigo, pasado aún de su ataque audaz.

Sin embargo, no dejaba de conocer que en semejante guerra, el no haber podido vencer del primer golpe es una condicion fatal, cuyas consecuencias es necesario evitar.

No pensaba atacar a un enemigo poderoso y precuacionado.

El saber esperar es propio de hombres fuertes, y Rio Santo hacia ya veinte años que esperaba.

Y durante todo ese tiempo, habia calculado su salto de tal suerte, que si no fuera por la traicion de su mejor amigo, nadie puede calcular qué porcion de instituciones inglesas, y qué parte de la Inglaterra misma hubiese resistido a la esplosion.

Pero la mina no estaba llena, solo sí quedaba cargada, y llegará un dia en que podrá ponérsele fuego.

Entre tanto que el marques se entretenia con estos pensamientos, Clara le miraba con admiracion, y sin moverse se complacia en su éstasis.

La frontera de Escocia quedaba ya atras. Allí se acababan los relevos procurados a espensas de la *Familia*.

El marques se vió obligado a montar de nuevo a caballo y llevar a Clara en ancas.

Rio Santo advirtió que los brazos que le rodeaban, en cierto instante desfallecieron y se soltaron.

Entonces se volvió sobre la silla, y vió que Clara estaba pálida como una estatua de mármol, y tenia los ojos cerrados.

Entonces aun faltaba una media milla para llegar al palacio de Crewe. No obstante, el marques creyó debia pararse para que reposase Clara a la orilla del camino. La tierra estaba húmeda.

El marques estendió su capa encima de la yerba, y sacó la silla a su caballo, con la cual le hizo una almohada, teniendo antes la precaucion de sacar las pistolas que puso encima de la yerba.

Al principio, Clara estuvo inmóbil.

Y despues, abriendo los ojos, echó al rededor de sí, miradas de júbilo.

Habia reconocido la Escocia, y estos sitios tantas veces visitados, le recordaban su infancia; pero otra cosa mas le recordaba tambien.... el sueño.... aquel sueño doloroso en el cual habia visto a Edward entre ella y su hermana Ana.

—Hoy no está ya, dijo entre dientes con una inquieta alegría; decid, Edward.... ella no debe vivir, ¿no es verdad?

Rio Santo conocia que la pobre jóven estaba atormentada por los primeros síntomas de una alucinacion; pero no sabia lo que queria decir.

—Estamos solos, le respondió, y muy cerca de la casa de vuestro padre, Clara.

—¡Mi padre! repitió miss Mac-Farlane: sí, sí, Edward; la muger de Leed está al otro lado de la montaña.... Allí sí que serémos dichosos....

Se paró y continuó inclinando la cabeza:

—¡Si mi hermanita no viene como la otra vez!

Quedando silenciosa por algunos instantes apoyó su frente enardecida sobre la mano que el marques la tendia.

—¡La otra vez! prosiguió: ¡Ah! ¡si supiérais cuánto he sufrido, Edward!.... Habia sido feliz todo el dia como hoy, dichosa de veros y de oir vuestra voz, dichosa de apoyarme sobre vos.... ¿Qué sé yo?.... Y la noche llegaba como ahora.... ¡Ah! sí.... ¡es bien eso!.... Estábamos aquí, me parece.... en el sitio donde estais....

yo en el que estoy.... ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Ella va a venir aún?

—No, querida mia, respondió a todo riesgo Rio Santo; —os prometo que no vendrá.

—Gracias.... gracias, dijo entre dientes Clara.—¿Podría ella amar tanto como yo?....

Esta última palabra espiró en su garganta, y fué seguida de un ¡ay! lastimero.—Todo su cuerpo se estremeció violentamente y sus ojos se abrieron, dilatándose desmesuradamente con un repentino é inesplicable terror.

—¡Piedad!.... ¡piedad! dijo con un tono pronto y brusco;—¡allí está!.... ¡No os echeis a sus piés como la otra vez.... no me desecheis de este modo.... ¡Edward!.... ¡Oh! ¡y qué cruel sois en olvidarme, y en amarla!

—¡Clara!.... ¡mi querida Clara! decia el marques, procurando calmarla.

Pero la jóven doncella, dominada mas y mas por su delirante arrebatamiento, jadeaba, se agitaba y sollozaba.

El marques apenas podia contener sus esfuerzos convulsivos.

—¿Vos me repulsais? prosiguió con una voz llena de lágrimas dolorosas;—la acariciáis.... la estrecháis en vuestro corazon. ¡Ah! ¡tened cuidado!.... aquí es.... aquí es en donde Blanca mató a Bertran de Jedburgh... por un beso.

Y juntó las manos acongojada.

—¡Por un beso! repitió.... ¡Ah.... ¡vos tambien!.... vuestros lábios tocan los suyos!!!

Un relámpago de furor escesivo brilló en sus ojos.

Y echándose repentinamente para atras, su mano fué a encontrar por casualidad el cañon de una de las pistolas.

Su accion fué tan rápida como el pensamiento. Una

detonacion se oyó en medio del silencio de la campiña solitaria.

El marques de Rio Santo cayò herido de una bala en medio del pecho.

Clara, la pobre insensata, dió un grito de espanto y se escapó.

La profecía del laird se habia cumplido; la voz de los <sup>Par</sup> no habia mentido; esto era segun el énfasis del

—No <sup>h</sup>blico tan usado entre los escoceses, *la sangre* Espera *ca* carne de su carne que mataba a su her-

La con tesa dejado su velo se habia oscurecido enteramente.

Ella espera Rio Santo yacia inmòbil y tendido, mi-  
¿Qué puede dar una queja. Pero en los últimos esclavo?

res del crepúsculo, hubiera podido ¿Qué pueden esjcciones la espresion de un dolor abnegacion era tar

..... ria vencido.

De tiempo en tienen él habia amado, lo habia ven-  
binete de Saint-Jameo el golpe de la única muger a  
blos. periódicas simien  
den entre sí: un murn se aumentaba. Bien luego  
suscita; una tempestad que se confundia con la espesa  
zonte británico. amino.

Es <sup>mo</sup> la luna, pasando por encima de los bos-  
y <sup>o</sup> a alumbrar de nuevo con sus resplandores la  
se vió, a sus claros reflejos, una muger arrodilla-  
pié del cadáver de Rio Santo.

la muger estaba en oracion.

cia que ya no era jóven, y sin embargo era muy  
Al rededor de su frente pálida parecia verse una  
aureola de santa resignacion....

Era María Mac-Farlane, condesa de White-Manor,

que acababa de reconocer que el cadáver tendido sobre la yerba era el de Fergus O'Breane, su primero y único amor.

Cuando hubo acabado la oracion, puso la mano sobre el corazon de Fergus, que estaba ya sin movimiento.

La luna se elevaba en el horizonte, y su reflejo daba perpendicularmente sobre las facciones del muerto.

Ninguna muestra de dolor habia quedado sobre su rostro. Los párpados dejaban caer sus largas pestañas de seda encima de sus mejillas apacibles.

La boca parecia haberse cerrado en un momento pronto y risa.

En aquella sonrisa delirante, dichos... ¡Edward! riosos placeres que en otro tiempo asoraban en amarla! los labios del marques de Rio Santo, hacia el marques, si mismo se olvidaba por un instante.

¿Había visto en su éxtasis sus ojos mas y mas por su puerta del cielo? María Mac-Farlane agitaba y sollozaba, como a un hermano.

En este drama no consideramos con una voz llena de bien.

Un hombre de genio vasto se estrechais en los obstáculos, y sometia como un gigante a los voluntades a la suya.

Era capaz de hacer frente a un imperio. su frente bajo la mano débil de una jóven.

No nos tomarémos el trabajo de decir qué se han hecho los otros personajes de esta historia. Dirémos mas las vagas y misteriosas esperanzas alimentadas por ciertos amaban a Fergus O'Breane....

Las dirémos, porque tienen sobre nuestro espíritu un poder mágico, y porque hay momentos en que los detalles circunstanciados de la muerte del marques de Rio

Santo nos ocasionan dudas considerables algunas veces, y otras somos incrédulos....

Randal Grahame que se habia apeado de su caballo antes de llegar al despeñadero de Green-Arbour-Court, la noche de su fuga, y que se halla en vida, espera en la casa de su padre. De cuando en cuando recibe mensajes remotos cuyo origen nadie sabe.

El caballero Bembo, habiéndose casado con Ana Mac-Farlane, no ha podido darle su corazon, y dice:

—No soy mio enteramente.

Espera como Randal.

La condesa de Derby, que se habia puesto de luto, ha dejado su velo negro. Alguna vez se la ve reir.

Ella espera.

¿Qué puede esperar Ofelia, ese corazon subyugado, casi esclavo?

¿Qué pueden esperar Bembo y Randal Grahame, cuya abnegacion era tan completa y tan profunda?.....

De tiempo en tiempo, cuando la policia tortuosa del gabinete de Saint-James se adormece y olvida entre los pueblos, periódicas simientes de odio, las naciones se entienden entre sí: un murmullo de reprobacion universal se suscita; una tempestad se prepara y oscurecese el horizonte británico.

Es la ruina que se esconde detras de las tempestades, y algunas veces nos parece que del seno de éstas vá a salir con el rayo en la mano el genio de la tormenta terrible y fuerte, Fergus el irlandés, campeón de un odio mortal.

¿La mano de una jóven ha bastado para derribar ese gigante que, solo en la balanza, pesaba tanto como un imperio?....

¿No ha quebrantado Dios esa poderosa palanca como un débil instrumento?....

Acaso también la lava se amase en el cráter del volcán apagado, esperando la chispa que debe volver a encender la llamarada.

Acaso, cuando la hora del castigo haya sonado, se reconocerá al combatiente infatigable de pie sobre el pecho de la Inglaterra vencida, tremolando con aclamación del universo el estandarte victorioso de la Irlanda.

FIN DEL SEGUNDO Y ÚLTIMO TOMO.

## INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

### SEPTIMA PARTE.

	PAGINAS.
I.— <i>La gran Familia.—El subterráneo</i> .....	5
II.— <i>La muestra de Shakespare</i> .....	17
III.— <i>Donnor</i> .....	26
IV.— <i>En el camino real</i> .....	38
V.— <i>Novela</i> .....	49
VI.— <i>Orgía</i> .....	59
VII.— <i>La falsa boda</i> .....	69
VIII.— <i>Pacto entre dos odios</i> .....	80
IX.— <i>La tertulia</i> .....	92
X.— <i>Curiosidades del corazón</i> .....	102
XI.— <i>La cita</i> .....	112
XII.— <i>Confidencia</i> .....	120

## OCTAVA PARTE.

I.— <i>La gran Familia.—Catapsia</i> .....	131
II.— <i>Tinieblas</i> .....	142
III.— <i>Alucinamientos</i> .....	150
IV.— <i>El practicante</i> .....	158
V.— <i>Despertamiento</i> .....	168
VI.— <i>Ni Mesalina ni Magdalena</i> .....	178
VII.— <i>Precioso mueble</i> .....	188
VIII.— <i>Tártaro</i> .....	198
IX.— <i>Almacén de Soda-Water</i> .....	209
X.— <i>Saunders el Elefante</i> .....	221
XI.— <i>El caballero Angelo Bembo</i> .....	235
XII.— <i>Angel custodio</i> .....	247

## NOVENA PARTE.

I.— <i>El marques de Rio Santo.—Dos soles por una luna</i> .....	263
II.— <i>Derecho de primogenitura</i> .....	278
III.— <i>¡Piedad, hermano!</i> .....	293
IV.— <i>Un resucitado</i> .....	307
V.— <i>A Bedlam</i> .....	320
VI.— <i>La pequeña Irlanda</i> .....	332
VII.— <i>Primeros amores</i> .....	349
VIII.— <i>Desafío inglés</i> .....	364
IX.— <i>Los pontones</i> .....	381
X.— <i>Botany-Bay</i> .....	397

## DECIMA PARTE.

I.— <i>El marques de Rio Santo.—El rey Lear y la reina Mab</i> .....	413
--	-----

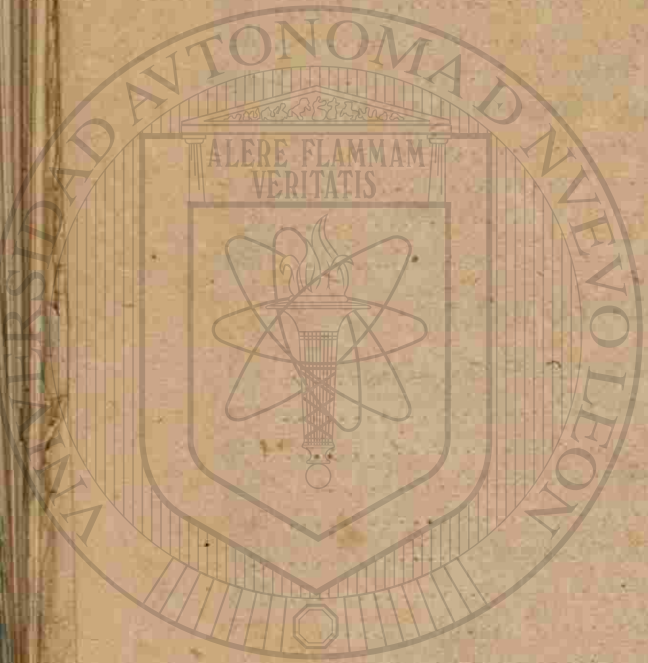
II.— <i>Veinte quintales de carne humana</i> .....	426
III.— <i>Coleccion de juramentos</i> .....	442
IV.— <i>En el mar</i> .....	456
V.— <i>Una semejanza</i> .....	471
VI.— <i>Una muger en venta</i> .....	486
VII.— <i>Lo que Fergus O'Breane tenia en la cabeza y en el corazon</i> .....	497
VIII.— <i>Quince años</i> .....	510
IX.— <i>La fantasma</i> .....	527
X.— <i>Mac-Nab</i> .....	551

## ULTIMA PARTE.

I.— <i>El marques de Rio Santo.—Epílogo.—Ana</i> .....	561
II.— <i>El gabinete del doctor</i> .....	574
III.— <i>La cadena</i> .....	587
IV.— <i>Antes de la batalla</i> .....	600
V.— <i>El último paso</i> .....	609
VI.— <i>Efectos del frio en una asonada</i> .....	616
VII.— <i>Lunatic asilum</i> .....	622
VIII.— <i>La cabaña</i> .....	630
IX.— <i>El despeñadero</i> .....	651
X.— <i>La voz de los sueños</i> .....	664

674  
 357.75  
 1350  
 1707.  
 350  
 2057.





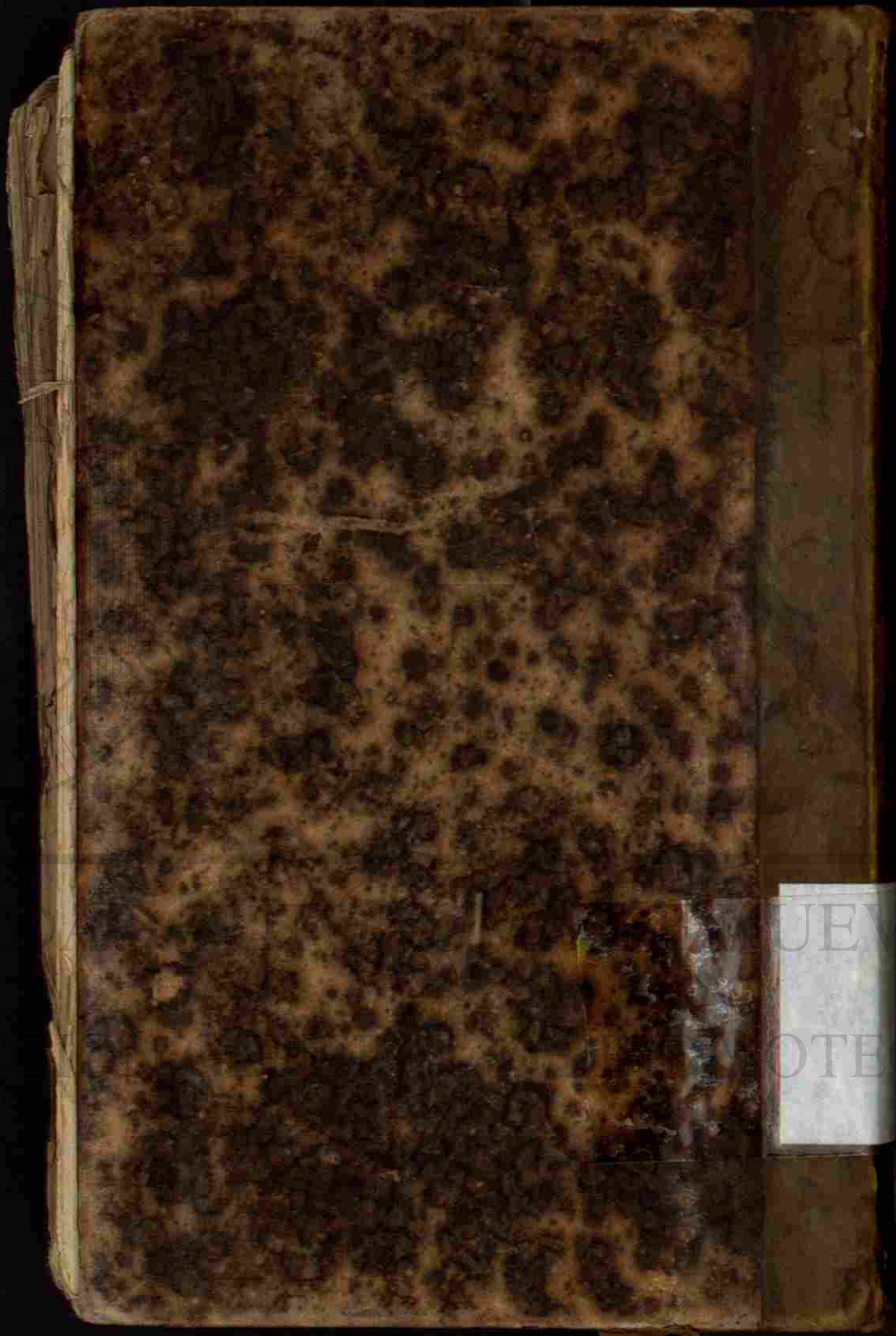
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA





UEN  
OTE